uned
Universidad Nacional de Educación a Distancia

www.eltallerdigital.com

El demostrativo en Miguel Delibes

Cristóbal Macías Villalobos

Tesis Doctorales
Universidad Nacional de Educación a Distancia

ISBN: 84- 609- 9167-9 · Depósito Legal: A- 75- 2006

uned
Universidad Nacional de Educación a Distancia

www.eltallerdigital.com

Tesis Doctorales

UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN
A DISTANCIA

FACULTAD DE FILOLOGÍA
Departamento de Lengua Española

El demostrativo en Miguel Delibes

ISBN: 84- 609- 9167-9 · Depósito Legal: A- 75- 2006

Cristóbal Macías Villalobos

uned
Universidad Nacional de Educación a Distancia
www.eltallerdigital.com
Tesis Doctorales

1. INTRODUCCIÓN: MODELO TEÓRICO Y METODOLOGÍA

1.1. MODELO TEÓRICO

1.2. METODOLOGÍA

2. MARCO TEÓRICO

2.1. LA DEIXIS Y LA ANÁFORA: REVISIÓN CRÍTICA

2.1.1. El problema de la deixis desde una perspectiva histórica

2.1.2. La deixis

2.1.3. La anáfora

2.1.4. Conclusiones parciales

2.2. ASPECTOS RELACIONADOS CON EL DEMOSTRATIVO COMO CATEGORÍA LINGÜÍSTICA

2.2.1. Definición del demostrativo como categoría semántica

2.2.2. Los sistemas deícticos

2.2.3. Conclusiones parciales

2.3. PARADIGMA Y FUNCIONES DEL DEMOSTRATIVO ESPAÑOL

2.3.1. Rasgos del paradigma del demostrativo español actual
2.3.2. Categoría funcional del demostrativo
2.3.3. El paradigma de los «impropiamente demostrativos»
2.3.4. El artículo y el demostrativo
2.3.5. El demostrativo desde una perspectiva histórica
2.3.6. Sobre las funciones del demostrativo español
2.3.7. Valores fundamentales del demostrativo español

3. ESTRUCTURA Y FUNCIONES DEL DEMOSTRATIVO EN DELIBES

3.1. DISTRIBUCIÓN DE LAS FORMAS DEMOSTRATIVAS EN EL CORPUS

3.1.1. Estadísticas parciales
3.1.2. Estadísticas globales
3.1.3. Conclusiones parciales

3.2. COMPORTAMIENTO SINTÁCTICO DEL DEMOSTRATIVO EN EL CORPUS

3.2.1. El demostrativo en la oración
3.2.2. Otros aspectos del uso sintáctico del demostrativo en el corpus

3.3. ÍNDICE DE FÓRMULAS GRAMATICALIZADAS EN QUE PARTICIPA EL DEMOSTRATIVO EN EL CORPUS

3.3.1. Fórmulas que utilizan el neutro *eso*
3.3.2. Fórmulas a partir del neutro *esto*
3.3.3. Fórmulas gramaticalizadas con las formas concordantes del demostrativo en giros con valor temporal
3.3.4. Fórmulas gramaticalizadas con las formas concordantes del demostrativo en giros con valor modal
3.3.5. Fórmulas gramaticalizadas con las formas concordantes del demostrativo en giros con valor diverso
3.3.6. El demostrativo en expresiones o frases hechas
3.3.7. Conclusiones parciales

3.4. EL DEMOSTRATIVO DESDE EL PUNTO DE VISTA SEMÁNTICO

3.4.1. La deixis espacial
3.4.2. La deixis temporal
3.4.3. El uso anafórico
3.4.4. El uso catafórico
3.4.5. El uso estilístico o expresivo

uned
Universidad Nacional de Educación a Distancia
www.eltallerdigital.com
Tesis Doctorales

3.5. CONCLUSIONES GENERALES SOBRE EL USO DEL DEMOSTRATIVO EN NUESTRO CORPUS

3.5.1. Deixis espacial
3.5.2. Deixis temporal
3.5.3. Anáfora
3.5.4. Catáfora
3.5.5. Uso estilístico o expresivo

4. BIBLIOGRAFÍA

5. APÉNDICE

5.1. DEIXIS ESPACIAL

5.1.1. Señalamiento hacia el yo o su zona de influencia
5.1.2. Señalamiento hacia el tú o su zona de influencia
5.1.3. Señalamiento hacia el objeto, algo que está alejado del yo y del tú
5.1.4. Casos de anadeixis
5.1.5. Casos de deixis textual
5.1.6. Giros lexicalizados con valor predominantemente local

5.2. DEIXIS TEMPORAL

5.2.1. Casos de señalamiento hacia el pasado

5.2.2. Casos de señalamiento hacia el presente

5.2.3. Giros lexicalizados con valor predominantemente temporal

5.3. VALOR ANAFÓRICO

5.3.1. Casos de anáfora dual

5.3.2. Casos de anáfora plural

5.3.3. Casos de anáfora fiel

5.3.4. Casos de anáfora infiel

5.3.5. Casos de pronominalización

5.3.6. Casos de anáfora singular con las formas estas/esas/aquellas cosas

5.3.7. Casos de anáfora por nominalización

5.3.8. Giros lexicalizados con valor predominantemente anafórico

5.4. VALOR CATAFÓRICO

5.4.1. Casos de catáfora propiamente dicha

5.4.2. Casos de doble referencia anafórica y catafórica

5.5. VALOR ESTILÍSTICO O EXPRESIVO

5.5.1. Construcciones sintácticas y giros lexicalizados con valor expresivo
5.5.2. Casos de señalamiento espacial y valor expresivo
5.5.3. Casos de señalamiento temporal y valor expresivo
5.5.4. Casos de anáfora y valor expresivo
5.5.5. Casos de uso estilístico con valor cualitativo/cuantitativo
5.5.6. Casos de catáfora y usos expresivos

1. INTRODUCCIÓN: MODELO TEÓRICO Y METODOLOGÍA

1.1. MODELO TEÓRICO

El presente estudio del demostrativo en Miguel Delibes es continuación del que realizamos en 1996 sobre la novela *El camino* de este mismo autor, como Memoria de Licenciatura en la UNED, bajo la dirección de la profesora Dra. Dª Mª Luz Gutiérrez Araus, y que llevaba por título *Estructura y funciones del demostrativo en el español moderno: El demostrativo en* El camino *de Miguel Delibes*. Posteriormente, en 1997, lo publicamos, con el título *Estructura y funciones del demostrativo en el español moderno*, como Anejo X de la revista *Analecta Malacitana*[1].

Dos fueron los motivos que nos animaron entonces a emprender aquel trabajo:

1. En primer lugar, creímos necesaria una obra de conjunto que abordara la problemática planteada por estas unidades lingüísticas desde todos los puntos de vista posibles y con una visión integradora, pues comprobamos que, salvo una serie de meritorios trabajos, la mayoría de los años sesenta y setenta, la tendencia habitual en los últimos tiempos había sido o bien tratar aspectos muy parciales del demostrativo, o bien dar de él una visión muy general, como una parte más dentro de estudios gramaticales de conjunto, o que tenían otra finalidad, como las cuestiones relativas a la deixis o a la anáfora.

2. En segundo lugar, a raíz de varios trabajos del profesor Josse de Kock —en los que se sugería que el demostrativo español había pasado de una estructura ternaria a otra basada en sólo dos polos, *este*, para la expresión de lo cercano al hablante, y *aquel*, para designar lo alejado, quedando *ese* convertido en una especie de comodín que podía actuar como variante combinatoria de *este*—, quisimos responder a la cuestión de cuál era la estructura última que regía el funcionamiento de estas unidades, y por extensión, de nuestro sistema deíctico.

[1] A partir de este momento, cualquier alusión que se haga a nuestro anterior trabajo sobre el demostrativo se entenderá referido al publicado en 1997 como Anejo X de *Analecta Malacitana*.

Con idea de tratar el demostrativo de una manera global, en aquel estudio repasamos, desde la óptica funcional, fundamentalmente en la línea de Alarcos, aspectos diversos como cuál era la categoría lingüística a la que podía adscribirse, cuál fue su evolución desde sus orígenes latinos hasta la época actual, y sobre todo su paradigma y funciones en el español contemporáneo.

Los principios teóricos fundamentales que tratamos de defender fueron los siguientes:

1. El demostrativo debía considerarse como el más representativo de los «adjetivos determinativos», que basaba su indudable personalidad no sólo en su consabida capacidad para el señalamiento deíctico, sino sobre todo en su funcionamiento sintagmático.

2. El demostrativo romance se formó a partir de un sistema deíctico latino básicamente ternario, a pesar de ciertas vacilaciones a lo largo de su historia (siempre en la lengua literaria), de modo que la evolución hacia una estructura bipolar o tripolar pertenecía ya a la época romance.

3. El demostrativo español fue muy conservador pues mantuvo intacto el sistema tripartito latino; además mostró una gran originalidad al eliminar las formas compuestas salvo en el demostrativo de 3ª persona, cuya forma simple se había especializado como pronombre personal.

4. Nuestro demostrativo presentaba una estructura ternaria, como la de nuestro sistema deíctico (*aquí / ahí / allí*), que se organizaba en torno a la referencia a las tres personas del discurso y a todo lo que a ellas les afectaba, pero que el hablante en su libertad creadora (pues la deixis es un fenómeno absolutamente subjetivo) podía organizar el sistema de modo bipolar, tomando al yo-hablante como eje referencial principal, de modo que *este* expresaría lo cercano al hablante, y *aquel*, lo más alejado, quedando *ese* para la expresión de la distancia intermedia.

5. Esto significaba que no estábamos de acuerdo con la teoría tradicional que hablaba de un sistema tripartito vinculado a las personas del discurso, pues es obvio que un valor como el del señalamiento local no es el predominante en nuestro demostrativo, sino más bien el fórico donde la relación con las personas gramaticales no se produce habitualmente.

Por otro lado, también rechazábamos la bipolaridad que defendían autores como de Kock como la mejor explicación posible para el comportamiento de estas unidades lingüísticas. La mejor solución, desde nuestro punto de vista, era pensar que el nuestro es un sistema absolutamente flexible, que deja en manos del hablante decidirse por una estructuración basada en dos o tres polos, según las circunstancias y sus necesidades expresivas. Ahora bien, también creíamos que la organización bipolar era la predominante, lo cual no suponía negar el mantenimiento de una estructura tripartita, al menos de partida.

Bien, éstas eran nuestras ideas fundamentales. Pero no bastaba con la teoría; había que comprobar su grado de adecuación a la realidad de los textos. Por ello consideramos básico estudiar el comportamiento del demostrativo en una obra literaria concreta. Entonces escogimos un autor por el que siempre habíamos sentido especial predilección, Miguel Delibes, que en aquel momento además estaba de plena actualidad pues acababa de recibir el premio *Cervantes*. De entre su amplia producción nos quedamos con una novela, *El camino*, una de sus más representativas, escrita sobre 1950, cuando la novela española de posguerra empezaba una de sus etapas más productivas, el *realismo*.

A partir de esta obra, y mediante el empleo de la base de datos *Filing Assistant* v. 2.00, una versátil herramienta cuyo uso ha sido frecuente en muchos ámbitos hasta hace bien poco, organizamos un *corpus* textual de 451 ocurrencias de formas del demostrativo, que sometimos a un análisis completo para verificar su comportamiento tanto a nivel sintágmático como semántico.

Los puntos fundamentales de este análisis fueron:

1. Recuento pormenorizado de las formas del corpus, distinguiendo entre las que tenían función sustantiva y función adjetiva.

2. Comportamiento sintáctico del demostrativo, verificando en qué posiciones de la frase solían aparecer más habitualmente.

3. Índice pormenorizado de los giros lexicalizados en que intervenía el demostrativo, tratando de comprobar qué formas eran las más usadas en este tipo de construcciones.

4. Análisis semántico pormenorizado del demostrativo en el corpus, contabilizando cuántas formas tenían valor deíctico local, temporal, anafórico y estilístico o expresivo, dedicando también una pequeña atención a la deixis *am phantasma*.

Con esto pretendíamos no sólo caracterizar del modo más fiable posible la estructura y funcionamiento del demostrativo en *El camino*, sino también proponer un nuevo modelo de análisis que diera cuenta del comportamiento de esta clase de unidades en todos los contextos y niveles de uso posibles.

De aquel estudio extraíamos las siguientes conclusiones fundamentales:

1. El modelo organizativo básico seguido por Delibes en su novela es el que toma como referente la mayor o menor distancia respecto al hablante, de modo que *este* indicaba todo lo que le afectaba más directamente, y *ese / aquel* lo más alejado.

2. En esta estructura fundamentalmente bipolar, lo que predominaba era la *anáfora singular*, es decir, la mención a un solo elemento del discurso, seguida a bastante distancia de los usos estilísticos, el temporal y por último el deíctico local.

3. En cuanto a la distribución de formas, se producía una práctica equiparación entre las que tenían función sustantiva y función adjetiva. Dentro de las sustantivas predominaba el neutro. De las tres formas, *este* era la más frecuente en casi todos los casos, seguida de cerca por *ese* y *aquel*. Sólo en el neutro predominaba *eso*, siendo relevante también el empleo de *aquel* como adjetivo.

4. En cuanto a los valores concretos de cada una de estas unidades, *este* predominaba en la deixis local relacionada con el hablante; poseía valor deíctico de presente; era la más representativa en la expresión anafórica, donde su uso estaba vinculado con la mención directa a algo cercano o inmediato; su presencia era casi insignificante en los usos estilísticos, casi siempre en relación con el acercamiento afectivo; dominaba la expresión catafórica y participaba también en ciertas fórmulas gramaticalizadas a partir de las formas concordantes del demostrativo.

5. *Ese*, en la deixis local, expresaba un grado intermedio de alejamiento más que una vinculación real con la segunda persona; era la forma más utilizada para indicar identificación, conservando así un valor que le venía del *ipse* latino, tanto en la deixis temporal de pasado como en la anáfora; en los usos anafóricos neutros indicaba un grado de indeterminación mayor que *esto*; predominaba, junto con *aquel*, en los usos estilísticos, sobre todo para indicar el alejamiento afectivo; por último, en su forma neutra formaba parte de un gran número de fórmulas gramaticalizadas de claro sabor popular.

6. Respecto a *aquel*, era la forma por excelencia de la deixis temporal de pasado; tenía también un importantísimo uso anafórico, sobre todo cuando había una sola referencia pero ésta se daba en dos planos, sirviendo siempre para aludir al más alejado; en la anáfora designaba algo que el hablante consideraba alejado en el tiempo; también se utilizaba para singularizar un objeto; y, por último, destacaba especialmente su empleo evocador o enfático dentro de los usos estilísticos.

Las conclusiones allí extraídas, aunque reveladoras, eran sólo provisionales, pues se basaban en el análisis de un corpus textual considerable, pero procedente de una sola obra. Por eso, al final de dicho trabajo de investigación adelantábamos nuestro propósito de aplicar el modelo de análisis seguido al resto de la obra de Delibes, de modo que pudiéramos extraer unas conclusiones ya definitivas sobre la estructura y funciones del demostrativo en el escritor vallisoletano. Pues bien, cuatro años después, el trabajo que ahora presentamos, y que constituye nuestra Tesis Doctoral, pretende completar el camino que entonces iniciamos.

Sin embargo, en esta ocasión no nos hemos limitado a aplicar sin más los mismos principios y métodos puestos en práctica entonces.

En primer lugar, el manejo de una más amplia bibliografía nos ha llevado a «descubrir» dimensiones nuevas, no vistas entonces, que sin hacernos cambiar en lo esencial nuestras ideas anteriores —seguimos convencidos de que el sistema deíctico español es, en principio, tripartito, aunque deja en manos del hablante la posibilidad de hacerlo bipolar por cuestiones expresivas; que, porcentualmente, el uso bipolar es el que predomina, sin que ello signifique que se esté gestando un abandono de la estructura ternaria—, sí nos ha llevado a madurar y perfilar mejor algunas de nuestras propias opiniones.

En segundo lugar, hemos querido desarrollar ahora temas que o bien se trataron entonces de una manera muy superficial, como el de la deixis, o se dejaron casi completamente de lado, como el de las relaciones entre demostrativo y artículo. En tercer lugar, al comprobar la amplia producción literaria de Miguel Delibes y, sobre todo, el elevado número de ocurrencias de formas del demostrativo que tendríamos que manejar, frente a nuestro propósito inicial de trabajar toda su obra, nos hemos decidido por elaborar un *corpus* textual a partir de sólo unas pocas, representativas de los diversos géneros que ha cultivado, y con un número de ocurrencias suficiente para que pudiéramos elevar a definitivas las conclusiones hasta ahora provisionales sobre el demostrativo en este autor.

Por último, el trabajo en el nuevo corpus textual, formado por obras de géneros diferentes, nos ha llevado a perfeccionar el método de análisis seguido en *El camino*, cambiando algunos aspectos concretos, sin que ello afecte al método en sí.

Así, por las dos primeras razones expuestas, en nuestra Tesis hemos decidido reelaborar el marco teórico del que partíamos. Este nuevo marco lo hemos estructurado en tres bloques fundamentales:

1. *Deixis y anáfora: revisión crítica*.

2. *Aspectos relacionados con el demostrativo como categoría lingüística*.

3. *Rasgos del paradigma del demostrativo español actual*.

El primer bloque surgió de nuestro convencimiento de que, si queríamos entender en su dimensión real el funcionamiento del demostrativo, debíamos revisar en profundidad la compleja problemática de la *deixis* y la *anáfora*, es decir, la cuestión del señalamiento que llevan a cabo en el lenguaje las denominadas *unidades deícticas*, de las que el demostrativo es uno de sus máximos exponentes. A ello se une que en los últimos años la deixis se ha convertido en uno de los temas que más han atraído la atención de los lingüistas, por lo que era conveniente revisarlo a la luz de la nueva bibliografía.

Por todo esto, como cimentación del modelo lingüístico escogido, nos ha parecido conveniente comenzar estudiando la evolución histórica de los conceptos de 'deixis' y 'anáfora'; hemos analizado detenidamente las teorías al respecto de K. Bühler y Ch. Peirce, dos de los autores que más han influido en el concepto de 'deixis' en los últimos tiempos; hemos intentado dar una definición precisa de ambos conceptos, así como proponer una tipología básica que luego aplicaremos en nuestro estudio del nuevo *corpus* textual de Delibes. Por último, en relación con el concepto de anáfora, hemos estudiado también el concepto de 'catáfora' y hemos adelantado también una cierta tipología de este fenómeno siguiendo los trabajos de M. Kesik.

El segundo punto trata dos cuestiones fundamentales: en primer lugar, definir los rasgos del demostrativo como *designador* y qué implicaciones tiene esto para su funcionamiento como categoría semántica; y en segundo lugar, estudiar cómo se estructuran los sistemas deícticos y cómo funciona en concreto el sistema deíctico español.

En nuestro trabajo anterior habíamos omitido cualquier referencia al hecho de que el demostrativo, como categoría semántica, lleva a cabo una labor de *designación*, operación lingüística en la que interviene el hablante y que implica a su vez tres procesos: el de *actualización*, de un ser del discurso; el de *mostración*, o indicación expresa de la presencia o existencia efectiva de un ser (el *referente*) en la realidad extralingüística, y la *situación*, en el espacio y en el tiempo.

Pues bien, aquí además de discutir la afirmación anterior, que es de P. Charaudeau —pues hay autores como F. Corblin y G. Kleiber que niegan que el demostrativo tenga por sí mismo tal capacidad designadora sin el auxilio del contexto—, analizaremos algunas de las consecuencias que para el funcionamiento del demostrativo tiene el presentar este rasgo semántico.

Precisamente una de esas consecuencias es su capacidad para situar en el espacio y en el tiempo seres y objetos, tomando como punto de referencia el aquí y ahora del hablante. Pues bien, a partir de ese punto de partida, ese espacio se puede organizar según el criterio de la *distancia* (*cercanía / lejanía*), dando lugar a los llamados sistemas deícticos *binarios* o *bipolares*; o bien se puede organizar en torno a cada una de las personas del discurso, surgiendo así los sistemas deícticos *ternarios* o *tripolares*. Así pues, dado que esta cuestión es básica para entender el funcionamiento del demostrativo —y en nuestro primer trabajo se había tratado muy de pasada—, hemos considerado oportuno estudiarlo ahora en profundidad, analizando primero cómo han evolucionado los sistemas deícticos en las lenguas indoeuropeas y estudiando luego el modo como se estructura el sistema deíctico español.

El tercer punto trata de revisar nuestras ideas anteriores acerca del paradigma del demostrativo español. Para ello sugerimos un nuevo modo de estructurar ese mismo paradigma, siguiendo sobre todo a M. Molho. Repasamos a continuación brevemente los rasgos del demostrativo como categoría funcional, manteniendo en lo esencial lo que ya dijimos en nuestro primer trabajo —a saber, que el demostrativo viene a ser el más característico de los adjetivos determinativos—. Incluimos luego un amplio estudio de las relaciones que presenta el demostrativo con otras unidades lingüísticas de reconocida capacidad deíctica, los «impropiamente demostrativos», que revisa completamente lo dicho por nosotros en nuestra Tesina. También es nuevo el amplio estudio que dedicamos a las relaciones entre el demostrativo y el artículo. La inclusión de este capítulo se justifica no sólo porque el artículo ha sido considerado a veces como un demostrativo debilitado —y que por tanto sería factible incluirlo dentro del paradigma del demostrativo—, sino porque ambas unidades compiten, como designadores y actualizadores que son, en un amplio número de contextos.

También dedicamos un pequeño epígrafe a resumir la evolución del demostrativo desde sus orígenes latinos hasta que su paradigma quedó más o menos configurado sobre el siglo XVII. Aunque mantenemos lo esencial de lo dicho al respecto en nuestro anterior trabajo, hemos utilizado nueva bibliografía no manejada entonces.

Por último, cerramos este tercer bloque con un resumen de las opiniones emitidas por algunos autores respecto a las funciones del demostrativo, como paso previo para fijar las que en nuestra opinión son las pautas fundamentales que sigue esta clase de unidades en su funcionamiento.

Esta revisión en profundidad de nuestro marco teórico nos ha llevado a cambiar o a precisar algunas de las ideas que habíamos mantenido hasta ahora. Estos cambios podrían resumirse en los siguientes puntos:

1. Aunque seguimos hablando de la *deixis am phantasma* como una forma particular de organizar el universo deíctico, le negamos que tenga personalidad propia y separada de las restantes clases de señalamiento, pues en el fondo lo único que hace es incorporar elementos provenientes de la deixis espacio-temporal y de la fórica. La principal consecuencia de este cambio es que a la hora de estudiar el demostrativo en Delibes no distinguiremos en un apartado específico esta clase de deixis, sino que explicaremos los usos que sean adscribibles a ella dentro de la deixis espacial y temporal, así como dentro de la anáfora.

2. Dentro de la deixis espacial incluiremos un apartado específico para estudiar una de sus variantes, la deixis *textual*, es decir, cuando las unidades lingüísticas que componen el discurso se convierten en el referente del demostrativo. Se trata por tanto de otra forma de deixis situacional, sólo que en vez de que el referente se encuentre en la realidad extralingüística, éste se halla en el discurso mismo.

3. Hemos cambiado casi en su totalidad nuestros planteamientos acerca de la anáfora. En principio, aunque seguimos creyendo que ésta consiste en un proceso de señalamiento que llevan a cabo ciertas unidades deícticas sobre el discurso mismo, estructuramos de un modo completamente distinto el universo anafórico. Así denominamos *expresión anafórica* a la unidad lingüística que lleva a cabo el proceso de señalamiento (en nuestro caso el demostrativo); denominamos *antecedente* al segmento de discurso al que remite dicha *expresión anafórica*; y por último, el ser u objeto de la realidad extralingüística al que a su vez remite el *antecedente* lo llamamos *referente*.

4. De otro lado, un tipo particular de anáfora es la catáfora, en la que el elemento del discurso al que remite la expresión anafórica aparece después de ésta (en la anáfora propiamente dicha le precede). Pues bien, dentro de la catáfora, la *expresión catafórica* será la que lleva a cabo el proceso de señalamiento, y el segmento de texto al que remite ya no será antecedente sino *subsecuente*.

5. Siguiendo con el tema de la anáfora, ya no creemos que ésta sea un simple proceso de referencia numeral, como sosteníamos hasta ahora —y que nos llevaba a hablar de anáfora *singular*, referencia a un solo elemento; anáfora *dual*, referencia a dos elementos; y anáfora *plural*, referencia a más de dos elementos—, sino que nos fijamos además en el modo como la expresión anafórica reproduce su antecedente. Desde esta perspectiva hablamos de:

5.1. *Anáfora fiel*: es aquella en la que el antecedente y la expresión anafórica comparten el mismo nombre núcleo del SN.

5.2. *Anáfora infiel*: en ella el nombre núcleo de la expresión anafórica es diferente al del antecedente, tratándose casi siempre de un sinónimo o un hiperónimo.

5.3. *Anáfora por nominalización*: es cuando la expresión anafórica tiene por antecedente todo el contenido de la proposición anterior.

5.4. *Anáfora por silepsis*: es cuando la expresión anafórica y su antecedente concuerdan por el sentido, aunque no por las exigencias de la gramática.

5.5. *Anáfora asociativa*: se da cuando la expresión anafórica mantiene una cierta dependencia interpretativa respecto a su antecedente, pero sin guardar con él ninguna relación de correferencia. Es decir, la expresión anafórica puede aludir a algún aspecto relacionado con el ser u objeto al que se refiere el antecedente, pero no al ser u objeto mismo. Hay que advertir que el demostrativo no presenta nunca esta clase de anáfora.

6. Admitimos además que como hay ocasiones en que no es posible distinguir entre deixis y anáfora, es preciso incluir una nueva figura, la de la *anadeixis*. Por tanto por *anadeixis* entendemos aquellos casos en que es difícil delimitar si estamos ante un señalamiento espacio-temporal o fórico.

7. Aunque aceptamos que el sistema deíctico español es básicamente *ternario* o *tripartito*, eso no significa que sea exactamente tridimensional, sino que lo que hace nuestra lengua es reestructurar el campo mostrativo en dos zonas fundamentales: la del *yo* y la del *no-yo*, delimitando a partir de esta última una zona intermedia que asociamos con el interlocutor. Además, nuestro sistema deíctico ternario no es homogéneo, pues oculta una serie de paradigmas binarios y ternarios, tanto en la serie adverbial como en la de los demostrativos.

8. Respecto al modo de estructurarse nuestro sistema deíctico en las diversas clases de señalamiento, digamos que en el *espacio*, aunque es posible delimitar sólo dos ámbitos —lo que pertenece a la esfera de interés del hablante y lo que queda fuera—, lo más habitual es establecer tres zonas, cada una de ellas en torno a las tres personas del discurso. En el *tiempo*, sólo se establecen dos planos, el del *yo*, presente, y el del *no-yo*, pasado y futuro. En el ámbito nocional, al que pertenece el valor estilístico, se delimitan dos zonas: lo que se sitúa cerca del hablante (la aproximación afectiva), y lo que se sitúa lejos de él (el valor despreciativo y el evocador, sobre todo). En nuestro anterior trabajo, aunque veníamos a mantener esta misma postura, sin embargo no la formulamos expresamente.

9. Asignamos una importancia mucho mayor al valor estilístico o expresivo, dado que creemos que además de los usos propiamente expresivos —que se estudian en su apartado correspondiente—, la subjetividad que envuelve cualquier acto de comunicación nos obliga a reconocer la existencia de un gran número de «usos mixtos» del demostrativo, en los que junto a un señalamiento local o anafórico, por ejemplo, hay que reconocer una cierta dosis de expresividad y viceversa. Ello nos obligará a distinguir en un apartado específico, que denominaremos «casos ambiguos», aquellas ocurrencias del demostrativo donde sea difícil discernir cuál es el valor dominante.

1.2. METODOLOGÍA

Bien, hasta aquí hemos tratado todo lo relativo al modo como hemos estructurado el nuevo marco teórico del que partimos y las principales novedades que éste incluye respecto a nuestro anterior trabajo. Pasemos ahora a explicar la metodología seguida para organizar el nuevo corpus textual de Delibes.

Por lo pronto, y como dijimos más arriba, en un primer momento tuvimos la idea de estudiar en profundidad el demostrativo en toda la obra de Delibes, elaborando para ello una base de datos que incluyera todas las ocurrencias de este tipo de formas.

Sin embargo, su amplia producción literaria y el gran número de entradas que dicha base de datos habría tenido nos hicieron desistir de tal intento, primero por la complejidad que suponía manejar un gran volumen de datos; luego, porque a mayor número de ocurrencias, menos posibilidades habría de profundizar en los valores de las mismas; y, finalmente, porque no era seguro que un corpus de varios miles de entradas pudiera garantizar unos resultados muy diferentes a los de un corpus más reducido, pero cualitativamente mejor estructurado y escogido.

Por todo ello nos decidimos a elaborar nuestro estudio a partir de unas pocas obras representativas de los principales géneros literarios cultivados por el autor vallisoletano —a saber, el artículo periodístico, el diario, el relato breve o cuento y la novela— y por que el número de ocurrencias fuera significativo, pero no excesivo, para un tratamiento cómodo de los datos. La elección de obras de géneros literarios diferentes nos ha proporcionado pistas interesantes sobre el comportamiento del demostrativo, según el género del que se trate. Asimismo, el trabajar con un volumen no excesivo de ocurrencias nos ha permitido crear una base de datos con un número de campos suficiente para hacernos una buena idea del comportamiento de cada una de las ocurrencias localizadas.

De otro lado, en la elección de las obras del corpus hemos primado el que la mayoría de éstas se acercaran lo más posible a los registros de lengua hablada, por considerar que éste es un rasgo destacado de la obra de Delibes, y porque esta clase de textos presenta mayor riqueza de matices en el uso del demostrativo. Las obras a partir de las cuales hemos trabajado son:

• *Vivir al día*, ed. Destino, «Colección Destinolibro», vol. 330, Barcelona, 1993[2]. Se trata de una selección de artículos periodísticos, cuya 1ª edición es de 1968 (Destino, Barcelona), que Delibes publicó en diversos diarios nacionales —«El Norte de Castilla», «La Vanguardia», «Ya», «Informaciones», etc. —, y que abarcan un amplio período de casi quince años (1953-1967). La temática de estos artículos es muy variada, pero tienen en común su vinculación con los problemas cotidianos del español medio de la España de posguerra, que empezaba a salir del túnel de los años de la carestía y que vislumbraba ya los primeros resultados del desarrollismo de los años sesenta. Entre ellos se cuentan desde la descripción de los apuros de un padre de familia numerosa ante un revisor demasiado estricto, hasta hondas y sentidas reflexiones sobre la agonía de los pueblos de Castilla, sin olvidar cuestiones relativas a la caza —su eterna afición—, al duro oficio de escritor, a la Liga de fútbol o a su querida tierra vallisoletana. En nuestro corpus esta obra representa el registro de lengua culta, cuidada, aunque, como ya veremos, no exenta de rasgos propios de la lengua popular.

•*Diario de un cazador*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1979 (edición no abreviada; licencia editorial para Círculo de Lectores por cortesía de ediciones Destino). Se trata de una novela aparecida en 1955 (Destino, Barcelona), que logró el Premio Nacional de Literatura en ese mismo año. La novela, escrita en forma de diario, abarca casi dos años (15 de agosto de 1954 a 25 de enero de 1956) de la vida de Lorenzo, uno de los personajes más vitales salidos de la pluma de Delibes, que protagonizó también *Diario de un emigrante* (Destino, Barcelona, 1958), obra que por su temática constituye la continuación lógica de ésta. *Diario de un cazador* no es una mera recopilación de «gestas cinegéticas», aunque éste sea en apariencia el motivo central en torno al cual gira toda la obra, sino más bien la crónica de las dificultades cotidianas que deben afrontar un humilde conserje de un centro de secundaria y su madre, a la que a duras penas le llega a final de mes el sueldo del hijo, y que obliga a éste a echar mano del consabido pluriempleo. La obra tiene la frescura y la autenticidad de lo autobiográfico, y el tipo de registro idiomático utilizado la acerca en muchas ocasiones a la lengua popular.

•*Viejas historias de Castilla la Vieja*, ed. Destino, «Colección Áncora y Delfín», vol. 557, Barcelona, 1981. Obra catalogada como «ensayo[2]», apareció por primera vez en 1964 (en la ed. Lumen, Barcelona) e incluye además el relato titulado «La caza de la perdiz roja». *Viejas historias* está construida, a lo largo de diecisiete «relatos», con los recuerdos de Isidoro, el «niño de pueblo» que allá por «el año cinco» marchó a la ciudad «para lo del bachillerato», y que pasó de querer ocultar su condición de pueblerino y confundirse con los chicos de la ciudad, a regresar, cuarenta y ocho años después, al pueblo que siempre llevó en el alma.

[2] Véase al respecto la clasificación que hace Gonzalo Sobejano en su edición de *La mortaja*, Cátedra, «Letras Hispánicas», Madrid, 1996[5], pág. 69.

«La caza de la perdiz roja» es un breve relato donde Juan Gualberto, «el Barbas», hombre escéptico y enraizado en la tierra, conocedor como ninguno de la perdiz roja y de su nada envidiable suerte, habla con el autor y reflexiona sobre esa Castilla tan presente en el alma y en la obra de Delibes. Aquí se da cabida a la lengua popular a través de la reproducción, en estilo directo, sobre todo de las palabras de «el Barbas». En este sentido, «La caza de la perdiz roja», escrito en su mayor parte en forma dialogada, reproduce mejor que el resto del libro el habla popular.

• *El príncipe destronado*, ed. Destino, «Colección Destinolibro», vol. 203, Barcelona, 1995[19]. Es una novela publicada en 1973 (Destino, Barcelona), que recrea un día cualquiera, desde las diez de la mañana a las nueve de la noche, en la vida de Quico, un niño de «familia bien», que va a cumplir cuatro años y que ve con sus ojos infantiles cómo su puesto de liderazgo en la casa le ha sido arrebatado por su hermanita Cris, recién llegada al seno familiar. Quico hará todo lo posible por recuperar su antigua posición, y sin querer lo conseguirá, después de hacer creer a su madre que se había tragado un clavo pequeño. Como trasfondo de sus «hazañas», vemos la vida cotidiana de una familia burguesa, donde el poder despótico del padre, un adicto al régimen, encuentra el rechazo e incluso la abierta contestación de la madre. La obra reproduce los diálogos breves, pero sinceros, de sus personajes, por lo que también se acerca a los registros del habla popular, y en muchos momentos incluso al habla infantil.

A partir de estas cuatro obras hemos construido un corpus formado por 1443 ocurrencias de formas del demostrativo, de las que 634 corresponden a *Vivir al día*, 430 a *Diario de un cazador*, 164 a *Viejas historias de Castilla la Vieja* y 215 a *El príncipe destronado*.

Con estas ocurrencias hemos construido una base de datos con el programa DBASE V para Windows, integrada por los siguientes campos:

• DEMOSTRAT, que recoge cada una de las formas del demostrativo encontradas en las obras del corpus.

• CONTEXTO, dedicado a recoger el mayor segmento posible del texto que rodea a cada una de las ocurrencias.

• CATEGORÍA, donde distinguimos si la forma es determinante o pronombre.

• GÉNERO

• NÚMERO

• OBRA

• PÁGINA, en la que aparece la ocurrencia.

• GÉNEROLIT, donde especificamos el género literario de la obra a la que pertenece la forma del demostrativo estudiada en cada momento.

•REFERENTE, donde intentamos concretar en cada caso cuál es el referente o antecedente, según se trate de deixis espacio-temporal o anafórica, al que designa la forma del demostrativo.

• FUNCIÓN, donde indicamos la función sintáctica que desempeña la forma del demostrativo.

• VALOR, donde hemos concretado el uso que el demostrativo tiene en cada caso: deíctico local, temporal, anafórico, catafórico, o uso estilístico.

En el propio diseño de la base de datos hay otra novedad importante respecto a nuestro estudio anterior. En la utilizada entonces los campos eran ocho, a saber: FORMA (del demostrativo), GÉNERO, NÚMERO, FRASE (en que aparecía), PÁGINA, REFERENTE, OFICIO (sintáctico) y FUNCIÓN (del demostrativo). Ahora, además de cambiar algunos de los nombres de campo por otros más pertinentes, hemos añadido tres campos más: CATEGORÍA (para determinar más fácilmente si se trata de un adjetivo o un pronombre), OBRA y GÉNEROLIT, éstas dos últimas impuestas por el hecho de que el corpus se compone no ya de una, sino de cuatro obras.

Los datos se han ido introduciendo manualmente, tras una detenida lectura y localización de las formas del demostrativo.

De otro lado, en el estudio de la estructura y funciones del demostrativo en Delibes, hemos utilizado como elemento de comparación los resultados que obtuvimos en nuestro anterior estudio de *El camino*, así como las siguientes obras de Josse de Kock *et al.*, *Gramática española: Enseñanza e investigación. II. Gramática. 5. Los pronombres demostrativos y relativos*, ediciones Universidad de Salamanca, 1992, que ya utilizamos en nuestro estudio de *El camino*; *Gramática española, Enseñanza e investigación. I. Apuntes metodológicos. 4. Lingüística contrastiva*, Universidad de Salamanca, 1996; y *Gramática española, Enseñanza e investigación. Norma, libertad y probabilidad: ocho soluciones del español*, Universidad de Salamanca, 1998.

De estas obras, nos ha resultado especialmente útil la primera, en la que su autor ya adelantaba gran parte de las conclusiones que luego se han ido confirmando, con matices, en las obras siguientes. En esta obra, Josse de Kock hace un estudio del demostrativo español a partir de cuatro *corpora*:

• Corpus de Ortega y Gasset, que él designa mediante las siglas ORT, formado por 48 ensayos, artículos y discursos políticos, redactados entre 1927 y 1933.

• Corpus de Unamuno, designado mediante las siglas UNA, integrado por 88 artículos de periódico sobre temas variados, publicados entre 1931 y 1933.

• Corpus de A. Zamora Vicente, designado mediante las siglas ZAM, constituido por la obra *El mundo puede ser nuestro*, recopilación de 21 cuentos.

• Corpus de «El habla de la ciudad de Madrid», designado mediante las siglas HCM, recoge la transcripción de 24 encuestas o conversaciones, grabadas a veces secretamente a finales de los años 60 y principios de los 70, bajo la dirección de A. Quilis.

Los resultados de estos cuatro *corpora* son comparados por él con un corpus anterior de 19 textos, designado mediante las siglas 19T, que le sirvieron de base para un estudio, también sobre el demostrativo, *Gramática didáctica. De los esquemas teóricos y de la realidad: los pronombres demostrativos*, Universidad de Salamanca, 1990.

Aunque el método de estudio seguido por de Kock en su obra difiere notablemente del nuestro —él presta especial atención a las formas pronominales del demostrativo y a su frecuencia de uso sólo en ciertos contextos que le parecen especialmente significativos—, parte de las conclusiones que extrae de su trabajo se pueden utilizar como término de comparación con el que ahora presentamos.

Nuestro estudio lo hemos estructurado en los siguientes apartados:

1. *Distribución de las formas del demostrativo en el corpus*.

2. *Comportamiento sintáctico del demostrativo en el corpus*.

3. *Índice de fórmulas gramaticalizadas en que interviene el demostrativo en el corpus*.

4. *El demostrativo desde el punto de vista semántico*, donde se estudian la deixis local, temporal, la anáfora, la catáfora y los valores estilísticos o expresivos.

5. *Conclusiones finales sobre el uso del demostrativo en Delibes*.

Asimismo, en cada apartado, extraemos conclusiones parciales que nos ilustren acerca del comportamiento del demostrativo estudiado en cada caso.

Aunque en lo esencial hemos mantenido la estructura seguida en nuestro estudio de *El camino*, sin embargo hemos introducido ahora importantes diferencias de matiz. En primer lugar, no estudiamos la deixis *am phantasma* como un apartado específico dentro de los valores semánticos del demostrativo, por las razones apuntadas al final del epígrafe anterior.

En segundo lugar, establecemos en cada apartado un epígrafe, que denominamos *Casos ambiguos*, donde repasamos aquellos ejemplos en los que una misma ocurrencia presenta una amplia gama de valores (normalmente con un componente estilístico o expresivo muy importante, además de otros tipos de señalamiento), y es difícil decidir cuál de ellos predomina.

Por último, hemos introducido una nueva tipología de la anáfora y la catáfora, siguiendo los planteamientos teóricos en que hemos basado nuestro trabajo.

Por otra parte, al ser mayor el número de obras que componen el corpus, en el primer apartado, el referido a la *Distribución de las formas dentro del corpus*, hemos utilizado muchos cuadros-resumen para presentar los cómputos parciales de las ocurrencias del demostrativo en cada obra, además del lógico cuadro-resumen final.

Otra importantísima innovación metodológica es que ahora no damos la lista completa de ejemplos al estudiar cada valor (deixis local, temporal, anáfora, catáfora y valor estilístico o expresivo), aunque sí un número importante de ellos. No obstante, al final de este trabajo se incluye como APÉNDICE la lista completa de ocurrencias de nuestro corpus textual, convenientemente clasificadas según su valor semántico.

Finalmente, los resultados que obtenemos de nuestro análisis son constantemente comparados con los de *El camino* y con los conseguidos por de Kock, los cuales irán normalmente como notas a pie de página.

En fin, explicada en detalle la génesis de este trabajo, expuestas las novedades respecto al anterior, así como el modelo teórico en que nos basamos y la metodología seguida para construir el nuevo corpus textual de Delibes, queremos reconocer desde aquí la enorme deuda de gratitud que tenemos contraída con nuestra Tutora y Directora, la Dra. Dª Mª Luz Gutiérrez Araus, catedrática del Departamento de Lengua Española de la Facultad de Filología de la UNED, quien, primero en nuestra Memoria de Licenciatura y ahora en esta Tesis Doctoral, ha estado siempre a nuestro lado, a pesar de la distancia, para responder a nuestras dudas, para aconsejarnos el enfoque más adecuado a la hora de organizar la materia y sugerirnos el uso de tal o cual bibliografía pertinente para el tema que tratábamos. Sin su ayuda esta empresa difícilmente habría llegado a su meta.

2. MARCO TEÓRICO

2.1. LA DEIXIS Y LA ANÁFORA: REVISIÓN CRÍTICA

Sin lugar a dudas, la deixis se cuenta entre los problemas lingüísticos que más atención han recibido de los estudiosos, sobre todo, en los últimos decenios, y que, al mismo tiempo, presentan un mayor grado de complejidad y desacuerdo. La razón está, como muy bien reconoce, J. A. Vicente Matéu[3], en que hemos pasado de la aceptación casi unánime del concepto de *deixis* fijado por K. Bühler en su ya clásica *Teoría del lenguaje*, a una cierta laxitud e imprecisión, tanto conceptual como terminológica, que ha llevado a incluir bajo esta denominación «cualquier marca del enunciador presente en el enunciado»[4].

Parte importante del problema lo constituye también, el concepto de *anáfora* y su relación con la *deixis*, a saber, si se trata de dos fenómenos independientes, o si el primero es una manifestación concreta del segundo. A este respecto, dice P. Carbonero Cano:

> Los que diferencian tajantemente *deixis* de *anáfora* consideran que se trata de dos valores bien distintos. Los que hablan de *deixis* para ambos fenómenos piensan que en los dos subyace una misma función básica, que es la de señalar, lo que está manifiesto en el hecho de que generalmente las lenguas...disponen, en muchos casos, de las mismas formas en el sistema para ambos valores, aunque ello

[3] J. A. Vicente Matéu, *La deixis. Egocentrismo y subjetividad en el lenguaje*, Universidad de Murcia, 1994, pág. 15.

[4] Cf. también al respecto lo que dice Ana Mª. Vigara Tauste, «Sobre deíxis coloquial», en Antonio Briz *et al*. (eds), *Pragmática y gramática del español hablado*, Universidad de Valencia, 1996, págs. 257-267, en págs. 257-258: «La extensión del concepto de deíxis ha venido de la mano de una evidencia: la de que el egocentrismo o la "egocentricidad" no es propiedad exclusiva del lenguaje, sino que se proyecta en prácticamente todas las experiencias humanas, como una propiedad intrínseca de las personas,...Así, muchas otras expresiones reveladoras de la actitud del hablante en los actos comunicativos han ido incorporándose paulatinamente al campo de la deíxis, imprecisando los límites del concepto hasta convertirlo en una especie de saco donde, si no todo, puede caber casi todo si se sabe cómo meterlo».

no ocurre siempre[5].

Delimitar la naturaleza y el alcance concreto de ambos fenómenos es fundamental en un trabajo como el nuestro, en el que abordamos el funcionamiento de una de las unidades deícticas por naturaleza, el demostrativo, en un determinado *corpus* textual; por ello se entiende que prestemos aquí tanta atención a este problema.

En nuestro estudio sobre la deixis y la anáfora trataremos los siguientes aspectos:

1. *El problema de la deixis desde una perspectiva histórica*, donde estudiaremos el origen y evolución de los conceptos de *deixis* y *anáfora*, desde los gramáticos griegos estoicos hasta nuestros días. De nuestra época analizaremos en profundidad las teorías de Bühler y las de Ch. S. Peirce al respecto, por considerar que son las que más influencia han ejercido en todas las teorías posteriores.

2. *Definición de deixis. Las dimensiones deícticas*, donde trataremos de delimitar qué entendemos por deixis y cuáles de los tipos de deixis señalados en los últimos tiempos entran dentro de esta categoría.

3. *Definición de anáfora*. *Tipos de anáfora*, donde trataremos de sistematizar los diversos enfoques que se han dado al problema y cuál es la tipología de este fenómeno que consideramos más aceptable.

4. *Conclusiones parciales*, donde resumiremos brevemente nuestra postura respecto a todas las cuestiones tratadas en este capítulo.

2.1.1. El problema de la deixis desde una perspectiva histórica

El término *deixis* procede del adjetivo verbal griego δεικτικός, 'propio para demostrar', derivado a su

[5] P. Carbonero Cano, *Deixis espacial y temporal en el sistema lingüístico*, Universidad de Sevilla, 1979, págs 13-14.

vez del verbo δείκνυμι, 'mostrar', 'indicar'. Los gramáticos romanos lo tradujeron acertadamente como *demonstrativus*, denominación con la que ponían de relieve la capacidad de estas unidades lingüísticas para *demonstrare*, es decir, 'mostrar', 'designar' o 'indicar' algo.

Por su parte, el término *anáfora* está relacionado con el también adjetivo verbal ἀναφορικός, que como término de gramática equivale a 'relativo', y que se vincula con el verbo ἀναφέρω, 'llevar hacia atrás', 'relacionar', 'referir'. En Roma, el adjetivo griego fue traducido como *relativus*, término relacionado con el verbo *referre*, 'llevar hacia atrás', 'referir', 'repetir', por lo que la adaptación es adecuada[6].

Si bien es Apolonio Díscolo el que utiliza los términos δεικτικός y ἀναφορικός ligados a la clasificación de los pronombres, antes de él los gramáticos estoicos Apolodoro de Atenas y Dionisio de Tracia ya consideraban al pronombre como ἄρθρον δεικτικόν, «artículo demostrativo», aunque el término ἄρθρον, literalmente 'juntura', 'articulación', llegaba a englobar a los pronombres personales, los artículos y los pronombres relativos[7].

Apolonio en su *Sintaxis* comienza distinguiendo dos tipos de deixis en los pronombres,

> una absoluta, "me pegó" (pues es evidente que hay deixis, pero sin valor intensivo ni opositivo); y otra contrastiva: "me pegó a mí", donde efectivamente hay intensificación en la deixis,...[8]

Esta última forma, «a mí», igual que sucede en las comparaciones, «reclama otra persona a la que oponerse»[9].

En *Sintaxis* II, 8, Apolonio, hablando de la tercera persona, dice que a la deixis se le añade la anáfo-

[6] Cf. J. Lyons, *Semántica*, vers. esp. Ramón Cerdá, Teide, Barcelona, 1989², págs. 573 y 594-595.

[7] Cf. R. Escavy Zamora, *El pronombre. Categorías y funciones pronominales en la teoría gramatical*, Universidad de Murcia, 1987, págs. 127-128, y J. A. Vicente Matéu, *op. cit.*, pág. 20.

[8] Apolonio Díscolo, *Sintaxis*, trad. V. Bécares Botas, Gredos, Madrid, 1987, II, 6.

[9] Apolonio Díscolo, *ibid.*

ra, con la cual «se puede hacer referencia a nombres previamente mencionados mediante el pronombre como sustituto», y más adelante (II,10), llega a vincular la capacidad del pronombre para ser portador de la anáfora con el hecho de que pueda ponerse en lugar de un nombre ya mencionado, «puesto que lo peculiar de la anáfora es una segunda mención de la persona anteriormente nombrada».

En II,11 divide a los pronombres en deícticos y anafóricos, coincidiendo ambas categorías en «llamar en lugar del nombre, ya que se usan, bien cuando el nombre no puede ser empleado, o bien cuando, dicho ya una vez, no puede volver a repetirse».

Sobre la verdadera naturaleza de la deixis, en II,12, distingue entre la deixis propiamente dicha, que sería mención o indicación «de lo que está a la vista», mientras la anáfora sería un señalamiento «a algo mental».

En opinión de Vicente Matéu, la distinción de Apolonio no equivale exactamente a la propuesta por Bühler entre *deixis ad oculos*, como señalización hacia el mundo, y la *anáfora*, como la capacidad de las palabras deícticas para referirse a otras palabras que están antes o después en el desarrollo del discurso, sino que se basa en los conceptos aristotélicos de «primer conocimiento» y «segundo conocimiento». En la propuesta del gramático griego, la deixis sería «la referencia a objetos que no son aún conocidos o no están todavía introducidos en el discurso», mientras que la anáfora sería «la referencia a objetos que han figurado ya previamente en el discurso o son generalmente conocidos»[10].

La distinción hecha por Apolonio pasó a los gramáticos latinos en términos de *demonstratio* y *relatio*, que en Prisciano se corresponde con *presencia* y *ausencia* de la persona entendida como sustancia[11]. En Prisciano, la *demostración* y la *relación* se siguen sustentando en los principios aristotélicos de «primer y segundo conocimiento»:

[10] J. Vicente Matéu, *op. cit.*, págs. 20-21.

[11] R. Escavy Zamora, *op. cit.*, pág. 128.

> Hay esta diferencia entre la demostración y la relación, que el gesto que sirve de respuesta a una interrogación indica un objeto de primer conocimiento: ¿QUIEN LO HA DICHO? YO. Mientras que la relación que se hace de una cosa indica un objeto de segundo conocimiento, como: AQUELLO DE LO QUE HE HABLADO[12].

Las ideas de Prisciano se mantuvieron en San Isidoro y entre los gramáticos especulativos medievales, que se inspiraban en Donato y Prisciano. En pleno Renacimiento, mantienen la distinción entre la capacidad deíctica y anafórica del pronombre autores como Nebrija, Melanchton, Escalígero y, ya cerrando el siglo XVI, César Oudin. Ya posteriormente, en el siglo XVIII, tiene especial interés J. Harris, quien considera que los pronombres personales de primera y segunda persona introducen objetos de primer conocimiento, es decir, son deícticos, como sustitutos del gesto señalador; por su parte, los de tercera persona introducen un segundo conocimiento, es decir, son anáforicos, aunque en ocasiones también son deícticos. De esta clasificación quedan fuera los relativos[13].

Durante el siglo XIX son varios los autores que, al hablar sobre la capacidad señaladora de los pronombres, la ponen en relación con las tres personas gramaticales, entre ellos J. Fearn, quien sitúa el origen de los pronombres en el origen del lenguaje como tres actos de señalamiento ligados a las personas gramaticales. Asimismo, Andrés Bello, además, añade la capacidad para la distinción temporal que tienen los demostrativos[14].

Ya en el siglo XX, Karl Bühler, en su *Teoría del lenguaje*, es el primer autor que intenta sistematizar

---

[12] Prisciano, «Institutionum Grammaticarum. Libri XVIII», en *Grammatici Latini*, vols. II-III, ed. por H. Keil, Hildesheim, 1981, XII, 5, 15-17 (en vol. II, pág. 579). Ésta es la traducción que hace Vicente Matéu, *op. cit.*, pág. 21. He aquí el texto original: *Interest autem inter demonstrationem et relationem hoc, quod demonstratio interrogationi reddita primam cognitionem ostendit —'quis fecit?' 'ego'—, relatio vero secundam cognitionem significat: 'is', 'de quo iam dixi'*. Según Vicente Matéu, los conceptos de *demostración* y *relación* en Prisciano sirven también para oponer los pronombres de primera y segunda persona frente a los de tercera.

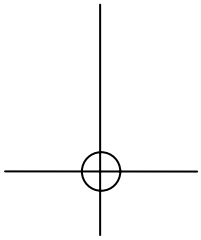
[13] R. Escavy Zamora, *op. cit.*, págs. 128-129.

[14] Escavy, *op. cit.*, pág. 130 y Vicente Matéu, *op. cit.*, pág. 23, n. 17.

el problema de la *deixis*. Uno de los puntos centrales de su teoría es la distinción entre el *Zeigfeld* o «campo mostrativo» y el *Symbolfeld* o «campo simbólico». El primero de ellos está vinculado a la situación, y el segundo al contexto:

> ...situación y contexto son, pues, *grosso modo*, las dos fuentes de que se alimenta en cada caso la interpretación precisa de manifestaciones lingüísticas[15].

La teoría de los *campos* alude a los ámbitos en que pueden localizarse los referentes del signo lingüístico. El *campo mostrativo* se articula en torno a un eje de coordenadas



donde ◯ representa el *aquí*, *ahora* y *yo* del hablante. El hecho básico del acto de habla en relación con este campo es la indicación, que puede realizarse con un gesto o con la voz. En este último caso la indicación se convierte en lenguaje. Una unidad lingüística inserta en el campo mostrativo puede aludir a un espacio, a un tiempo o a una persona que le rodea; en este caso, la unidad lingüística se comporta como una «señal».

En el campo mostrativo, el objeto es captado de modo intuitivo, pues las unidades lingüísticas deícticas segmentan la realidad con el fin de individualizar al objeto[16].

Dado que la mostración o la indicación toman como punto de partida al hablante, es obvio que los referentes cambian cada vez que en la comunicación cambia la persona hablante. Por ello, el *aquí, ahora* y el *yo* dependen de la situación o entorno:

---

[15] K. Bühler, *Teoría del lenguaje*, trad. Julián Marías, Alianza Editorial, 1985[2], pág. 167.

> ...todo lo que es lingüísticamente deíctico coincide en que no recibe en cada caso su impleción y precisión significativa en el campo simbólico, sino en el *campo mostrativo* del lenguaje;...Lo que es "aquí" y "allí" cambia con la posición del hablante, exactamente del mismo modo que el "yo" y "tú" salta de un interlocutor a otro con el cambio de los papeles de emisor y receptor[17].

Pero esta dependencia del entorno también afecta al interlocutor, que no tiene por qué ser siempre el mismo:

> Del mismo modo hay que relegar totalmente al azar si un *tú* empleado dos veces remite dos veces al portador del mismo nombre propio o no; en el estatuto de uso de la palabra *tú* no se contiene en todo caso ninguna garantía de una coincidencia semejante[18].

La consecuencia que se desprende de esta variabilidad en los papeles de hablante e interlocutor es la subjetividad de la deixis y de las unidades lingüísticas con función deíctica. Sin embargo, estas unidades son subjetivas, según Bühler,

> en el mismo sentido en que todo indicador hace una indicación "subjetiva", es decir, válida y realizable correctamente sólo desde su lugar de emplazamiento[19].

Por lo tanto, si tuviéramos que caracterizar el campo mostrativo de Bühler en pocas palabras, habría que decir que éste se define por su *egocentrismo*, pues la mostración se articula en torno a un eje de coordenadas que toma como punto de partida el yo del hablante, y por su *subjetividad*, en cuanto que el *yo* del hablante y el *tú* del interlocutor cambian constantemente durante el proceso comunicativo, con lo que cambian también los referentes a los que aluden los participantes en la comunicación.

---

[16] Vicente Matéu, *op. cit.*, pág. 32.

[17] K. Bühler, *op. cit.*, pág. 99.

[18] K. Bühler, *op. cit.*, pág. 122.

[19] K. Bühler, *op. cit.*, pág. 125.

Por su parte, en el *campo simbólico* el ámbito de referencia está constituido por otros signos o palabras. Frente al campo mostrativo, caracterizado por la aprehensión intuitiva del objeto, en el campo simbólico se produce una captación abstracta, conceptual de los mismos. Y si en el campo mostrativo el valor de las unidades lingüísticas depende ante todo de la situación, en el campo simbólico depende del contexto[20].

De otro lado, igual que las unidades lingüísticas que participaban en la mostración eran definidadas como "señales" (los «demostrativos», en sentido genérico), las unidades lingüísticas por excelencia del campo simbólico son los nombres:

> ...igual que los demostrativos requieren que se les defina como señales, reclaman los nombres otra definición,... Los nombres funcionan como *símbolos* y reciben su impleción y precisión significativa específica en el entorno sinsemántico; propongo el nombre de campo simbólico para este otro orden,...[21].

Sin embargo, el hecho de que los «demostrativos» se definan como *señales* y los nombres como *símbolos*, no significa que tengamos que establecer una división tajante entre ellos, pues el papel de señalizadores que se atribuye a los demostrativos se basa también en una simbolización:

> ...los demostrativos no hubieran podido asumir nunca las funciones lógicas de que hablamos si no hubiesen llevado en sí mismos de antemano el instrumento para ello. También ellos son *símbolos* (no solo señales); un *aquí* o *allí* simboliza, nombra un dominio, nombra el lugar geométrico,...es decir, una zona en torno al que habla en cada caso, en la cual puede encontrarse lo señalado;...[22].

A este respecto, e insistiendo en la misma idea, dice Alarcos:

> Aunque se ha insistido mucho en separar las palabras destinadas a designar "el campo mostrativo"

[20] Vicente Matéu, *op. cit.*, pág. 35.

[21] K. Bühler, *op. cit.*, pág. 100.

[22] K. Bühler, *op. cit.*, pág. 108.

respecto de las que aluden al llamado "campo simbólico", lo cierto es que la función lingüística que unas y otras desempeñan no es diversa: Ambos tipos de palabras poseen una significación fija y constante; lo divergente reside en la diferente realidad extralingüística que denotan[23].

Centrándonos ahora en el campo mostrativo, Bühler distingue tres clases de deixis:

1) La deixis *ad oculos*: es la deixis en sentido estricto, teniendo en cuenta la situación y un instrumento de indicación que puede ser el gesto con el dedo o su equivalente lingüístico. Es, como dice Cifuentes Honrubia, «una señalización en el espacio perceptivo hacia elementos presentes en el contexto situacional del discurso»[24].

Dentro de ella, Bühler distingue, siguiendo el conocido esquema de Wackernagel, cuatro "modos de indicación":

1.1) La *to deixis*. Consiste en señalar hacia fuera, hacia el objeto, con el fin de individualizarlo. Es la forma más general y su principal instrumento físico es el dedo índice en actitud señaladora. Los demostrativos son las unidades lingüísticas que mejor se adaptan a este modo de indicación.

1.2) La *hic-deixis*. Consiste en señalar hacia dentro, hacia el *aquí* y el *yo* del hablante. El que habla atrae la atención del interlocutor hacia sí mismo y su esfera.

1.3) La *istic-deixis*. Consiste en señalar hacia el *tú*, hacia el destinatario del mensaje. Su soporte físico sería el gesto de volverse hacia la persona y fijar los ojos.

1.4) La *ille-deixis*. Según Bühler,

[23] E. Alarcos, *Gramática de la Lengua Española*, Espasa-Calpe, Madrid, 1994, pág. 88.

[24] J. L. Cifuentes Honrubia, *Lengua y Espacio: Introducción al problema de la deixis en español*, Universidad de Alicante, 1989, pág. 95.

> por medio de las palabras de esta clase se muestran, la mayoría de las veces, inseparablemente, dos tipos de cosas, a saber: algo más lejano y algo al otro lado de un límite que está entre el que muestra y lo mostrado[25].

Es decir, el campo perceptivo se divide en dos, "esto y aquello", y se indica distanciamiento. Este cuarto modo de indicación, del que duda el mismo Bühler, no tendría ayuda gestual o física.[26]

2) La *anáfora*: es la capacidad de las unidades deícticas para aludir a otras palabras que aparecen antes o después en el desarrollo del discurso:

> ...hay también una mostración de lugares en la estructura del discurso...Sencilla...es así al menos la descripción de la situación: un orden allí en el espacio y sitios en él; un orden aquí en la fluencia del discurso y lugares en él, o partes del discurso, a las que se señala para referirse a lo mentado;...[27].

En palabras de Cifuentes Honrubia:

> supone una indicación referida al cotexto, es decir, a los denotata de los signos presentes en el interior del discurso[28].

---

[25] K. Bühler, *op. cit.*, pág. 118.

[26] Debemos recordar que los modos de indicación de Wackernagel están basados en los establecidos anteriormente por Brugmann, quien distinguía: la *Der Deixis* como un tipo de señalamiento más bien neutro, pues se limitaba a recoger a alguien o algo ya mencionado o conocido, sin vincularlo con un ámbito espacial concreto, ni con una determinada persona gramatical; la *Ich-Deixis*, vinculaba al objeto con el yo hablante; la *Du-Deixis*, es la indicación al *tú*, al interlocutor; la *Jener-Deixis* es una indicación hacia algo alejado en el espacio o en el tiempo. La razón por la que Bühler partió de los modos de indicación de Wackernagel es porque éste mejoró lo ya dicho por Brugmann, «Pues no es el yo y el tú, sino el lugar del yo y el lugar del tú aquello a que remiten los demostrativos de la segunda y la tercera clase de Brugmann» (Cf. K. Bühler, *op. cit.*, pág. 102). Por eso es erróneo hablar de una yo-deixis y una tú-deixis para el segundo y tercer modo de indicación.

[27] K. Bühler, *op. cit.*, págs. 139.

[28] J. L. Cifuentes Honrubia, *op. cit.*, pág. 95.

A su vez, es habitual distinguir entre *anáfora* propiamente dicha y *catáfora*. La primera se refiere al señalamiento hacia las palabras ya aparecidas en el discurso y la segunda a las que están por aparecer.

Bühler señala que, psicológicamente, todo uso anafórico (aludiendo a los demostrativos en concreto) presupone que emisor y receptor

> *tienen presente la fluencia del discurso como un todo*, cuyas partes se pueden retener y anticipar. Emisor y receptor tienen, pues, que tener presente ese todo, de suerte que sea posible un recorrido, comparable al recorrido de la mirada por un objeto presente ópticamente[29].

Estas palabras significan que para nuestro autor la anáfora no es un campo diferente del mostrativo, sino que es una mera traslación psicológica del campo mostrativo al contexto del discurso[30]. Además, añade Bühler que las mismas unidades lingüísticas responsables de la deixis sensible o *ad oculos* participan en la deixis anafórica.

3) La deixis *am phantasma*: con ella

> el hablante lleva al oyente al reino de lo ausente o de la fantasía a través de los mismos demostrativos que se utilizan en la "deixis ad oculos", produciendo un tipo de orientación espacial correlativo al que se produce "en presencia"[31].

En palabras de Cifuentes Honrubia:

> Lo específico de la deixis fantasmagórica es la posibilidad de hacer referencia deíctica teniendo como origo la proyección de la imagen del hablante en un lugar externo al campo perceptivo en el momento

[29] K. Bühler, *op. cit.*, pág. 140.

[30] Vicente Matéu, *op. cit.*, pág. 35.

[31] Vicente Matéu, *ibid.*

de la enunciación[32].

En efecto, como afirma Bühler:

> No es exacto que los recursos mostrativos naturales en que se basa la *demonstratio ad oculos* falten *íntegramente* a la deixis en fantasma. Sino que lo que ocurre es que el hablante y el oyente de una relación intuitiva de cosas ausentes poseen los dones y recursos que permiten al *actor* en la escena hacer presente lo ausente, y al *espectador* de la comedia interpretar lo presente en la escena como una mímesis de lo ausente[33].

Bühler distingue tres casos principales de deixis *am phantasma*, que de forma metafórica el autor alemán expresa del siguiente modo:

a) Mahoma va a la montaña;

b) la montaña va a Mahoma;

c) Mahoma y la montaña permanecen cada una en su sitio[34].

En esta metáfora, Mahoma representa al sujeto hablante y la montaña es el lugar u objeto al que se hace referencia deíctica. Con estas claves, estos tres casos se podrían explicar del siguiente modo:

a) Cuando reproducimos un lugar geográfico en la imaginación y nos trasladamos a él. Es lo que ocurre a menudo con la imaginación infantil.

b) Cuando lo representado viene hacia nosotros y entra en nuestro campo perceptivo. Esto ocurre

[32] Cifuentes Honrubia, *ibid.*

[33] K. Bühler, *op. cit.*, pág. 144.

[34] Cf. K. Bühler, *op. cit.*, págs. 150-153.

cuando trasladamos con la imaginación objetos de un sitio a otro, por ejemplo, cuando queremos amueblar una casa vacía.

c) Cuando vemos lo representado desde nuestro puesto de observación. Bühler da el siguiente ejemplo:

> Pregunto, por ejemplo, a 500 oyentes en la clase: "¿dónde está la catedral de san Esteban?", y aproximadamente se levantan 300 dedos índices y señalan (con diversas desviaciones interesantes) en el espacio del aula.

Estas tres modalidades de la deixis de la fantasía son resumidas así por Vidal Lamíquiz[35]:

— atraer a presencia algo ausente, haciendo *ad oculos* lo anafórico;

— llevar lo presente junto a lo ausente haciendo anafórico lo *ad oculos*;

— relacionar lo anafórico con lo *ad oculos* dejando cada mostración en su propio lugar.

Para M. Mazzoleni[36], el primer caso es el más relevante; el tercero corresponde casi completamente a la deixis simple, pues el hablante usa su propio cuerpo como punto cero de referencia para un lugar fuera del campo perceptivo, sin proyectar imagen táctil alguna; el segundo consiste en indicar deícticamente en torno a sí un ambiente y los objetos que no están en la realidad.

La deixis de la fantasía es la única aportación completamente nueva del lingüista alemán. Para Mazzoleni, lo específico de esta clase de deixis es:

---

[35] Vidal Lamíquiz, «El demostrativo en español y en francés. Estudio comparativo y estructuración», *RFE,* L, 1967, págs. 163-202, en pág. 186.

[36] M. Mazzoleni, «Locativi deittici, *Deixis am Phantasma*, sistemi di orientamento», *Lingua e Stile*, XX, 2, 1985, págs. 217-246, en pág. 227.

la possibilità di fare riferimento deittico avendo come punto zero per le coordinate la proiezione dell'immagine tattile del corpo del parlante in un luego esterno al campo percettivo al momento dell'enunciazione[37].

Sin embargo, en muchos autores es práctica corriente dejar de lado la deixis fantasmagórica y centrar el estudio de la deixis en la mostrativa y la anafórica. Ello se debe a que la deixis de la fantasía da cabida a ambos usos, pero con un co(n)texto que no coincide con el que tenemos delante en el momento de hablar[38].

Esta misma postura de exclusión de la deixis *am phantasma* será adoptada por nosotros en nuestro estudio del demostrativo en la obra de Delibes por las razones ya apuntadas[39].

Como ya decíamos, si el campo mostrativo dependía de la situación, el campo simbólico depende del contexto. Bühler distingue tres tipos de contextos o «entornos»[40]:

1) *Entorno empráctico* o *simpráctico*: es el uso de las palabras en el campo de la praxis; es decir, cuando la situación o el contexto diario nos permiten usar «*un signo lingüístico sólo como diacrítico*». Según Hernández Terrés, en este entorno un signo entra en relación con una necesidad concreta que el hablante debe satisfacer por medio de procedimientos diacríticos[41]. Entre los ejemplos que cita Bühler tenemos: el cliente que en el café pide al camarero «uno sólo», o en el tranvía el cobrador que pregunta al viajero si «directo» o «transbordo», ejemplos de un lenguaje lacónico, pero suficiente para entenderse.

[37] M. Mazzoleni, *loc. cit.*, pág. 226.

[38] Cifuentes Honrubia, *op. cit.*, pág. 95.

[39] Es decir, que en nuestro estudio no estableceremos un apartado específico donde tratar los posibles casos de deixis de la fantasía en el nuevo corpus textual de Delibes, lo cual no significa que no vayamos a comentar los casos más claros de esta deixis, pero englobándolos dentro de la deixis espacial, temporal o de la anáfora.

[40] K. Bühler, *op. cit.*, págs. 172-185.

[41] J. M. Hernández Terrés, *La elipsis en la teoría gramatical*, Universidad de Murcia, 1984, pág. 182.

2) *Entorno sinfísico*: es cuando un nombre aparece adscrito a la cosa nombrada por ellos. Esto es lo que ocurre con los nombres de marcas sobre mercancías, los nombres de lugar en indicadores, los objetos firmados con los nombres de sus propietarios, los títulos de libros, las inscripciones que nombran de modo breve imágenes, etc.

3) *Entorno sinsemántico*: es cuando en el acto de la comunicación el signo lingüístico entra en relación con un contexto lingüístico más amplio que el de la oración, en el que participan además otros elementos del discurso y recursos expresivos no-lingüísticos como los gestos, la mímica, etc.:

> El hablante produce descuidadamente a la vez gestos, mímica y sonidos juntos; ahí se presenta como entorno sinsemántico del signo lingüístico individual el conjunto íntegro de los signos de comunicación producidos al mismo tiempo.[42]

En este recorrido histórico que estamos haciendo sobre el concepto de deixis es fundamental recalar, aunque sea brevemente, en la teoría del signo de Ch. S. Peirce. Aunque en su *Obra lógico-semiótica* llegó a distinguir hasta diez clases de signos atendiendo a tres criterios: los signos en sí mismos considerados; los signos en relación a los objetos; y los signos interpretados por el representante, aquí nos quedaremos con su primera y más conocida clasificación, que remonta a 1867, en la que distingue entre *símbolos, iconos* e *índices*.

1) Símbolos: Peirce utiliza este término para aludir a los signos arbitrarios, es decir, aquellos que se relacionan con su objeto por pura convención. Así, por ejemplo, no hay una relación natural, intrínseca, entre el lexema castellano '*árbol*' (o el francés '*arbre*', o el inglés '*tree*') con el tipo de planta al que se refieren.

Por supuesto, lo que permite que el símbolo funcione como tal, es decir, mantenga una relación con su objeto, es el conocimiento por parte del hablante de la convención que lleva a relacionarlos.

2) Iconos: Peirce utiliza el término para aludir a los signos no arbitrarios, es decir, aquellos que mantienen una relación no convencional con su objeto:

> Un icono es un signo que poseería en sí mismo el carácter que lo hace significativo, a pesar de que su objeto no tuviese existencia, como, por ejemplo, un trazo a lápiz que represente una línea geométrica[43].

En la lengua, un ejemplo habitual de icono son las onomatopeyas.

Duda Lyons de que la relación entre el signo icónico y su objeto sea tan «natural» como Peirce pretendía:

> Se dice que la iconicidad depende de una cierta semejanza natural, geométrica o funcional, entre el signo y su objeto. Pero la noción entera de semejanza, considerada fuera de nuestro reconocimiento de rasgos por los cuales dos cosas vienen a ser similares, resulta, como mínimo sospechosa.

Para Lyons, la relación entre el icono y el objeto precisa también de una cierta «convención». La relación que en Occidente establecemos entre la lechuza y la sabiduría es posible que tenga alguna base natural, pero ante todo es un hecho cultural el que nos lleva a establecer una relación, para nosotros no arbitraria, entre el ave y el concepto por ella representado. Por ello él propone la denominación de "motivado" para toda relación no arbitraria entre forma y significado.

3) Índices: En palabras de Peirce,

> Un índice es un signo que perdería inmediatamente el carácter que lo convierte en signo si su objeto fuese suprimido, pero que no perdería este carácter si no hubiese intérprete.

---

[42] K. Bühler, *op. cit.*, págs. 183-184.

[43] Ch. S. Peirce, *The philosophy of Peirce: Selected writings*, ed. de J. Buchler, Londres, 1940, pág. 104, citado por J. Lyons, *Semántica*, pág. 97.

Es decir, el signo mantiene una correspondencia de hecho con el objeto, independientemente del hablante o intérprete. Uno de los ejemplos que pone Peirce es el del trozo de plancha con el orificio de un balazo en él, pues sin el balazo no habría orificio[44]. Nosotros podríamos añadir otro ejemplo tradicional: el humo es índice del fuego, pues sin el segundo no existiría el primero.

Según reconoce Lyons, los términos *índice, indicativo, indicar*, fueron utilizados por Peirce de un modo mucho más amplio de lo que hicieron sus seguidores. Morris emplea el término 'identificador' para los signos que expresan situación en el espacio y en el tiempo, mientras reserva el término 'indicador' para las señales no lingüísticas que funcionan como identificadores, como el gesto de señalar con el dedo. Abercrombie usa el término 'índice' para aquellos signos que revelan rasgos personales del hablante[45].

Esta misma amplitud del concepto de índice en Peirce es lo que lleva a Vicente Matéu a reconocer que este concepto es mucho más amplio que el de deixis, o en otras palabras:

> basar la definición de deixis en el concepto de índice de Peirce, puede inducir a algunos autores a interpretar la deixis en un sentido ampliamente subjetivo, desligado de la situación espacio-temporal, o bien en un sentido ampliamente contextual, sin necesidad de referencia al centro u "origo" del hablante en sentido bühleriano[46].

Por último, la teoría del signo de Peirce recuerda la dificultad, ya señalada por Bühler, de que un signo pueda adscribirse de modo absoluto al *campo mostrativo* o al *campo simbólico*, al dejar patente también el autor americano que rara vez aparece un signo puro en cualquiera de las tres categorías por él establecidas[47].

---

[44] Ch. S. Peirce, *ibid.*, en J. Lyons, *Semántica.*, págs. 100-101.

[45] Cf. J. Lyons, *Semántica*, pág. 101.

[46] Vicente Matéu, *op. cit.*, pág. 37.

[47] Cf. V. Escavy Zamora, *op. cit.*, págs. 132-133.

2.1.2. La deixis

A partir de las nociones de campo mostrativo de Bühler y de índice de Peirce, han surgido dos líneas teóricas fundamentales en torno al problema de la deixis, basadas en la confusión en torno a los dos polos que constituyen el fenómeno: la primera destaca la relación entre la deixis y la dependencia del contexto, y la segunda, la relación de la deixis con el hablante. En la primera se pone de relieve la relación existencial entre la expresión deíctica y el objeto de referencia; en la segunda, se amplían los elementos a todos aquellos rasgos que de alguna manera se relacionan con la perspectiva del hablante[48].

De una u otra manera, las distintas definiciones de deixis se circunscriben con más o menos precisión a una de estas dos líneas teóricas.

Entre las definiciones que ponen de relieve el papel del contexto destacamos la bien conocida de Fillmore:

> Deixis is the name given to uses of items and categories of lexicon and grammar that are controlled by certain details of the interactional situation in which the utterances are produced. These details include especially the identity of the participants in the communicating situation, their location and orientation in space, whatever on-going indexing acts the participants may be performing, and the time at which the utterance containing the items is produced[49].

O en palabras de Laura Vanelli:

> Per «deissi» si intende dunque quel fenomeno linguistico per cui determinate espressioni richiedono, per essere interpretate, la conoscenza di particolari coordinate contestuali che sono l'identità dei parteci-

[48] Vicente Matéu, *op. cit.*, pág. 48.

[49] Ch. J. Fillmore, «Towards a descriptive framework for spatial deixis», en Jarvella y Klein (eds.), págs. 31-59, en pág. 35.

panti all'atto comunicativo e la loro collocazione spaziotemporale[50].

Como se ve, los elementos contextuales que decidirían la interpretación de la expresión deíctica serían la identidad de los participantes en el acto de comunicación y su colocación y orientación en el espacio y en el tiempo.

En otras definiciones no sólo se indican con claridad los elementos que participan en el contexto deíctico, sino que además se pone de relieve el carácter egocéntrico del fenómeno. Como muestra ofrecemos la conocida definición de Lyons:

> Por deixis se entiende la localización e identificación de personas, objetos, eventos, procesos y actividades de las que se habla, o a las que se alude, en relación con el contexto espaciotemporal creado y sostenido por la enunciación y por la típica participación en ella de un solo hablante y al menos un destinatario[51].

Otra definición en esta misma línea es la de C. Kerbrat-Orechioni: los deícticos son

> les unités linguistiques dont le fonctionnement sémantico-référentiel (sélection à l'encodage, interprétation au décodage) implique une prise en considération de certains des éléments constitutifs de la situation de communication, à savoir, le rôle que tiennent dans le procès d'énonciation les actants de l'énoncé, la situation spatio-temporelle du locuteur, et éventuellement de l'allocutaire[52].

El concepto de deixis que nosotros defenderemos en nuestro trabajo se circunscribe a esta última tendencia y lo formularemos diciendo que *la deixis es la codificación lingüística de elementos contextuales, como la identidad de los participantes en el acto comunicativo y su colocación espacio-temporal,*

[50] L. Vanelli, *La deissi in italiano*, Universidad de Padua, 1992, pág. 6.

[51] J. Lyons, *Semántica*, pág. 574.

[52] C. Kerbrat-Orechioni, *L'Énonciation de la subjectivité dans le langage,* Collection «Linguistique», Armand Colin, París, 1980, pág. 36.

conectados con la organización egocéntrica de la interacción comunicativa[53].

Una última precisión acerca de este concepto. Cuando hablamos de la estructuración del campo mostrativo en Bühler, destacamos dos rasgos básicos en el mismo: su egocentrismo y la subjetividad. A este respecto, Vicente Matéu cree útil distinguir

> entre *egocentrismo* como principio organizador de las expresiones deícticas tanto en el sistema como en su uso actualizado, y *subjetividad* como principio también definidor de expresiones del sistema y como principal manifestación pragmática del sujeto-que-razona-intencionadamente...

pues el egocentrismo es

> un principio centrípeto (las expresiones **remiten** al punto Ø lógico-pragmático) y la subjetividad un principio centrífugo (las expresiones **reflejan** un juicio, opinión, estado afectivo del sujeto hablante)[54].

Pero junto al componente egocéntrico y subjetivo, hay un tercer aspecto que creemos que debemos incluir en la caracterización de la deixis. P. Carbonero Cano, en su definición de la deixis, toma como punto de partida la de R. Hartmann y F. Stork en su *Dictionary of Language and Linguistics*:

> *Deictic word*. A word the function of which is to point out or specify and individual person, thing or idea.

A partir de aquí, recalca el término *individual* y atribuye a la deixis la marca de la «actualización». En efecto, designaciones como «mesa», «libro», se refieren a clases de objetos, mientras que la deixis presen-

[53] Esta es prácticamente la otra definición que Laura Vanelli da de deixis en su obra ya citada, pág. 7: «il fenomeno della deissi si può interpretare anche come la codificazione linguistica di tratti contestuali connessi con l'organizzazione egocentrica dell'interazione comunicativa».

[54] Vicente Matéu, *op. cit.*, pág. 55.

te en expresiones como «esta mesa», «ese libro», aluden a realidades individualmente consideradas[55].

Por tanto, en nuestra opinión, la deixis como fenómeno posee tres rasgos fundamentales: el *egocentrismo*, la *subjetividad* y la *actualización*.

Por su parte, L. J. Eguren[56], en su caracterización del fenómeno de la deixis, añade dos notas distintivas más que afectan propiamente a la naturaleza semántica de las que podríamos llamar «unidades deícticas»: la relación entre la deixis y la mostración gestual y las peculiaridades que presentan los deícticos desde el punto de vista del significado.

Aunque a menudo se insiste en que los deícticos vienen a equivaler a la «referencia gestual», es decir, como si el deíctico sustituyera al dedo índice que señala a un determinado ser u objeto en situaciones de interacción cara a cara, es sabido que los demostrativos pueden tener usos simbólicos y textuales que ya no pueden explicarse como un simple acto de mostración gestual. Por ello, concluye este autor diciendo que no parece que la mostración pura y simple sea el rasgo definitorio de la deixis.

De otro lado, en cuanto a su significado, este presenta la peculiaridad de ser «híbrido», pues estas unidades por un lado son símbolos y por otra índices. Como símbolos, presentan un significado invariable e independiente del objeto al que hacen referencia, aunque al mismo tiempo establecen una «conexión existencial» con él, lo identifican y lo sitúan en el espacio y en el tiempo. Como índices, definen a su objeto según la relación contextual que mantengan con éste, de forma que el significado de la unidad deíctica será distinto en cada caso, según quien produzca el enunciado.

Por tanto, partiendo de las palabras de Eguren, a los tres rasgos ya señalados respecto a la deixis, a saber, *egocentrismo, subjetividad* y *actualización*, habría que añadir dos más que afectan propiamente al

[55] Carbonero Cano, *op. cit.*, págs. 11-12.

[56] Cf. J. L. Eguren, «Pronombres y adverbios demostrativos. Las relaciones deícticas», en I. Bosque y V. Demonte (eds.), vol. I, págs. 929-972, en págs. 933-934.

significado propio de las unidades que presentan capacidad deíctica: que la mostración no basta por sí misma para definir la deixis, desde el momento en que estas unidades presentan usos simbólicos y textuales, en los que la gestualidad ya no desempeña un papel relevante; y que el sentido de estas unidades es híbrido, pues son a la vez símbolos e índices. Como símbolos tienen un sentido fijo e inmutable, independientemente de su referente, y como índices, establecen una relación puramente contextual con ese referente, de modo que su significado propio cambiará cada vez que cambie la persona que emita el enunciado.

Las palabras de Eguren nos sirven para plantear un problema no precisamente menor, qué unidades lingüísticas merecen el calificativo de «deícticas». Eguren[57] es partidario de una lista bastante restringida:

> son 'unidades o expresiones deícticas' tan sólo aquellas unidades o expresiones referenciales que tengan como básico o central un uso deíctico, es decir, que de manera canónica identifiquen 'individuos' en relación con el eje o centro deíctico de toda enunciación.

Esto llevaría a considerar como 'deícticos' a los pronombres personales, los pronombres y determinantes demostrativos, los posesivos, un número reducido de adverbios de lugar, tiempo y modo, los morfemas verbales de tiempo y persona y verbos de movimiento como *ir, venir, llevar,* etc., así como ciertas frases nominales y preposicionales que funcionan como complementos circunstanciales de lugar o de tiempo.

Como podemos comprobar, la lista dada por Eguren es muy reducida, y se explica porque, según este autor la anáfora no es un tipo de deixis[58] digamos «canónica». Nosotros, como ya iremos viendo a lo largo de nuestro estudio, partimos de la consideración de la deixis como un fenómeno general de señalamiento que llevan a cabo las unidades lingüísticas, dentro del cual, por un lado está la deixis propiamente dicha, es decir, el señalamiento a un referente externo al discurso al cual se identifica y se sitúa en el

---

[57] Cf. J. L. Eguren, *op. cit.*, pág. 934.

[58] Cf. J. L. Eguren, *op. cit.*, pág. 936.

espacio y en el tiempo, y por otro la anáfora, como una forma de señalamiento que realizan unidades lingüísticas dentro del discurso mismo. Por eso, a las unidades propuestas por Eguren añadiríamos otras, como los pronombres relativos, cuyo principal uso señalativo se circunscribe precisamente a la anáfora.

De otro lado, como es sabido, Carbonero Cano es uno de los pocos autores españoles que ha abordado el problema de la deixis desde una perspectiva globalizadora y que sistematiza este fenómeno desde los diversos puntos de vista desde los que se puede contemplar. Así distingue:

1) Según el campo de la experiencia cognitiva del hablante/oyente al que hace referencia la mostración, los elementos deícticos pueden entrar en tres ámbitos: *espacial*, *temporal* y *modal*.

2) Atendiendo al entorno al que señala el elemento deíctico, podemos hablar de *deixis mostrativa*, *contextual* o *fórica* (*anafórica, catafórica*), *evocadora* y *personal*.

3) Según un criterio de «insistencia», habla de *deixis con identificación* y *sin identificación*.

4) Se pueden hacer también distinciones atendiendo a los puntos de *referencia* dentro de la mostración, surgiendo así dos posibilidades referenciales: a) oposición binaria de 'lejanía'/ 'cercanía' del objeto señalado con respecto a los interlocutores; b) sistema opositivo ternario, con referencia a las personas lingüísticas, encuadrando la deixis en los tres campos referenciales de hablante, oyente, ausente.

5) División morfosintáctica: aquí se trata de reconocer las partes del discurso en que puede manifestarse alguna de las clases de deixis ya apuntadas, pudiendo establecerse dos planos:

5.1.) Categorías deícticas con función de referencia *nominal*. Tienen esta referencia los demostrativos, los posesivos y el artículo, entre otros. Por su función pueden ser *adnominales* (actualizadores) o *pronominales* (sustitutos).

5.2.) Categorías deícticas con función de referencia *verbal*. A ella pertenecen ciertos adverbios y

preposiciones. Por su función pueden ser *adverbiales* (con régimen implícito) o *prepositivas* (con régimen explícito)[59].

Tomando como punto de partida la clasificación de Carbonero Cano, a continuación nos proponemos profundizar algo más en algunas de las modalidades de deixis, descartando expresamente aquellas que nos parece que exceden los límites que marca el fenómeno mismo, y que para nosotros son, como se señaló más arriba, el egocentrismo, la subjetividad y la actualización, con especial atención a los dos primeros. De esta manera someteremos a discusión como formas de deixis las siguientes:

- Deixis personal
- Deixis espacial
- Deixis temporal

[59] Carbonero Cano, *op. cit.*, págs. 21-25. Para otra forma de abordar las clases de deixis, cf. J. L. Eguren, *op. cit.*, págs. 934-935. La tipología establecida por este autor se basa en varios criterios fundamentales: según el tipo de información deíctica tendríamos *deixis personal*, *deixis locativa* o espacial y *deixis temporal*; según la dependencia que las unidades deícticas muestran respecto al contexto, tendríamos «deícticos transparentes o completos» (*yo, tú, ahora, ayer...*), cuya mera enunciación ya determina a priori el tipo de referente denotado, el cual a su vez no puede cambiarse por medio de un gesto, aunque sí se puede reforzar por medio de una mostración gestual, y «deícticos opacos o incompletos» (*él, este, aquí, entonces, así...*), donde la mera enunciación no garantiza la plena identificación del referente y éste puede cambiarse por medio de gestos. A esta tipología añade otra doble serie: «deixis pura», que presentan aquellas unidades como *yo, tú* que sólo tienen valor deíctico canónico, y «deixis impura», que presentan aquellas unidades como *él, éste*, que junto a su valor deíctico canónico añaden otro no deíctico, por ejemplo la anáfora; por último, en las unidades deícticas espaciales, distingue entre «deixis primaria», que es la que presentan aquellas unidades que pueden explicarse a partir del contexto deíctico físico, y «deixis secundaria», que supone una reinterpretación de las dimensiones espacio-temporales de los contextos deícticos primarios. Así, por ejemplo, los demostrativos presentan deixis secundaria cuando las relaciones de proximidad o alejamiento que expresan de por sí se ven alteradas cuando intervienen factores tales como la emotividad del hablante.

- Otras formas de deixis: modal, social, analógica, textual y memorial

Por *deixis personal* entendemos aquellos elementos lingüísticos que gramaticalizan la referencia a los papeles de los participantes en el acto comunicativo. Para que esta referencia esté bien hecha deben ser identificables el hablante y el oyente[60].

A esta categoría pertenecen en primer lugar los pronombres personales de 1ª y 2ª persona singular y plural en todas sus formas y sus usos funcionales.

El pronombre de 1ª persona singular *yo* gramaticaliza la referencia que el hablante hace a sí mismo; el pronombre de 2ª persona singular *tú* gramaticaliza la referencia que el hablante hace a su interlocutor. Es decir, los pronombres de 1ª y 2ª persona singular tienen como referentes respectivamente al hablante y al oyente en un contexto comunicativo dado.

La referencia al hablante y al oyente está presente también en el significado de las formas personales de 1ª y 2ª plural. *Nosotros* indica un conjunto de personas (a partir de un mínimo de dos) que incluye al hablante. Entre las personas a las que se refiere *nosotros* se puede incluir o no al oyente: si se incluye al oyente, se habla de uso *inclusivo* de *nosotros* (*yo* + *tú* + quizás también otros); si no se incluye al oyente, se habla de uso *exclusivo* de *nosotros* (*yo* + otras personas excluyendo al *tú*).

Vosotros indica un conjunto de personas (a partir de un mínimo de dos) que incluyen al oyente u oyentes. Si el oyente es uno solo, *vosotros* se refiere necesariamente también a una o más personas aparte de los participantes en el acto comunicativo; si los oyentes son varios, *vosotros* puede indicar sólo los oyentes o bien los oyentes más otras personas.

[60] Sobre esta clase de deixis, cf. también Ana Mª Vigara, *loc. cit.*, págs. 261 ss. y Concepción Otaola Olano, «Consideraciones sobre algunos elementos enunciativos en la lengua española», *Epos*, 2, 215-229, en págs. 221-224. Para Vigara, esta deixis «no sólo relaciona...el mensaje con las personas que intervienen en el proceso comunicativo, sino que además relaciona a esas mismas personas entre sí a través del lenguaje-mensaje y con el resto de los elementos que intervienen en su comunicación...» (*ibid.*, pág. 261).

La referencia personal puede hacerse sin que aparezcan los pronombres personales, sólo con las desinencias verbales:

Vengo hoy (1ª pers. sing.)
Tienes hambre (2ª pers. sing.)
Trabajaremos hasta las seis (1ª pers. pl.)
Estudiáis inglés (2ª pers. pl.)

Dentro de los deícticos personales también entran los adjetivos y pronombres posesivos de 1ª y 2ª persona (*mío, tuyo, nuestro, vuestro*, etc.), pues desde el punto de vista semántico significan 'de + pronombre personal (correspondiente)'.

Respecto a los pronombres de 3ª persona singular y plural, éstos no pueden considerarse elementos inherentemente deícticos (lo cual no excluye que a veces puedan tener este uso), dado que su interpretación no depende necesariamente de conocimientos relativos a las coordenadas espacio-temporales en las que tiene lugar el acto de comunicación. En una frase como:

Hemos visto a Margarita en el bar y *ella* nos preguntó por ti.

la identificación de *ella* no depende del contexto situacional, pues ésta le viene a través de la relación anafórica con *Margarita*.

En cambio, en una frase como:

Él no lo cree así.

aquí la identificación de *Él*, siempre que no dependa anafóricamente de un elemento ya pronunciado, depende del contexto en el que se pronuncia. Su referente, o bien está presente en el contexto situacional en el que se pronuncia la frase, por lo que el contexto extralingüístico debe ser conocido, o bien la

identificación del referente exige la participación activa del hablante, como por ejemplo, a través de algún gesto señalador[61].

Para cerrar este apartado, traemos a colación las siguientes palabras de H. Weinrich: la primera y segunda personas gramaticales

> tienen una dignidad particular en tanto que ellas expresan los roles fundamentales de la comunicación dialógica en tanto que la tercera persona es una categoría restante, es decir, no es esencialmente comu-

[61] Cf. L. Vanelli, *op. cit.*, págs. 13-16. De otro lado, el punto de partida obligado a la hora de establecer una sistematización de los pronombres personales es E. Benveniste, «Estructura de las relaciones de persona en el verbo», en *Problemas de lingüística general*, 2 vols., México, s. XXI, 1991[16], en vol. I, págs. 161-171. Este autor establece dos oposiciones entre ellos: *yo, tú / él*, donde *yo, tú* indica persona, frente a *él* que indica no persona; *yo / tú*, basada en una correlación de subjetividad. Además, añade una matización en la distinción singular-plural, en la que el singular indicaría 'persona estricta' y el plural 'persona amplificada'. Al mismo tiempo, dado que la 3ª persona es no-persona, es la única que admite un verdadero plural. En estas correlaciones, lo que más se ha discutido es el carácter de no-persona que el autor francés atribuye a la 3ª persona. Las ideas de Benveniste fueron precisadas por Mª. C. Bobes Naves (*Las personas gramaticales*, Universidad de Santiago, 1971), quien, como indica Otaola Olano (*loc. cit.*, págs. 221-222), define tres niveles en el proceso de habla: 1) nivel del sujeto que usa la lengua (SP); 2) nivel de lengua y 3) nivel del sujeto a quien va dirigido, u oyente (SS). A partir de aquí, considera que las distinciones de Benveniste son más bien planos distintos: *yo/tú* intervienen en forma directa en el proceso lingüístico como SP y SS, mientras que *él* no excede los límites de la lengua; es indiferente que se refiera a persona o cosa, o que se elimine (impersonales). De otro lado, queremos traer aquí la clasificación de los pronombres personales que hace J. Lyons, *Lenguaje, significado y contexto*, Paidós Comunicación, Barcelona, 1983, pág. 233, cuando distingue dos tipos de deixis, *pura* e *impura*, la pura afecta a expresiones cuyo significado se puede explicar correctamente por medio del concepto de deixis, mientras la impura afecta a expresiones que en parte son deícticas y en parte no. Dentro de la deixis pura entran los pronombres de 1ª y 2ª persona, pues refieren al hablante y al destinatario, sin transmitir información adicional alguna sobre ellos; en cambio, los pronombres personales de 3ª son impuros, pues codifican las distinciones de significado asociadas a los términos 'masculino', 'femenino' y 'neutro'. Y como estas distinciones se basan en propiedades del referente que no tienen nada que ver con el emplazamiento espacio-temporal de 'el', 'ella', 'ello' o con su función en el acto locutivo, son claramente no deícticas.

nicativa, si bien ello no implica su carácter de no persona ni tampoco que, circunstancialmente, puede representar un rol eminentemente deíctico[62].

Por su parte, la *deixis espacial* comprende las expresiones lingüísticas que hacen referencia a la posición en el espacio de los participantes en el acto comunicativo. Exigen una interpretación deíctica espacial tres tipos de elementos: adverbios deícticos de lugar (*aquí, allí, allá*), verbos deícticos de movimiento (*ir, venir*) y los demostrativos. Mientras los adverbios deícticos de lugar y los verbos deícticos de movimiento exigen cada vez que aparecen informaciones relativas a las coordenadas espaciales de la situación comunicativa, los demostrativos son susceptibles también de interpretaciones deícticas ligadas al tiempo y no al espacio del acto comunicativo: en todo caso la interpretación dependerá del contexto lingüístico y extralingüístico en el cual se inserta el demostrativo[63].

El concepto de espacio en la lengua está traspasado todo él de subjetividad. Hablar de espacio es hablar de cómo lo percibe el hablante. A este respecto afirma Cifuentes Honrubia:

> La percepción del espacio por el hombre y su articulación lingüística distan considerablemente de las llamadas configuraciones científicas del espacio métrico de la geometría euclidiana. El espacio perceptivo es originariamente topológico y sólo muy posteriormente métrico.

Más adelante añade:

> La percepción del espacio en que aparecen situados los objetos y la localización de los objetos mismos no nos viene dada por una sola modalidad sensorial; la vista desempeña una función destacada, pero en modo alguno exclusiva...entran en juego aspectos relacionales muy heterogéneos, como son la existencia de un marco visual de referencia, la apreciación de la propia verticalidad corporal y otros factores que determinan la impresión de profundidad y que pueden ser incluso auditivos.

---

[62] H. Weinrich, «Los tiempos y las personas», *Dispositio* (*Estudios*), vol. III, nº 78, págs. 21-38, Universidad de Michigan, en pág. 25, citado por Vicente Matéu, *op. cit.*, pág. 94.

[63] L. Vanelli, *op. cit.*, pág. 17.

En fin:

> El espacio es esencialmente espacio «vivido»; la significación originaria de la espacialidad es antropológica,...[64].

No obstante esto, el espacio perceptivo humano está caracterizado por la tridimensionalidad, por lo cual la lengua establece tres tipos de oposiciones básicas: vertical primaria: *arriba/abajo*; horizontal primaria: *delante/detrás*; horizontal secundaria*: derecha/izquierda*[65].

Respecto al modo como se localizan los objetos en la lengua, dice Talmy:

> La disposición espacial de un objeto es caracterizada normalmente en términos de otro objeto cuya localización y propiedades geométricas son conocidas por el interlocutor y que funciona como *objeto de referencia*.

A estos dos objetos los llama Talmy 'figura' y 'base' respectivamente[66].

Las localizaciones pueden especificarse en relación a otros objetos (*perspectiva inherente*) o en relación a la posición y orientación de los participantes en el acto de habla (*perspectiva deíctica*). A estas dos, Lyons añade una orientación real, es decir, orientada por los puntos cardinales, Norte, Sur, Este y

---

[64] Cifuentes Honrubia, *op. cit.*, págs. 33-34.

[65] Cf. M. Mazzoleni, *loc. cit.* pág. 219. De otro lado, la organización del espacio en la lengua española ha sido sistematizada por P. Carbonero Cano, *op. cit.*, pág. 69-73 (quien distingue 'mostrativos/fóricos'; 'personales/descriptivos' (*aquí, ahí; encima/debajo*); 'dimensionales/no dimensionales' (*delante, arriba/cerca, lejos, dentro, fuera*) y locativo/direccional (*en/hacia*)), y Cifuentes Honrubia, *op. cit.*, 150 (quien establece una única clase léxica, la de los locativos espaciales).

[66] L. Talmy, «How language structures Space», en H. L. y L. P. Acredolo (eds.), 1983, págs. 225-282, citado por Vicente Matéu, *op. cit.*, pág. 126.

Oeste[67].

Por último, cabe destacar la importancia que para la localización tiene el conocimiento general de los interlocutores y el conocimiento lingüístico[68].

En tercer lugar, la *deixis temporal* comprende aquellas expresiones lingüísticas que hacen referencia a la posición sobre el eje temporal de los participantes en el acto comunicativo. Exigen este tipo de interpretación: los adverbios deícticos de tiempo (*ahora, entonces, ayer, hoy, mañana*, etc.), las expresiones adverbiales que contienen un SN de tiempo (*dentro de unos días, hace tres semanas*, etc.), adjetivos deícticos temporales (*pasado, próximo*, etc.) y los tiempos de la flexión verbal en el uso deíctico[69]. A esta lista podríamos añadir los demostrativos que acompañan como determinante a un nombre que indica tiempo: *este día, aquella mañana, esa noche*[70].

La lengua ha organizado diversos sistemas para captar el tiempo, de los cuales nosotros destacamos:

1) La distinción 'período-momento', debido al carácter impreciso del tiempo, o mejor, debido al carácter expansivo del *ahora*, pues éste puede referirse tanto a un momento absolutamente preciso (*las once en punto*), como a un período más o menos vago (*esta tarde, esta noche*). Aquí, como en todas las distinciones temporales, juega un papel más importante la interpretación subjetiva del hablante que la objetivi-

[67] Lyons, *Semántica*, pág. 629.

[68] Vicente Matéu, *op. cit.*, pág. 127.

[69] L. Vanelli, *op. cit.*, pág. 37.

[70] Respecto al uso del demostrativo con indicadores temporales, desde el punto de vista de la *perspectiva temporal*, se puede establecer la siguiente regla general: en el *plano actual o del discurso* —es decir, cuando nos referimos a situaciones comunicativas en las que participamos directamente—, se emplea *este*: *esta semana*, *este mes*; en cambio, en el *plano inactual o de la historia* —es decir, cuando relegamos a una zona alejada de nuestra circunstancia vital un hecho o circunstancia—, se emplean *ese* o *aquel*: *ese mes*, *aquella semana*. En ambos casos, el demostrativo precede al indicador temporal. Sobre este aspecto, cf. Mª. Luz Gutiérrez Araus, *Formas temporales del pasado en indicativo*, Arco/Libros, Madrid, 1995.

dad temporal.

2) La distinción 'ahora-entonces', a veces se interpreta como organizada en 'pasado-presente-futuro', que es la que más fortuna ha tenido en la teoría gramatical, y otras veces como 'pasado-no pasado' o bien como 'presente-no presente'.

3) La distinción 'antes-después', que se establece a partir de un punto de referencia y que a veces sirve para distinguir entre los tiempos deícticos referidos al pasado y los referidos al futuro.

4) La oposición entre 'unidades del calendario', con un referente absoluto, aunque muchas veces de tipo cultural (fechas), y 'unidades no regidas por el calendario', que tienen como punto de referencia el acto de habla[71].

5) La organización del tiempo en unidades (días, noches, meses, lunas, etc.), en donde también interviene la cuestión cultural.

6) La representación del tiempo según su 'frecuencia' (*muchas veces, pocas veces*), su 'duración', etc.

El tiempo, en general, se puede entender como una corriente unidimensional y unidireccional, es decir, un suceso es anterior, simultáneo o posterior a otro[72].

En otros casos se conceptualiza como análoga al espacio, es decir, algo está delante o detrás en el tiempo.

[71] A este respecto es interesante la observación que hace L. Vanelli, según la cual el «día» como unidad de calendario dura 24 horas, desde medianoche a medianoche; desde el punto de vista lingüístico el «día» al que se refieren los adverbios *ayer, hoy, mañana* coincide normalmente con el periodo de «vela» de los hablantes (*op. cit.*, pág. 41).

[72] Ch. J. Fillmore, *Lectures on Deixis*, CSLI Publications, Standford, 1997, pág. 45.

Desde el punto de vista de la lengua, nos quedaremos con las diferencias siguientes:

1) 'ahora/entonces', que opone 'presente' / 'no presente'; este último incluiría 'pasado' y 'futuro'.

2) 'antes/después', que divide el tiempo en dos mitades, una prospectiva y otra retrospectiva.

3) 'anterior-simultáneo-posterior' a un acontecimiento, que si es el tiempo del codificador es de naturaleza deíctica y coincide con la división temporal en 'presente-pasado-futuro'. En algunas lenguas, el futuro ve cuestionada su naturaleza temporal por la fuerte carga modal que implica[73].

Resumiendo, en palabras de Kerbrat-Orechioni, expresar el tiempo es:

localiser un événement sur l'axe de la durée, par rapport à un moment T pris comme référence.

Este referente temporal T puede corresponder: a una fecha concreta tomada como referencia por su importancia histórica en una civilización determinada (como el nacimiento de Cristo para los occidentales); T_1, un momento inscrito en el contexto verbal (referencia cotextual); T_0, un momento de la instancia enunciativa (referencia deíctica)[74].

Sobre la naturaleza subjetiva del tiempo dice Vicente Matéu:

> El carácter inasible del tiempo hace problemática su captación por parte de la lengua. Si a ello añadimos su índole subjetiva hemos de decir que el tiempo es un firme candidato a ser penetrado por la subjetividad u organizado por vivencias colectivas...La introducción, por otra parte, de la subjetividad en los tiempos de futuro parece lógica si tenemos en cuenta que en algunas lenguas el futuro sólo está marcado modalmente[75].

[73] Sobre la deixis temporal en su conjunto, cf. Vicente Matéu, *op. cit.*, págs. 106-107.

[74] C. Kerbrat-Orechioni, *op. cit.*, pág. 45.

[75] Vicente Matéu, *op. cit.*, págs. 171-172.

En fin, bajo la denominación de «otras formas de deixis» incluimos otros tipos de deixis de los que podemos albergar una duda razonable de que sean manifestaciones concretas de este fenómeno de la lengua, en concreto, la modal, la social, la analógica, la textual y la memorial.

En principio, respecto a la *deixis modal*, se ha querido ver un tipo de deixis en el empleo del modo como reflejo de un tipo de relación en la que el sujeto manifiesta su punto de vista a través de distintas formas gramaticales. Apoyan este tipo de deixis autores como R. Brecht, M. L. Rivero o Schmid.

También se ha querido justificar la existencia de esta categoría deíctica en el hecho de que el indoeuropeo presenta un inventario específico de formas modales del verbo que Schmid estructura del siguiente modo:

Dm (deixis modal)$_1$: Indicativo; Dm$_2$: Imperativo; Dm$_3$: Optativo; Dm$_4$: Potencial; Dm$_5$: Irreal; Dm$_6$: Injuntivo[76].

Este tipo de deixis es rechazable porque no es en modo alguno egocéntrica, sino que refleja únicamente la subjetividad del hablante.

Otro tipo de deixis que vamos a tomar en consideración es la denominada *deixis social*. Normalmente la noción de deixis social más extendida es la que da Levinson:

> those aspects of language structure that encode the social identities of participants, or the social relationship between them, or between one of them and persons and entities referred to[77].

[76] Cf. al respecto Vicente Matéu, *op. cit.*, págs. 144-145.

[77] J. Levinson, *Pragmatics,* Cambridge University Press, 1983, pág. 89. Conocida, pero mucho más genérica, es la definición que de la *deixis social* da Fillmore (*Lectures on Deixis*, pág. 61): «the social relationships on the part of the participants in the conversation, that determine, for example, the choice of honoric or polite or intimate or insulting speech levels».

La información social puede reflejarse en:

1) la elección de los deícticos de primera (*Nos*), segunda (*tú/usted*) y tercera persona;

2) en el título del destinatario;

3) en el uso de partículas o afijos que indican respeto o deferencia;

4) y, por último, en la elección de vocabulario[78].

La deixis social tampoco la consideramos un tipo de deixis, pues tiene que ver más con la subjetividad en el lenguaje que con la deixis, así como con la competencia cultural del hablante.

Por otra parte, un uso particular de la deixis consiste en utilizar «objetos» concretos dentro del espacio deíctico controlado por el hablante, como «análogos» a otros «objetos» que están fuera de su control. Esto es lo que se entiende por *deixis analógica*[79]. Ejemplos de este tipo de deixis son: indicar una ciudad, una calle sobre un mapa; indicar un punto en el propio cuerpo, que representa o al cuerpo de otra persona ausente o que puede considerarse como análogo al cuerpo humano en general[80].

Para nosotros esto no deja de ser una mera variante de la deixis espacial. Otros autores en cambio la consideran como un caso cercano al tipo 2 de la *deixis am phantasma*[81].

---

[78] Cf. Vicente Matéu, *op. cit.*, págs. 148-149.

[79] Sobre esta deixis, cf. W. Klein, «Local Deixis in Route Directions», en R. J. Jarvella y W. Klein (eds.), págs. 161-182, en págs. 167-168, quien la denomina «analogical deixis», y G. Rauh, «Aspects of Deixis», en G. Rauh (ed.), *Essays on Deixis*, Gunter Narr Verlag, Tübingen, págs. 9-60, en pág. 50, que habla de «analogous deixis».

[80] L. Vanelli, *op. cit.*, pág. 103.

[81] Tal es la opinión de M. Mazzoleni, *loc. cit.*, pág. 239. Este autor parte del ejemplo de la localización de un lugar sobre un mapa. Para él, aquí lo que se hace es indicar, con elementos deícticos, dentro del espacio perceptivo del hablante (sobre un mapa que puedo ver) objetos que en realidad están en otro sitio. La principal diferencia res-

Por *deixis textual*, o *deixis del discurso*, se entiende un tipo de deixis en la que el contexto lingüístico, es decir el discurso, desempeña el papel del contexto situacional; dentro de este contexto, el hablante orienta al oyente para que busque en él el antecedente, normalmente una expresión o segmento de discurso, tomando como punto de partida el lugar del discurso al cual ha llegado.

Como ejemplo de deixis textual, Laura Vanelli propone el siguiente:

Hace un mes recibí un *carta de Carlos*; en *aquella carta* me decía que se encontraba bien.
Hace un mes recibí una *carta de Carlos*; en *esta carta* me decía que se encontraba bien.

En el primer caso, *aquella carta* tiene un referente extralingüístico, la carta de Carlos, con la que mantiene una relación anafórica. Mediante el demostrativo *aquella* el hablante dice al oyente que el objeto al que se refiere está situado lejos respecto al momento en el que se pronuncia la frase. En el segundo caso, el referente sigue siendo la misma carta que en la primera frase, sólo que al usar el demostrativo *esta*, el hablante comunica al oyente que el referente se ha mencionado en un punto del discurso cercano al punto al que ha llegado cuando ha pronunciado *esta carta*[82].

Sin embargo, creemos que con el ejemplo de Vanelli podemos confundir este tipo de deixis con la anáfora. Por eso preferimos quedarnos con el clásico ejemplo de Lyons:

(X dice) «Es un rinoceronte», (e Y responde) «¿Un qué? Deletréamelo.» El referente de *lo* no es el rinoceronte que hay en el parque zoológico donde transcurre la conversación, sino la palabra *rinoceronte*, que Y no ha comprendido bien[83].

---

pecto al tipo 2 «puro» de deixis de la fantasía viene dada por la presencia, en el campo deíctico, de un «analogon» del objeto ausente.

[82] L. Vanelli, *op. cit.*, págs. 104-105.

[83] Lyons, *Semántica*, pág. 602. Según Lyons, es frecuente confundir entre deixis textual y anáfora, debido a «la habitual incapacidad para distinguir entre entidades lingüísticas y no lingüísticas». Para él, la diferencia entre ambos tipos de señalamiento radica en que en la anáfora, las dos expresiones semántica o pragmáticamente vinculadas en

Denis Apothéloz, siguiendo a Conte, cree que la función básica de la deixis textual es la función metalingüística, pues permite organizar el espacio del texto y facilitar así la orientación del lector o del oyente en este espacio[84].

El principal problema que plantea este tipo de deixis es su posible relación con la deixis espacial o con la anáfora. Para Vicente Matéu, la deixis textual es una variante de la deixis situacional; actúa sobre el discurso, en tanto que está ubicado espacio-temporalmente, a través de expresiones deícticas locativo-temporales a partir de un punto de referencia puesto intencionalmente por el hablante, de ahí un cierto carácter subjetivo[85].

Sobre la posible relación de la deixis textual con la anáfora, Sennholz opina que cuando Bühler habla de anáfora incluye lo que nosotros llamamos deixis del discurso o deixis textual. Aunque es cierto que en ambas la expresión deíctica reenvía al co-texto, sin embargo, en la anáfora el antecedente de la expresión deíctica remite a su vez a un objeto real, en la deixis textual la referencia se hace únicamente a una entidad intratextual[86].

En suma, no creemos que la deixis textual sea un tipo particular de deixis, sino una mera variante de la deixis situacional, sólo que en ella el campo de aplicación es el discurso mismo.

De otro lado, un sintagma nominal demostrativo puede referir *in absentia*, es decir, sin mención expresa a su referente y sin que éste esté presente en la situación de enunciación:

---

el discurso deben tener un referente extralingüístico común. Si no lo tienen, se trataría de deixis textual.

[84] D. Apothéloz, *Rôle et fonctionnement de l'anaphore dans la dynamique textuelle*, Librairie Droz, Ginebra, 1995, pág. 35.

[85] Vicente Matéu, *op. cit.*, pág. 158.

[86] Cf. Vicente Matéu, *op. cit.*, pág. 159. También J. Lyons, *Introduction to theoretical linguistics,* Cambridge University Press, 1979, pág. 102, considera la deixis textual como un punto intermedio entre la deixis propiamente dicha y la anáfora.

> Cada tarde bajo al bar de Pepe; allí me encuentro a los clientes habituales, dos o tres viejos jubilados, que pasan la tarde entre naipes, fichas de dominó, tacitas de café y copas de aguardiente. ¿Que por qué lo hago? *Ese humo de los cigarros, ese olor a alcohol, ese rumor apagado de las voces* ejerce sobre mí una atracción casi irresistible.

Se dice a menudo que estos sintagmas nominales demostrativos evocan un referente tan evidente para el hablante que viene a equivaler a un referente que acabara de evocarse. La denominación de *deixis memorial* (que se debe a Fraser y Joly), equivale a la de *deixis empática* (Lyons) y a la de *deixis emotiva* (de R. Lakoff)[87].

Para nosotros, la llamada deixis memorial no es sino un caso más de la llamada *deixis am phantasma* de Bühler.

En suma, después de todo lo dicho, para nosotros sólo son auténticas formas de deixis la *deixis personal*, la *espacial* y la *temporal*[88]. De las «otras formas de deixis», rechazamos completamente la *modal* y la *social*, y consideramos a la *deixis analógica* y a la *textual* como variantes de la deixis espacial y a la *memorial* como una forma de deixis *am phantasma*[89].

Asimismo, respecto a la deixis espacial y temporal queremos poner de relieve su importante componente subjetivo, que hace que la localización espacio-temporal de los participantes en el acto de comunicación se mida habitualmente en función de la perspectiva que adoptan esos mismos participantes.

---

[87] D. Apothéloz, *op. cit.*, págs. 35-36.

[88] En esto coincidimos con la tipología que establece J. L. Eguren en su estudio, *op. cit.*, pág. 934.

[89] No se agotan aquí las posibles formas de deixis. Cf. al respecto el capítulo que le dedica Vicente Matéu en su obra, págs. 143-151, donde habla por ejemplo de la *topic deixis*, basada en la topicalización de la estructura gramatical o entonativa, o la llamada *deixis metalocucionaria*, referida al uso de unidades fonológicas suprasegmentales como los acentos. Excluimos considerar estas "otras deixis" por no aportar nada a nuestro estudio del demostrativo.

2.1.3. La anáfora

Si, como hemos visto en el apartado anterior, no hay unanimidad a la hora de definir el fenómeno de la deixis, tampoco existe acuerdo cuando se trata de abordar la cuestión de la anáfora, dimensión ésta muy compleja y que admite varias perspectivas posibles a la hora de afrontarla.

G. Kleiber[90], a la pregunta de cuándo hay anáfora (o expresión anafórica), dice que, en principio, hay dos respuestas posibles: la de aquellos que ven en la anáfora ante todo un problema textual, y la de aquellos que ven en ella un factor cognitivo.

En la concepción textual, la más conocida, la expresión anafórica se define como una expresión cuya interpretación referencial depende de otra expresión (o expresiones) mencionada en el texto y que suele llamarse *antecedente*.

Por contra, la teoría que ve en ella un factor cognitivo, la que podríamos llamar teoría «memorial», rechaza el criterio textual e invoca otro, el de la «relevancia previa» (*saillance préalable*) para definir la anáfora. De esta manera pasa a ser determinante el modo como el interlocutor conoce el referente. A partir de aquí, la anáfora se entiende como un proceso por el que se designa a un referente ya conocido por el interlocutor, es decir, un referente «presente» o ya manifiesto en la memoria inmediata, que según los autores recibe nombres diversos: *universo de discurso, memoria discursiva, modelo contextual, modelo de discurso* o incluso *focus*.

Denis Apothéloz, por su parte, en su obra sobre el papel y el funcionamiento de la anáfora[91], resume las concepciones que ha habido respecto a este fenómeno en tres corrientes principales:

1) *Concepción sustitutiva*. Atribuye su origen al gramático griego Apolonio. Según esta corriente, el

[90] G. Kleiber, «L'anaphore: d'un problème à l'autre», *Le Français Moderne*, LX, 1992, nº 1, 1-22, en págs. 1-5.

[91] D. Apothéloz, *op. cit.*, págs. 307-311.

anafórico (entiéndase, un pronombre) es una expresión que está «puesta en lugar de» otra expresión que está considerada como semánticamente autónoma. La razón por la cual se produciría esta sustitución sería para evitar una repetición.

Esta concepción está unida a un punto de vista normativo. Por un lado, explica el uso de los pronombres por razones de elegancia; por otro, al concebir el anafórico como un sustituto, el objeto que designa debe haber sido introducido en el universo del discurso por medios explícitos.

Asimismo, esta corriente está unida a una concepción antecedentista de la anáfora. En la concepción sustitutiva es fácil confundir entre el *referente*, el objeto de la realidad extralingüística que designa la expresión anafórica, y el *antecedente*, el segmento de texto que ha designado anteriormente a este objeto.

2) *Concepción antecedentista*. Es una variante de la anterior. Se pone el acento sobre el hecho de que los anafóricos son expresiones semánticamente incompletas, cuya interpretación sólo es posible mediante la presencia, en el mismo texto, de un segmento de texto unívocamente delimitado, que recibe denominaciones diversas (‘antecedente’, ‘fuente’, ‘intérprete’, etc.). En esta concepción, se denomina ‘resolución’ o ‘saturación’ al proceso por el cual el anafórico encuentra su interpretación.

La mayoría de las veces, esta concepción va unida a la propensión más o menos confesada de conceder una especie de primacía teórica a la referencia más que al sentido, por lo que la *correferencia* se convierte en el prototipo de la anáfora.

Para esta corriente, son considerados poco aceptables, e incluso desviados, los casos en que un pronombre no está precedido de un antecedente.

3) *Concepción mentalista.* Según esta corriente, las expresiones anafóricas identifican su objeto no en relación a otro segmento del texto, sino en relación a una representación. Ésta se llama, según los casos, ‘modelo del discurso’, ‘modelo mental’, etc.

El segmento de texto tradicionalmente llamado *antecedente* es considerado aquí sólo como la huella de la operación lingüística que ha hecho accesible, en la representación, el objeto designado por la expresión anafórica. Aquí se admite también que una operación no lingüística, como un gesto, una mirada, podría haber tenido el mismo efecto sobre el estado de la representación.

En esta perspectiva, una anáfora en el sentido clásico del término es una expresión que apunta hacia una información cuya única particularidad es haber sido introducida por un segmento de texto localizable y unívocamente delimitable.

Esta teoría tiene varias consecuencias:

3.1) Lleva a minimizar la diferencia entre referencia anafórica y referencia simple, e incluso a diluir la noción de anáfora en la de referencia.

3.2) En segundo lugar, la relación de correferencia pierde su estatuto de prototipo de la relación anafórica, en beneficio de la anáfora asociativa.

3.3) El funcionamiento de la anáfora, como el de la referencia, no es separable de la *interacción* que le sirve de marco. Por ello es erróneo decir que un objeto «es identificado por una expresión»; en realidad, un objeto sólo puede ser identificado por el destinatario de esta expresión y por medio de las informaciones que esta expresión aporta.

Por su parte, Francis Corblin habla de tres modos de aproximarse al problema[92]:

1) La *tesis descriptiva*. Esta postura parte de la distinción entre la *anáfora*, operación de señalamiento al interior del discurso, de la *exófora*, operación de señalamiento externo (con lo que se elimina el tér-

[92] Francis Corblin, *Les formes de reprise dans le discours*, *Anaphores et chaînes de référence*, Presses Univeritaires de Rennes, 1995, págs. 14-31.

mino tradicional de deixis).

En esta teoría se distinguen claramente dos relaciones:

1.1) La relación de designación que puede establecerse entre un término lingüístico y un objeto del mundo, que se llama su referente.

1.2) La relación de referencia que puede establecerse entre un término lingüístico y otro término lingüístico que aparece en el discurso, que se llama su antecedente.

El contenido de la tesis descriptiva consiste en distinguir el uso de un término lingüístico asociado a un referente al que remite mediante una mención próxima (anáfora), de un término lingüístico asociado a un referente sin que exista esa mención próxima intermediaria.

Como consecuencia de esta postura se descarta que la idea de anáfora, como relación puramente intralingüística, se oponga a la exófora, como relación entre una expresión y la realidad extralingüística. En ambos casos existe una relación de designación. Además, lejos de excluirse, los dos usos, en muchas situaciones no se pueden distinguir. En una frase como:

He aquí al *Señor X. Él* será su ayudante

aquí no es posible distinguir apenas entre uso anafórico y uso deíctico de *Él*, al coincidir la presentación del individuo con su mención.

Tampoco se podría sobreestimar, en la oposición anáfora/deixis, la diferencia entre referencia *in absentia* y referencia *in praesentia*. La lengua permite mencionar objetos accesibles por ostensión a partir del contexto de enunciación (referencia *in praesentia*), pero también objetos que no son accesibles de este modo (referencia *in absentia*). En sentido restringido, la noción de deixis se limitaría a las referencias *in praesentia*. Sin embargo, no se puede utilizar la noción de anáfora para las referencias *in absentia*.

Por tanto, desde esta postura se propone utilizar el término de *referente del discurso* para designar los referentes mencionados en el discurso, sin tener en cuenta si las entidades en cuestión pertenecen o no al mundo real.

2) La *tesis funcional*. Según Corblin, el principal soporte de esta postura es K. Ehlich, quien distingue dos procedimientos, el deíctico y el anafórico, y postula además una coincidencia entre cada uno de estos procedimientos y una clase de expresiones lingüísticas. Distingue por tanto entre expresiones anafóricas y expresiones deícticas.

El procedimiento deíctico se define como un instrumento lingüístico para focalizar la atención del receptor sobre un ítem específico que pertenece al espacio deíctico pertinente. El procedimiento deíctico se realiza mediante expresiones deícticas.

El procedimiento anafórico es un instrumento lingüístico para hacer que el receptor mantenga una focalización anteriormente establecida sobre un ítem específico hacia el que ha orientado su atención antes. El procedimiento anafórico se realiza por medio de expresiones anafóricas.

Desde esta posición se admite que los procedimientos deícticos remiten a objetos del mundo incluidos en la situación de enunciación, pero también a menciones en el discurso, y del mismo modo hay procedimientos anafóricos que remiten directamente a objetos del mundo, pero también a menciones en el discurso.

Opinan también que hay expresiones reservadas a los procedimientos deícticos y otras para los procedimientos anafóricos. Deícticos serían, dentro de la categoría tradicional de los pronombres, los demostrativos; como ejemplos de anáforicos se citan los pronombres personales, los posesivos y los definidos.

En esta teoría, la distinción entre anáfora y deixis no se establece en términos de uso, sino de categorías de lengua. La anáfora abarcaría ciertas categorías como los pronombres personales y los grupos

nominales definidos y la deixis abarcaría la categoría de los demostrativos.

En esta teoría lo pertinente no es la mención previa, sino la "presencia de la atención": el procedimiento deíctico está destinado a "atraer la atención" y el anafórico a "mantener la atención".

3) La *tesis lingüística*. Establece que un posible enlace entre las proposiciones de un texto viene constituido por lo que podrían llamarse las «cadenas de referencia». Una cadena de referencia es un conjunto de expresiones dentro de un texto cuya interpretación establece una identidad de referencia.

Las lenguas naturales permiten establecer relaciones de identidad referencial entre los términos de un segmento lingüístico. A este respecto el fenómeno presenta dos propiedades:

3.1) *No hay sistema lingüístico unificado por la identidad de referencia*. Una vez que se ha constituido una referencia no hay una sola y única forma capaz de mencionarla de nuevo. Un nombre propio Xi podría ser recogido en una cadena de referencia por diversos tipos de grupos nominales: Xi mismo, grupos nominales definidos, demostrativos, etc. Incluso una identidad formal no garantiza una identidad de referencia.

3.2.) *La interpretación por identidad referencial no parece definitoria para ninguna forma lingüística*. En una lengua natural la identidad referencial entre expresiones se obtiene como resultado de relaciones multiformes y no especializadas. Se ha visto muchas veces que una forma que admite la interpretación por identidad, como el pronombre, podría no designar el mismo segmento de lo real que su antecedente. En la frase:

María guarda su salario en el banco, y Juana *lo* gasta de inmediato.

Aquí *lo* podría designar el salario de María o el de Juana.

También se sabe que las mismas formas están asociadas a relaciones que implican la identidad de

referencia y a relaciones que implican quizás identidad, pero no de referencia:

María estaba casada, pero Juana no.

De todo esto se concluye que la identidad referencial no corresponde a una categoría de lengua, y que la anáfora y la identidad referencial son dos nociones distintas.

Por otro lado, también se insiste a menudo en que el concepto de anáfora hay que deslindarlo de otros fenómenos, en concreto de la *pronominalización* y de la *correferencia*:

1) La relación entre anáfora y pronominalización es muy estrecha, en la medida en que son sobre todo los pronombres los que desempeñan la relación anafórica. Por pronominalización se entiende la relación de tipo sintáctico que se produce entre un término y su antecedente. Como es sabido, la gramática generativa interpretaba la anáfora en términos de relación sintáctica exclusivamente.

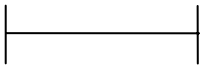
2) La correferencia constituye una relación de orden semántico. Son varias las definiciones que se han dado sobre la «correferencia». Denis Apothéloz [93] cree que hay correferencia entre dos expresiones cuando éstas designan en el discurso el mismo referente. Ésta viene a ser básicamente la idea de Lyons[94], quien maneja el concepto en su definición de anáfora y lo precisa algo más. Para él habrá correferencia entre dos expresiones cuando tanto la expresión anafórica como el antecedente remiten a la misma entidad extralingüística. Francis Corblin pone en juego una definición de la anáfora y la correferencia mucho más estricta: habrá anáfora entre dos términos cuando exista entre ellos una relación de «dependencia orientada», es decir, la expresión anafórica sólo podrá interpretarse, sólo tendrá sentido, si encontramos en el discurso precedente un segmento de texto al cual remita; mientras que la correferencia supone una «relación simétrica de identidad referencial entre dos términos interpretables independientemente el uno del otro», es decir, en la correferencia se da identidad referencial entre dos términos que, a

[93] D. Apothéloz, *op. cit.*, pág. 27.

[94] J. Lyons, *Semántica*, pág. 603.

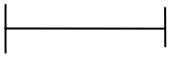
su vez, son independientes, interpretativamente, el uno del otro. Veamos un ejemplo de esto:

Anáfora: *Pedro* ha venido. *Él* se irá mañana.



Correferencia: *Pedro* ha venido. *Pedro* se irá mañana.

Yo he venido. *Yo* me iré mañana.



El nombre propio y el pronombre se oponen muy claramente: la interpretación del nombre propio es independiente de su contexto inmediato, mientras que la de *él* no lo es. La anáfora se da con términos cuya interpretación no está fijada para cualquier uso, es decir, sólo se da con términos de interpretación "local". *Yo*, en cambio, es un término incapaz de especificar un segmento particular de contexto como fuente, o antecedente, propiedad que es decisiva para reconocer que hay anáfora[95].

A veces, el propio concepto de «identidad referencial» se ha intentado ampliar algo más, incluyendo en él los casos de metonimia en los que la referencia a ciertas características de ciertas partes del referente sirve para caracterizar al referente en su conjunto[96].

Por último, hay otros autores que hablan de correferencia simplemente cuando en un texto una expresión, la anafórica, es correferente con otro elemento del texto llamado antecedente[97].

[95] F. Corblin, *Les formes de reprise dans le discours*, págs. 31-32.

[96] Cf. G. Kleiber, *loc. cit.*, pág. 10.

[97] Cf. al respecto, Ch. Fillmore, *Santa Cruz lectures on deixis*, Indiana University Linguistics Club, Bloomington,

En suma, la pronominalización equivaldría a la relación anafórica en su vertiente sintáctica y la correferencia a la relación entre dos expresiones en sentido semántico-referencial[98].

Sin embargo, si queremos entender la anáfora en su justa medida, no debemos ver en ella un fenómeno puro, sino que aquí se integran mecanismos tanto sintácticos como semánticos[99]. Desde este punto de vista, creemos que no hay razones que justifiquen separar *pronominalización* y *correferencia* del fenómeno general de la anáfora. En el primer caso, porque consideramos que uno de los modos más habituales de anáfora es cuando la expresión anafórica es un pronombre y viene a «sustituir» a su antecedente. En muchas ocasiones el antecedente puede ser un sustantivo que remite a un referente extralingüístico, como quiere Lyons:

Hemos visto a *dos hombres* discutiendo: *éstos* son vecinos tuyos.

En otras ocasiones, el antecedente no tiene por qué tener, necesariamente, un referente extralingüístico, por ejemplo, cuando un demostrativo neutro resume el contenido de toda una proposición anterior:

Llevo ya muchos días sin dormir bien, y *eso* me impide rendir más.

Para nosotros, ambos son casos de anáfora y como vemos también casos de «pronominalización».

1975, pág. 50 y Barbara Fox, *Discourse structure and anaphora*, Cambridge University Press, 1993, pág. 18.

[98] Cf. Vicente Matéu, *op. cit.*, págs. 161-162; F. Corblin, *op. cit.*, págs. 31-34.

[99] Escavy, *op. cit.*, págs. 156-157. Para este autor, siguiendo a Wasow, la anáfora designa cualquier caso en el que la interpretación de un elemento es una función que lo empareja con algún otro en el contexto lingüístico. Por su parte, A. J. Greimas y J. Courtés, *Semiótica: Diccionario razonado de la teoría del lenguaje* (vers. esp. E. Ballón Aguirre y H. Campodónico Carrión), Gredos, Madrid, 1990 (reimpr. de la 1ª ed. 1982), pág. 33, *s. v. ANÁFORA*, distinguen entre «anáfora gramatical» cuando se utiliza, para la identificación, las categorías semánticas que constituyen la armazón explícita de la gramática de una lengua natural (por ejemplo, los pronombres), y de «anáfora semántica», cuando un término condensado (o denominación) recupera una «expansión sintagmática» anterior.

Es más, incluso la pronominalización se podría hacer pasar por uno de los modos más habituales de plasmar la llamada anáfora «lexical» o «nominal».

Otro problema es el de la «correferencia». Para nosotros, la relación semántica básica que subyace en una relación anafórica es la de la *identidad referencial*, es decir, que expresión anafórica y antecedente remiten en última instancia al mismo referente:

Hoy me he comprado *un coche*. *Este coche* seguro que te gustará.

Este ejemplo de anáfora fiel es para nosotros un caso claro de correferencia. En cambio, no creemos que haya correferencia estricta en estos ejemplos:

Hoy te he visto con Timoteo. Espero que no seas amigo de *ese tipo*
Los turistas salieron encantados de su visita a *la iglesia*. Y no me extraña, pues *el edificio* presenta una curiosa amalgama de estilos.

El primero es un caso de anáfora *infiel*, pues con «ese tipo» no sólo estamos designando al antecedente Timoteo —habría por tanto identidad referencial—, sino que estamos añadiendo implícitamente en la expresión anafórica una caracterización del antecedente que éste, por sí mismo, no tiene. Es decir, no hay identidad referencial plena.

El segundo es un ejemplo de anáfora *asociativa*. Aquí la expresión anafórica ni siquiera remite al antecedente en sí, sino a una parte muy particular del mismo, por lo que tampoco habría identidad referencial plena.

En suma, que nosotros consideramos la correferencialidad como la más básica de las construcciones anafóricas, en el sentido de que en ella la expresión anafórica reproduce exactamente a su antecedente, de modo que ambos remiten en última instancia al mismo referente (que, eso sí, existe muchas veces en la realidad extralingüística).

Por otra parte, aunque en nuestra opinión la catáfora es una forma particular de anáfora, sólo que el segmento de texto al que remite la expresión anafórica aparece después de ésta, por lo que ya no es un «antecedente», sino un «subsecuente» —por esto mismo aquí estudiaremos juntos ambos fenómenos, siguiendo con ello a Bühler y a la mayoría de los autores—, vamos a detenernos un momento en ella, exponiendo lo que Marek Kesik dice al respecto en el estudio que dedica al fenómeno de la catáfora en francés[100].

M. Kesik define la *catáfora* como

> la relation qui s'établit entre une expression indexicale (ou un emploi indexical) et le (une partie du) contexte linguistique subséquent, et qui permet d'identifier le référent de cette expression.[101]

La expresión indexical la denomina él «expresión catafórica» y el contexto correlativo constituye el «subsecuente» (*subséquent*[102]).

Kesik asigna las siguientes propiedades a la catáfora:

1) Ausencia de dependencia sintáctica directa: entre la expresión catafórica y su subsecuente no puede existir dependencia sintáctica. Para él, no hay dependencia sintáctica directa cuando dos proposiciones están unidas asindéticamente:

Juan declaró *esto*: «Sólo fui testigo de un crimen, no su inductor»; Sucedió entonces *lo siguiente*: María dio

[100] M. Kesik, *La cataphore*, Presses Universitaires de France (PUF), París, 1989.

[101] M. Kesik, *op. cit.*, pág. 36.

[102] El término fue propuesto por el mismo Kesik en «La distinction exophore/endophore et le fonctionnement de l'adjectif *suivant*», en *Information Grammaticale*, 1987*a*, nº 35, págs. 3-9. Este término es preferible al de *antecedente* por obvias razones etimológicas, pero también al de *source* («fuente»), propuesto por L. Tesnière, *Eléments de syntaxe structurale*, Klincksieck, París, 1965[2], o al de *postcedente* (*postceedent*) que a veces se ha utilizado en los estudios ingleses.

una bofetada a Pablo,

o cuando la expresión catafórica forma parte de la proposición subordinada:

Para lavar *su* coche, Roberto va al garaje.

2) Entre expresión catafórica y subsecuente se pueden dar las siguientes relaciones semánticas:

2.1) *Relaciones directas*: Sea *la frase siguiente*: «Los alsacianos son acogedores». Aquí el referente del catafórico se da directamente. El subsecuente establece con el catafórico una relación *metalingüística*.

2.2) *Relaciones indirectas*: en estos casos, el subsecuente no es el referente del catafórico, sino que éste se identifica indirectamente mediante un tercer elemento. Las catáforas de este tipo las llama Kesik «cognitivas».

2.3) Catáforas *correferenciales, con correferencia de inclusión* y *no correferenciales*: esto ocurre cuando la catáfora se realiza mediante pronombres:

Lo reconozco: no sé nada de matemáticas

y cuando el sintagma nominal catafórico incluye la forma *siguiente*, caso éste en que dicho SN funciona como «término inclusivo»:

Entonces tuvo lugar *el suceso siguiente*: La policía disolvió brutalmente la manifestación de campesinos.

La relación de no correferencia se produce en el tipo cognitivo, y puede ser de dos clases:

a) De «anexión referencial»: La vehemencia de *su* padre agradó a Lorenzo.

b) De «asociación de la referencia»: Con *la cabeza* levantada hacia el cielo, una chica contemplaba el vuelo de las cigüeñas.

3) Asimetría de la relación: a pesar de la diversidad de las relaciones entre la expresión catafórica y el subsecuente, todas ellas mantienen un rasgo constante: son *asimétricas*. Es decir, para identificar al referente del catafórico es necesario recurrir al subsecuente, mientras que lo contrario no es posible. Este rasgo obliga a precisar la definición dada más arriba: por lo pronto, el contexto subsecuente no sólo *permite* identificar al referente, sino que *es necesario* para la identificación del referente. Así mismo, la importancia del subsecuente para interpretar la expresión catafórica hace que una posible ausencia de aquel haga imposible de interpretar o inaceptable la expresión catafórica.

Establecida la definición y las características básicas de la catáfora, Kesik trata de fijar una cierta «tipología» de la misma. Así, habla de catáfora «segmental» cuando la expresión catafórica anticipa un simple segmento, por ejemplo un SN o un nombre propio (*La vehemencia de su padre agradó a Lorenzo*) y «resumitiva» (*résomptive*), cuando el catafórico anticipa al menos un *nexus* (en el sentido dado por Jespersen), es decir, toda una oración (Sea *la frase siguiente*: «los alsacianos son acogedores»).

Luego, cuando los dos términos se encuentran en la misma frase (simple o compleja), Kesik habla de catáfora «intrafrástica» y en los demás casos tendremos catáfora «transfrástica». Cuando sobre los dos términos pesan las relaciones sintácticas, él habla de catáfora «ligada» (*liée*); cuando no existen estas imposiciones sintácticas, se habla de catáfora «libre».

A estos tipos habría que unir los dos ya señalados anteriormente, las catáforas «cognitivas» y «metalingüísticas»[103].

En fin, baste lo dicho para comprobar el alcance y la profundidad del estudio de Kesik. A él volveremos a recurrir cuando en la última parte de nuestro trabajo analicemos los usos catafóricos en nuestro

[103] Para todo lo dicho aquí sobre la catáfora, cf. M. Kesik, *op. cit.*, págs. 36 ss.

corpus textual de Delibes.

En resumidas cuentas, respecto al concepto de anáfora, aquí defenderemos la idea de que ésta es *un fenómeno de señalización-localización que llevan a cabo expresiones deícticas sobre el discurso mismo*. En condiciones normales, la *expresión anafórica* remite a un segmento delimitado del discurso (que puede estar situado antes, *anáfora* propiamente dicha, o después, *catáfora*) que recibe el nombre de *antecedente*[104], el cual a su vez suele designar a un objeto de la realidad extralingüística, el *referente*[105]. Además creemos que la relación entre la expresión anafórica y su antecedente a veces podrá deberse a una mera sustitución, para evitar repetición; otras veces, quizás, venga determinada por una necesidad por parte de la expresión anafórica de completarse con lo que le aporta su antecedente. Sin embargo, para nosotros, esto no es lo más importante del fenómeno. Lo que realmente nos interesa es la "función anafórica" que desempeñan ciertas unidades lingüísticas, en nuestro caso los demostrativos, entendida esta función como un mero proceso de señalización-localización llevado a cabo dentro del espacio-tiempo del discurso.

También entendemos que la anáfora no es un fenómeno puro, sino que en él entran en juego tanto mecanismos sintácticos como semánticos. Esto quiere decir que para nosotros, la pronominalización, fenómeno propiamente sintáctico, y la correferencia, fenómeno adscrito al dominio semántico, son ambas manifestaciones anafóricas, por lo que no tiene sentido separarlas del fenómeno general de la anáfora. En el primer caso, la expresión anafórica viene representada por un pronombre que viene a «sustituir» a su antecedente, el cual puede tener vida propia en la realidad extratextual, o bien venir representado por todo el contenido de una proposición anterior. En el caso de la correferencia se produce una completa «identidad referencial» entre expresión anafórica y antecedente, por lo que viene a constituir el tipo básí-

[104] Que deberíamos llamar *subsecuente* en el caso de la catáfora, por situarse no antes, sino después de la expresión referencial, como vimos más arriba. También en la catáfora, en vez de expresión anafórica habrá que hablar más propiamente de «expresión catafórica», siguiendo en ello también a Kesik.

[105] Sobre esta terminología, cf. también Greimas y Courtés, *ibid.*, quienes hablan de *anaforizado* («término primero en el enunciado, y en expansión»), para lo que nosotros llamamos *antecedente*, y de *anaforizante* («que lo recobra en forma condensada»), para lo que nosotros llamamos *expresión anafórica*.

co de la anáfora propiamente dicha.

Admitimos también que la diferencia entre anáfora y deixis no es siempre factible, sobre todo cuando la presentación de un individuo se hace al mismo tiempo que su mención. Por ello proponemos el uso del término *anadeixis*, manejado por Veronika Ehrich, *Da and the system of spatial deixis in German*, en J. Weissenborn y W. Klein (eds.), 1982, págs. 42-63, en pág. 59, para aludir al uso deíctico y anafórico que muchos términos tienen al mismo tiempo[106].

Asimismo, respecto a las relaciones entre deixis y anáfora, nosotros no creemos que estemos ante fenómenos distintos, sino que la deixis es el fenómeno general de señalamiento de la lengua y la anáfora una de sus posibles manifestaciones, como lo puede ser la deixis espacial, temporal o personal. Esto es así, porque se observa que los mismos elementos que tienen función anafórica, los demostrativos y los pronombres personales de 3ª persona, entre otros, pueden utilizarse en la deixis espacio-temporal; asimismo, porque no se observa un funcionamiento realmente diferente entre la deixis que apunta a un referente extradiscursivo, y la anáfora que señala a un antecedente, el cual a su vez designa a un referente con vida propia fuera del discurso.

Si complejo resulta intentar definir el fenómeno de la anáfora, no menos difícil es dar una *tipología* del mismo. A continuación vamos a resumir las ideas al respecto de tres autores cuyas propuestas nos parecen las más aceptables: G. Kleiber, D. Apothéloz y Vidal Lamíquiz.

En primer lugar, G. Kleiber, en su trabajo ya citado sobre la anáfora, establece una especie de tipología de los usos anafóricos. En concreto, él habla en primer lugar de las anáforas *correferenciales* y las *divergentes* y, por otro lado, distingue entre anáforas *discursivas* y *ligadas*, tipos ya clásicos en los estudios sobre este tipo de señalamiento.

[106] Esta autora define la *anadeixis* como un «essencially mixed type which share properties of strict deixis with properties of stric anaphorics».

Obviamente, la anáfora *correferencial* es aquella en la que la expresión anafórica y el antecedente guardan una relación de correferencialidad, es decir, que ambas remiten al mismo antecedente. La anáfora *divergente* es aquella en que esa identidad referencial no se produce[107].

Respecto a esta primera tipología, el punto al que Kleiber dedica una mayor atención es el de los criterios que deben seguirse para considerar que dos expresiones son correferenciales entre sí. Para él, no es preciso que la expresión anafórica reproduzca fielmente a su antecedente en todas y cada una de sus partes, sino que incluso una relación metonímica entre ambos —de forma que la expresión anafórica reproduzca ciertas características de ciertas partes que lleven a una caracterización efectiva del todo— puede considerarse también perfectamente correferencial.

De otro lado, por anáfora *ligada* se entiende aquella en la que la expresión referencial tiene por antecedente un sintagma nominal cuantificado, por lo que dicha expresión debe aparecer dentro del campo de ese cuantificador (*Tout homme croit qu'il est immortel*). Por contra, en la anáfora *discursiva* (o *libre*), la expresión referencial carece ya de un antecedente cuantificado, por lo que es libre y se puede interpretar como una anáfora plenamente referencial (*Paul est sorti. Il avait trop chaud*). Como dice Kleiber, la anáfora ligada debe ser tratada por la gramática (sintaxis y semántica), mientras que la libre pertenece a la pragmática[108]. No obstante, esta última tipología, como reconoce el propio Kleiber, ha sido prácticamente eliminada en los últimos años.

En segundo lugar, D. Apothéloz, por su parte, distingue los siguientes tipos de anáfora[109]:

---

[107] Cf. G. Kleiber, *loc. cit.*, págs. 8-11. Asimismo, al hablar de la anáfora correferencial Kleiber invoca dos tipos de anáfora, la *asociativa* y la *lexical* o *nominal*, a propósito de ejemplos como los siguientes: *Nous arrivâmes dans un village. L'église était située sur une butte* (asociativa) y *Paul a tué trois lions et moi, j'en ai tué cinq* (lexical o nominal).

[108] Cf. G. Kleiber, *loc. cit.*, págs. 11-14.

[109] Cf. D. Apothéloz, *op. cit.*, págs. 36-44. De los tipos de anáfora que este autor establece aquí, excluimos expresamente el «islote anafórico» defendido por la semántica generativa, sobre el que el propio autor manifiesta sus más abiertas reservas.

1) *Anáfora fiel y anáfora infiel*: hablamos de anáfora fiel cuando el antecedente de una expresión anafórica y ésta, normalmente un SN definido o demostrativo, comparten el mismo nombre núcleo del SN:

Hemos visto una *casa* de grandes ventanales en la colina. Esta *casa* pertenece a un amigo de Jorge.

Por contra, se habla de anáfora infiel cuando el nombre de la expresión anafórica es diferente al del nombre utilizado en la expresión antecedente, siendo en estos casos casi siempre un sinónimo o un hiperónimo:

Hemos visto una *casa* de grandes ventanales en la colina. Este magnífico *palacete* pertenece a un amigo de Jorge.

2) *Anáfora por nominalización*: hay anáfora por nominalización cuando un sintagma nominal transforma en su antecedente el proceso denotado por una proposición anterior. Pueden darse al menos dos casos: la nominalización puede evocar el *contenido proposicional* de esta proposición; o *el acto lingüístico* llevado a cabo por medio de la enunciación de este contenido.

Hoy serán subastadas las fincas del conde de Moralejo. La noticia de la *venta* ha atraído a muchos compradores.

¿Está su gobierno en condiciones de asegurar que la supuesta corrupción en el Ministerio del Interior es sólo una maniobra de la oposición? No contestaré a *esa pregunta*, pues el asunto está bajo secreto de sumario.

En el primer caso, el sustantivo *venta* resume todo el contenido de la proposición anterior; en el segundo, el sustantivo *pregunta* alude no solo al contenido, sino sobre todo a la forma lingüística adoptada por la proposición anterior.

Desde nuestro punto de vista, y en ello seguimos a Kleiber, una de las formas más habituales de anáfora por nominalización es el uso de un pronombre, demostrativo en nuestro caso, sobre todo de género neutro, para «resumir» el contenido de una proposición anterior. En general consideramos que los casos de pronominalización obedecen muy a menudo a esta clase de señalamiento anafórico.

3) *Anáfora por silepsis*: la retórica clásica define la *silepsis* como el hecho de tomar una misma palabra a la vez en dos sentidos diferentes. Cuando se manifiesta en evocaciones anafóricas pronominales, esta figura da lugar a modificaciones que afectan al género o al número gramatical. Sea la frase siguiente:

> Una mujer infiel, si es conocida como tal por *la persona interesada*, no es más que infiel; pero si *él* la cree fiel, ella es pérfida.

El antecedente, *la persona interesada*, que es de género femenino, es retomada por la expresión anafórica, *él*, un masculino, sugiriendo obviamente que la persona interesada es de sexo masculino. Por esto es frecuente que la silepsis se defina también como una concordancia según el sentido y no según la gramática.

4) *Anáfora asociativa*: por anáfora asociativa se entienden los sintagmas nominales definidos que presentan simultáneamente los dos rasgos siguientes: una cierta dependencia interpretativa respecto a un antecedente previamente (a veces posteriormente) introducido o designado; y la ausencia de correferencia con la expresión que ha introducido o designado previamente a este antecedente.

Las anáforas asociativas presentan a su antecedente como ya conocido, o como identificable, y no indican tampoco su relación con otros antecedentes o con otras informaciones explícitamente formuladas. Un ejemplo característico de este tipo de anáfora es:

> Llegamos a un pueblo. *La iglesia* estaba cerrada.

La expresión anafórica, *la iglesia*, tiene como antecedente en la frase a *un pueblo*. Como señala Apothéloz, J. Hawkins («The pragmatics of definiteness. Part I», *Linguistische Berichte,* 47 (1977), 1-27), llama *trigger*, «disparador», al antecedente de este tipo de anáforas, y *asociates*, «asociados», a los sintagmas definidos cuya aparición es posible gracias al antecedente, sin que haya la más mínima ambigüedad, la anáfora asociativa es posible gracias a los conocimientos generales que comparten hablante y oyente, y que hace posible establecer relaciones referenciales genéricas entre proposiciones.

De otro lado, aplicada al demostrativo, J. Hawkins[110] reconoce la imposibilidad de este tipo de anáfora. Y aunque él lo dice respecto al inglés, hay acuerdo general en considerar que esto también ocurre en las lenguas romances y en aquellas en las que coexisten dos artículos (determinado e indeterminado) con los pronombres deícticos[111].

En tercer lugar, para Vidal Lamíquiz la anáfora es una cuestión más bien de referencia numérica: así, habla de *anáfora singular*, cuando la referencia se hace a un solo elemento; la *anáfora dual*, es cuando la referencia es a dos elementos; y la *anáfora plural*, cuando la referencia es a tres o más elementos[112]. En cada uno de estos tipos distingue además la doble dirección *no identificación/ identificación* que él aplica a todos los tipos de deixis en el demostrativo.

En nuestro estudio del demostrativo en Delibes aplicaremos sobre todo las tipologías de Apothéloz y Lamíquiz, en particular la primera.

2.1.4. Conclusiones parciales

Respecto a la cuestión de la deixis y la anáfora, tratadas en este capítulo, nuestras ideas fundamentales son las siguientes:

1. Por deixis entendemos *la codificación lingüística de elementos contextuales, como la identidad de los participantes en el acto comunicativo y su colocación espacio-temporal, conectados con la organización egocéntrica de la interacción comunicativa*.

2. Los tres rasgos básicos que caracterizan a este fenómeno lingüístico son: el *egocentrismo*, la

[110] J. Hawkins, *Definiteness and indefiniteness. A study in reference and grammaticality prediction*, Croom Helm, Londres, 1978.

[111]Antonio Ruiz Tinoco, «Notas sobre la anáfora asociativa en español», en <http://ecosel.dhs.org/~a-ruiz/ecosel/archivos/anaf-97w6.doc>, págs. 1-5, en pág. 4.

[112] Vidal Lamíquiz, *op. cit.*, págs. 185-186.

subjetividad y la *actualización*. Asimismo, en cuando al significado propio que presentan las que podríamos llamar «unidades lingüísticas», aceptamos que, aunque a veces éstas equivalen a un gesto de ostensión, éste no es su rasgo principal, pues tienen también usos simbólicos y textuales. Por otro lado, estas unidades son híbridas, pues son a la vez *símbolos* e *índices*. Como símbolos, presentan un significado fijo e inmutable, independiente del referente; como índices, guardan una relación puramente contextual con su referente, que varía cada vez que se produce un cambio de la persona que emite el enunciado.

3. Entre las unidades deícticas nosotros consideramos no sólo las que expresan «deixis canónica», es decir, los pronombres personales, los demostrativos, los posesivos, ciertos adverbios de lugar, tiempo y modo, los morfemas verbales de tiempo y persona, los verbos de movimiento y ciertas frases nominales y preposicionales que funcionan como complementos circunstanciales de lugar o de tiempo, sino también otras con valor fundamentalmente anafórico, que para nosotros es otra forma de deixis, como los pronombres relativos.

4. Entre los tipos de deixis, reconocemos como tales la *deixis personal*, la *espacial* y la *temporal*. De estas dos últimas admitimos su enorme carga subjetiva, de modo que la localización espacio-temporal de los participantes en el acto comunicativo depende de la perspectiva de estos mismos participantes.

5. Rechazamos como auténticas formas de deixis la *modal* y la *social*; consideramos como variantes de la deixis espacial la deixis *analógica* y la *textual*, y como un tipo de deixis *am phantasma* la llamada *deixis memorial*. De la deixis *am phantasma*, aunque aceptamos su existencia, la excluiremos, como un apartado específico, de nuestro estudio del demostrativo en Delibes por incorporar elementos provenientes de la deixis espacio-temporal y de la fórica.

6. Definimos la anáfora como *un proceso de señalización-localización que llevan a cabo fundamentalmente expresiones deícticas sobre el discurso mismo*. Llamamos *antecedente* al segmento de texto delimitado en el discurso al que remite la expresión anafórica. Este antecedente puede aparecer antes, *anáfora* propiamente dicha, o después, *catáfora*, de la expresión anafórica. Damos el nombre de *referente* al objeto o entidad de la realidad extralingüística designado por el antecedente. También entendemos que

la anáfora no es un fenómeno puro, sino que en él entran en juego tanto mecanismos sintácticos como semánticos, por lo que fenómenos como la pronominalización o la correferencia deben estudiarse dentro del dominio de la anáfora.

7. Admitimos que no siempre es posible hacer la distinción entre anáfora y deixis, por lo que utilizaremos el término de *anadeixis* para referirnos a aquellos casos en que no sea fácil delimitar uno y otro fenómeno.

8. Consideramos la deixis y la anáfora básicamente como el mismo fenómeno, en concreto, la deixis es el fenómeno general de señalamiento que llevan a cabo ciertas unidades lingüísticas, los deícticos, mientras que la anáfora es una de sus manifestaciones posibles. Para ello nos basamos en que:

8.1. Los mismos elementos que tienen papel anafórico, los demostrativos y los pronombres personales de 3ª, pueden tener también valor deíctico espacio-temporal.

8.2. No se observa un funcionamiento realmente diferente entre la deixis, que apunta hacia un referente fuera del discurso, y la anáfora que señala a un antecedente situado en el discurso mismo. En ambos se realiza un proceso de localización espacio-temporal, sólo que en el caso de la anáfora esa localización tiene como marco el discurso mismo.

2.2. ASPECTOS RELACIONADOS CON EL DEMOSTRATIVO COMO CATEGORÍA LINGÜÍSTICA

Entre las ideas claves propuestas por nosotros al final del capítulo anterior, queremos quedarnos con una que tomaremos como punto de partida en éste, a saber, la consideración de la deixis como fenómeno general de señalamiento que llevan a cabo ciertas unidades lingüísticas, y que engloba tanto lo que llamamos «deixis» propiamente dicha (es decir, la localización espacial y temporal de los participantes en el acto comunicativo) y la anáfora (entendida como proceso de señalamiento o localización llevado a cabo dentro del discurso). Lo que permitía hablar de la deixis como fenómeno global era, entre otras cosas,

que no hay diferencias reales entre la «deixis» propiamente dicha y la anáfora, sólo cambia el ámbito donde se ejerce el señalamiento o localización; y en segundo lugar, que las unidades lingüísticas capaces de uno u otro tipo de señalamiento son prácticamente las mismas.

Asimismo, en relación con las unidades «deícticas», aunque es habitual reconocer que la capacidad de señalamiento no es privativa de una determinada categoría lingüística[113], sin embargo es casi más frecuente insistir en que son los demostrativos las unidades deícticas por excelencia, las que mejor encarnan la capacidad señaladora del lenguaje, de forma que incluso una parte de la terminología usada para describir tal capacidad está sacada de los propios demostrativos[114].

En las páginas que siguen vamos a tratar una serie de cuestiones previas que nos ayudarán a conocer algo mejor el comportamiento del demostrativo como categoría lingüística, cuando estudiemos en el capítulo siguiente su paradigma y funciones principales. En concreto, los puntos en los que nos detendremos son:

1. *La definición del demostrativo como categoría semántica*.

2. *Evolución histórica y rasgos principales de los sistemas deícticos*, con especial atención a los que presentan las lenguas indoeuropeas.

3. *Estructura y funcionamiento del sistema deíctico del español*.

4. *Conclusiones parciales*, donde resumiremos nuestra actitud respecto a la organización y funcio-

[113] Cf. al respecto la opinión de Carbonero Cano en su obra ya citada, pág. 19: «Pero la deixis es un fenómeno más amplio que no se circunscribe a una clase gramatical determinada. Muy al contrario, puede aparecer en casi todas, en unas con más relevancia que en otras: el pronombre personal (*yo, tú, él...*), los posesivos (*mío, tuyo, suyo*...), el adjetivo (*primero, último*...), el adverbio (*aquí, encima, después*), etc.».

[114] El caso más claro es el de los conocidos cuatro «modos de indicación» de J. Wackernagel, con los que trataba de mejorar los ya propuestos por Brugmann: *to-deixis, hic-deixis, iste-deixis, ille-deixis*.

namiento del sistema deíctico español.

2.2.1. Definición del demostrativo como categoría semántica

Estudiar los rasgos inherentes a una determinada categoría lingüística implica casi siempre afrontar problemas relativos a la definición de la misma, y de camino resolver cuestiones que tienen que ver con la terminología utilizada.

Respecto a la denominación de estas unidades, P. Charaudeau relaciona el término *demostrativo* más con «mostrar» que con «demostrar», puesto que una de estas unidades sustituye pura y simplemente a cualquier argumentación, explicación o demostración: en otras palabras, el demostrativo «designa directamente sin que haya necesidad de demostrar»[115].

Por lo tanto, un primer rasgo de la categoría del demostrativo es que debe estudiarse junto con aquellas unidades cuya función es la de *designación*, es por tanto un *designador*[116]. En esta categoría, cuya base es semántica, el demostrativo comparte su lugar con otras unidades como el nombre propio y los «definidos»[117].

Según P. Charaudeau, la *designación* consiste en una operación lingüística llevada a cabo por el locutor o hablante y que implica a su vez tres acciones: la *actualización* de un ser del discurso, la *mostración*, o indicación expresa de la presencia o existencia efectiva de un ser (el *referente*) en la realidad

[115] P. Charaudeau, *Grammaire du sens et de l'expression*, Hachette Éducation, París, 1992, pág. 213.

[116] Por su parte, Mauricio Molho, «Remarques sur le système des mots démonstratifs en espagnol et en français», *Les Langues Modernes*, LXI (1967), pág. 336, distingue entre las formas *designativas* del demostrativo, en concreto las pronominales, de las formas *asignativas*, las adjetivas.

[117] Francis Corblin, *Indéfini, défini et démonstratif, constructions linguistiques de la référence*, Librairie Droz, Ginebra, 1987, pág. 14. Como el propio Corblin reconoce *ibid.*, n. 20, otros autores como S. A. Kripke utilizan el término «designador» para referirse únicamente a los nombres propios y a las descripciones definidas.

extralingüística, y la *situación* en el espacio y en el tiempo[118].

Mediante la actualización, el demostrativo convierte en *ser del discurso* a un objeto del mundo fenomenológico. Al actualizar a un ser del discurso, el demostrativo precisa que éste corresponde a un referente que cuenta con *presencia efectiva*, diferenciada de otros seres en un determinado *universo de discurso* que comparten el hablante y el interlocutor. Por supuesto, este universo puede ser el propio entorno físico, espacio-temporal, en que tiene lugar el acto de comunicación (*señalamiento con referencia situacional*), o el contexto lingüístico construido por los interlocutores (*señalamiento con referencia contextual*).

Mediante la mostración, el demostrativo *señala*, como si de un gesto físico de ostensión se tratara, la presencia efectiva y singular de un objeto del mundo referencial, a la vez que «obliga» al interlocutor a *dirigir su mirada* hacia tal objeto.

Mediante la situación, el demostrativo localiza y sitúa en el espacio y en el tiempo los *seres* y *procesos* de los que habla[119].

La capacidad del demostrativo para la actualización, mostración y situación va a tener importantes consecuencias en el funcionamiento de esta categoría lingüística.

Por lo pronto, como *actualizador*, va a sufrir la frecuente competencia del artículo, quizás el actualizador por excelencia. Sin embargo, como veremos más abajo, la actualización que llevan a cabo el demostrativo y el artículo es diferente.

El uso del demostrativo en la mostración le llevará a designar seres individuales que están presentes ante los interlocutores. Esto impedirá al demostrativo, por ejemplo, su empleo con valor generalizador —valor éste que sí puede adoptar el artículo— y que en la referencia al contexto lingüístico, el demostrativo

[118] P. Charaudeau, *op. cit.*, pág. 215.

[119] Sobre las nociones de *actualización*, *mostración* y *situación*, cf. P. Charaudeau, *op, cit.*, págs. 215 ss.

se utilice habitualmente para designar lo que se acaba de mencionar.

Por último, su empleo para expresar la situación, que toma como punto de partida el *hic* y *nunc* del locutor, es responsable de las distintas formas de organizar el espacio-tiempo deíctico, que difiere entre las diferentes lenguas y que, incluso dentro de cada una, puede dar origen a distintas posibilidades combinatorias, como veremos también más abajo al tratar del demostrativo español.

Sin embargo, no todos los autores están de acuerdo en definir el funcionamiento del demostrativo como designador en los términos en que los hemos hecho hasta ahora —que básicamente son los de Charaudeau—. Por el contrario, existe la «sospecha» de que la supuesta capacidad de actualización y mostración de este tipo de unidades lingüísticas debe mucho al contexto de uso.

A este respecto, Francis Corblin[120] cree que la principal diferencia entre el demostrativo y los «definidos», con los que comparte la categoría de los designadores, radica en la estrecha dependencia que el demostrativo tiene respecto a su contexto de uso inmediato con el cual va unido por una relación de «reprise» (de «referencia» o quizás de «repetición»):

> L'exigence est donc qu'une désignation ait été effectuée dans le contexte, ce qui est réalisé dans le cas d'une mention...Un geste antérieur, ou concomitant (une ostension) doit alors être "interprété", pour fonder l'usage du démonstratif, comme désignation d'un objet...

En primer lugar, hay que advertir que Corblin se refiere fundamentalmente a los casos en que el demostrativo actúa como determinante de un nombre dentro de un SN. De otro lado, cuando él habla de «contexto de uso inmediato» no alude sólo a un segmento o porción de texto o de discurso, en lo que nosotros llamamos «uso anafórico», sino incluso en el caso en que el demostrativo sirve para designar a un objeto sito en la realidad extralingüística.

[120] F. Corblin, *Indéfini, défini et démonstratif*, pág. 206.

En este sentido, él se apoya en las tesis de G. Kleiber, «Les démonstratifs (dé)montrent-ils?»[121], quien sostiene que «le démonstratif est impuisant à localiser le référent visé». Por tanto, no basta con decir que el demostrativo dirige la atención del interlocutor hacia el contexto de uso inmediato y que en él encuentra un *designatum*, sino que para ello, el contexto debe proporcionarle además algún medio para aislar un objeto si queremos que el demostrativo funcione[122].

Y es ésta dependencia del contexto lo que, según Corblin, diferencia sobre todo al demostrativo de los definidos. Para él un grupo nominal demostrativo (demostrativo + N) se diferencia de un grupo nominal definido (definido + N), en que en el primero el contenido del nombre no es el principio pertinente para aislar a un individuo dentro de su dominio de interpretación, mientras que en el segundo es precisamente ese contenido el único pertinente (lo cual no excluye la posibilidad de la referencia contextual)[123].

Dicho de otra manera, la diferencia entre:

He visto *al niño*
He visto *a ese niño* del que te hablé ayer

radicaría en que en el primer caso el grupo nominal definido no necesita de más precisiones para ser comprendido por el interlocutor; en el segundo, el grupo nominal demostrativo sólo es posible por la pre-

[121] G. Kleiber, «Les démonstratifs (dé)montrent-ils? Sur le sens référentiel des adjectifs et pronoms démonstratifs», *Le Français Moderne*, 51, 2, 1983, págs. 99-117.

[122] Una postura semejante a la defendida aquí por Corblin y Kleiber es, en español, la de J. Olza Zubiri, *El pronombre: Naturaleza, historia y ámbito de una categoría gramatical*, Universidad Católica "Andrés Bello", Institutos Humanísticos de Investigación, Caracas, 1973, pág. 125, quien engloba al demostrativo entre las que él llama «palabras reflejamente coloquiales», es decir, aquellas que por sí mismas están vacías de significado, por lo que precisan continuamente de la presencia del objeto significado, por lo que de hecho pasan a ser señales, o como él dice «gestos gramaticalizados»: «Muchos demostrativos al faltarles el apoyo de la presencia del objeto, resultan equívocos, por no decir opacos y sin sentido».

[123] F. Corblin, *Indéfini, défini et démonstratif*, pág. 207.

cisión que añade la oración de relativo situada a continuación. Sin ella, habría que suponer un contexto de uso en el cual se dejara bien claro de qué niño se trata. Obviamente, eso no significa que en el primer caso no sea posible incluir alguna otra precisión (por ejemplo, una oración de relativo).

A este respecto, compartimos con Corblin (y Kleiber) la enorme importancia que el contexto de uso tiene para que el demostrativo pueda funcionar, de modo que quizás no sea exagerado considerar al demostrativo como una especie de «designador contextual». Sin embargo, ello no debe implicar una merma de su capacidad mostrativa y actualizadora.

De todas formas, volveremos a tratar este problema cuando hablemos de las relaciones que el demostrativo establece con otras unidades lingüísticas deícticas, como el artículo determinado.

De momento nos quedamos con las siguientes consideraciones que nos servirán como conclusión de este capítulo, y como primera característica fundamental del demostrativo español: *el demostrativo, desde un punto de vista semántico, se define como un designador. Como tal lleva a cabo un proceso de actualización y mostración del ser u objeto del que habla, al cual sitúa en el espacio y en el tiempo. No obstante, tal capacidad la ejerce en relación (y dependencia) estrecha respecto a su contexto de uso, ya sea éste la realidad extralingüística o el propio discurso en que aparece.*

2.2.2. Los sistemas deícticos

Una de las principales consecuencias de la función designativa del demostrativo es, ya lo hemos dicho, su capacidad para situar en el espacio y en el tiempo a los seres y objetos de los que habla. El punto de referencia que se toma para llevar a cabo esta localización es el *aquí* y *ahora* en el que se encuentra el yo-hablante, es decir, «el presente espacio-temporal del acto de enunciación del locutor»[124].

A partir de ese punto de referencia, se puede estructurar el espacio-tiempo de dos maneras: una

[124] P. Charaudeau, *op. cit.*, pág. 216.

primera se basa en el criterio de la *distancia* (*proximidad/lejanía*) respecto al *aquí/ahora* del locutor, dando lugar a una división en dos del campo mostrativo, lo cual corresponde a un *sistema binario*; una segunda consiste en establecer como criterio organizador la relación con las tres personas gramaticales, dividiéndose así el campo mostrativo en tres zonas, lo cual corresponde a un *sistema ternario*[125]. En este último, a veces el criterio organizador no es el de la *distancia* sino el de la *persona*. Así, es sabido que el sistema deíctico latino *hic/iste/ille* estaría basado en la relación con las tres personas del discurso, mientras que el griego ὅδε οὗτος ἐκεῖνος tomaría como punto de partida la distancia[126].

Aunque en teoría podrían concebirse otras formas posibles de estructurar el campo mostrativo[127], es un hecho que históricamente, al menos en las lenguas indoeuropeas, los sistemas deícticos más habituales son el *binario* y el *ternario*.

Entre las lenguas indoeuropeas, tenían sistema binario el gótico, el albanés, el tocario, el indoiranio y el hetita. Tenían sistema ternario el griego, el latín, el antiguo lituano, el antiguo eslavo, el armenio y el antiguo irlandés[128].

Un dato muy importante a tener en cuenta es que el modo como una lengua estructure su sistema deíctico no es fijo, sino que muy a menudo sufre cambios a lo largo de su historia. El latín, sin ir más lejos,

---

[125] P. Carbonero Cano, *op. cit.*, pág. 24.

[126] Jack Feuillet, «La structuration de la deixis spatiale», en Mary-Annick Morel y Laurent Danon-Boileau (eds.), *La deixis. Colloque en Sorbonne (8-9 juin 1990)*, Presses Universitaires de France, París, 1992, págs. 233-243, en pág. 235.

[127] De hecho, hay algunas lenguas con cuatro términos, como el ngaanyatjara (dialecto del australiano del Western Desert), donde hay tres demostrativos para la distancia relativa y un cuarto para el referente no visible. Hay otras con cinco términos como el minangkabau o, como el malgache, que es el más rico, con siete grados de alejamiento (cf. J. Feuillet, *op. cit.*, págs. 236-237). Sin embargo, hay que reconocer que el número de lenguas con un sistema deíctico de más de tres términos es muy escaso y apenas existe una tipología fiable de las mismas.

[128] Julia Mendoza, «La organización de la deixis en los pronombres demostrativos del indo-europeo», *REL*, VI, 1, (1976), 89-111, en págs. 92-97.

sufrió oscilaciones en su lengua literaria desde el período arcaico, en que el sistema era claramente ternario —por ejemplo, en Plauto todavía es perceptible la diferencia entre *hic/iste*— hasta el clásico, en que parece dibujarse un sistema binario —en Cicerón, por ejemplo, donde aparece un sistema bipolar basado en el par *hic/ille*—[129], para quedar en época tardía y en vulgar como ternario y éste es el sistema del que parte el demostrativo romance[130].

De otro lado, es cuestión muy debatida, y difícil de establecer, cuál de los dos sistemas fue el primero y cuál deriva del otro. A este respecto, nos vamos a servir de las observaciones que Julia Mendoza establece a partir del estudio del demostrativo indoeuropeo[131].

Por lo pronto, una primera idea fundamental es que del análisis de los pronombres demostrativos indoeuropeos[132], parece deducirse que *el sistema ternario pudo crearse a partir de uno binario*[133]. Y se pueden aducir varias pruebas de ello: en primer lugar, el carácter secundario, en indoeuropeo, de los temas de la *du-deixis* y la escasez de temas específicos para la misma, comunes a varias lenguas. Luego, que las lenguas indoeuropeas que muestran un sistema binario, algunas de las cuales están conside-

[129] Cf. al respecto el trabajo fundamental de A. Fontán, «Historia y sistema de los demostrativos latinos», *Emérita*, 33 (1965), págs. 71-107.

[130] Cf. J. J. Iso Echegoyen, «En torno al sistema deíctico pronominal en latín y su paso a las lenguas románicas», *RSEL*, 4 (1974), págs. 459-471 y M. Alvar y B. Pottier, *Morfología histórica del español*, Gredos, Madrid, 1987[1], págs. 104-105.

[131] J. Mendoza, *op. cit.*, págs. 107-111.

[132] Sobre la evolución general y las funciones del demostrativo indoeuropeo, cf. Francisco Rodríguez Adrados, *Lingüística indoeuropea*, 2 vols., Gredos, Madrid, 1975, en vol. 2, págs. 836-837. El panorama que dibuja Adrados respecto al demostrativo indoeuropeo no es tan claro como el que nos traza J. Mendoza, y que aquí exponemos con todo detalle. Para él, la idea fundamental es que las lenguas indoeuropeas muestran una tendencia a constituir sistemas binarios o ternarios, pero siempre relacionados con las personas del verbo. No obstante, a veces los dos sistemas se pueden mezclar o que los pronombres muestren valores ajenos a la oposición de las personas.

[133] Con esto se contradicen completamente las ideas al respecto de Henry Frei, «Systèmes de déictiques», *Acta Linguistica*, IV (1944), 111-129.

radas como las más antiguas y más cercanas a lo que debió de ser el indoeuropeo común, no parecen mostrar huellas de que su sistema binario proceda por reducción de uno más antiguo ternario.

A este respecto, J. Mendoza sugiere cómo se pudo pasar del sistema binario al ternario: en primer lugar, se debió de producir una tendencia a que el primer demostrativo de la estructura bipolar, llamémosle *A* como hace esta autora, restringiera su uso a lo situado en la esfera del «yo» y a determinados contextos referidos a la 1ª persona. A continuación, esa referencia de *A* al «yo» dejó de ser mero uso y pasó al sistema de la lengua. A partir de este momento, cuando el sistema deíctico trata de adecuar sus términos al sistema tripersonal del verbo, tendríamos las bases para la aparición de un sistema tripolar o ternario, según el esquema siguiente:

si A ⟶ *yo*

entonces

B ⟶ *tú*

C ⟶ *él*

Después de establecer la preeminencia del sistema binario sobre el ternario, cabría preguntarse qué hubo antes.

A este respecto, según Mendoza, todo parece sugerir que lo «anterior» pudo ser un sistema con mayor número de términos, con referencias distintas a las que conocemos por los sistemas deícticos históricos y con sentidos más concretos. Esta hipótesis vendría avalada por hechos como los siguientes: la existencia de varios temas para una misma deixis, el que un mismo tema se emplee en deixis diferen-

tes y el que un tema deíctico sea capaz de expresar otras indicaciones no estrictamente deícticas[134].

La evolución del sistema pudo ser como sigue: en un principio, el protoindoeuropeo estaba constituido por un cierto número de raíces «pronominal-adverbiales» que tenían función localizadora. De estas raíces provienen los deícticos y en parte los pronombres personales de época histórica.

Estas raíces se organizaban en un sistema de oposiciones léxicas, de forma que eran capaces de expresar nociones muy diversas y más concretas que los deícticos históricos.

Luego este sistema de oposiciones léxicas pasó a basarse en oposiciones morfológicas, de forma que se redujeron las nociones por las que podían oponerse unas unidades a otras. De esta manera comienza a perfilarse un auténtico sistema deíctico.

Por una paulatina reducción del número de partículas, se debió constituir en época muy antigua un sistema binario basado en la expresión de «lo cercano al yo» / «lo no cercano al yo», que por medio de combinaciones diversas con otras unidades lingüísticas (partículas, adverbios) podían hacer indicaciones de lugar.

A continuación, precisamente por la tendencia de la lengua a adecuar la deixis a las tres personas gramaticales, partiendo de la relación de *A* con el «yo», surgió el sistema ternario. En éste, cada miembro del sistema no sólo se asocia con una determinada persona gramatical, sino también con la indicación de un determinado grado de lejanía.

En suma, aunque limitado al grupo de las lenguas indoeuropeas, podemos establecer ciertas premisas que dan cuenta del comportamiento histórico de los sistemas deícticos: en primer lugar, que ningún

[134] Piénsese, por ejemplo, en el demostrativo latino, con tres indicadores propiamente deícticos: *hic/iste/ille*, más un anafórico, *is* (aun cuando los deícticos anteriores también pueden asumir funciones anafóricas), más dos formas que conjugan el valor anafórico y el enfático de identificación: *idem* e *ipse*.

sistema deíctico puede considerarse fijo, sino que siempre dentro de una misma lengua, o grupo de lenguas, se registran oscilaciones en su modo de estructurar el campo mostrativo. En segundo lugar, que son los sistemas binarios los que probablemente dieron origen a los ternarios —al menos en el ámbito de las lenguas indoeuropeas—, y, en tercer lugar, que la clave para la creación de estos últimos fue la especial vinculación de uno de los términos del sistema bipolar con la 1ª persona, que llevó a que la lengua, por analogía, tratara de vincular los términos deícticos con las tres personas del verbo.

Una de las principales consecuencias de esta evolución es que, si bien los sistemas binarios se organizan según el criterio de la *distancia*, los ternarios lo hacen sobre todo según la relación de los términos con cada una de las personas gramaticales, sin dejar de expresar por ello un mayor o menor grado de alejamiento.

Establecida cuál pudo ser la «historia» de los sistemas deícticos, al menos en lo que concierne a las lenguas indoeuropeas, vamos a intentar comprender cómo funcionan «por dentro» ambos sistemas, el binario y el ternario.

Para Charaudeau[135], cuando se localiza en el espacio-tiempo un objeto, ser o acontecimiento se establecen dos zonas claramente marcadas: una que corresponde al campo del acto de enunciación del locutor y otra que se sitúa fuera del mismo. En el primer campo entrarían el locutor y el interlocutor y en el segundo todo aquello que se sitúa fuera de ese ámbito:

locutor - interlocutor // fuera del locutor - interlocutor
(acto de enunciación) // (fuera del acto de enunciación)
(presente espacio-temporal) // (fuera del presente espacio-temporal)[136].

[135] P. Charaudeau, *op. cit.*, págs. 217-218.

[136] Este esquema reproduce exactamente el que incluye Charaudeau, *ibid.*, pág. 217.

Para Charaudeau, el modo de delimitar ambas zonas sufre pequeños cambios según se trate del espacio o del tiempo. En el caso del espacio, se parte de un esquema simple: el *aquí* del locutor-interlocutor frente al *en otra parte*. Sin embargo, aunque locutor e interlocutor comparten el mismo espacio, el locutor puede situar al interlocutor en, digamos, una especie de espacio intermedio, un «fuera del locutor», que no significa un «fuera de la interlocución». De esta manera explica este autor la existencia de una doble oposición en ciertas lenguas como el francés y el español:

ici / là-bas e *ici / là*
aquí / allí y *aquí / allá (ahí)*

donde *ici* representaría al locutor, *là* al interlocutor y *là-bas* lo que está fuera de la interlocución.

En cuanto al tiempo, según Charaudeau, lo que se opone es el *ahora* del acto de enunciación y un *fuera del ahora*, que podemos situar tanto en el espacio como en el tiempo. Aquí ya no cabría doble oposición.

Jack Feuillet, en su artículo ya citado, estudia las diversas maneras como se estructura la deixis espacial en las lenguas del mundo, atendiendo a tres criterios: *orientación única* (estructurada únicamente según el locutor), *orientación doble* (el sistema toma en consideración tanto al locutor como al oyente) y *orientación múltiple* (son sistemas muy ricos en formas demostrativas y se tienen en cuenta parámetros tales como la visibilidad, la extensión, la verticalidad, etc.). De su trabajo se pueden extraer algunas conclusiones interesantes que pasamos a exponer.

En primer lugar, el sistema deíctico más simple es el binario, que se basa en el criterio de próximo / no próximo al locutor. Añade este autor que en las lenguas con este sistema es frecuente que exista un deíctico que neutraliza la oposición de distancia cuando no se pueden oponer dos referentes.

En cuanto a los sistemas ternarios, también muy extendidos, pueden basarse tanto en la distancia

respecto al locutor como en la relación con las personas gramaticales[137]. En estos sistemas siempre hay un demostrativo que indica la proximidad respecto al locutor. Los otros dos se pueden estructurar de tres maneras diferentes:

1) El modo más simple es que se opongan según un criterio de distancia relativa: próximo / menos próximo.

2) Una segunda posibilidad es que los tres miembros se opongan según un criterio próximo /alejado / neutro.

3) En algunos sistemas el tercer término indica que el referente está tan alejado que no es visible.

Por último, y referido explícitamente a los sistemas de orientación doble, en ellos los sistemas ternarios suelen disponer siempre de un término referido al locutor y de otro referido al interlocutor, aunque a menudo este segundo puede estar menos marcado semánticamente. La tercera zona, que puede ser definida negativamente como «espacio fuera del locutor y del oyente», es más «movible», o quizás sería mejor decir «indefinida».

Respecto al modo como suelen organizarse los sistemas deícticos, a partir de lo expuesto por Charaudeau, queda claro que la lengua actúa de diferente forma cuando se trata del espacio y del tiempo. De partida, el procedimiento básico es distinguir dos zonas, la del *yo* y la del *no-yo*, puesto que el punto que se toma como referente es el *aquí* y *ahora* del hablante. Estas dos zonas son las que se observan en la

[137] Para Charles Fillmore, «Towards a descriptive framework for spatial deixis», en Robert J. Jarvella y Wolfgang Klein (eds.), *Speech, place and action*, John Wiley and Sons, Nueva York, 1982, págs. 31-59, en pág. 49, es posible encontrar sistemas ternarios organizados a la vez según el criterio de la persona y el de la distancia, en los cuales el término medio se puede interpretar de dos maneras posibles: o bien, indicando media distancia del hablante, o bien cercanía al oyente. De todos modos, como reconoce Fillmore, no es fácil determinar, cuando se usa el término medio, si el elemento de referencia es la persona o la distancia, pues en las situaciones prototípicas el hablante suele estar cerca del oyente.

organización del tiempo (*presente // pasado - futuro*). En el espacio se dan dos posibilidades: o bien mantener estas dos zonas, o bien crear una nueva, adscrita al interlocutor, que se situaría fuera del yo, pero no fuera de la interlocución. Esta última es la que seguirían habitualmente las lenguas con sistemas ternarios.

De lo dicho por Feuillet nos quedamos con las siguientes ideas fundamentales: en los sistemas binarios es frecuente que haya un término que neutralice la oposición de distancia, y en los ternarios, donde se dan varias posibilidades combinatorias, el término referido al interlocutor es frecuente que esté poco marcado semánticamente. Asimismo, la zona que corresponde al tercer término —que alude a lo que está fuera del yo y del tú— es bastante «indefinida». Por último, respecto a los criterios en los que se basan los sistemas ternarios, nos quedamos con la dificultad que a veces supone saber si lo hacen de acuerdo con la persona o con la distancia.

Hasta ahora, todo lo que se ha dicho tiene que ver con la historia y el modo como funcionan en general los sistemas deícticos, normalmente relacionado con lenguas distintas al español, por lo que parece llegado el momento de analizar cómo se estructura el sistema deíctico en nuestra lengua, como paso previo para estudiar el paradigma y el funcionamiento de las unidades deícticas por excelencia, los demostrativos.

De modo general, la opinión más extendida es la de considerar que el español es una lengua con sistema deíctico ternario. Luego, respecto al modo como se estructura la unidad deíctica por excelencia, el demostrativo, lo habitual es considerar que el primer criterio a tener en cuenta es el de la relación con las personas gramaticales así como, en la mayoría de los autores, el de la distancia, aunque a este respecto hay toda una amplia gama de matices.

Algunos como J. Roca Pons priman ante todo la relación con las tres personas gramaticales, sin aludir al factor distancia:

> Existen varios tipos de sistemas de demostrativos. El que ofrece el español es de tres miembros:

este - ese - aquel, en correspondencia con las personas[138].

Asimismo, Andrés Bello parece primar la relación del demostrativo con las personas gramaticales:

> Pronombres demostrativos son aquellos de que nos servimos para mostrar los objetos señalando su situación respecto de determinada persona.

Aunque sin dejar de aludir al criterio de la *distancia* respecto a la persona que le sirve de referente:

> *Este, esta, estos, estas*, denota cercanía del objeto a la primera persona; *ese, esa, esos, esas*, cercanía del objeto a la segunda; *aquel, aquella, aquellos, aquellas*, distancia del objeto respecto de la primera y segunda persona[139].

Otros, como Hernández Alonso, invierten los términos, destacando en su definición en primer lugar la relación de proximidad o lejanía respecto a cada una de las personas del discurso:

> Atendiendo a la primera deixis [la *deixis ad oculos* de Bühler], los tres grados de los demostrativos expresan respectivamente: el primero una proximidad espacial, temporal o nocional al hablante; el segundo, una distancia media, proximidad a la zona del oyente; y el tercero, una lejanía espacial, de tiempo o nocional.
>
> Si se trata de una deixis *contextual*, el primer grado de demostrativos expresa una referencia a un elemento muy próximo en el contexto —el más próximo si hay varios—, el segundo grado, *ése*, se refiere a elementos muy distantes, o que significan desprecio o algo genérico; el tercer grado representa el elemento más distante en el contexto.[140]

---

[138] J. Roca Pons, *Introducción a la gramática*, 2 vols., Vergara, Barcelona, 1967 (reimpr. 1ª ed. 1960), en vol. I. pág. 194.

[139] Andrés Bello, *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* (ed. crítica de R. Trujillo), Instituto Universitario de Lingüística Andrés Bello, act. Aula de Cultura de Tenerife, 1981, pág. 244.

[140] César Hernández Alonso, pág. 477.

Otro elemento que resulta habitual ver al definir la estructura del sistema deíctico español es la relación que establece el demostrativo con los adverbios espacio-temporales, con los pronombres personales y con los posesivos.

Así lo dicen expresamente, entre otros, Amado Alonso y P. Henríquez Ureña:

> Hay, pues, relación entre *yo* y *este*, entre *tú* y *ese*, entre *él* y *aquel*, como entre los pronombres personales y los posesivos:
>
> | | | |
> |---|---|---|
> | yo | tú | él |
> | mío | tuyo | suyo |
> | este, esta, esto | ese, esa, eso | aquel, aquella, aquello[141] |

Vidal Lamíquiz:

> ...otras lenguas siguen un criterio de relación a las tres personas gramaticales o del discurso, creando tres zonas, como el español, *sistema ternario*, donde es patente la relación
>
> | 1ª persona | 2ª persona | 3ª persona |
> |---|---|---|
> | *yo* | *tú* | *él* |
> | *aquí* | *ahí* | *allí* |
> | *este* | *ese* | *aquel*[142]. |

Frente a estas opiniones, que podríamos considerar como las más tradicionales o las más habituales, se levantan ciertas voces discrepantes que expresan su desacuerdo con aspectos concretos del sistema aquí expuesto.

---

[141] Amado Alonso y P. Henríquez Ureña, *Gramática castellana, 1º y 2º cursos*, Losada, Buenos Aires, 1959[24], págs. 87-88.

[142] Vidal Lamíquiz, *op cit.*, pág. 166.

Por lo pronto, hay autores que, aunque aceptan, con matices, la existencia de un sistema tripartito, consideran errónea la vinculación que suele establecerse entre demostrativos, adverbios espacio-temporales y personas gramaticales.

A este respecto, M. Molho, después de matizar que la relación de nuestro sistema deíctico con la persona viene sólo por su vinculación con la oposición *yo / no-yo*, los dos espacios en que la lengua estructura, según él, el campo mostrativo, añade categóricamente:

> Une faute à ne pas commettre, ordinairement commise toutefois sur le seul temoignage hâtivement interpreté de certains effets de sens, consisterait à poser en langue les égalités:
>
> *aquí = éste = yo*
> *ahí = ése = tú*
> *allí = aquél = él.*
>
> La vérité est autre: le déictique *ahí* (et le démonstratif qui lui correspond) démontre et identifie tout ce qui a son lieu dans la transcendance, immédiate ou médiate du *moi*, c'est-à-dire aussi bien ce que la pensée situe dans le champ de la deuxième personne que ce qui lui apparaît resortir au champ de la personne troisième[143].

No obstante, la crítica de Molho exige una matización, pues de lo que él parece dudar es de la relación de los demostrativos con las personas gramaticales, no con los adverbios espacio-temporales, pues algunas páginas después, al caracterizar a los demostrativos, añade:

> Sera désigné par *este* tout être qui est vu avoir son lieu dans la zone, si étendue soit-elle, dont le centre ponctuel est le présent spatial (*aquí*); *ese* s'accuse à son tour habile à situer tout être dont le lieu est dans la zone qu'irradie la position transitionnelle signifiée par *ahí*; la compétence de *aquel* s'etendra à tout ce qui apparaît avoir son lieu dans la zone tierce dont l'assiette ponctuelle est *allí*.[144]

[143] M. Molho, «Remarques sur le système des mots démonstratifs en Espagnol et en Français», pág. 52.

[144] M. Molho, *ibid.*, pág. 343.

Duda también respecto a la relación con las personas gramaticales expresa J. Olza Zubiri, quien sostiene que el criterio que se sigue es la mayor o menor distancia respecto al hablante:

> Los pronombres demostrativos no vienen dados, en castellano, por la mayor o menor proximidad a las personas gramaticales, sino por la mayor o menor proximidad al centro del coloquio, es decir, al hablante[145].

El argumento que utiliza para sostener tal afirmación es que realmente no existe una zona definida —y fija— para la *istic-deixis*, pues cuando el que habla tiene a su interlocutor delante, la zona del *ese-ahí* está más cerca del interlocutor que del hablante, pero cuando lo tiene a su espalda, esa zona está más cerca del que habla.

En ocasiones, lo que los autores ponen de relieve, por encima de la relación con las personas gramaticales, es la relación de distancia (o proximidad), aunque insistiendo a veces en que los límites que separan unas zonas de otras son absolutamente subjetivos y que tales áreas pueden ser de dimensiones variables y dependientes de la percepción o la voluntad del sujeto hablante. Una de las mejores muestras de esta postura es la que mantiene Priska-Monika Hottenroth:

> This demonstrates clearly that neither the first person demonstratives *este* and *aquí* nor the second person demonstratives *ese* and *ahí* are positively marked with respect to the speaker's or the hearer's region of proximity, contrary to what is suggested by the standard semantic descriptions of the demonstratives[146].

Y más adelante:

> But in contrast to the definitions of the demonstratives cited above, the concept of distance in this

[145] J. Olza Zubiri, *op. cit.*, pág. 124.

[146] P.-M. Hottenroth, «Local deixis in Spanish», en J. Weissenborn y W. Klein (eds.), *Here and There, Cross-linguistic studies on deixis and demonstration*, John Benjamin B. V., Amsterdam, 1982, págs. 133-153, en pág. 140.

case is much more abstract since it must be taken only in a relative sense; it has nothing to do with objectively delimitable regions of proximity[147].

La principal consecuencia que se desprendería de esta falta de un referente real y objetivo es que nuestros tres demostrativos pueden señalar tanto a un área espacial muy pequeña, situada en las proximidades del hablante, como a objetos situados objetivamente lejos tanto del hablante como del oyente:

This explains why all three demonstratives can refer to entities or places within a very limited region...as well as why they can refer to objects that are objectively distant from the speaker and perhaps also from the addresse[148].

Sin embargo, a pesar de sostener el carácter totalmente subjetivo del espacio delimitado por el demostrativo, Hottenroth está convencida de que existe una zona, relativamente pequeña, constituida por objetos de dimensiones precisas, con los que mantenemos una relación y una interacción espacial más frecuente —y que entran dentro del radio normal de percepción— que pueden influir en un oyente, que no tenga otras precisiones provenientes del contexto lingüístico o extralingüístico, para hacerse una idea más o menos aproximada de la zona a la que apunta el trinomio *este-aquí*, *ese-ahí* y *aquel-allí*:

However, within the range of theses individual constellations there is a sub-group of objects of given dimensions with which one has the most frequent physical and thus spatial interaction. Their dimensions are related to the normal radius of perception, action and movement. There is perhaps a vague region within which 'demonstratio ad oculos' occurs most frequently; perhaps a repartition of this region by the demonstratives is in some manner connected with this most frequent situation. Hypothetically this could influence a hearer who has not been otherwise prepared by linguistic or extralinguistic context, to have a certain average expectation of the location to which *este* and *aquí*, *ese* and *ahí* or *aquel* and *allí* will most probably refer[149].

[147] P.-M. Hottenroth, *loc. cit.*, pág. 142.

[148] P.-M. Hottenroth, *loc. cit.*, pág. 143.

[149] P.-M. Hottenroth, *loc. cit.*, pág. 149.

En suma, lo que Hottenroth viene a destacar es algo que generalmente se pasa por alto, que cuando hablamos de relaciones espaciales —y temporales—, de la delimitación de dos o tres zonas en el campo mostrativo, no estamos aludiendo, generalmente —aunque no se excluyen—, a distancias objetivamente medibles, pues la fijación de los límites entre zonas es una facultad que queda exclusivamente en manos del hablante. En este sentido, compartimos totalmente la opinión expuesta por esta autora.

En otras ocasiones, sin negar la relación con las tres personas del discurso, se añade otra posibilidad combinatoria, la referencia al hablante más que a los tres participantes en el discurso. De esta opinión es R. Seco quien, tras reconocer la relación con las tres personas:

> El pronombre demostrativo indica un objeto marcando la relación de distancia que guarda respecto a las personas gramaticales[150].

añade a continuación:

> Las tres formas pueden indicar también diferentes proximidades respecto de la primera persona, sin atender a las otras dos. Esta relación de distancia puede entenderse no solamente en cuanto al espacio, sino también en cuanto al tiempo...

Esta supuesta flexibilidad del sistema deíctico español es también defendida expresamente por Alcina y Blecua:

> El hablante en cualquier momento puede reducir el triple campo del discurso a dos solamente, fundiendo en uno los que corresponden a hablante e interlocutor. (II): Con los pronombres de primera persona se cubrirá el campo inmediato de la mención directa. Con ello quedan dos series de pronombres —de segunda y tercera— para señalar lo ajeno a los dos hablantes. El de segunda persona será empleado para dicho fin y el de tercera servirá para designar lo alejado más allá del momento actual de la palabra en

[150] R. Seco, *Manual de gramática española*, (revisado y ampliado por Manuel Seco), Aguilar, Madrid, 1978[10], pág 48.

el tiempo.[151]

Por último, entre los autores cuyas opiniones contradicen parcial o totalmente lo dicho hasta ahora respecto a la estructura del sistema deíctico español, queremos destacar a Josse de Kock, quien ha dedicado tres obras[152] a estudiar el funcionamiento del demostrativo español medieval y actual para concluir que, por un lado, ni nuestro demostrativo tiene la capacidad señalativa que se le suele atribuir en relación con la mayor o menor proximidad a las tres personas del discurso, ni el nuestro es ya un sistema deíctico ternario, sino claramente binario, donde los únicos polos reconocibles estarían representados por el par *este / aquel*, y donde *ese*, sin apenas capacidad deíctica, se podría considerar un caso claro de neutralización, utilizable casi en cualquier circunstancia, como variante funcional de *este* o *aquel*. En suma, que frente a la imagen de un paradigma homogéneo y coherente, la realidad sería que estamos ante un paradigma bastante inestable y en constante evolución, según individuos y épocas. He aquí algunas citas que resumen sus ideas principales:

> Los autores o locutores observados no utilizan los tres pronombres demostrativos para distinguir sistemáticamente entre tres campos temporales o espaciales, contextuales o reales, diferentes: cercano o relacionado con la primera persona, lejano o relacionado con una tercera persona, e intermedio o relacionado con la segunda persona[153].

> En la lengua escrita los campos de referencia se reducen a dos, uno lejano y otro cercano, para los que se emplean respectivamente *aquel* y *este o, incidentalmente,* ese. En la lengua hablada estos dos tienden incluso a confundirse, ya que *ese* sirve práctica e incluso preferentemente en cualquier circuns-

[151] J. Alcina Franch y J. M. Blecua, *Gramática española*, Ariel, Barcelona, 1975, pág. 622.

[152] J. de Kock, C. Gómez Molina y R. Verdonk, *Gramática española, Enseñanza e investigación. II. Gramática. 5. Los pronombres demostrativos y relativos*, Universidad de Salamanca, 1992; J. de Kock, N. Delbecque *et al.*, *Gramática española, Enseñanza e investigación. I. Apuntes metodológicos. 4. Lingüística constrastiva*, Universidad de Salamanca, 1996; J. de Kock, *Gramática española, Enseñanza e investigación. Norma, libertad y probabilidad: ocho soluciones del español*, Universidad de Salamanca, 1998.

[153] J. de Kock, *Los pronombres demostrativos y relativos*, pág. 80.

tancia[154].

La oposición señalativa entre los tres campos raras veces se documenta. Por otra parte, si tenemos en cuenta que las formas concordantes de *ese* cuentan tan sólo con 2 ocurrencias se puede concluir que los campos señalativos quedan reducidos, al igual que en las otras lenguas románicas, a dos, próximo y alejado[155].

Del análisis exhaustivo, sistemático y pormenorizado del corpus se desprende que, si por una parte el paradigma demostrativo está minado, por otra se recupera. En regla general, los autores del corpus distinguen las tres formas, pero atribuyéndoles a menudo usos que nada o poco tienen que ver con el señalamiento demostrativo propiamente dicho, u omitiendo alguna de ellas. Tanto en español, como en las demás lenguas románicas, el paradigma demostrativo se ha revelado poco estable, y no deben extrañar las divergencias observadas entre la representación concebida teóricamente o derivada de estados anteriores, y su realización efectiva en la actualidad[156].

Como se ve, las opiniones del profesor de Kock, las más radicales, dan una imagen absolutamente distinta del sistema demostrativo español, que habría entrado de lleno, con claros antecedentes, según él, ya en el período medieval, en una etapa en la que lo que predomina, a nivel de uso, si no también de sistema, es un claro sistema bipolar. Sus observaciones, que comentaremos a menudo a lo largo de este trabajo y que serán un obligado punto de referencia en el comentario del demostrativo en Delibes, están respaldadas por exhaustivos análisis de *corpora* textuales, no sólo de lengua escrita sino también hablada, no sólo actual, sino incluso medieval, por lo que es obligado tenerlos en cuenta y tratar de dar una respuesta convincente a las muchas dudas por él planteadas.

Frente a las opiniones más tradicionales y a la de autores como de Kock, caracterizadas por su actitud rupturista, queremos traer a colación, por la originalidad de sus puntos de vista, el trabajo de Mauricio

[154] J. de Kock, *ibid.*, pág. 81.

[155] J. de Kock, *Apuntes metodológicos*, pág. 59.

[156] J. de Kock, *Norma, libertad y probabilidad*, pág. 146.

Molho, «la deixis española: lectura del significante»[157], donde analiza desde criterios exclusivamente morfológicos cómo se estructura el sistema deíctico español. Sus ideas principales se pueden resumir así:

1) El sistema deíctico español, desde el punto de vista del significante, muestra una serie formada por morfemas prefijados, ya con prefijo pleno: *aqu-*, *ac-* (*aquí, acá, acullá, aquende, aquel*); ya con prefijo reducido al grado *a-* (*ahí, allí, allá, allende*). El primero de los prefijos remontaría al antiguo prefijo latino **accu* y el segundo a *ad*.

Junto a esta serie prefijada hay otra formada por morfemas estrictos: *este*, *ese*.

Esto hace que en la serie de las formas declinables, los demostrativos, convivan morfemas estrictos con formas prefijadas: *este/ese* frente a *aquel*.

De esto resulta que de los dos paradigmas, sólo el de las formas indeclinables es homogéneo desde el punto de vista morfológico, mientras que el de las declinables es heterogéneo.

2) Los deícticos españoles forman series paradigmáticas de dos o tres posiciones.

De dos posiciones son los siguientes paradigmas:

aquende / allende
acá / allá
allá / acullá

De tres posiciones es el siguiente:

[157] M. Molho, «La deixis española. Lectura del significante», en Elisabeth Luna Traill (ed.), *Scripta philologica in honorem Juan M. Lope Blanch*, 203-217, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.

aquí / ahí / allí

Respecto al de los deícticos declinables, aunque funcionalmente suele presentarse como de tres posiciones:

este / ese / aquel

en realidad, constituye un sistema anómalo formado por un binomio *este / ese*, que muestra la raíz *-s(t)-*, al que se ha añadido, quizás por analogía con la serie indeclinable, un elemento con forma prefijada *ak-*, *aquel*, relacionado morfológicamente con esta última.

El hecho de coincidir en la serie declinable los dos formantes fundamentales de la deixis española, *-s(t)-* y *ak-*, hace que ésta se convierta en una especie de síntesis del sistema deíctico español.

3) Si pasamos a asociar forma y significado, todos estos morfemas se organizarían, según Molho, en dos posiciones espaciales:

La que marcaría el plano del *yo*, integrada por la serie *aquí, acá, aquende* y *este*.

La que integraría el plano del *no-yo*, integrada por la serie: *ahí, allí, allá, acullá, allende*, a las que hemos de añadir *ese* y *aquel*.

Una primera consecuencia de esta observación es que la deixis española, aunque se presente en forma de trinomios, es bidimensional. Pero según Molho, aunque bidimensional no deja de ser *trifásica*.

Estas tres fases, que tienen que ver no con la configuración del espacio referencial, sino con el modo como el español organiza ese mismo espacio, implican tres operaciones sucesivas:

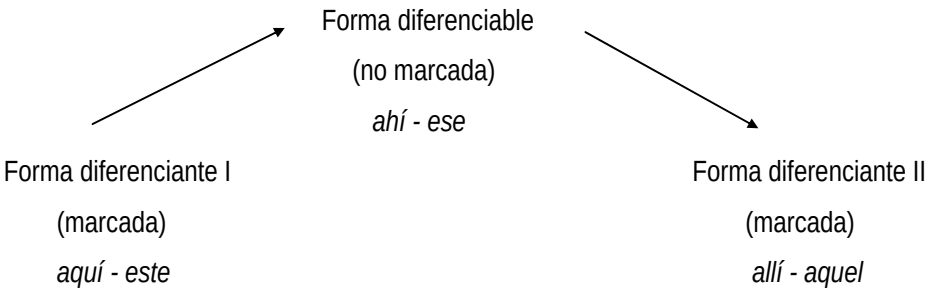
3.1) Una primera operación, en la que se genera un presente espacial de extensión indefinida.

3.2) Una segunda, en la que por oposición con este presente amorfo e indefinido se establece un espacio distinto, el *no-yo*, que ha perdido su amorfía originaria.

3.3) Una tercera, en la que dentro del espacio del *no-yo*, delimita un espacio específico, diferenciado de los otros dos, y que surge como homóloga y simétrica del presente espacial.

A esta estructura trifásica es a la que responden los trinomios deícticos, mientras que los binomios se ciñen a la estructura básica del *yo / no-yo*.

4) Según Molho, en los trinomios, el contraste *yo / no-yo* se define mediante una oposición entre un término *marcado* y otro *no-marcado*. El no marcado es siempre el básico, pues la falta de marca denota el caso *diferenciable*, mientras que el marcado está constituido por las estructuras *diferenciantes*. Esto lleva a Molho a definir el siguiente esquema según los dos trinomios españoles:



Por contra, los binomios derivados constan de dos términos, marcados los dos, cada uno de los cuales representa uno de los planos de la deixis:

aquende / *allende*
acá / *allá*
/ *allá* / *acullá*
plano del *yo* plano del *no-yo*

Por su parte, el binomio *este / ese* está constituido por un término marcado y otro no marcado. Pero a esta estructura le falta en el plano del *no-yo* un término marcado, que se corresponda con el término marcado que ya existe en el plano del *yo*. Además, a ello se une el hecho de que los binomios deícticos españoles no se cierran con términos no marcados.

Ante este problema, la lengua responde creando un significante supletorio que resuelva las anomalías del sistema, de donde surge la siguiente estructura heterogénea:

marca	no marca	marca
este	*ese*	*aquel*

Y el equilibrio en el sistema sólo puede restablecerse, en primer lugar, incorporando un elemento prefijado ajeno a la clase con formante *-s(t)-* y, al mismo tiempo, imitando la solución que el sistema de formas prefijadas había llevado a cabo.

En suma, el trabajo de Molho sostiene que los sistemas llamados ternarios se basan de hecho en una reorganización del doble plano básico de la deixis, que se define como *yo / no yo*, a partir del momento en que el hablante diferencia dentro del *no-yo*, y por oposición con estos dos planos, un ámbito específico, homólogo y simétrico con el *yo*, y que en sistemas ternarios como el español relacionamos con el ámbito del tú, del interlocutor.

Finalmente, partiendo sólo de la morfología, Molho trata de demostrar que nuestro sistema deíctico, aparentemente tan homogéneo y equilibrado —sistema ternario en los adverbios espacio-temporales y en el demostrativo—, reposa en realidad en un cierto desequilibrio —trinomio adverbial frente al binomio *este-ese* en los demostrativos—, que la lengua resolvió *in extremis* incorporando a la serie de los declinables una forma prefijada, *aquel*, que nada tiene que ver con las otras dos —con formante *-s(t)-* —, sin duda por analogía con el trinomio adverbial.

2.2.3. Conclusiones parciales

Para cerrar este capítulo dedicado en su mayor parte a comprender la evolución, tipología y organización interna de los sistemas deícticos, en particular el del español, vamos a dejar fijados una serie de puntos en los cuales resumiremos nuestra posición al respecto[158].

1. De partida consideramos que, tipológicamente, *la lengua española presenta un sistema deíctico ternario o tripolar*, tanto en la serie de los demostrativos como en la de los adverbios espacio-temporales.

La primera serie, la de los demostrativos, está constituida por los tres términos siguientes: *este / ese / aquel*. Por contra, la de los adverbios, aunque se estructura básicamente en tres términos, es mucho más rica en formas, en concreto: *acá, aquí / ahí / allí, allá* junto con otras ya claramente en desuso como *acullá, aquende, allende*.

La mera observación y comparación de nuestro sistema deíctico con el de otras lenguas de nuestro entorno, como el francés o el alemán, revela ya una importante originalidad, pues en la nuestra, a una serie ternaria en el demostrativo corresponde otra serie ternaria en los adverbios, mientras que en francés y en alemán, a un demostrativo binario corresponde un sistema adverbial ternario[159]:

francés: *celui-ci / celui-là*
ici / là / là-bas[160]

alemán: *dieser / jener*
hier / da / dort

[158] Estas conclusiones mantienen en lo fundamental las que ya establecimos en nuestro anterior estudio del demostrativo, págs. 89-91, sobre todo la 5. y 6., aunque precisa y matiza algo más lo que ya dijimos entonces.

[159] Cf. J. Feuillet, *op. cit.*, pág. 234.

2. Aunque homogéneo en apariencia, *nuestro sistema deíctico oculta una serie de paradigmas binarios y ternarios*, no sólo en la serie adverbial sino también en la de los demostrativos, la cual se rehizo imitando el trinomio que constituía el paradigma adverbial, a partir del binomio *este/ese*, al cual se añadió un tercer elemento extraño, *aquel*, para estabilizar el sistema.

3. Estamos de acuerdo en que decir que nuestro sistema deíctico es ternario no implica decir que sea exactamente tridimensional, sino que lo que hace el español es reordenar la división básica del campo mostrativo en dos zonas, el *yo* y el *no-yo*, delimitando, a partir del *no-yo* una zona intermedia que asociamos con el interlocutor.

4. A la hora de fijar el criterio en el que se basa la oposición entre esas tres zonas, creemos que la lengua española, *dependiendo única y exclusivamente de la voluntad del hablante*, puede o bien *marcar la distancia respecto a cada una de las personas del discurso* —rasgo que explica por sí mismo el surgimiento de los sistemas ternarios— o bien *tomar como criterio fundamental la distancia respecto al hablante*, con lo que se mantiene la división primera del campo mostrativo entre todo aquello que tiene que ver con el hablante y lo que está fuera de su ámbito de influencia. Este último aspecto es el que explicaría la supuesta tendencia de la lengua española a convertirse en un sistema binario. En realidad, la explicación radica en que *nuestro sistema deíctico es extraordinariamente flexible*, admitiendo ambas maneras de configurar el espacio, al igual que toma en consideración no sólo el criterio de persona, sino también el de la distancia —como ya vimos más arriba que sucedía en otros sistemas ternarios—. Por supuesto, cualquier alusión a la distancia parte del hecho de que, salvo quizás en un muy pequeño número de casos, lo habitual es que los límites de los espacios en que el hablante estructura el campo mostrativo no son propiamente objetivos, pues dependen absolutamente de su íntima voluntad, como ya se ha dicho.

5. Los autores que dudan acerca de que nuestro demostrativo sea tripolar suelen basarse en la dificultad para delimitar con claridad un ámbito para el *tú-ahí*, llegando incluso a sostener que *ese* actúa en muchos casos como simple variante funcional de los dos términos más claros, *este / aquel*. La explica-

[160] Aunque es cierto que en francés coloquial se ha producido una auténtica neutralización entre *ici* y *là*.

ción a este aparente problema es doble: de un lado, el sistema deíctico español no sólo es flexible —se deja al hablante la elección entre tres o dos zonas—, sino que los límites entre ámbitos no están marcados positivamente ni son «predecibles» de antemano, aunque sí existen. Tales límites dependen no sólo de la situación física espacio-temporal en que se encuentre el hablante, sino sobre todo del modo como él perciba ese mismo espacio, como hemos indicado ya en la conclusión anterior —haciéndonos eco de las ideas expresadas por Hottenroth—. Esto justificará los usos estilísticos o expresivos en que tanto abundan algunas formas del demostrativo, en concreto *ese* y *aquel*.

En segundo lugar, como ya se ha dicho más arriba, es precisamente el demostrativo que apunta hacia ese mismo espacio (*ese-ahí*) *el término no marcado del trinomio deíctico español*, frente a *este* y *aquel* que son marcados. Como término no marcado se puede usar por los marcados y puede, además, protagonizar numerosos casos de neutralización. Esta última razón es la que mejor vendría a explicar el que se pueda encontrar usado a *ese* como variante funcional de los otros dos demostrativos.

6. Cuando autores como de Kock dudan de la capacidad señalativa de nuestro demostrativo, ante la abundancia de usos que éstos tienen en contextos en los que no parecen exhibir precisamente sus potencialidades señalativas, olvidan que cuando hablamos de sistemas deícticos, ya sean binarios o ternarios, se está haciendo omisión consciente de otros valores, semánticos, que estas unidades tienen y se pone como primer elemento clasificador precisamente el señalativo, aquel por el que más claramente se oponen.

7. Aceptando la peculiaridad de los sistemas ternarios, bidimensionales en realidad, aunque «trifásicos» en su plasmación, nos queda responder a la cuestión de cómo se aplican al modo de situar el espacio y el tiempo. En este sentido, y como ya avanzaba Charaudeau, *en el espacio*, podemos encontrar tanto *la delimitación en dos ámbitos* —lo que está o se considerada dentro del ámbito o esfera de interés del hablante y lo que queda fuera—, *como de tres* —uno para el yo; otro, intermedio, para el interlocutor, y un tercero, para el *no-yo*. *En el caso del tiempo*, estamos de acuerdo con él, en que *sólo se establecen dos planos*: el del *yo*, el presente, frente al *no-yo*, el pasado y el futuro.

Queda un tercer ámbito, del que Charaudeau no hablaba expresamente, *el ámbito nocional*, y en el que se situarían, por ejemplo, los llamados valores «estilísticos» del demostrativo. Para nosotros, también aquí *se delimitan dos ámbitos*: lo que se sitúa cerca del hablante —por ejemplo, los casos de *aproximación afectiva*— y lo que se aleja de él —el valor *evocador* o el valor *despreciativo*, por ejemplo—.

Como veremos, sobre todo en la última parte de nuestro estudio, esta estructura se confirma plenamente en el modo de construirse nuestro demostrativo.

2.3. PARADIGMA Y FUNCIONES DEL DEMOSTRATIVO ESPAÑOL

Después de estudiar los rasgos que hacen del demostrativo uno de los principales «designadores», y analizar cómo se han formado y han ido evolucionando los sistemas deícticos, al menos en lo relativo a las lenguas indoeuropeas; una vez que hemos repasado los puntos que definen la estructura del sistema deíctico español, es hora ya de entrar a conocer los rasgos concretos del demostrativo español desde el punto de vista paradigmático, sintagmático y funcional.

Los puntos concretos que desarrollaremos serán[161]:

1. *El paradigma del demostrativo español actual y sus rasgos principales*.

2. *Categoría lingüística a la que pertenece el demostrativo*.

3. *El paradigma de los llamados «impropiamente demostrativos»,* es decir, aquellas unidades lingüísticas con fuerte valor deíctico pero que no pertenecen al paradigma del demostrativo.

4. *La relación del demostrativo con el artículo*, unidad lingüística ésta con la que concurre en multitud

[161] Sobre las novedades que hemos incluido en este apartado respecto a nuestro trabajo anterior, cf. Introducción, págs. 14-15.

de contextos y con aparente identidad de sentido.

5. *Breve historia del demostrativo español* desde sus orígenes latinos hasta la época de su configuración actual ya en el español del Siglo de Oro.

6. *Funciones del demostrativo español*.

7. *Reflexión general sobre los valores del demostrativo español*, donde resumiremos nuestra postura al respecto.

2.3.1. Rasgos del paradigma del demostrativo español actual

De manera general podemos decir que el demostrativo español actual presenta el siguiente paradigma[162]:

SINGULAR	1ª *est-*		
	2ª *es-*	*-e, -Ø*	M.
		-a	F.
	3ª *aquel* (*aquell-*)	*-o*	N.

[162] Este esquema está basado en el que incluye C. Hernández Alonso, *op. cit.*, pág. 477 y Alcina y Blecua, *op. cit.*, pág. 621.

PLURAL	1ª *est-* 2ª *es-* 3ª *aquel* (*aquell-*)	*-o-/-a-* *-s* M. y F.

Desde un punto de vista estrictamente formal, como vimos en el apartado anterior, el demostrativo español se compone de un binomio básico —*este/ese*— que presenta, en palabras de Molho[163], un «consonantismo axial» en *-s-*, que o bien aparece tal cual: *es-*, o bien con un infijo *-t-*: *este*.

De estos dos términos, hay uno marcado —precisamente por el infijo *-t-* — y otro no marcado — *-s(t)-* —. Este esquema —no marcado (*-s-*) / marcado (*-st-*)—, viene a reproducir la diferencia existente, a nivel de significante, entre los verbos existenciales *ser* y *estar*: *-s-* reproduciría la *-s-* abierta y cerrada de *ser* (*ser, - es*), y *-st-* reproduce el consonantismo de *e-st-ar*. Y al igual que *e-st-e* es un caso, con marca diferencial, de *e-s-e*, *e-st-ar* es un caso marcado de *s-er*[164].

A este binomio la lengua ha agregado un tercer elemento, *aquel*, que formalmente muestra un prefijo *aqu-* que le hace estar relacionado con la serie de los adverbios espacio-temporales, más que con la de los demostrativos. Asimismo, este tercer miembro lleva implícita en su formante *-el-* la marca de tercera persona[165].

Frente al binomio *este/ese*, representante de la zona del *yo*, formado por un término marcado y otro

[163] Mauricio Molho, «La deixis española: lectura del significante», pág. 211.

[164] M. Molho, *loc. cit.*, pág. 212.

[165] M. Molho, *loc. cit.*, pág. 213.

no marcado, la forma *aquel* es término marcado pero en la zona del *no-yo*. De esta manera, el demostrativo español muestra un trinomio constituido por dos términos marcados *este* / *aquel* y uno no marcado *ese*.

La conjunción, en el mismo sistema, de dos series de formantes distintos (*-s(t)-* y *-a(k)-*), precisamente los dos utilizados para la formación de las unidades del sistema deíctico del español, hace que nuestro demostrativo venga a ser algo así como la «síntesis» del sistema deíctico español.

De otro lado, el demostrativo español constituye un paradigma cerrado, cuyas unidades muestran variación de género y número como el adjetivo. Además posee género neutro (*est-o, es-o, aquell-o*), cuyas unidades, aunque se les suele englobar dentro del número singular, en realidad son ajenas a la indicación de número, suponiendo de hecho un caso de neutralización.

La expresión del género neutro relaciona al demostrativo con el adjetivo calificativo y le diferencia del sustantivo, pues mientras el adjetivo es capaz de expresar el género neutro mediante el artículo neutro *lo* (sufriendo una transposición y pasando a ser sustantivo), el sustantivo, por sí mismo, sólo puede ser masculino o femenino.

De otro lado, a veces se encuentra en la lengua hablada e incluso en la escrita la forma masculina del demostrativo (*este, ese, aquel*) ante sustantivo femenino singular que comienza por *á* tónica, *este agua, ese águila, aquel aula*, en vez de la correcta *esta agua, esa águila, aquella aula*.

El cambio, curiosamente, se produce también cuando entre el demostrativo y el sustantivo va un adjetivo: *este buen agua, ese gran águila*.

El fenómeno empezó a registrarse en la lengua antigua, pero sólo con *aquella* que, en paralelo con lo que sucede con el artículo femenino *la*, aparecía como *aquel* ante sustantivo femenino que comenzara por *á* tónica. Modernamente se ha extendido tanto, que no sólo afecta ya a los demostrativos *este* y *ese*, sino incluso a otros determinantes como *mucho, tanto, demasiado*.

Respecto a la explicación de este hecho, tradicionalmente se creía que era una simple analogía con lo que sucedía en el castellano medieval con el artículo, donde el femenino *ela* pasaba a *el*, como el masculino, cuando iba precisamente ante sustantivo que comenzaba por *á* tónica. Sin embargo, no parece suficiente. Quizás sea preferible admitir que el punto de partida pudo ser el uso de *aquel* en vez de *aquella* ante *a* tónica. En la extensión del fenómeno también pudo influir la presión que ejerce el indefinido-cuantitativo *un* (*un agua, todo un ala*), cuyo uso en este contexto es casi general —sin olvidar obviamente lo que sucede con el artículo determinado—[166].

Por otra parte, el demostrativo, salvo en la forma *aquel* —que contiene ya un formante de 3ª persona *-el-* —, no expresa por sí mismo la persona, como sí hacen en cambio los pronombres personales y el verbo. Desde este punto de vista, expresan la 3ª persona gramatical como el nombre, aun cuando desde el punto de vista funcional se pueden referir tanto a cada una de las personas del discurso:

este ⟶ *yo*
ese ⟶ *tú*
aquel ⟶ *él*

como marcar dos zonas, la del *yo*, representada por *este*, y la del *no-yo*, que quedaría a cargo de *ese* y *aquel*.

Desde el punto de vista funcional, es habitual afirmar que el demostrativo puede hacer las veces de sustantivo y de adjetivo en sus formas concordantes masculinas y femeninas, mientras que en sus formas neutras sólo presenta función sustantiva[167].

---

[166] Sobre esto, cf. Mª. A. Álvarez Martínez, *El pronombre I: Personales, Artículo, Demostrativos, Posesivos*, Arco/Libros, Madrid, 1989, págs. 130-131; S. Fernández Ramírez, *Gramática española, 3.2. El pronombre*, vol. preparado por José Polo, Arco/Libros, 1987², pág. 97, y, sobre todo, J. Martínez Marín, «*Este agua* y construcciones afines en español actual», *LEA*, IV (1982), págs. 39-46.

[167] Aunque quizás sea más exacto decir que los demostrativos pueden funcionar como pronombres y como determinantes (cf. al respecto, J. L. Eguren, *op. cit.*, pág. 938). En nuestro estudio utilizaremos indistintamente ambas denominaciones.

También es habitual distinguir dentro de este paradigma entre formas *tónicas* y *átonas*, correspondiendo las primeras a las formas concordantes en función sustantiva y las segundas a las formas concordantes en función adjetiva y a las del género neutro, las cuales son siempre átonas a pesar de tener función sustantiva.

De todos modos, a este respecto tenemos que advertir que una cosa es distinguir usos o funciones dentro del mismo paradigma y otra muy distinta es dividir —y estudiar por separado— el demostrativo en varios paradigmas, uno de formas sustantivas (o pronominales) tónicas y otro de formas adjetivas átonas.

Las razones para oponerse al estudio del demostrativo en dos paradigmas separados son básicamente tres[168]:

1) Una cosa es el paradigma y otra bien distinta la función: el paradigma siempre es el mismo, sustantivo o adjetivo, mientras que las funciones pueden cambiar. Por eso, no es aconsejable —ni siquiera por razones «pedagógicas»— crear artificialmente estructuras que no existen dentro del sistema de la lengua.

2) Tampoco es cierto que haya diferencia auténtica entre formas tónicas y átonas, pues la tonicidad en ambas es la misma[169]. Tan «tónico» resulta *este* cuando funciona como adjetivo, *este coche*, como cuando lo hace como pronombre, *éste vino*.

3) Finalmente, la colocación de la tilde, para distinguir las formas sustantivas de las adjetivas, no es preceptiva más que en casos de supuesta ambigüedad, pues la tilde es, a este respecto, un simple signo diacrítico.

[168] Para estas razones, cf. Mª A. Álvarez Martínez, *op. cit.*, pág. 110.

[169] Cf. al respecto lo que dice Fernández Ramírez, *op. cit.*, pág. 97, donde considera tónicas todos estas formas.

2.3.2. Categoría funcional del demostrativo

Otra cuestión que suscita el estudio del paradigma del demostrativo es dentro de qué categoría lingüística o «parte de la oración» debería englobarse, en concreto si debe considerarse adjetivo o bien pronombre. Para una parte importante de nuestra tradición gramatical, el demostrativo es un pronombre, indicándose en ocasiones que presenta dos posibilidades funcionales, una de adjetivo y otra de sustantivo (o pronombre).

Así, para R. Seco, el demostrativo se engloba dentro de la categoría del pronombre, pero, como sucede con los posesivos, son:

> unas veces adjetivos...y otras, sustantivos... Las formas masculinas y femeninas pueden emplearse de las dos maneras,...Hay, además, formas neutras, que sólo pueden ser sustantivas...[170]

Para Vidal Lamíquiz:

> Finalmente, no se ha de confundir la naturaleza morfológica del demostrativo, siempre pronombre, con la función sintáctica dentro de un sintagma del discurso: función adjetiva: «*Ese* amigo mío tiene treinta años»; función sustantiva: «*éste*, el tuyo, tiene sólo veinte»[171].

Por último, para Mauricio Molho:

> Los deícticos declinables funcionan ya como pronombres de nombre sustantivo...o de adjetivo[172].

En cambio, son menos los que lo consideran simplemente como adjetivo, en concreto, «determinativo», entre ellos Alarcos:

---

[170] R. Seco, *op. cit.*, pág. 48.

[171] Vidal Lamíquiz, *loc. cit.*, pág. 165.

[172] M. Molho, «La deixis española: lectura del significante», pág. 211.

Entre los adjetivos del segundo tipo, los determinativos, se encuentra el grupo de los *demostrativos*[173].

Para definir nuestra postura al respecto, nos basamos en tres autores fundamentalmente: E. Alarcos, Mª A. Álvarez Martínez y A. Vera Luján[174]. Los puntos principales que resumen nuestra opinión son los siguientes:

1. Los demostrativos entran dentro de lo que Alarcos llama unidades «gramaticales» o «morfológicas», pues constituyen un *paradigma cerrado*.

2. Al estar formados por un elemento léxico (*est-, es-, aquel-*) y otro morfológico (*-e, -a, -o, -o/as*) constituyen lo que Alarcos denomina «sintagmas autónomos».

3. Gracias a sus elementos morfológicos son capaces de expresar variación en género y número como el adjetivo. Por lo tanto, *morfológicamente*, el demostrativo podría integrarse dentro de la categoría del *adjetivo*.

4. Otro rasgo que relaciona al demostrativo con el adjetivo es que ambos pueden funcionar o bien como adyacentes nominales (*este coche / el coche blanco*), o bien en función sustantiva (*éste vino / el nuevo recibió una reprimenda*).

5. Dentro de la clase de los adjetivos, los demostrativos se parecen más a los *determinativos* que a los *calificativos*. Las principales diferencias que mantienen con los calificativos son: el demostrativo no

[173] E. Alarcos, *Gramática de la lengua española*, pág. 88. De todos modos, a la cuestión de la categoría funcional del demostrativo ya dedicamos una amplia atención en nuestro trabajo anterior, págs. 24-32. Asimismo, para conocer la postura mantenida al respecto por nuestra tradición gramatical puede ser útil la consulta de la obra de R. Escavy Zamora, *op. cit.*, págs. 62-71.

[174] En concreto, E. Alarcos Llorach, «Los demostrativos en español», *Verba*, 3 (1976), págs. 53-63; Mª A. Álvarez Martínez, *op. cit.*, págs. 107-113 y A. Vera Luján, «Los adjetivos deícticos en español», *AUMur* (*Anuario de la Universidad de Murcia*), 1 (1979-1980), págs. 159-176.

necesita de *transpositor* (artículo) para funcionar como sustantivo, cosa que sí necesita el adjetivo calificativo (*éste vino* / **el este vino*; **blancos son mejores* / *los blancos son mejores*); el demostrativo no admite «gradación», rasgo que sí es inherente al calificativo (**muy este* / *más acertado, muy acertado, poco acertado*); el calificativo admite diversas posibilidades combinatorias, con pequeñas diferencias de sentido, dentro del sintagma nominal, algo que en el demostrativo está más limitado (*la ansiada y deseada noticia, la noticia ansiada y deseada, la noticia, ansiada y deseada* / *ese chico nuevo, *nuevo ese chico, *chico nuevo ese*).

6. Dentro de la clase de los adjetivos hemos dicho que el demostrativo se relaciona más bien con los determinativos (posesivos, indefinidos, etc.). A éstos les une, frente a los calificativos, el poseer una menor libertad combinatoria dentro del sintagma nominal. Además, cuando en el mismo sintagma concurren determinativos y calificativos, parece que aquellos ocupan prioritariamente la posición prenuclear: *esta nueva casa* / *esta casa nueva*.

7. Otro rasgo que relaciona al demostrativo con algunos de los determinativos, sobre todo el posesivo, es que cuando ambos ocupan la posición postnuclear, la posición prenuclear debe ir ocupada por el artículo: *el libro este, el libro tuyo*. En caso de posposición del demostrativo, la posición prenuclear puede estar ocupada también por el pronombre tónico *qué*. Asimismo, hay pequeñas diferencias de significado entre un sintagma nominal con el demostrativo antepuesto y el mismo sintagma con el demostrativo pospuesto: *este niño* / *el niño este*. En el segundo caso, se suele ver un cierto sentido enfático.

8. Pero la principal diferencia que establece el demostrativo frente a los demás determinativos es que, cuando en un sintagma nominal concurren dos adjetivos determinativos (por ejemplo, un demostrativo y un posesivo), lo habitual es que el demostrativo siempre ocupe la posición prenuclear, por delante del posesivo: *este hijo mío*, e incluso, *este mi hijo*, pero no, **mi este hijo*. Hay, no obstante, una excepción a esta regla, y es que cuando se combina el demostrativo con el determinativo *todo*, éste puede preceder al demostrativo: *todo ese paisaje* / **ese todo paisaje*. En suma, es esta preferencia del demostrativo por la posición prenuclear, frente al resto de los determinativos, la que hace de él uno de los adjetivos determinativos más característicos.

9. Por último, lo que define a la clase de los determinativos como categoría frente a la clase de los calificativos es, según Vera Luján, su *carácter deíctico*. De acuerdo con este rasgo, este autor prefiere llamar a los determinativos como «adjetivos deícticos».

Por lo tanto, en nuestra opinión, el demostrativo debe englobarse dentro de la clase de los adjetivos determinativos, admitiendo que, como le sucede al adjetivo, puede funcionar como adyacente nominal (determinante) y como sustantivo (pronombre).

2.3.3. El paradigma de los «impropiamente demostrativos»

Sagüés Subijana distingue, desde un punto de vista formal, entre los «propiamente demostrativos», las formas del paradigma que acabamos de ver, y los «impropiamente demostrativos», denominación que engloba a formas tan diversas como los adverbios de lugar (*aquí, ahí, allí*), los de tiempo (*anteayer, ayer, hoy, mañana...*), los de modo (*así, tal*) y los de cantidad (*tanto, tan*)[175].

Y es que muy a menudo ciertos gramáticos han incluido dentro del paradigma del demostrativo a otras unidades lingüísticas como *tal* y *tanto*[176], *otro*[177], los llamados «adverbios pronominales» (*aquí, acá, ahí, allí, allá, entonces, así,* etc.)[178] e incluso el artículo —considerando que se trataba de un antiguo demostrativo «debilitado»—[179].

---

[175] Sagüés Subijana, *op. cit.*, págs. 123-126.

[176] Cf. A. Bello, *op. cit.*, págs. 287-290; A. Alonso y P. Henríquez Ureña, *op. cit.*, págs. 97-98, y S. Fernández Ramírez, *op. cit.*, págs. 137-141; y J. L. Eguren, *op. cit.*, págs. 949-950.

[177] Cf. J. Alcina y J. M. Blecua, *op. cit.*, págs. 627-629.

[178] Cf. A. Alonso y P. Henríquez Ureña, *op. cit.*, pág. 89; J. Alcina y J. M. Blecua, *op. cit.*, págs. 629-635; J. Roca Pons, *op. cit.*, págs. 193-194; M. Sagüés Subijana, *op. cit.*, págs. 125-126; P. Carbonero Cano, *op. cit.*, pág. 27 ss.; y J. L. Eguren, *op. cit.*, págs. 955-967.

[179] Cf. A. Bello, *op. cit.*, pág. 249 ss.; R. Seco, *op. cit.*, pág. 49, quien lo considera como un tipo especial de demostrativo; y S. Fernández Ramírez, *op. cit.*, pág. 95 ss., quien estudia en el mismo capítulo al artículo y al demostrativo.

Dejando de lado el artículo, unidad lingüística lo suficientemente compleja e interesante para el tema que nos ocupa —por su particular relación con el demostrativo—, de forma que merece un estudio particular, el resto de unidades puede ser tratado de una forma conjunta.

Por lo pronto, los rasgos que caracterizan a unidades tan dispares, algunos de los cuales son coincidentes con los del demostrativo, son los siguientes:

1. Al igual que el demostrativo, prácticamente todas estos «demostrativos impropios», tienen un fuerte sentido deíctico, siendo capaces, no sólo de expresar la deixis *sensible* (espacial y temporal), sino también la anáfora.

Así, *tal*, un «cualitativo», y *tanto*, un «cuantitativo»[180], funcionan sobre todo como anafóricos:

Me dijo que le prestara dinero, pero yo le contesté que de momento no podía hacer *tal* cosa.
El mes de agosto trabajé sólo quince días y en septiembre otros *tantos*.

Más difícil resulta verlos expresar deixis sensible:

Chico, hazme el favor de no comer *tantos* caramelos.
¿Conoces al que acaba de pasar? Sí, pero yo no quiero tratos con *tal* personaje.

Algo parecido podemos decir de los llamados «adverbios pronominales» los cuales, junto a su indudable valor de índices de la deixis sensible:

Luis no vive *aquí*, sino *allí*, en la calle del Ayuntamiento.
Ayer me dijo que colaboraría y seguro que *ahora* viene y me dice lo contrario.

[180] S. Fernández Ramírez, *op. cit.*, págs. 137 y 139, y José A. Martínez, *El pronombre II. Numerales, indefinidos y relativos*, Arco/Libros, Madrid, 1989, págs. 139-141. Este autor los considera como «comparativos de igualdad».

presentan también valor anafórico:

> Este verano hemos estado en Cuba. Oye, chico, *allí* sí que saben vivir.
> Según tu abuelo, eso sucedió en tiempos del rey Amadeo de Saboya. Sí, *entonces* el clima político en España estaba muy enrarecido.

Incluso es posible encontrar formas con valor catafórico, no sólo entre los «adverbios pronominales»:

> Lo harás *así*: primero llama a Eduardo, luego a Marisa, y sólo cuando ellos acepten, a Juan.

sino incluso con *tal*:

> Lo digo *tal* como lo siento.

En este caso, *tal* revela su entidad de comparativo, estableciendo un correlato con las partículas comparativas *como* o *cual/es*[181]

Más difícil es encuadrar la función de *otro*, una especie de «diferenciador» o «discriminador»[182], pues aunque sirve para «indicar», su indicación no pertenece propiamente al campo referencial o mostrativo, ya que no tiene relación alguna con las personas del discurso:

> ¿Quieres un coche de éstos? No, a mí me gustaría *otro*.

En efecto, lo que *otro* hace es discriminar, distinguir, entre los coches que le gustan y los que no, estableciendo como dos categorías distintas.

De todos modos, creemos que aunque no sea propiamente un «deíctico» puro, sí es capaz de apa-

[181] Cf. José A. Martínez, *op. cit.*, pág. 141.

[182] J. Alcina y J. M. Blecua, *op. cit.*, pág. 627.

recer en contextos deícticos, bien en asociación con un demostrativo, en función de deixis sensible:

No me gusta ese coche, sino *este otro*.

O bien solo, con valor claramente anafórico:

No me pude dormir ni siquiera recurriendo a los socorridos corderitos: primero uno, después *otro* y luego *otro* más.

2. A veces, como le sucede a cualquier demostrativo, tienen incluso valor de identidad, sobre todo *tal* y *tanto*, aunque siempre con un fuerte valor enfático, pues se pondera la cualidad o la cantidad de que se trate[183]:

Claro que es una persona admirable: ¿quién no lo sería con *tal* espíritu de sacrificio?
¡*Tantas* horas de espera y todo para nada!, al final sólo pudimos pescar una miserable trucha.

Este valor enfático se refuerza más si cabe cuando funcionan como partículas intensivas en correlación con un *que* consecutivo[184]:

Dijo unas barbaridades *tales*, que nos pusimos coloradas.
Entró *tanta* gente, que se llenó el estadio en un santiamén.

3. Algunas de estas unidades, en concreto los adverbios, pueden tener incluso vinculación con las personas del discurso, como los demostrativos. En este caso, podemos encontrar a los adverbios *aquí* y *acá* refiriéndose a la persona del hablante y sustituyendo al demostrativo *este*, el más esperado[185]:

[183] A. Bello, *op. cit.*, pág. 288.

[184] Cf. José A. Martínez, *op. cit.*, pág. 144.

[185] J. Alcina y J. M. Blecua, *op. cit.*, pág. 634.

No, no te enfades. *Aquí* mi cuñado no es mala persona, sólo que es hombre de pocas palabras.

4. Los «demostrativos impropios» se dividen claramente en dos grupos, los que presentan las marcas de género y número, en concreto, *tal*, *tanto* y *otro*, y el de los «adverbios pronominales», que formalmente son invariables. En concreto, *tal* es invariable en cuanto al género, pero presenta forma de plural; *tanto* y *otro* sí presentan las marcas habituales de género y número, como el nombre.

En singular, las formas variables tienen también género neutro, como el demostrativo. En el caso de *tal* se trata de un uso relativamente raro en el español moderno[186]:

Aunque veas que él no está dispuesto a pagar, yo de ti no haría *tal*.

Con *tanto*, en cambio, sí es mucho más frecuente, siempre como sustantivo[187]:

¿Por qué trabajas *tanto*?

Para el neutro, *tanto* tiene dos formas, una «plena» (*tanto*) y otra apocopada (*tan*), tal como ocurre, por ejemplo, con *muy* y *mucho*[188].

En cuanto a *otro*, para funcionar como neutro debe ir acompañado del artículo *lo*:

No estoy de acuerdo con esto sino con *lo otro*.

5. Todos los «demostrativos impropios» pueden funcionar como determinantes y como pronombres.

[186] S. Fernández Ramírez, *op. cit.*, pág. 137.

[187] Según Fernández Ramírez, *op. cit.*, pág. 140, *tanto* es capaz de aparecer como neutro tanto en función de sustantivo como de adjetivo. Como ejemplo de esta segunda posibilidad, este autor da la siguiente frase: *¡Tanto güeno!* (saludando) (Valle-Inclán, *Viva mi dueño*, I, VIII; OC, I, 1454). En nuestra opinión, *tanto* como neutro, sólo puede ser sustantivo.

[188] José A. Martínez, *op. cit.*, pág. 139. La forma plena funciona como complemento circunstancial, y la apocopada casi siempre ligada a la función de término terciario.

Así le ocurre a *tal*, aunque su función habitual es la de determinante:

Tal desgracia agrió su carácter.
Yo no diría *tal*.

La doble posibilidad funcional es más habitual en *tanto*:

¡En esa casa hay *tanta* alegría!
No vinieron *tantos* como esperábamos.

Algo parecido ocurre con *otro*:

No cuentes con él, pues tiene *otros* proyectos.
Me lo dijo el *otro*.

En el caso de los adverbios, con la preposición *de* constituyen un sintagma que puede funcionar como adyacente y como sustantivo:

El árbol de *allí* es un peral.
Los de *aquí* son más pobres que los de *allí*.

6. Todas estas unidades, salvo *tanto*[189], admiten el artículo, a diferencia de los demostrativos: *los tales, el otro, el de aquí, los de entonces*.

7. En cuanto a su uso sintagmático, las formas variables no poseen en exclusiva la posición prenuclear: *tales libros / los tales papeles / los libros tales*[190]; *tantos libros / otros tantos libros, otros edificios /*

[189] *Tanto* sólo puede llevar artículo en la forma fija *por (lo) tanto*.

[190] Según José A. Martínez, *op. cit.*, pág. 141, cuando *tal* precede al sustantivo, se asemeja a un demostrativo, y cuando lo sigue, equivale a *así*, y es más cualitativo.

los otros edificios.

8. No todos ellos pueden aparecer en posición posnuclear: *los libros tales*, **los amigos tantos, **los edificios otros*.

9. Las formas variables no admiten gradación como los demostrativos, por lo que son auténticos adjetivos determinativos. En cambio, algunas de las formas adverbiales sí admiten dicha gradación: *más cerca, tan lejos*.

10. Por último, como también le sucede al demostrativo, muchos de los «impropiamente demostrativos» pueden formar parte de un cierto número de locuciones y fórmulas fijas: *son tal para cual*; *en tanto que*; *andar de acá para allá*; *de ahí que*; *he ahí lo que*; *ahora hace un año*; *hasta ahora*; *así así*; *tanto es así que*; etc.

En suma, como vemos, salvo quizás *otro*, cuya deixis es más «peculiar», el resto de unidades tiene evidentemente rasgos más que suficientes para considerarlos como elementos plenamente deícticos. Incluso son capaces de expresar, con más o menos limitaciones, los mismos tipos de deixis que el demostrativo, por lo que en muchos contextos los encontraremos como competidores reales de éste.

Sin embargo, en el caso de *tal* y *tanto* su sentido propio no es el de meros índices señaladores, sino más bien el de marcadores de una cierta ponderación (de calidad y cantidad respectivamente) respecto al sustantivo al que acompañan o al que aluden. A diferencia del demostrativo propio, no tienen su mismo funcionamiento sintagmático y no poseen por sí mismos el valor de 'artículo', pues habitualmente admiten la compañía de tal transpositor (no en el caso de *tanto*).

Por último, en el caso de los «adverbios pronominales», el principal argumento para diferenciarlos —y descartar así su inclusión en el mismo paradigma que el demostrativo— es que son formas invariables pues carecen de las marcas de género y número que caracterizan al demostrativo. Asimismo, su propio paradigma no está completamente cerrado, pues según los autores se incluyen unas unidades u otras.

Por tanto, *otro* —que hemos descartado desde el primer momento pues ni siquiera lo vemos como un deíctico al uso—, *tal* y *tanto* deberían estudiarse dentro de la categoría de los indefinidos, en concreto, el último dentro de la de los «cuantificadores», pues al igual que los numerales expresan cantidad, aunque de un modo menos preciso[191], mientras que los adverbios pronominales, aun reconociendo sus especiales «dotes» para la deixis, deben seguir integrados dentro de esa categoría que tradicionalmente hemos llamado «adverbio».

2.3.4. El artículo y el demostrativo

Descartar como integrantes del paradigma del demostrativo a unidades lingüísticas como las vistas en el epígrafe anterior no nos ha exigido un gran esfuerzo en la búsqueda de argumentos. Estaba bien a las claras que lo único que las unía era una cierta coincidencia desde el punto de vista semántico y alguna que otra semejanza en el funcionamiento sintagmático, por ser miembros de la categoría de los adjetivos determinativos.

Sin embargo, en el caso del artículo, la cuestión es muchísimo más compleja, pues no en balde comparte con el demostrativo una comunidad de origen (el demostrativo de 3ª latino *ille*), aparecen en muchos contextos sintagmáticos como auténticos rivales, con un sentido muy parecido (como actualizadores e identificadores), e incluso, en muchas ocasiones, el hablante puede tener dudas más que razonables sobre cuál de los dos utilizar en función de determinante.

En las páginas que siguen vamos a estudiar los aspectos fundamentales del artículo como categoría lingüística, vamos a conocer algunas de las definiciones que de él se han dado, veremos brevemente su historia y evolución desde el latín hasta el momento en que se consolidó en su paradigma actual y, por último, estudiaremos sus valores principales, sobre todo, aquellos que más a menudo interfieren con los del demostrativo.

[191] E. Alarcos Llorach, *Gramática de la lengua española*, pág. 117.

La problemática del artículo es tal que incluso es difícil encontrar una definición de éste como categoría lingüística que sea aceptable para la mayoría de los autores. Son varios los intentos a este respecto que se han hecho a lo largo de la historia, algunos de los cuales han sido reunidos por A. López García en su trabajo «El artículo español y su hermenéutica», intentando al mismo tiempo conciliarlos todos ellos en una nueva tentativa de definición[192].

Por lo pronto, A. Bello lo consideraba un demostrativo debilitado y destacaba en él su relación con la deixis y con las personas del discurso.

F. Lázaro Carreter pone de relieve su incapacidad para actualizar nombres que no figuren en el contexto. Opone por su uso *el* a *un*, que no constituyen la misma clase funcional de signos, pues el primero sólo precede a nombres previamente actualizados, de modo que no pueden alternar en un mismo acto de discurso.

Para R. Lapesa, *un* y *el* sí forman sistema siendo ambos «actualizadores vacíos», diferenciándose en que el primero es no identificador y el segundo identificador.

S. Fernández Ramírez lo define únicamente como *término secundario*, insistiendo en que son tantas las semejanzas con el demostrativo que deben estudiarse los dos juntos.

---

[192] Cf. al respecto, A. López García, «El artículo español y su hermenéutica», en *Nuevos estudios de lingüística española*, Universidad de Murcia, 1990, págs. 35-58, en págs. 40-46. Los autores y obras cuya opinión recoge López García son: A. Bello, *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*, ed. crítica de R. Trujillo, Tenerife, 1981; F. Lázaro Carreter, «El problema del artículo en español», *Estudios de lingüística*, Crítica, Barcelona, 1980, págs. 27-61; R. Lapesa, «*Un, una* como artículo indefinido es español», *Dos estudios sobre la actualización del sustantivo en español*, BCPRAE, Madrid, 1976; S. Fernández Ramírez, *Gramática española. Los sonidos. El nombre y el pronombre*, Revista de Occidente, Madrid, 1951; A. Alonso, «Estilística y gramática del artículo en español», *Estudios lingüísticos. Temas españoles*, Gredos, Madrid, 1974, págs. 125-161; E. Alarcos, «El artículo en español», *Estudios de gramática funcional del español*, Gredos, Madrid, 1970, págs. 166-175; B. Pottier, *Introduction à l'étude linguistique de l'espagnol*, Ediciones Hispanoamericanas, París, 1972.

Para A. Alonso y E. Alarcos el artículo representa un *índice de sustantividad*.

Por último, B. Pottier opone los términos *un* / *el* basándose en la oposición *nombre clasificador* / *nombre identificador* de Alarcos. El sentido que opone *un* + sustantivo a *el* + sustantivo es generalidad (suma de individualidades) frente a particularidad.

¿Cuál de estas definiciones es la más aceptable? Para López García hay una serie de aspectos que deben figurar en una caracterización del artículo[193]:

1) En primer lugar, es cierto que el artículo nombra lo consabido del emisor y del receptor, «lo puesto, lo consecuente, lo concordante, lo sustantivo, lo individual».

2) Entre todas las funciones del artículo, la que permite explicar mejor todas sus tendencias funcionales es la del *tópico* / *comentario*: es decir, en una sucesión textual *un* + sustantivo marca el antecedente, es decir, el tópico, mientras *el* + sustantivo marca el comentario; y como el comentario es el que proporciona el mayor dinamismo comunicativo, es de esperar que el sintagma en el que se inserta *el* sea más dinámico que cuando aparece *un*.

3) De entre todas las posturas anteriores, para él las que mejor encarnan el comportamiento de la categoría 'artículo' en español son las de Lázaro Carreter y Lapesa, es decir, las que se basan en la oposición *tópico* / *comentario*; las que oponen *un* a *el* en el sentido de considerar que *un* es un elemento no identificador, mientras *el* sí identifica.

Por su parte, Mª. A. Álvarez Martínez, quien, siguiendo a Amado Alonso, sólo considera 'artículo' el tradicional artículo determinado, se decanta por considerarlo un simple morfema nominal por las razones siguientes[194]:

[193] A. López García, *loc. cit.*, págs. 50-51.

[194] Mª. A. Álvarez Martínez, *op. cit.*, págs. 63-103, en pág. 72.

1) No es un sintagma.

2) Es una unidad átona.

3) Necesita siempre del apoyo de otro elemento para poder aparecer.

4) No puede sustantivarse nunca.

5) No desempeña función sintáctica.

6) Es un mero transpositor de sintagmas que agota su función en la mera transposición.

7) Constituye un inventario limitado.

Respecto a su significado, Álvarez Martínez considera que su papel fundamental es el de presentar al sustantivo, a la noción que designa el sustantivo, como algo conocido. Por ello, su papel es el de «determinante», aunque no funciona como los llamados adjetivos determinativos.

A partir de lo dicho, y sin entrar en otras consideraciones, para nosotros, cuando hablamos de artículo nos referimos exclusivamente al artículo determinado —y así lo haremos en el apartado que le dedicamos a esta unidad lingüística—. Asimismo, creemos que su papel fundamental es el de actualizador e identificador del sustantivo al que acompaña, de manera que da por «consabida» la noción que el sustantivo designa. Por contra, los sintagmas nominales con *un* no identifican, sino que se limitan a presentar, a introducir en el discurso un sustantivo. Como unidad lingüística, el artículo se comporta a todos los efectos como un simple morfema nominal más, igual que el género o el número, y cuyo único «significado» es el de actualizador o «determinante» en el amplio sentido de la palabra.

Si difícil resulta dar una definición del artículo que reúna el suficiente consenso, no parece tan complejo, en cambio, comprender cuál ha sido el proceso histórico que llevó a su aparición.

Por lo pronto, si bien hubo una época en que algunos romanistas y latinistas quisieron demostrar a toda costa que en latín debió de existir un artículo, o al menos una forma precedente —los conocidos «articuloides» de Aebischer[195]—, a partir de ejemplos como *illud stertit volui dicere* o *illud volui dicere femur* de Plauto; o en textos vulgares, como el ejemplo de Petronio *porcus ille silvaticus*, en contra del buen sentido de Wackernagel, que casi en solitario mantenía la tesis de la inexistencia de artículo en la lengua latina[196], trabajos como el de R. Lapesa, «Del demostrativo al artículo»[197], han venido a demostrar que básicamente la aparición del artículo es un hecho ya romance. Lo único que sí hizo el latín, ya tardío y sin duda también vulgar, fue desarrollar de manera extraordinaria el empleo de *ille* e *ipse* como actualizadores del nombre, otorgando a la lengua latina un «nuevo estilo, totalmente diferente de la impersonalidad que lo caracterizaba»[198].

Respecto al origen del artículo, Cano Aguilar[199] concreta aún más. Para él, el valor del artículo surgió a partir del empleo de los demostrativos latinos que acompañaban a sustantivos ya mencionados o explicados en el texto. De ahí provendría el carácter «real» del sustantivo acompañado de artículo frente al carácter «virtual» del sustantivo sin artículo. Su presencia implica, por lo tanto, que el sustantivo —y lo que él designa— son algo «consabido» por el hablante y el oyente. Y su significado real es éste, el de mero actualizador. El artículo sería en suma un determinante «puro».

Es decir, históricamente, el punto de partida para la creación de un auténtico artículo, ya en etapa romance, lo puso el latín, al emplear el deíctico *ille* y el pronombre de identidad *ipse*, que también había adquirido potencialidades deícticas en la etapa tardía, como determinantes, como adyacentes del sustantivo al cual actualizan —sustantivo que debía haber sido mencionado o explicado previamente en el tex-

[195] P. Aebischer, «Contribution à la protohistoire des articles “ille” et “ipse” dans les langues romanes», *Cultura neolatina*, VIII (1948), págs. 181-203, en pág. 186.

[196] Cf. A. Fontán, *loc. cit.*, págs. 105-106.

[197] R. Lapesa, «Del demostrativo al artículo», *NRFH*, XV, 1961, págs. 23-44.

[198] M. Alvar y B. Pottier, *Morfología histórica del español*, Gredos, Madrid, 1987[1], pág. 111.

[199] R. Cano Aguilar, *El español a través de los tiempos*, Arco/Libro, Madrid, 1988, pág. 145.

to—, función ésta que implica una pérdida de su función señaladora y del acento[200]. Esto es importante para comprender cómo de la misma forma, *ille*, pudieron derivar de un lado, el artículo, y de otro el pronombre personal de 3ª: y es que, en el primer caso, deriva de las formas átonas, y en el segundo de las tónicas.

Por el artículo, la Romania se divide en dos grandes zonas: aquellas lenguas que lo derivaron de *ille* (la mayoría) y unas pocas que lo formaron a partir de *ipse* (básicamente dialectos catalanes, el sardo y el gascón antiguo). En la extensión de *ille* parece que pudo jugar un papel importante la escuela, según opinión de Aebischer[201].

En cuanto al castellano, su artículo proviene del acusativo latino *illu(m), illa(m), illu(d), illos, illas*, de donde salieron en primer lugar **el-lo, *el-la*, que al ir en posición proclítica perdieron su énfasis articulatorio (*elo, ela*). Salvo el masculino singular *elo*, el resto perdió también la vocal inicial, surgiendo así las formas que ya conocemos *la, lo, los, las*. Esta pérdida de la vocal inicial debe explicarse también por su uso proclítico[202].

Respecto al masculino singular, a veces se ha dicho que provendría del nominativo singular *ille*, para evitar la confusión que un *illum* originario habría producido con el neutro. Sin embargo, esto se contradice con lo que sucede en las otras lenguas peninsulares, donde formas como *lo* y *o*, masculinas singulares ambas, parecen confirmar que el masculino singular procede del acusativo, no del nominativo. Lo más

[200] R. Cano Aguilar, *op. cit.*, pág. 144.

[201] De la que se hacen eco M. Alvar y B. Pottier, *op. cit.*, pág. 112.

[202] Cf. S. Fernández Ramírez, *op. cit.*, pág. 141, y R. Penny, *Gramática histórica del español*, ed. esp. J. I. Pérez Pascual, Ariel, Barcelona, 1993, pág. 147. Este último explica muy claramente cómo pudo producirse la reducción de la forma bisílaba latina hasta dar nuestro artículo. Por lo pronto, la falta de acento permitió la elisión de la vocal inicial de los plurales (> *los, las*). Luego, la atonicidad de las formas de singular condujo a la pérdida de una u otra vocal: así, el masculino **elo* > *el* (a veces, *ell* ante vocal); el femenino *ela* se redujo a *la* (cuando la palabra siguiente comenzaba por consonante) y a *el* (cuando comenzaba por vocal), compitiendo a veces con *ell*. En el s. XVI, en las formas femeninas, *ell* se pierde y *el* sustituye a *la* sólo ante *á* tónica.

seguro es que del antiguo *elo*, por apócope y para diferenciarlo del neutro, surgiera nuestro actual *el*[203].

Por otro lado, *ela* adquiría la forma *el* ante sustantivo femenino que comenzara por *á* tónica[204]. El fenómeno ha perdurado hasta nuestros días: *el alma, el agua, el águila*, pero *la azada, la autovía*.

A lo largo del período medieval fueron frecuentes los casos de fusión de una preposición con el artículo, siendo los más habituales aquellos en que la preposición terminaba en vocal y el artículo era la forma masculina *el*: *al, del, contral*, etc. Otras contracciones como *enna, conno*, etc. fueron especialmente frecuentes y duraderas en ciertas áreas como la Montaña, Campó, Castilla del Norte, en suma, regiones laterales, y su persistencia debe explicarse como mero arcaísmo[205].

Esto significa que el paradigma de nuestro artículo ya estaba básicamente establecido a finales del período medieval, aun cuando las vacilaciones formales se seguirán produciendo aún algún tiempo más. Para el comienzo del Siglo de Oro podemos afirmar que tanto en su paradigma como en sus funciones el artículo español presentaba un aspecto semejante al actual[206].

Establecida brevemente su historia y evolución hasta dar el paradigma actual, es hora de detenerse a analizar los valores del artículo, en particular aquellos en los que puede coincidir y diferenciarse más

[203] Sobre esto cf. R. Cano Aguilar, *op. cit.*, págs. 144-145. Este autor se hace eco también aquí de otras opiniones que tratan de dar cuenta del origen de nuestro *el*: la posible existencia en el artículo de una declinación bicasual: *el(e)* < *ille* / *el(o)* < *illum*, que acabaría desapareciendo por no haberla en el sustantivo; o bien la posible creación a partir del neutro *illu(d)* de dos formas, un *el*, usado con los sustantivos neutros que pasaron a masculinos, y que acabaría identificándose con el masculino, y el *lo* neutro que todos conocemos. De todas formas, Cano Aguilar se inclina claramente por considerar al acusativo como el caso de origen y la forma *el* provendría del apócope del *elo* primitivo.

[204] Cf. M. Alvar y B. Pottier, *op. cit.*, pág. 113. Aunque, como hemos indicado en la n. 42, *el* en vez de *ela* se utilizó al principio ante palabra que comenzara por cualquier vocal.

[205] Cf. R. Cano Aguilar, *op. cit.*, pág. 145, y M. Alvar y B. Pottier, *op. cit.*, págs. 114-115.

[206] Cf. R. Penny, *ibid.*

claramente del demostrativo.

Álvarez Martínez[207] se dedica a analizar brevemente los valores del demostrativo y del artículo. De lo dicho por ella entresacamos la siguiente caracterización:

1) Ambos son identificadores, no clasificadores, del sustantivo al que acompañan, por ello es imprescindible que tal sustantivo haya sido presentado previamente de algún modo, bien porque haya aparecido en el contexto anterior, bien porque su presentación sea cosa del entorno físico o mental. Según esto, para que sintagmas como *el coche, este coche*, sean posibles, hablante e interlocutor deben tener la misma idea de a qué coche se alude, es decir, se ha tenido que producir una «presentación» previa de ese coche. Asimismo, si lo habitual es actualizar algo ya presentado, el valor fundamental de su referencia es anafórico.

2) Lo que realmente distingue a artículo de demostrativo es el carácter deíctico del segundo, es decir, la posibilidad de expresar la cercanía o lejanía respecto al que habla, posibilidad ésta que el artículo ha perdido. En efecto, si decimos: *La casa es verde*, el único matiz que se desprende del uso del artículo es que tal casa es algo que hablante e interlocutor conocemos, pero sin que sepamos si la casa en cuestión está ni más ni menos próxima al hablante o al interlocutor. Para expresar estos últimos matices tendremos que recurrir al demostrativo: *esta casa es verde* (proximidad al hablante)*; esa casa es verde* (proximidad al oyente)*; aquella casa es verde* (lejanía respecto a hablante y oyente).

3) Asimismo, artículo y demostrativo se diferencian, según esta autora, en que el primero es un simple morfema nominal, mientras el segundo es un sintagma que puede funcionar como adyacente e incluso como núcleo nominal sin necesidad alguna de transpositor.

[207] Mª. A. Álvarez Martínez, *op. cit.*, págs. 119-122. Asimismo, cuando esta autora estudia en págs. 122-130 el funcionamiento del demostrativo en la oración, se alude a menudo a las funciones sintácticas en las que demostrativo y artículo son intercambiables.

4) El artículo puede sustituir al demostrativo en casi cualquier contexto, cuando lo contrario es mucho más difícil. Esto significaría que en la oposición artículo / demostrativo, el primero sería el término no marcado y el segundo el marcado. Que artículo y demostrativo no son intercambiables en cualquier contexto se ve sobre todo cuando el sustantivo expresa un valor generalizador. En estos casos sólo es posible usar el artículo: *el hombre es muy contradictorio* (todos los hombres en general, la raza toda de los hombres, el género humano), pues con el demostrativo se aludiría a un ser concreto: *este hombre es muy contradictorio* (es un hombre en particular, no una mujer, ni un niño, ni otros hombres).

5) El artículo, en el momento actual de la lengua española, es incapaz de expresar la *deixis am phantasma*. Su papel es fundamentalmente anafórico, de modo que incluso cuando se alude a realidades extralingüísticas, su papel no es fórico, sino el de mero identificador. Así, si decimos *los coches chocaron de frente y se produjeron dos muertos*, según Álvarez Martínez, el artículo, aunque no se haya aludido en el discurso a qué coches nos estamos refiriendo, es decir, se trata de una alusión a un ser de la realidad extralingüística, se limita a identificar al sustantivo *coche*. Por contra el demostrativo siempre indica la deixis. Si decimos: *esos coches chocaron de frente*, estamos aludiendo a unos coches que estamos señalando o que han sido mencionados previamente en el discurso.

También presta atención a la relación entre el demostrativo y el artículo definido Manuel Leonetti[208]. Aunque este autor admite, como punto de partida, las semejanzas que el artículo y el demostrativo presentan en muchas lenguas, lo que más destaca son las diferencias que separan a estas dos clases de unidades lingüísticas, entre ellas:

1) El artículo indica que el referente debe ser identificable unívocamente, mientras que el demostrativo exige que el referente se pueda percibir en la situación de comunicación o que, al menos, se pueda recuperar a partir de una mención anterior en el discurso.

2) El rasgo anterior supone que el demostrativo es el elemento marcado frente al artículo definido,

[208] M. Leonetti, «El artículo», en I. Bosque y V. Demonte (eds.), *op. cit.*, págs. 787-890, en págs. 800-806.

pues, entre otras cosas, está sujeto a condiciones de uso más restringidas, pues indica una relación directa con la situación de enunciación. Por eso, casi siempre es posible sustituir un demostrativo por el artículo, pero no siempre al contrario.

2.1) Así, los demostrativos no se pueden emplear en contextos de anáfora asociativa: *Entró en el dormitorio. La / *Esa cama estaba intacta.*

2.2) Los demostrativos tampoco comparten con el artículo los usos basados en conocimientos específicos o generales y que no estén vinculados con la situación inmediata: *El ayuntamiento de Cercedilla debatió la moción de censura presentada contra su alcalde*, pero no, **este ayuntamiento de Cercedilla...*, a no ser en uso anafórico o en una situación de habla en la que se deja bien claro de qué ayuntamiento se trata.

2.3) Tampoco aparecen los demostrativos en usos introductorios de situación visible: *Este es el despacho del jefe*, pero no *este es *este despacho del jefe*. Aquí lo que sucede es que estamos ante una identificación: la construcción nominal *el despacho del jefe* aporta una información nueva, algo que no encaja bien en los esquemas de uso del demostrativo.

2.4) La primera mención que se hace de un objeto corresponde casi exclusivamente al artículo, difícilmente al demostrativo. En una frase como *no sabemos nada del contrato que ha firmado*, Leonetti admite que quizás, forzando algo la frase, se pueda admitir el demostrativo: *no sabemos nada de este contrato que ha firmado*. En cambio, el uso del demostrativo no sería posible en la frase: *Ha salido el número ocho* (pero no, *Ha salido *este número ocho*).

2.5) También es característico del artículo el uso genérico: *El hombre es un ser mortal*, en cambio, *este hombre es un ser mortal* pasa a designar a un hombre muy concreto. Esto no significa que no sean posibles los demostrativos en tal tipo de empleos, pero siempre bajo condiciones muy estrictas. Así, el demostrativo genérico debe estar ligado a un referente perceptible cuando se produce el enunciado: *¡Estos chicos son terribles!*, para quejarse del ruido que producen unos niños al jugar. Asimismo, la clase

denotada por un demostrativo genérico (que debe ir en plural) debe estar perfectamente especificada y delimitada para que constituya un conjunto totalmente homogéneo y carente de contrastes: *A su perro le mordió un jabalí en el bosque*; *Caramba, estos jabalíes son agresivos, ¿eh?*, en cambio, según Leonetti, no sería posible: *Caramba, estos animales son agresivos, ¿eh?*

2.6) En cuanto a la combinación de artículo y demostrativo con nombre propio, mientras la casuística a la que se debe atener el artículo es compleja, en el caso del demostrativo es irrelevante: cualquier forma del demostrativo puede acompañar a este tipo de sustantivos, sólo es cuestión estilística. Así es posible encontrar construcciones del tipo de *esta Vicky, ese López, aquella Juana*, donde se pueden introducir distintos matices estilísticos jugando con la expresión de cercanía o lejanía de denota este tipo de formas. Tales efectos son impensables con el artículo definido.

2.7) Por último, los demostrativos pueden introducir expresiones nominales designadoras ligadas a la existencia de un referente específico, no así el artículo. Esta propiedad lleva, por ejemplo, a que el artículo se pueda usar sin referencia a una entidad concreta, no así el demostrativo: *Se trata de elegir la que resulte más fotogénica*, pero no **esta que...*, asimismo, en situaciones de referencia múltiple sí es posible el artículo, pero no el demostrativo: *Todos levantaron la copa para brindar*, pero no **esta copa*.

En fin, y dejando de lado los casos en que artículo y demostrativo son intercambiables —a los que Leonetti también hace referencia—, concluye el autor diciendo que, a pesar del parentesco formal e histórico, las semánticas y las condiciones de uso son muy distintas, consistiendo la diferencia fundamental en el modo de presentar el referente.

Uno de los autores que más atención ha dedicado a estudiar los valores del artículo es Fernández Ramírez[209]. A la vez que recoge con todo detalle todos aquellos contextos en que aparece el artículo, menciona también aquellos en que se producen «interferencias» entre ambas unidades lingüísticas. A continuación enumeraremos cuáles son esos contextos en los que, en su opinión, concurren artículo y

[209] Cf. S. Fernández Ramírez, *op. cit.*, págs. 144-211.

demostrativo.

1) Por lo pronto, en sus formas concordantes (masculinas y femeninas), el artículo puede expresar en español la *deixis anafórica parcial*. En estos casos, el artículo puede llevar un término secundario o pronominal, así como un sintagma preposicional encabezado por *de* y una oración de relativo:

> Hay personas que no pasean jamás sino por *calles* céntricas. Hay otras que gustan de *las* excéntricas y solitarias. (P. Valdés, *Papeles del doctor Angélico*, 41)

> Hoy te presentaré al hijo de Marta, pero no *al* de María.
> Ayer vino *el* que menos te imaginas.

Pues bien, cuando va con oración de relativo, el artículo concordante suele sufrir la competencia del demostrativo *aquel*. Entre las razones que explican el empleo del demostrativo, se mencionan las siguientes:

1.1) El demostrativo se emplea a veces porque realiza al mismo tiempo un señalamiento extratextual:

> Salieron de la estancia con alegre murmullo, en un *grupo* casto y primaveral, como *aquel* que pintó Sandro Boticelli (Valle-Inclán, *Sonata de primavera*, OC, I, 224).

1.2) Por ciertos factores acentuales y rítmicos que él no concreta:

> Los riesgos más tristes, por ser los más insidiosos, nos llegan de nuestros semejantes, *de aquellos* que juzgamos nuestros amigos, nuestros hermanos (P. Valdés, *tristán*, V, 76).

1.3) A veces sería por razones de eufonía, para evitar la repetición del artículo:

> Y desde entonces Don Quijote y Sancho han seguido viviendo en las almas de los lectores del libro de Cervan-

tes y aun en *la* de *aquellos* que nunca lo han leído (Unamuno, *Ensayos*, V, 211).

1.4) En otras ocasiones, lo pertinente es el demostrativo, quedando excluido el artículo, sobre todo cuando el relativo se halla regido por preposición:

Aquel a quien falta calidad de poeta siempre la practicará mal (E. d'Ors, *El molino de viento*, 23).

2) Junto a la función primaria, es muy frecuente también el empleo del artículo en función de término secundario, en la que desaparece a menudo la deixis textual y se debilita, e incluso desaparece, la deixis directa y extratextual. En estos casos, Fernández Ramírez considera problemática la función del artículo y recalca que ya el artículo no es «tan necesario», por lo que puede omitirse o ser sustituido por otros «pronombres». Entre los contextos en que el artículo aparece como término secundario y puede haber concurrencia con el demostrativo, destacamos, la llamada «dimensión cualitativa», donde la lengua española emplea sobre todo *un*, el artículo se puede emplear, en la literatura, para aludir a tipos excepcionales, auténticos arquetipos:

La viuda era *la* mujer seria que prefiere que las cosas sucedan en silencio (Gómez de la Serna, *La viuda blanca y negra*, III, 32).

Este uso se puede considerar como una «reducción» del giro *uno de esos*, usado a menudo en la deixis evocativa[210].

En estos contextos cualitativos, es habitual encontrar también muchos casos en que están ausentes el artículo o el indefinido *un*. La ausencia de ambos —o del demostrativo— sirve para «desactualizar» al sustantivo, por lo que éste se presenta en su pura esencia[211]:

Como que él no había visto *cosa* mejor en su vida (J. Benavente, *La losa de los sueños*, I, 63).

[210] Cf. Fernández Ramírez, *op. cit.*, pág. 154.

[211] Cf. Fernández Ramírez, *ibid.*

3) Para Fernández Ramírez, uno de los contextos en los que el artículo parece mostrar todavía su fuerza señalativa originaria, procedente del demostrativo latino *ille*, es cuando va con preposición. Pues, además, los complementos preposicionales constituyen una de las posiciones que más resistencia mostraron a la penetración del artículo romance. La fuerza señalativa que el artículo conserva aún en estos contextos es lo que explica que a veces pueda concurrir en ellos con el demostrativo[212].

Los contextos más habituales en los que se emplea artículo con preposición son aquellos en que la relación espacial o temporal que se dibuja es más concreta. Así el artículo suele aparecer más a menudo con preposiciones de marcado carácter localista: *tras, detrás, junto a, encima, desde, debajo, hasta, sobre, dentro*; también con las «intencionales»: *a, por, para, contra* y con las instrumentales: *con*. En cambio, no llevan normalmente artículo —ni demostrativo— las preposiciones que introducen complementos de calidad, escasez, abundancia, privación, las que designan cambio de estado o de esencia, situación no definida: *con, de, en, sin, entre*, etc.:

Con preposiciones localistas:

Federico se vestía rápidamente *dentro de la* alcoba (R. Pérez de Ayala, *El ombligo del mundo*, 77).
Corría también Rosario con las faldas *por la* cabeza (Galdós, *Narváez*, VI, 64).

Con preposiciones intencionales o instrumentales:

y yo vengo *por las* sobras (Arniches, *Yo quiero*, I, 4)

Preposiciones con las que no suele aparecer el artículo:

un anciano *de* baja estatura (P. Valdés, *La novela de un novelista*, XVII, 133).
el primer político que ha visto *con* agudeza (A. Sánchez Rivero, *Meditaciones políticas*, 87).

[212] Cf. Fernández Ramírez, *op. cit.*, págs. 166-167.

La conclusión a este respecto, después de hacer un simple recuento a partir de unos artículos de Unamuno y de Gómez de la Serna, es que en español moderno predomina claramente el empleo de la preposición con artículo que sin él.

Pues bien, aunque Fernández Ramírez no lo ejemplifica expresamente, es fácil comprobar, mediante una simple sustitución, en los mismos ejemplos, que el demostrativo está presente —y ausente— casi en los mismos contextos que el artículo:

Federico se vestía rápidamente *dentro de esta* alcoba.
y yo vengo *por esas* sobras.

No es posible, en cambio, en el ejemplo: «Corría también Rosario con las faldas *por la* cabeza» / «*Corría también Rosario con las faldas *por esa* cabeza.»

En los ejemplos en los que carece de artículo tampoco cabría poner demostrativo.

4) En algunos tipos de prosa histórica y narrativa, Fernández Ramírez considera habitual emplear el nombre propio de persona con artículo después de una mención anterior del nombre. En este tipo de pasajes, a veces es intercambiable con el demostrativo:

Antes de que concluyera la frase, *el* Don Carlos voló (Galdós, *Misericordia*, I, 10).
Y *este* don Álvaro, sereno y valiente, lo primero que hace es adelantarse y exclamar:... (Azorín, *Rivas y Larra*, 33).

El artículo aparece también reproduciendo usos coloquiales:

—Pues, sí, señor, como le digo a usted: *el* Antoñito dará hoy en Madrid una tarde de toros fetén (A. D. Cañabate, *Historia de una taberna*, 40).

En estos casos, para este autor, el artículo funciona a menudo como un «pronombre evocativo», y

alterna a menudo con los demostrativos:

> Por supuesto. ¿Qué se podía esperar?... *Ese* García y toda su gente siempre fueron unos sablistas, unos aventureros (S. J. A. Quintero, *La casa de García*, I, 159).

5) La fórmula 'artículo + nombre + demostrativo', no siempre intercambiable con la fórmula mucho más frecuente 'demostrativo + nombre', se emplea a menudo con intención evocativa:

> debiera estudiar *el* callejeo *ese* de los Lazarillos y los Guzmanes de la actual villa y corte (Unamuno, *Ensayos*, III, 179).

Y en enunciados expresivos y exclamativos:

> ¡No es de Ernestina *el* guante *ese*! (S. J. A. Quintero, *Las de Abel,* II, 53).

6) Para Fernández Ramírez, el artículo neutro *lo* funciona siempre como término primario, unido a términos secundarios nominales, a términos subordinados introducidos por *de* y a oraciones de relativo introducidas por *que*, llevando a cabo en todos los casos una «mención inconceptual». En todos estos casos, salvo cuando *lo* acompaña a términos secundarios nominales puede aparecer también el demostrativo. De todas estas construcciones la más frecuente es con oración de relativo[213].

Cuando el pronombre relativo lleva preposición, *lo* es sustituido por *aquello*:

> No hace falta probar la existencia de *aquello de* que se tiene experiencia inmediata (Unamuno, *Ensayos*, V, 69).

Aunque esta sustitución se puede producir también fuera de estos contextos:

> Por lo pronto somos *aquello que* nuestro mundo nos invita a ser (Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*,

[213] Cf. S. Fernández Ramírez, *op. cit.*, págs. 201-202.

VII, 69).

Otras veces, el artículo neutro y el demostrativo neutro de 2ª alternan, rigiendo *de* + SN y oración de relativo, con valor evocativo:

Pensemos en *lo que* los egipcios llamaban el doble de cada ser (Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, X, 100).

Esta frase podría ser perfectamente intercambiable con *eso que*:

Pensemos en *eso que* los egipcios llamaban el doble de cada ser.

La conclusión que saca Fernández Ramírez de todo esto es que ante tantas «interferencias» entre artículo y demostrativo hay base más que suficiente para incluir al artículo dentro del sistema del demostrativo.

Sin embargo, para Fernández Ramírez, hay un dato que distingue claramente a artículo y demostrativo: los demostrativos que funcionan como sustantivos pueden actuar sin ninguna clase de términos secundarios, o de complementos preposicionales o de ampliaciones relativas. El artículo, en cambio, está privado de esta capacidad. Funciona siempre como término secundario o como término primario asociado con un nombre adjunto o con un complemento preposicional o relativo[214].

Otro autor que ha dedicado una gran atención a las diferencias que existen entre los sintagmas nominales con artículo y los que llevan demostrativo, en la lengua francesa, es Francis Corblin[215].

De partida, su estudio trata de distinguir qué opone a los sintagmas nominales indefinidos (con *un*), definidos (con el artículo) y con el demostrativo.

[214] Cf. S. Fernández Ramírez, *op. cit.*, págs. 209-210.

[215] Sobre todo esto, cf. F. Corblin, *Indéfini, défini et démonstratif*, págs. 243-247.

Por lo pronto, el indefinido se caracteriza por su independencia del contexto, y ello se debe a que, según Corblin, esta categoría lingüística es en sí misma una enumeración («dénombrement»), operación lingüística que por naturaleza no depende para nada del contexto.

Por contra, tanto el sintagma nominal definido como el demostrativo son dependientes del contexto, pues ambos están vinculados con la designación. Pero ambos plasman de manera diferente esta dependencia contextual. En el caso de los sintagmas nominales definidos, se dota de función designativa al contenido lingüístico del grupo nominal. El definido exige para ser interpretado de un espacio en el que su contenido pueda constituirse en un señalamiento singularizante. Y este espacio («domaine») lo delimitará expresamente el contexto de uso. Esto, se entiende, sucede tanto en la designación a referentes extratextuales, como cuando se repite, dentro de un texto, una mención próxima.

Por su parte, el demostrativo no impone un determinado principio de interpretación; él se constituye a sí mismo en designador desprovisto de cualquier principio específico para construir un «designatum», es decir, por lo tanto completamente dependiente de las condiciones externas de uso. Dicho de otra manera, y utilizando las mismas palabras de Corblin, «el designatum debe ser "heredado" del contexto de uso», y además ello impone que ese mismo designatum sea escogido por simple proximidad. Ello explica que el contenido lingüístico del grupo nominal tenga un papel meramente atributivo, de (re)clasificación, y no exactamente de identificador como sucede en el definido.

Las tesis de Corblin tienen importantes consecuencias, pues frente a las teorías tradicionales que consideran que el definido y el demostrativo vienen a ser como variantes el uno del otro, él los trata como dos designadores completamente diferentes. Como él mismo dice, lo que diferencia al sintagma nominal con demostrativo del sintagma nominal definido es el cambio en el estatuto lingüístico del contenido de sintagma nominal al que ambos complementan: con el demostrativo ese sintagma nominal tiene un mero carácter de «(re)clasificación» de un designatum que viene dado por el propio contexto, mientras que con el artículo, el contenido del grupo nominal es el principio mismo de la identificación. En suma, el demostrativo (re)clasifica lo que viene delimitado por el contexto más inmediato, mientras que el artículo, que depende menos de ese mismo contexto, se limita a identificarlo.

Uno de los usos en que más claramente se ve, según Corblin, el diferente funcionamiento del artículo y el demostrativo es en la anáfora. Partamos del siguiente par de ejemplos[216]:

El niño es estúpido.
Este niño es estúpido.

En el primer caso, *el niño* del que se habla es tomado en oposición a los demás individuos mencionados que no son el *niño*; mientras que en *este niño* el individuo mencionado se opone a otros *niños* posibles. Es decir, con el artículo *el* se asocia un campo de referencia dentro del cual entrarían una multiplicidad de individuos. El artículo lo que hace es oponer el individuo al que él se refiere —individuo que, por otra parte ya ha sido mencionado— a todos los demás posibles. Por su parte, *este* designa necesariamente a un individuo recientemente mencionado y lo clasifica como un individuo particular, dentro de la clase de individuos a la que él pertenece.

En palabras de Corblin[217],

> Le défini saisit l'individu en l'opposant aux autres éléments d'un ensemble; la mise en opposition a pour fonction d'*identifier* la source d'anaphore... En revanche, le démonstratif classifie l'individu comme un *N* particulier (opposé aux autres), et chaque occurrence de *ce N* constitue une nouvelle classification de l'individu comme un *N* particulier.

Siguiendo a Damourette et Pichon[218], Corblin atribuye al demostrativo un carácter presentativo, mientras que el artículo es identificativo. En un fragmento de texto como el siguiente de *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust:

---

[216] Sobre lo que sigue, cf. F. Corblin, *Les formes de reprise dans le discours*, págs. 50-55.

[217] F. Corblin, *ibid.*, pág. 53.

[218] En J. Damourette y E. Pichon, *Des mots à la pensée (essai de grammaire de la langue française*), ed. d'Artrey, París, 1911-1950.

> Mais errer ainsi dans les bois de Roussainville sans une paysanne à embrasser, c'était ne pas connaître de ces bois le trésor caché, la beauté profonde.

mediante el artículo se identifica, con ayuda del epíteto *de Roussainville*, de qué bosques se trata. Luego mediante el demostrativo (*ces bois*) se vuelve a localizar esos mismos bosques dentro del grupo de bosques posibles, y se clasifica este bosque concreto oponiéndolos a otros bosques según unas determinadas propiedades, *le trésor caché* y *la beauté profonde*.

El carácter presentativo del demostrativo parece derivar del hecho de que combina referencia y clasificación. Asimismo, el demostrativo, al volver a localizar dentro de un conjunto determinado un referente ya aislado por otros medios, lleva a cabo en realidad una repetición. Para Corblin, esta repetición es la que explica la dificultad para volver a incluir con facilidad un demostrativo dentro de una «cadena de referencia»[219].

Corblin dedica asimismo una atención importante a cómo se combinan el artículo y el demostrativo francés en las «cadenas de referencia» largas. El comportamiento de ambas unidades lingüísticas podría resumirse de la siguiente manera[220]:

1) En los textos reales, el definido es repetible y constituye el cuerpo central de las cadenas de referencia largas, el demostrativo es más raro. Es decir, en una de estas cadenas, el artículo crea una impresión de continuidad, mientra que el demostrativo está asociado más con la ruptura, con el cambio de punto de vista.

2) Es muy frecuente que el demostrativo aparezca en segundo lugar, después de una introducción con el indefinido.

---

[219] Recordamos que el concepto de «cadena de referencia» que usa Corblin, y que ya introducimos en el estudio de la anáfora (pág. 67), alude al conjunto de expresiones de un texto entre las que existe una identidad referencial, pues todas ellas aluden al mismo referente.

[220] Sobre lo que viene, cf. F. Corblin, *Les formes de reprise dans le discours*, págs. 67-73.

3) Cuando un texto menciona a lo largo de su desarrollo varios *N* dentro de una serie, *este N* es la forma utilizada para tomar al individuo en cuestión y diferenciarlo de los demás N mencionados.

4) El demostrativo es la forma utilizada para designar a un ser en un contexto en que hay que situarlo por comparación con los demás seres de su misma clase.

5) En resumen, el demostrativo no es la forma más apropiada para construir una «cadena larga», porque cada una de sus apariciones viene a suponer como una nueva introducción del objeto, por lo que se rompe la continuidad referencial que la cadena larga exige. El artículo, en cambio, para aislar a un individuo alude a un universo discursivo extenso. El artículo, por tanto, es signo inequívoco de que se permanece en un universo discursivo, por lo que supone un factor de cohesión, de «continuidad», necesario en este tipo de construcciones textuales.

Un último aspecto que suscita el problema de los valores del artículo es su uso como sustantivador, y en el que las opiniones de los gramáticos no son siempre coincidentes. Este problema lo traemos a colación porque al igual que el artículo, el demostrativo puede funcionar como transpositor, ya que por sí mismo conlleva el sentido de 'artículo':

Te he comprado un jersey rojo y otro azul. Creo que *el* rojo es el que más te favorece.
Te he comprado un jersey rojo y otro azul. Creo que *este* rojo es el que más te favorece.

Sagüés Subijana[221], como en otras muchas cuestiones, resume las opiniones sustentadas al respecto por nuestra tradición gramatical:

1) Para unos, los artículos son verdaderos sustantivadores y los adjetivos a ellos asociados pasarían a ser auténticos sustantivos, completando su significado propio con el de los sustantivos a los que están supliendo.

[221] Cf. M. Sagüés Subijana, *op. cit.*, págs. 153-156.

2) Para otros, el artículo es quien sustituye al sustantivo ausente, adquiriendo valor anafórico, pues alude a un antecedente anteriormente mencionado.

3) Caben también las posturas eclécticas, como la de Alcina y Blecua, quienes atribuyen al artículo la función anafórica y el ser soporte de los morfemas de género y de número. Estos dos valores se desarrollarían así: cuando el artículo acompaña a un adjetivo, entonces se desarrolla el valor anafórico (su potencialidad pronominal); pero cuando el término acompañado es otro tipo de palabra, entonces el artículo queda como mero portador de los morfemas de género y de número.

Junto a su capacidad para sustantivar palabras concretas, también puede sustantivar expresiones. Para Sagüés Subijana, éstas son sustantivaciones meramente sintácticas y no formales, y que en casos de este tipo es cuando realmente percibimos el problema de si el artículo es mero actualizador o si se comporta realmente como un demostrativo.

Respecto a la cuestión de las relaciones entre artículo y demostrativo y sus frecuentes interferencias, nuestra postura se resume en los puntos siguientes:

1. Artículo y demostrativo son ambos *designadores* y, como tales, muestran una gran dependencia de su contexto de uso. Lo que diferencia el modo de designar de ambos es que el artículo opone el *N* al que acompaña a todos los individuos mencionados que no son *N*, mientras que el demostrativo lo opone sólo a los de su misma clase. Este distinto modo de designar se debe a que el artículo es el *identificador* por excelencia, pues dentro de su sintagma nominal dota de función designativa al contenido lingüístico del grupo nominal. *El demostrativo, en cambio, es más contextual pues es un designador «vacío»,* que precisa completamente del contexto de uso más inmediato para construir su «designatum». Por eso su tarea consiste en presentar y (re)clasificar un individuo previamente identificado por el contexto dentro de la clase a la que pertenece.

2. De su modo de designar se desprende que *el demostrativo es más «deíctico»* que el artículo, pues es capaz de expresar la mayor o menor proximidad respecto al hablante, algo de lo que el artículo

está desprovisto.

3. La menor fuerza mostrativa del *artículo* hace que *su función habitual sea la anafórica*, aun cuando puede aludir también a entidades de la realidad extralingüística.

4. *El artículo es para nosotros un simple morfema nominal* más, incluso cuando aparece en forma neutra o cuando realiza una de sus principales funciones, la de la transposición, por eso no es correcto hablar del artículo como término primario o término secundario. En cambio, el demostrativo sí puede funcionar como adyacente nominal o como sustantivo.

5. Artículo y demostrativo son intercambiables en gran número de contextos, pero no en todos. De manera general podemos afirmar que el artículo, precisamente por su menor carga deíctica, entra en mayor número de contextos que el demostrativo, que por su mayor poder señalador, individualiza mucho más a su referente.

2.3.5. El demostrativo desde una perspectiva histórica[222]

En este repaso que estamos haciendo de todos los rasgos que presenta el demostrativo como categoría lingüística, es conveniente recordar, aunque sea brevemente, los pasos que dio hasta alcanzar el estado en que se encuentra ahora.

Es cuestión generalmente admitida que el demostrativo español —como muy probablemente todo el demostrativo romance— partió de un sistema deíctico latino vulgar básicamente tripartito o ternario[223], en

[222] Sobre la evolución del demostrativo desde época latina hasta que se conformó en su apariencia actual, remitimos a nuestro anterior estudio sobre el demostrativo, págs. 41-62 («El demostrativo en latín») y 63-76 («El sistema del demostrativo romance. Evolución del demostrativo en español medieval y clásico»).

[223] A este respecto, cf. J. J. Iso Echegoyen, *loc. cit.*, pág. 464, y M. Alvar y B. Pottier, *op. cit.*, págs. 103-104. No obstante, hay que reconocer que a lo largo de su historia, el demostrativo latino sufrió frecuentes vacilaciones en la lengua literaria, como demuestra el excelente trabajo de A. Fontán, *loc. cit.*, págs. 71-107, siendo la tendencia

cuyo mantenimiento debió desempeñar un papel importante la estructura también ternaria de los pronombres personales y del posesivo[224].

Asimismo, el sistema deíctico latino que sirvió de punto de partida para la formación del sistema deíctico romance ya había sufrido una notable transformación desde la época clásica a la época tardía. Los puntos principales de esta evolución fueron:

1. Desgaste de las formas monosilábicas, sobre todo *hic* e *is*, principalmente en el nominativo, pues el resto de los casos gozaba de mayor entidad fonética[225]. De estas dos formas, la primera que empezó a sufrir este proceso de deterioro fue *is*, pues al «desgaste» ya apuntado hay que unir la homofonía con *hic* —donde la *h*, muda, se mantenía por pura convención ortográfica—. Asimismo, el anafórico *is* vio cómo cada vez más sufría la usurpación de su función habitual por parte de los deícticos «puros» *hic*, *iste* e *ille*.

2. El hueco dejado por *is* pasó a ser ocupado por *hic*, quien para poder desempeñar las funciones

final, al parecer, la de la implantación de un sistema bipolar, con un demostrativo de 2ª persona *iste* sin apenas valor deíctico o mera variante funcional del pronombre de 1ª *hic*. Esta misma bipolaridad la ha detectado, para el latín bíblico, Fritz Abel, en su conocido trabajo *L'adjectif démostratif dans la langue de la Bible latine. Étude sur la formation des systèmes déictiques et de l'article défini des langues romanes*, Tesis Universidad de Tübingen, Niemeyer, 1971, quien sostiene, págs. 205-207, que la lengua de la Biblia latina utiliza un sistema deíctico bipolar, donde la expresión de la proximidad corresponde al par *hic* / *iste*, sin diferencia funcional apreciable, y la de la distancia a *ille*. Sus observaciones van incluso más allá. De un lado, los textos bíblicos, según él, no parecen mostrar la confusión general en los distintos usos del demostrativo que se preconiza tradicionalmente para explicar el surgimiento del sistema demostrativo romance, y, además, que la lengua latina bíblica tampoco parece mostrar ningún indicio de los sistemas demostrativos ternarios de ciertas lenguas romances.

[224] Cf. M. Alvar y B. Pottier, *op. cit.*, págs. 104-105.

[225] Sobre el progresivo «desgaste» de *is*, cf. sobre todo A. Fontán, *loc. cit.*, págs. 99 ss. El proceso de detecta ya con claridad en Séneca y tendrá su manifestación más clara en los autores del período tardío, con la conocida excepción de Vitrubio.

habituales del anafórico debió perder gran parte de su fuerza deíctica[226]. La consecuencia de este paso será una completa —y compleja— reestructuración del sistema deíctico latino.

3. Cuando *hic* deja de ser un deíctico, su espacio pasará a ser ocupado por *iste*[227], anterior demostrativo de 2ª persona, que en época clásica había visto cómo se mermaba su capacidad para el señalamiento puro en favor de otros valores como el de *desprecio*.

4. El desplazamiento de *iste* a la casilla funcional de *hic* originará un nuevo «hueco» que ahora ocupará *ipse*[228], forma que en clásico era un mero anafórico con fuerte valor identificador.

5. La desaparición del valor identificador de *ipse* en favor de un valor deíctico, llevó al latín a crear unos «sustitutos». El primero fue *ipsimus* y más tarde **metipse* y su superlativo **metipsimus*, procedentes de un falso corte: *egomet ipse* > *ego metipse*[229]. El otro identificador que tenía el latín, *idem*, fue simplemente eliminado al usurpar sus funciones de identificador de formas pronominales —personales y demostrativas— la forma *ipse*.

6. El demostrativo de 3ª persona, *ille*, a su vez sufrió varios cambios que tendrán notables consecuencias para el futuro: pérdida de su valor deíctico para convertirse en un mero determinante en sustitución de *is* —con el consiguiente cambio de sentido—; conversión en un auténtico pronombre de 3ª persona —del que había carecido la lengua latina— y creación de un auténtico *artículo* —no exactamente en latín, sino más bien en protorromance o en romance—. Es casi seguro que, antes de la división dialectal de la Romania, el latín reservó las formas tónicas de *ille* para la función pronominal y las átonas para la

[226] Cf. A. Ernout y F. Thomas, *Syntaxe Latine*, Klincksieck, París, 1989², pág. 190.

[227] Cf. A. Fontán, *loc. cit.*, págs. 102-103.

[228] Cf. por ejemplo, V. Väänänen, *Introducción al latín vulgar*, vers. esp. de M. Carrión, Gredos, Madrid, 1982⁴, págs. 194-195.

[229] Cf. V. Väänänen, *op. cit.*, pág. 198 ; I. Iordan y M. Manoliu, *Manual de Lingüística románica*, revisión, reelaboración parcial y notas por M. Alvar, 2 vols., Gredos, Madrid, 1980 (1ª reimpr.), en vol. I, pág. 302, y M. Alvar y B. Pottier, *op. cit.*, pág. 109.

función adjetiva. De las primeras derivaría el pronombre de 3ª persona y de las segundas el artículo[230].

7. El debilitamiento de *ille* obligó a la lengua latina a hacer uso de una forma reforzada *eccille* < *ecce* + *ille* —o bien **accu* + *ille*, que es preciso suponer para poder explicar el español *aquel*—, ya presente en la lengua desde la época arcaica.

8. La forma reforzada creada para cubrir la casilla funcional del desaparecido *ille* hizo que por analogía la lengua crease otras también reforzadas, junto a las simples ya existentes, que explican no sólo muchas de las formas del demostrativo romance, sino la existencia de un paradigma doble, de formas simples y formas reforzadas, en los primeros estadios de la evolución de las lenguas romances, que en la mayoría de los casos sufrieron a su vez un proceso de reducción y simplificación.

A raíz de estos cambios, el sistema deíctico latino de época tardía, previo a su paso a las lenguas romances quedó del siguiente modo:

DEMOSTRATIVOS

iste/ecciste o **accuiste*	*//ipse/eccipse* o **accuipse* //	*eccille* o **accuille*
(1ª pers.)	(2ª pers.)	(3ª pers.)

ANAFÓRICO

ille

PRONOMBRE ENFÁTICO

*ipsimus / *metipse / *metipsimus*

A partir de este sistema deíctico el español medieval configuró el siguiente paradigma para el de-

[230] Cf. J. J. Iso Echegoyen, *loc. cit.*, pág. 469 y E. Bouvier, «Le démonstratif latin *ille* et la formation de l'article défini des langues romanes», *CdL,* 21, II (1972), págs. 75-86, en págs. 78-81.

mostrativo[231]:

este - aqueste //	*ese - aquese //*	*él - aquel*
(1ª pers.)	(2ª pers.)	(3ª pers.)

Los rasgos principales del nuevo paradigma son los siguientes:

1. Se trata de un paradigma doble, constituido por formas simples y compuestas, que, si bien en algún momento pudieron tener alguna diferencia de sentido —las formas compuestas serían más «enfáticas» por el hecho de ir reforzadas por la partícula deíctica *ecce-* / **accu-* —, acabaron por no diferenciarse, lo cual favoreció la posterior simplificación y reducción del sistema[232]. La única diferencia funcional real que se produjo fue en la casilla del demostrativo de 3ª persona, donde las formas simples *él, ella, ello* perdieron cualquier valor deíctico y se usaron como pronombres personales de 3ª. Asimismo, de estas formas surgió el artículo *el, la, lo*, cuando el antiguo valor deíctico se debilitó tanto que se convirtió en un simple determinante.

2. El demostrativo español mantuvo básicamente la estructura ternaria que había heredado del latín vulgar de época tardía. Esto le hizo adoptar una personalidad propia muy marcada entre los sistemas deícticos de las lenguas romances, que en su mayoría se volvieron binarios —con la excepción del portugués, también ternario[233]—.

---

[231] Cf. M. Alvar y B. Pottier, *op. cit.*, pág. 108.

[232] Como ya pusimos de relieve en nuestro estudio anterior, pág. 70, en la evolución del demostrativo romance se produjo una curiosa coincidencia: las lenguas que mantuvieron el sistema deíctico ternario del latín conservaron así mismo las formas simples del demostrativo, mientras que las que pasaron a un sistema binario se quedaron con las formas demostrativas compuestas.

[233] Conforme con la idea señalada más arriba de que los sistemas deícticos están en continua evolución, algunas de las lenguas romances que hoy se consideran como binarias en su sistema deíctico fueron anteriormente ternarias. Así, el catalán mostraba en principio un paradigma demostrativo ternario, al menos en lo referente a la expresión locativa, constituido por *aquest / aqueix / aquell*. En la actualidad, en la mayor parte del dominio lingüístico catalán *aqueix* ha caído en desuso, quedando configurado un sistema bipolar *aquest / aquell* (cf. A. M. Badía Marga-

3. El demostrativo español, desde el punto de vista de la flexión, es como la mayoría de los demostrativos romances de una gran pobreza de formas si lo comparamos con los pronombres personales[234]. Por lo pronto, heredó del latín las marcas de género y de número. En el género conservó el neutro, a diferencia del sustantivo que lo perdió. Asimismo, mantuvo la doble posibilidad funcional de aparecer como adjetivo o sustantivo, sin cambiar por ello de forma[235]. Por último, otra herencia funcional del latín fue la posibilidad de que las mismas formas desempeñaran la función deíctica y la anafórica.

4. Respecto al origen de las formas de este paradigma, tras la reducción y desaparición de los casos de la declinación latina —de modo que llegó a quedar un único caso, el acusativo—, creemos que todas ellas, incluidas las del masculino en *-e*, provienen del acusativo latino, y no del nominativo como normalmente se dice[236].

---

rit, *Gramática catalana*, 2 vols., Gredos, Madrid, 1975 (reimpr.), en vol. I, pág. 216). Algo parecido ocurrió en italiano común, donde frente a la serie primitiva *questo* / *codesto* (*cotesto*) / *quello*, actualmente ha quedado operativa únicamente la serie *questo* / *quello*; sólo en florentino la forma *codesto* (*cotesto*) sigue estando operativa para indicar todo lo referente al oyente (cf. Laura Vanelli, *op. cit.*, pág. 86).

[234] Entre las lenguas romances, no obstante, se mantienen algunas formas demostrativas herederas de la antigua flexión casual latina. Por lo pronto, en rumano se conservan dos casos: un caso sujeto (*acest om*) y otro de genitivo dativo (*acestui om*). En italiano, hay ciertas formas herederas del genitivo-dativo latino que se emplean en la lengua hablada con matiz peyorativo: *colei vi ha dato un schiaffo?* (cf. I. Iordan y M. Manoliu, *op. cit.*, en vol. I, pág. 305).

[235] No sucedió así en francés, donde las formas herederas de *ille* se especializaron en la función sustantiva (*celui*) y las de *iste* en la de adjetivo (*cet, cette*) (cf. I. Iordan y M. Manoliu, *op. cit.*, en vol. I, pág. 303).

[236] La opinión tradicional considera que, si bien el femenino y el neutro (así como todo el plural) provienen del acusativo, el masculino singular en *-e* debe de proceder del nominativo singular latino, para evitar confundirse con el neutro, pues todos los demostrativos pueden tener función sustantiva (cf. por ejemplo, Rafael Cano Aguilar, *op. cit.*, pág. 143, y S. Fernández Ramírez, *op. cit.*, págs. 96-97). Nosotros, que en lo básico seguimos la opinión de M. Alvar y B. Pottier (*op. cit.*, pág. 106) y Ralph Penny (*op. cit.*, pág. 146), creemos que lo lógico es que si las formas femeninas y neutras provienen del acusativo, las masculinas deben de provenir también del mismo caso. La anomalía de la *-e* final del masculino singular puede explicarse por el fenómeno del apócope, tan extendido en nuestra lengua medieval durante los ss. XI y XII. Tras perderse la vocal final del masculino singular (sin duda, primitivamente *-o*, derivada del acusativo latino en *-um*) habría surgido el siguiente paradigma: *est, esta, esto*. La regresión del fenó-

5. El demostrativo de segunda persona *ese* junto a su recién adquirido valor deíctico, conservó el antiguo valor identificador del *ipse* latino, valor que aún hoy sigue conservando[237].

6. El demostrativo español —como el romance— tendió a eliminar del paradigma del demostrativo las unidades enfáticas o de identidad del tipo de *mismo*, forma que surgió en romance por la identidad de valores que ya se produjo en latín entre *idem* e *ipse*[238].

Este sistema, a pesar de la abundancia de formas sin aparentes diferencias de sentido, se mantuvo prácticamente estable durante todo el período medieval. No obstante, ya desde finales del medievo se registra en su uso un notable predominio de las formas simples sobre las compuestas en los demostrativos de 1ª y 2ª persona, mientras que en el de 3ª la única forma que se registra con valor deíctico es la

---

meno del apócope, entre finales del s. XII y comienzos del XIII, hizo que muchos de los sustantivos y adjetivos que habían perdido su vocal final acabaran recuperándola. En el caso del demostrativo masculino, esta vocal ya no podía ser *-o* pues se habría producido una inevitable confusión con el neutro; tampoco se habría podido restituir una *-i* ni una *-u* por ser inaceptables para el sistema de la lengua; tampoco se habría podido tomar una *-a*, ya perteneciente al femenino. En fin, la única forma posible que quedaba era *-e* (el final consonántico *-st* tampoco hubiera sido aceptable para el sistema de la lengua).

[237] La conservación de *ipse* con valor deíctico —aun cuando era un antiguo pronombre enfático— es uno de los rasgos más peculiares del español —y del portugués— frente al resto de las lenguas romances. Esta peculiaridad exclusiva de las dos lenguas iberorromances se puede explicar quizás por la prevalencia que *ipse* tuvo ya en el latín peninsular, donde se le empleaba a menudo en sustitución de *is*, *ille* e *hic*, como ha demostrado J. Carnoy, *Le Latin d'Espagne d'après les inscriptions*, George Olms, Hildesheim, 1983, pág. 247. En otras lenguas, la suerte de *ipse* fue muy diversa. Por lo pronto, en algunas como el sardo y en ciertos dialectos del catalán (en concreto, en mallorquín y en catalán *salat* (variedad propia de las costas de Gerona)) dio origen al artículo —con las formas *es, sa, es* y *ses*— (cf. M. Alvar y B. Pottier, *op. cit.*, págs. 111-112 y A. M. Badía Margarit, *op. cit.*, I, pág. 156). Por último, en lenguas como el italiano, el derivado de *ipse*, *esso, essa*, funciona modernamente como pronombre personal de 3ª (cf. J. Corominas, *Diccionario crítico-etimológico*, 4 vols., Gredos, Madrid, 1974 (reimpr.), en vol. II, págs. 372-373, s. v. *ese*).

[238] Cf. I. Iordan y M. Manoliu, *op. cit.*, en vol. I, pág. 306, y E. Alarcos, *op. cit.*, pág. 127.

compuesta —la simple ha pasado a ser ya un pronombre personal de 3ª—[239].

Durante el Siglo de Oro, tal vez hasta comienzos del s. XVII, parece que se mantuvo el doble paradigma, al menos en la lengua escrita, pues Nebrija en su *Gramática* aún sigue enumerando la doble serie de formas, aunque otros testimonios apuntan a que la situación puede que fuera algo más confusa[240]. Asimismo, en la literatura el uso de las formas compuestas parece que se explica por razones de énfasis, sobre todo en la prosa de alto estilo, y como marca de arcaísmo en ciertos géneros poéticos[241].

A pesar de la resistencia de las formas compuestas a desaparecer, todo apunta a que en el s. XVII el paradigma de nuestro demostrativo estaba ya completamente configurado, tal como hoy lo conocemos[242]. El resultado final de este largo proceso de evolución fue la creación de un paradigma de unidades lingüísticas con evidente personalidad propia dentro de las lenguas romances, cuyas marcas distintivas más destacadas son:

1. Sistema ternario.

2. Conservación de las formas simples en los demostrativos de 1ª y 2ª persona y de una forma compuesta en el de 3ª.

3. Conservación del enfático *ipse* con valor demostrativo —cuando la tendencia general fue su eliminación o su empleo en otras funciones—, de forma que su heredero moderno, *ese*, sigue manteniendo el primitivo valor de identificación.

---

[239] Cf. Vidal Lamíquiz, *loc. cit.*, pág. 175.

[240] E. A. de Nebrija, *Gramática de la lengua castellana* (ed. crítica por A. Quilis), Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1992, cap. VIII, «Del Pronombre», pág. 109. Sobre lo poco clara que estaba la situación en los ss. XVI y XVII, cf. M. Alvar y B. Pottier, *op. cit.*, pág. 108.

[241] Cf. Vidal Lamíquiz, *loc. cit.*, págs. 176-177 y J. Corominas, *op. cit.*, en vol. II, pág. 424, s.v. *este II*.

[242] Cf. al respecto nuestro estudio anterior, pág. 76.

4. Posibilidad de que las mismas unidades puedan desempeñar la función adjetiva y sustantiva sin sufrir por ello cambio alguno de forma.

2.3.6. Sobre las funciones del demostrativo español

Retomando lo dicho en el epígrafe 2.3. de este capítulo, partimos del hecho de que el sistema deíctico español —y también nuestro demostrativo— es en última instancia bidimensional, pues responde a una organización del campo mostrativo en dos dominios fundamentales, el del *yo* y el del *no-yo*. Pero, aunque bidimensional, se estructura a partir de tres miembros, es por tanto un sistema ternario (o «trifásico»), pues junto a las zonas extremas (las del hablante y las del no-hablante) distingue una zona intermedia, no marcada, que se suele asociar con el interlocutor, pero que en realidad puede funcionar en muchas ocasiones como variante funcional de las otras dos.

En las conclusiones recogidas en ese epígrafe dejamos sentado también que no había un criterio único a la hora de delimitar tales zonas, pues nuestra lengua era extraordinariamente flexible en este punto, dejando a la voluntad exclusiva del hablante —por influjo también del contexto de uso— la fijación del principio que opondría las diversas divisiones del campo mostrativo. Así, se podría marcar tanto la mayor o menor proximidad respecto a cada una de las personas del discurso —rasgo inherente a los sistemas ternarios— como fijarse en el criterio de distancia respecto al hablante —por lo que resultarían las dos zonas en que primeramente se estructura el campo mostrativo—.

Esta flexibilidad es la que nos permite hacer compatibles la conciencia que tiene la mayoría de nuestros gramáticos de que nuestro demostrativo sigue siendo ternario, y los múltiples datos extraídos de la lengua real, hablada y escrita, que apuntan en otra dirección: la reducción a dos de los términos de nuestro sistema deíctico: *este* / *aquel*, pasando *ese* a convertirse en una simple variante combinatoria de los otros dos, después de haber sido despojado, supuestamente, de sus capacidades deícticas.

Hemos dicho también que la fijación de los criterios que oponen las diversas zonas en que estructuramos el campo mostrativo queda sometida a la exclusiva voluntad del hablante. Esto implica que los

límites entre ámbitos referenciales nunca serán fijos, ni siquiera claros, pues son ante todo subjetivos, pero que dichos límites existen. La consecuencia más palpable de esta ambigüedad, de este subjetivismo la notaremos en la multiplicidad de usos que asumen nuestros demostrativos, muchos de ellos no precisamente «deícticos». Incluso se dará la paradoja, no siempre bien comprendida por algunos gramáticos, de que estructuremos un sistema según el criterio del «señalamiento» locativo, y después comprobemos en la realidad fría de los datos que ese tipo de señalamiento no es precisamente el valor más frecuente en los recuentos de los *corpora* textuales.

Por supuesto, la organización que en cada momento se haga de nuestro sistema deíctico afectará al modo como se organicen no sólo el espacio y el tiempo, sino también el campo «nocional», campo este último de una enorme importancia, pues en él se inscriben, por ejemplo, los usos expresivos o estilísticos del demostrativo.

Como dejamos dicho en el punto 7º de nuestras conclusiones, al final del capítulo anterior, creemos que en el espacio la organización puede ser doble: bipartita —lo que cae en la esfera del hablante y lo que queda fuera de ella— y tripartita —la tradicional división en lo que concierne, interesa o está cerca del hablante, lo que cae dentro del ámbito del interlocutor y lo que queda fuera y alejado de ambos ámbitos—, aunque, como ya hicimos notar entonces, creemos que la lengua española suele optar casi siempre por la estructura ternaria cuando de la situación espacial se trata. En el tiempo sólo contemplamos dos zonas: la del presente del *yo* hablante y la del *no-presente*. Por último, en el ámbito nocional, los valores expresivos se organizarían también en dos zonas, la expresión de la proximidad afectiva al que habla y el alejamiento afectivo, una de cuyas más habituales manifestaciones son los valores de desprecio. Otro de los valores expresivos es el evocador, que sin duda hay que entender también como una forma de «alejamiento».

Fijados los presupuestos teóricos mínimos que delimitan la estructuración de nuestro demostrativo, es hora de ver qué funciones asumen estas unidades de acuerdo con dicha estructura. Pero antes de exponer nuestras ideas al respecto, veamos qué funciones atribuye nuestra tradición gramatical a esta categoría lingüística.

Andrés Bello[243], que cree que el demostrativo se organiza según el criterio de la proximidad respecto a las personas gramaticales, señala como valores del demostrativo, principalmente: la mostración directa hacia cosas reales, la mostración en el tiempo —donde *este* señala lo presente y *aquel* lo pasado y lo futuro—, el valor anafórico o mención a lo que se acaba de decir —donde *este* es utilizado por el hablante para aludir a lo que él mismo acaba de decir; *ese*, cuando se alude a lo que acaba de decir el interlocutor, y *aquel*, cuando se alude a algo que se mira con cierta distancia—.

De otro lado, se recuerda que cuando no estamos en un diálogo real, es decir, cuando no tenemos delante una persona determinada (por ejemplo, al escribir), *este* sirve para reproducir lo que acaba de decirse; *aquel*, algo comparativamente lejano, y *ese* sirve para aludir a las ideas que el escritor supone en el lector.

Si se trata de reproducir dos ideas que se acaban de comunicar, se utilizan habitualmente *este* y *aquel*: *este* para la idea más reciente y *aquel* para la más alejada. No obstante, y ésta es una curiosa salvedad, a veces, en estas circunstancias, se puede emplear *este* y *ese* sin diferencias reales de sentido. Añade también un ejemplo de Lope de Vega para demostrar que a veces los poetas utilizan *aquel* para aludir a lo último mencionado y *este* a lo primero.

Respecto a *ese*, alude al valor de identificador (con el sentido de *mismo*) recuperando así el valor original del *ipse* latino.

Asimismo, para él la nota de desprecio que aporta *ese* también sería una herencia del latín.

Sagüés Subijana[244], que resume en tres las teorías desarrolladas respecto al criterio seguido para organizar el sistema de los demostrativos, sólo menciona muy de pasada su papel como señalizador espacial y temporal —en relación con la teoría que afirma que el demostrativo indica la proximidad res-

[243] A. Bello, *op. cit.*, págs. 244-247.

[244] M. Sagüés Subijana, *op. cit.*, págs. 121-122.

pecto a las tres personas del discurso— y su valor anafórico y catafórico —en aquellos que entienden que el demostrativo señala dentro del hilo del discurso—.

Alcina y Blecua[245], que tienen el acierto de reconocer la posibilidad de un variado repertorio señalativo (fruto de la capacidad del demostrativo para reestructurar su esquema básico de tres campos), ponen de relieve el hecho de que cuando el campo mostrativo se estructura en dos, *este* queda para la mención directa, mientras *ese* / *aquel* expresan lo ajeno a los dos hablantes y lo más alejado del momento actual en que se habla. Luego, cuando el campo referencial se reduce al discurso mismo, *este* / *ese* quedarían para la mención inmediata, y *aquel* para la mediata. *Ese*, por su parte, se usaría para referir al interlocutor.

En sus explicaciones asignan un lugar importante al neutro, que serviría para aludir a una enumeración, a una frase completa o a toda una situación deducible a partir del contexto. Dentro del neutro destacan el papel de *eso*, del cual dicen que facilita enormemente la comunicación y da lugar a gran número de fórmulas como *eso sí, eso no, en eso, y eso, por eso*, etc., pero sin explicar realmente porqué esta «economía» comunicativa la lleva a cabo *eso* y no *esto* o *aquello*.

Como «otros valores de los demostrativos» señalan:

1) La facultad del demostrativo de 1ª persona para poner de relieve y aproximar al sustantivo al que se alude.

2) La fuerza enfática de la mención catafórica, pues con el demostrativo el hablante anticipa lo que de hecho podría haber expresado de otra manera.

3) El valor despectivo de *este* y *ese* cuando van pospuestos al nombre.

[245] Alcina y Blecua, *op. cit.*, págs. 621-626.

4) El uso del demostrativo de 3ª para evocar el pasado en frases en pasado, y a su aproximación a la mostración adverbial —coincidencia con la locución *de marras*— cuando va pospuesto:

> Al llegar a Robacío, vi que me esperaba en la branuca contigua a la portalada de *marras* toda la familia de la casona *aquella* (Pereda, *Peñas Arriba*, 195).

Mª. A. Álvarez Martínez, en su estudio sobre el demostrativo[246], se concentra sobre todo en aspectos paradigmáticos y sintagmáticos de estas unidades. Sólo de vez en cuando emerge alguna indicación acerca de sus funciones. Por lo pronto, reconoce con Bühler que el demostrativo es el mejor índice para expresar la deixis *ad oculos*, la anáfora y la deixis *am phantasma*, delimitando tres zonas en la que entrarían los pronombres personales y los adverbios de lugar. Se alude también al papel de «comodín» de *eso* en español, muy útil cuando no se quiere o no se puede mencionar algo concreto, siendo frecuente en frases hechas con claro valor enfático: *eso sí, eso no, eso sí que no*. Se alude también al valor anafórico y catafórico del neutro *esto*, menos frecuente que *eso*, y se menciona el valor explicativo del giro *esto es*. Frente a *esto* y *eso*, *aquello* es de uso menos frecuente e incluso limitado a ciertos empleos dialectales.

Otras funciones menores mencionadas son:

1) El «*este* de relleno», característico de ciertas zonas de Hispanoamérica, que el hablante utiliza cuando no sabe qué decir, y que equivale al *esto* o *pues* de la Península.

2) El uso intensificativo de *ese* en el giro *un* + sustantivo + *de* + *ese* + adjetivo, con otra variante en la que el demostrativo va seguido de una oración introducida por *que* relativo.

3) El *ese* utilizado para preguntar por la salud o para invitar al saludo.

---

[246] Mª A. Álvarez Martínez, *op. cit.*, págs. 105-133.

Alarcos[247], por su lado, quien parte de la consideración de los demostrativos como los determinativos por excelencia, menciona entre otros los siguientes valores:

1) La incapacidad del demostrativo para diferenciar entre clasificación e identificación por llevar incorporado el valor 'artículo'.

2) El valor enfático o afectivo que conlleva —y no solo despreciativo— cuando se le pospone.

3) El valor semántico fundamental del demostrativo es el señalamiento a las tres personas del discurso, situando lo referido en el espacio o en el tiempo, en situaciones reales, contextuales o mentales. Sin embargo, se admite una nueva posible estructura en la que *este* señalaría al ámbito del yo y del tú, mientras que *ese* y *aquel* quedarían para indicar una mayor o menor distancia respecto de los interlocutores.

4) La atribución a la ocultación por modestia del uso de *este* en lugar de *yo*.

5) Cuando el marco referencial es el tiempo, lo cercano se opone a lo alejado mediante las unidades extremas *este* y *aquel*, quedando *ese* como término neutralizado o indiferente.

P. Charaudeau[248] formula una interesante hipótesis acerca del reparto de funciones del demostrativo español. Sus ideas fundamentales pueden resumirse así:

1) *Este* expresa en el dominio espacial «entorno» (*environnement*) ligado al sujeto hablante; en el tiempo, «co-temporalidad» con el sujeto hablante; y en el terreno nocional, «visión precisa» del sujeto hablante. Es decir, *este* expresa un proceso de «asociación» entre el objeto mostrado y el sujeto hablante.

[247] E. Alarcos, *Gramática de la lengua española*, págs. 88-92.

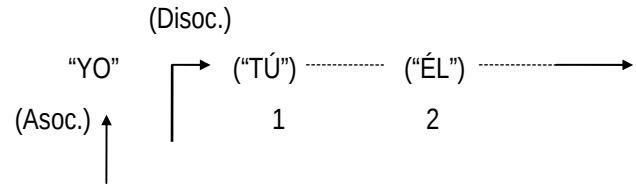
[248] P. Charaudeau, *Cours de linguistique. Description sémantique de quelques systèmes grammaticaux de l'espagnol actuel*, Centre de Documentation Universitaire (CDU), París, 1970, págs. 52-53.

2) Por contra, el par *ese* / *aquel* expresan un proceso de «disociación» entre el objeto mostrado y el sujeto hablante, en donde *ese* representaría un primer grado de disociación y *aquel* un segundo grado.

3) De este modo, *este* y *aquel* se sitúan en los extremos opuestos y con una visión contraria (*asociación* frente a *disociación*). A *ese* le corresponde un papel de «bisagra» (*charnière*) entre las dos visiones más opuestas, sirviendo así para poner de relieve el ser o entidad de la que se trate.

4) Uno de los puntos fundamentales en las tesis de Charaudeau es que el «hecho de situar» puede acompañarse de la intención de poner de relieve algo, es decir, puede expresar *insistencia*. Para él existen dos procedimientos o formas de expresar la insistencia: insistencia *sin desplazamiento* de la visión deíctica con *mismo: este - este mismo / aquel - aquel mismo*; insistencia *con desplazamiento* de la visión deíctica por medio de *ese*: *este - ese* / *aquel - ese*.

5) Charaudeau concluye su estudio con el siguiente cuadro-resumen que ilustra su modo de concebir la estructura del demostrativo español:



ESTE		AQUEL	
	ESE		no Insistencia
MISMO	(mismo)	MISMO	Insistencia

Aunque pueda parecer que el autor se limita a relacionar los demostrativos con los pronombres personales como se hace tradicionalmente, según él mismo nos aclara, no es así. Para él, sólo *este* tiene relación directa con el "yo", mientras que *este* y *aquel* no presentan relación directa con "tú" y "él". Además, ambos están disociados del "yo", siendo éste el único punto de referencia.

Vidal Lamíquiz[249], que parte de la existencia de tres zonas basadas en el criterio de proximidad respecto a las tres personas gramaticales, organiza los valores del demostrativo en los siguientes campos: «mostración de presencia», «mostración de ausencia», «mostración de la fantasía», «mostración temporal» y «valores estilísticos del demostrativo», que a su vez se divide en «la expresión de la afectividad», «la aproximación afectiva», «el alejamiento de desprecio», «el desprecio con forma neutra», «el demostrativo evocador» y «las locuciones demostrativas». En su estructuración del demostrativo, Lamíquiz incluye siempre el doble criterio de *no identificación* / *identificación*. En su estudio trata de vincular expresamente los valores del demostrativo con las tres zonas que, según él, se delimitan en nuestra lengua.

El esquema propuesto quedaría del siguiente modo:

1) Mostración de presencia:

sin identificación	con identificación
este — zona del yo	*este mismo* — zona del yo
ese — zona del tú	*ese mismo* — zona del tú
aquel — zona del él	*aquel mismo* — zona del él

Advierte Lamíquiz que *ese* no siempre tiene valor identificativo y que las formas con identificación en este tipo de monstración no son excesivamente habituales.

2) Mostración de ausencia: En ella no hay referencia personal, y con esta denominación se alude a la tradicional anáfora, que para Lamíquiz es una cuestión de «referencia numeral»: *singular*, cuando se designa un solo elemento; *dual*, dos elementos, y *plural*, tres o más elementos. El esquema que él propone es el siguiente:

[249] V. Lamíquiz, «El demostrativo en español y en francés», págs. 182-202.

anáfora singular		anáfora dual		anáfora plural	
sin ident.	con ident.	sin ident.	con ident.	sin ident.	con ident.
este	*ese*	*este/aquel*	*este mismo/ aquel mismo*	*este, aquel, el otro*	*este mismo, aquel mismo*

Para él, en la anáfora dual, *este* señala lo mencionado en segundo lugar y *aquel* lo primero. En la anáfora plural, a *este* y *aquel* se añaden otras formas como *el otro*, *el de más allá*. En este último tipo de anáfora las formas con identificación son raras.

3) Mostración de la fantasía: Se trata de una combinación de las dos anteriores.

4) Mostración temporal: Lamíquiz considera el pasado como anafórico y el futuro como catafórico, mientras que el presente es deíctico *ad oculos*, y reconoce que en la distribución de las formas del demostrativo se delimitan dos zonas, la del presente frente a las del pasado y futuro. El esquema resultante es el siguiente:

presente		pasado / futuro	
sin ident.	con ident.	sin ident.	con ident.
este	*este mismo*	*aquel*	*ese*

5) Valor estilístico: Corresponde más a usos expresivos o enfáticos que a usos estéticos del demostrativo. Dentro del campo expresivo es posible encontrar valores diversos como:

5.1) La «aproximación afectiva», mediante la que acercamos subjetivamente lo que nos interesa, por lo que el demostrativo de 1ª persona *este* será el utilizado en esta función.

5.2) El «alejamiento de desprecio», por oposición al anterior, alejamos de nosotros lo que nos disgusta, correspondiendo esta función al demostrativo de 2ª persona *ese*. El desprecio se incrementa cuando nos servimos de una forma neutra para referirnos a una persona, dado que, como explica Lamí-

quiz, el neutro no sirve en principio para aludir a personas.

5.3) El «demostrativo evocador», que él relaciona con la capacidad señaladora del demostrativo y que serviría para poner de relieve un sustantivo en su contexto. Este valor de realce, Lamíquiz no lo adscribe en exclusiva a ninguna forma del demostrativo, aun cuando en los ejemplos que da aparecen *este* y *aquel*.

5.4) Las «locuciones demostrativas», basadas en formas neutras, sobre todo *eso*, que se han convertido en la lengua coloquial en auténticas frases hechas y en útiles gramaticales. Lamíquiz explica el dominio de *eso* en este tipo de construcciones por su valor etimológico de identificación, por su relación con la segunda persona y por la comodidad de la «imprecisión» del neutro —con el cual podemos referirnos a cualquier género, número o a un conjunto abstracto—. Un último aspecto que Lamíquiz destaca respecto a estas construcciones es que a veces, según sea la entonación que se le ponga, la misma expresión puede tener valores opuestos.

El autor que sin duda ha dedicado más espacio al estudio de los valores del demostrativo ha sido S. Fernández Ramírez[250]. La suya, aunque tiene todos los rasgos de una gramática normativa, combina la exposición de los distintos usos del demostrativo con la explicación de tales usos según el tipo de señalamiento que se atribuye a cada una de las unidades.

Entre los valores principales que este autor destaca de nuestro demostrativo tenemos:

1) La serie pronominal de *este*, *ese* y *aquel* es para él el principal instrumento de la deixis sensible. En la anáfora, las formas del demostrativo más utilizadas son las que funcionan como determinante del nombre, en concurrencia con el artículo y sin apreciables diferencias de sentido.

2) En la deixis sensible y en la deixis *am phantasma*, los demostrativos se pueden emplear en men-

[250] S. Fernández Ramírez, *op. cit.*, págs. 105-135.

ciones *discriminantes* y en menciones *expresivas*, la primera en actos de opción e identificación y la segunda en actos estimativos. En menciones discriminantes se usan sobre todo los pronombres y en la segunda los adjetivos.

3) En la deixis sensible los neutros se pueden usar para señalar objetos singulares y concretos cuando no conocemos la naturaleza de la serie a la que pertenece. Estos mismos neutros pueden usarse con intención expresiva referidos a personas.

4) En la deixis sensible, donde el criterio de orientación viene dado por la persona que habla, la persona a la que se habla y el objeto u objetos mentados, la serie *este*, *ese* y *aquel* marca una gradación en el alejamiento. Cuando se reducen a dos los ámbitos referenciales, *ese* suele quedar excluido en la mayoría de los casos.

5) Cuando se alude a un objeto situado fuera de nuestro ámbito sensible, *este* se puede utilizar para aludir a alguien que acaba de salir; *ese*, que él considera con valor de identificación, puede servir para aludir a un objeto del cual no se tiene un conocimiento previo; *aquel* tiene un carácter de mención remota: bien se menciona una situación singular y concreta, o bien cuando se trata de algo lejano en el tiempo o en el espacio.

6) *Ese* puede utilizarse para aludir a un objeto actual, no remoto, pero ausente.

7) En el caso de la anáfora, el habla cotidiana recurre sobre todo al demostrativo en función de adyacente, más que a la serie de los pronombres. Respecto al uso de formas concretas, *ese* se emplea de forma casi exclusiva en la *heteroanáfora*, es decir, cuando se refiere al discurso del interlocutor.

8) En el diálogo, respecto al uso de las formas neutras, según Fernández Ramírez, *esto* se emplea menos que *eso*. *Esto* es también la forma menos proclive a usarse con preposición. *Eso* es también un pronombre básicamente «polémico», pues sirve a menudo para expresar la disconformidad del hablante. *Esto*, cuando se emplea, se refiere a situaciones presentes y objetivas que afectan o envuelven al que

habla. Para este autor, la fuerza polémica de *eso*, que podría derivar de su valor identificador, le ha llevado a ser utilizado en multitud de fórmulas breves, algunas de carácter exclamativo: *eso, eso sí, eso no, eso sí que no*, etc. Con el neutro *esto* se forma el giro temporal *en esto*, el cual es también empleado con función catafórica. *Aquello* es la forma neutra del demostrativo menos usada en la conversación.

9) A la mención «evocativa», en la que se produce o bien una singularización, o bien una tipificación, pertenecen ciertos giros con el demostrativo. Así, el giro *un...de esos...* o *uno...de esos...* (que admite también la variante con pronombre relativo) sirve para la tipificación de una clase con el fin de caracterizar a un ejemplar de la misma. Al mismo tipo de mención pertenecen los giros *eso que, eso de, eso de que*, que a veces tienen valor anafórico y que con el debido apoyo de una entonación exclamativa pueden servir para expresar indignación, reproche, duda o cautela. Por último, con valor evocador también se puede encontrar *aquel* en la narración en pasado y en estilos más elaborados donde la lengua coloquial emplearía *el* y *ese*.

10) En cuanto al uso de los pronombres concordantes en la narración, en la que tiene lugar en pretérito sólo aparecen *este* y *aquel* en función de adjetivo; en la narración en presente, se reduce la frecuencia de *aquel*; *este* ocupa el primer lugar y *ese* aparece ocupando una posición intermedia. En la narración en pasado la referencia tiene un carácter más bien anafórico, *aquel* expresa una deixis más concreta y directa y *este* una deixis más textual. En la narración en presente, *aquel* tiene el carácter de deixis remota, mientras *este* señala al tiempo y al entorno del escritor, cuando éste escribe en primera persona.

11) En la prosa analítica, en función de adyacente, predomina *este* sobre *ese*. En este tipo de textos la anáfora encuentra condiciones más aptas para su desarrollo que en el diálogo. Además, *ese* suele aparecer regido por preposición más a menudo que *este*, quien asimismo tiende a ocupar la posición inicial en la frase, pues viene a tener una función de nexo para unir un concepto nuevo con lo ya dicho. *Ese*, en cambio, suele utilizarse para aludir a conceptos ya formulados, no para elaborar conceptos nuevos. En estos casos, *aquel* tiene un carácter de señalamiento extratextual, con localización concreta o remota en el tiempo o en el espacio.

12) Respecto al uso de los neutros dentro de la prosa analítica, habla Fernández Ramírez del giro explicativo *esto es*, de la partícula con valor «consecutivo-explicativo» *por eso*, casi siempre en posición inicial. En estos giros, *esto* suele referirse a una idea, un enunciado complejo, mientras que *eso* suele aludir a un concepto en forma nominal. Además, el sentido paradójico e identificativo de *eso* se revela en muchos empleos como: *nada de eso, lejos de eso, todo menos eso*, etc.

13) Respecto a los usos de los pronombres sustantivos, *ese* está casi excluido de la anáfora; *aquel* se emplea aisladamente cuando hay un doble plano, pero una sola referencia; en todos los demás casos se usa *este*.

14) En la catáfora se emplea, según él, casi en exclusiva el demostrativo de 1ª persona, y también a veces el de 2ª, sobre todo cuando se realiza una doble referencia catafórica y anafórica. *Este* es también posible en los casos de doble referencia.

De otro lado, es complejo delimitar los usos del demostrativo según Josse de Kock, pues él se ha dedicado más a refutar la teoría tradicional que habla de tres ámbitos referenciales en torno a las tres personas del discurso, que a crear una teoría alternativa más o menos coherente y sistemática que dé cuenta de los hechos observados en sus estudios de varios *corpora* textuales, tanto de lengua escrita como hablada. En las líneas que siguen recogemos sus conclusiones principales acerca del uso del pronombre demostrativo[251]. Aunque estas conclusiones no incluyen al demostrativo adyacente nominal, él da por sentado que también aquí deben de confirmarse al menos de modo general.

1) Los tres demostrativos no se emplean sistemáticamente para distinguir entre tres ámbitos referenciales, ni relacionados con las tres personas gramaticales.

2) Dos de las formas del demostrativo tienden a emplearse fuera del señalamiento puro. *Ese* se

[251] J. de Kock, *Gramática española: Enseñanza e investigación. II. Gramática. 5. Los pronombres demostrativos y relativos*, págs. 80-83.

emplea sobre todo en forma neutra y tiende a constituir locuciones fijas, en las que no suele alternar con *este* ni con *aquel*.

3) Hay también una cierta neutralización y especialización ante oración de relativo y complemento determinativo. *Aquel* aparece casi siempre sin su función demostrativa.

4) En la lengua escrita, *ese* en sus formas concordantes está casi ausente. En los pocos ejemplos en que aparece, *ese* equivale a *este*. En la lengua hablada, *ese* se emplea más a menudo y apenas aparecen formas concordantes de *aquel*.

5) En la lengua escrita los campos de referencia se reducen a dos, el que indica cercanía y el que indica lejanía, para los que se emplean *este* y *aquel* respectivamente (*ese* se usa a veces como variante de *este*). En la lengua hablada los dos campos tienden incluso a confundirse, pues *ese* se puede llegar a usar casi en cualquier circunstancia.

6) El único señalamiento claro que los pronombres demostrativos llevan a cabo es al contexto inmediato anterior, es decir, su valor principal es anafórico, por lo que no conviene poner por delante, a la hora de caracterizar el demostrativo, la deixis espacial y temporal, pues el señalamiento anafórico es más frecuente. Tampoco hay base para mantener la diferencia entre anáfora y catáfora, por la falta de uso catafórico en los textos de lengua hablada y porque, según de Kock, sólo *este* aparece con valor catafórico.

Junto a estas características, digamos generales, el estudio del profesor de Kock está lleno de observaciones muy específicas sobre el comportamiento concreto de las unidades demostrativas. Para ejemplificar estas observaciones recogemos algunas de ellas, la mayoría referidas a usos del demostrativo neutro[252]:

[252] J. de Kock, *Gramática española: Enseñanza e investigación. II. Gramática. 5. Los pronombres demostrativos y relativos*, pág. 57 ss.

1) El uso abundante de pronombres demostrativos neutros, y sobre todo de *eso*, es típico de la lengua hablada y obedece a la improvisación y a la falta de estructuración que caracterizan al habla.

2) El giro *eso de* se emplea para introducir nociones que se supone conocidas de los que participan en el acto comunicativo. Son más raros los casos con *esto de* y *aquello de*. *Eso de* a veces también oculta cierta incapacidad expresiva de los hablantes. Cuando esta auténtica locución, según de Kock, introduce algo inhabitual el resultado final es el de que se trata de algo irónico. A veces *eso de* marca negativamente lo que introduce: es como si se quitara seriedad o veracidad a lo generalmente admitido.

3) *Esto* se suele limitar a referir lo que precede inmediatamente, sin ninguna connotación despectiva.

4) *Aquello de*, que según de Kock funciona como una simple partícula conectora, alude a algo particular y conocido, como *eso de*.

5) El papel de demostrativo de *aquel* se refuerza cuando aparece opuesto a *este*. La lengua hablada no utiliza *aquel* con claro valor pronominal y demostrativo, como casi nunca distingue entre *este* y *ese*.

Muy interesantes son las observaciones de J.L. Eguren respecto a los que él llama «usos deícticos y no deícticos» de los demostrativos[253]. He aquí sus ideas principales al respecto:

1) En primer lugar, los demostrativos son básicamente unidades deícticas personales y locativas al mismo tiempo que dividen en tres el espacio mostrativo, según un criterio de distancia relativa respecto al punto cero del contexto deíctico, de modo que *este* expresa cercanía, *aquel* lejanía y *ese* un grado intermedio entre cercanía y lejanía. Asimismo, sobre todo en la deixis *ad oculos*, *este* identifica el lugar que ocupa el hablante, *ese* el que ocupa el oyente y *aquel* una zona distinta a la ocupada por hablante y oyente.

2) Admite Eguren que el sistema ternario descrito sólo funciona en ciertos casos de deixis gestual y

[253] Cf. J. L. Eguren, *op. cit.*, págs. 940-955.

simbólica —en el español peninsular, pues en el español de América tiende a ser binario, sustituyendo *aquel* a *ese*—, pues en la deixis temporal, en la anáfora y en ciertos casos de deixis *am phantasma* el sistema pasa a ser binario, basándose en el par *este/aquel*, mientras que *ese* dejaría de utilizarse o sufriría un proceso de neutralización.

3) Admite también este autor una gran flexibilidad en el sistema de los demostrativos, pues no siempre se expresan distancias objetivas, sobre todo cuando hace aparición la «deixis empatética o emocional». Esto implica que, sobre todo en la lengua coloquial, el hablante reinterpreta esas distancias, empleando *este* cuando lo esperado habría sido *ese* o *aquel*.

4) Pasando a usos concretos, el demostrativo *este* predomina en la anáfora y en la catáfora, aunque *ese* se emplea en el diálogo para aludir a las palabras del interlocutor.

5) En la prosa ensayística y en la narrativa, no así en la lengua coloquial, de dos posibles antecedentes, *aquel* alude al más alejado y *este* al más cercano.

6) Es especialmente frecuente el uso del *eso* «polémico» en las fórmulas fijas, y en menor medida los demostrativos masculinos y femeninos.

7) El demostrativo muestra en general menos libertad para usarse en la anáfora que los pronombres personales, quizás debido a su significado locativo. Entre otras cosas, frente a los pronombres personales, el demostrativo debe seguir obligatoriamente a su antecedente dentro de la misma oración. Asimismo, en la anáfora, el demostrativo *este* funciona especialmente bien cuando le anteceden lo que Eguren llama dos «frases referenciales», de modo que el demostrativo sea correferente de la segunda: *Cuando Pedro se encuentra con Juan$_i$, este$_i$ siempre le saluda*. Asimismo, un demostrativo no puede tener como antecedente ni a un pronombre tácito ni a uno clítico —no son posibles por ejemplo frases como: **Ø$_i$ ganó a María porque aquella$_i$ jugó mejor*; o **Ana la$_i$ felicitó, porque esta$_i$ había jugado mejor*—. Por último, un pronombre demostrativo situado en una oración subordinada no puede tener como antecedente a una «frase referencial» de la oración principal, limitación que no tienen los pronombres personales —*Ana le*

*dijo a Lourdes$_i$ que ella/*esta$_i$ no tenía razón—.*

8) Especial atención dedica Eguren a los pronombres demostrativos neutros. Por principio, los referentes habituales de un neutro no son entidades humanas, por lo que su uso para aludir a un referente humano tiene fuertes connotaciones peyorativas. Asimismo, los neutros no sólo identifican entidades físicas, sino también entidades de segundo orden (acontecimientos, proposiciones), así como conjuntos (de ideas, situaciones, etc.). Esta capacidad para aludir a referentes de tan diverso tipo es lo que explica que referencialmente los neutros sean más indeterminados que los masculinos o femeninos, lo que podrá explicar sin duda la gran variedad de usos que presentan.

9) Muy interesantes son también las observaciones que hace este autor respecto al uso del demostrativo pospuesto. Entre ellas distinguimos:

9.1) La principal diferencia entre una frase nominal con demostrativo antepuesto y con demostrativo pospuesto es que en el primer caso los valores básicos del demostrativo (identificación y localización deíctica) se expresan a la vez mediante una sola palabra, el demostrativo antepuesto, mientras que en el segundo caso, la identificación la expresa el artículo que se antepone al núcleo nominal, mientras que la localización deíctica la lleva a cabo el demostrativo pospuesto. De esta manera, las construcciones con demostrativo pospuesto tienen un gran valor enfático, pues en ellas la localización deíctica queda separada de la mera identificación y el demostrativo pospuesto adquiere el mismo significado deíctico puro de los adverbios de lugar.

9.2) El hecho anterior tendrá importantes consecuencias, en concreto, estamos ante una construcción particularmente expresiva, propia más de la lengua hablada coloquial que de la escrita; además, el demostrativo pospuesto viene a desempeñar el papel de *rema* (información nueva) dentro de la frase nominal en que aparece. Frente a ello, un demostrativo antepuesto (no acentuado enfáticamente) desempeña el papel de *tema* (información ya conocida), pues, como los pronombres anafóricos, remiten a un referente ya introducido en el texto.

9.3) De otro lado, la relación que se establece entre un demostrativo pospuesto y el núcleo nominal al que acompaña es diferente, desde el punto de vista semántico, a la que guarda un sustantivo con otros complementos de naturaleza restrictiva como un adjetivo, una frase preposicional o una oración de relativo especificativa. En una frase como *las mujeres esas*, el demostrativo precisa la identificación realizada por *las mujeres*, mientras que en *las mujeres intrépidas*, se predica una propiedad (la de 'ser intrépidas') del sustantivo *mujeres*. Por último, la elipsis del sustantivo es posible en las frases nominales con complemento restrictivo (*las mujeres intrépidas* > *las intrépidas*), en cambio es agramatical cuando el demostrativo va pospuesto (**las esas*).

Por su parte, Mauricio Molho[254], para quien el demostrativo español define tres zonas, de extensión no delimitable a priori, representadas por los pares *este - aquí* / *ese - ahí* / *aquel - allí*, y que además considera que deixis sólo hay una, establece los siguientes valores en nuestro demostrativo:

1) *Este* puede aludir a cualquier ser que el hablante relaciona con su propio presente espacial, independientemente de la distancia efectiva a la que se encuentre. Se puede tratar tanto de un objeto que el sujeto hablante ve y toca, como de algo que en el momento actual afecta a todo el mundo pero especialmente a mí. También puede ser alguien que yo concibo como situado en un espacio virtual que coincide con mi presente espacial. O también puede ser algo que yo concibo como mío o que se encuentra unido a mi persona.

2) Frente a *este*, como zona opuesta, se sitúa *aquel*, en la que se incluyen todos los seres relacionados con el *no-yo* y en la que el sujeto hablante coloca todo aquello que considera como exterior y no contiguo con el plano que él mismo cree ocupar. En este plano entramos, por ejemplo, cuando el señalamiento tiene lugar en el pasado del hablante, el cual no pertenece al presente temporal y se ve rechazado fuera del presente espacial como algo inactual. También entraría dentro del ámbito definido por *aquel* el discurso en estilo indirecto, donde se delimitan dos planos, el del narrador, representado por *este*, y el del personaje o hecho protagonista del relato, representado por *aquel*, ser o acontecimiento inactual pues se

[254] M. Molho, «Remarques sur le système des mots démonstratifs en espagnol et en français», págs. 54-60.

sitúa en el momento en que tiene lugar la narración.

3) Molho refiere también el conocido uso anafórico, por el cual se emplea *este* para aludir al ser del discurso del que se habla, y *aquel* para referirnos al ser mencionado más arriba, que queda así separado del presente de la palabra.

4) Entre *este* y *aquel* se sitúa un *ese* transicional, que permite situar en su ámbito todos los seres cuya existencia el sujeto concibe en el límite de su ámbito propio y en el ámbito que corresponde al no-yo. Esta posición intermedia, contradictoria, da lugar a efectos sutiles muy diversos. Por lo pronto, con *ese* se puede designar cualquier ser que aparece contiguo con el presente espacial. Así se emplearía para aludir a todo lo que el locutor, durante el diálogo, atribuye al oyente excluido de su presente espacial. También en el diálogo puede ocurrir que un mismo objeto sea designado por el mismo hablante mediante *ese* y *este* alternativamente:

> ¡No se siente usted en *ese* banco! ¿Conoce usted la leyenda de *este* banquito? ¿Y usted cree o no cree en lo que de *este* banco se dice? Pos se cuenta que la novia se sentó en *ese* banco a esperar al novio... (hermanos Quintero).

Como comenta Molho, *ese banco* designa el banco en el que el oyente ha hecho ademán de sentarse. Cuando luego se emplea *este banco*, el hablante lo que hace es situar dentro de su propio presente espacial el objeto del que está hablando.

5) En función anafórica, según nuestro autor, *ese* sirve para designar un ser recientemente mencionado, pero al que la mente se niega a restituirlo tal como lo había concebido en un principio. Es lo que los gramáticos llaman «anáfora difusa» o «anáfora infiel», pues la expresión anafórica no coincide exactamente con su antecedente:

> No he bailado porque a Julianita nadie le decía nada, y como se muere de envidia, no he querido darle *ese* mal rato (Benavente).

Aquí *ese mal rato* es la expresión anafórica de un «bailar» previamente mencionado. Además de función designativa, la expresión anafórica aporta una carga impresiva añadida, pues viene a representar la infelicidad que habría supuesto a Julianita ver a su amiga bailar con alguien mientras ella se queda sola.

6) Respecto al conocido valor del *ese* de desprecio, Molho da la siguiente explicación: con él el hablante se aleja del lugar donde se encuentra el ser objeto de desprecio; sencillamente, lo aleja del presente espacial y lo sitúa en la zona limítrofe que representa el demostrativo de 2ª, con lo que se evita así la «coexistencia espacial» con algo o alguien que desagrada.

7) Para Molho, todos los valores de *ese* vistos hasta ahora están vinculados con su uso como límite externo de la zona del yo. Hay otros en que se emplea en alternancia con *aquel* y que corresponderían ya al ámbito del *no-yo*. Entre *ese* y *aquel* se establece la oposición entre un *antes* y un *después*. Por eso, un rasgo de *ese* es el de poder situar en un espacio abierto que tiene ante sí la perspectiva de un segundo espacio, el representado por *aquel*, más allá del cual no hay posibilidad de concebir nada más pues con él se cierra la perspectiva espacial.

De aquí deriva Molho la capacidad de *ese* para indicar espacio indeterminado y *aquel*, en cambio, parece capacitado para determinar con más precisión el espacio que ocupa:

> Toda cultura consiste en la resolución de contradicciones. Barbarie, en cambio, es *aquella* ceguera para la contradicción que nos permite quedarnos con uno solo de los términos (Ortega y Gasset).

La mayor precisión de *aquel* explica que el autor, que trata de denunciar una ceguera en particular, utilice este demostrativo para poner de relieve una noción particular sobre la que él quiere llamar la atención del lector.

8) En el ejemplo anterior, probablemente, el efecto provocado por *ese* sería más de evocación, el «*ese* evocador» de los gramáticos, que se explicaría como fruto de su misma indeterminación, es decir, el

papel de *ese* como marcador de un espacio abierto precisamente a las perspectivas del pensamiento y de la imaginación:

> Es [la arena del circo] la pacífica arena que encontramos en las playas *esas* noches de gran luna en que salimos a darnos una vuelta junto al mar fosforescente (R. Gómez de la Serna, *El circo*).

Un efecto curioso de este uso es que el demostrativo ya no singulariza, como sería de esperar en un deíctico o en un designador, sino que pone de relieve una cualidad. En el fragmento anterior, no aludimos a unas noches concretas, sino que lo que se pone de relieve es una determinada cualidad de las noches, las de luna llena, cuando se sale a pasear por el mar iluminado.

Molho considera como la mejor marca del valor evocador de *ese* el giro *uno de esos*:

En estas construcciones, sobre todo, *ese* viene a representar un espacio, una extensión capaz de contener todo tipo de imágenes que la mente quiera incluir en ella. Por su posición en el sistema espacial, *ese* da una impresión de anterioridad, la cual explica su capacidad para actuar como marco en el cual situar todas las nociones que el pensamiento pueda concebir. Esto daría lugar a una curiosa oposición, que Molho esquematiza gráficamente, según la cual *ese* actuaría como *continente* y *aquel* como *contenido*.

9) También como fruto de esta impresión de anterioridad, *ese* puede emplearse en su forma neutra en fórmulas y giros para indicar «aproximación»: *a eso de las dos*, es decir, poco antes o poco después de las dos, giro en el que serían imposibles *esto* o *aquello*. En este giro, *eso* representa un movimiento anterior de aproximación hacia un referente, aún no encontrado, pero en todo caso, posterior a lo representado por el demostrativo.

Otro efecto de la anterioridad que expresa *ese* se ve en el giro adversativo *y eso que*:

> Lo grave del conflicto, lo que ni los padres de la angelical Berta ni nadie en la ciudad —¡*y eso que se pretendía conocer a la viuda*! — podía presumir... (Unamuno, *tres novelas ejemplares*).

El deíctico *eso* en este giro condensa la impresión, ligada a la anterioridad, de algo que se puede *traspasar* y más allá de lo cual se abre un espacio infinito de posibilidades. Aplicado al ejemplo, aunque todo el mundo pretendía conocer a la viuda, se vieron sorprendidos por su comportamiento. ¿Qué hubiera sucedido si no la hubieran conocido? Asimismo, como construcción concesiva, en ella se plantea una posibilidad, anterior a la oración principal, que luego no se confirma en ésta.

En lo que precede hemos resumido algunas de las opiniones más autorizadas respecto a las funciones del demostrativo español. Como hemos podido comprobar, tenemos desde autores que exponen muy brevemente los valores más «canónicos» del demostrativo, caso de Sagüés Subijana, hasta aquellos que hacen un auténtico inventario de sus usos, como Fernández Ramírez. Hay también quien intenta relacionar los usos del demostrativo con el lugar que cada una de estas unidades ocupa dentro del campo mostrativo, dando cuenta al mismo tiempo de los mecanismos psicológicos que ocultan cada una de las operaciones de señalamiento. Esto lo hacen en parte Lamíquiz y Fernández Ramírez, y de un modo sistemático Molho. En el caso concreto de Fernández Ramírez, además de inventariar la mayoría de los usos posibles de nuestro demostrativo, tiene muy en cuenta criterios fundamentales como el tipo de discurso en que se insertan (prosa narrativa, analítica, etc.), pero el efecto final que tanta exhaustividad produce es el de un cierto caos: no obtenemos una imagen final clara de cómo se estructura esta categoría lingüística en español. En otros casos, como el de Josse de Kock, se destruye más que se construye un sistema teórico coherente. Por último, nos tememos que algunas de las opiniones expuestas, y otras no traídas a colación, pecan de excesivamente rígidas y simplistas, como si el señalamiento lingüístico fuera una operación completamente predecible de antemano.

Desde nuestro punto de vista, el estudio de los valores del demostrativo debe intentar explicar dichos valores en relación con el ámbito referencial que se supone que cada forma crea en torno a sí misma en cada caso. Además, sería conveniente dar cuenta de los mecanismos psicológicos de que se sirve el hablante cuando lleva a cabo cualquier operación de señalamiento con estas unidades. Este esfuerzo de precisión deberá, asimismo, tener presente el tipo de discurso en que se usa el demostrativo en cuestión (si se trata de una narración, de un diálogo, de una exposición analítica; también, si el texto pertenece al ámbito de la lengua literaria o si se aproxima más o menos a la lengua hablada, etc.). Por último, es fun-

damental, a la hora de fijar usos y funciones, tener presente que toda operación de señalamiento en el ámbito de la lengua es totalmente subjetiva, incluso en los casos de señalamiento espacial o temporal, que por situar en ámbitos aparentemente medibles, nos pueden parecer más objetivos. Una de las consecuencias más palmarias de este subjetivismo es que creemos que en muchas operaciones de señalamiento, sean del tipo que sean, puede adivinarse una clara intencionalidad por parte del hablante. Es decir, que éste puede dejar traslucir su afectividad, su intencionalidad, cuando sitúa algo en el ámbito espacio-temporal o en el anafórico. Esto implica conceder un gran papel a lo que podríamos llamar usos «estilísticos», o quizás mejor decir «expresivos», y reconocer al mismo tiempo la posibilidad de encontrar abundantes usos «no puros», en los que al señalamiento predominante (espacial, textual, temporal, anafórico o catafórico) haya que agregar un cierto porcentaje de expresividad, de emotividad, en suma, de uso «estilístico». ¿Y cómo se hace esto? Obviamente, interpretando el contexto de uso de cada forma en cuestión y admitiendo que también en el juego interpretativo desempeña un papel, y no precisamente menor, la propia subjetividad del que interpreta.

2.3.7. Valores fundamentales del demostrativo español

Pues bien, teniendo en cuenta estos principios generales, he aquí los valores principales que atribuimos al demostrativo español y que serán los que intentaremos confirmar en nuestro estudio de cuatro obras de Delibes, el corpus textual que hemos tomado en esta ocasión como punto de referencia.

1. Aunque estamos de acuerdo con Molho en que deixis sólo hay una —pues lo que cambia es el ámbito de aplicación—, *conviene seguir manteniendo la distinción tradicional entre deixis espacial, temporal, anafórica, catafórica y estilística o expresiva*, si queremos ser realmente exhaustivos. Pues no siempre son los mismos los ámbitos referenciales que se establecen en cada una de ellas (en la mayoría de los casos sólo dos; en la espacial, la mayoría de las veces es posible establecer tres), sino que incluso la proporción en que se encuentran representadas cada una de las formas sufre variaciones importantes de una a otra. Además, conviene analizar en profundidad el comportamiento sintagmático que el demostrativo presenta en nuestro corpus de estudio, pues esto servirá de apoyo para explicar ciertos aspectos de su funcionamiento a nivel de paradigma o sistema.

2. La facilidad con que lo expresivo envuelve cualquier clase de señalamiento nos obligará a reservar un apartado especial para todos los que consideremos como «casos ambiguos», es decir, aquellos ejemplos en los que sea difícil pronunciarse sobre cuál de los usos es el predominante. Además, a la hora de explicar el empleo de una determinada forma hay que dar cabida, siempre que sea posible, a las razones expresivas. De esta forma creemos que reflejaremos mejor el funcionamiento real de estas unidades en la lengua.

3. Creemos que *la deixis espacial es el único ámbito donde realmente se verifica la relación entre los demostrativos y las personas gramaticales*, de forma que *este* situará todo aquello que está en la esfera del yo, *ese* en la del tú y *aquel* todo aquello que está alejado de la esfera de los interlocutores. No descartamos que haya casos en los que más bien se deje traslucir una organización del espacio en sólo dos ámbitos, el de la cercanía al yo, representado por *este*, y lo que pertenece al ámbito del no-yo, representado por *aquel*, sirviendo *ese* para indicar distancia intermedia, como variante combinatoria de *aquel*. De todos modos, creemos que de nuestros demostrativos, *el que más fuerza deíctica conserva es* este, por lo que debe ser la forma predominante tanto en la deixis espacial como en la temporal. Como afirma Molho, aquel *es la forma más habitual en los casos de señalamiento en discursos en estilo indirecto y*, añadimos nosotros, *en los casos de deixis de la fantasía*, por su valor de señalamiento remoto. Por último, dentro de la deixis espacial incluimos la llamada «deixis textual», cuando en los textos literarios el propio texto se convierte en objeto del señalamiento. En estos casos, la forma más habitual será *este*, en función de determinante de sustantivos que se refieren al propio escrito, por la cercanía del objeto al yo del escritor.

4. En la *deixis temporal* estamos de acuerdo con la mayoría de los autores en que en español se definen *dos ámbitos*, que corresponden con la bidimensionalidad última a la que remite el sistema deíctico de nuestra lengua: *el presente espacio-temporal del hablante*, representado por este, y *el no-presente* (pasado y futuro), representado sobre todo por aquel, que indicará el alejamiento máximo tanto en el pasado como en el futuro. El papel fundamental de ese creemos con Lamíquiz que es de *identificador*, conservando así el primitivo valor del *ipse* latino.

5. En cuanto al complejo tema de *la anáfora*, creemos que *el criterio básico* que se utiliza en este señalamiento es *la mayor o menor distancia respecto al presente de la palabra*, pues su ámbito referencial es el hilo del discurso: si lo que se menciona es lo que está más cerca de ese presente, utilizaremos *este*, pero si lo que se menciona es lo más alejado, utilizaremos *aquel*. Descartamos que en la anáfora haya habitualmente señalamiento a las personas del discurso, a no ser que el texto en cuestión sea un diálogo real o supuesto. En ese caso, *ese* sí será el instrumento de la «heteroanáfora», como dice Fernández Ramírez, es decir, referirá las palabras del interlocutor.

6. A la hora de clasificar los *usos anafóricos* tendremos en cuenta, de un lado, la clasificación de Lamíquiz, que considera que la anáfora es una cuestión de simple referencia numérica, pero fundamentalmente nos guiaremos por el modo como la expresión anafórica reproduce a su antecedente, según lo dicho a este respecto en 1.3. Y como en la anáfora es cuestión fundamental el modo como se retoma el antecedente, no es de extrañar que el demostrativo aparezca muy a menudo en función de determinante, sobre todo *este* y *ese*. A este respecto, este *recogerá lo último mencionado*, como ya se ha dicho, y a menudo tendrá *un mero papel de enlace*, sirviendo para relacionar lo ya dicho con una nueva elaboración conceptual que viene a continuación. Por su parte, ese *tiene también aquí a menudo un claro papel de identificador*, como dice Lamíquiz, *y de individualizador, y sirve para poner de relieve a su antecedente*, del que se aporta alguna nueva caracterización. Por eso, será frecuente verlo no sólo en la anáfora «infiel», como opina Molho, sino también en la anáfora «fiel». Además, su fuerza identificadora le llevará a poder usarse con ciertas connotaciones expresivas. Finalmente, aquel, que sirve para la mención remota, *se utiliza a menudo como antecedente de una oración de relativo*, en competencia con el artículo, función ésta en la que lleva a cabo un proceso de *individualización o singularización* muy marcado del ser al que se refiere el relativo y que ya ha sido mencionado en el antecedente.

7. *Papel fundamental en la anáfora lo tiene el demostrativo neutro*, y sobre todo *eso*. Es sabido que a veces el hablante, cuando emplea una expresión anafórica, no quiere reproducir exactamente un sustantivo anterior, sino el contenido de toda una frase, o incluso el de un párrafo o el de un segmento de texto que puede estar constituido por varias páginas, o, simplemente, una idea. Ante esto el mejor instrumento que tiene a su disposición es el demostrativo neutro, fundamentalmente *eso*. Ello es debido a varias ra-

zones. En primer lugar, *el demostrativo de 2ª persona es la forma no marcada frente a los términos marcados* este / aquel (los más vinculados con una determinada situación espacio-temporal), por lo que es la forma más adecuada cuando no interesa indicar una determinada relación espacio-temporal, como sucede con el neutro. Asimismo, eso *puede actuar como variante funcional de* esto *y* aquello, por ser el término no marcado. También puede ayudar *su valor de identificación*, heredado del latín. Por supuesto, a todo ello hay que unir *los valores propios del neutro*: su propia imprecisión señalativa —que le viene, como dice Eguren, de su capacidad, mayor que en el masculino o femenino, para aludir a referentes de muy diverso tipo (entidades físicas, entidades de 2º orden y conjuntos), lo cual explica también que sea más indeterminado—, su valor generalizador, la comodidad que supone una forma que se «despreocupa» por identificar con precisión su referente textual. Quizás juegue también algún papel su capacidad para expresar *anterioridad* respecto a un referente cualquiera, como dice Molho, y que explicaría, según él, su valor de aproximación o su uso en giros concesivos como *eso que*. Todo ello nos permite comprender el abundante empleo de *eso*, y en cierta medida también de *esto* —no *aquello*— en la anáfora, muchas veces dentro de fórmulas o giros lexicalizados que se comportan como auténticos útiles gramaticales, muchos de ellos procedentes o habituales en la lengua hablada. Como equivalente funcional del neutro consideramos los casos en que el demostrativo va acompañado del designativo genérico 'cosas', también muy presente en la anáfora en español.

8. Mención aparte merecen los casos en que no hay seguridad de si estamos ante señalamiento hacia una realidad textual o extratextual, es decir, los llamados casos de *anadeixis*. Habrá que distinguir los ejemplos en que la confusión se produce entre la deixis espacial y la anáfora y los que se produzcan entre esta última y la deixis temporal.

9. En *la catáfora* creemos que *la forma del demostrativo más usada es* este, puesto que por algo remite a un segmento de texto cercano al presente de la palabra, sólo que situado inmediatamente después de la expresión referencial —es por tanto un *subsecuente*, frente al *antecedente* de la anáfora—. *En los casos de doble referencia anafórica y catafórica* creemos que se da *una alternancia efectiva entre* este y ese, este último como variante funcional del primero y con su ya habitual valor de identificación. Por último, nosotros también atribuimos *valor catafórico* a los casos en que eso y aquello actúan como

regentes de sintagmas preposicionales encabezados por la preposición de *y de oraciones de relativo*, siempre que los demostrativos no tengan un antecedente claro en el segmento de texto anterior.

10. En cuanto a los *valores expresivos o estilísticos*, coincidimos plenamente con varios de los autores mencionados más arriba en los usos que son propios del demostrativo en este campo, y en los mecanismos psicológicos últimos que entran en juego: *uso de* este *para la «aproximación afectiva»,* cuando situamos en nuestro presente espacial lo que consideramos nuestro o especialmente vinculado con nosotros; *uso del* ese *de «desprecio»,* cuando situamos en el área contigua a nuestro presente espacial algo o alguien que nos desagrada; mayor énfasis despectivo cuando lo que usamos es un neutro para aludir a personas; *valor evocador*, sobre todo de ese y aquel —aunque nada impide que se haga también con *este*—, cuando mentalmente nos trasladamos al terreno de lo imaginario y situamos en él un ser u objeto. En la evocación entran en juego *la capacidad de* aquel *para singularizar o individualizar*, por su valor de señalamiento a algo remoto en el espacio o en el tiempo, y la facultad de *ese* para indicar un espacio mental abierto e ilimitado, como opina Molho. Además, creemos que el giro *uno de esos* y sus variantes es una de las más claras construcciones con valor evocador. La posición particular que *ese* y *aquel* ocupan dentro del campo mostrativo hace que su aparición en la frase favorezca la interpretación expresiva.

11. Junto a la explicación y comprensión de los mecanismos psicológicos que entran en juego en los valores expresivos de cada uno de los demostrativos, en estos usos es fundamental, en nuestra opinión, el contexto oracional. En efecto, decidir si un demostrativo tiene valor estilístico —sobre todo cuando éste es adjetivo— depende muchas veces de las connotaciones que expresen los sustantivos y adjetivos que integran el sintagma nominal del que el demostrativo forma parte. Si estas connotaciones son especialmente «afectivas», o comportan expresión de desprecio, es casi seguro que a este demostrativo se le podrá atribuir valor expresivo, no sólo por sí mismo, sino por su contexto de uso. Además, este valor se verá favorecido en casos de posposición del demostrativo, como suelen observar todos los gramáticos —pues como hace ver Eguren, en un sintagma nominal con el demostrativo pospuesto, éste lleva a cabo la localización deíctica, lo cual se traduce en un gran valor enfático, pues así el demostrativo tiene el mismo significado deíctico puro de un adverbio de lugar—, o cuando la frase se enuncia con entonación exclamativa.

12. Como ya se ha dicho más arriba, la carga de subjetividad que el hablante introduce en la lengua, hace que sean frecuentes los usos «no puros», o «mixtos» del demostrativo. Estos usos mixtos suelen afectar ante todo al señalamiento expresivo, es decir, creemos que en la lengua española lo normal es que el valor estilístico no siempre vaya solo, sino que un sintagma nominal con demostrativo con tintes expresivos suele llevar a cabo otro tipo de señalamiento. Así encontraremos usos deícticos con finalidad expresiva, expresiones anafóricas de fuerte carga evocadora, etc. Esto es importante tenerlo en cuenta a la hora de adelantar una interpretación de los usos expresivos del demostrativo.

13. Dentro del *valor estilístico*, aunque compartiendo cierto espacio con la anáfora, estudiaremos algunos casos en que los demostrativos este y ese *indican cualidad*, dejando de comportarse por tanto como auténticos designadores.

3. ESTRUCTURA Y FUNCIONES DEL DEMOSTRATIVO EN DELIBES

Una vez analizados los rasgos que presenta el demostrativo como categoría lingüística, a la luz del nuevo marco teórico en que se sustenta este trabajo, ha llegado el momento de comprobar cómo se adaptan a la realidad de los textos, en este caso, al nuevo *corpus* textual que hemos elaborado a partir de cuatro obras de Delibes, a saber: *Vivir al día*, *Diario de un cazador*, *Viejas historias de Castilla la Vieja* y *El príncipe destronado*.

En la Introducción explicamos en detalle los motivos que nos llevaron a escoger estas cuatro obras, la herramienta informática utilizada para constituir el corpus, las obras que nos servirán como término de comparación de los resultados que obtengamos y las principales novedades metodológicas incorporadas en el análisis del corpus frente a nuestro anterior estudio de *El camino*. Por ello pasaremos directamente a recordar los puntos en que hemos dividido el estudio de la estructura y funciones del demostrativo en las obras de Miguel Delibes ya señaladas:

1. *Distribución de las formas del demostrativo en el corpus*.

2. *Comportamiento sintáctico del demostrativo en el corpus*.

3. *Índice de fórmulas gramaticalizadas en que participa el demostrativo en el corpus*.

4. *El demostrativo desde el punto de vista semántico*, con referencia a los valores deícticos (local y temporal), anafórico, catafórico y estilístico.

5. *Conclusiones finales sobre el uso del demostrativo en Delibes*.

3.1. DISTRIBUCIÓN DE LAS FORMAS DEMOSTRATIVAS EN EL CORPUS

3.1.1. Estadísticas parciales

En las tablas que siguen presentamos el número de ocurrencias de cada forma del demostrativo en cada una de las obras del corpus, junto con el porcentaje que representan[255], distinguiendo siempre entre ocurrencias de formas pronominales y adjetivas. Después de cada tabla recogemos, a modo de resumen, el número total de ocurrencias, las que corresponden a formas pronominales y adjetivas (con su tanto por ciento entre paréntesis) y las totales de los demostrativos de 1ª, 2ª y 3ª persona.

[255] Debemos advertir que para la expresión de los tantos por ciento hemos sacado dos decimales y no hemos llevado a cabo ningún tipo de redondeo, por lo que es lógico que al sumar tantos por ciento no salga nunca exacto el 100%.

Vivir al día

FORMAS	PRONOMBRE Nº ocurrencias	%	ADJETIVO Nº ocurrencias	%	TOTAL
este	27	4.25	111	17.50	138
esta	21	3.31	74	11.67	95
esto	118	18.61	------	--------	118
estos	13	2.05	47	7.41	60
estas	3	0.47	39	6.15	42
ese	-------	-------	23	3.62	23
esa	1	0.15	17	2.68	18
eso	31	4.88	------	-------	31
esos	1	0.15	18	2.83	19
esas	--------	--------	11	1.73	11
aquel	15	2.36	12	1.89	27
aquella	2	0.31	5	0.78	7
aquello	23	3.62	-------	-------	23
aquellos	12	1.89	5	0.78	17
aquellas	------	-------	5	0.78	5
TOTAL	267	42.11	367	57.88	634

Por tanto, en *Vivir al día* el número total de ocurrencias del demostrativo es de 634, de las que son pronombres 267 (el 42.11%) y adjetivos 367 (el 57.88%). El reparto de formas queda del siguiente modo:

— Demostrativos de 1ª persona: 453 ocurrencias (el 71.45%), de las que son pronombres 182 (el 28.70%) y adjetivos 271 (el 42.74%).

— Demostrativos de 2ª persona: 102 ocurrencias (el 16.08%), de las que son pronombres 33 (el 5.20%) y adjetivos 69 (el 10.88%).

— Demostrativos de 3ª persona: 79 ocurrencias (el 12.46%), de las que son pronombres 52 (el 8.20%) y adjetivos 27 (el 4.25%).

Diario de un cazador

FORMAS	PRONOMBRE Nº ocurrencias	%	ADJETIVO Nº ocurrencias	%	TOTAL
este	1	0.23	48	11.16	49
esta	5	1.16	108	25.11	113
esto	47	10.93	------	--------	47
estos	2	0.46	11	2.55	13
estas	-------	-------	23	5.34	23
ese	4	0.93	19	4.41	23
esa	7	1.62	27	6.27	34
eso	88	20.46	------	--------	88
esos	2	0.46	8	1.86	10
esas	2	0.46	6	1.39	8
aquel	1	0.23	7	1.62	8
aquella	-------	-------	6	1.39	6
aquello	8	1.86	-------	-------	8
aquellos	-----	--------	------	---------	--------
aquellas	------	-------	--------	--------	--------
TOTAL	167	38.83	263	61.16	430

Por tanto, en *Diario de un cazador* el número total de ocurrencias del demostrativo es de 430, de las que son pronombres 167 (el 38.83%) y adjetivos 263 (el 61.16%). El reparto de formas queda del siguiente modo:

— Demostrativos de 1ª persona: 245 ocurrencias (el 56.97%), de las que son pronombres 55 (el 12.79%) y adjetivos 190 (el 44.18%).

— Demostrativos de 2ª persona: 163 ocurrencias (el 37.90%), de las que son pronombres 103 (el 23.95%) y adjetivos 60 (el 13.95%).

— Demostrativos de 3ª persona: 22 ocurrencias (el 5.11%), de las que son pronombres 9 (el 2.09%) y adjetivos 13 (el 3.48%).

Viejas historias de Castilla la Vieja

FORMAS	PRONOMBRE Nº Ocurrencias	%	ADJETIVO Nº ocurrencias TOTAL	%	
este	3	1.82	19	11.58	22
esta	3	1.82	7	4.26	10
esto	21	12.80	------	--------	21
estos	1	0.60	2	1.21	3
estas	1	0.60	5	3.04	6
ese	5	3.04	17	10.36	22
esa	------	-------	5	3.04	5
eso	25	15.24	------	--------	25
esos	2	1.21	18	10.97	20
esas	1	0.60	1	0.60	2
aquel	1	0.60	6	3.65	7
aquella	------	-------	6	3.65	6
aquello	10	6.09	-------	-------	10
aquellos	1	0.60	1	0.60	2
aquellas	------	-------	3	1.82	3
TOTAL	74	45.12	90	54.87	164

Por tanto, en *Viejas historias de Castilla la Vieja* el número total de ocurrencias del demostrativo es de 164, de las que son pronombres 74 (el 45.12%) y adjetivos 90 (el 54.87%). El reparto de formas queda del siguiente modo:

—Demostrativos de 1ª persona: 62 ocurrencias (el 37.80%), de las que son pronombres 29 (el 17.68%) y adjetivos 33 (el 20.12%).

—Demostrativos de 2ª persona: 74 ocurrencias (el 45.12%), de las que son pronombres 33 (el 20.12%) y adjetivos 41 (el 25%).

—Demostrativos de 3ª persona: 28 ocurrencias (el 17.07%), de las que son pronombres 12 (el 7.31%) y adjetivos 16 (el 9.75%).

El príncipe destronado

FORMAS	PRONOMBRE Nº Ocurrencias	%	ADJETIVO Nº ocurrencias	%	TOTAL
este	14	6.51	24	11.16	38
esta	4	1.86	14	6.51	18
esto	20	9.30	------	-------	20
estos	5	2.32	3	1.39	8
estas	3	1.36	2	0.93	5
ese	7	3.25	10	4.65	17
esa	2	0.93	9	4.18	11
eso	69	32.09	------	-------	69
esos	1	0.46	2	0.93	3
esas	3	1.36	13	6.04	16
aquel	1	0.46	4	1.86	5
aquella	1	0.46	3	1.36	4
aquello	1	0.46	-------	--------	1
aquellos	------	-------	-------	--------	--------
aquellas	------	-------	-------	-------	-------
TOTAL	131	60.93	84	39.06	215

Por tanto, en *El príncipe destronado* el número total de ocurrencias del demostrativo es de 215, de las que son pronombres 131 (el 60.93%) y adjetivos 84 (el 39.06%). El reparto de formas queda del siguiente modo:

—Demostrativos de 1ª persona: 89 ocurrencias (el 41.39%), de las que son pronombres 46 (el 21.39%) y adjetivos 43 (el 20%).

—Demostrativos de 2ª persona: 116 ocurrencias (el 53.95%), de las que son pronombres 82 (el 38.13%) y adjetivos 34 (el 15.81%).

—Demostrativos de 3ª persona: 10 ocurrencias (el 4.65%), de las que son pronombres 3 (el 1.39%) y adjetivos 7 (el 3.25%).

3.1.2. Estadísticas globales

Los resultados anteriores se resumen, de modo global, en la tabla siguiente:

FORMAS	PRONOMBRE Nº ocurrencias	%	ADJETIVO Nº ocurrencias	%	TOTAL
este	45	3.11	202	13.99	247
esta	33	2.28	203	14.06	236
esto	206	14.27	------	--------	206
estos	21	1.45	63	4.36	84
estas	7	0.48	69	4.78	76
ese	16	1.10	69	4.78	85
esa	10	0.69	58	4.01	68
eso	213	14.76	------	--------	213
esos	6	0.41	46	3.18	52
esas	6	0.41	31	2.14	37
aquel	18	1.24	29	2.00	47
aquella	3	0.20	20	1.38	23
aquello	42	2.91	-------	-------	42
aquellos	13	0.90	6	0.41	19
aquellas	------	-------	8	0.55	8
TOTAL	639	44.28	804	55.71	1443

Por tanto, en el corpus formado por estas cuatro obras de Delibes el número total de ocurrencias del demostrativo es de 1443, de las que son pronombres 639 (el 44.28%) y adjetivos 804 (el 55.71%). El reparto de formas queda del siguiente modo:

—Demostrativo de 1ª persona: 849 ocurrencias (el 58.83%), de las que son pronombres 312 (el 21.62%) y adjetivos 537 (el 37.21%).

—Demostrativos de 2ª persona: 455 ocurrencias (el 31.53%), de las que son pronombres 251 (el 17.39%) y adjetivos 204 (el 14.13%).

—Demostrativos de 3ª persona: 139 ocurrencias (el 9.63%), de las que son pronombres 76 (el 5.26%) y adjetivos 63 (el 4.36%).

3.1.3. Conclusiones parciales

De los resultados anteriores podemos extraer las siguientes conclusiones:

1. En el conjunto del corpus, el número de ocurrencias de las formas adjetivas es muy superior al de formas sustantivas, 804 (el 55.71%) frente a 639 (el 44.28%) respectivamente. Esta situación se repite en la mayoría de las obras que integran el corpus, salvo en *El príncipe destronado* donde predominan las formas pronominales:

•*Vivir al día*: De un total de 634 ocurrencias, 367 son formas adjetivas (el 57.88%) frente a 267 formas sustantivas (el 42.11%).

•*Diario de un cazador*: De un total de 430 ocurrencias, 263 son formas adjetivas (el 61.16%) frente a 167 formas sustantivas (el 38.83%).

•*Viejas historias de Castilla la Vieja*: De un total de 164 ocurrencias, 90 son formas adjetivas (el 54.87%) frente a 74 formas sustantivas (el 45.12%).

•*El príncipe destronado*: De un total de 215 ocurrencias, 131 son formas sustantivas (el 60.93%) frente a 84 formas adjetivas (el 39.06%).

Esta situación coincide en parte con la que nos encontramos en el recuento de formas del demostrativo en *El camino* de Delibes (pág. 112), donde el número de formas adjetivas era ligeramente superior al

de formas sustantivas, 51.2% frente a 48.8% respectivamente, pero con un margen tan pequeño que venía a equivaler prácticamente a una equiparación entre ambas.

2. En el conjunto del corpus, el demostrativo de 1ª persona, *este*, es el más representado con un total de 849 ocurrencias (58.83%), seguido de *ese* con 455 (el 31.53%) y *aquel* con 139 (el 9.63%). Esta situación se repite sólo en dos de las obras, *Vivir al día* y *Diario de un cazador*, mientras que en *Viejas historias de Castilla la Vieja* y *El príncipe destronado* es el demostrativo de 2ª persona el más representado:

•*Vivir al día*: Sobre 634 ocurrencias, a *este* corresponden 453 (el 71.45%), a *ese* 102 (el 16.08%) y a *aquel* 79 (el 12.46%).

•*Diario de un cazador*: Sobre 430 ocurrencias, a *este* corresponden 245 (el 56.97%), a *ese* 163 (el 37.90%) y a *aquel* 22 (el 5.11%).

•*Viejas historias de Castilla la Vieja*: Sobre 164 ocurrencias, a *ese* corresponden 74 (el 45.12%), a *este* 62 (el 37.80%), y a *aquel* 28 (el 17.07%).

•*El príncipe destronado*: Sobre 215 ocurrencias, a *ese* corresponden 116 (el 53.95%), a *este* 89 (el 41.39%) y a *aquel* 10 (el 3.25%).

En cuanto a *El camino* (págs. 111-112), aquí el demostrativo de 1ª persona vuelve a ser el más representado con un 45.23%, seguido del de 2ª persona con un 28.82% y a corta distancia el de 3ª con un 25.94%.

3. Dentro de las formas sustantivas, en el conjunto del corpus, la forma más representativa es de nuevo el demostrativo de 1ª persona con un total de 312 ocurrencias (el 21.62%), seguido del de 2ª con 251 (el 17.39%) y el de 3ª con 76 (el 5.26%). En las obras concretas, esta situación sólo se da en *Vivir al día*, mientras que en el resto la forma del demostrativo predominante en la función de pronombre es *ese*:

•*Vivir al día*: Sobre 634 ocurrencias, a *este* corresponden 182 (el 28.70%), a *aquel* 52 (el 8.20%) y a *ese* 33 (el 5.20%).

•*Diario de un cazador*: Sobre 430 ocurrencias, a *ese* corresponden 103 (el 23.95%), a *este* 55 (el 12.79%) y a *aquel* 9 (el 2.09%).

•*Viejas historias de Castilla la Vieja*: Sobre 164 ocurrencias, a *ese* corresponden 33 (el 20.12%), a *este* 29 (el 17.68%) y a *aquel* 12 (el 7.31%).

•*El príncipe destronado*: Sobre 215 ocurrencias, a *ese* corresponden 82 (el 38.13%), a *este* 46 (el 21.39%) y a *aquel* 3 (el 1.39%).

En *El camino* (pág. 112) la forma más representativa dentro de las de función pronominal es *este* con un 47.73%, seguida de *ese* con un 39.54% y de *aquel* con un 12.73%. Esta situación vuelve a repetirse en el estudio de J. de Kock, donde *este* es la forma más representativa en 19T, ORT y UNA, con porcentajes que varían entre 61% y 68%, seguida de *ese*, que es la forma más representativa en ZAM y HCM (con porcentajes entre 72% y 66%) y la menos numerosa es *aquel*, con un 10% de promedio)[256]. Estos porcentajes, sin embargo, contrastan con los que obtienen A. Juilland y E. Chang Rodríguez, *Frequency Dictionary of Spanish Words*, La Haya, 1965, en cuyo corpus la forma más representativa es *ese* con 1031 ocurrencias, seguida de *este* con 969 y *aquel* con 138. En cambio, en el corpus de H. Keniston, *Spanish Syntax List*, Nueva York, 1937, *este* vuelve a ser la forma más representativa con 953 ocurrencias, seguida de *ese* con 834 y *aquel* con 140[257].

4. Dentro de las formas adjetivas, en el conjunto del corpus, la forma más representativa sigue siendo *este* con 537 ocurrencias (el 37.21%), seguido de *ese* con 204 (el 14.13%) y de *aquel* con 63 (el 4.36%). En las obras concretas esta situación se repite en todas ellas salvo en *Viejas historias de Castilla*

[256] J. de Kock, *Los pronombres demostrativos y relativos*, pág. 20.

[257] Cf. J. de Kock, *ibid.*, pág. 21.

la Vieja, donde el demostrativo de 2ª es el más representado en función de adjetivo:

•*Vivir al día*: Sobre 634 ocurrencias, a *este* corresponden 271 (el 42.74%), a *ese* 69 (el 10.88%) y a *aquel* 27 (el 4.25%).

•*Diario de un cazador*: Sobre 430 ocurrencias, a *este* corresponden 190 (el 44.18%), a *ese* 60 (el 13.95%) y a *aquel* 15 (el 3.48%).

•*Viejas historias de Castilla la Vieja*: Sobre 164 ocurrencias, a *ese* corresponden 41 (el 25%), a *este* 33 (el 20.12%) y a *aquel* 16 (el 9.75%).

•*El príncipe destronado*: Sobre 215 ocurrencias, a *este* corresponden 43 (el 20%), a *ese* 34 (el 15.81%) y a *aquel* 7 (el 3.25%).

En *El camino* (pág. 113), del análisis de las formas adjetivas, se desprende que *este* ocupa el primer lugar con el 42.9%, le sigue *aquel* con el 38.5% y *ese* con el 18.6%, resultado que no deja de sorprendernos y que se deben, sin duda, a las especiales características de esta obra, donde, a través de un largo *flash back*, el protagonista recuerda momentos claves de su pasado, por lo que la mención a lo lejano en el tiempo tiene un papel especialmente importante.

5. En el conjunto del corpus, de las 639 ocurrencias con valor pronominal, 461 (el 72.14%) pertenecen al género neutro, 119 (el 18.62%) al género masculino y 59 (el 9.23%) al género femenino. De las 461 formas de género neutro, la forma más representativa es *eso* con 213 ocurrencias (el 46.20%), le sigue a muy corta distancia *esto* con 206 ocurrencias (el 44.68%) y en último lugar *aquello* con 42 ocurrencias (el 9.11%). Esta situación viene a repetirse en las obras concretas, pues en todas ellas las formas neutras son las más representativas de entre las que tienen función pronominal, a muy larga distancia respecto a las formas masculinas y femeninas. Asimismo, dentro de las formas neutras, en todas las obras la más representativa es *eso*, salvo en *Vivir al día*, donde lo es *esto*. El reparto en cada una de las obras concretas queda como sigue:

•*Vivir al día*: de las 267 ocurrencias con valor pronominal, 172 (el 64.41%) pertenecen al género neutro, 68 (el 25.46%) al género masculino y 27 (el 10.11%) al género femenino. De las formas neutras la más representativa es *esto* con 118 ocurrencias (el 68.60%), seguida de *eso* con 31 (el 18.02%) y *aquello* con 23 (el 13.37%).

•*Diario de un cazador*: de las 167 formas con valor pronominal, 143 (el 85.62%) pertenecen al género neutro, 14 (el 8.38%) al género femenino y 10 (el 5.98%) al género masculino. De entre las formas neutras la más representativa es *eso* con 88 ocurrencias (el 61.53%), seguida de *esto* con 47 (el 32.86%) y *aquello* con 8 (el 5.59%).

•*Viejas historias de Castilla la Vieja*: de las 74 formas con valor pronominal, 56 (el 75.67%) pertenecen al género neutro, 13 (el 17.56%) al género masculino y 5 (el 6.75%) al género femenino. De entre las formas neutras la más representativa es *eso* con 25 ocurrencias (el 44.64%), seguida a corta distancia por *esto* con 21 (el 37.5%) y *aquello* con 10 (el 17.85%).

•*El príncipe destronado*: De las 131 formas con valor pronominal, 90 (el 68.70%) pertenecen al género neutro, 28 (el 21.37%) al género masculino y 13 (el 9.92%) al género femenino. De entre las formas neutras la más representativa es *eso* con 69 ocurrencias (el 76.66%), seguida de *esto* con 20 (el 22.22%) y *aquello* con sólo 1 ocurrencia (el 1.11%).

Respecto a *El camino* (págs. 112-113), de las formas sustantivas las más representativas son de nuevo las de género neutro con el 75.45%, mientras que las masculinas y femeninas apenas si suman juntas el 25% del total. Dentro de las formas neutras la más representativa es *eso* con un 49.4% de ocurrencias, seguida de *esto* con un 36.15% y por fin *aquello* con un 15%.

Si extrapoláramos estos resultados al comportamiento del demostrativo en español se obtendrían las siguientes conclusiones:

1. El español tiende a usar con preferencia las formas adjetivas del demostrativo respecto a las for-

mas sustantivas.

2. El sistema del demostrativo español se construye a partir de una estructura tripolar donde el demostrativo de 1ª persona se usa con preferencia sobre el demostrativo de 2ª y el de 3ª. De los demostrativos que indican el alejamiento, *ese* es con mucho el más representativo seguido a gran distancia por *aquel*. De este último, que significa la referencia a lo que está alejado del área de interés del *yo* y el *tú*, podemos añadir que tiene mayor presencia en los textos más «literarios», en nuestro caso *Vivir al día*, una colección de artículos periodísticos, donde supone el 12.46%, a corta distancia de *ese*, con el 16.08%, mientras que en aquellos otros que se acercan más al registro de la lengua popular, su presencia es casi testimonial: *Diario de un cazador*, con el 5.11%, y *El príncipe destronado*, con el 3.25%. Por tanto, se diría que para el hablante de tipo medio o para el hombre de la calle, el uso de *aquel* comporta tales connotaciones que suele evitar su uso.

3. *Este* es la forma más representativa tanto en los demostrativos con función sustantiva como adjetiva, seguida de *ese* y *aquel*

4. Dentro de las formas pronominales, las más representativas son las de género neutro, seguidas a gran distancia por las formas masculinas y femeninas. Esto demuestra la gran vitalidad del neutro en este tipo de unidades lingüísticas, algo que va unido a que su propia indefinición y ambigüedad permite una enorme gama de usos en nuestra lengua, como ya tendremos ocasión de comprobar.

5. De las formas con valor neutro, la más representativa es *eso*, seguido de cerca por *esto* y a mucha mayor distancia por *aquello*. Como hemos podido ver por las estadísticas anteriores, el predominio de *eso* entre las formas demostrativas sustantivas es más claro en las obras que se acercan más a la lengua popular y, como tendremos ocasión de ver más abajo, es también la forma más usada en los giros lexicalizados, surgidos por el uso frecuente de este pronombre en fórmulas y frases hechas, la mayoría de claro origen popular. Por tanto, el predominio de *eso* en la obra de Delibes hace que la sencillez y la imitación de las construcciones de la lengua hablada sean dos rasgos fundamentales de su estilo.

3.2. COMPORTAMIENTO SINTÁCTICO DEL DEMOSTRATIVO EN EL CORPUS

3.2.1. El demostrativo en la oración

En un estudio completo del demostrativo como éste no podía faltar una alusión al reparto de sus usos sintácticos, donde se dejara bien claro cuáles son las funciones gramaticales en las que es más probable encontrar a tales unidades lingüísticas.

A continuación presentamos dos tablas, una con el reparto de las formas del demostrativo por funciones en cada una de las obras, y la segunda con el cómputo global en todo el corpus. Hay que advertir que el cómputo se ha hecho sin distinguir entre formas sustantivas y adjetivas. No obstante, en las conclusiones damos cuenta, obra por obra, de cuáles son las funciones en las que las formas pronominales están más representadas y su número total de ocurrencias.

FUNCIONES	*Vivir al día*		*Viejas historias de Castilla la Vieja*		*Diario de un cazador*		*El príncipe destronado*	
	Nº ocurr.	%	Nº ocurr.	%	Nº ocurr.	%	Nº ocurr.	%
SUJETO	278	43.84	67	40.85	156	36.27	113	52.55
ATRIBUTO	4	0.63	--------		2	0.46	1	0.46
OBJETO DIRECTO	69	10.88	16	9.75	46	10.69	47	21.86
OBJETO INDIRECTO	9	1.41	3	1.82	7	1.62	3	1.39
SUPLEMENTO	18	2.83	5	3.04	10	2.32	5	2.32
CIRCUNSTANCIAL	197	31.07	61	37.19	189	43.95	41	19.06
- DE LUGAR	55	8.67	10	6.09	14	3.25	9	4.18
- DE TIEMPO	41	6.46	18	10.97	128	29.76	9	4.18
- DE MODO	30	4.73	7	4.26	9	2.09	4	1.86
- DE CAUSA	17	2.68	17	10.36	12	2.79	5	2.32
COMPLEMENTO AGENTE	2	0.31	---------		1	0.23	---------	
APOSICIÓN	9	1.41	1	0.60	-------		1	0.46
COMPLEMENTO DEL NOMBRE	42	6.62	10	6.09	18	4.18	4	1.86
COMPLEMENTO DE ADJETIVO	6	0.94	1	0.60	1	0.23	--------	
TOTAL	634		164		430		215	

Estadísticas globales:

FUNCIONES	Nº ocurr.	%
SUJETO	614	42.55
ATRIBUTO	7	0.48
APOSICIÓN	11	0.76
OBJETO DIRECTO	178	12.33
OBJETO INDIRECTO	22	1.52
SUPLEMENTO	38	2.63
COMPLEMENTO DEL NOMBRE	74	5.12
COMPLEMENTO DE ADJETIVO	8	0.55
CIRCUNSTANCIAL	488	33.81
- DE LUGAR	88	6.09
- DE TIEMPO	196	13.58
- DE MODO	50	3.46
- DE CAUSA	51	3.53
COMPLEMENTO AGENTE	3	0.20
TOTAL	1443	

De estas estadísticas podemos extraer las siguientes conclusiones:

1. Las funciones en las que el demostrativo tiene mayor presencia en el corpus son, por este orden, las de *sujeto*, *circunstancial, objeto directo, complemento del nombre, suplemento* y *objeto indirecto*; las menos representativas son las de *aposición, atributo, complemento de adjetivo* y *complemento agente*.

2. Dentro de la función de circunstancial, las más representativas son las de *circunstancial de tiempo, de lugar, de causa* y *de modo*. No es extraño que el mayor número de ocurrencias de la función de *circunstancial de tiempo* se dé en *Diario de un cazador*, pues aquí los parámetros temporales son básicos para situar la acción, teniendo en cuenta la forma que adopta el relato, la de un diario.

3. Tampoco nos sorprende el que precisamente los usos sintácticos menos representativos se den en la obra *Vivir al día*, la que dentro de nuestro corpus se aleja más de los registros de lengua hablada. En efecto, funciones como las de *aposición* o *complemento agente* son propias de textos de lengua escrita, en las que el hablante pone más cuidado y selecciona más conscientemente las estructuras que utiliza.

4. Aunque las estadísticas anteriores se hicieron sin distinguir entre formas sustantivas y adjetivas, un estudio de los usos sintácticos de las formas sustantivas nos dieron como resultado que los oficios en que estas formas son más representativas son los de *sujeto, objeto directo* y *suplemento*. En cambio, están prácticamente ausentes, por razones obvias, de la función de *circunstancial*, coto reservado prácticamente para las formas adjetivas, pues aquí, para la expresión del valor circunstancial, junto a la preposición, es imprescindible el sustantivo. El número de ocurrencias de formas sustantivas en las tres funciones primeras queda reflejado en el cuadro siguiente:

FUNCIONES	*Vivir al día*	*Diario de un cazador*	*Viejas historias de Castilla la Vieja*	*El príncipe destronado*
SUJETO	175	106	41	80
OBJETO DIRECTO	26	20	7	27
SUPLEMENTO	6	7	4	2

Esto significa que de las 614 ocurrencias de formas demostrativas en función de sujeto, 362 (casi un 59%) son de formas sustantivas; que de las 178 ocurrencias de formas en función de objeto directo, 80 (casi el 45%) son de formas sustantivas; y que de las 38 formas en función de suplemento, 19 (el 50%) son de formas con función pronominal.

En suma, todos los datos anteriores nos hacen ver que el demostrativo en el corpus, desde el punto de vista sintáctico, está más presente precisamente en aquellas funciones que son también las más habituales en la lengua: las de *sujeto*, *circunstancial* y *complemento directo*. Por lo que su comportamiento no discrepa,

en este terreno, del habitual en el resto de las formas nominales de nuestra lengua.

3.2.2. Otros aspectos del uso sintáctico del demostrativo en el corpus

Uno de los usos más característicos del demostrativo es su empleo como antecedente del relativo, tanto en función sustantiva, en la que es él el que actúa de antecedente, como en función adjetiva, en la que en realidad va determinando al auténtico antecedente, el sustantivo al que acompaña. A continuación damos sólo algunos ejemplos representativos de formas del demostrativo de nuestro corpus que desempeñan esta función, divididas entre formas pronominales y adjetivas:

•*Formas pronominales*:

♦...sería para nosotros un director más meritorio que *aquel que*, ..., sobrecoge a los espectadores... (*Vivir al día*, pág. 19).

♦ ...no merece la pena de considerarse sino *aquella que* alude a la belleza del «mínimo esfuerzo» en el deporte,... (*Vivir al día*, pág. 45).

♦ *Esto*, *que* ya no sorprende cuando se trata de manifestaciones más o menos frívolas... (*Vivir al día*, pág. 75).

♦ «He conocido de cerca *eso* tan desagradable *que* llamamos pobreza...» (*Vivir al día,* pág. 108).

♦ Una tendencia borreguil nos empuja a excomulgar sin más, a *aquel* a *quien* nuestro grupo señala como peligroso. (*Vivir al día*, pág. 220).

♦ ...de *esos que* se paran al ver una buena mujer,... (*Diario de un cazador*, pág. 21).

♦ ...pero que hizo muchas pendejadas de *esas que* luego se avergüenza uno. (*Diario de un cazador*, pág. 85).

♦ El Pepe le advirtió que de *eso que* se pensaba, ni hablar,... (*Diario de un cazador*, pág. 90).

♦ ¿No es *eso lo que* usted quiere decir? (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 93).

•*Formas adjetivas*:

♦ A *esta Castilla* es a *la que* me refiero. (*Vivir al día*, pág. 21).

♦ ...*esa hora absurda, que* bien mirado no es carne ni pescado,... (*Vivir al día*, pág. 73).

♦ ...como *esos equipos que* no se entregan sin lucha,... (*Vivir al día*, pág. 101).

♦ ...o sea *aquellos hombres para quienes* la lucha contra la adversidad... (*Vivir al día*, pág. 115).

♦ ...en *aquellas localidades donde* exista problema escolar,... (*Vivir al día*, pág. 209).

♦ ...a *esos cazadores* —digo— *que* todavía van a la pieza noblemente,... (*Diario de un cazador*, pág. 5).

♦ El de Francés que parece de *esos tipos que* miran a las mujeres de arriba abajo;... (*Diario de un cazador*, pág. 21).

♦ ...porque es una de *esas mujeres que* trastornan a los hombres. (*Diario de un cazador*, pág. 76).

♦ ...es que *esa cosa que* hace no está bien hecha. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 88).

♦ —Y con *esas malas tragaderas que* dices que tiene,... (*El príncipe destronado*, pág. 133).

En el cuadro adjunto resumimos el reparto de formas del demostrativo antecedentes del relativo:

TIPOS	FORMAS	*Vivir al día*	*Diario de un cazador*	*Viejas historias de Castilla la Vieja*	*El príncipe destronado*
PRONOMBRES	*ÉSTE*	7	1	1	---------
	ÉSE	2	4	1	1
	AQUÉL	17	--------	1	---------
ADJETIVOS	*ESTE*	11	2	1	---------
	ESE	18	6	6	3
	AQUEL	9	--------	--------	--------
TOTAL		64	13	10	4

Es decir, de las 91 oraciones de relativo presentes en nuestro corpus, en *Vivir al día* actúan como antecedente del relativo 26 formas pronominales del demostrativo, frente a 38 formas adjetivas; en *Diario de un cazador* esta proporción es de 5 formas pronominales frente a 8 adjetivas; en *Viejas historias de Castilla la Vieja* la proporción es de 3 frente a 7 y en *El príncipe destronado* es de 1 frente a 3. En consecuencia, podemos concluir que en función de antecedente del relativo las formas del demostrativo más habituales son las adjetivas frente a las sustantivas.

En cuanto a las formas concretas que actúan como antecedente, en todas las obras es el demostrativo de 2ª persona el más frecuente, salvo en *Vivir al día*, donde en esta función encontramos al demostrativo de 3ª en 26 ocasiones, frente a las 20 del demostrativo de 2ª y a las 18 del de 1ª. Esta preeminencia del demostrativo de 3ª como antecedente del relativo en *Vivir al día* lo explicamos por ser ésta la obra que mejor reproduce los registros de lengua culta, donde además es más habitual ver en otros tipos de usos al demostrativo *aquel*, casi ausente de las demás obras. Asimismo, otro indicio de que estamos ante la más «literaria» de las cuatro obras es que también es aquí donde es mayor el número de oraciones de relativo, en general más habituales en registros de lengua escrita. En el resto de obras, las que consideramos más cercanas a los registros de lengua hablada, el número de oraciones de relativo es infinitamente menor y, curiosamente, es también donde el demostrativo de 3ª está prácticamente ausente.

En cuanto a las formas del relativo de las que los demostrativos son antecedentes, la preeminencia la tiene el relativo *que* con 72 ocurrencias, seguido ya a muy larga distancia por *el que* con 8, *quien* con 5, *cuyo* con 3, *donde* con 2 y *como* con 1.

En *El camino* (pág. 117, n. 6), el demostrativo aparecía funcionando como antecedente del relativo en 13 ocasiones, en 4 de ellas como forma pronominal y en 9 como forma adjetiva. De las 13 ocasiones, el demostrativo de 3ª aparecía en 8 y el de 2ª en 5.

En el estudio de J. de Kock (pág. 25), es significativo que la forma más usada sea *aquel*, seguida de *ese* y, a larga distancia, *este*. No debemos olvidar que la mayoría de los corpora estudiados por este autor corresponden a textos literarios, y por tanto, registros de lengua culta.

Por todo ello podemos acabar concluyendo que en español, cuando se usa el demostrativo en la función de antecedente del relativo, las formas más usadas son *aquel* y *ese*, siendo la primera la preferida en los registros de lengua culta; cuando el hablante busca una forma alternativa, recurre a *ese*.

Finalmente en J. de Kock, la forma del relativo más usada en todos los casos es *que*. Lo mismo sucedía en *El camino*.

De otro lado, el demostrativo español en función pronominal puede funcionar como núcleo nominal de complementos determinativos, encabezados habitualmente por la preposición *de*. A continuación damos algunos de los ejemplos más representativos de esta construcción presentes en nuestro corpus:

- No creo que *aquello de* renovarse o morir deba ser tomado al pie de la letra,... (*Vivir al día*, pág. 24).
- En Roma, por *aquello de que* el padre Martín caminó siempre un poco adelantado,... (*Vivir al día*, pág. 66).
- A lo mejor *todo eso del* progreso y la cultura no es más que un espejismo. (*Vivir al día*, pág. 127).
- De aquí se deduce que *estas cosas de* la «eterna rivalidad»...no constituyen una mera fraseología deportiva,... (*Vivir al día*, pág. 165).
- El señor Moro me había dicho que *eso de* las propinas se acabó con la guerra,... (*Diario de un cazador*, pág. 24).
- *Esto de* la caza nace con uno: se mama. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 80).
- Es muy serio, hija, *eso de* los complejos. (*El príncipe destronado*, pág. 87).
- —¿No irás tú también a sermonearme sobre *esas tonterías de* los complejos? (*El príncipe destronado*, pág. 134).

En el cuadro adjunto resumimos el reparto de formas del demostrativo ante complemento determinativo:

FORMAS	*Vivir al día*	*Diario de un cazador*	*Viejas historias de Castilla la Vieja*	*El príncipe destronado*
Esto	6	14	5	1
Eso	3	11	1	1
Aquello	17	4	5	--------
Otras formas	2	1	1	1
TOTAL	28	30	12	3

Por tanto, el número de ocurrencias de formas del demostrativo ante complemento determinativo en el corpus es de 73. Las obras donde esta construcción es más representativa es en *Diario de un cazador*

y *Vivir al día*.

Asimismo, estamos ante una construcción dominada por el demostrativo en función pronominal y de género neutro, pues bajo el apartado «otras formas» recogemos dos ejemplos de «estas cosas de», construcción que consideramos equiparable con el demostrativo neutro, uno de «este de», otro de «ese de» y uno de la expresión «esas tonterías de».

De otro lado, las construcciones *esto de* y *aquello de* están empatadas con 26 ocurrencias cada una, mientras *eso de* presenta 16 ocurrencias.

Por último es llamativo el alto número de ejemplos de *aquello de* en *Vivir al día*, que explicamos por tratarse de una expresión más propia de la lengua escrita que de la popular[258].

En nuestro estudio de *El camino* (pág. 117) esta construcción era prácticamente irrelevante, con sólo tres ejemplos, 2 con *aquello de* y 1 con *eso de*.

En J. de Kock (págs. 36-37) la construcción más representativa es *ese de*, seguida de *aquel de* y, por último, *este de*. En su corpus, el 64% de los casos, en promedio, corresponde a una forma neutra, siendo *eso de* la construcción predominante, a la que de Kock considera prácticamente como una locución.

Por nuestra parte queremos hacer ver que, al menos en nuestro corpus, las construcciones *eso de* y *aquello de* son utilizadas para introducir expresiones, dichos o frases que el hablante conoce o usa con frecuencia o que, al menos, considera que son conocidas de los que participan en el acto de la comunicación:

[258] De todos modos, como indica de Kock (*ibid.*, pág. 63), el uso de demostrativo neutro ante complemento determinativo es más característico de la lengua hablada que de la escrita. El que esta construcción sea tan abundante en *Vivir al día*, la supuestamente más «literaria» de las obras de nuestro corpus, vendría a avalar la consabida sen-

♦ No creo que *aquello* de renovarse o morir deba ser tomado al pie de la letra,... (*Vivir al día*, pág 24).

♦ Dijo él: «Joroba ya *eso* de Pavo, Pavo, a lo bobo,...» (*Diario de un cazador*, pág. 42) (alude al mote que se aplica a un alumno).

♦ El Cazador no llega a *aquello* de decir que lo que haya en España deba ser para los españoles... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 91).

De este modo se resume lo que, de otro modo, sería muy complicado, poco interesante o inadecuado precisar[259].

En otras ocasiones, sobre todo con *esto de* y *eso de*, el hablante introduce de nuevo algo dicho recientemente o que se ha repetido mucho o, simplemente, que tiene en ese momento muy *in mente*:

♦ Digo yo que qué tendrá *esto* de la caza... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 79).

♦ ...*esto* de la caza tira de uno más fuerte que las mujeres. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 79).

♦ Es muy serio, hija, *eso* de los complejos. (*El príncipe destronado*, pág. 87).

♦ —¿No irás tú también a sermonearme sobre *esas tonterías* de los complejos? (*El príncipe destronado*, pág. 134).

Por último, a veces este tipo de estructuras presentan un claro valor despectivo:

Entonces dijo la Carmina que es muy bonito *eso* de echar golfos al mundo... (*Diario de un cazador*, pág. 28).

Cuestión aparte es la del tipo de determinante que lleva el demostrativo en función sustantiva. A continuación damos algunos de los ejemplos más representativos de esta función hallados en nuestro corpus:

♦ ...y como aficionado al deporte de la bicicleta, me quedo con *este último*. (*Vivir al día*, pág. 46).

♦ El novelista dice: «Pon *esta otra*». (*Vivir al día*, pág. 71).

---

cillez del estilo de Delibes y su imitación de la lengua hablada también en una colección de artículos periodísticos.

[259] Cf. J. de Kock, *ibid.*, pág. 58.

♦ ...y *todo aquello* de la «solidaridad» y el «desprendimiento de los españoles»... (*Vivir al día*, pág. 94).

♦ ...«si *todos aquellos* que creemos en estas raras cosas llamadas libertad y dignidad humanas...» (*Vivir al día*, pág. 109)[260].

♦ A don Rodrigo *todo esto* le parece una tempestad en un vaso de agua. (*Diario de un cazador*, pág. 82).

♦ *Todo eso* viene de cuando niños, ya ves. (*El príncipe destronado*, pág. 86).

De los 29 ejemplos en que el demostrativo en función pronominal lleva algún determinante, en 26 casos la forma utilizada es *todo*, en 2 *otro* y en 1 *último*.

En *El camino* (pág. 118), en los 16 ejemplos de formas sustantivas del demostrativo con determinante, el único utilizado era *todo*.

Por ello, extrapolando estos resultados, podemos concluir que, en español, cuando el demostrativo en función pronominal debe llevar algún determinante, la forma *todo* parece ser la más habitual.

Característico del demostrativo en función adjetiva es la posibilidad de aparecer pospuesto al sustantivo al que acompaña. En estos casos se le suele atribuir valor enfático. A continuación damos algunos de los ejemplos más representativos de formas pospuestas del demostrativo en nuestro corpus:

♦ ...*circunstancia ésta* que imprime generalmente a las novelas de iniciación una prolijidad ingenua,... (*Vivir al día*, pág. 30).

♦ No sé por qué me viene a la sesera cada vez que se abre la temporada *la perdiz aquella* de Villalba;... (*Diario de un cazador*, pág. 13).

♦ También gibaría que *la chavea esa* me hiciera perder la cabeza. (*Diario de un cazador*, pág. 38).

♦ *El bicho este* no vale un real. (*Diario de un cazador*, pág. 51).

♦ ¡Qué se habrá creído *la panoli esa*! (*Diario de un cazador*, pág. 64).

[260] Según J. A. Martínez, *op. cit.*, pág. 106, *todo* manifiesta una especial predilección por acompañar, ante oración de relativo, a *aquel*, que presenta un valor generalizador. Además, añade que esta combinación con *este/ese* no es posible.

♦ *El vino ése* le pisaban en los lagares de Marchamalo,... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 25).

♦ En cuanto *al señor Ortega ese*, si lo que le gusta es que haya poca caza que aguarde un poco. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 93).

♦ —*El crío este* tiene cada cacho salida. (*El príncipe destronado*, pág. 109).

En el cuadro adjunto recogemos el reparto de formas pospuestas:

FORMAS	*Vivir al día*	*Diario de un cazador*	*Viejas historias de Castilla la Vieja*	*El príncipe destronado*
Este	1	10	----------	1
Ese	----------	9	14	----------
Aquel	----------	8	2	----------
TOTAL	1	27	16	1

El número total de formas adjetivas del demostrativo pospuestas es de 45. Las obras con el mayor número de ejemplos son *Diario de un cazador*, con 27, y *Viejas historias de Castilla la Vieja*, con 16. En esta última obra, el mayor número se registra en el relato *La caza de la perdiz roja*, donde se reproduce la conversación entre el viejo cazador Juan Gualberto con el autor. Por tanto, el demostrativo pospuesto se usa en el corpus sobre todo en las obras que más se acercan a los registros de lengua hablada. Además, de las formas usadas en posposición, 23 corresponden a *ese*, 12 a *este* y 10 a *aquel*.

Asimismo, son muchos los ejemplos en que el demostrativo pospuesto aparece en frases con claro valor despectivo o «enfático negativo»:

♦ Ya me olía yo que *la pingo esa* andaría por medio. (*Diario de un cazador*, pág. 110).

♦ *A la tipa esa* le voy a dar un día un soplamocos bien dado... (*Diario de un cazador*, pág. 157).

♦ *Los extranjeros esos* se metieron en las plazas de toros por ver cómo nos divertíamos los españoles. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 90).

♦ ¿Puede decirme qué saca en limpio, *con los cotos esos*, el Juan Gualberto? (*Viejas historias de Castilla la*

Vieja, pág. 96) (el personaje ha expresado anteriormente su desprecio por los cotos de caza).

Otras veces el demostrativo se pospone a un nombre propio que designa a alguien al que no conoce el personaje que habla:

—Si lo que quiere su amigo, *el señor Ortega ese*, es que haya poca caza, que aguarde de aquí a diez años. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 95) (el autor ha hablado al Juan Gualberto de las opiniones que sobre la caza tenía Ortega y Gasset).

Otras veces la posposición se hace a un «extranjerismo», que el personaje no sabe o no quiere pronunciar bien:

...y que con los automóviles y las motos y *los «jepes» esos* no queda mato por registrar. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 94) (Es decir los «jeeps»).

O cuando se alude a un deporte como el fútbol, que levanta pasiones, pero que el viejo cazador no entiende o no le gusta:

¿Por qué cree usted que va hoy tanta gente *al fútbol ese*? (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 87).

En cambio, en el uso de *aquel* en posposición, por ejemplo, observamos que a veces alude a algo pasado pero que se recuerda con nostalgia:

- No sé por qué me viene a la sesera cada vez que se abre la temporada *la perdiz aquella* de Villalba;... (*Diario de un cazador*, pág. 13).
- ...y a la segunda le tiramos al tiempo, como *la perdiz aquella* de Villalba,... (*Diario de un cazador*, pág. 133).

Con el demostrativo *este* pospuesto generalmente lo único que se hace es insistir en algo que se acaba de decir, dándole un especial relieve:

Yo no sé qué piensa esta mujer; me giba ya tanto tira y afloja. *La chavala esta* no quiere comprometerse aunque Asterio diga misa. (*Diario de un cazador*, pág. 114).

Queda claro que los únicos casos de posposición recogidos aquí por nosotros son los del demostrativo en función adjetiva, en donde al sustantivo suele preceder al mismo tiempo el artículo.

Otra cuestión serían los numerosos ejemplos de demostrativos pronominales en función de sujeto que aparecen al final de la oración. En este caso, lo normal es que aparezcan en oraciones en estilo directo y muchas veces en entornos exclamativos (en definitiva, en situaciones propias de la lengua hablada):

- Luego dijo el cabo que según la Ley de Caza no puede cazarse donde haya frutos pendientes. «Son negrales *estos*...» (*Diario de un cazador*, pág. 17).
- Don Florián dijo: «¡Qué hermoso animal *aquel*!» (*Diario de un cazador*, pág. 43).
- —¡Huy, madre, qué chico *éste*! (*El príncipe destronado*, pág. 17).
- —¡Coño, con la pava *ésta*! (*El príncipe destronado*, pág. 70).

En resumen, las oraciones con demostrativo pospuesto poseen un especial valor enfático o estilístico y aparecen en contextos que reproducen el estilo de la lengua hablada.

De otro lado, también tenemos algunos ejemplos de la construcción *uno/a(s) + de + demostrativo*, que, en principio, sirve para caracterizar a un individuo dentro de la clase a la que pertenece[261]. He aquí la lista de ejemplos de esta construcción hallados en nuestro corpus:

- Se hace difícil pensar en *una de estas localidades* como objetivo de un viaje. (*Vivir al día*, pág. 20).
- ...como *uno de esos aficionados modestos* que superan el «hinchismo» desaforado... (*Vivir al día*, pág. 85).
- ...y quizás haya en todo esto,..., *una de esas misteriosas decisiones* con que el Señor distingue a sus elegidos. (*Vivir al día*, pág. 162).

[261] Cf. S. Fernández Ramírez, *op. cit.*, pág. 121.

♦ ...por *una de esas caprichosas fintas* en que también es pródiga nuestra época,... (*Vivir al día*, pág. 170).

♦ ...el alcalde de mi ciudad es *uno de esos «aborrecibles hombres de las nueve»* que tanto precisa el país;... (*Vivir al día*, pág. 188).

♦ ...no son gentecilla de poco más o menos, *de esa de leguis charolados*... (*Diario de un cazador*, pág. 5).

♦ Melecio es *uno de esos tipos* que no hace un solo movimiento de más. (*Diario de un cazador*, pág. 8).

♦ El de Francés que parece *de esos tipos* que miran a las mujeres de arriba abajo;... (*Diario de un cazador*, pág. 21).

♦ ...*de esos* que se paran al ver una buena mujer,... (*Diario de un cazador*, pág. 21).

♦ ...me leía don Ctesifonte, el maestro, una entrevista con *uno de esos señorones de postín*,... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 89).

De los diez ejemplos de esta construcción presentes en nuestro corpus, nueve llevan a *ese* como forma del demostrativo en función de adjetivo. Además, en la mayoría de los casos aparece una oración de relativo, de la que actúa como antecedente el sustantivo al que acompaña el demostrativo, que sirve para caracterizar y situar mejor al individuo dentro de la clase a la que pertenece:

...como *uno de esos aficionados modestos* que superan el «hinchismo» desaforado... (*Vivir al día*, pág. 85).

Otras veces, en vez de oración de relativo, aparece un complemento determinativo encabezado por *de* que cumple la misma función que la oración de relativo en el caso anterior:

...no son gentecilla de poco más o menos, *de esa de leguis charolados*... (*Diario de un cazador*, pág. 5).

Hay ejemplos en los que el indefinido *uno/a(s)* está omitido, lo cual refuerza el valor enfático que esta expresión también puede tener[262]:

[262] Cf. Mª. A. Álvarez Martínez, *op. cit.*, pág. 132. La autora habla aquí del valor enfatizador de *ese*, más frecuente en la construcción *un* + sustantivo + *de* + *ese* + adjetivo. Las que aquí recogemos serían más bien variantes de este valor enfatizador de *ese*. Sobre este tipo de construcciones, W. Beinhauer, *El español coloquial*, Gredos, Madrid, 1991 (2ª reimpr. de la 3ª ed. 1978), pág. 363, trae a colación algunos ejemplos en los que, según él, el valor

El de Francés que parece *de esos tipos* que miran a las mujeres de arriba abajo;... (*Diario de un cazador*, pág. 21).

Del valor enfático se pasa a menudo a expresar un claro valor despectivo o de desprecio:

- ...no son gentecilla de poco más o menos, *de esa de leguis charolados*... (*Diario de un cazador*, pág. 5).
- Melecio es *uno de esos tipos* que no hace un solo movimiento de más. (*Diario de un cazador*, pág. 8).
- ...me leía don Ctesifonte, el maestro, una entrevista con *uno de esos señorones de postín*,... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 89).

En *El camino* (págs. 118-119), los ejemplos más parecidos a los de esta construcción aparecían en giros de carácter temporal: «una de estas tardes», «uno de aquellos días», e indicaban indeterminación temporal.

Entre los usos sintácticos del demostrativo tenemos que destacar el empleo de la forma adjetiva junto al apelativo 'cosa', que viene a equivaler a las formas correspondientes del neutro *esto, eso*. He aquí algunos ejemplos representativos:

- En fin, *estas cosas* consolidaron nuestra amistad. (*Vivir al día*, pág. 64).
- «...¿Por qué piensas hoy *esas cosas*?» (*Diario de un cazador*, pág. 35).
- Y con *estas cosas*, el lugar empezó a atraer a las gentes... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 38).
- Los niños buenos no dicen *esas cosas*. (*El príncipe destronado*, pág. 21).

En primer lugar, hay que señalar la ausencia de la expresión *aquellas cosas*. De otro lado, este tipo de construcción, equivalente al neutro, es propia de la lengua hablada, por lo que su presencia en el cor-

---

del giro *de esos* (y también *de estos*) sería actuar como un elemento retardatario «que deja tiempo al hablante para encontrar un adjetivo lo más significativo posible»: *un éxito de esos monumentales*; *durmiendo una siesta de esas kilométricas*. En opinión de este autor, *kilométricas* es aquí un epíteto humorístico improvisado, preparado por el *de esas* que precede.

pus, con un total de 26 ocurrencias, confirma la tendencia de Delibes a incorporar en sus obras elementos de la lengua popular.

En su función de determinante nominal el demostrativo puede aparecer acompañando al nombre propio, en un uso en que también podemos encontrar al artículo, aunque en los niveles de lengua popular. He aquí la listas de ejemplos:

- —Pero bueno*, ese Jiménez Lozano* de su periódico, ¿qué es? (*Vivir al día*, pág. 118).
- —Oiga usted, pero *este Lozano* es un progresista, ¿no? (*Vivir al día*, pág. 120).
- *Este don Rafael* me va a hacer la tana. (*Diario de un cazador*, pág. 16).
- *Este Melecio* tiene un temperamento del diablo. (*Diario de un cazador*, pág. 35).
- *Ese don José* —dice— ¿era por un casual una buena escopeta? (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 91).
- En cuanto *al señor Ortega ese*, si lo que le gusta es que haya poca caza que aguarde un poco. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 93).
- —Si lo que quiere su amigo, *el señor Ortega ese*, es que haya poca caza, que aguarde de aquí a diez años. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 95).
- *Esa Seve* yo no sé qué estará pensando. (*El príncipe destronado*, pág. 77).
- ...¿quién te cuenta esas historias, Quico?...

—La Domi.

—*Esa Domi*..., dijo Mamá. (*El príncipe destronado*, pág. 166).

En la mayoría de los casos, el nombre propio al que acompaña el demostrativo aparecía previamente, por lo que su uso junto al nombre propio es «redundante», consiguiéndose como efecto el darle un énfasis especial.

Este valor enfático se incrementa cuando, además, el demostrativo usado es el de 2ª persona y aparece pospuesto:

—Si lo que quiere su amigo, *el señor Ortega ese*, es que haya poca caza, que aguarde de aquí a diez años.

(*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 95).

El personaje, el Juan Gualberto, se refiere a ese señor Ortega (Ortega y Gasset), mencionado por el autor, al cual no conoce (ni parece manifestar mucho interés por conocerlo) y que tiene esas opiniones tan extrañas sobre la caza.

El mismo valor enfático posee el demostrativo *ese* antepuesto en:

...¿quién te cuenta esas historias, Quico?...
—La Domi.
—*Esa Domi*..., dijo Mamá. (*El príncipe destronado*, pág. 166).

Aquí la madre de Quico manifiesta su disgusto con la actitud de la mujer que llena la fantasía del niño con todo tipo de historias.

Paralelamente, encontramos ciertos casos en que el demostrativo ya no acompaña al nombre propio, sino que lo sustituye:

♦ La Domi dio un brinco, agarró a Quico de un brazo y le zarandeó:
—*Esto* es más malo que un dolor. (*El príncipe destronado*, pág. 127).
♦ La Domi señaló para el Quico con encono:
—*Éstos* la despertaron, como siempre. (*El príncipe destronado*, pág. 143).

En este tipo de construcción, propia de la lengua hablada, el valor deíctico del demostrativo se transforma en valor enfático, sobre todo cuando se emplea el neutro. El neutro «esto», a pesar de su teórico valor de indeterminación, que la Domi emplea para referirse a Quico, da una idea más precisa de lo que la mujer piensa del niño que si hubiera empleado una de las formas concordantes del demostrativo.

De otro lado, tenemos un ejemplo en el corpus en que el demostrativo aparece usado como un au-

téntico transpositor, sustantivando, como si de un artículo se tratara, a un adverbio:

...pues, *por aquel entonces*, Norteamérica ya había entrado en la guerra... (*Vivir al día*, pág. 214).

La expresión *por aquel entonces* equivale a 'por aquel tiempo', 'por aquella época', y supone un buen ejemplo de cómo el demostrativo en forma adjetiva puede sustantivar otras unidades léxicas, en este caso un adverbio, igual que lo haría un artículo.

Por otra parte, queremos señalar algunos casos en que parece romperse la concordancia entre sujeto y verbo, al aparecer como sujeto un demostrativo neutro en oraciones con el verbo *ser* y un sustantivo en plural que hace las veces de atributo:

- ¡*Aquello* eran vientos! (*Diario de un cazador*, pág. 11)
- El Tomillo dijo que *eso* serían otras,... (*Diario de un cazador*, pág. 82).
- Se lo propuse a Melecio en cuanto llegó y el torda dijo que *eso* son chiquilladas. (*Diario de un cazador*, pág. 154).

Desde nuestro punto de vista, en la 1ª y 3ª oración no cabe duda de que *aquello* y *eso* actúan como sujeto —están por frases como «¡Aquellos eran vientos!» o «ésas son chiquilladas»—; en el segundo caso, *eso*, para entenderlo como sujeto, habría que suponerle como equivalente la oración «eso les sucedería a otras».

La explicación de este tipo de construcciones es que en oraciones de carácter atributivo, puede hacer de sujeto un colectivo, un neutro o un grupo nominal sustantivado indiferente al número. En estos casos, la concordancia del verbo se ajusta variablemente con uno de los términos, el sujeto o el atributo. En los ejemplos que tenemos, el verbo adopta la forma de plural porque ésta es la que lleva el atributo[263]

[263] Cf. E. Alarcos Llorach, *op. cit.*, pág. 269. Por su parte, Mª Ángeles Álvarez Martínez, *op. cit.*, pág. 119, siguiendo a A. Quilis, *La concordancia gramatical en la lengua española hablada en Madrid,* CSIC, Madrid, 1983, págs. 92-93, explica esta anomalía en la concordancia diciendo que «cuando el elemento no neutro está en plural, el

(aunque perfectamente podría haber concordado con el sujeto: «eso es una chiquillada»).

Finalmente, tenemos un ejemplo en que Delibes utiliza el neutro *aquello*, con valor de indeterminación, para construir el derivado *antiaquello*:

> El español siempre ha jugado a polarizarse en los extremos. Antes que afirmar, niega; antes que esto es *antiaquello*. (*Vivir al día*, pág. 219).

En principio, estamos ante una variante del giro *esto...aquello...*, que el hablante usa cuando habla de modo genérico y no quiere precisar un contenido concreto:

> Allí no había forma de entenderse: uno decía *esto*, otro *aquello*; era un diálogo de sordos.

El término *antiaquello* significaría «algo que uno dice para oponerse a lo que dice su interlocutor» y, como se ha dicho, indica indeterminación.

El empleo del neutro *aquello* como base para constituir términos que significan algo que decimos de modo general, cuando no queremos o no podemos concretar una cualidad o un contenido, tiene cierta tradición en nuestra lengua. Así, como término desusado de la lengua familiar, tenemos el verbo *aquellar*, que el D.R.A.E. define como 'verbo que se emplea en sustitución de otro cualquiera cuando se ignora este o no se quiere expresar': *En lo mejor de la loa me AQUELLÉ, sabiéndola, como la sabía, mejor que el padrenuestro* (cf. *s. v. aquellar*).

Del mismo tipo es el verbo *aquellotrar* y las formas antiguas *aquillotrar, quillotrar* y el sustantivo *quillotro*.

---

verbo se presenta también en plural». Estas construcciones, según añade esta autora, son equivalentes a otras introducidas por *todo*: *todo son tonterías*. Además, añadimos nosotros, en estas construcciones es habitual encontrar juntos al demostrativo neutro y al indefinido *todo*: *todo eso son vanas ilusiones*.

Es decir, en este caso, Delibes se limita a utilizar el demostrativo neutro de 3ª, que indica la indeterminación absoluta, para construir un término derivado, *antiaquello*, que significa precisamente 'oposición a algo dicho por nuestro interlocutor, pero que no queremos precisar'.

3.3. ÍNDICE DE FÓRMULAS GRAMATICALIZADAS EN QUE PARTICIPA EL DEMOSTRATIVO EN EL CORPUS[264].

A continuación recogemos un conjunto de fórmulas o giros idiomáticos más o menos fosilizados, en su mayoría basados en el neutro y procedentes casi todos ellos de la lengua popular. En esta lista hemos incluido también algunas frases hechas en las que también interviene el demostrativo.

3.3.1.Fórmulas que utilizan el neutro *eso*

•*Eso*, equivaliendo a un adverbio de afirmación, 'sí', 'así es', 'en efecto', usado para confirmar una opinión expresada por nuestro interlocutor —o por nosotros mismos— o como respuesta a una pregunta de éste. Damos sólo algunos de los ejemplos más representativos:

♦ —Este río no es fácil para cucharilla.
—No, no es fácil.
—Hacen falta pulso y precisión.
—*Eso*. (*Vivir al día*, pág. 122).

♦ Por ahí terminaremos. Por matar gallinas y patos de corral, *eso*. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 100).

♦ —¿Culo es pecado?
—*Eso*; y si lo dices te llevan los demonios al infierno. (*El príncipe destronado*, pág. 16).

♦ —¿Voy al infierno —preguntó— si digo leche?

[264] Un índice semejante de formas lexicalizadas con el demostrativo se encuentra en nuestro estudio de *El camino*, págs. 120-124. Remitimos a él para completar las observaciones que hacemos aquí sobre algunas de las formas del índice y su valor correspondiente.

—*Eso*. (*El príncipe destronado*, pág. 40).

♦ —¿Pintas un tren?

—*Eso* —dijo él—, un tren. (*El príncipe destronado*, pág. 134).

♦ —Los hilos, ¿son para atar el clavo?

—*Eso* —dijo Mamá. (El príncipe destronado, pág. 143).

•*Eso sí*[265]:

♦ Tampoco don Rodrigo le iba a hacer ascos, creo yo. Ahora*, eso sí*, por mucho personal que llegue a tener, el encargado de matar las liebres seré siempre yo. (*Diario de un cazador*, pág. 154).

♦ De madrugada se largó con viento fresco. *Eso sí*; me recomendó mucho que cuide a la vieja. *(Diario de un cazador*, pág. 159).

•*Eso no*:

—Lo nuestro hace años que ha terminado —señaló a Quico con la barbilla—. Pero están éstos y hay que fingir...

La tía Cuqui se encampanó:

—*Eso no* —dijo—. El matrimonio se hace y se deshace entre dos. (*El príncipe destronado* pág. 147).

•*¿Es eso?*:

Él me pasó a la habitación vecina y me salió con que si yo había caído había caído aquí al olor de la conserjería. «Vamos, vamos, *¿es eso*?»,... (*Diario de un cazador*, pág. 12).

•*No es eso*, usada para desmentir una afirmación dicha por nuestro interlocutor. Damos sólo algunos de los ejemplos más representativos:

[265] Se trata de un conector que introduce un miembro discursivo que atenúa o invierte las conclusiones que se pueden sacar del miembro anterior. Sobre esto, cf. Mª. A. Martín Zorraquino y J. Portolés Lázaro, «Los marcadores del discurso», en I. Bosque y V. Demonte (eds.), vol. III, págs. 4051-4213, en 4120-4121.

♦ Don Florián, el cura párroco del Carmen, se hartaba de decirme: «*No es eso*, mozo. No pares la escopeta cuando oprimes el gatillo. (*Diario de un cazador*, pág. 13).

♦ Me preguntó si es que pensaba guardársela y le dije que *no era eso*,... (*Diario de un cazador*, pág. 36).

♦ —Parece como que hablara usted del año veinte, coño.

—*No es eso*, Barbas. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 86).

♦ —¿NAo irás tú también a sermonearme sobre esas tonterías de los complejos?

— *No es eso*,... (*El príncipe destronado*, pág. 134).

•*Eso es*, con el sentido de 'así es', se usa para confirmar algo dicho anteriormente[266]:

Yo pienso que el día que me ocurra lo que a él, que el reúma o el asma o la historia no me dejen salir al campo, me moriré de asco. Como el padre. *Eso es*, igual que el padre. (*Diario de un cazador*, pág. 14).

•*Por eso*, usado casi siempre con valor causal, como giro causal-explicativo, se sitúa normalmente al principio de frase y recoge lo dicho en la oración anterior y lo convierte en la razón última que explica lo que viene en la oración en que aparece. Damos sólo algunos de los ejemplos más representativos:

♦ *Por eso* Juan Arias no podía correr, ni hacer ejercicio y, últimamente, ni siquiera dormir. (*Vivir al día*, pág. 163).

♦ Ella me contó que la buñolería es de su padre, y que acaba de tener un hermanito y *por eso* venía ella a ayudar a su padre... (*Diario de un cazador*, pág. 40).

♦ Le pregunté que si por lo de los tiznones, y ella dijo que no *por eso*,... (*Diario de un cazador*, pág. 57).

♦ Estas enseñanzas me han sido muy prácticas en la vida y las he respetado como a la Iglesia. Me gibó *por eso* hoy Tochano en el café. (*Diario de un cazador*, pág. 84).

♦ «Si es *por eso* no te preocupes...» (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 13).

♦ *Por eso* cuando decidí marchar del pueblo,... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 50).

[266] Como forma de afirmación y asentimiento, *eso es* es una simple variante del simple *eso*. En ambos casos, la *e* de *eso* se pronuncia generalmente muy larga y abierta (cf. W. Beinhauer, *op. cit.*, pág. 205). En este mismo lugar nos recuerda este autor el valor irónico que a veces tiene el giro: «(Un obrero despedido por informal protesta de la presunta injusticia): *¡Eso es!...¡A la calle un obrero honrado...! ¡está bien!*».

♦ —¿Qué tiene usted que decir de este perro?

—Nada.

—*Por eso*... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 78).

♦ —Bueno, y a ti, ¿qué?

—Nada.

—*Por eso*. (*El príncipe destronado*, pág. 37).

♦ —De mi vida, eres niño como yo, *por eso* te quiero tanto y te doy mi corazón. (*El príncipe destronado*, pág. 162).

En la mayoría de los ejemplos aquí recogidos *eso* conserva su valor anafórico original y el giro su valor causal. Como giro gramatical plenamente fosilizado lo encontramos en un uso curioso, como respuesta brusca a nuestro interlocutor, que acaba de rectificar una opinión anterior que podía dar lugar a un malentendido:

—Bueno, y a ti, ¿qué?

—Nada.

—*Por eso* (=¡Ah, bueno, me creía!).

•*Pues eso*, giro empleado a modo de comodín, cuando no se quiere o no se puede mencionar algo concreto:

Y las plazas, *pues eso*, se quedan, desde entonces, medio vacías. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 90)[267].

•*Y eso*, que aparece junto a un sustantivo con el sentido de 'y otras cosas por el estilo', se usa cuando el hablante no quiere o no puede añadir más precisiones a lo ya dicho:

[267] Obsérvese que en el ejemplo, la expresión *pues eso* aparece intercalada en mitad de la frase, como introduciendo un parón en la misma. Creemos que este uso se apoya en el *pues* que se incluye en oraciones subordinadas (condicionales y causales normalmente), cuando el hablante tiene cierta dificultad para recordar lo que iba a decir. Se trata de un *pues* «parásito», que incluso llega a aparecer en frases muy breves: *Si no quieres, pues déjalo*

♦ Pero mira lo que dicen los psiquiatras.

—¿Qué?

—Los complejos *y eso*. (*El príncipe destronado*, pág. 86).

♦ —Nada —corroboró Mamá—. Cuando le miré estaba congestionado, pero de arcadas *y eso*, nada. (*El príncipe destronado*, pág. 134).

•*Cómo es eso*, usado para pedir a nuestro interlocutor alguna aclaración a lo dicho por él:

...y él dijo entonces que se casa con la Paula para Navidad. Le pregunté *cómo era eso*... (*Diario de un cazador*, pág. 53).

•*Eso es que*, con el sentido de 'eso se debe a que', sirve para introducir una explicación:

Quico dio otro par de saltitos. Juan le miró y dijo:

—*Eso es que* se ha repasado, seguro. (*El príncipe destronado*, pág. 98).

•*Para tanto como eso*, con el sentido de 'para eso'. Damos sólo algunos ejemplos:

♦ Tochano dijo que *para tanto como eso* es mejor que no se abra la veda mientras no se pueda tirar a todo. (*Diario de un cazador*, pág. 19).

♦ Le recordé yo que doña Flora, de regreso, le sacudió dos guantadas y dijo que *para tanto como eso* no había dado ella permiso para orinar antes de la procesión,... (*Diario de un cazador*, pág. 46).

♦ Esta tarde encontré a la Modes que se llevaba una botella de aceite. Tuve bronca con la madre. *Para tanto como eso* no me estoy yo reventando. (*Diario de un cazador*, pág. 98).

•*Tanto como eso*, equivalente al giro 'nada de eso', 'no era para tanto'[268]:

(cf. Beinhauer, *op. cit.*, pág. 411).

[268] Según nos confirma Beinhauer (*op. cit.*, pág. 319, n. 219), este giro tiene el sentido de 'no diría yo tanto', y se usa para indicar alguna clase de duda: Leonor (a su padre, empeñado en alabar sólo el buen carácter de su futuro yerno): *No, y físicamente tampoco es despreciable, no creas, papá.* —Antonio: *Mujer, tanto como eso...* (gesto

—Se queda. Pero ya se las canté; tenía ganas de cantárselas.

—¿No la habréis liado?

—*Tanto como eso*, pero vamos. (*El príncipe destronado*, pág. 105).

•*Eso que*, giro concesivo con el valor de 'a pesar de que'[269]:

♦ La Modes no quiso venir a echar una mano, *eso que* la avisé ayer. (*Diario de un cazador*, pág. 8).

♦ ¡No te giba! *Eso que* sólo viene por las mañanas a hacerme la merienda. (*Diario de un cazador*, pág. 158).

•*Entre eso y que*, que añade una nueva causa a la ya indicada para explicar un hecho:

Entre eso y que siempre navegó adelantado,... (*Vivir al día*, pág. 66).

•*Para eso*:

♦ No se trata de compensar a nadie de las amarguras sufridas —*para eso* están las medallas—,... (*Vivir al día*, pág. 188).

♦ La madre dice que con la categoría no se come y le sobra razón. Yo no tengo más que categoría y un uniforme. Y *para eso* también Tochano tiene uniforme,... (*Diario de un cazador*, pág. 58.)

♦ En la sesión de la noche se ocuparon veintidós butacas contadas. ¡Y *para eso* cuatro acomodadores! (*Diario*

---

de duda) = 'hasta ahí no llegaría yo en mis elogios' (cf. Beinhauer, *op. cit.*, pág. 319, n. 219).

[269] Este giro concesivo es variante de *y eso que*, que es la que cita Beinhauer, *op. cit.*, págs. 130-131. Respecto al origen de esta expresión, hay desacuerdo entre los diversos autores, algo de lo que también nos informa Beinhaeur. Para él *y eso que* sería una construcción elíptica cuyo complemento sintáctico sería *es lo que tiene de particular*; para ello se basa en los siguientes modismos: *¿y eso qué?, y eso ¿qué importa?, y eso ¿qué tiene que ver?, y eso ¿qué tiene de particular?*, donde el primer modismo sería la forma elíptica de los restantes. Sobre este mismo giro, cf. L. Flamenco García, «Las construcciones concesivas y adversativas», en I. Bosque y V. Demonte, vol. III, págs. 3805-3878, en págs. 3834-3835. Para este autor, el giro, frecuente en la lengua hablada, pone de relieve algo manifestado con anterioridad por el hablante o interlocutor, siendo habitual que la oración concesiva aparezca pospuesta.

de un cazador, pág. 108).

•*Con eso y con todo*, giro con valor adversativo, significa 'a pesar de todo':

Convengamos en que así, la cifra es más modesta, pero *con eso y con todo*, ¿hemos pensado en que 600 millones equivalen a 1.200 escuelas...? (*Vivir al día*, pág. 208).

3.3.2. Fórmulas a partir del neutro *esto*

•*Esto es*, giro parentético con valor explicativo y el sentido de 'es decir'[270]. Damos sólo algunos ejemplos:

♦ ...o sea aquellos hombres para quienes la lucha contra la adversidad —*esto es*, contra una tierra ingrata y una climatología veleidosa— supone un estímulo antes que una causa de desaliento. (*Vivir al día*, pág. 115).

♦ *Esto es*, yo no encuentro...que el prescindir de la puntuación y de las normas gramaticales entrañe un anhelo renovador de la técnica novelística,... (*Vivir al día*, págs. 160-161).

♦ No deja de ser curioso que J. R. llegase a Maryland de suplente, *esto es*, de profesor consorte. (*Vivir al día*, pág. 214).

♦ ...si las famosas Tres Marías tienen necesariamente que subsistir en nuestros planes de enseñanza, que sean cuatro, *esto es*, que se añada a las existentes la Educación Cívica,... (*Vivir al día*, pág. 220).

•*Esto y lo otro*, giro que indica indeterminación[271]:

---

[270] Se trata de un reformulador que introduce un miembro discursivo que aclara o explica otro anterior. Suele aparecer cuando el miembro del discurso que lo incluye comenta el mismo tópico que el anterior. Sobre esto, cf. Mª. A. Martín Zorraquino y J. Portolés Lázaro, *op. cit.*, págs. 4124-4125.

[271] Este giro es una forma reducida de *esto y lo otro y lo de más allá*, que según Beinhauer (*op. cit.*, pág. 343) es una fórmula de enumeración, usada cuando al detallar distintas cosas o circunstancias hay alguna dificultad; para resolverla, la lengua coloquial recurre a «abstracciones numéricas» del tipo de *a* + *b* + *c*. El valor de indeterminación que nosotros le hemos atribuido se justifica porque esta fórmula es, en palabras de Beinhauer, muy expresiva para «operar con valores generales que encubren la falta de cosas o circunstancias nombrables y concretas».

¿...después de comerse un taco tranquilamente a la abrigada charlando de *esto y lo otro*? (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 88).

•*Esto... y esto*, giro que indica indeterminación:

...y que no basta tener en la cartera un buen fajo para determinar *esto* hago *y esto* no hago. (*Diario de un cazador*, pág. 128).

•*Esto...aquello...* (con su variante *esto...antiaquello*), giro que indica indeterminación:

♦ Cuando dentro de un cuadro de lógica elemental deberíamos decir: si *esto* está mal o *aquello* marcha inadecuadamente, evitémoslo o mejoremos su funcionamiento. (*Vivir al día*, pág. 111).
♦ El español siempre ha jugado a polarizarse en los extremos. Antes que afirmar, niega; antes que *esto* es *antiaquello*. (*Vivir al día*, pág. 219).

•*Esto*, con valor de confirmación o aseveración, presenta el sentido de 'esto es', 'así es':

El bicho este no vale un real. Sobre los cinco barbos, *esto*. (*Diario de un cazador*, pág. 51).

•*De esto a* + infinitivo, construcción equivalente a *de aquí a* + infinitivo:

De esto a pretender que un defensa —bueno o malo— enseñe a tirar a puerta a un delantero... (*Vivir al día*, pág. 185).

3.3.3. Fórmulas gramaticalizadas con las formas concordantes del demostrativo en giros con valor temporal[272]

[272] Aunque catalogadas como temporales, en realidad algunas de las fórmulas fijas que aquí recogemos tienen ante todo un valor anafórico, sobre todo *en ese caso* y sus variantes.

•*En esas*:

Don Justo del Espíritu Santo, el cura párroco, se obstinó en canonizarla y elevarla a los altares, y *en ésas* andan metidos en el pueblo todavía. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 33).

•*En éstas*:

♦ ...y *en éstas* llamaron a la puerta. (*El príncipe destronado*, pág. 41).

♦ ...y, *en éstas*, Mamá, que servía a Quico canalones de la fuente...les dijo muy seriamente que si no podían cambiar de conversación... (*El príncipe destronado*, pág. 62).

♦ ...y, *en éstas*, Mamá se enfureció... (*El príncipe destronado*, pág. 99).

•*A estas/esas alturas*. Damos sólo algunos ejemplos:

♦ ...y *a esas alturas* de civilización el hombre de nuestro tiempo ya no experimentará angustia... (*Vivir al día*, pág. 137).

♦ Por de pronto, *a estas alturas*, juzgo inservibles los elementales criterios estimativos de nuestras abuelas... (*Vivir al día*, pág. 154).

♦ *A estas alturas* es un elemental principio de justicia el que cada hombre parta de cero... (*Vivir al día*, pág. 182).

♦ Hacer nueve perdices entre dos escopetas *a estas alturas* es una hazaña. (*Diario de un cazador*, pág. 76).

♦ Respondió que no esperaba otra cosa *a estas alturas*,... (*Diario de un cazador*, pág. 104).

•*En este/ese/estos/esos casos*[273]. Damos sólo algunos ejemplos:

♦ Uno piensa, *en esos casos*, que jamás volverá a escribir,... (*Vivir al día*, pág. 28).

[273] Este giro en español actual está en vías de lexicalización, por eso, junto a ejemplos en que ya actúa como fórmula fija, como una especie de «comodín», no es difícil encontrar otros en que aún conserva su sentido pleno. Giro gramaticalizado: *En ese caso no interesa* (*Diario de un cazador*, pág. 24); giro no gramaticalizado: *y, en esos casos, en torno al Barbas se forma una atmósfera irrespirable* (*Viejas historias de Castilla la Vieja*).

♦ ...es una palabra incómoda pero insustituible, *en este caso*, para delimitar el concepto caridad,... (*Vivir al día*, pág. 120).

♦ Ya la advertí que, *en ese caso*, retiraré mil duros para hacerme ropa. (*Diario de un cazador*, pág. 65).

♦ Le dije que *en ese caso*, bien. (*Diario de un cazador*, pág. 124).

♦ ...y, *en estos casos*, la tía Marcelina afirmaba que la descarga podía matar a un hombre... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 17).

♦ ...y como *en esos casos*, según es sabido, lo mejor son los golpes,... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 46).

♦ *En estos casos* hay que actuar con sumo tacto,... (*El príncipe destronado*, pág. 135).

•*De un tiempo a esta parte*:

En resumen, los «divos», los fijos, los marcas, etc. vienen *de un tiempo a esta parte* ablandando el bravo deporte de la bicicleta... (*Vivir al día*, pág. 46).

3.3.4. Fórmulas gramaticalizadas con las formas concordantes del demostrativo en giros con valor modal

•*De este/ese modo*. Damos sólo algunos ejemplos:

♦ Aunque tal vez *de ese modo* el escritor se esterilizase en una reiteración mecánica de tono y medida. (*Vivir al día*, pág. 29).

♦ *De este modo*, el amor por España y lo español se extiende día a día en los Estados Unidos... (*Vivir al día*, pág. 212).

♦ ...y *de este modo* parecía que en la vida había visto doce billetes juntos. (*Diario de un cazador*, pág. 122).

♦ *De este modo*, desde chico me sentí comprometido... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 50).

♦ ...pero *de este modo* se ahorra uno dos kilómetros en el coche de San Fernando. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 73).

•*De esta forma*:

De esta forma, cuando el galguero la arrancaba,... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 53).

•*De esta/esa manera*. Damos sólo algunos ejemplos:

♦ El deporte se convierte *de esta manera* en una cosa demasiado aséptica y previsible. (*Vivir al día*, pág. 42).

♦ *De esta manera* el funcionamiento del cuerpo social será perfecto... (*Vivir al día*, pág. 182).

♦ Le dije entonces que si no le daba vergüenza emborracharse *de esa manera* con su hijo de cuerpo presente... (*Diario de un cazador*, pág. 49).

♦ Aún el señor Moro le hizo ver que *de esta manera* perdemos la grati de Navidad,... (*Diario de un cazador*, pág. 153).

♦ A ver quién es —dijo— ese niño que chilla *de esa manera*. (*El príncipe destronado*, pág. 10).

•*Por este camino*:

♦ Yo me temo que, *por este camino*, el Real Madrid acabará demostrando solamente que su club es el campeón europeo de taquillas,... (*Vivir al día*, pág. 87).

♦ *Por este camino* se ha llegado a la lamentable actividad que hoy denunciamos:...(*Vivir al día*, pág. 134).

♦ ...también resulta evidente que de seguir *por este camino* no serán piedras sino bombas lo que arrojen sobre él. (*Vivir al día*, pág. 140).

•*Por estos derroteros*:

Por estos derroteros iríamos a parar muy lejos y no, a buen seguro, a una meta optimista. (*Vivir al día*, pág. 140).

•*En este orden de cosas*:

En este orden de cosas, La Mancha está más cerca de Andalucía que de Castilla. (*Vivir al día*, pág. 21).

3.3.5. Fórmulas gramaticalizadas con las formas concordantes del demostrativo en giros con valor diverso[274]

•*A este respecto*. Damos sólo algunos ejemplos:

♦ *A este respecto*, es curioso observar que si don Álvaro hubiese efectuado su triste gira cinco siglos más tarde,... (*Vivir al día*, pág. 12).

♦ A mí no me es difícil imaginar los titulares de los periódicos del futuro *a este respecto*:... (*Vivir al día*, pág. 80).

♦ (Recuérdese *a este respecto* que las librerías españolas en 1944 estaban en manos de los Lajos Zilahy, André Maurois,...) (*Vivir al día*, pág. 155).

♦ *A este respecto* convendrá advertir que no es mejor cazador quien más afina la puntería;... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 86).

•*En este aspecto*:

♦ Y no sólo no cunde *en este aspecto* el ejemplo de Ortega,... (*Vivir al día*, pág. 40).

♦ ...éste le dirá que nuestros ríos del norte representan *en este aspecto* un paraíso;... (*Vivir al día*, pág. 88).

•*Con ésas*:

—Vamos, a la Vito le sales ahora *con ésas*. (*El príncipe destronado*, pág. 99).

•*A estos efectos*:

Yo recuerdo *a estos efectos* la lucha atroz que en mis tiempos suponía enfrentarse con la lista de los reyes godos... (*Vivir al día*, pág. 41).

[274] De las formas recogidas en este apartado, *a este respecto* y *en este sentido* actúan ya casi siempre como giros plenamente lexicalizados, sobre todo el primero. Su valor es el de servir de simples «conectores lógicos» entre oraciones: se usan a modo de puentes entre lo ya dicho y lo que se va a decir a continuación.

•*En este sentido*. Damos sólo algunos ejemplos:

♦ *En este sentido* la suavidad de la palabra mantisa viene a subrayar la rigidez mineral... (*Vivir al día*, pág. 52).

♦ ...puesto que ya Carlos III realizó esfuerzos *en este sentido*...(*Vivir al día*, pág. 112).

3.3.6. El demostrativo en expresiones o frases hechas

♦ Uno, en suma, se pregunta,: *¿No será ésta la madre del cordero*? (*Vivir al día*, pág. 19).

♦ Las victorias del equipo madrileño han reverdecido los laureles del fútbol español...*por esos campos de Dios*. (*Vivir al día*, pág. 85).

♦ —*¿Cómo va eso*, Juan? (*Vivir al día*, pág. 163 (2 vv.))[275].

♦ —Bueno, *eso es cosa sabida*. (*Vivir al día*, pág. 188).

En esta obra tienen auténtico valor de giros o frases hechas, por el número de veces que aparecen, construcciones como:

—*Esto quiere decir que*:

Esto quiere decir que, tradicionalmente, el clero regular vallisoletano buscó en la salida sur de la ciudad lugar para su asentamiento. (*Vivir al día*, pág. 12). Cf. también: págs. 17, 20, 25, 49, 50 (con valor negativo), 85, 96, 155, 178, 188 (con valor negativo).

—*Esto equivale a decir que*:

Esto equivale a decir que la madurez del novelista no viene impuesta por lo que los años dan de experiencia o de imaginación,... (*Vivir al día*, pág. 32). Cf. también: págs. 39, 47, 58, 61.

[275] Este giro, en donde empleamos el neutro *eso* para saludar, lo consideramos una variante del giro coloquial consistente en emplear el demostrativo *ese* en usos fijos para preguntar por la salud o saludar, de los que habla Mª. A. Álvarez Martínez, *op. cit.*, págs. 132-133. A este respecto, cf. también Beinhauer, *op. cit.*, págs. 162-163.

—*Esto equivale a afirmar que*:

Esto equivale a afirmar que la caridad como tal está en nuestro país en franco declive... (*Vivir al día*, pág. 94).

—*Esto significa que*:

Esto significa que el «western», si aspira a pervivir, debe abandonar todo prurito de perfeccionamiento...(*Vivir al día*, pág. 49).

—*Esto no quita para que*:

Esto no quita para que, hilando más delgado, hagamos un expreso reconocimiento de la patria chica del galardonado:... (*Vivir al día*, pág. 62). Cf. también: pág. 200.

Todos estos giros, que son sinónimos, tienen el carácter de frases hechas, en primer lugar por su propia frecuencia; en segundo lugar, aparecen todos al comienzo de frase, con el fin de amplificar o completar algo dicho con anterioridad, por lo que tienen el valor de auténticas fórmulas explicativas.

♦ «¿Y el Seguro no paga?», dije yo. «*Ese es otro cantar*», respondió ella suspirando. (*Diario de un cazador*, pág. 11).

♦ «...*Eso no quita para que* si don Basilio me ofrece la conserjería le vaya a arrugar el morro». (*Diario de un cazador*, pág. 12).

♦ «Vengan los seis. Con un duro me limpio yo el ojete». Le dije que *no se trataba de eso*...[276], (*Diario de un cazador*, pág. 37).

♦ El hombre se subió a la parra y voceó que los sobase bien y luego dijera que estaban fríos. Yo le dije que *no se trataba de eso*. (*Diario de un cazador*, pág. 37).

♦ Hay que empezar por buscarle fuera y *eso es un renglón*. (*Diario de un cazador*, pág. 58).

[276] El giro «no se trata de eso» se puede considerar sinónimo de «no es eso», que hemos recogido más arriba como una de las fórmulas gramaticalizadas construidas en base al neutro *eso*.

♦ Lo del Pavo es un monte de encina apañadito y abierto. Se tira superior de la parte de la corta. *Eso no quita para que* yo hiciera poca carne. (*Diario de un cazador*, pág. 59).

♦ ...y que en cuanto a lo de la calefacción *eso es otro cantar*. (*Diario de un cazador*, pág. 75).

♦ Él se subió a la parra y dijo que pusiera en Aniago a un tragaleguas, que no hubiera agarrado una arma en su vida, a ver. Le dije que *no se trataba de eso*.. (*Diario de un cazador*, pág. 84).

♦ No hay duda que el marrajo sabe dar incienso, y a uno, aunque presuma de estar de vuelta, le gusta que le enjabonen. *Esta es la fetén*. (*Diario de un cazador*, pág. 104).

♦ Mientras la mixomatosis respete la perdiz y la liebre, bien vamos. *Con estas coplas* se me hicieron las tantas... (*Diario de un cazador*, pág. 114).

♦ Hoy dice el periódico que la veda no se alza mañana, sino el 2. ¡*Está bueno eso*![277] (*Diario de un cazador*, pág. 139).

♦ Después de todo, Anita no es una tabla y si tiene mucho o poco *ésa es cuestión mía*. (*Diario de un cazador*, pág. 149).

♦ Pero *ése es otro cantar*. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 33).

♦ *Por esa regla de tres* lo mismo podría decirle usted roja a la chova de campanario. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 77).

♦ *A saber con qué se come eso*. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 91).

♦ *Ése es otro cantar*, jefe. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 97).

♦ —Ese es Tang; *ése sí que* es malo. (*El príncipe destronado*, pág. 24).

♦ —Mujer —dijo Mamá—.Alguno había de ir

♦ —¡Concho!, *eso digo yo*,...(*El príncipe destronado*, pág. 25).

♦ —*Eso digo yo*. ¿Quién le enseñará esas cosas? (*El príncipe destronado*, pág. 39).

♦ —Has tenido suerte, *eso es todo*[278]. (*El príncipe destronado*, pág. 86).

---

[277] El español coloquial siente una especial predilección por los medios de expresión indirecto, sólo alusivos. Ello explica la frecuencia en el uso de ciertos giros irónicos, en donde lo enunciado es contrario a lo que se piensa. Entre estos giros está el uso de adjetivos como *bueno, bonito, dichoso* para referirse, precisamente, a lo que nos parece malo, feo o desagradable (cf. Beinhauer, *op. cit.*, pág. 229). O en palabras de Spitzer: «La ironía gusta de poner ante los ojos un engañoso paraíso, para luego destruir esa bella visión mediante la entonación, el gesto o la misma situación» (L. Spitzer, «Italienische Umgangssprache», Bonn y Leipzig, 1922, pág. 106, citado por Beinhauer, *ibid.*).

[278] Para poner en evidencia que ya se ha terminado de hablar o que no se tiene interés en seguir hablando, el

♦ Ahora, que tú estés aquí a gusto por siete reales, *ése es otro cantar*. (*El príncipe destronado*, pág. 105).

3.3.7. Conclusiones parciales

De este índice de fórmulas gramaticalizadas podemos extraer las siguientes conclusiones:

1. Como se ha podido observar, la forma del demostrativo preferida por la lengua para construir fórmulas fijas es el neutro *eso*, que aunque muchas veces conserve su valor original, generalmente anafórico, en otros casos se ha convertido en una especie de «comodín» idiomático, con un valor meramente enfático, que tiene su origen en la lengua popular —una prueba más de la sencillez de la lengua y el estilo de Delibes—. En estos giros es menos frecuente ver *esto* y sobre todo *aquello* —este último evitado casi por sistema por la lengua popular—, dado que aún conservan gran parte de su fuerza mostrativa. De hecho, la mayoría de las veces su valor es de indeterminación, es decir señalamiento a algo impreciso que no se quiere o no se puede precisar más, y que les viene sobre todo del hecho de ser neutros.

2. También son muy frecuentes los giros lexicalizados en los que intervienen formas concordantes del demostrativo. Se trata sobre todo de giros con valor temporal y modal. En ellos se alternan giros plenamente lexicalizados como *de este modo, de esta manera, de esta forma, a estas alturas* con otros en vías de lexicalización como *en este/ese/estos/esos casos*.

3. Importantísima es también la participación del demostrativo en frases hechas, frecuentes en la lengua tanto escrita como hablada. A este respecto, es interesante constatar el carácter de giros o frases hechas que adquieren en *Vivir al día* expresiones como *esto significa, esto quiere decir que, esto significa que, esto no quita para que*, que sirven para introducir un nuevo pensamiento conectado con lo dicho anteriormente. El origen de estos giros —en esta obra lo hemos visto— está en la repetición frecuente, y

---

español coloquial usa gran número de expresiones entre las que gana terreno la fórmula *eso es todo*, frente a la más tradicional *(y) nada más*. Es posible que la fórmula *eso es todo* se haya visto favorecida por el inglés *that's all* o el francés *c'est tout*, sin que por ello haya que tildarla de anglicismo o galicismo (cf. Beinhauer, *op. cit.*, pág. 424, n. 1, que cita a E. Lorenzo).

sin preocuparse demasiado de su sentido concreto, en lugares siempre fijos de la frase, en este caso al comienzo de las mismas, de construcciones muchas veces casi sinónimas, con una función muy precisa: servir de conectores o de introductores entre dos pensamientos en la cadena de la argumentación.

3.4. EL DEMOSTRATIVO DESDE EL PUNTO DE VISTA SEMÁNTICO

3.4.1. La deixis espacial

Por deixis espacial entendemos, como ya dijimos más arriba (pág. 52), la referencia a la posición en el espacio de los participantes en el acto comunicativo. Entre las unidades lingüísticas que tienen la capacidad mostrativa espacial o local se cuentan, como es bien sabido, los demostrativos.

S. Fernández Ramírez considera que la localización de los seres y objetos situados en nuestro horizonte sensible supone tomar tres elementos de orientación: el *yo*-hablante, el *tú* del interlocutor y los seres u objetos mentados. Cada uno de estos elementos se encuentra en un plano distinto. El plano de los objetos, que convencionalmente llamaremos *A*, está situado excéntricamente a cada uno de los planos personales, que cuando se articula en torno al *yo* lo llamaremos *B* y cuando lo hace en torno al *tú* lo llamaremos *C*. Todas las posiciones son relativas y el plano de los objetos puede llegar a coincidir completamente en *B* y *C* con cada uno de los planos personales, siendo la posición máxima de coincidencia cuando el objeto se identifica con el *yo* o con el *tú*[279].

Por lo tanto, a la hora de estudiar el funcionamiento del demostrativo en el marco espacial, debemos

[279] S. Fernández Ramírez, *op. cit.*, págs. 108-109. Estructurar el horizonte sensible en torno a tres referentes, el *yo* del hablante, el *tú* del oyente y la cosa u objeto referido, equivale en cierta medida a la más tradicional formulación que, relacionando cada forma del demostrativo con una de las personas gramaticales, habla de tres referentes: el *yo*-hablante, el *tú*-oyente y el *él* de la persona o cosa mencionada por hablante e interlocutor, que fue el esquema que seguimos en nuestro anterior trabajo sobre el demostrativo (págs. 124-126) para articular la deixis espacial, la «mostración de presencia». Esto es así porque si como tercer miembro del esquema deíctico hablamos del objeto=*él*, es debido al carácter de «no persona» que a veces suele atribuirse a la 3ª persona gramatical.

tener en cuenta la distancia relativa que el objeto señalado mantiene respecto a los participantes en el acto de comunicación. Obviamente, esta distancia no es medible normalmente en términos objetivos, pues el hablante estructura el espacio desde su propia perspectiva, es decir, estamos ante un hecho traspasado de subjetividad, como también quedó bien claro al hablar de las «dimensiones deícticas» en la primera parte de este trabajo.

De otro lado, la relación que el demostrativo guarda con las tres personas gramaticales y con el posesivo, los dos «agentes» fundamentales de la *deixis personal*, según el conocido esquema:

este → *yo* → *mío*
ese → *tú* → *tuyo*
aquel → *él* → *suyo*

hacen que en la deixis espacial el demostrativo sea usado como un «índice» más para el señalamiento hacia las personas gramaticales. Es decir, cuando se usa, por ejemplo, el demostrativo *este* para aludir a lo que está cerca del yo o en su área de influencia, se está haciendo, al mismo tiempo, referencia muchas veces al mismo *yo*.

Asimismo, al hablar de la deixis espacial tendremos en cuenta los posibles casos de «deixis textual», es decir, cuando el señalamiento se realiza hacia el propio discurso, tomando como punto de partida el lugar del discurso al cual hemos llegado.

Por otra parte, es frecuente encontrar casos de deixis espacial que podrían considerarse al mismo tiempo como portadores de un valor anafórico. Para estos casos hemos reservado la denominación de *anadeixis* y también recogeremos aquí los ejemplos que encontremos en nuestro corpus.

Finalmente, incluimos en este apartado también casos de deixis espacial teñidos a veces de otros valores, como por ejemplo, el uso de la expresión deíctica con valor generalizador o indeterminado en algunos de los giros lexicalizados vistos en el apartado anterior, o su uso con «valor estilístico».

Ofrecemos a continuación una pequeña selección de los ejemplos más representativos del uso del demostrativo con valor espacial, organizados según su relación con las personas del discurso, de acuerdo con el esquema sugerido más arriba por Fernández Ramírez[280]:

A) *Señalamiento hacia el yo o su zona de influencia*. En este caso se usa el demostrativo *este* para aludir a todo aquello que pertenece o interesa al hablante[281]:

♦ ...y ya es sabido que la breve y efímera literatura de prensa es seguramente la más rentable dentro de lo poco rentable que en todo caso resulta la literatura en *este país*. (*Vivir al día*, pág. 8).

♦ —¿Cómo ves la novela, el teatro y el cine, como conjunto, en relación con Dios?
—A mis alumnos les señalo *esta curva*. (*Vivir al día*, pág. 72).

♦ —No es oro todo lo que reluce. Mira *estas piernas*; bueno, ahí donde las ves apenas pueden sostenerme. (*Vivir al día*, pág. 104).

♦ ...y luchamos juntos contra todo esto, *este país* no va a ser siempre la Cenicienta de Europa. (*Vivir al día*, págs. 109-110).

♦ Y ya es sabido que en *esta vieja Celtiberia* la traición se paga con la vida o con un cerco de desdenes e incomprensiones... (*Vivir al día*, pág. 165).

♦ Extraño, sinuoso curso el de este proceso de un hombre que, benefactor o no, a los cazadores de *este rincón* del mundo nos ha hecho la pascua. (*Vivir al día*, pág. 170).

♦ Observen: *Esta* es la villa de Tordesillas, en cuyo convento de las Claras pasó parte de su vida, doña Juana, La Loca. (*Vivir al día*, pág. 198).

♦ «*Este pellejo* tiene dueño», dije tranquilamente, quitándoselo al Sol de la boca. (*Diario de un cazador*, pág. 20).

---

[280] A decir verdad, el esquema de Fernández Ramírez se refiere únicamente al señalamiento hacia objetos que están dentro del horizonte sensible de los intervinientes en el acto de comunicación. Nosotros, en cambio, basamos la deixis espacial en el señalamiento a esos mismos actantes, con lo que incluimos también aquí la referencia a objetos que, a veces, no están exactamente «a la vista» del hablante y del oyente, sino, por ejemplo, en el espacio evocado de la memoria. Ello se debe a que hemos incluido también aquí casos de la llamada *deixis am phantasma*, que, como ya dijimos en pág. 38, no iba a tratarse en este trabajo en un apartado específico.

[281] En la siguiente relación damos todos los ejemplos hallados en el corpus de señalamiento hacia los participantes en el acto de comunicación.

♦ Y de que llegó mayo subimos y en un periquete, sobre *estas mismas piedras*, hizo él un tollo con cuatro jaras y nos encerramos los dos en él,... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 66).

♦ Tosió, al concluir, y la bata de flores rojas y verdes dijo:

—*Este niño* se ha constipado. (*El príncipe destronado*, pág. 15).

♦ —Tengo mucha tela que cortar; deme la leche y luego el Santines que me suba *esto*. —Le tendió un papel al señor Avelino. (*El príncipe destronado*, pág. 19).

♦ La Vítora examinó un momento a Juan, levemente descolorido,...:

—Ha adelgazado *este chico*... (*El príncipe destronado*, pág. 23).

♦ ...y la niña se recostó en su pecho y cerró los ojos. Dijo:

—*Esta criatura* está muerta de sueño. (*El príncipe destronado*, pág. 45).

♦ ...le revolvió el pelo y le dijo:

—¿Qué dice *este mico*? (*El príncipe destronado*, pág. 54).

♦ ...y Merche le dijo abriendo un libro:

—Pablo, por favor, puedes explicarme *esto*... (*El príncipe destronado*, pág. 56).

♦ —Anda, échalo, ya se le hizo la bola; las tragaderas de *este niño* son una calamidad. (*El príncipe destronado*, pág. 65).

♦ Hay que ir con mucho tiento. Mira *este pobre*. (*El príncipe destronado*, pág. 87).

♦ Se recostaba en el fogón de sintasol rojo y apuntó con el cigarrillo para el termo:

—¿Y *esto*? (*El príncipe destronado*, pág. 106).

B) *Señalamiento hacia el tú o su zona de influencia*. Aquí lo habitual es usar el demostrativo *ese* para aludir a todo aquello que tiene conexión directa con el *tú* y con su ámbito de influencia:

♦ Al salir del tollo me dijo Patrocinio de mal humor: «*Esa pierna* adelantarías más cortándola.» (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, págs. 66-67).

♦ Quico estiró un dedo y lo fue arrimando poco a poco hasta tocar el papel:

—¿Quién es *ése*? —preguntó.

—El Cosaco Verde —respondió Juan. (*El príncipe destronado*, pág. 24).

♦ Miró el jeroglífico, frunciendo el ceño y dijo despectivamente:

—¿Es la playa *eso*? (*El príncipe destronado*, pág. 25).

♦ Quico le miró, escéptico.

—¿Es *eso* el infierno? —preguntó. (*El príncipe destronado*, pág. 39).

♦ —No, Cris —le reprendió—. *Eso* es para hacer caca. (*El príncipe destronado*, pág. 119).

C) *Señalamiento hacia el objeto, algo que está alejado del* yo *y del* tú. El demostrativo utilizado en este caso suele ser *ese* para indicar una distancia intermedia y *aquel* para aludir a una zona muy alejada del hablante y del oyente.

♦ Después entregó a Juan González, el verdugo, un cordón de seda para que le atara los pulgares. Seguidamente preguntó: «¿Para qué es el garabato que está en *ese madero*?» (*Vivir al día*, pág. 16).

♦ Pues bien, la muchacha tardó cinco días en asomarse a la playa y, cuando lo hizo, casi a la fuerza, todo lo que se la ocurrió preguntar...es si *aquella agua* no se salía nunca.(*Vivir al día*, pág. 126).

♦ ...Antonio Merino, puntilloso tirador, Vicente Presa, a quien le gané la última comida en su feudo de Villamarciel —*aquel parro* le bajé yo, Vicente—,... (*Diario de un cazador*, pág. 5).

♦ Ahora, cada vez que me encuentro a don Florián, inflo el pecho. Va y me dice: «¡Quién me iba a decir a mí que *aquel rapaz* sería con el tiempo la mejor escopeta de la provincia!». (*Diario de un cazador*, pág. 14).

♦ Voy a intentar dormir, aunque de seguro volverá *la perdiz aquella de Villalba*. (*Diario de un cazador*, pág. 14).

♦ Ciertamente daba rilis *aquel cielo negro* y el brillo de los relámpagos y el ruido de los truenos. (*Diario de un cazador*, pág. 27).

♦ Sobre la una, cuando llevábamos delante más de un ciento de ellas, apareció un jurado y nos dijo que *aquello* era vedado. (*Diario de un cazador*, pág. 41).

♦ ....y fui y le dije: «¿No será *aquel* que sube Hernando Hernando, el de la cantina?.» (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, págs. 73-74).

El número total de formas del demostrativo usadas con valor deíctico espacial, señalando hacia las distintas zonas en que se divide el horizonte sensible durante el acto comunicativo, es de 117, de las que 81 (el 69.23%) señalan hacia el ámbito del *yo*; 18 (el 15.38%) hacia el ámbito del *tú*, y 18 (el 15.38%) hacia el ámbito del objeto[282].

[282] En nuestro anterior estudio del demostrativo en *El camino* de Delibes, el número total de ocurrencias con

Por obras, según el número de formas demostrativas con este valor, tenemos la siguiente distribución: *El príncipe destronado*, con 65 casos (el 55.5%), 49 de señalamiento al *yo*, 13 de señalamiento al *tú* y 3 de señalamiento hacia el objeto; *Vivir al día*, con 24 casos (el 20.5%), 21 de señalamiento al *yo* y 3 de señalamiento hacia el objeto; *Diario de un cazador*, con 22 casos (el 18.8%), 7 de señalamiento al *yo*, 4 de señalamiento al *tú* y 11 de señalamiento hacia el objeto; y, por último, *Viejas historias de Castilla la Vieja*, con 6 casos (el 5.12%), 4 de señalamiento al *yo*, 1 de señalamiento al *tú* y 1 de señalamiento al objeto.

Del total de ejemplos en que el demostrativo aparece con valor deíctico espacial, 71 (el 60.68%) corresponden a formas con función de determinante de un núcleo nominal, y 46 (el 39.31%) son formas pronominales, con especial incidencia en el señalamiento hacia la zona del *tú*, pues tiene nada menos que 12 casos de los 18 computados. Cuando el demostrativo acompaña a un núcleo nominal éste es obviamente el que designa al referente extralingüístico, mientras que en función pronominal el demostrativo viene a equivaler al acto físico de señalar con el dedo índice. A este respecto, sirvan como muestra los siguientes ejemplos:

El demostrativo en función de determinante:

♦ —¿Cómo ves la novela, el teatro y el cine, como conjunto, en relación con Dios?
—A mis alumnos les señalo *esta curva*. (*Vivir al día*, pág. 72).

♦ Al salir del tollo me dijo Patrocinio de mal humor: «*Esa pierna* adelantarías más cortándola». (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, págs. 66-67).

♦ Ciertamente daba rilis *aquel cielo negro* y el brillo de los relámpagos y el ruido de los truenos. (*Diario de un*

---

valor deíctico espacial era de 22, apenas un 4.87% del total de 451 ocurrencias del demostrativo en esta novela. Ahora contabilizamos, sólo de mostración a los participantes en el discurso, 117 casos, apenas un 8.10%, sin contar los casos de deixis textual, de anadeixis ni de formas deícticas con valor principalmente estilístico. De todos modos, como ya veremos cuando comparemos estos resultados con los de la deixis temporal y de la anáfora, este número de ocurrencias es demasiado pequeño como para seguir considerando a la deixis espacial o local como el valor básico del demostrativo, algo que a menudo hace la gramática normativa.

cazador, pág. 41).

El demostrativo en función pronominal:

♦ Observen: *Esta* es la villa de Tordesillas, en cuyo convento de las Claras pasó parte de su vida, doña Juana, La Loca. (*Vivir al día*, pág. 198).

♦ Quico estiró un dedo y lo fue arrimando poco a poco hasta tocar el papel:

—¿Quién es *ése*? —preguntó.

—El Cosaco Verde —respondió Juan. (*El príncipe destronado*, pág. 24).

♦ ...y fui y le dije: «¿No será *aquel* que sube Hernando Hernando, el de la cantina?». (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 73).

En los ejemplos pronominales, todos ellos pertenecientes a discursos en estilo directo —y por tanto, reproduciendo situaciones propias de la lengua hablada—, el demostrativo equivale a un gesto de ostensión. La producción de estos enunciados en la conversación obligaría al hablante a hacer uso de algún tipo de señalamiento gestual, bien con el dedo, bien con la mano, bien con la mirada, por lo que queda demostrado que es en estos casos en los que se ve mejor el papel de meros índices que a veces se asigna a este tipo de unidades.

En algunos casos, ni siquiera hace falta imaginarse el gesto de ostensión, pues se dice expresamente:

♦ Se recostaba en el fogón de sintasol rojo y apuntó con el cigarrillo para el termo:

—¿Y *esto*? (*El príncipe destronado*, pág. 106).

♦ Quico estiró un dedo y lo fue arrimando poco a poco hasta tocar el papel:

—¿Quién es *ése*? —preguntó... (*El príncipe destronado*, pág. 24).

En el primer caso se apunta con un cigarrillo hacia el termo, y en el segundo, con el dedo «hasta tocar el papel». Por supuesto, estos últimos serían buenos ejemplos de esa *deixis primaria* de la que habla Lyons, en la que el acto de señalización se realiza mediante la indicación gestual hacia un determi-

nado referente del contexto deíctico[283].

También, un simple repaso a los ejemplos recogidos más arriba nos deja bien claro que la mayoría de los casos de deixis espacial tienen lugar en discursos en estilo directo, es decir, en aquellos que tratan de reproducir las palabras dichas efectivamente por los personajes, con lo que podemos concluir que esta clase de deixis tiene más vitalidad en un nivel de lengua más cercano a la lengua hablada, donde la indicación hacia la realidad sensible es más fácil y necesaria por ser también más accesible e inmediata.

Un breve análisis de algunos de los ejemplos anteriores nos revela que en los discursos en estilo directo, el reparto de formas del demostrativo es el más «canónico»: uso de *este* para aludir al hablante o a su zona de influencia:

♦ —No es oro todo lo que reluce. Mira *estas piernas*; bueno, ahí donde las ves apenas pueden sostenerme. (*Vivir al día*, pág. 104).

♦ «*Este pellejo* tiene dueño», dije tranquilamente, quitándoselo al *Sol* de la boca. (*Diario de un cazador*, pág. 20).

♦ Tosió, al concluir, y la bata de flores rojas y verdes dijo:

—*Este niño* se ha constipado. (*El príncipe destronado*, pág. 15).

Además, en todos estos ejemplos se pone de manifiesto, como es de rigor, que las piernas, el pellejo y el niño están justo delante del hablante o forman parte, incluso, de él mismo. Es decir, que *este* expresa una asociación entre el objeto mostrado y el sujeto hablante, como opinaba Charaudeau[284].

Ese, por su parte, alude al interlocutor y a lo que está cerca de él:

♦ Al salir del tollo me dijo Patrocinio de mal humor: «*Esa pierna* adelantarías más cortándola». (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 66).

♦ —¿Quién es *ése*? —preguntó.

[283] J. Lyons, *Lenguaje, significado y contexto*, pág. 234.

[284] P. Charaudeau, *Description sémantique de quelques systèmes grammaticaux de l'espagnol actuel*, pág. 52.

— El Cosaco Verde —respondió Juan. (*El príncipe destronado*, pág. 24)

Uso de *ese* para referirse a un objeto que está a una distancia intermedia entre el hablante y el interlocutor:

Después entregó a Juan González, el verdugo, un cordón de seda para que le atara los pulgares. Seguidamente preguntó: «¿Para qué es el garabato que está en *ese madero*?». (*Vivir al día*, pág. 16).

En este caso, creemos que estamos ante uno de esos pocos ejemplos en los que se puede sospechar que el demostrativo de segunda persona no señala exactamente a algo que está cerca del interlocutor, sino a algo que está a medio camino entre hablante e interlocutor.

Por último, uso de *aquel* para aludir a algo muy alejado de hablante e interlocutor:

...«No será *aquel* que sube Hernando Hernando, el de la cantina?». (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 73).

En sentido opuesto, creemos que la elección de ciertas formas del demostrativo, sobre todo *aquel*, puede deberse a que la frase está construida en estilo indirecto. Así, por ejemplo, estos dos casos procedentes del señalamiento hacia el objeto:

♦ Sobre la una, cuando llevábamos delante más de un ciento de ellas, apareció un jurado y nos dijo que *aquello* era vedado. (*Diario de un cazador*, pág. 41).

♦ Le pregunté si es que me iba a denunciar y si por casualidad era *aquello* terreno de Muro. (*Diario de un cazador*, pág. 51).

Si el primer ejemplo lo ponemos en estilo directo nos saldría: *apareció un jurado y nos dijo: «esto es vedado»*; y lo mismo en el segundo caso: *le pregunté: «¿es que me va a denunciar? ¿Por casualidad es esto terreno de Muro?»*.

En suma, podemos concluir diciendo que en los discursos en estilo directo, el uso del demostrativo refleja lo habitual en las situaciones de lengua hablada, mientras que en los textos en estilo indirecto la elección de ciertas formas del demostrativo, sobre todo *aquel*, puede deberse no tanto a un señalamiento a un objeto alejado del hablante y del interlocutor, como a que el estilo indirecto supone por sí mismo una forma de evocación (de algo ya dicho o pensado), por tanto de alejamiento efectivo, de las palabras o pensamientos dichos por alguien, por lo que es de rigor el uso del demostrativo que indica lo más alejado, *aquel*.

Asimismo, respecto a usos deícticos locales concretos, observamos la frecuencia con que se emplean ciertas expresiones a modo de clichés. Así, para aludir a «España» Delibes recurre a tres expresiones distintas: *este país* (7 ejemplos), *esta vieja Celtiberia* (un solo ejemplo) y *este rincón del mundo* (un solo ejemplo):

♦ ...y ya es sabido que la breve y efímera literatura de prensa es seguramente la más rentable dentro de lo poco rentable que en todo caso resulta la literatura en *este país*. (*Vivir al día*, pág. 8).

♦ Y ya es sabido que en *esta vieja Celtiberia* la traición se paga con la vida o con un cerco de desdenes e incompresiones... (*Vivir al día*, pág. 165).

♦ Extraño, sinuoso curso el de este proceso de un hombre que, benefactor o no, a los cazadores de *este rincón del mundo* nos ha hecho la pascua. (*Vivir al día*, pág. 170).

De otro lado, para referirse o bien a Quico o bien a su hermana pequeña, en *El príncipe destronado* se utilizan las expresiones *este niño* (6 ejemplos), *esta criatura* (4 ejemplos), *este chico* (5 ejemplos), *este mico* (un solo ejemplo), *este pobre* (un solo ejemplo), *esta cría* (un solo ejemplo), *este crío* (un solo ejemplo):

♦ —Anda, échalo, ya se le hizo la bola; las tragaderas de *este niño* son una calamidad. (*El príncipe destronado*, pág. 65).

♦ ...y la niña se recostó en su pecho y cerró los ojos. Dijo:

—*Esta criatura* está muerta de sueño. (*El príncipe destronado*, pág. 45).

♦ La Vítora examinó un momento a Juan, levemente descolorido,...:

—Ha adelgazado *este chico*... (*El príncipe destronado*, pág. 23).

♦ ...le revolvió el pelo y le dijo:

—¿Qué dice *este mico*? (*El príncipe destronado*, pág. 54).

♦ Hay que ir con mucho tiento. Mira *este pobre*. (*El príncipe destronado*, pág. 87).

♦ —Señora —dijo—, yo no sé qué hacer con *esta cría*; me se duerme toda,... (*El príncipe destronado*, pág. 143).

♦ También la Vítora rio nerviosamente:

—Para todo encuentra salida *este crío*... (*El príncipe destronado*, pág. 146).

De todas estas expresiones, *esta criatura* y *esta cría* aluden a la pequeña Cris, mientras el resto a Quico.

Digamos además que, en este último caso, los «clichés» utilizados para referirse a los más pequeños de la casa no sólo tienen valor señalador, sino que implican también un claro uso afectivo, como puede verse por cualquiera de los ejemplos anteriores.

En la serie de formas demostrativas espaciales tenemos un caso de «mostración de presencia» con valor de identificación[285]:

Y de que llegó mayo subimos y en un periquete, sobre *estas mismas piedras*, hizo él un tollo con cuatro jaras y nos encerramos los dos en él,... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 66).

Atención especial merece en este estudio de la deixis local en el corpus el uso de las formas neutras.

El total de formas neutras con valor deíctico espacial es de 17, de las que 7 corresponden a *esto*, 8 a *eso* y 2 a *aquello*.

En algunos casos el uso del neutro se justifica por el desconocimiento que el hablante tiene respecto

[285] Vidal Lamíquiz, *loc. cit.*, págs. 183-184.

al objeto mismo:

♦ ...y Merche le dijo abriendo un libro:

—Pablo, por favor, puedes explicarme *esto*... (*El príncipe destronado*, pág. 56).

♦ Se recostaba en el fogón de sintasol rojo y apuntó con el cigarrillo para el termo:

—¿Y *esto*? (*El príncipe destronado*, pág. 106).

♦ —No, ¿qué es *esto*?

—Un señor del tren.

—¿Y *esto*?

—El sol,... (*El príncipe destronado*, pág. 114).

En el primer caso, Merche le pide a Pablo, su hermano, que le explique algo dentro de un libro que no entiende; en el segundo, el Femio señala con el cigarrillo hacia un termo cuya función seguramente desconoce; en el tercero, Juan pregunta a su hermano Quico sobre lo que representa cierto dibujo.

Otras veces está claro que el hablante usa el neutro por comodidad, porque la misma prisa que lleva le impide ser más explícito:

—Tengo mucha tela que cortar; deme la leche y luego el Santines que me suba *esto*. —Le tendió un papel al señor Avelino. (*El príncipe destronado*, pág. 19).

La Vítora deja encargado al tendero, el señor Avelino, que el Santines le suba luego todo lo que le deja anotado en un papel, al cual señala con el neutro *esto*. De haber tenido más tiempo, quizás le habría enumerado algunas de las cosas que quiere, aun cuando le hubiera dejado igualmente la lista.

Otras veces, el señalamiento con el neutro, en concreto con *aquello*, está cargado de sugerencias diversas:

♦ Sobre la una, cuando llevábamos delante más de un ciento de ellas, apareció un jurado y nos dijo *aquello* era vedado. (*Diario de un cazador*, pág. 41).

♦ Le pregunté si es que me iba a denunciar y si por casualidad era *aquello* terreno de Muro. (*Diario de un cazador*, pág. 51).

Por lo pronto, se trata de dos frases en que se usa el estilo indirecto, con la influencia que ya hemos comentado que esto puede tener en el empleo del demostrativo. Después, en ambos casos se alude a un terreno vedado en el que la partida de cazadores acaba de ser «pillada in fraganti» por el guarda, por lo que se puede usar el neutro como para «quitar hierro», como si de este modo se quisiera quitar gravedad a la infracción. Por último, el neutro puede servir también para referirse al lugar en su conjunto, sin querer entrar a concretar los límites del coto, que de todos modos se supone extenso.

En otros casos, el uso del neutro tiene ya mucho que ver con los valores estilísticos que comentaremos más abajo:

♦ Miró el jeroglífico, frunciendo el ceño y dijo despectivamente:
—¿Es la playa *eso*? (*El príncipe destronado*, pág. 25).
♦ Quico le miró, escéptico.
—¿Es *eso* el infierno? —preguntó. (*El príncipe destronado*, pág. 39).
♦ —No, Cris —le reprendió—. *Eso* es para hacer caca. (*El príncipe destronado*, pág. 119).

En el primer caso, Juan mira despectivamente el extraño dibujo que su hermano Quico acaba de hacer con gotas de leche caídas sobre el sintasol del fogón. En el segundo caso, ante las llamas que ascendían en la caldera, Juan dice que se trata del infierno, Quico, escéptico, lo mira y le pregunta: «¿Es eso el infierno?». Por último, en el tercer ejemplo, se emplea el neutro *eso* para aludir al retrete, cuando Quico juega con su hermana Cris en el cuarto de baño y ella arroja al inodoro un rulo de plástico. Es decir, estaríamos ante el uso del neutro con valor de indefinición o inconcreción cuando se alude a lo escatológico.

Atención especial también merece el uso del demostrativo *aquel* en la deixis espacial. En algunas ocasiones estamos ante casos de lo que desde Bühler se llama *deixis am phantasma*, y que en el capítu-

lo 1º dijimos que no estudiaríamos en un apartado específico:

♦ No sé por qué me viene a la sesera cada vez que se abre la temporada *la perdiz aquella* de Villalba;... (*Diario de un cazador*, pág. 13).

♦ Voy a intentar dormir, aunque de seguro volverá *la perdiz aquella* de Villalba. (*Diario de un cazador*, pág. 14).

En ambos casos, Lorenzo evoca «la perdiz aquella de Villalba», la que le hizo la torre. Aquí el personaje trae al momento presente algo alejado en el tiempo —lo cual explica el uso del demostrativo de 3ª persona—, por lo que tiene un carácter claramente evocador. Este mismo valor explica también, quizás, el empleo en ambos ejemplos del demostrativo pospuesto.

Este mismo valor evocador lo encontramos en el siguiente caso:

Ahora, cada vez que me encuentro a don Florián, inflo el pecho. Va y me dice: «¡Quién me iba a decir a mí que *aquel rapaz* sería con el tiempo la mejor escopeta de la provincia!». (*Diario de un cazador*, pág. 14).

Aquí, cuando el cura, en estilo directo, alude a «aquel rapaz», está recreando la imagen del joven Lorenzo que, de unos comienzos bastante torpes en el arte de la caza, ha llegado a ser un gran profesional de la escopeta.

El señalamiento a algo alejado en el espacio y en el tiempo se da también en el siguiente ejemplo:

...Antonio Merino, puntilloso tirador, Vicente Presa, a quien le gané la última comida en su feudo de Villamarciel —*aquel parro* le bajé yo, Vicente—,... (*Diario de un cazador*, pág. 5).

En este caso, Delibes, en un inciso, recuerda a Vicente Presa, compañero de partida y uno de los destinatarios de *Diario de un cazador*, «aquel parro» que bajó él y por el que sin duda discutieron. De nuevo estamos ante un caso de *deixis am phantasma*, pues el parro ya no está ante el horizonte sensible del escritor, sino en el espacio de su memoria.

El deíctico de 3ª persona a veces roza también lo estilístico:

♦ Pues bien, la muchacha tardó cinco días en asomarse a la playa y, cuando lo hizo, casi a la fuerza, todo lo que se le ocurrió preguntar...es si *aquella agua* no se salía nunca. (*Vivir al día*, pág. 126).

♦ Ciertamente daba rilis *aquel cielo negro* y el brillo de los relámpagos y el ruido de los truenos. (*Diario de un cazador*, pág. 27).

En el primer caso, nos encontramos ante una muchacha que mira al mar con temor y pregunta, en estilo indirecto, «si aquella agua no se salía nunca». La misma idea de temor se sugiere en el segundo ejemplo, cuando Lorenzo menciona el cielo negro, cuya oscuridad era atravesada por el fulgor de los relámpagos. El personaje recuerda algo sucedido el día antes al que escribe, la impresión de un cielo que amenazaba tormenta y cuya oscuridad imponía.

De otro lado, por anadeixis, como dijimos en el capítulo II (pág. 69), entendemos aquellos casos en que no siempre es posible distinguir entre el señalamiento deíctico y el anafórico, es decir, cuando a veces las dos interpretaciones son posibles. Hay que advertir que la anadeixis no sólo afecta a la deixis espacial, sino también a la temporal, por lo que volveremos a hablar de ella en el apartado siguiente, el consagrado al estudio de la deixis temporal.

En el corpus consideramos anadeícticos (confusión entre la deixis espacial y la anáfora) los siguientes ejemplos:

♦ ¿Por qué se llamó así esa Casa? ¿No viviría en ella el almirante? He aquí la razón que inspiró la iniciativa de don Jaime Alba, embajador en Brasil, de levantar *esta Casa-Museo*,... (*Vivir al día*, pág. 199).

♦ En España, país muy poco leído, no se rechazan las ideas —que se desconocen— sino las personas;...En *este difícil país* nuestro, aunque otra cosa se predique, no hay contraposición de ideas. (*Vivir al día*, pág. 220).

♦ Luego me preguntó si era Sisinio quien tiene *esa vereda*. (*Diario de un cazador*, pág. 29).

♦ «Proeza de un joven cazador. El joven de la localidad, Vicente Ansoátegui, tuvo la fortuna de matar ayer una hermosa liebre en *este término municipal*...» (*Diario de un cazador*, pág. 36).

♦ Tochano, al verle así, se puso a jurar y a decir que uno tira a una perdiz a *esa distancia* y ni le toca,... (*Diario de un cazador*, pág. 141).

En el primer caso, el valor de partida es anafórico: se ha hablado de que en Valladolid se acaba de levantar la casa donde supuestamente murió Colón. Sin embargo, en el texto al que pertenece esta frase, «Tierras de Valladolid», un guion para un programa de televisión, se deja bien claro que el presentador, a la vez que cuenta la historia de la Casa-Museo de Colón, se encontrará delante de ella, por lo tanto, señalándola (valor deíctico).

En el segundo caso, el valor de partida es también anafórico, o al menos se puede interpretar como tal, pues ha aparecido la mención a España algunas líneas más arriba. Sin embargo, no creemos que cuando Delibes habla de «en este difícil país nuestro» esté pensando en que ya ha aludido a ese país en concreto, sino que recurre al conocido cliché, ya comentado, «en este país», para aludir a España, haciendo abstracción de cualquier mención anterior a la misma (por tanto, predomina el valor deíctico).

En el tercer ejemplo, la situación es algo más compleja. «Esa vereda» parece aludir a la calle donde vive Lorenzo, aunque no tiene un referente claro: no aparece en el discurso anterior un segmento de texto que haga las veces de *antecedente* de la expresión en cuestión, sólo podemos suponer que se trata de la calle donde se encuentra la casa en la que vive nuestro protagonista, la cual correspondería a este Sisinio, cobrador de la luz. Esta misma falta de antecedente preciso anima a dar una interpretación deíctica: la vereda donde está mi casa.

En el cuarto ejemplo, se está reproduciendo la supuesta noticia de un diario local. La expresión «en este término municipal» podría tener como antecedente el segmento de texto «de la localidad» (por lo tanto, posible valor anafórico); sin embargo, parece predominar el uso deíctico, pues la noticia se fija más en que fue «en este término municipal» donde se mató la hermosa liebre sin ayuda de perro que en que el joven cazador era de la localidad.

En el quinto caso, la expresión «a esa distancia» se refiere a la distancia a la que Tochano, en un

ataque de ira, disparó su escopeta contra su perro *Sol*, dejándolo mal herido. No hay en el texto anterior un segmento concreto que haga las veces de antecedente, aunque si nos imaginamos la situación es fácil suponer que los testigos del cruel suceso saben que la distancia a la que se refiere Tochano es la misma a la que se encontraba el perro. Por tanto, a falta de antecedente se puede dar una interpretación deíctica espacial a esta expresión.

Como se ve, no es que sea imposible suponer el predominio de un valor o de otro en los casos de anadeixis, sólo que cabe la posibilidad de aventurar más de una interpretación, aun cuando a veces el contexto anime a pronunciarse por una concreta.

Al hablar de la deixis espacial dirigida hacia los protagonistas del acto de la comunicación, dejamos bien claro que había ciertos usos del neutro y del demostrativo de 3ª persona que, sin dejar de ser deícticos, admitían ciertas interpretaciones que entraban ya dentro del campo de lo «estilístico». A decir verdad, si admitimos que la lengua está «traspasada» de subjetividad, habrá que admitir también que en muchas ocasiones será difícil delimitar claramente si estamos ante un uso deíctico espacial (o temporal) y un uso estilístico, en la certeza de que el propio hablante tampoco sabría determinar si la expresión que acaba de emplear tiene uno u otro valor.

En este apartado hemos incluido aquellos casos que, aunque de partida admiten una cierta interpretación deíctica espacial, sin embargo el valor predominante parece ser otro. Como veremos, la mayoría entran dentro del campo de lo estilístico, por lo que volveremos a hablar de ellos cuando estudiemos este tipo de usos del demostrativo dentro del corpus.

En algunos ejemplos, la deixis espacial se da en giros que corresponden claramente a usos lexicalizados o gramaticalizados, es decir, expresiones fijas que tienen valores diversos:

> Las victorias del equipo madrileño han reverdecido los laureles del fútbol español tan a punto de agostarse después de las torpes exhibiciones del conjunto nacional *por esos campos de Dios*. (*Vivir al día*, pág. 85).

«Por esos campos de Dios» es una fórmula gramaticalizada de tipo local que sirve, sin embargo, para indicar *indeterminación espacial*: aludimos a muchos campos de fútbol, pero sin concretar uno en particular.

—¿Es que no tienes lengua? ¿Es que no sabes decir sí o no, *esto* me gusta o *esto* no me gusta? (*El príncipe destronado*, pág. 69).

El uso repetido del demostrativo de 1ª persona neutro *esto...esto*, al no aludir a un referente concreto, se convierte en una fórmula gramaticalizada para indicar valor generalizador.

En otras ocasiones, el valor deíctico queda completamente solapado por el estilístico. Así indican valor despectivo o despreciativo:

♦ «Habrá sido *ese cochino perro*, que como vuelva a echarle el ojo le parto los hocicos de un escobazo», dijo ella. (*Diario de un cazador*, pág. 20).

♦ «Vamos, ¿es que ahora va a resultar que me he pringado en *ese pellejo apestoso*?», dijo la tía a voces. (*Diario de un cazador*, pág. 20).

♦ ...o, simplemente, que prescindieran de mí cuando echaban a pies para disputar una partida de zancos o de pelota china y dijeran despectivamente: «*Ése* no; *ése* es de pueblo». (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 9).

♦ Entre cazadores se emplea despectivamente la frase de «*ése* va por carne» cuando, en realidad, todos, en mayor o menor medida, vamos a por carne. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 85).

En el último ejemplo, al valor despectivo se añade el que, al carecer de un referente concreto, «ése va a por carne» funciona como una auténtica fórmula gramaticalizada con valor generalizador.

♦ —¿Qué tienes ahí? ¿Qué porquería es *ésa*?...

—No es porquería —dijo—. Es un camión. (*El príncipe destronado*, pág. 12).

En este caso observamos un fuerte valor de desprecio, por el hecho de aparecer el demostrativo pospuesto, aunque manteniendo también un claro valor señalativo: es de suponer que el demostrativo iría

acompañado de algún gesto que apuntaría hacia la «porquería» en cuestión.

♦—El pito santo —añadió el niño sin soltar el tubo del dentífrico de la mano izquierda.
—¿Qué tonterías dice *ese niño*? —dijo Mamá. (*El príncipe destronado*, pág. 13).

La alusión despectiva al niño está motivada aquí por las referencias que este hace a lo sexual, uno de los aspectos fundamentales del uso estilístico como ya tendremos ocasión de ver.

♦ Dijo la Vito:
—Un día le voy a romper los morros a *ése*... (*El príncipe destronado*, pág. 38).
♦ —Vamos, quita —dijo la Domi de mal talante—. ¡*Qué chico éste*! No la deja a una ni a sol ni a sombra. (*El príncipe destronado*, pág. 42).
♦ El vozarrón de Papá prolongó el estruendo durante un rato:
—¡Coño, con *la pava ésta*!... (*El príncipe destronado*, pág. 70).
♦ La Domi dio un brinco, agarró a Quico de un brazo y le zarandeó:
—*Esto* es más malo que un dolor. (*El príncipe destronado*, pág. 127).

El uso del demostrativo neutro para referirse a personas aumenta si cabe el valor despreciativo que el neutro puede tener por sí mismo. Aquí se entiende por el enfado de la Domi hacia Quico.

La inteligencia que demuestra Quico despierta a veces la admiración, y la compasión, de los mayores. En este caso expresiones como «¡Qué chico éste!», «¡Qué crío éste!», en frase exclamativa y con el demostrativo pospuesto, tienen un claro valor estilístico, más que meramente señalativo:

♦ —Dijiste que si no lloraba, me bajabas.
—¡Huy, madre, *qué chico éste*! (*El príncipe destronado*, pág. 17).
♦ La Vítora, acuclillada junto a la caldera, le miró entre compasiva y socarrona. Dijo:
—¡*Qué chico éste*! (*El príncipe destronado*, pág. 39).
♦ —*El crío éste* tiene cada cacho salida. (*El príncipe destronado*, pág. 109).
♦ De la piel del diablo eres tú; ¡madre, *qué crío éste*! (*El príncipe destronado*, pág. 138).

Alusión a lo sexual o a lo escatológico, considerado como algo tabú, explica el uso del neutro *eso* para recalcar el «alejamiento afectivo» al que suele recurrir la lengua en estos casos:

♦ Finalmente pudo abotonarse y se volvió y le dijo a Quico:
—*Eso* no se mira, ¿sabes? (*El príncipe destronado*, pág. 61).

♦ Y la Domi, por no agacharse, corroboraba: «Caca, caca. *Eso* no se toca, ¿verdad, hija?» (*El príncipe destronado*, pág. 115).

Por último, frase inserta también en el contexto del juego sexual es ésta otra:

—¡Quita *esa mano*, vamos! (*El príncipe destronado*, pág. 107).

De todo lo que llevamos dicho sobre la deixis espacial en el corpus podemos extraer las siguientes conclusiones:

1. En la deixis espacial en el corpus predomina el señalamiento hacia la zona del *yo*, del hablante.

2. El mayor número de ocurrencias con valor espacial se registra en *El príncipe destronado*, donde el autor deja hablar libremente a los personajes, con un predominio de los textos en estilo directo. La relación entre deixis espacial y estilo directo sugiere que se trata de un tipo de señalamiento que encuentra su marco idóneo en la lengua hablada, donde la referencia a la realidad física extralingüística es más inmediata y necesaria.

3. En la elección de las formas del demostrativo, sobre todo de aquellas que indican el alejamiento extremo, puede influir el uso del estilo indirecto.

4. Predominio de las formas demostrativas adjetivas sobre las pronominales, aunque éstas tienen una importante presencia.

5. Frecuencia en el uso de ciertas expresiones como clichés con valor deíctico espacial, como *este país=España* y *este niño, esta criatura* y *este chico* para aludir normalmente a Quico.

6. Es casi irrelevante la mostración de presencia con valor de identificación.

7. En el señalamiento hacia la realidad sensible tiene gran importancia el uso del neutro, con 23 ocurrencias, sobre todo de *eso* y *esto,* con valores muy diversos, asociados al simple señalamiento: utilización para expresar el desconocimiento del objeto mismo, por comodidad, por un uso despectivo, por referencia a algo que repugna.

8. Respecto al demostrativo de 3ª persona, *aquel*, registra varios casos de la llamada *deixis am phantasma*, al traer al presente algo sucedido hace tiempo y cuyo contexto situacional se circunscribe a la memoria. También registramos algunos usos de este demostrativo con claro valor estilístico, en concreto, para aludir a algo que produce miedo o temor.

9. En los casos de confusión entre la deixis espacial y la anáfora sólo encontramos a los demostrativos *este* y *ese*, en función de determinante nominal.

Atención aparte merece la denominada *deixis textual*, por la cual entendemos un tipo de señalamiento que toma como referente el discurso mismo, en parte o en todo. Se trata de una función metalingüística, pues se trata de organizar el espacio del texto para orientar de este modo al lector u oyente.

Aunque a menudo se puede confundir con la deixis propiamente dicha y con la anáfora, para nosotros, como ya dejamos bien claro el epígrafe 1.2. (págs. 50-51), es una simple variante de la deixis espacial, y por eso lo tratamos aquí. Su única particularidad es que el hablante, en nuestro caso el escritor, ejerce el señalamiento sobre partes concretas o sobre el conjunto de su propia obra.

A continuación damos todos los ejemplos hallados en nuestro corpus de esta clase de deixis:

♦ Reúno en *estas cortas páginas* una serie de artículos publicados en diversos diarios españoles... (*Vivir al día*, pág. 7).

♦ En principio, pensé sistematizar *este pequeño volumen* agrupando los trabajos por materias,... (*Vivir al día*, pág. 7).

♦ De ahí que en *este repertorio* se acojan intentos humorísticos y preocupaciones trascendentes,... (*Vivir al día*, pág. 7).

♦ Quiero decir que la única nota común de *estos trabajos* es la de haber sido publicados en periódicos diarios... (*Vivir al día*, pág. 7).

♦ Y si no es caso de extender más *este artículo*, tampoco lo es de omitir un recuerdo a los molinos de viento. (*Vivir al día*, pág. 23).

♦ ...porque entiendo que «Jorobita» —ese animal tan disparatadamente humano que surge ya impaciente tras *esta página*— es un joven torito que se presenta solo. (*Vivir al día*, pág. 102).

♦ ...cristianamente ha descansado en su rincón catalán José Vidal y yo, con el pulso aún inseguro, quiero rendirle desde mi rincón castellano, el homenaje de *estos renglones*. (*Vivir al día*, pág. 110).

♦ Sería malevolencia tratar de buscar en *estas líneas* deslices demagógicos cuando sólo están dictadas por un estricto espíritu de justicia. (*Vivir al día*, pág. 192).

♦...a esos cazadores —digo— que todavía van a la pieza noblemente,...va dedicado *este libro*. (*Diario de un cazador*, pág. 5).

Como se ve, el total de ejemplos de deixis textual en el corpus es de 9, de los que 8 corresponden a la recopilación de artículos periodísticos denominada *Vivir al día* y uno al *Diario de un cazador*, apareciendo este último caso en el Prólogo-Dedicatoria del libro.

En todos los casos la forma del demostrativo usada es *este* en función de determinante. Los sustantivos a los que acompaña, y que son en última instancia los que hacen posible esta deixis, son: *páginas, volumen, repertorio, trabajos, artículo, página, renglones, líneas, libro*.

De todos los casos, los cuatro primeros aluden al libro *Vivir al día*, el quinto alude al artículo «El paisaje manchego», el sexto fue originalmente el prólogo de presentación del libro «Jorobita», el séptimo se refiere al artículo «Sí era de los nuestros», el octavo alude al artículo «Tasas y otros emolumentos» y

el último se refiere al *Diario de un cazador*.

Como se ve, todos los casos aluden a una obra o a un artículo en su conjunto, salvo el sexto, que se refiere concretamente a lo que viene inmediatamente después de la página que está terminando de escribir.

De todo esto podemos concluir lo siguiente:

1. La deixis textual en el corpus se circunscribe prácticamente a la obra más alejada del estándar de lengua hablada, *Vivir al día*, la misma en la que el autor está más presente por ser una colección de artículos periodísticos en los que manifiesta más directamente su parecer, sin la mediación de la ficción de unos personajes. Asimismo, el único ejemplo que encontramos en *Diario de un cazador* se sitúa, curiosamente, en el Prólogo-Dedicatoria, la única parte de la obra donde el autor habla directamente al lector, pues el resto está formado por las palabras de Lorenzo recogidas en forma de diario. Es decir, se puede afirmar que la deixis textual suele exigir un tipo de discurso, normalmente escrito, alejado del nivel de lengua estándar y en el que el escritor tenga una presencia más activa, no solapada por los personajes. Esto es debido a que en este tipo de dexis el autor toma como referente su propia obra, considerada como mero objeto físico.

2. Predomina en el corpus el señalamiento a la obra como conjunto más que a partes o segmentos concretos de la obra misma.

3. La única forma del demostrativo utilizada es *este* y siempre en función de determinante, acompañando a sustantivos que por su significado ya aluden al concepto genérico de 'obra, escrito'. El que sea el demostrativo *este* se debe a que la deixis textual suele vincular directamente al objeto, la obra literaria, con el *yo* del autor. Es decir, con esta deixis se menciona un objeto que entra dentro del área de interés del *yo* hablante. Asimismo, *este* alude a un objeto cercano en el espacio y en el tiempo, pues este tipo de deixis se caracteriza por su *inmediatez*, pues se alude al objeto, la obra literaria, en el momento mismo en que se está escribiendo.

3.4.2. La deixis temporal

Por deixis temporal entendemos la referencia a la posición que sobre el eje temporal tienen los participantes en el acto comunicativo. Entre las unidades lingüísticas usadas en este tipo de señalamiento destacan por su frecuencia los demostrativos, eso sí, acompañando como determinantes a sustantivos que indican tiempo.

Por su parte, como ya decíamos en el capítulo II (pág. 56), Kerbrat-Orechioni insistía en que expresar el tiempo era localizar un suceso en el eje de la duración, a partir de un momento T tomado como referente. Ese referente temporal podía ir desde una fecha que destacaba por su importancia histórica, hasta un momento inscrito en el contexto verbal o un momento de la instancia enunciativa.

Respecto a la organización concreta del señalamiento temporal, Vidal Lamíquiz decía que el pasado era anafórico y el futuro catafórico: «Ambos, en una u otra dirección, están alejados y ausentes del hablante y del oyente.» Como, además, el pasado es único y el futuro también, en la deixis temporal, según este autor, estaríamos ante una auténtica *deixis anafórica singular*.

Al mismo tiempo, el pasado y futuro temporales se oponen al presente, que siempre sería *único* y *ad oculos*, y relacionado con el *yo*. Estos rasgos del señalamiento temporal darían como resultado el siguiente reparto del demostrativo:

MOSTRACIÓN TEMPORAL					
pasado		presente		Futuro	
anafórico		ad oculos		Catafórico	
sin ident.	con ident.	sin ident.	con ident.	sin ident.	con ident.
aquel	*ese*	*este*	*este mismo*	*aquel*	*Ese*

Es decir, según este cuadro, cuando aludimos a un hecho pasado o futuro sin identificación usaremos el demostrativo que indica el máximo alejamiento, *aquel*, mientras que si ese mismo señalamiento lleva el matiz de la identificación emplearemos *ese*, que de este modo vendría a recuperar uno de los matices más característicos del *ipse* latino. Por último, si la referencia se circunscribe al presente emplearemos *este*, cuando va sin identificación, y *este mismo*, cuando lleva el matiz de identificación[286].

En la estructuración del señalamiento temporal con el demostrativo en nuestro corpus pondremos en práctica las ideas de Lamíquiz.

Otro rasgo de la deixis temporal es su fuerte carácter subjetivo, igual que ocurría en la espacial, el cual se incrementa sin duda en el señalamiento hacia hechos futuros, pues aquí la indicación temporal se mezcla de modalidad[287].

Por último, incluiremos también, como hicimos al hablar de la deixis espacial, los posibles casos de *anadeixis*, es decir, de confusión entre deixis temporal y anáfora, y aquellos ejemplos en que al valor deíctico temporal se unen otros como el estilístico o el empleo de estas expresiones en giros lexicalizados.

A continuación damos una pequeña lista de los ejemplos de deixis temporal hallados en el corpus, organizados según sea referencia al pasado, presente o futuro. De la deixis temporal referida al pasado damos los dos ejemplos que hay, mientras que de la de presente sólo ofrecemos una pequeña muestra representativa, pues son muchos y en la mayoría de los casos se trata de las mismas expresiones. De la de futuro no tenemos ningún ejemplo.

[286] Vidal Lamíquiz, «El demostrativo en español y en francés», págs. 187-188.

[287] Cf. al respecto la opinión de Vicente Matéu, *op. cit.*, págs. 171-172, ya traída a colación en el capítulo II.

A) *Casos de señalamiento hacia el pasado*:

♦ «El Gobierno hizo nevar *aquel día* y Paulina cogió un resfriado», escribirán. (*Vivir al día*, pág. 80).

♦ Y toda mi ilusión, *por aquel tiempo*, estribaba en confundirme con los muchachos de ciudad... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 10).

B) *Casos de señalamiento hacia el presente*:

♦ Si uno se acerca a un vecino y le pregunta por la casa donde don Álvaro de Luna confesó antes de su muerte, le dirá: «Soy nuevo aquí; no sé de ningún vecino que haya muerto *en estos días*». (*Vivir al día,* pág. 13).

♦ A González Ruano, que posiblemente sea uno de los escritores *de esta hora* con más artículos periodísticos sobre los huesos,... (*Vivir al día*, pág. 27).

♦ No es *éste* el momento oportuno para discurrir sobre el realce que una medalla pueda atribuir a la persona portadora... (*Vivir al día*, pág. 169).

♦ Me supuse que sería otra vez el vino, pero ella dijo que no, que *esta vez* tiene calentura. (*Diario de un cazador*, pág. 11).

♦ *Esta mañana* bajé por unos churros para celebrar la fiesta. (*Diario de un cazador*, pág. 37).

♦ Como me prometió el Pavo, la Tuna estuvo *esta noche* donde Anita. (*Diario de un cazador*, pág. 53).

♦ El trató de animarse y me preguntó cómo nos las arreglamos los pobres *en estos tiempos*. (*Diario de un cazador*, pág. 82).

♦ *Esta tarde* estuve a verla y ya corre como un conejo. (*Diario de un cazador*, pág. 117).

♦ La pregunté que qué pintaba aquí *a estas horas*...(*Diario de un cazador*, pág. 161).

El número total de ocurrencias del demostrativo con valor deíctico temporal, exclusión hecha de las fórmulas gramaticalizadas, es de 141, de las que 139 (el 98.58%) se refieren al presente y 2 (el 1.41%) al pasado. Asimismo, de entre las 141 ocurrencias con este valor, tienen función de determinante 136 (el 96.45%) y de pronombre 5 (el 3.54%).

De entre las formas del demostrativo utilizadas, asimismo *este* se emplea en 139 ocasiones (el

98.58%) y *aquel* en 2 ocasiones (el 1.41%)[288].

En cuanto al reparto de formas deícticas temporales, la obra con más presencia de las mismas es *Diario de un cazador*, con 117 casos (el 82.89%), seguida a mucha distancia por *Vivir al día* con 17 ejemplos (el 12.05%), *Viejas historias de Castilla la Vieja* con 4 ejemplos (el 2.83%) y, por último, *El príncipe destronado* con 3 ejemplos (el 2.12%).

Normalmente, en el señalamiento temporal el demostrativo se usa como determinante de sustantivos que tienen por sí mismos ya un claro sentido temporal. Son sustantivos como *día, mañana, tarde, fechas, años,* etc. Sólo hay cinco casos de demostrativo pronominal con valor temporal, y en todos ellos el demostrativo, *éste*, aparece en una oración con verbo copulativo, al cual se pospone normalmente, y con un sustantivo en función de atributo que es el que indica tiempo:

- ...y despertar la economía nacional, que, aunque no sea *este* el momento más oportuno de decirlo,... (*Vivir al día*, pág. 147).
- No es *éste* el momento oportuno para discurrir sobre el realce que una medalla pueda atribuir a la persona portadora... (*Vivir al día*, pág. 169).
- ...y *ésta* es la primera vez que uno se traga un clavo en represalia. (*El príncipe destronado*, pág. 136).

Un cierto número de expresiones temporales aparece en frases que están en estilo directo. En las pocas que hay en estilo indirecto, éste no parece influir en la elección del demostrativo dentro de la ex-

[288] En nuestro anterior estudio del demostrativo en *El camino* de Delibes (págs. 126-129), el número total de ocurrencias con valor deíctico temporal era de 68, un 15.07% del total de 451 ocurrencias del demostrativo en esta novela. Ahora contabilizamos 141 casos de deixis temporal, un 9.77%, sin contar los giros lexicalizados. Es decir, que en nuestro corpus la presencia del deíctico temporal es sensiblemente inferior a la que teníamos en *El camino*, y algo por encima de lo que suponía el deíctico espacial, apenas un 8.10%. A diferencia de lo que sucede aquí, en *El camino* las formas del demostrativo que aludían al pasado, *aquel* y *ese*, eran las más representativas, cuando aquí lo es *este* y el señalamiento hacia el presente. Si en *El camino* la deixis temporal de futuro era casi inapreciable, en éste no existe.

presión deíctica temporal:

- El trató de animarse y me preguntó cómo nos las arreglamos los pobres *en estos tiempos*. (*Diario de un cazador*, pág. 82).
- La pregunté que qué pintaba aquí *a estas horas*... (*Diario de un cazador*, pág. 161).

En cuanto al reparto de las formas del demostrativo con valor temporal, la inmensa mayoría, como ya hemos dicho, corresponden a expresiones que aluden al presente, y de ellas casi todas se localizan en *Diario de un cazador* y en *Vivir al día*. Sin embargo, el modo de organizar la referencia al presente merece un pequeño comentario.

Esta referencia puede hacerse mediante expresiones como *en estos días, en esta época, esta temporada, estos últimos meses, en estos días navideños, en estos últimos años, en estos tiempos,* etc., con las que el escritor delimita un presente muy amplio, de límites poco definidos:

- Si uno se acerca a un vecino y le pregunta por la casa donde don Álvaro de Luna confesó antes de su muerte, le dirá: «Soy nuevo aquí; no sé de ningún vecino que haya muerto *en estos días*». (*Vivir al día,* pág. 13).
- *En esta época* en que el cine y la literatura propenden a la exaltación del héroe brutal,... (*Vivir al día*, pág. 37).
- ¿Quién sabe lo que Juan Arias, el muchacho, pensaba *durante estos últimos meses*? (*Vivir al día*, pág. 164).
- El trató de animarse y me preguntó cómo nos las arreglamos los pobres *en estos tiempos*. (*Diario de un cazador*, pág. 82).

Este uso del tiempo abunda especialmente en *Vivir al día* y revela una despreocupación del periodista por concretar exactamente el marco temporal en que inscribe los sucesos sobre los que reflexiona en sus artículos (sólo nos dice que ocurren en una época relativamente cercana al momento en que escribe). Y es que en este tipo de escritos el autor no está haciendo crónica histórica de unos hechos con afán erudito y exhaustivo cronológicamente, sino que se limita a expresar su opinión sobre los mismos, por lo que se entiende que para él localizar exactamente los hechos es secundario. Por ello, en este modo de organizar el tiempo es más fácil introducir la propia subjetividad del escritor.

En otros casos, sobre todo en *Diario de un cazador*, el marco temporal en que se circunscribe la acción es mucho más concreto, por lo que abundan expresiones como *esta mañana, este mediodía, esta tarde, esta noche*:

- *Esta mañana* bajé por unos churros para celebrar la fiesta. (*Diario de un cazador*, pág. 37).
- Le propuse a Melecio ir al cine *esta tarde* y aceptó. (*Diario de un cazador*, pág. 124).
- Por si faltase algo, a la madre le volvió el telele *esta noche*. (*Diario de un cazador*, pág. 145).

En ello influye decisivamente la forma que adopta el relato en esta obra, la de un diario que el protagonista, Lorenzo, suele escribir al finalizar el día, poco antes de acostarse, y donde hace recuento detallado de lo ocurrido durante la jornada o las jornadas precedentes. Es decir, al adoptar la forma de diario, el autor se ve constreñido por unos límites temporales tan concretos y objetivos como pueden ser las horas del día transcurridas, por lo que tiene menos libertad para «jugar con el tiempo». Es decir, en un género como el diario, es más difícil introducir la subjetividad en la manera de aprehender el tiempo, pues los límites de éste ya vienen dados de antemano.

De otro lado, tenemos que comentar tres ejemplos en los que se emplea el demostrativo *este*, pero que parecen aludir dos al pasado y uno al futuro:

- El año pasado *por estas fechas* también Anita y yo estábamos de monos. (*Diario de un cazador,* págs. 155-156).
- Le pregunté en qué se basaba y dijo que en los ingresos de otros años *por estas fechas*...(*Diario de un cazador*, pág. 124).
- Decididamente, si cae, mañana *a estas horas* soy socio de un monte. (*Diario de un cazador,* pág. 153).

En todos estos casos hay un comportamiento semejante por parte del que escribe: se toma como referente el momento presente y se proyecta, en dos casos hacia el pasado y en el otro hacia el futuro, un determinado acontecimiento. En el primer caso, la fecha de referencia es el mes de enero, fecha en la que, por el año pasado, Ana y Lorenzo estaban enfadados. En el segundo caso el referente es el mes de

junio, día 18, que es cuando está escribiendo, y se dice que, por mitad de junio, otros años los ingresos que sacaban los acomodadores del cine en que Lorenzo echaba algunas horas, eran mayores de los que se sacaban ahora (existía la sospecha de que uno de los acomodadores se estaba quedando con una parte de las propinas). En el tercer caso, estamos en la víspera del sorteo de Navidad, y Lorenzo, con la ilusión que tiene todo el que juega, dice que mañana, cuando se sepa el resultado y él sea ganador, llevará a cabo su sueño de convertirse en socio de un coto.

En todos los ejemplos, se está llevando a cabo una especie de traslación del momento actual hacia el pasado y hacia el futuro, en un proceso que entra de lleno dentro de lo que llamamos *deixis am phantasma*: el autor se traslada mentalmente en el tiempo desde el ahora hasta el tiempo pasado y el futuro. Por ello, el uso del demostrativo de 1ª persona en estos casos no desmiente el esquema de Vidal Lamíquiz, pues aunque el marco temporal parezca de pasado o de futuro, en realidad se trata de una mera proyección mental, pues el hablante no se ha movido del momento presente.

Asimismo, es significativa la ausencia de ejemplos de deixis temporal relativa al futuro, algo en lo que influye el tipo de obras que componen el corpus, todas ellas muy centradas en la alusión a hechos presentes o relativamente cercanos al presente.

En los dos únicos ejemplos que tenemos de alusión al pasado, todos ellos se refieren a un pasado relativamente lejano, de lo cual son buen testimonio expresiones del tipo de *aquel día, por aquel tiempo*:

- «El Gobierno hizo nevar *aquel día* y Paulina cogió un resfriado», escribirán. (*Vivir al día*, pág. 80).
- Y toda mi ilusión, *por aquel tiempo*, estribaba en confundirme con los muchachos de ciudad... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 10).

Finalmente, hay algunos casos en los que a la deixis temporal parece añadirse un cierto matiz estilístico:

- La verdad es que tres pelas *en estos tiempos* no son dinero. (*Diario de un cazador*, pág. 54).

♦ El trató de animarse y me preguntó cómo nos las arreglamos los pobres *en estos tiempos*. (*Diario de un cazador*, pág. 82).

♦ Al final me dijo una verdad como un templo: que *en estos tiempos* uno va a comprar y le piden la luna,... (*Diario de un cazador*, pág. 105)

♦ La pregunté que qué pintaba aquí *a estas horas*...(*Diario de un cazador*, pág. 161).

En todos los casos, la expresión *en estos tiempos* va asociada a la idea de «en estos tiempos tan difíciles» y la expresión *a estas horas* alude en concreto a «estas horas de la noche», «tan tarde». Como se ve, no hay sólo un mero señalamiento temporal, sino que también se dice algo más: se pondera una situación o un hecho, es decir, habría un cierto uso *cualitativo* (como si en vez del demostrativo empleáramos el indefinido *tal*, *tales*).

Sin embargo, el hecho más significativo que debemos comentar respecto al uso temporal del demostrativo en el corpus, en concreto en la obra *Diario de un cazador*, es si al adoptar la forma de un diario, con indicación expresa de la fecha, del día, al cual aluden los hechos, las expresiones de carácter temporal deben ser consideradas propiamente temporales o anafóricas. Pongamos varios ejemplos. Dice el diario:

16 diciembre, martes

Don Basilio me dio *esta mañana* una participación de cinco duros para el sorteo de Navidad. (pág. 63).

29 enero, jueves

Este mediodía me disculpé con el Pavo por no haberle subido a comer la liebre. (pág. 85).

La duda que nos planteamos es si al decir «esta mañana» no podríamos considerar como referente la fecha *16 diciembre, martes*, que aparece consignada en el mismo texto (es decir, estaríamos ante un posible caso de anáfora), más que un momento temporal concreto extralingüístico.

La cuestión no es baladí dado que la inmensa mayoría de los ejemplos de deixis temporal en el *Diario* siguen esta pauta: su referente está consignado intratextualmente. La duda sobre la naturaleza de

su referente nos podría llevar a considerar en bloque todos éstos como casos de *anadeixis*, pues cabe preguntarse si el señalamiento se hace al interior del texto mismo o no.

Creemos que una posible vía de solución se abre si nos ponemos en la piel del supuesto autor del diario, Lorenzo. Cuando él escribe, está recreando unos hechos acaecidos realmente en un determinado espacio de tiempo. Obviamente, para él las expresiones deícticas temporales que emplea, en el momento en que las escribe, tienen un referente extralingüístico. De otro lado, el consignar la fecha a la que se refieren los acontecimientos que relata es algo necesario para él mismo, como modo de estructurar el relato, y se convierte en un hito imprescindible para orientar al posible lector que se acerque al texto —también al propio autor si quiere releer lo que ha escrito pasado algún tiempo—. Pero es precisamente al tomar el lector el texto en sus manos cuando el referente temporal pasa a ser intratextual, la fecha concreta consignada en cada caso.

Resumiento, para el que escribe y en el momento en que escribe, los hechos aludidos tienen un referente temporal extralingüístico; para el que lee, que no ha vivido estas experiencias, su referente es intratextual, la fecha consignada, pues de otro modo no sabría a qué mañana, tarde o noche se estaría refiriendo el autor.

De este modo, aparentemente, nos situamos en un auténtico callejón sin salida, e incluso se diría que parece primar la óptica del lector, es decir, la de considerar todos éstos como casos de anáfora. Sin embargo, si entendemos que el escritor, cuando entrega al público su obra, pretende que en cada uno de sus lectores se reproduzca el proceso vivencial que tuvo lugar en su alma en el momento en que escribía, habría que considerar que en el *Diario* las expresiones deícticas temporales deben atribuirse a un referente extratextual, real, y no a una mera fecha que el autor sitúa en el texto a modo de «señal», que oriente al lector sobre el camino a seguir.

En suma, creemos que la postura a adoptar en este caso es la de primar el valor temporal por encima del anafórico, pues es lo que en realidad el autor ha pretendido. Por eso, todos los casos que siguen esta pauta serán contabilizados como temporales.

Una cierta duda también plantean a primera vista expresiones del tipo *en aquel tiempo* y *por aquel entonces* en las frases siguientes:

> (Este aforismo era, sin embargo, muy repetido, *en aquel tiempo*, por periodistas cuyos artículos llenaban siete columnas...) (*Vivir al día*, pág. 148).
> ...pues, *por aquel entonces*, Norteamérica ya había entrado en la guerra... (*Vivir al día*, pág. 214).

En ambos casos, la interpretación temporal (referencia a un pasado lejano) parece la más obvia. A ello contribuye sin duda el que en ambas no es fácil delimitar un segmento de discurso como antecedente, lo que posibilitaría hablar de valor anafórico. Sin embargo, en el primer caso, *en aquel tiempo* podría tener como antecedente la expresión *en los tiempos*, que hemos marcado en negrita, del siguiente fragmento:

> En este sentido, Camba fue un precursor. Quiero decir que *en los tiempos* en que Julio Camba nació a la literatura, la literatura era todavía el ropaje verbal, la grandilocuencia.

En el segundo caso, *por aquel entonces* tiene como antecedente *en 1943*, que también marcamos en cursiva:

> No deja de ser curioso que J. R. llegase a Maryland de suplente, esto es, de profesor consorte. La invitada *en 1943* era Zenobia. Venía a pronunciar unas conferencias...

Como se ve, ambos son casos de anáfora, el primero *fiel* y el segundo *infiel*.

Como ya hicimos al hablar de la deixis espacial, en este apartado sobre la deixis temporal incluimos también aquellos casos en que, aunque de partida admitimos un valor deíctico temporal, el valor predominante es otro.

En principio, son numerosos los casos en que la deixis temporal se expresa mediante giros lexicali-

zados:

♦ Uno se pregunta si el cine, sin la palabra, el color y el relieve...no estaría a *estas alturas* a un nivel artístico más estimable de lo que está. (*Vivir al día*, pág. 19).

♦ Por de pronto, *a estas alturas*, juzgo inservibles los elementales criterios estimativos de nuestras abuelas... (*Vivir al día*, pág. 154).

♦ Respondió que no esperaba otra cosa *a estas alturas*,... (*Diario de un cazador*, pág. 104)[289].

♦ ...y *en éstas* llamaron a la puerta. (*El príncipe destronado*, pág. 41).

♦ ...y, *en éstas*, Mamá...les dijo muy seriamente que si no podían cambiar de conversación... (*El príncipe destronado*, pág. 62).

♦ ...y, *en éstas*, Mamá se enfureció... (*El príncipe destronado*, pág. 99).

♦ En resumen, los «divos», los fijos, los marcas, etc. vienen *de un tiempo a esta parte* ablandando el bravo deporte de la bicicleta... (*Vivir al día*, pág. 46).

En cambio, apenas son significativos los casos en que el valor predominante es el estilístico:

♦ Los domingos, *a esa hora absurda* de las siete y media de la mañana,...yo...y mi cuadrilla, llegamos pin pianito a nuestra misa de cazadores,...(*Vivir al día*, pág. 73).

—¿No es ésta, por casualidad, la nena del señor Infante, el de Tapiosa?

—Sí, señorita, pero es nene...

—Claro —dijo—, *a esta edad*. Le ve una tan rubio y con esos ojos. (*El príncipe destronado*, pág. 20).

En el primer caso, al valor de identificación que aporta *esa* se une un cierto valor despreciativo.

En el segundo, la expresión *a esta edad* equivale a *tal edad*, insistiendo en la idea de lo pequeño que resulta el niño, tanto que se le puede confundir fácilmente con una «nena». Estamos ante una forma con *valor cualitativo*, es decir, aquí el demostrativo ya no señala, sino que pondera, valora, califica un hecho.

[289] Del giro *a estas alturas* hay otros 8 ejemplos, sobre los cuales cf. pág. 26.

De todo esto podemos extraer las siguientes conclusiones:

1. En la deixis temporal en el corpus predomina el señalamiento hacia el presente, y por lo tanto hacia lo que está más cerca del *yo*-hablante, como en la deixis espacial.

2. La obra con mayor número de ocurrencias de este tipo de deixis es *Diario de un cazador*.

3. Es abrumadora la presencia del demostrativo como determinante, dado que en este tipo de deixis es básica la presencia de un sustantivo que exprese por sí idea de tiempo.

4. A la hora de delimitar el presente, el autor actúa de dos modos: a veces emplea expresiones que definen unos límites temporales muy amplios e inconcretos (*en estos días, en esta época, en estos tiempos*), sobre todo en *Vivir al día*; en otras ocasiones, los límites temporales son más concretos, se trata de subdivisiones de la unidad temporal 'día' (*esta mañana, este mediodía, esta tarde, esta noche*), cosa que ocurre sobre todo en *Diario de un cazador*.

5. Hay varios casos de *deixis am phantasma* en los que el autor proyecta mentalmente el momento actual hacia el pasado y el futuro, lo cual explica la aparición del demostrativo *este* en esas ocasiones.

6. Apenas tiene importancia la expresión temporal con identificación.

7. No hay casos de deixis temporal hacia el futuro, y en la de pasado predomina la referida a un pasado lejano (*aquel día, por aquel tiempo*).

8. Como posible *anadeixis* hay que contemplar la deixis temporal en el *Diario*, aunque parece imponerse la interpretación temporal estricta si entendemos que el autor pretende hacer revivir en el lector las experiencias recogidas en el relato.

9. Son poco significativos los casos en que el señalamiento temporal viene teñido de valor estilístico

o subjetivo: *en estos tiempos* = «en estos tiempos difíciles»; *a estas horas* = «tan tarde», ambas con posible valor cualitativo.

3.4.3. El uso anafórico

Por *anáfora* entendemos, como ya dijimos en el capítulo II (pág. 74), un fenómeno de señalización-localización que llevan a cabo expresiones deícticas dentro del discurso mismo. En condiciones normales, la *expresión anafórica* remite a un segmento de texto anterior, el llamado *antecedente*, que a su vez suele designar a un objeto de la realidad extralingüística, el *referente* propiamente dicho[290].

Sobre la relación específica que mantiene la expresión anafórica con su antecedente, reconocemos que a veces ésta es de mera *sustitución*, es decir, el anafórico se pone en lugar del antecedente, muchas veces, para evitar su repetición (*concepción sustitutiva*). Este papel corresponde a los pronombres.

Otras veces, la expresión anafórica no sustituye a su antecedente, sino que lo completa (*concepción antecedentista*).

Por último, puede llegar a ocurrir que el antecedente de una expresión anafórica no sea exactamente una porción concreta de texto, sino más bien una representación mental, compartida entre el hablante y el interlocutor (*concepción mentalista*). Según esta última postura, en la anáfora el segmento de texto que denominamos antecedente es algo así como la «huella» de la operación lingüística que ha hecho accesible el objeto representado mentalmente.

La ambigüedad de la relación entre expresión anafórica y antecedente fue lo que nos llevó a admitir como lo realmente importante de este fenómeno lo que denominamos «función anafórica», es decir, el papel de índices o señaladores que en el interior del discurso desempeñan ciertas unidades lingüísticas, en nuestro caso los demostrativos.

[290] Por tanto, la anáfora es para nosotros un fenómeno plenamente textual.

En el capítulo II (págs. 65 ss.), siguiendo a D. Apothéloz, distinguíamos cuatro tipos principales de anáfora:

a) La *anáfora fiel* y la *anáfora infiel*: se habla de anáfora fiel cuando el núcleo nominal de la expresión anafórica es el mismo que el de su antecedente; en caso contrario se habla de anáfora infiel. En ésta suele suceder que el núcleo nominal de la expresión anafórica es casi siempre un sinónimo o un hiperónimo del núcleo nominal de su antecedente. Por su parte, la llamada anáfora fiel coincide básicamente con el fenómeno de la *correferencia*, el cual es considerado por algunos autores como el prototipo de relación anafórica.

b) La *anáfora por nominalización*: se da cuando la expresión anafórica convierte en su antecedente el proceso denotado por una proposición anterior. En ese caso, la nominalización puede evocar el contenido de dicha proposición, o también el acto lingüístico mediante el que se enuncia dicho contenido.

c) La *anáfora por silepsis*: es cuando en evocaciones anafóricas pronominales, el género de la expresión anafórica no coincide con el de su antecedente. Dicho con otras palabras, se da una concordancia *ad sensum* y no según la gramática.

d) La *anáfora asociativa*: se da en aquellos sintagmas nominales definidos que mantienen una cierta dependencia interpretativa respecto a su antecedente, pero que no guardan con él ninguna relación de correferencia.

Como la vertiente sintáctica de la relación anafórica consideramos el fenómeno de la *pronominalización*, el cual se ha intentado distinguir a menudo de la anáfora propiamente dicha, dado que muy habitualmente la expresión anafórica viene constituida por un pronombre[291]. Además, no debemos olvidar que

[291] Ya Fernández Ramírez, *op. cit.*, pág. 114, señala que la deixis anafórica es una referencia al campo sintáctico «del que se hace uso porque coloca a nuestro alcance el único dato sensible (la palabra) de que se dispone en un momento dado para producir la evocación». Asimismo, como ya también indicamos en el capítulo 1º, considera-

la gramática generativa interpretaba la anáfora en términos exclusivamente de relación sintáctica.

Por su parte, Vidal Lamíquiz consideraba que la anáfora era una cuestión más bien de referencia numérica. Él, por un lado, distinguía entre anáfora *singular*, como referencia a un solo elemento del discurso; *dual*, como referencia a dos elementos; *plural*, como referencia a tres o más elementos. A cada una de estas referencias se añadía el doble matiz de *no identificación / identificación*.

Según el esquema de Lamíquiz, el demostrativo español quedaría repartido en el uso anafórico de la siguiente manera:

a) La anáfora singular sin identificación se hace mediante *este* y con identificación mediante *ese*. En este uso, el pronombre demostrativo de 2ª persona sería heredero del valor identificador del *ipse* latino.

b) La anáfora dual sin identificación se sirve de *este / aquel*: *este* mencionaría lo señalado en segundo lugar y *aquel* lo primero. Cuando expresa el matiz de identificación añade *mismo* a las formas pronominales.

c) La anáfora plural utiliza junto a las formas *este* y *aquel* otros pronombres como *el otro*, *el de más allá*, etc. Con identificación se emplea también *mismo*, aunque el propio Lamíquiz reconoce la dificultad para encontrar ejemplos, dada la pesadez estilística de la fórmula[292].

Respecto a la anáfora, Fernández Ramírez aporta una serie de ideas muy interesantes. En primer lugar, cree que en la lengua cotidiana apenas se emplean con este valor los demostrativos en función pronominal, considerando incluso extraño cuando se emplea una sola de estas unidades lingüísticas. El uso del pronombre demostrativo con valor anafórico es más propio de la prosa analítica que de la narrati-

---

mos que muchos de los casos de pronominalización, sobre todo con las formas neutras, pueden considerarse variantes de la anáfora por nominalización.

[292] Vidal Lamíquiz, *loc. cit.*, págs. 185-186.

va. En el diálogo lo habitual es el empleo del demostrativo en función de determinante nominal acompañando al mismo sustantivo que hace las veces de antecedente, e incluso, en la que él llama «anáfora difusa», acompañando a un sustantivo nuevo, que es fruto de una «elaboración conceptual», mediante la que se interpreta una palabra concreta o la totalidad de lo ya dicho[293]. Evidentemente, lo que Fernández Ramírez llama anáfora difusa coincide con lo que Apothéloz, en su tipología, llama anáfora infiel.

Como ya tuvimos ocasión de recordar al hablar de la deixis espacial y temporal, es frecuente que se den casos en que la expresión deíctica puede entenderse al mismo tiempo como espacio-temporal y como anafórica, es decir, que estaríamos ante casos de lo que Veronika Ehrich llama *anadeixis*. En este apartado volveremos a recordar algunos de los ejemplos de este uso ya señalados cuando hablamos de la deixis espacial y temporal.

Una de las principales novedades de nuestro estudio sobre el uso anafórico en Delibes es la inclusión de un nuevo valor, el que denominamos *uso cualitativo* y *cuantitativo* del demostrativo. En estos casos, como tendremos ocasión de ver, el demostrativo se usa como determinante nominal y equivale a los indefinidos *tal* y *tanto*. Su papel es el de indicar un cierto grado o cantidad del sustantivo al que acompaña. Este uso es muchas veces simultáneo con el empleo anafórico.

Asimismo, señalaremos algunos casos en los que se registra un uso anafórico y catafórico al mismo tiempo, aunque nos limitaremos a mencionarlos dejando para el capítulo siguiente, el que dedicaremos a la catáfora, su estudio en profundidad.

Por último, incluiremos al final de este apartado una mención a aquellos casos en que habiendo de base un uso anafórico, la expresión deíctica se emplea prioritariamente en giros lexicalizados o con «valor estilístico».

Partiendo de los principios ya establecidos, que acabamos de recordar, clasificamos del siguiente

[293] Cf. Fernández Ramírez, *op. cit.*, pág. 115.

modo las expresiones anafóricas presentes en Delibes:

A) *Casos de anáfora fiel*: En ellos la expresión anafórica está constituida por un sintagma nominal en el que el demostrativo acompaña como determinante a un sustantivo idéntico al que funciona como núcleo nominal del antecedente. Todos los ejemplos corresponden a casos de *anáfora singular*, o referencia a un solo elemento:

♦ En las primeras horas de la mañana se organizó el desfile del prisionero hasta la Plaza Mayor, recorriendo las calles de Francos, Esgueva, Plazuela Vieja...Algunas de *estas calles* pertenecen al Valladolid del conde Ansúrez...En la actualidad es en *estas calles sombrías*, de poco tráfico, donde tienen su sede artesanos... (*Vivir al día*, pág. 14).

♦ Si hay un final previsible de la vida sobre la Tierra, *ese final* se producirá el día que las fuerzas desatadas por el hombre... (*Vivir al día*, pág. 80).

♦ Se ha dicho que nuestra época se distingue por la crisis del diálogo...Mas *esta crisis del diálogo* es una consecuencia más de nuestra notoria falta de curiosidad por los problemas ajenos. (*Vivir al día*, pág. 127).

♦ Uno piensa, luego que la desgracia sucede, que una palabra hubiera bastado para cambiar el destino, pero *esa palabra*, a cosa pasada, no es más que un nuevo dolor. (*Diario de un cazador*, pág. 128).

♦ —¿Sabe usted, Barbas, lo que decía don José Ortega sobre lo que el cazador siente en el momento de disparar?...

—*Ese don José* —dice— ¿era una buena escopeta? (*Viejas historias de Castilla laVieja*, pág. 82).

♦ Entonces tú estás en la verdad, pero llega un pazguato o una pazguata...*a ese pazguato* o a *esa pazguata* difícilmente podrás convencerles de que no tienen ideas,... (*El príncipe destronado*, pág. 75).

B) *Casos de anáfora infiel:* En ellos la expresión anafórica está constituida por un sintagma nominal en el que el demostrativo acompaña como determinante a un sustantivo de diferente lexema al que funciona como núcleo nominal del antecedente, pero sinónimo o hiperónimo de éste. Todos los ejemplos corresponden a casos de *anáfora singular*, o referencia a un solo elemento:

♦ ...la trayectoria de Albert Schweitzer representa un ejemplo hermoso e inusitado. La singularidad de *este ser* reside precisamente...Mas la suprema lección que nos brinda *este ser extraordinario* es una lección de modes-

tia. (*Vivir al día*, págs. 37-38).

♦ Después de seguir una a una las votaciones del Nadal 1956 me he reafirmado en el convencimiento de que también la maltratada literatura puede dar sus cardíacos. Este es el lado malo de *estas eliminatorias cuantitativas*,... (*Vivir al día*, pág. 60).

♦ Conocí a Michel Butor...en el Coloquio Internacional de Novela de Formentor,...aportó en tal ocasión observaciones valiosas para conciliar posiciones antagónicas y poner un poco de orden en *aquella Babel literaria*,... (*Vivir al día*, pág. 156).

♦ El mismo señor Tena Artigas admite que el plan cuadrienal según el cual se proyectaba la construcción de catorce mil escuelas se ha quedado corto y, en el mejor de los casos, *estos centros* alcanzarán la cifra de nueve mil,... (*Vivir al día*, pág. 207).

♦ De la parte del naciente, una vez que se sube por las trochas al Cerro Fortuna, se encuentra uno en el páramo. El páramo es una inmensidad desolada,...Padre solía subir a *aquel desierto* siempre que se veía forzado a adoptar alguna resolución importante. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 21).

♦ ...me entregaba la azuela y me hacía cavar en la tierra húmeda para buscar lombrices. Los cangrejos rara vez desdeñan *este cebo*. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 34).

♦ Y así fue como la caza se ejercitó en los primeros tiempos de la Historia. Pero *aquella época* era otra época. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 96).

C) *Casos de pronominalización*, en que los demostrativos masculinos y femeninos en función pronominal van refiriéndose normalmente a un sustantivo o sintagma nominal aparecido previamente y que viene a ser su antecedente. Se trata siempre de casos de anáfora singular:

♦ El pueblo no comprende el Arte si *éste* no promueve en él una remoción de sentimientos. (*Vivir al día*, pág. 49).

♦ Entre quien debe su fortuna al azar o a la herencia y el que la forja a fuerza de ingenio y trabajo, las simpatías, en nuestro país al menos, se quedan con *éste*. (*Vivir al día*, pág. 58).

♦ De este modo el Real Madrid asegurará su posición no sólo fortaleciendo su cuadro, sino debilitando los ajenos, *aquellos* a quienes va a privar de sus «kas» y sus «uves dobles»... (*Vivir al día*, pág. 86).

♦ ...si el catedrático se interesaba por un alumno, era por *aquel* que, excepcionalmente, se presentaba a cuerpo limpio,... (*Vivir al día*, pág. 141).

♦ ...y fijar unas retribuciones únicas, conocidas y decorosas para todos los funcionarios del país, sean *éstos* militares o paisanos. (*Vivir al día*, pág. 192).

♦ Poco más allá tengo entendido que vierte en el arroyo Aceitero; las aguas de *éste* van a desembocar en las del Sequillo,... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 33).

♦ ...y arrastró un trecho el tubo de dentífrico haciendo "buuuuuuum"...hasta que el tubo tropezó con un botón negro y, entonces, el niño abandonó *aquél* en el suelo,... (*El príncipe destronado*, pág. 17).

♦ La Vítora pasó la tortilla de la sartén al plato y colocó *éste* sobre el mármol blanco. (*El príncipe destronado*, pág. 156).

D) *Casos de pronominalización*, en que un demostrativo neutro va refiriéndose a un sustantivo, un sintagma nominal y, muy frecuentemente, a un amplio segmento de texto anterior que actúa como antecedente. En todos los casos estamos ante la ya mencionada anáfora singular:

♦ A González Ruano, que posiblemente sea uno de los escritores de esta hora con más artículos periodísticos sobre los huesos, se le hacía enojoso volver a este ejercicio después de dedicar al teatro su actividad de una semana. *Esto* indica hasta qué punto el cerebro del escritor es una cosa poco dúctil,... (*Vivir al día*, pág. 27).

♦ Si la tinta, el tiempo y la cabeza que se han gastado en el debate se hubieran aplicado a elaborar un concienzudo proyecto sobre una red de carreteras, *eso*, pienso yo, iríamos ganando los españoles. (*Vivir al día*, pág. 35).

♦ Llegados a este punto, el hombre,...me hizo el peregrino descubrimiento de que en la taquilla no tienen por qué mirar la tarjeta al despachar el billete y para reforzar su afirmación me pasó por las narices una circular que,...se legitimaba su bonita operación. Ofuscado le dije que *aquello* era una perfecta ratonera... (*Vivir al día*, pág. 83).

♦ De este modo, antes que a la lotería, el español juega hoy al concurso X o al carrusel Z, ya que sin ningún desembolso se le ofrece la oportunidad de hacerse rico...*Todo esto* está muy bien... (*Vivir al día*, pág. 93).

♦ Con Pepe Lozano, Carlos Campoy, Martín Descalzo,...fundé un día una sección de «El Norte» titulada «El Caballo de Troya». *Esto* de «El Caballo de Troya» era una cabeza de puente en el mundo de la frivolidad,... (*Vivir al día*, pág. 119).

♦ El campesino castellano está hoy,...desorientado. La mecanización, la concentración parcelaria, la selección de semillas, el abonado concienzudo y periódico; es decir, *todo aquello* que pudiéramos estimar como buenos

consejos,... (*Vivir al día*, pág. 174).

♦ Bueno, me estoy poniendo de mal humor y *eso* no es recomendable, ni correcto. (*Vivir al día*, pág. 204).

♦ ...uno había dicho que el crío empezaba a oler...y ella insistió que *eso* decía uno. (*Diario de un cazador*, pág. 48).

♦ Melecio y yo teníamos planeado dar unas manos a la linde de lo de Muro, pero *esto* puede aguardar. (*Diario de un cazador*, pág. 69).

♦ ...el Cazador escucha frases como ésta: «A mí tanto me da una perdiz como una urraca; el caso es tirar tiros». *Esto* es posible,... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 85).

♦ En mi pueblo, desde chico oí decir que valen más las vísperas que las fiestas. ¿No es *eso* lo que usted quiere decir? (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 93).

E) *Casos de anáfora singular* con las formas *estas/ esas/ aquellas cosas*, con el mismo valor que un demostrativo neutro en función pronominal:

♦ Se argüirá que si el cine sirve películas donde se exalta la violencia es porque el mercado las pide. Por estos derroteros iríamos a parar muy lejos...*Estas cosas* tan delicadas hay que abordarlas con perspectivas de futuro,... (*Vivir al día*, pág. 140).

♦ ...un deportista caracterizado ha sido borrado de la agrupación del viejo club a que perteneció...al ofrecer sus servicios a otro equipo, rival de aquel en que de entrada militó. De aquí se deduce que *estas cosas* de la «eterna rivalidad»,...no constituyen una mera fraseología deportiva,... (*Vivir al día*, pág. 165).

♦ En España, las guerras civiles se han mamado. El niño que crece ya no pregunta por qué aquel señor es «malo»;...Por eso yo sugeriría, si las famosas Tres Marías tienen necesariamente que subsistir en nuestros planes de enseñanza, que sean cuatro,...Se me ocurren *estas cosas* al filo de la lectura de un admirable y emocionante reportaje de Ana María Badell de Fisac... (*Vivir al día*, págs. 220-221).

♦ Casi a la hora de marchar me preguntó si me conformaría yo con otros treinta. Le dije que de cuál y respondió que de años...Él dijo que los firmaba. «¿Es que te sientes mal? —le dije intranquilo—. ¿Por qué piensas hoy *esas cosas*?» (*Diario de un cazador*, págs. 34-35).

♦ La madre ha vuelto a decirme que anda alcanzada. *Estas cosas* me ponen de mal café. (*Diario de un cazador*, pág. 50).

♦ Cuando vino al caso, me arrimé a ella y le dije que valía cincuenta veces lo que la Pier Angeli. Ella me salió con que cómo decía *esas cosas*,... (*Diario de un cazador*, pág. 87).

♦ Levantó en el aire un pingajo negro y el niño lo distinguió, como preso, a través del enrejado del montacargas y dijo:

—¿Por qué se ha muerto, Loren?...

—¿Sabes tú por qué pasan *esas cosas*?... (*El príncipe destronado*, pág. 14).

F) *Casos de anáfora por nominalización*: En ellos la expresión anafórica tiene como antecedente el contenido completo de la proposición anterior o la forma lingüística que adopta.

♦ ...el primer libro se le va de las manos al autor, le desborda, para concluir caminando fuera del cauce previsto por él. *Esta afirmación* tiene muy pocas excepciones... (*Vivir al día*, pág. 31).

♦ Este hecho me ha llevado a pensar si no sería más eficaz para el deporte balompédico español echar mano a cada momento del equipo del club más en forma, con un par de interpolaciones a lo sumo,...*Esta decisión*...nos colocaría a cubierto de todo ensañamiento... (*Vivir al día*, pág. 85).

♦ ...sino dentro de la modestísima pretensión de que cada muchacho en edad de educación disponga de un modesto pupitre dentro de una modesta escuela. La demora es grave y más grave aún, y sintomático, el que *esta insuficiencia* pueda atribuirse a falta de medios. (*Vivir al día*, pág. 208).

♦ Don Basilio, el director, echó esta mañana un buen rapapolvo a José el de Secretaría. Don Basilio si se atocina saca una voz chillona de pendoncete. José me dijo luego que él conoce a don Basilio y *estas peteras* no se las toma en cuenta. (*Diario de un cazador*, pág. 18).

♦ El Señor Moro ha hecho estos días varias matrículas de los de fuera y supongo que le rentarán lo suyo...Al curso que viene veré de explotar *este momio*. (*Diario de un cazador*, pág. 33).

♦ En mi pueblo, cuando un mozo se dirige a una moza con intención de matrimonio, basta con que la siente a la sombra de los chopos para que ella diga «sí» o «no». *Esta tradición* ha terminado con las declaraciones amorosas... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 49).

♦ ...donde al decir del Olimpio celebraban sus juicios los grajos en invierno. El Olimpio aseguraba haberlos visto por dos veces...Al decir del Olimpio, los jueces se asentaban sobre las crestas desnudas de los chopos, mientras el reo, rodeado por una nube de grajos, lo hacía sobre las ramas del olmo...Cuando el Olimpio contó *esta historia*,... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 61).

♦ Quico abrió las piernas y se miró los bajos de los pantalones y, como si *aquel examen* no le convenciera,... (*El príncipe destronado*, pág. 48).

G) *Casos de anáfora asociativa*: Como ya advertimos en el capítulo 1º al hablar de este tipo de anáfora, según J. Hawkins, el demostrativo no puede aparecer en la anáfora asociativa. Y aunque sus observaciones partían de la lengua inglesa, hay un acuerdo prácticamente general en que esto mismo sucede con las lenguas romances y en todas aquellas en las que coexiste el sistema de dos artículos (determinado e indeterminado) con los pronombres deícticos[294].

H) *Casos de anáfora por silepsis*: No hemos encontrado ningún caso en nuestro corpus.

I) *Casos de anáfora dual*[295]:

♦ Que ningún padre de familia numerosa sea sancionado por el hecho de retrasar la renovación de sus papeles, la renovación de sus hijos, tomar un papel por otro, un hijo por otro o extraviar bien sea uno de *éstos* o uno de *aquéllos*,... (*Vivir al día*, pág. 84).

♦ No obstante, el español es hombre de tertulia, de grupo, de capillita, y una vez inserto en *aquéllos* o enrolado en *ésta*,... (*Vivir al día*, pág. 166).

♦ Y esto que decimos del Estado puede ser aplicado a los municipios. Y, por supuesto, *aquél* debe exigir a *éstos*...la colaboración que se nieguen a prestar voluntariamente. (*Vivir al día*, pág. 209).

J) *Casos de anáfora plural*:

Esto quiere decir que cada cual habla de la Historia conforme le fue en ella y que no es infrecuente que el héroe de unos sea un pirata para otros o el genio conquistador de *éstos* sea un déspota para *aquéllos*, y un cobarde para *los de más allá*. (*Vivir al día*, pág. 96).

[294] Sobre esto cf. A. Ruiz Tinoco, *loc. cit.*, pág. 4. La imposibilidad de encontrar el demostrativo en esta clase de deixis también la reconoce G. Kleiber, «L'anaphore: d'un problème à l'autre», pág. 8. En efecto, en español no parece aceptable un ejemplo como el siguiente, que hemos tomado de Ruiz Tinoco: Juan lleva *una* camisa blanca. Le faltan *estos/esos/aquellos* botones.

[295] Tanto de la anáfora dual como plural damos todos los ejemplos presentes en el corpus.

El número total de formas demostrativas con valor anafórico en el corpus es de 775, de las cuales corresponden a las formas pronominales 362 (el 46.70%) y a las formas adjetivas 413 (el 53.29%). De entre las obras, la que presenta más formas con este valor es *Vivir al día* con 436 (el 56.25%), seguida de *Diario de un cazador* con 176 (el 22.7%), *Viejas historias de Castilla la Vieja* con 94 (el 12.12%) y *El príncipe destronado* con 69 (el 8.9%).

Una primera valoracion de estas estadísticas nos lleva a comprobar cómo ésta es más habitual en las obras que más se alejan del estándar de lengua hablada y es más escasa en las obras que se acercan a este mismo estándar. Esto significa que aunque la anáfora no es un fenómeno exclusivo de la lengua literaria, sin embargo sí es aquí donde alcanza una mayor presencia y un mayor grado de complejidad y desarrollo.

Respecto a su representación según las distintas formas del demostrativo, el primer lugar lo ocupa *este* con 488 ocurrencias (el 62.96%), seguida de *ese* con 210 (el 27.09%) y por último *aquel* con 77 (el 9.93%)[296].

Respecto a la tipología de los usos anafóricos en el corpus, ni que decir tiene que lo habitual es la *anáfora singular*, la referencia a un solo elemento del discurso, habitualmente un sustantivo (o sintagma nominal) o un fragmento de texto anterior. Casi testimoniales son los casos de anáfora dual y plural, los

[296] Los 775 casos de formas con valor anafórico suponen el 53.70% del total de 1443 formas del demostrativo en nuestro corpus. En *El camino* eran un total de 236 casos, o sea, el 52.32% del total de 451 ocurrencias de formas del demostrativo en esta novela, por lo que los resultados son casi equivalentes. Esta elevada presencia, que hace de la anáfora la más importante de todas las formas de señalamiento protagonizadas por el demostrativo, es aún más importante si cabe, pues en el cómputo de formas demostrativas anafóricas no hemos incluido ni los casos de anadeixis, ni las formas del demostrativo con valor anafórico pero una importantísima carga estilística, ni los casos de uso cualitativo/cuantitativo que también poseen valor anafórico, ni los casos de uso anafórico y catafórico al mismo tiempo, ni, por último, el gran número de giros lexicalizados que en su mayoría tienen de partida un valor anafórico. Por ello se puede concluir que el uso normal del demostrativo en el corpus, y en la lengua en general, al menos en la escrita, es el anafórico, con una considerable ventaja sobre los demás usos.

más complejos y los más literarios.

En los casos de anáfora dual, como es de rigor, se emplea *este* para aludir a lo último mencionado y *aquel* a lo nombrado en primer lugar:

> No obstante, el español es hombre de tertulia, de grupo, de capillita, y una vez inserto en *aquéllos* o enrolado en *ésta*,... (*Vivir al día*, pág. 166).

En el ejemplo, en realidad se mencionan en principio tres términos, la *tertulia*, el *grupo* y la *capillita*, sólo que a la hora de construir la mención anafórica el autor hace dos términos, el primero, recogido por *aquellos*, que abarca los dos primeros, *tertulia* y *grupo*, y el segundo, recogido por *ésta*, que alude al último, *capillita*.

En el único caso de anáfora plural se utilizan como expresiones anafóricas *este*, *aquel* y *el de más allá*:

> Esto quiere decir que cada cual habla de la Historia conforme le fue en ella y que no es infrecuente que el héroe de unos sea un pirata para otros o el genio conquistador de *éstos* sea un déspota para *aquéllos*, y un cobarde para *los de más allá*. (*Vivir al día*, pág. 96).

Lo peculiar en el ejemplo es que los referentes últimos de las expresiones anafóricas no están claramente delimitados en el segmento de texto anterior. El autor le da un claro valor general o indeterminado, pues considera innecesario detenerse a precisar quiénes son los que consideran a tal héroe un genio, un déspota o un cobarde. Es decir, nos encontramos ante una auténtica fórmula de enumeración, que en nuestro ejemplo viene precedida del uso de la correlación *unos...otros*, con el mismo valor indeterminado.

Relacionado con este tipo de fórmulas de enumeración con valor indeterminado está el uso de la correlación *esto...aquello*, de la que tenemos un ejemplo en el corpus, y que hemos incluido entre los giros lexicalizados en que interviene el demostrativo:

Cuando dentro de un cuadro de lógica elemental deberíamos decir: si *esto* está mal o *aquello* marcha inadecuadamente, evitémoslo o mejoremos su funcionamiento. (*Vivir al día*, pág. 111).

De otro lado, a medio camino entre la anáfora dual y la anáfora singular tenemos ejemplos en los que hay un doble plano y una sola referencia:

♦ ...y arrastró un trecho el tubo de dentífrico haciendo "buuuuuuum"...hasta que el tubo tropezó con un botón negro y, entonces, el niño abandonó *aquél* en el suelo,... (*El príncipe destronado*, pág. 17).

♦ La Vítora pasó la tortilla de la sartén al plato y colocó *éste* sobre el mármol blanco. (*El príncipe destronado*, pág. 156).

En el primer caso se mencionan dos objetos, el tubo de dentífrico y un botón negro; en el segundo la sartén y el plato. En ambos, aunque hay un doble plano, sin embargo se hace una sola referencia: en el primer caso, con *aquél* al tubo de dentífrico, el referente más alejado; en el segundo, con *éste* al plato, el referente más cercano. Estos ejemplos son, propiamente hablando, casos de anáfora singular, pues hay una sola referencia, aunque en el momento de la enunciación el hablante presenta dos posibles referentes de los cuales acabará escogiendo uno.

De entre los diversos procedimientos constructivos de la anáfora, el más simple y básico es el de la llamada *anáfora fiel*, es decir, anáfora singular en que el núcleo nominal del anafórico reproduce el mismo núcleo nominal del antecedente. En estos casos el demostrativo, como es obvio, funciona como determinante del núcleo nominal de la expresión anafórica. A este tipo de anáfora corresponden 102 ocurrencias del demostrativo, es decir, el 13.16%, con el siguiente reparto por formas: *este* 48 ocurrencias, *ese* 43 y *aquel* 11.

Respecto al modo de construir este tipo de anáfora, la primera mención que se hace del sustantivo antecedente sirve para presentarlo, de modo que cuando se repite éste en la expresión anafórica, gracias al demostrativo, se lleva a cabo la identificación precisa del mismo. Veamos dos ejemplos:

♦ En *los desfiles procesionales* de la Semana Santa, la masa requiere un desahogo emocional,...El conflicto entre la bondad intachable de Jesús y la refinada perversidad de los sayones, alcanza en *estos desfiles* un patetismo dramático. (*Vivir al día*, págs. 48-50).

♦ Uno piensa, luego que la desgracia sucede, que *una palabra* hubiera bastado para cambiar el destino, pero *esa palabra*, a cosa pasada, no es más que un nuevo dolor. (*Diario de un cazador*, pág. 128).

En el primer caso el artículo *los* de *los desfiles procesionales* tiene un valor claramente clasificador: se menciona la clase completa de los desfiles procesionales propios de Semana Santa, sin más especificaciones. Cuando la expresión anafórica *estos desfiles* retoma a su antecedente, teniendo además en cuenta que mientras tanto se ha hablado de los desfiles propios de Andalucía y de Castilla, el autor lo hace para aludir a unos desfiles en particular, los castellanos.

En el segundo caso, el sustantivo antecedente se introduce por primera vez mediante el indefinido *una* de *una palabra*, que actúa aquí como un auténtico presentador, según opina Marcos Marín[297]. Al retormarlo la expresión anafórica *esa palabra* se lleva a cabo su plena identificación e individualización: es esa palabra que hubiera podido cambiar el destino y no otra la que, ante un hecho pasado, produce dolor.

El papel de identificador que presenta el demostrativo en los casos de anáfora fiel explica la frecuencia con que suele aparecer *ese* en estos ejemplos:

♦ Si hay *un final previsible* de la vida sobre la Tierra, *ese final* se producirá el día que las fuerzas desatadas por el hombre... (*Vivir al día*, pág. 80).

♦ Entonces tú estás en la verdad, pero llega *un pazguato* o *una pazguata...a ese pazguato* o a *esa pazguata* difícilmente podrás convecerles de que no tienen ideas,... (*El príncipe destronado*, pág. 75).

Aquí *ese* se muestra como heredero del anafórico-enfático *ipse*: es ese final y no otro; es ese pazguato (o pazguata) y no otro. De todos modos, creemos que en los casos de anáfora fiel el demostrativo *este* además de aludir a lo último mencionado, sirve también para expresar un valor identificador, de

[297] Cf. M. Sagüés Subijana, *op. cit.*, págs. 151-152.

modo que habría una auténtica neutralización entre ambos demostrativos en este tipo de construcción anafórica. También cabe expresar la identificación mediante el término *mismo* añadido como adyacente al demostrativo, en este caso *aquel*:

> ...fue apuñalada la joven Sissinia, de veintidós años, hija del Telesforo y la Herculana, una noche de julio allá por el año nueve...*Aquel mismo año*, aprovechando las solemnidades de la Cuaresma,... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, págs. 37-38).

En la anáfora fiel, aunque el esquema habitual es una sola expresión anafórica y un solo antecedente, a veces se pueden encadenar varias expresiones anafóricas que al final remiten al mismo antecedente:

> En las primeras horas de la mañana se organizó el desfile del prisionero hasta la Plaza Mayor, recorriendo las calles de Francos, Esgueva, Plazuela Vieja...Algunas de *estas calles* pertenecen al Valladolid del conde Ansúrez...En la actualidad es en *estas calles sombrías*, de poco tráfico, donde tienen su sede artesanos... (*Vivir al día*, pág. 14).

El antecedente último es aquí *las calles de Francos, Esgueva, Plazuela Vieja*..., que es mencionado en primer lugar por la expresión anafórica *estas calles* y luego por *estas calles sombrías*. Además, este ejemplo nos sirve para comprobar cómo en la anáfora fiel, aunque se repitan los mismos núcleos nominales, la expresión anafórica puede aportar nueva información de su antecedente por medio de adyacentes como *sombrías*, *de poco tráfico*, que enriquecen la información que del antecedente tenía el hablante.

Cuando en una construcción de anáfora fiel el antecedente va seguido inmediatamente por la expresión anafórica, el efecto que se logra ya no es de una mera identificación sino de una auténtica evocación:

> ♦ Su sentido del humor, *ese humor* sutilmente irónico, tímidamente escéptico de los Cossío,... (*Vivir al día*, pág. 104).
>
> ♦ Y no hablo ahora de las visitas de cumplido, *aquellas inefables visitas de nuestros abuelos*,... (*Vivir al día*,

pág. 142).

Junto al papel evocador, ya plenamente estilístico, de ambos ejemplos[298], sobre todo del segundo (reforzado si cabe por el uso del adjetivo *inefables*), queremos añadir que el hecho de escoger *ese* en el primer ejemplo se debe a que el autor está recordando un rasgo de humor que, como todos los Cossío, también tenía Mariano de Cossío, recientemente fallecido y al cual el autor evoca en estas líneas; en el segundo caso, el demostrativo *aquellas* está mencionando algo alejado en el tiempo. Es decir, *ese* indicaría la distancia intermedia y *aquel* la lejanía más absoluta.

Otro de los procesos constructivos de la anáfora es la conocida como anáfora infiel, a la cual pertenecen 149 ocurrencias del demostrativo en el corpus, es decir, el 19.22%, con el siguiente reparto por formas: *este*, 91 ocurrencias, *ese* 31 y *aquel* 27. Cuando la anáfora es infiel, según hemos indicado reiteradamente, el sustantivo de la expresión anafórica, aunque de lexema diferente, suele guardar con el sustantivo núcleo del antecedente una sinonimia más o menos exacta:

♦ Esto equivale a decir que no debiera haber asignatura sin un *texto* básico, y conveniente sería exigir que *este libro* se ajustase a una elemental línea didáctica. (*Vivir al día*, pág. 39).

♦ El Humanismo podía haber logrado la *síntesis* de los valores humanos y la religión, pero por una serie de factores *esta unión* no se logra y nace el antropocentrismo. (*Vivir al día*, pág. 73).

En el primer caso, es evidente que *libro*, el núcleo nominal de la expresión anafórica, es sinónimo de *texto*, el núcleo nominal del antecedente; en el segundo, *unión* lo es de *síntesis*.

Otras veces se trata más bien de hiperónimos:

♦ El novelista, dueño de un *argumento* y unas *palabras*, ha de disponer *estos elementos* de tal modo que el artificio trascienda lo menos posible,... (*Vivir al día*, pág. 31).

♦ Llamé a la *Doly*, pero no sé qué coños la pasa a *esta perra*. (*Diario de un cazador,* pág. 51).

[298] Por eso, ejemplos como éstos los contabilizamos como ocurrencias del uso estilístico.

Evidentemente, la relación que guardan *elementos* con *argumento* y *palabras*, en el primer caso, y *perra* con *Doly*, en el segundo, es de hiperonimia.

En otros casos, la relación que se establece entre el núcleo nominal de la expresión anafórica y el del antecedente no se mide en términos de mayor o menor igualdad o similitud semántica, sino que se somete al sustantivo de la expresión anafórica a una especie de reelaboración conceptual, de forma que lo podemos utilizar para interpretar o caracterizar al sustantivo antecedente:

♦ Después de seguir una a una las votaciones del Nadal 1956 me he reafirmado en el convencimiento de que también la maltratada literatura puede dar sus cardíacos. Este es el lado malo de *estas eliminatorias cuantitativas*,... (*Vivir al día*, pág. 60).

♦ Conocí a Michel Butor...en el Coloquio Internacional de Novela de Formentor,...aportó en tal ocasión observaciones valiosas para conciliar posiciones antagónicas y poner un poco de orden en *aquella Babel literaria*,... (*Vivir al día*, pág. 156).

En el primer caso, *estas eliminatorias cuantitativas* no actúa simplemente como sinónimo o hiperónimo de *las votaciones del Nadal*, sino que además nos está dando una cierta opinión, negativa, del autor respecto al modo de seleccionar los ganadores en un concurso literario. En el segundo caso, *aquella Babel literaria*, respecto a *el Coloquio Internacional de Novela de Formentor*, nos sugiere que aquella reunión contó con un número de participantes importante, del más diverso origen y con opiniones en absoluto coincidentes.

El hecho de que con esta construcción, en ocasiones, lo que conseguimos es ampliar la información que se da de un determinado ser, objeto u acontecimiento, nos lleva a apoyar la *concepción antecedentista*, según la cual la expresión anafórica lo que hace es completar su antecedente, y no sólo sustituirlo para evitar su repetición.

El esquema habitual sigue siendo el empleo de una sola expresión anafórica para aludir a un solo antecedente. Sin embargo, como en la anáfora fiel, podemos encadenar varias expresiones anafóricas

que remiten a un mismo antecedente:

> ...la trayectoria de Albert Schweitzer representa un ejemplo hermoso e inusitado. La singularidad de *este ser* reside precisamente...Mas la suprema lección que nos brinda *este ser extraordinario* es una lección de modestia. (*Vivir al día*, págs. 37-38).

Aquí tanto *este ser* como *este ser extraordinario* remiten al mismo antecedente, *Albert Schweitzer*.

De otro lado, en la elección de una u otra forma del demostrativo, suelen tenerse en cuenta los valores habituales de cada una de ellas:

> ♦ El mismo señor Tena Artigas admite que el plan cuadrienal según el cual se proyectaba la construcción de catorce mil escuelas se ha quedado corto y, en el mejor de los casos, *estos centros* alcanzarán la cifra de nueve mil,... (*Vivir al día*, pág. 207).
>
> ♦ Le pregunté a qué hora cerraban y ella me dijo que a las ocho. Entonces le dije que si tenía algo que hacer a *esa hora*. (*Diario de un cazador*, pág. 39).
>
> ♦ De la parte del naciente, una vez que se sube por las trochas al Cerro Fortuna, se encuentra uno en el páramo. El páramo es una inmensidad desolada,...Padre solía subir a *aquel desierto* siempre que se veía forzado a adoptar alguna resolución importante. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 21).

En el primer caso, *estos centros*, cuyo antecedente es *catorce mil escuelas*, emplea el demostrativo *este* para señalar la cercanía de su mismo referente; en el segundo, *esa hora* emplea *esa* con su valor identificador habitual, destacando que son las *ocho* y no otra la hora por la que le pregunta; por último, *aquel desierto*, cuyo antecedente es *el páramo*, emplea el demostrativo *aquel* porque el autor alude a un hecho, la subida de su padre al páramo, que es algo alejado en el tiempo, con lo que es inevitable un cierto valor evocador.

Frente a la anáfora fiel, que era el procedimiento más simple para construir la referencia anafórica, la anáfora infiel supone un paso más hacia la conceptualización absoluta, que vendría representado por la *anáfora por nominalización* y la *anáfora asociativa*.

Numerosísimos son los casos en que la expresión anafórica viene representada por un pronombre demostrativo. En este uso vamos a distinguir por un lado los ejemplos en que aparecen los demostrativos masculinos y femeninos y aquellos en que se emplean los neutros. El total de formas pronominales demostrativas concordantes es de 98 frente a nada menos que 278 formas de demostrativo neutro, de modo que la pronominalización supone por ella misma el 48.44% del total de ocurrencias de demostrativos con valor anafórico en el corpus.

Entre las formas pronominales concordantes la más numerosa es *este* con 68 ocurrencias, seguida de *aquel* con 22 y de *ese* con 8.

Algunos ejemplos con pronombre demostrativo masculino y femenino:

- El pueblo no comprende el Arte si *éste* no promueve en él una remoción de sentimientos. (*Vivir al día*, pág. 49).
- ...es decir, por satisfacer su propia curiosidad. Hay que provocar *ésta*,... (*Vivir al día*, pág. 128).
- ...si el catedrático se interesaba por un alumno, era por *aquel* que, excepcionalmente, se presentaba a cuerpo limpio,... (*Vivir al día*, pág. 141).
- ...y fijar unas retribuciones únicas, conocidas y decorosas para todos los funcionarios del país, sean *éstos* militares o paisanos. (*Vivir al día*, pág. 192).
- Aproveché para decirles a la madre y a ella qué cara pondrían si me casase. La madre dijo que *ése* era un asunto muy personal,... (*Diario de un cazador*, pág. 116).

Todos estos ejemplos pertenecen a la llamada «pronominalización», es decir, la expresión anafórica es un pronombre que se refiere a un antecedente constituido normalmente por un solo sustantivo. En este uso el pronombre se comporta casi siempre como mero sustituto del nombre para evitar su repetición, pues la repetición del sustantivo podría provocar «efectos» no deseados como la aparición de un valor evocador, cuando no de una clara cacofonía. Asimismo, este uso del pronombre demostrativo como mero sustituto es el que justifica la *concepción sustitutiva*, una de las posibles maneras de entender la relación que se establece entre la expresión anafórica y su antecedente.

El empleo del pronombre como expresión anafórica es más propio de la lengua escrita que de la hablada[299]. Por ello no es de extrañar que en nuestro corpus el mayor número de ejemplos de este uso se den en *Vivir al día*, colección de artículos periodísticos y el texto más alejado del estándar de lengua hablada de las cuatro obras que conforman nuestra base de datos.

De todos los demostrativos el más usado es *este*. Su papel habitual es remitir a un sustantivo que aparece situado muy cerca del demostrativo:

- ...yo no desdeño el ritmo, la euritmia y la armonía pero bien creo que *éstos* deben ocupar un segundo plano en una competencia deportiva. (*Vivir al día*, pág. 46).
- ...el Monasterio de Retuerta, la torre romántica de Nuestra Señora de la Antigua, ya en la capital, y sin salirnos de *ésta*, la puerta morisca del Monasterio de las Huelgas,... (*Vivir al día*, pág. 200).

Respecto al uso del pronombre *éste*, Josse de Kock sugiere dos posibles razones: puede tratarse de precisiones más o menos redundantes —el demostrativo pondría de relieve al antecedente, señalándolo con insistencia—, y puede deberse a un puro hábito morfológico —pues es curioso que lo normal es que *éste* aparezca casi siempre en función de sujeto—[300]. Para demostrar su primera afirmación los únicos ejemplos que da son con el pronombre neutro *esto*:

> El problema está en que nosotros no somos europeos, y *esto lo* digo sin ninguna clase de prejuicios, (...) BEN 191.

Creemos que este valor de puesta de relieve, en efecto, puede corresponder al demostrativo *este* en función pronominal, tanto en formas concordantes como neutras, aunque creemos que es más claro en

[299] En realidad, en la lengua escrita el pronombre demostrativo tiene prioritariamente función anafórica, puesto que sin antecedente carece de sustancia informativa. El valor deíctico, cuando lo tiene, como ya vimos en el capítulo dedicado a la deixis espacial en el corpus, es en circunstancias muy precisas y convencionales (cf. J. de Kock, *Norma, libertad y probabilidad*, pág. 145).

[300] J. de Kock, *ibid.*, págs. 130-131.

este segundo caso como luego veremos.

Respecto al uso de este demostrativo por puro hábito morfológico, de Kock lo vincula con el hecho de que en esta función el pronombre personal es menos frecuente; es decir, el pronombre demostrativo vendría a utilizarse, sobre todo en función de sujeto, como un sustituto funcional del pronombre personal. Nosotros, por nuestra parte, no nos atreveríamos a decir tanto, aunque constatamos que de hecho en nuestro corpus el pronombre *éste* es utilizado fundamentalmente como sujeto.

Respecto al demostrativo de segunda persona *ese*, en función pronominal en sus formas concordantes lo más destacado es su escasísima presencia en el corpus, con apenas 8 ocurrencias, por lo que se sitúa en último lugar, tras *aquel*. Respecto a su uso habitual, viene a tener sobre todo un valor de identificación, según el esquema ya conocido de Vidal Lamíquiz. Este valor de identificación, que acaba dando al sustantivo identificado un cierto valor de insistencia, explica que en ciertos casos podamos ver, o al menos sospechar, un cierto uso estilístico cuando se le emplea —algo que sucede especialmente en contextos de lengua hablada o cercanos a la misma—:

> Hay que ver, con lo que ha sido este hombre. Mentira parece. Dice que *ésa* es la vida... (*Diario de un cazador*, pág. 141).
> No le digo nada del turón, la urraca o el raposo. *Ésos* no se sacian nunca de comer. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 99).

No obstante, también hay que advertir que frente a la escasa presencia del pronombre *ése* en su forma masculina o femenina, la forma neutra *eso* tiene una presencia muy notable.

Respecto a *aquel* usado como pronombre en sus formas concordantes, predominan los casos en que aparece como antecedente del pronombre relativo. Este hecho coincide con los resultados del análisis de Josse de Kock en su estudio del demostrativo en función pronominal (27 casos, el 59% del total de los ejemplos con esta forma)[301]. Para de Kock, el papel de *aquel* no es el esperado en un auténtico pro-

[301] Cf. J. de Kock, *ibid.*, pág. 137.

nombre, pues en lugar de aludir a un referente anterior y alejado, se limita a introducir al actante en la oración de relativo que viene a continuación.

En nuestro corpus, respecto al uso del pronombre *aquel* como antecedente del relativo, distinguimos varios usos. En algunos casos, *aquel* sí remite a un antecedente o referente situado en la porción de texto anterior:

> De este modo el Real Madrid asegurará su posición no sólo fortaleciendo su cuadro, sino debilitando los ajenos, *aquellos* a quienes va a privar de sus «kas» y sus «uves dobles»... (*Vivir al día*, pág. 86).

En este caso está claro que el antecedente es *los ajenos*. Además creemos que el demostrativo de 3ª persona, como antecedente de una oración de relativo, lleva a cabo un proceso de individualización muy marcado —derivado de su valor de índice del alejamiento máximo—, aclarando o dando una cierta información acerca de su mismo antecedente: los cuadros ajenos son aquellos que precisamente van a ser privados de sus kas y uves dobles, pues van a verse privados de algunos de sus jugadores extranjeros que pasarán a militar en las filas del Real Madrid.

En otros casos, *aquel* lleva a cabo un proceso de *tipificación* del antecedente al que remite:

> ...si el catedrático se interesaba por un alumno, era por *aquel* que, excepcionalmente, se presentaba a cuerpo limpio,... (*Vivir al día*, pág. 141).

Obviamente, *aquel* remite a *un alumno*. Pero ¿qué «alumno» era ése? Precisamente el que cumple la condición, enunciada en la oración de relativo, de presentarse a cuerpo limpio, algo entonces excepcional. El demostrativo reproduce en este caso un antecedente que no designa a un individuo particular y concreto de la realidad extralingüística, sino más a bien a toda una clase de individuos, los que cumplían la condición de presentarse a cuerpo limpio.

Por último, puede ocurrir que el demostrativo introductor de la oración de relativo ya no tenga ningu-

na conexión con el segmento de texto anterior:

- ...y que los huecos que dejan *aquellos* con los que a diario convivimos son los más difíciles de llenar. (*Vivir al día*, pág. 106).
- Uno,...ha de pensar necesariamente en *aquello* de qué fue antes, el huevo o la gallina,... (*Vivir al día*, pág. 34).

En estos casos, que son los que de Kock destaca más, este autor considera que estamos ante un morfema no autónomo, dado que *aquel* formaría parte del pronombre de relativo, de la misma manera que el artículo en el giro *el que*[302]. Para nosotros, en cambio, *aquel* sigue conservando mucho de su fuerza deíctica y creemos que en estos usos tiene valor catafórico, y así lo estudiaremos en el capítulo siguiente.

Otro caso viene representado por el empleo de los demostrativos, normalmente *este* y *ese*, como sujeto del verbo *ser* con un claro valor presentativo y figurando en el predicado lo que aparentemente es el referente del demostrativo. Veamos algunos ejemplos:

- ...habrá que ir pensando en la conveniencia de elegir para cada puesto al hombre más adecuado, sin reparar en sus avatares ni en sus cicatrices. *Este* es un asunto, creo yo, que no tiene vuelta de hoja. (*Vivir al día*, pág. 188).
- En cualquier parte encontrará una señora Rand que sepa mucho más que él sobre Azorín; una señora Nemes que domine a Juan Ramón;...*Esta* es una realidad evidente y para nosotros, los españoles, por demás confortadora. (*Vivir al día*, pág. 213).
- Aproveché para decirles a la madre y a ella que qué cara pondrían si me casase. La madre dijo que *ése* era

[302] J. de Kock, *ibid.*, pág. 139. Sobre las razones que puedan explicar el que sea *aquel* la forma demostrativa más usada como antecedente del relativo, de Kock sugiere dos: la homofonía parcial que guardan *aquel* y el artículo, la forma más usual en este papel, y, la más posible, por ser *aquel* la forma más adecuada para introducir un actante total o parcialmente nuevo en el contexto, ajeno al contexto anterior (cf. Josse de Kock, *ibid.*, pág. 141). Para nosotros la razón es otra: *aquel* sirve para individualizar al actante introducido por la oración de relativo. Su fuerza deíctica es tal que sirve para "aislar", identificar a ese mismo actante, llegando incluso a «tipificarlo», como hemos tenido ocasión de ver.

un asunto muy personal,... (*Diario de un cazador*, pág. 116).

Lo primero que llama nuestra atención es que los demostrativos en estos ejemplos siguen guardando relación con una parte del texto precedente, pero ahora el antecedente ya no es un sustantivo concreto, sino una porción importante de texto. En el primer ejemplo es el hecho de que habrá que elegir la persona adecuada para un puesto o cargo sin reparar en vicisitudes personales; en el segundo es que en Estados Unidos se encuentra gran número de hispanistas, profundos conocedores de los autores y obras de la literatura española; en el tercer caso *ése* alude al hecho de casarse. En todos los ejemplos, el papel del atributo es el de completar el sentido que aporta al demostrativo el segmento de texto anterior al que alude.

Es decir, también aquí estamos ante usos anafóricos, sólo que el demostrativo remite no ya a un sustantivo concreto del fragmento de texto anterior, sino a una porción relativamente extensa. Serían sin duda casos que estarían a medio camino entre la *anáfora por nominalización*, pues el demostrativo resume todo el contenido de la proposición precedente, y la *anáfora por silepsis*, es decir, la expresión anafórica concuerda con su antecedente por el sentido. La novedad está aquí también en que el demostrativo pronominal necesita del atributo para completar su sentido.

Otro aspecto del uso pronominal del demostrativo es el empleo que se hace de sus formas neutras. El total de formas pronominales neutras es de 278, repartidas de la siguiente forma: *esto* con 169, seguido de *eso* con 99 y *aquello* con 10. He aquí algunos ejemplos:

- ♦ No hace falta llegar a ser...una persona provecta para observar lo deleznable de toda actitud humana, la rapidez vertiginosa con que se suceden las modas y las costumbres. *Esto*,...no deja de causar en el ánimo de las personas sensibles una suerte de desencanto,... (*Vivir al día*, pág. 75).
- ♦ Pero cuando hablaba de sus piernas medio inútiles se reía alborozado como si *aquello* no tuviera importancia:... (*Vivir al día*, pág. 104).
- ♦ Bueno, me estoy poniendo de mal humor y *eso* no es recomendable, ni correcto. (*Vivir al día*, pág. 204).
- ♦ Uno de estos birlochos llevaba seis pollos de perdiz del tamaño de gorriones. Como el presidente dice, *esto*

no se explica si no es por el placer de hacer daño. (*Diario de un cazador*, pág. 19).

♦ ...uno había dicho que el crío empezaba a oler...y ella insistió que *eso* decía uno. (*Diario de un cazador*, pág. 48).

♦ ...Por ahí terminaremos. Por matar gallinas y patos de corral, eso. ¡*Eso* es lo que nos aguarda si Dios no pone remedio! (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 100).

De modo general podemos decir, respecto al uso del demostrativo neutro, que el número de ocurrencias de este tipo de formas es mucho mayor que el de las formas concordantes del demostrativo en función pronominal. También, de manera general, podemos afirmar que el demostrativo neutro en función anafórica tiene como antecedente no un sustantivo concreto, sino un segmento de texto relativamente amplio, a veces difícil de delimitar. En esta función cabe destacar que el demostrativo neutro *esto* se usa en fórmulas, casi lexicalizadas en Delibes, del tipo de *esto quiere decir, esto equivale a afirmar, esto significa, esto no quita para que*, etc., donde sirve para resumir todo lo que se acaba de decir y para introducir la opinión del autor al respecto o una aclaración o explicación de lo ya dicho:

♦ Durante cuatro días, sesenta escritores hemos vivido en La Mancha y convivido con los manchegos. *Esto quiere decir que* desde hace apena una semana setenta escritores españoles sabemos algo concreto sobre La Mancha,... (*Vivir al día*, pág. 20).

♦ El secreto de la pervivencia del «western» y de su continuado éxito entre los públicos elementales del mundo, radica en la tajante separación de buenos y malos...*Esto significa que* el «western», si aspira a pervivir, debe abandonar todo prurito de perfeccionamiento... (*Vivir al día*, pág. 49).

No es descabellado pensar, como hace de Kock, que en este tipo de usos el demostrativo *esto* sirva para poner de relieve al antecedente, señalándolo con insistencia. La verdad es que es posible detectar un cierto valor enfático en este tipo de fórmulas, propias por otra parte de la lengua escrita —por lo que no parece casualidad que abunden precisamente en una obra como *Vivir al día*, la más alejada de los estándares de la lengua hablada de entre las obras del corpus—.

Para retomar lo ya dicho se emplea también con frecuencia el demostrativo *esto* + *de* + SN, donde el SN es un sustantivo ya mencionado anteriormente o que resume lo ya dicho:

♦ Uno de los deportes a los que el no iniciado arriba indefectiblemente en momento inoportuno es la pesca de la trucha con cucharilla. Puestos a ver, *esto* de la pesca requiere más esperanza que fe,... (*Vivir al día*, pág. 88).

♦ Pero lo que son las cosas, el domingo no vimos nada. Se conocen que lo habían pateado otros. *Esto* de la caza es como el huevo de Juanelo. (*Diario de un cazador*, pág. 26).

En este mismo papel, los demostrativos *eso* y *aquello* suelen tener valor catafórico, sobre todo *aquello* como veremos en el capítulo siguiente.

En algunas ocasiones el antecedente del demostrativo neutro es mucho más concreto, por ejemplo, el sintagma nominal que se acaba de mencionar:

En los desfiles procesionales de la Semana Santa, la masa requiere un desahogo emocional, y *esto* se consigue humanizando lo que, por principio, es divino. (*Vivir al día*, pág. 48).

Si en lugar de *esto* pusiéramos *éste* el sentido no cambiaría demasiado. El uso del neutro lo único que aporta es un cierto valor generalizador: el hablante no considera necesario precisar cuál es el antecedente, siguiendo una tendencia propia de la lengua hablada.

Respecto a *eso* hay que destacar, en primer lugar, su importantísima presencia, con 99 ocurrencias, frente a las apenas 8 en sus formas pronominales concordantes. En cuanto a su valor, siguiendo el esquema de Lamíquiz, es el de identificación:

♦ Bueno, me estoy poniendo de mal humor y *eso* no es recomendable, ni correcto. (*Vivir al día*, pág. 204).

♦ ...uno había dicho que el crío empezaba a oler...y ella insistió que *eso* decía uno. (*Diario de un cazador*, pág. 48).

En el primer caso, *eso* sirve para insistir en que el ponerse de mal humor es precisamente lo que nos es recomendable ni correcto; en el segundo, *eso* remite a lo que uno había dicho, que el crío empezaba a oler, algo que la hermana de Lorenzo insiste en señalar como si quisiera apresurar el entierro del hijo que

acaba de perder.

El valor de identificación aporta, como ya es sabido, un especial énfasis que lleva a que *eso* se use en casos que están rallando con el uso estilístico:

> ...Por ahí terminaremos. Por matar gallinas y patos de corral, eso. ¡*Eso* es lo que nos aguarda si Dios no pone remedio! (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 100).

La primera vez que aparece *eso* es un giro lexicalizado equivalente a un adverbio aseverativo o de afirmación; la segunda vez tiene ya valor anafórico, pero con una fuerte carga enfática.

Sin embargo, creemos que el valor de *eso* no siempre es de identificación, sino que a veces es una simple variante funcional de *esto*, con el cual no presenta ninguna diferencia apreciable de sentido como reconoce Josse de Kock[303]. Esto sucede, por ejemplo, en algunos de los giros lexicalizados ya vistos que sirven para introducir una aclaración o la opinión del autor:

> Lo del Pavo es un monte de encina apañadito y abierto. Se tira superior de la parte de la corta. *Eso no quita para que* yo hiciera poca carne. (*Diario de un cazador*, pág. 59).

Aquí no vemos diferencias de sentido apreciables respecto a este otro ejemplo en que aparece *esto*:

> El vallisoletanismo del nuevo Nadal es asunto viejo, asunto de bisabuelos. Los padres proceden de La Parrilla y Nava del Rey..., provectas villas pincianas. *Esto no quita para que*, hilando más delgado, hagamos un expreso reconocimiento de la patria chica del galardonado: Madridejos. (*Vivir al día*, pág. 62).

Respecto al uso de *eso* hay que recordar que su número es mucho mayor que el del mismo pronombre en forma masculina y femenina. A este respecto, de Kock sugiere, como explicación, el que pro-

[303] J. de Kock, *ibid.*, pág. 134.

bablemente las formas pronominales concordantes de *ése* ya estén en desuso[304]. Por último queremos recordar también la importantísima presencia de *eso* en giros lexicalizados, como vemos en el apartado que llamamos «casos ambiguos» y que recogemos dentro del estudio de los usos anafóricos del demostrativo en el corpus.

Respecto al uso de *aquello*, señalar que su presencia es muy pequeña, con apenas 10 formas, inferior en todo caso a su empleo como forma pronominal concordante. Su papel es básicamente el de individualizar a su antecedente, normalmente toda una proposición anterior:

> Pero cuando hablaba de sus piernas medio inútiles se reía alborozado como si *aquello* no tuviera importancia:... (*Vivir al día*, pág. 104).

Aquello alude al hecho de tener las piernas medio inútiles. A diferencia de *esto* y *eso*, *aquello* consigue señalar y poner de relieve de una manera muy particular a su antecedente: al utilizar el demostrativo de 3ª persona, el que indica el alejamiento, la persona que sufre la invalidez de sus extremidades está como quitándole importancia a algo que para cualquiera es un grave impedimento.

Su fuerza deíctica es tal que no nos debe extrañar que tras el uso de este demostrativo neutro se pueda percibir un claro empleo enfático o estilístico, de modo que se pueda englobar perfectamente entre los usos expresivos del demostrativo:

> ...él se aproximó aún más, la enlazó por el talle y la besó en la boca...Quico les miraba, los ojos atónitos, y, como *aquello* se prolongara,... (*El príncipe destronado*, pág. 109).

El uso de *aquello* sugiere la sorpresa y la extrañeza de Quico ante un comportamiento que no entiende.

También aquí *aquello* puede encontrarse como antecedente del pronombre relativo:

[304] J. de Kock, *ibid.*, pág. 135.

El campesino castellano está hoy,...desorientado. La mecanización, la concentración parcelaria, la selección de semillas, el abonado concienzudo y periódico; es decir, *todo aquello* que pudiéramos estimar como buenos consejos,... (*Vivir al día*, pág. 174).

El demostrativo sirve para definir una clase, la constituida por lo que llamamos «buenos consejos», de la que forman parte todos los antecedentes mencionados: la mecanización, la concentración parcelaria, etc.

Otras veces *aquello* se sitúa en un contexto de pasado, el autor recuerda algo que hizo hace ya mucho tiempo:

...donde decían que embarcaban mozos gratis para el Canal de Panamá y que luego le descontaban a uno el pasaje de la soldada. Pero *aquello* no me gustó,... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 10).

Por todo lo dicho podemos concluir que el uso del demostrativo neutro está a medio camino entre la *anáfora por nominalización* y la *anáfora por silepsis*, pues como antecedente tenemos el contenido de la proposición anterior y la expresión anafórica concuerda con su antecedente sólo por el sentido.

En español la expresión *estas/esas cosas* (de *aquellas cosas* no tenemos ejemplos en el corpus), de las que tenemos 20 casos (el 2.58%), equivale claramente a un demostrativo neutro:

♦ ...un deportista caracterizado ha sido borrado de la agrupación del viejo club a que perteneció...al ofrecer sus servicios a otro equipo, rival de aquel en que de entrada militó. De aquí se deduce que *estas cosas* de la «eterna rivalidad»,...no constituyen una mera fraseología deportiva,... (*Vivir al día*, pág. 165).

♦ ...estos alardes pirotécnicos de Arenosillo resultan tan pueriles y desfasados como si el Estado se dedicara ahora a subvencionar a un laboratorio para que tratase de descubrir una vacuna contra la viruela o de aislar el bacilo de Koch. *Estas cosas* ya están hechas... (*Vivir al día*, pág. 209).

♦ Cuando vino al caso, me arrimé a ella y le dije que valía cincuenta veces lo que la Pier Angeli. Ella me salió con que cómo decía *esas cosas*,... (*Diario de un cazador*, pág. 87).

♦ ¿Y qué quieres que te diga de la guerra? Fue una causa santa. —Miró profunda, inquisitivamente a Mamá y

agregó—: ¿O no? —Tú sabrás...*Esas cosas* suelen ser lo que nosotros queramos que sean. (*El príncipe destronado*, pág. 68).

Lo primero que llama nuestra atención es la falta de la expresión *aquellas cosas*, mientras *estas cosas* y *esas cosas* se encuentran con relativa frecuencia en el corpus (16 veces la primera y 4 la segunda). En general expresan el mismo valor generalizador que poseen las correspondientes formas neutras *esto*, *eso*, y el antecedente al que remiten suele ser el contenido de toda la proposición anterior. Hay no obstante un ejemplo en que encontramos la expresión *esa cosa*, pero no pertenece a la categoría que estamos tratando ahora, sino que es un caso de anáfora fiel cuyo antecedente es el sustantivo *cosa*:

Pero yo digo, jefe, cuando el hombre tiene que esconderse para hacer una cosa, es que *esa cosa* que hace no está bien hecha. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, págs. 87-88).

Incluso tenemos ejemplos en que aparece la expresión *estas cosas de* equivalente a *esto de*, como vemos en el primero de los ejemplos anteriores donde aparece *estas cosas de la «eterna rivalidad».*

Como ya sucedía con *eso, esas cosas* tiene valor identificador y es frecuente encontrar casos en que se percibe un valor estilístico muy marcado, de modo que ya entrarían de lleno en este tipo de usos:

—Papá quiere que Mamá fría puñetas...—Papá no dice *esas cosas*;... (*El príncipe destronado*, pág. 88).

Este valor estilístico está más claro si cabe cuando el demostrativo aparece pospuesto:

—Los complejos y eso. Todo eso viene de cuando niños, ya ves...Son *cosas* muy enrevasadas *ésas*,... (*El príncipe destronado*, pág. 86).

Aunque partimos del hecho de que estas expresiones guardan una equivalencia funcional con los demostrativos neutros, creemos que las formas con el apelativo *cosas* poseen una pequeña diferencia respecto al neutro, la de indicar la clase a la que pertenece el antecedente, aunque este valor es más

claro con la expresión *estas cosas*:

♦ La madre ha vuelto a decirme que anda alcanzada. *Estas cosas* me ponen de mal café. (*Diario de un cazador*, pág. 50).

♦ La verdad es que a mí siempre me dio por la ropa. No es por nada, pero sé cuidarla...*Estas cosas*, no es porque yo lo diga, no se aprenden en los libros. (*Diario de un cazador*, pág. 75).

Lo que a Lorenzo le pone de mal café no es sólo el que la madre no llegué a final de mes, sino «cosas como éstas»: hay un conjunto de cosas que enfadan a Lorenzo, entre las cuales está el que su madre le diga que no llega a final de mes. En el segundo caso el antecedente no es sólo el que a Lorenzo le gustara vestir bien desde siempre, sino que cosas como éstas, el gusto por vestir bien, es algo innato, que se lleva dentro y que no se puede aprender en los libros.

Otra de las formas de anáfora es la llamada anáfora por nominalización, de la que en el corpus tenemos un total de 120 casos, es decir, el 15.48%, con el siguiente reparto por formas: *este* 92, *ese* 25 y *aquel* 3. En este tipo de anáfora, como se ha dicho más arriba, cabe esperar o bien que la expresión anafórica resuma el contenido de la proposición anterior, o bien aluda al acto lingüístico que sirve para enunciar el contenido de dicha proposición. Entre los ejemplos de este tipo de anáfora que encontramos en el corpus, lo normal es que la expresión anafórica resuma el contenido de la proposición o proposiciones anteriores.

♦...sino dentro de la modestísima pretensión de que cada muchacho en edad de educación disponga de un modesto pupitre dentro de una modesta escuela. La demora es grave y más grave aún, y sintomático, el que *esta insuficiencia* pueda atribuirse a falta de medios. (*Vivir al día*, pág. 208).

♦ Por de pronto iremos en taxi. Llevando bichos se puede uno permitir *este lujo*. (*Diario de un cazador*, pág. 69).

♦ Anduvimos corriendo calles hasta las cinco y luego bajamos hasta el río por los merenderos. Uno estaba diciendo *en ese momento* que se veía algo como un ahogado.

♦En mi pueblo, cuando un mozo se dirige a una moza con intención de matrimonio, basta con que la siente a la sombra de los chopos para que ella diga «sí» o «no». *Esta tradición* ha terminado con las declaraciones amorosas... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 49).

En el primer caso, *esta insuficiencia* alude al hecho de que cada niño en edad escolar no disponga de un puesto escolar por modesto que sea; en el segundo, *este lujo* se refiere al hecho de ir en taxi; en el tercero, *ese momento* alude al momento que nosotros bajábamos al río por los merenderos; y en el cuarto, *esta tradición* alude al modo que tienen en el pueblo de declararse.

Otras veces, muy pocas, la expresión anafórica alude más bien a la forma lingüística adoptada para expresar el contenido de la proposición anterior:

♦ Don Basilio, el director, echó esta mañana un buen rapapolvo a José el de Secretaría. Don Basilio si se atocina saca una voz chillona de pendoncete. José me dijo luego que él conoce a don Basilio y *estas peteras* no se las toma en cuenta. (*Diario de un cazador*, pág. 18).

♦ ...donde al decir del Olimpio celebraban sus juicios los grajos en invierno. El Olimpio aseguraba haberlos visto por dos veces...Al decir del Olimpio, los jueces se asentaban sobre las crestas desnudas de los chopos, mientras el reo, rodeado por una nube de grajos, lo hacía sobre las ramas del olmo...Cuando el Olimpio contó *esta historia*,... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 61).

En el primer caso *estas peteras* no alude a lo que Don Basilio pudo decirle a José el de Secretaría, sino al hecho del rapapolvo en sí, siempre sin consecuencias. En el segundo *esta historia* alude a la que contó Olimpio acerca del juicio de los grajos.

Por su misma índole la anáfora por nominalización debe construirse con el demostrativo en función de determinante de un sustantivo que es el que realmente tiene toda la fuerza anafórica.

Por supuesto, aquí aunque el papel principal lo desempeña el núcleo nominal de la expresión anafórica, la elección de una u otra forma del demostrativo puede aportar matices diversos. En *esta insuficiencia* el demostrativo precisa que tal insuficiencia es algo de lo que se acaba de hablar y además se refiere a un hecho que se sitúa en el presente, mientras en *ese momento*, *ese* alude al hecho de que fue en ese momento, cuando bajaban al río por los merenderos, y no otro, cuando escucharon que habían visto a un ahogado en el agua.

La anáfora por nominalización supone un cierto grado de conceptualización, mayor que el de los tipos de anáfora vistos hasta ahora.

De otro lado, son muchos los casos en que un demostrativo, siempre en función de determinante nominal, puede tener función deíctica y anafórica, es decir, estamos ante usos anadeícticos. De estos usos ya hablamos al tratar de la deixis espacial y temporal.

Considerábamos casos de confusión entre la deixis espacial y la anáfora, entre otros, los siguientes:

♦ En España, país muy poco leído, no se rechazan las ideas —que se desconocen— sino las personas;...En *este difícil país* nuestro, aunque otra cosa se predique, no hay contraposición de ideas. (*Vivir al día*, pág. 220).

♦ «Proeza de un joven cazador. El joven de la localidad, Vicente Ansoátegui, tuvo la fortuna de matar ayer una hermosa liebre en *este término municipal*...» (*Diario de un cazador*, pág. 36).

En el primer caso hay mención anafórica, pues *en este difícil país nuestro* alude a España, que aparece algunas líneas más arriba. Sin embargo podemos sospechar que Delibes cuando habla de «este difícil país nuestro» hace más bien una mención local, señalar al país en el que vive, más, que un señalamiento anafórico, recordar que ya ha hablado de España. En el segundo caso se está reproduciendo el supuesto contenido de una noticia de periódico. *En este término municipal* podría estar remitiendo al segmento de texto formado por *de la localidad*, aunque parece predominar el señalamiento deíctico, el lugar donde se mató la hermosa liebre.

Casos de confusión entre la deixis temporal y la anáfora teníamos entre otros los siguientes:

16 diciembre, martes

Don Basilio me dio *esta mañana* una participación de cinco duros para el sorteo de Navidad. (*Diario de un cazador*, pág. 63).

29 enero, jueves

Este mediodía me disculpé con el Pavo por no haberle subido a comer la liebre. (*Diario de un cazador*, pág. 85).

Los casos más confusos pertenecen casi siempre a *Diario de un cazador*, donde la mayoría de las expresiones deícticas temporales siguen la misma pauta. En principio, *esta mañana* podría tener como antecedente la fecha *16 diciembre, martes* que sitúa el hecho descrito en el diálogo. Desde este punto de vista podría considerarse una expresión anafórica. Pero si nos ponemos en la piel del que escribe —y ha vivido los hechos que narra—, *esta mañana* es deíctica temporal, pues se está remitiendo a un tiempo real, ya pasado (pues el autor del diario suele escribir al final de la jornada) y perteneciente a la realidad extralingüística.

Hay una serie de ejemplos en los que el demostrativo funciona como determinante, equivale a los indefinidos *tal* y *tanto* y expresa un cierto grado o cantidad respecto al sustantivo al que acompaña. En este uso se pueden dar dos situaciones distintas: que el sustantivo al que acompaña el demostrativo tenga un antecedente más o menos claro en el segmento de texto anterior, por lo que será un caso de anáfora y lo trataremos aquí; o bien que carezca de antecedente y remita a un ser de la realidad extralingüística, entonces lo consideraremos un caso de uso estilístico y lo estudiaremos en su apartado correspondiente. Veamos algunos posibles ejemplos del primer uso:

> Se aducirá que la Vuelta a Francia 1956 ha sido un modelo de desorganización...*Esta clase de pruebas* deben servir para sacar a flote a la figura que por facultades físicas y por inteligencia demuestre estar más a punto. (*Vivir al día*, págs. 43-44).

Expresiones del tipo de *esta clase de* + sustantivo parecen ser buenos candidatos a integrar esta clase de construcción, pues *esta clase de prueba* parece equivaler a *tales pruebas*, es decir, se estaría insistiendo en el aspecto cualitativo de las pruebas. Sin embargo, no creemos que este tipo de expresiones sea representativa de un posible valor cualitativo, pues lo que la expresión anafórica hace es situar al antecedente, la Vuelta a Francia, dentro de una determinada clase o grupo. De hecho el valor cualitativo es aquí totalmente secundario.

> ...me llega la noticia de que el «Prix des Editeurs» ha recaído este año en una novela del alemán Uwe Jhonson, novela...de una novela que no llegó a escribirse,...En una palabra, una nueva acrobacia en *este resbala-*

dizo terreno de la extravagancia. (*Vivir al día*, pág. 159).

En este caso la expresión *este resbaladizo terreno de la extravagancia* equivale a «un terreno tan resbaladizo como el de la extravagancia», dicho de una novela de Uwe Jhonson cuyo tema es el de una novela que nunca llegó a escribirse. Aquí sí estamos ante una expresión de carácter cualitativo que además remite a un antecedente situado en la porción de texto anterior. El mismo valor creemos que tiene el demostrativo en los ejemplos siguientes:

♦ Era una chocha-perdiz que debió hincar el pico en la tierra para chupar el jugo y la sorprendió la helada...La madre no hace más que decir que si estamos locos, salir al campo con *este tiempo*. (*Diario de un cazador*, pág. 61).

♦ El dijo que asunto liquidado y fui yo entonces y le tiré las codornices muertas en medio de los trigos...Dice Melecio que conociendo a Zacarías nunca debí llegar a *esos extremos*. (*Diario de un cazador*, pág. 126).

♦ Si quieren ir a América agarran el avión y se plantan en América en menos tiempo del que yo tardo en aparejar el macho para ir a Villagina. Y yo digo, si van con *estas prisas*... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 88).

♦ ...las tragaderas de este niño son una calamidad...

—Y con *esas malas tragaderas* que dices que tiene,... (*El principe destronado*, pág. 133).

Como podemos ver por estos ejemplos, el valor cualitativo/cuantitativo puede expresarse tanto con el demostrativo *este* como *ese*. El hecho aludido o valorado suele ser algo reciente o que ocurre habitualmente, por lo que descartamos en principio el uso del demostrativo *aquel*. Además, como podemos ver por el último ejemplo, refuerza el valor cualitativo/cuantitativo la presencia de un adjetivo adyacente del núcleo nominal del que depende el demostrativo.

Al segundo tipo de usos, es decir, cuando la expresión cualitativa/cuantitativa carece de antecedente y remite más bien a la realidad extralingüística, corresponden los siguientes ejemplos:

♦ Con *estos fríos* mi bigote anda flojo. (*Diario de un cazador*, pág. 39).

♦ Yo le dije que si a oler con *este frío*,... (*Diario de un cazador*, pág. 48).

♦ Con *estas heladas* no hay bigote que aguante. (*Diario de un cazador*, pág. 50).

♦ La Amparo se puso loca. Melecio sigue como en la higuera. Con *ese temperamento* que tiene, esta desgracia ha de afectarle. (*Diario de un cazador*, pág. 129).

♦ —¿No es ésta, por casualidad, la nena del señor Infante, el de Tapiosa?

— Sí, señorita, pero es nene...

— Claro —dijo—, a esta edad. Le ve una tan rubio y con *esos ojos*. (*El príncipe destronado*, pág. 20).

En todos ellos se remite a un referente extralingüístico y no hay un mero proceso de señalamiento, sino más bien una valoración. Estos ejemplos, como ya se ha dicho, los englobamos dentro del uso *estilístico* y serán estudiados en el capítulo que dedicaremos a este valor del demostrativo.

De otro lado, hay algunos ejemplos de expresiones con doble referencia, anafórica y catafórica, al mismo tiempo y en las que interviene el demostrativo:

♦ Esta afirmación tiene muy pocas excepciones y aun diría que *esas excepciones*, es decir, los que aciertan en la diana al primer intento, quedan automáticamente incapacitados para superarse en lo sucesivo. (*Vivir al día*, pág. 31).

♦ Sea como quiera, mi objetor sostiene que esas viejas historias —que no son tan viejas, puesto que la tesis del libro es precisamente *esa*: que nada fundamental ha cambiado en la desolada Castilla durante el último siglo—... (*Vivir al día*, pág. 177).

♦ ...a cien metros de la vivienda se levanta un hospital adventista,...y *esta seguridad* —la conciencia del médico próximo— fue, como se sabe, una exigencia en la vida de Juan Ramón. (*Vivir al día*, pág. 218).

En estos usos el demostrativo utilizado puede ser tanto *este* como *ese* (nunca *aquel*), en función pronominal y de determinante. Sobre este tipo de construcción hablaremos más ampliamente en el capítulo siguiente, el que dedicamos a la catáfora.

En lo referente a los casos ambiguos, en primer lugar, la inmensa mayoría de los giros lexicalizados presentes en el corpus tienen de partida un valor anafórico. A modo de muestra recogemos aquí algunos

ejemplos[305]:

♦ —Este río no es fácil para cucharilla.
—No, no es fácil.
—Hacen falta pulso y precisión.
—*Eso*. (*Vivir al día*, pág. 122).

♦ —¿No irás tú también a sermonearme sobre esas tonterías de los complejos?
—*No es eso*,... (*El príncipe destronado*, pág. 134).

♦ Le pregunté que si por lo de los tiznones, y ella dijo que no *por eso*,... (*Diario de un cazador*, pág. 57).

♦ Me gibó que tirase por puro placer a una picaza, que *para tanto como eso* no le dejé yo la munición. (*Diario de un cazador*, pág. 22).

♦ ...el nuevo teatro no hace sino desplazar el convencionalismo de la palabra sobre la escenografía, *esto es*, propende a hacer el artificio menos ostensible,... (*Vivir al día*, pág. 26).

♦ Don Justo del Espíritu Santo, el cura párroco, se obstinó en canonizarla y elevarla a los altares, y *en ésas* andan metidos en el pueblo todavía. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 33).

♦ Con la aparición del cazador de huevos viene a invertirse el orden de los factores, que *en este caso* sí alteran el producto:... (*Vivir al día*, pág. 133).

♦ Se argüirá que si el cine sirve películas donde se exalta la violencia es porque el mercado las pide. *Por estos derroteros* iríamos a parar muy lejos y no, a buen seguro, a una meta optimista. (*Vivir al día*, pág. 140).

♦ ...Alfredo Di Stéfano se ha quedado corto, porque el influjo del entrenador en la moral de sus muchachos es evidentemente decisivo. *A este respecto* bien podemos decir que la «furia» de un equipo es la «furia» de su entrenador,... (*Vivir al día*, pág. 186).

♦ ...y que en cuanto a lo de la calefacción *eso es otro cantar*. (*Diario de un cazador*, pág. 75).

♦ Hoy dice el periódico que la veda no se alza mañana, sino el 2. ¡*Está bueno eso*! (*Diario de un cazador*, pág. 139).

Hay también un cierto número de casos en los que el valor de partida es el anafórico, pero predomina el estilístico. Lo que ofrecemos a continuación es una amplia y representativa muestra de casos con este valor doble.

[305] Para el conjunto de estas formas remitimos al epígrafe 4.3, dedicado a recoger todos los giros lexicalizados.

A veces el valor de la expresión es claramente evocativo:

Y no hablo ahora de las visitas de cumplido, *aquellas inefables visitas de nuestros abuelos*,... (*Vivir al día*, pág. 142).

Sin embargo, lo normal es un valor despectivo o de desprecio:

♦ El presidente leyó un escrito para la prensa contra los cazadores desaprensivos...*Uno de estos birlochos* llevaba seis pollos de perdiz del tamaño de gorriones...A tres crías por término medio, resulta que los daños causados por *esta bazofia*...Hay que terminar con *esa canalla*. (*Diario de un cazador*, pág. 19).

♦ Y luego se fijará en tu escopeta y te dirá: "¿Cómo puedes tirar con *ese viejo trasto lleno de herrumbre*?" (*Diario de un cazador*, pág. 91).

♦ ...la Mimi dijo al verme que parecía un botones. Ya me olía yo que *la pingo esa* andaría por medio. (*Diario de un cazador*, pág. 110).

♦ La tía candaja todavía voceaba como si llevara razón...*A la tipa esa* le voy a dar un día un soplamocos... (*Diario de un cazador*, pág. 157).

♦ Es lo mismo que cuando yo le pregunté al Topo, el profesor de Matemáticas, qué era pi y él me contestó que «tres, catorce, dieciséis», como si *eso* fuera una respuesta. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 69).

♦ ¿Sabía usted, jefe, que ahora a los extranjeros les da por venir a divertirse a España matando nuestras perdices?...¿No es hora de que la pongamos también cara para *los extranjeros esos*...?...*Los extranjeros esos* se metieron en las plazas de toros...les divertía más que la fiesta ver las caras que ponían *los turistas esos*...Y un día *los extranjeros esos* dijeron:... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, págs. 89-90).

♦ —Mire usted, jefe, en los cotos cría tan ricamente la perdiz, cierto...¿Puede decirme qué saca en limpio, con *los cotos esos*, el Juan Gualberto? (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 96).

Lo normal en estos ejemplos, para indicar el valor despectivo, es la posposición del demostrativo y su empleo como adyacente junto a sustantivos (y adjetivos) que ya de por sí tienen ese carácter despectivo.

En algunos casos, el demostrativo, a menudo el neutro *eso* o el equivalente *esas cosas*, se utiliza en

contextos en los que se quiere evitar la mención directa a lo sexual, a lo escatológico o sencillamente a lo prohibido:

♦ —¡Mierda, cagao, culo...!

La sonrisa de la Señora se cerró instantáneamente...Le regañó:

—*Eso* está muy feo. Los niños buenos no dicen *esas cosas*. (*El príncipe destronado*, pág. 21).

♦ —¿Y tú? ¿Tienes tú pito, mamá?

—Tampoco; *eso* sólo lo tienen los niños. (*El príncipe destronado*, pág. 22).

♦ —¡Leche, me pillé!...

—¿Qué has dicho? —dijo—; ¿no sabes que *eso* no se dice,...?...¿Dónde aprenderá *esas perrerías*?...

—*Eso* digo yo. ¿Quién le enseñará *esas cosas*? (*El príncipe destronado*, pág. 39).

♦ ..."Mamá, ¿vas a freír puñetas?"...

—No digas *eso*, hijo. Es un pecado. (*El príncipe destronado*, págs. 76-77).

Otras veces, el demostrativo participa en expresiones en las que el hablante trata de quitar importancia a algo que considera ridículo:

...De forma que durante dos años y medio éste ha ido el benjamín de la casa, ¿no es cierto?...

—¿No irás tú también a sermonearme sobre *esas tonterías de los complejos*? (*El príncipe destronado*, pág. 134).

El disgusto del hablante con alguien se expresa a veces con el uso del demostrativo *ese* junto al nombre propio:

...¿quién te cuenta esas historias, Quico?...

—La Domi.

—*Esa Domi*... (*El príncipe destronado*, pág. 166).

De todo lo dicho podemos extraer las siguientes conclusiones respecto al uso del demostrativo con valor anafórico:

1. El uso anafórico es el predominante entre los distintos valores del demostrativo dentro del corpus, pues presenta 775 ocurrencias, un 53.70% del total de formas de este tipo de unidades lingüísticas.

2. Hay un cierto predominio de las formas adjetivas sobre las pronominales, 413 frente a 362 respectivamente.

3. La obra con mayor presencia de formas anafóricas es *Vivir al día* y la que menos *El príncipe destronado*, lo que parece confirmar que la anáfora es más habitual en los textos más alejados de los estándares de la lengua hablada.

4. De entre las distintas formas del demostrativo, el valor anafórico predomina en *este* (488 ocurrencias), seguida de *ese* (210) y *aquel* (77).

5. Lo habitual es la anáfora singular, es decir, la referencia a un solo elemento del discurso. Casi testimoniales son los casos de anáfora dual y plural. En la anáfora dual *este* alude a lo último mencionado y *aquel* a lo nombrado en primer lugar. Cuando hay un doble plano y una sola referencia, *aquel* alude al referente más alejado y *este* al más cercano.

6. Entre los distintos tipos de anáfora la más simple es la anáfora fiel, en la que la expresión anafórica sirve para identificar a su antecedente, lo que explica el frecuente uso de *ese*. Este valor lo tiene también *este*, por lo que asistimos a una auténtica neutralización entre ambos. En la anáfora infiel el sustantivo de la expresión anafórica es fruto de una elaboración conceptual por parte del hablante. Este tipo de anáfora apoya la concepción antecedentista. En la anáfora por nominalización lo habitual es que la expresión anafórica se refiera más al contenido de la proposición anterior que a su forma lingüística. No hay ejemplos de anáfora por asociación, pues, como ya se ha dicho, el demostrativo no puede aparecer en este tipo de construcción. En todos estos casos el demostrativo aparece como determinante del núcleo nominal de la expresión anafórica.

7. Es importantísima la presencia del demostrativo en función pronominal con valor anafórico, con 98

formas pronominales concordantes y 278 formas neutras. El uso del pronombre demostrativo con valor anafórico evita la repetición del antecedente (concepción sustitutiva).

8. Entre las formas concordantes, la más frecuente es *este*, seguida de *aquel* y *ese*. *Este* remite a un sustantivo situado cerca, *ese* se usa con valor de identificación y *aquel* es frecuente como antecedente del pronombre relativo, donde lleva a cabo un proceso de individualización muy marcado. *Este* y *ese* como sujeto del verbo *ser* tienen un claro valor presentativo y su antecedente es una porción importante de texto anterior.

9. Respecto a las formas neutras, la más frecuente es *esto* seguida de *eso* y *aquello*. Su antecedente es casi siempre un segmento amplio de texto anterior. *Esto* se emplea a menudo en fórmulas casi lexicalizadas que sirven para introducir la opinión del autor, o una aclaración o explicación de lo ya dicho. *Esto* sirve también para poner de relieve al antecedente. *Eso* es mucho más representativo que sus correspondientes formas pronominales concordantes. Entre sus valores se cuentan el de identificación y su empleo en formas lexicalizadas. A veces es una mera variante funcional de *esto*. *Aquello* sirve sobre todo para individualizar a su antecedente. Actúa también como antecedente del relativo.

10. Los giros *estas/esas cosas* (no tenemos ejemplos de *aquellas cosas* en el corpus) tienen valor generalizador igual que *esto/eso*, y su antecedente es el contenido de la proposición anterior. Presentan una pequeña diferencia con respecto al demostrativo neutro: a veces indican la clase a la que pertenece el antecedente.

11. Entre los casos de anadeixis hay que resaltar la confusión entre formas deícticas temporales y anafóricas que tiene lugar en *Diario de un cazador*.

12. Hay ciertos casos en que el demostrativo, normalmente *este* y *ese* en función de determinante nominal, tiene valor cualitativo/cuantitativo a la vez que anafórico, cuando expresa un cierto grado o cantidad respecto al sustantivo al que acompaña, el cual a su vez remite a un antecedente situado en el segmento de texto que precede.

13. Por último, se dan también casos de referencia anafórica y catafórica al mismo tiempo, en concreto con *este* y *ese*, tanto en función pronominal como de determinante.

3.4.4. El uso catafórico

Por *catáfora* entendemos un tipo particular de anáfora en la que el segmento de texto al que remite la expresión referencial aparece después de la misma. Siguiendo a Marek Kesik, y estableciendo un claro paralelismo con lo que ocurre en la anáfora, llamaremos *expresión catafórica* a la expresión referencial, y *subsecuente* al segmento de texto al que remite dicha expresión[306].

En su funcionamiento habitual hay que reconocer que la expresión catafórica lleva a cabo una especie de anticipación: es como si se previniera al interlocutor o lector sobre lo que viene. Obviamente, ese segmento de texto es fundamental para completar el sentido del demostrativo (en caso de función pronominal) o del sustantivo al que acompaña el demostrativo (cuando hace las veces de determinante)[307].

La catáfora es un tipo de construcción relativamente compleja, y, por tanto, más propia de la lengua escrita que de la hablada[308]. Su misma dificultad explica el escaso número de ejemplos que se suelen encontrar[309].

---

[306] M. Kesik, *op. cit.*, págs. 36-37.

[307] A este respecto, una de las propiedades que Kesik asigna a la catáfora es la de la *asimetría* (cf. *op. cit.*, págs. 39-40), que significa que para identificar el referente de la expresión catafórica es imprescindible recurrir al subsecuente, pero no al contrario. Esto implica que si por casualidad el subsecuente no estuviera claro o se omitiera, la expresión catafórica no tendría sentido.

[308] Cf. Josse de Kock, *Los pronombres demostrativos y relativos*, págs. 78-79.

[309] Aquí manejamos un concepto de catáfora relativamente restringido y pensando sobre todo en el demostrativo como índice o formante fundamental de la expresión referencial. Por supuesto, éste no es el lugar para plantear todas las posibles construcciones de la lengua que podrían considerarse «catafóricas», para lo cual remitimos a la obra de Kesik (con la limitación de que trabaja únicamente a partir de ejemplos en lengua francesa). No obstante, sumando todas las posibles formas de catáfora, hay que seguir reconociendo que el fenómeno es bastante limitado,

De manera general, y siguiendo a P. Charaudeau[310], podríamos distinguir tres tipos de construcción catafórica:

a) El ser designado es calificado por el contexto que sigue, normalmente con ayuda de una oración de relativo:

Por fin hemos llegado a *esta Málaga* que vio nacer a Picasso.
El profesor nos explicó detenidamente el significado de *aquellos mitos* que alimentaron la imaginación de los antiguos.

b) El ser designado representa el resultado de una descripción que se desarrolla explícitamente en el contexto que sigue:

El extranjero se presentó extrañamente vestido y dijo, esbozando una leve sonrisa, *estas pocas palabras*: «¿Son ustedes los amigos de Jorge?.»
¿Has visto *este palacio*, magnífica representación del buen hacer de otros tiempos?

c) El ser designado representa la calificación que se atribuye a un ser que se encuentra en el contexto que sigue (construcción del tipo *este* N1 *de* N2):

En esta escultura podemos encontrar *esa fragilidad* del hombre que tanto atrajo al artista.
Os presento a *este pedazo* de artista.

Aunque la tipología de Charaudeau tiene por base la lengua francesa, es perfectamente aplicable al demostrativo español. Según este autor francés, cuya opinión compartimos, caerían dentro del campo de

y, aunque no ausente de la lengua hablada, lo consideramos más propio de la lengua escrita por el grado de reflexión y elaboración conceptual que requiere.

[310] P. Charaudeau, *Grammaire du sens et de l'expression*, pág. 225. Los ejemplos que damos son nuestros, aunque tratan de reproducir la tipología que revelan los que da el autor francés.

la catáfora todas aquellas expresiones designativas que carecen de algún antecedente o referente en la porción de texto anterior, y que por lo tanto sólo pueden completarse mediante el contexto oracional que le sigue —siempre que dichas expresiones carezcan al mismo tiempo de un antecedente anafórico—. Esto llevaría a otorgar carácter catafórico a las expresiones designativas que actúan de antecedente de una oración de relativo o que rigen un sintagma preposicional encabezado por la preposición *de*, cuando esta oración de relativo o este complemento determinativo sirvan para completar a la expresión designativa, opinión ésta que no todo el mundo comparte[311].

La única precisión que haríamos a la tipología de Charaudeau es que, en el caso concreto de la lengua española, la expresión designativa no siempre está constituida por un demostrativo en función de determinante más un sustantivo que actúa de núcleo de la misma, sino que es muy frecuente el empleo de un demostrativo en función pronominal, sobre todo de género neutro.

Una más que completa tipología de las construcciones catafóricas nos la da Kesik en su obra ya mencionada. Los tipos de catáfora y los criterios a los cuales obedecen serían, según este autor, los siguientes[312]:

a) Atendiendo al criterio de la *relación entre expresión catafórica y subsecuente*, se habla de relación *directa*, cuando el referente del catafórico es la entidad lingüística subsecuente (caso de la catáfora *meta-*

[311] Cf. al respecto Josse de Kock, *Norma, libertad y probabilidad*, pág. 131: «No consideramos "catafóricos" los casos en los que la forma demostrativa introduce una oración relativa o un complemento determinativo ya que forma parte del mismo sintagma...». De la misma opinión parece ser Kesik cuando afirma (pág. 37) que una de las propiedades fundamentales de la catáfora es que no debe haber dependencia sintáctica entre la expresión catafórica y el subsecuente, aunque de esta definición general excluye los casos de dependencia sintáctica entre proposiciones, e incluso cuando ambos términos pertenecen a la misma proposición pero no guardan entre sí dependencia sintáctica directa. Para nosotros, el criterio de la dependencia sintáctica es insignificante. Lo que nos parece primordial, en los casos arriba descritos, es que la interpretación de la expresión referencial en la que entra el demostrativo sólo es posible tomando en consideración la oración de relativo o el sintagma preposicional que el demostrativo rige.

[312] Cf. sobre esto, Kesik, *op. cit.*, págs. 47-48 y 56-57, además de lo que dijimos al respecto en el capítulo 1º.

lingüística); pero si para identificar al referente hay que recurrir a una tercera entidad no presente exactamente en la frase, sino que pertenece al ámbito de los conocimientos compartidos por los interlocutores, entonces hablaremos de relación *indirecta* (caso de la catáfora *cognitiva*).

b) Atendiendo al criterio de la *extensión del subsecuente*, se habla de catáfora *segmental*, cuando lo que se anticipa es un simple segmento de texto, por ejemplo un sintagma nominal, y de catáfora *resumitiva*, cuando el subsecuente es toda una oración.

c) Según el *espacio textual* cubierto por la relación, hablamos de catáfora *intrafrástica*, cuando los dos elementos se encuentran en la misma frase (cosa que sucede en la catáfora *ligada*, pues en ellas son determinantes las relaciones sintácticas), y catáfora *transfrástica*, en los demás casos (aquí nos encontraríamos ante la que él llama catáfora *libre*, donde el peso de las relaciones sintácticas ya es insignificante).

d) En las catáforas *cognitivas* él distingue entre *correferenciales* y *no correferenciales*.

e) Una última clasificación distingue entre *catáfora en sentido estricto*, en aquellos casos en los que el subsecuente es indispensable para identificar al referente del catafórico, y *catáfora en sentido amplio*, cuando dicho subsecuente no es indispensable —en estos casos, el subsecuente actúa como simple «expansión» no totalmente necesaria, aunque se añada por razones diversas—.

Más interesante para nuestro estudio del demostrativo es el «comportamiento» catafórico que Kesik atribuye al demostrativo francés[313]. El problema es que es difícil trasladar al español la mayoría de sus observaciones, que se basan, sobre todo, en las sutiles diferencias que existen entre los demostrativos *ceci, cela, c'* y *ça*, sin parangón claro con los demostrativos españoles. A modo de conclusión de su estudio podríamos decir:

[313] M. Kesik, *op. cit.*, págs. 133-136.

1. El pronombre demostrativo, como designador típico de entidades «de primer orden»[314] (es decir, objetos físicos que se encuentran en todo momento en un espacio de tres dimensiones), es poco habitual en la catáfora en sentido estricto. Incluso cuando aparecen, esta catáfora es más bien una anáfora anticipadora. En cambio, no suele tener problemas para aparecer en los casos de doble referencia (lo que Kesik llama *ana-catáfora*).

2. Aunque los demostrativos neutros (en francés *ceci* y *cela*[315]) pueden remitir al contexto posterior, se trata más bien de un hecho excepcional.

3. Los SN demostrativos presentan en la catáfora dos rasgos principales: la incompatibilidad con las entidades de «primer orden», incluso en plural y una tendencia muy marcada hacia la transparencia. Esto explicaría la ausencia de identidad lexical entre el SN demostrativo y su subsecuente. Normalmente es de tipo «resumitivo», aunque también puede llegar a ser segmental, siempre que no se refiera a entidades de «primer orden». A diferencia de los SN definidos catafóricos, el SN demostrativo tiene menos tendencia al equívoco. Además, habitualmente estos SN demostrativos pueden ser conmutables con el pronombre neutro apropiado.

Las observaciones de Kesik tienen el inconveniente no sólo de referirse únicamente a la lengua francesa, sino que también el concepto de catáfora que él maneja y el que manejamos nosotros difiere en ciertos puntos. Por eso, no son transferibles al español, sobre todo en lo referido al comportamiento cata-

[314] Siguiendo la terminología y la tipología de J. Lyons, *Sémantique linguistique*, 1980, págs. 77-80, el cual a su vez se basaba en los estudios de P. F. Strawson, *Individuals*, Methuen, Londres, 1959.

[315] De los dos demostrativos neutros, *cela* es menos catafórico que *ceci*, dándose sobre todo en el caso raro de la catáfora indirecta, derivada de la exófora ostensiva. Por su parte, *ce* sólo puede aparecer en catáfora «resumitiva», introduciendo una oración completa. El empleo catafórico de *ça*, el último demostrativo de la serie neutra, no plantea problemas en varios casos claros: en el del *ça* narrativo inicial, que actúa como anticipador de toda la historia que sigue, y el *ça* que aparece en los dichos y refranes. Es más difícil verlo en los casos de catáfora indirecta, donde actúa como un auténtico deíctico exofórico.

fórico del demostrativo neutro español[316].

Junto a la catáfora propiamente dicha, hay veces que la expresión referencial remite a un antecedente y a la vez anuncia un subsecuente posterior[317]:

> Pocas personas merecen el nombre de amigos, sólo *ésos* que se comportan como tales en los peores momentos.

Éstos son los casos de «doble referencia» —o *ana-catáfora*, en palabras de Kesik[318] —de los que ya hemos dicho algo al estudiar los usos anafóricos en nuestro corpus en la sección anterior, y que volveremos a tratar en las páginas que siguen.

Refiriéndonos ya a los usos catafóricos concretos del demostrativo español, teniendo en cuenta que anáfora y catáfora son dos caras de la misma realidad, Vidal Lamíquiz estructura la catáfora igual que hizo con la anáfora, es decir, la considera como un fenómeno de «referencia numeral», a lo cual se añadiría el doble matiz de *identificación* y de *no identificación*. Por sus particulares condiciones, la catáfora más habitual es la que hace referencia a un solo elemento, catáfora *singular*, que con el matiz de sin identificación usaría *este* y con identificación emplearía *ese*[319].

Por su parte, Fernández Ramírez también considera que los dos demostrativos más usados con este valor son *este* y *ese* —con predominio del primero—. Además, añade la posibilidad de un uso anafórico y catafórico al mismo tiempo, en el que el demostrativo predominante sería *ese*[320].

---

316 Como tendremos ocasión de ver más abajo, si exceptuamos los casos en que el valor catafórico lo lleva un demostrativo sin antecedente y que rige una oración de relativo o un sintagma preposicional con *de*, son realmente pocos los ejemplos en que tenemos un demostrativo con valor catafórico.

317 P. Charaudeau, *ibid.*

318 Cf. M. Kesik, *op. cit.*, págs. 79 y ss.

319 Vidal Lamíquiz, *loc. cit.*, pág. 185.

320 S. Fernández Ramírez, *op. cit.*, págs. 134-135.

Es decir, según parece, en español la catáfora sólo puede hacerse mediante los demostrativos que aluden a la 1ª y 2ª persona. Sin embargo, como vamos a intentar demostrar, cabe considerar catafóricos otros tipos de construcciones, en concreto dos: uno en el que se usan los demostrativos de 2ª y 3ª persona, sobre todo este último, normalmente en forma neutra, como regente de un sintagma preposicional encabezado por la preposición *de*, que es al que alude el demostrativo, y con el cual se hace referencia a algo que se supone consabido o conocido por el interlocutor o el lector. El segundo tipo consiste en usar también los demostrativos de 2ª y 3ª persona, sobre todo el de 3ª, acompañados de oración de relativo, que es la que ayuda a concretar o completar el sentido del demostrativo (que carece de cualquier antecedente previo), y con la que se alude no a una persona o cosa concretas, sino a «clases» de personas o cosas, las que precisamente cumplen las condiciones que se explicitan en la oración de relativo.

Por tanto, en lo que sigue vamos a estudiar el uso catafórico del demostrativo en el corpus, estructurándolo, en primer lugar, entre formas con valor catafórico puro y formas de doble referencia anafórica y catafórica. Luego pasaremos a distinguir entre los casos de catáfora (y de doble referencia) más clara y aquellos constituidos por el giro demostrativo + sintagma preposicional y el demostrativo completado por oración de relativo, a los cuales, como ya hemos explicado, les atribuimos también un valor catafórico. Terminaremos este apartado con la mención a giros lexicalizados y con valor estilístico en los que, de partida, haya un cierto valor catafórico.

Como solemos hacer, ofrecemos a continuación una pequeña selección de ejemplos de formas demostrativas catafóricas procedentes de nuestro corpus, clasificadas en dos grupos: formas con valor catafórico propiamente dicho y formas de doble referencia anafórica y catafórica.

A) *Casos de catáfora*.

♦ Fue fray Alonso quien informó al Condestable de la sentencia, confortándole con *estas palabras*: ♦ «Todos, mientras vivimos, caminamos hacia la muerte». (*Vivir al día*, pág. 12).

♦ Uno,...ha de pensar necesariamente en *aquello* de qué fue antes, el huevo o la gallina,... (*Vivir al día*, pág. 34).

♦ ...y que los huecos que dejan *aquellos* con los que a diario convivimos son los más difíciles de llenar. (*Vivir*

al día, pág. 106).

♦ «He conocido de cerca *eso* tan desagradable que llamamos pobreza...» (*Vivir al día*, pág. 108).

♦ A estas alturas iba resultando risible *aquella arcaica expresión* de descabezar una siesta. (*Vivir al día*, págs. 136-137).

♦ El día, con los exámenes, ha sido de aúpa. El señor Moro me había dicho que *eso* de las propinas se acabó con la guerra,... (*Diario de un cazador*, pág. 24).

♦ Y no creo que Tochano le eche al asunto más de tres o cuatro horas. Claro que uno tiene *aquello* de la categoría. (*Diario de un cazador*, pág. 57).

♦ ...y al sembrado, como ya es sabido, sucede el barbecho por *aquello* de que la tierra tiene también sus exigencias... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 71).

♦ A menudo, en circunstanciales reuniones de cazadores, el Cazador escucha frases como *ésta*: «A mí tanto me da una perdiz como una urraca; el caso es tirar tiros». (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 85).

♦ ...pero ahora escucha, Quico, *esto* es importante, aunque a tu edad no acabes de entenderlo. Lo que a mí me molesta es que siendo uno un hombre positivamente honrado, alguien venga a poner en duda la honradez de sus ideas. (*El príncipe destronado*, pág. 74).

B) *Casos de doble referencia anafórica y catafórica*.

♦ Esta afirmación tiene muy pocas excepciones y aun diría que *esas excepciones*, es decir, los que aciertan en la diana al primer intento, quedan automáticamente incapacitados para superarse en lo sucesivo. (*Vivir al día*, pág. 31).

♦ El que unos digan que tenemos menos ingenieros que nadie y otros arguyan que proporcionalmente el número de ingenieros es superior en España al de cualquier otro país,...es llevar la discusión a *ese terreno* de extremismos radicales que tan escasos frutos nos han rendido hasta el presente. (*Vivir al día*, pág. 35).

♦ *Esto* es precisamente —nuestra pretendida seguridad de cristianos— lo que Pepe Lozano viene cada viernes a hacer tambalear. (*Vivir al día*, pág. 118).

♦ ...a cien metros de la vivienda se levanta un hospital adventista,... *esta seguridad* —la conciencia del médico próximo—, fue, como se sabe, una exigencia en la vida de Juan Ramón. (*Vivir al día*, pág. 218).

♦ Hoy enterramos al chavea de mi hermana. Parecía una coña *eso* de enterrar una cosa que ha muerto sin nacer. (*Diario de un cazador*, pág. 48).

♦ Dijo que aborrecía *todo eso* de andar con tapujos y no obrar a las claras,... (*Diario de un cazador*, pág. 55).

♦ Los tesos, sin embargo, nada tienen que ver con la división administrativa,...Y de *eso* —de tesos— no andamos mal en mi pueblo,... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 57).

♦ La caza origina en el Cazador una segunda naturaleza. *Esa* hipersensibilidad que muchos seres sentimos ante la agonía de una bestia,... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 83).

El número total de formas demostrativas con valor catafórico en el corpus es de 78, de las cuales expresan valor catafórico puro 62 (el 79.48%) y 16 (el 20.51%) son casos de doble referencia anafórica y catafórica.

En cuanto al reparto de formas con valor catafórico en general por obras, corresponden 43 a *Vivir al día* (el 55.12%), 12 a *Diario de un cazador* (el 15.38%), 6 a *Viejas historias de Castilla la Vieja* (el 7.69%) y 1 a *El príncipe destronado* (el 1.28%). Esto viene a confirmar que el valor catafórico es más propio de los textos que están más cerca de la lengua escrita que los de lengua hablada.

Si miramos el reparto por formas del demostrativo, dentro de los casos de catáfora pura, 8 corresponden a *este*, 17 a *ese* y 37 a *aquel*; dentro de los casos de doble referencia, 6 pertenecen a *este*, 9 a *ese* y 1 a *aquel*. El predominio notable de *aquel* en los casos de catáfora pura se debe al elevado número de casos en que el neutro *aquello* rige un sintagma preposicional encabezado por la preposición *de*[321].

En cuanto a la distribución de las formas demostrativas con valor catafórico, digamos que el caso más claro y simple de catáfora es cuando el demostrativo catafórico es normalmente *este*, y aparece en función pronominal o como determinante introduciendo a su subsecuente (casi siempre mediante dos puntos), que puede venir expresado en estilo directo o mediante una oración completiva encabezada por

[321] Los 78 casos de formas con valor catafórico en general suponen apenas un 5.40% del total de 1443 formas del demostrativo de nuestro corpus. En *El camino* eran en total 21 casos, o sea, el 4.6%, por lo que estamos ante porcentajes muy similares. La diferencia radica en que en *El camino* las tres formas del demostrativo tenían el mismo número de ocurrencias, 7 cada una, mientras que aquí se registra una notable presencia, en el uso catafórico puro, del demostrativo *aquel*.

la conjunción *que*:

♦ Fue fray Alonso quien informó al Condestable de la sentencia, confortándole con *estas palabras*: «Todos, mientras vivimos, caminamos hacia la muerte». (*Vivir al día*, pág. 12).

♦ En tiempos de nuestras abuelas era frecuente escuchar consejos como *éste*...

—Trabaja, hija; afina tus modales, esmérate, y, a la vuelta de diez años, podrás llegar a ser una buena doncella. (*Vivir al día*, pág. 125).

♦ ...parece llegada la hora de que los españoles reflexionemos sobre *este punto*, a saber: que si la sangre caliente nos valió para no pocos éxitos... (*Vivir al día*, pág. 166).

♦ A menudo, en circunstanciales reuniones de cazadores, el Cazador escucha frases como *ésta*: «A mí tanto me da una perdiz como una urraca; el caso es tirar tiros». (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 85).

Es decir, siguiendo la tipología de Kesik, se trata de catáforas *directas*, en concreto de catáforas *metalingüísticas*, pues el subsecuente establece con la expresión catafórica una relación metalingüística: se trata de explicar el sentido o el contenido de una «palabra», «frase», «punto» o «consejo».

Por su parte, los casos más corrientes de doble referencia anafórica y catafórica suelen expresarse mediante los demostrativos *ese* y *este*, en función pronominal o de determinante, y suelen adoptar varias formas de expresión: o bien mediante incisos (oraciones parentéticas, entre guiones), o bien introducidas mediante dos puntos y expresadas en estilo directo u oración completiva encabezada con *que*, o bien a través de dos oraciones independientes separadas por punto. Lo que sí tienen en común todos los casos de doble referencia es que debe haber una repetición más o menos explícita de un antecedente, que precede a la expresión catafórica, además de la introducción a un nuevo segmento de discurso, que tiene un carácter de ampliación de lo dicho por el antecedente anafórico:

♦ Esta afirmación tiene muy pocas excepciones y aun diría que *esas excepciones*, es decir, los que aciertan en la diana al primer intento, quedan automáticamente incapacitados para superarse en lo sucesivo. (*Vivir al día*, pág. 31).

♦ José Jiménez Lozano se asoma cada viernes a la última página de «El Norte de Castilla» en una sección titulada «Ciudad de Dios». Ya lleva años en *este empeño* de redescubrirnos algo tan viejo como el cristianismo.

(*Vivir al día*, pág. 117).

♦ Sea como quiera, mi objetor sostiene que esas viejas historias —que no son tan viejas, puesto que la tesis del libro es precisamente *esa*: que nada fundamental ha cambiado en la desolada Castilla durante el último siglo—... (*Vivir al día*, pág. 177).

♦ ...a cien metros de la vivienda se levanta un hospital adventista,...y *esta seguridad* —la conciencia del médico próximo— fue, como se sabe, una exigencia en la vida de Juan Ramón. (*Vivir al día*, pág. 218).

♦ Como es sabido, las aguas del Duero vierten en el Atlántico,...lo que quiere decir que en mi pueblo, de natural sedentario, hay alguien que viaja y *éstas* son las aguas de la Fuente de la Salud... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág 33).

Según el esquema de Vidal Lamíquiz, el uso de *ese* en los casos de catáfora, como en los de anáfora, obedece a que se trata se referencia singular con identificación. Eso coincide con lo que ya se ha comentado acerca de la doble referencia: con ella se amplifica lo ya dicho por el antecedente anafórico, por lo que aporta un notable sentido enfático: es un modo de poner de relieve una determinada idea. Así, en el ejemplo de *Vivir al día*, pág. 218, la expresión referencial *esta seguridad* remite a un antecedente anafórico que es el hecho de que la vivienda de Juan Ramón en Estados Unidos se encontraba a cien metros de una vivienda; el subsecuente, entre guiones, «la conciencia del médico próximo», viene a insistir en la misma idea, con lo que deducimos que Juan Ramón era una persona sin duda hipocondríaca.

A este valor enfático que poseen los casos de doble referencia obedecen también los ejemplos de correferencia presentes en el corpus:

♦ Esta afirmación tiene *muy pocas excepciones* y aun diría que *esas excepciones*, es decir, los que aciertan en la diana al primer intento... (*Vivir al día*, pág. 31).

♦ *Los tesos*, sin embargo, nada tienen que ver con la división administrativa,...Y *de eso* —*de tesos*— no andamos mal en mi pueblo,... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 57).

Repetir el antecedente anafórico, bien mediante la expresión referencial, bien mediante el segmento de texto que actúa de subsecuente, es indudablemente una buena manera de dar énfasis.

De otro lado, hay algunos casos que podrían catalogarse de doble referencia, pero en los que la relación entre expresión catafórica y antecedente además del texto, exige necesariamente un cierto conocimiento de la realidad extratextual:

> ...después que la guillotina de la imprenta le segó la mano. Marró una liebre que le arrancó de los mismos pies en unas pajas y tiró la escopeta. Luego se puso a llorar, se sentó en un mojón y me dijo: «*Esto* no debes hacerlo nunca, hijo.» Yo le pregunté: «¿Se puede cazar con una sola mano, padre?» Él dijo: «Por lo visto, no.» (*Diario de un cazador*, pág. 10).

El demostrativo neutro *esto* no remite exactamente a un segmento de texto anterior o posterior, sino a un hecho extralingüístico[322], propio de la situación contextual en que se inscribe el evento narrado: el padre de Lorenzo, aficionado a la caza, al perder la mano segada por la guillotina, intentó disparar su escopeta contra una liebre, como antes, cuando tenía las dos manos, y marró el tiro, con su consiguiente desesperación, ya que veía que nunca más podría practicar lo que era para él algo más que una afición. La pregunta posterior del hijo y la respuesta del padre tienen el papel de amplificación, de explicación de lo que antes había quedado confiado al contexto y, por tanto, a la deducción lógica del lector.

Los casos de catáfora y de doble referencia que coinciden con los descritos son muy pocos dentro de nuestro corpus (apenas hay un par de ejemplos más de los aquí recogidos). La mayoría de los que tenemos corresponden a usos del demostrativo de segunda y de tercera persona (primordialmente de este último), generalmente en forma neutra y funcionando como regente de sintagmas preposicionales encabezados por la preposición *de*, que vendrían a desempeñar el papel de referente al que alude el demostrativo:

- ♦ No creo que *aquello* de renovarse o morir deba ser tomado al pie de la letra,... (*Vivir al día*, pág. 24).
- ♦ ...y *todo aquello* de la «solidaridad» y el «desprendimiento de los españoles» no son sino frases acuñadas por nuestra pobre vanidad... (*Vivir al día*, pág. 94).
- ♦ Yo tenía mis recelos por *aquello* de que Lozano, las cosas de Lozano, llegan antes a los jóvenes que a los viejos. (*Vivir al día*, pág. 120).

[322] Sería quizás un caso de anáfora cognitiva, según lo dicho más arriba por Kesik.

♦ Hoy enterramos al chavea de mi hermana. Parecía una coña *eso* de enterrar una cosa que ha muerto sin nacer. (*Diario de un cazador*, pág. 48).

♦ Dijo que aborrecía *todo eso* de andar con tapujos y no obrar a las claras,... (*Diario de un cazador*, pág. 55).

♦ ...porque mientras el pueblo permanecía, la ciudad se desintegraba por *aquello* del progreso y las perspectivas de futuro. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 11).

♦ ...y al sembrado, como ya es sabido, sucede el barbecho por *aquello* de que la tierra tiene también sus exigencias... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 71).

En la mayoría de los casos, pero sobre todo cuando estamos ante el demostrativo de 3ª persona *aquello*, el único segmento del texto al que alude el demostrativo viene representado por el sintagma preposicional encabezado por *de*, que al aparecer después de la forma deíctica vendría a constituir un caso de catáfora. Generalmente, si buscamos en la parte de discurso que precede al demostrativo no encontraremos, al menos explícito, nada que pueda hacer las veces de antecedente. Como ejemplo, vamos a dar una parte del texto que precede al demostrativo de *Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 11:

> Y empecé a darme cuenta, entonces, de que ser de pueblo era un don de Dios y que ser de ciudad era un poco como ser inclusero y que los tesos y el nido de la cigüeña y los chopos y el riachuelo y el soto eran siempre los mismos, mientras las pilas de ladrillo y los bloques de cemento y las montañas de piedra de la ciudad cambiaban cada día, y con los años no restaba allí un solo testigo del nacimiento de uno, porque mientras el pueblo permanecía, la ciudad se desintegraba por *aquello* del progreso y las perspectivas de futuro.

En su defensa del pueblo frente a la ciudad, el principal argumento del autor es que el pueblo permanece, sigue siendo siempre básicamente el mismo, mientras la ciudad cambia, se transforma, siempre es algo nuevo, diferente, a causa del progreso. El referente textual del demostrativo *aquello* no está situado en la fracción de texto que precede, sino inmediatamente a continuación.

Asimismo, con este tipo de construcción se quiere expresar algo que se considera conocido o sabido por el lector: todo el mundo ha oído hablar del progreso y de las perspectivas de futuro que hacen de la ciudad algo tan atractivo que ha llevado a muchos pueblos a perder parte de su población, seducida por el falso señuelo de la vida urbana, mediante el doloroso proceso de la emigración. Es decir, el subse-

cuente, el sintagma preposicional, remite a su vez a un referente que pertenece a eso que podríamos llamar la conciencia colectiva o el fondo cultural común, en este caso, de nuestra sociedad occidental moderna.

En otros casos, el referente de esos sintagmas preposicionales son auténticos dichos, proverbios o frases hechas:

- No creo que *aquello* de renovarse o morir deba ser tomado al pie de la letra,... (*Vivir al día*, pág. 24).
- Uno,...ha de pensar necesariamente en *aquello* de qué fue antes, el huevo o la gallina,... (*Vivir al día*, pág. 66).
- A estas alturas iba resultando risible *aquella arcaica expresión* de descabezar una siesta. (*Vivir al día*, págs. 136-137).

En otros casos se alude a organismos e instituciones, que por ser suficientemente conocidos, no necesitan de más explicación:

- ...un corto viaje por diversas ciudades españolas, desazonadas con *todo eso* de los polos y del desarrollo,... (*Vivir al día*, pág. 187).
- ...y campesinos que se arrimaron al asfalto por *aquello* del Servicio Nacional del Trigo y la Concentración Parcelaria. (*Vivir al día*, pág. 197).

Algo parecido sucede cuando se refiere a las reglas de algún juego muy popular como el parchís, por lo que los detalles sobran:

Uno pone mucha pasión en el juego y *todo eso* de las barreras y las comidas y los seguros está pero que muy bien traído. (*Diario de un cazador*, pág. 64).

A veces, lo aludido es algo que conoce cualquiera que viva en España o conozca nuestras aficiones y modo de pensar:

Es muy posible que el español haya elevado el espectáculo de los toros a categoría de fiesta nacional por

aquello de que al torero en la arena no le resta otra opción que la de matar o ser matado. (*Vivir al día*, pág. 129).

Finalmente, a veces se alude a algo que, al haberse mencionado alguna vez en la obra, el autor da por sabido y que no necesita, por tanto, de más referencias:

Hoy bajé al río a darme un chapuzón. Están poniéndolo bien con *eso* de la playa artificial. (*Diario de un cazador*, pág. 131).

En el *Diario*, Lorenzo contó que el Ayuntamiento de su ciudad, Valladolid, pensaba crear una playa artificial en el río de cara al verano, por lo que considera que cualquier referencia a tal playa va a ser inmediatamente recordada por el lector, con lo que no añade más explicaciones.

Respecto al uso prioritario del neutro en esta construcción, creemos que precisamente el carácter de alusión a algo de sobras conocido por todos, que no necesita más que una mera referencia genérica, es lo que justifica el empleo de la forma neutra.

Otro aspecto a tener en cuenta en esta construcción es que el giro formado por demostrativo + sintagma preposicional, aunque su referente sea en última instancia algo conocido por el hablante y que está en la conciencia colectiva de la comunidad, es introducido por el autor para aclarar o amplificar algún aspecto de lo ya dicho:

Al volver del estanco me tropecé este mediodía con el de Francés y la de Alemán. Iban haciendo boberías. Ella dijo adiós, pero él lo mismo que si pasase un perro. Y no es *aquello* de que no me haya visto, puesto que yo iba de uniforme. (*Diario de un cazador*, pág. 63).

El giro «aquello de que no me haya visto» alude a la excusa habitual con la que se suele justificar el no haber saludado a algún conocido con quien nos acabamos de cruzar por la calle. El uso de la expresión se justifica en el contexto por el hecho de que al cruzarse Lorenzo, que iba de uniforme y por tanto bien visible, con el de Francés, éste no le saludara, seguramente porque no quiso (entre ambos existía

una profunda antipatía).

Es decir, este tipo de expresiones formadas normalmente por *aquello* + sintagma preposicional, aunque en sí mismas sean catafóricas, porque el demostrativo alude a un segmento de texto que viene a continuación, sin embargo suelen estar bien ancladas en el contexto en el que aparecen, pues su introducción se justifica por lo que se dice en la parte de texto que las precede.

En otras ocasiones, el giro demostrativo + sintagma preposicional sí tiene un antecedente más claro en la parte de texto que lo precede, entrando ya de lleno en lo que podríamos considerar casos de doble referencia anafórica y catafórica:

♦ Hoy enterramos al chavea de mi hermana. Parecía una coña *eso* de enterrar una cosa que ha muerto sin nacer. (*Diario de un cazador*, pág. 48).

♦ Dijo que aborrecía *todo eso* de andar con tapujos y no obrar a las claras,... (*Diario de un cazador*, pág. 55).

En el primer caso el demostrativo *eso* alude, por un lado, al hecho de enterrar al hijo de la hermana de Lorenzo y, por otro, y ahí estaría lo catafórico, se vuelve a aludir al hecho, amplificándolo, diciéndonos que el niño no llegó a nacer, que fue un aborto (algo que de todas formas se ha dicho varias páginas antes).

En el segundo caso el antecedente de *todo eso* es el hecho de que don Rodrigo, el profesor de Matemáticas, le pasa a Lorenzo sus apuntes de la materia para que los venda entre los alumnos, algo ilegal. La primera referencia que se hace al asunto aparece en la página 52. Tres páginas después aparece esta frase, y se vuelve a mencionar el hecho, insistiendo en que don Rodrigo no estaba contento con eso de andar con tapujos y a escondidas.

Es decir, como se ve, en ambos casos se dan las condiciones necesarias para que haya doble referencia: mención a un contexto previo y amplificación de esa primera referencia mediante otra que aparece situada después del demostrativo.

Incluso, en estos casos de doble referencia es posible encontrar algunos ejemplos en los que parece existir un cierto uso estilístico:

Entonces dijo la Carmina que es muy bonito *eso* de echar golfos al mundo... (*Diario de un cazador*, pág. 28).

En una de las frecuentes peleas con la Carmina, la hija del señor Moro, el otro conserje, esta vez motivada por que los hijos de la Modes, la hermana de Lorenzo, habían estado jugando con una camisa del señor Moro, descalifica a los niños, y a su madre, con «eso de echar golfos al mundo». El valor de la expresión es claramente despectivo.

La pregunta que podríamos hacernos respecto a este tipo de construcción, dominada como vemos por *aquello* y *eso*, es si no sería posible encontrar los mismos valores con el demostrativo *esto*. La respuesta es que normalmente no, pues cada vez que aparece el giro *esto* + sintagma preposicional el valor suele ser anafórico o, como mucho, de doble referencia[323]:

- ...el ser visita de alguien obligaba a la presencia física en los natalicios y los óbitos de los allegados. Uno, que no cree que todo lo de hoy sea peor que lo de ayer, piensa, por ejemplo, que en *esto* de la amistad sin artificios ni hipocresía hemos ganado muchos puntos,... (*Vivir al día*, pág. 142).
- Pero lo que son las cosas, el domingo no vimos nada. Se conoce que lo habían pateado otros. *Esto* de la caza es como el huevo de Juanelo. (*Diario de un cazador*, pág. 26).
- Compré un kilo de perdigón de cuarta. *Esto* del perdigón es una broma. (*Diario de un cazador*, pág. 96).

Normalmente el uso de la expresión *esto* + sintagma preposicional sirve para retomar, de un modo más o menos explícito, lo que se acaba de decir, o para ilustrar algún aspecto relacionado con el segmento de texto que precede.

En el primer caso, del texto que precede se deduce la existencia de un tipo de amistad artificial e

[323] Esto tiene que ver con el valor del demostrativo de 1ª persona en la anáfora de recoger lo más cercano, lo último mencionado.

hipócrita entre nuestros antepasados, a la cual se opone la amistad sin artificios ni hipocresía actuales.

En el segundo caso, en el texto que precede se está hablando de la jornada de caza que Lorenzo pasó con Melecio en lo de Aniago, que fue decepcionante a pesar de lo mucho que le había hablado del sitio ése.

En el tercer caso la expresión referencial repite exactamente la misma palabra que acaba de aparecer en la frase precedente, *perdigón*, un caso de correferencia.

En todos los ejemplos reseñados el demostrativo *esto* viene a retomar lo ya dicho, sin que haya aporte de nueva información, sin que haya amplificación, al menos clara, salvo quizás en el primer caso. Esta limitación con la que se encuentra el demostrativo *esto* en este tipo de giros, explica que el hablante recurra a *eso* y sobre todo a *aquello*, las formas utilizadas para expresar el alejamiento respecto a los participantes en el acto comunicativo, cada vez que se quiere aludir a lo consabido de un modo genérico. Además, el que sea *aquello* la forma predominante se debe a que al indicar este demostrativo el alejamiento extremo se produce como una especie de particular singularización del objeto al que alude el demostrativo: es como si se tratara de fijar la atención en algo concreto y específico, el objeto al que alude el sintagma preposicional regido por el demostrativo.

Bien, un último caso de posible uso catafórico viene representado por formas del demostrativo, normalmente en función pronominal, que no tienen un antecedente claro en la porción de texto que lo precede, y que para completarse necesitan de la oración de relativo que tienen a continuación, la cual actuaría de subsecuente:

- ...y que los huecos que dejan *aquellos* con los que a diario convivimos son los más difíciles de llenar. (*Vivir al día*, pág. 106).
- ...«si *todos aquellos*, que creemos en estas raras cosas llamadas libertad y dignidad humanas nos ponemos de acuerdo...» (*Vivir al día*, pág. 109).
- Juan Arias se iba en el umbral,...sin recoger sobre sus frágiles hombros *esa carga* tan ardua, tan enojo-

sa...que es la responsabilidad. (*Vivir al día*, pág. 164).

♦ Esta realidad ofrecía una amarga contrapartida, a saber, que para *aquel* que no dispusiese de cuatro perras gordas,... (*Vivir al día,* pág. 181).

♦ ...contrae la obligación de situar a sus miembros en *aquellos puestos* para los que se muestren capacitados. (*Vivir al día*, pág. 182).

En todos los casos, el demostrativo precisa, para concretarse, de la oración de relativo que viene a continuación: en el primero de ellos, ese *aquellos* son los que viven a diario con nosotros; en el cuarto, *aquel* es el que no dispusiese de cuatro perras gordas, etc. Por ello, dado que el segmento de texto al que alude el demostrativo viene a continuación deben entenderse todos estos también como casos de catáfora.

Además, es digno de destacar el que, como observamos por estos ejemplos, la mayoría de las veces el demostrativo utilizado es el de tercera persona, sin duda porque *este* tendría más justificiación en caso de referencia anafórica a algo que se acaba de mencionar.

Por último, el uso de *aquel* implica que la persona o cosa a la que se refiere la oración de relativo no es alguien concreto, conocido, sino que pasa a convertirse en una suerte de prototipo o estereotipo. En el cuarto ejemplo, el que no dispusiese de cuatro perras gordas no es una persona conocida, mencionada con anterioridad, puede ser cualquiera que cumpla el requisito de no tener las «cuatro perras»; en cuanto a los puestos para los que se muestren capacitados, no se aclara si se trata del cargo de director general, o de contable, o de alguacil, es cualquier cargo para el que alguien se muestre capacitado. Es decir, el uso del demostrativo *aquel* implica que el referente último al que remite la oración de relativo no es alguien concreto de la realidad extralingüística, sino que puede ser cualquiera que cumpla ciertas condiciones, las que se explicitan en dicha oración de relativo, por lo que en última instancia con el demostrativo se viene a aludir a toda una clase, de personas o de cosas; es decir, se está llevando a cabo una auténtica tipificación.

Aunque el valor predominante de este tipo de construcción, en que el demostrativo necesita para completarse de la oración de relativo que le sigue, es la de aludir no a individuos concretos, sino a clases

o tipos de individuos, otras veces el valor no es ese. Veamos los siguientes ejemplos:

- ...charlábamos de *esos temas extraños* que inspiran los libros y quienes los escriben. (*Vivir al día*, pág. 100).
- «He conocido de cerca *eso* tan desagradable que llamamos pobreza...» (*Vivir al día*, pág. 108).
- ...se negaba a abandonar la infancia, a romper con ella y echar sobre sus débiles hombros *eso* tan pesado, y tan arduo, y tan inconsistente como es la responsabilidad. (*Vivir al día*, pág. 163).

En todos ellos el valor es meramente catafórico, sin más: ¿cuáles son los temas extraños?, pues los que inspiran los libros y quienes los escriben; lo que tan desagradable resulta es la pobreza; lo que resulta tan pesado y arduo es la responsabilidad. Está claro que el demostrativo, sobre todo cuando es neutro, está llevando a cabo la típica anticipación que realizan todos los demostrativos con valor catafórico.

Este tercer tipo de construcción con valor catafórico apenas si reúne algún ejemplo más de los aquí recogidos por nosotros.

En nuestra opinión, cuando el demostrativo de 2ª y 3ª persona actúa como regente de sintagmas preposicionales y de oraciones de relativo, sobre todo en su forma neutra, conserva una parte de la fuerza deíctica que generalmente se atribuye a este tipo de unidades lingüísticas, la cual constituye la principal diferencia entre estas construcciones y el empleo del artículo en los mismos contextos. Sin embargo, no faltan los autores que consideran que en estos usos el demostrativo se encuentra notablemente debilitado, hasta convertirse en una especie de «variante funcional» del artículo. En concreto, Josse de Jock[324], hablando de *aquel* ante oración de relativo, cree que su papel principal es el de introducir «al actante en la relativa que sigue inmediatamente». Cuando el relativo utilizado es *que*, según este autor, *aquel* vendría a ser como parte del pronombre relativo —*aquel que*—, igual que sucede cuando la forma empleada es la del artículo —*el que*—. Es decir, que en el giro *aquel que* estaríamos ante una especie de «morfema compuesto», por lo que el demostrativo habría perdido toda autonomía.

[324] J. de Kock, *Norma, libertad y probabilidad*, págs. 135-141.

Esta pérdida de autonomía se atenuaría algo, según él, cuando media una cierta distancia entre el demostrativo y la forma de relativo, o cuando se emplea cualquier otra forma del relativo (*el cual, quien, cuyo*). En estos casos, la explicación que da es la de una simple «reduplicación de morfemas».

En los corpora de textos con los que él trabaja, resulta que ante oración de relativo la forma del demostrativo más utilizada es *aquel*. Una posible explicación sería, según de Kock, la «homofonía parcial» de *aquel* y del artículo, la forma más usual ante oración de relativo.

Todos estos razonamientos vienen a incidir en la idea de que, al menos con *aquel* ante oración de relativo, nos encontraríamos ante una forma demostrativa debilitada, semejante a un «artículo reforzado». Sin embargo, vemos una cierta contradicción con respecto a esta afirmación cuando el propio de Kock, buscando una posible explicación al abundante uso de *aquel* como introductor de oraciones de relativo, afirma que quizás el uso mayoritario del demostrativo de 3ª se debería a su especial predisposición para introducir un actante parcial o totalmente nuevo en el contexto, ajeno al contexto anterior, función en la cual conservaría su «pleno sentido demostrativo», lo cual justificaría también su uso frente al artículo.

Quizás la constatación de que hay ejemplos en los que el demostrativo *aquel* parece no comportarse como «demostrativo debilitado» le lleve a afirmar, a modo de conclusión, que su estatuto gramatical es ambiguo ante oración relativa o complemento determinativo: a veces parece comportarse como un pronombre, pero otras se diría que es una mera variante del artículo, pues no funciona como pronombre propiamente dicho al referirse a la oración o sintagma que introduce.

Aunque la mayor parte de las observaciones de Josse de Kock giran en torno al empleo de *aquel*, algo parecido dice cuando la forma empleada es *ese* también ante oración de relativo o complemento determinativo: no hay diferencia de señalamiento entre *ese* y *aquel* o el artículo en estos contextos, de manera que estaríamos ante demostrativos debilitados en los que el señalamiento demostrativo es prácticamente insignificante.

Estas ideas de de Kock se completan con la negativa a reconocer carácter catafórico a estas cons-

trucciones, como ya vimos más arriba.

Para nosotros, como ya hemos indicado, la explicación es otra: el demostrativo de 2ª y 3ª, especializados en la indicación del «alejamiento», cuando en función pronominal actúan como regentes de oraciones de relativo o complemento determinativo se comportan, no como meros introductores de las mismas, sino como índices que sirven para individualizar, enfatizar o tipificar al ser designado en la oración regida, conservando por ello esa especial manera de señalar que da al demostrativo su particular «sabor». Si por pérdida de valor demostrativo entendemos el que tales demostrativos pronominales necesitan del significado de las oraciones regidas para completarse —de ahí su valor catafórico—, estamos dispuestos a reconocer un cierto «debilitamiento» en su fuerza señalativa —no en vano, aquí las formas más empleadas suelen ser formas neutras, en las que la fuerza deíctica queda bastante neutralizada, y sobre todo en que su uso es genérico, pues muchas veces sirven para introducir algo consabido o suficientemente conocido por el lector u oyente—. Pero este debilitamiento sería exactamente el mismo que experimenta un demostrativo pronominal en función anafórica, sólo que su referente textual aparece antes y no después.

Además, en nuestra opinión, cuando el artículo se emplea en estos mismos contextos —con quien, supuestamente, los demostrativos habrían llegado a establecer una especie de neutralización, pasando a ser meras variantes funcionales— «recupera» parte de la fuerza deíctica que tuvo originariamente este antiguo demostrativo. Sería por eso algo así como la única pervivencia que le resta de un antiguo valor.

Como ya hemos hecho en los apartados anteriores, incluimos aquí aquellos casos en que al uso catafórico se añade otro que resulta predominante.

En primer lugar, encontramos tres ejemplos de giros lexicalizados que remiten a un segmento de texto situado después del demostrativo:

♦ Don Florián, el cura párroco del Carmen, se hartaba de decirme: «No es *eso*, mozo. No pares la escopeta cuando oprimes el gatillo...» (*Diario de un cazador*, pág. 13).

♦ Ahora, *eso* sí, por mucho personal que llegue a tener, el encargado de matar las liebres seré siempre yo.

(*Diario de un cazador*, pág. 154).

♦ De madrugada se largó con viento fresco. *Eso* sí; me recomendó mucho que cuide a la vieja. (*Diario de un cazador*, pág. 159).

Por último hay un posible caso de catáfora en que el valor predominante parece estilístico, en concreto despectivo:

Y si el Cazador le dice que nada para Castilla como un perdiguero de Burgos, dirá que los perros de raza son como *esos* señoritos de escopeta repetidora y botas de media caña que luego no pegan a un cura en un montón de nieve. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, págs. 78-79).

Se están comparando los perros de raza con un tipo o clase de personas, un cierto tipo de señoritos, en concreto los de escopeta repetidora y botas de media caña, que no aciertan a un cura en la nieve. Creemos que el valor catafórico está precisamente en los sintagmas preposicionales y en la oración de relativo que nos explican de qué señoritos se trata. De todos modos, el valor que predomina es el despectivo: se hace burla precisamente de todo el que pretende ser cazador por el porte y no por lo que importa, por el alma.

De todo lo dicho podemos extraer las siguientes conclusiones respecto al uso catafórico en nuestro corpus:

1. Hay un notable predominio de los casos de catáfora pura frente a los de doble referencia anafórica y catafórica.

2. La obra donde la catáfora en general es más representativa es *Vivir al día*, la que menos es *El príncipe destronado*, es decir, las obras más cercanas a la lengua escrita y a la lengua hablada respectivamente. Esto parece confirmar que la catáfora es más habitual en el nivel de lengua escrita, pues es un tipo de estructura lingüística bastante compleja.

3. En cuanto a las formas del demostrativo portadoras de este valor, llaman la atención las 37 ocurrencias de *aquel* con valor catafórico puro, aunque no hay que desdeñar los 8 casos de *este* y los 17 de *ese* con valor catafórico general.

4. En cuanto al reparto de las formas del demostrativo, *este* predomina en la catáfora más simple, la que consiste en introducir, mediante dos puntos, al subsecuente del demostrativo que suele aparecer en estilo directo o en una oración completiva encabezada por la conjunción *que*.

5. *Ese* es el demostrativo que predomina, aunque seguido muy de cerca por *este*, en los casos de doble referencia, en los que en cambio *aquel* apenas si tiene presencia.

6. Los demostrativos neutros *aquello* y *eso* son las formas que predominan en esa construcción en la que el demostrativo va rigiendo a un sintagma preposicional introducido por *de*, que se utiliza para la referencia a lo consabido o conocido por el hablante y que remite a algo que está dentro de la conciencia colectiva de la comunidad. En este tipo de estructuras *esto* alude generalmente a lo mencionado más recientemente, por lo que tiene valor anafórico.

7. Un último tipo de catáfora, en el que predominan también los demostrativos de 2ª y 3ª persona, viene constituido por el uso de estos demostrativos sin mención previa anterior y acompañados por oraciones de relativo que completan su significado. Un número importante de ejemplos de este uso corresponden a casos en los que, con el demostrativo, aludimos a una clase o tipo de individuos que cumplen las condiciones expresadas por esa misma oración de relativo.

3.4.5. El uso estilístico o expresivo

En sus tantas veces citado artículo sobre el demostrativo español y francés, Vidal Lamíquiz justifica así lo que nosotros, siguiéndolo a él, hemos venido llamando hasta ahora «uso estilístico»: «Si al mismo tiempo que realiza la comunicación, el hablante busca la estética, el producto lingüístico entra en los dominios de la *estilística*. Se trata de una elección que dicho hablante efectúa entre todos los posibles

empleos del *habla* que el sistema de *lengua* permite»[325].

Es decir, siguiendo la dicotomía saussureana *lengua-habla*, la estilística entraría de lleno dentro del terreno del *habla*. Sobre ésta, y para entender la especial conformación de lo estilístico, Lamíquiz, citando a Coseriu[326], advierte que «el habla es más amplia que la lengua: utiliza sus propias circunstancias (mientras que la lengua es a-circunstancial) y también actividades complementarias no-verbales, como la mímica, el gesto, los ademanes, y aún el silencio, o sea, la supresión intencional de la actividad verbal».

Esto, obviamente, no significa que lo «estilístico» sea exclusivo de los niveles de lengua más cercanos a la hablada, pues incluso, en otros contextos, cuando se habla de estilística se está pensando implícitamente en los textos literarios[327].

Las ideas de Lamíquiz sobre este tema están relacionadas con las que Charles Bally expuso en su conocido *Tratado de Estilística Francesa*, publicado en 1909, donde adjudicaba a la Estilística como objeto de estudio los hechos de expresión lingüística desde el punto de vista de su contenido afectivo[328].

Bally en esta obra trataba de levantar el edificio de una nueva ciencia, una Estilística gramatical, que descartaba explícitamente a la lengua literaria y cuyos basamentos eran profundamente psicologistas. Este psicologismo, que está también en las teorías lingüísticas de uno de los maestros de Bally, Saussure, le lleva a distinguir constantemente en los hechos de lengua entre caracteres lógicos y caracteres afectivos. Para él, los fenómenos de afectividad suponen un factor psicológico en virtud del cual el emisor deja una huella, a saber su actitud hacia el mensaje y hacia el receptor, bien visible y perceptible en la

[325] Vidal Lamíquiz, *loc. cit.*, pág. 198.

[326] E. Coseriu, «Determinación y entorno», en *Teoría del lenguaje y lingüística general*, Madrid, 1962, pág. 290.

[327] Piénsese, si no, en la definición que de *Estilística* da José María Paz Gago en su obra, *La Estilística*, Colección «Teoría de la literatura y literatura comparada», Síntesis, Madrid, 1993, pág. 8: «la Estilística se ocupará de investigar sobre el propio método crítico que constituye, tratando de encontrar la aplicación más adecuada y eficaz al análisis de los textos literarios».

[328] J. M. Paz Gago, *op. cit.*, pág. 37.

expresión[329].

El colega de Bally en la edición del *Cours de Linguistique Générale*, A. Sechehaye, discrepó bien pronto de los planteamientos de aquél, pues aceptarlos significaría reconocer que la expresión de los sentimientos y la de los pensamientos son de naturaleza diferente, por lo que podrían constituir dos ciencias distintas, la Estilística y la Lingüística. Sechehaye, en cambio, defiende la integración de los factores intelectuales objetivos y los sentimentales subjetivos del lenguaje en una sola ciencia, la Lingüística. Y es esta última postura la que parece más lógica: no tiene sentido defender, como hace Bally, la existencia de una ciencia de la expresión afectiva, pues ésta responde a los mismos mecanismos de la expresión general. Lo que existe es una sola ciencia, la Lingüística, que estudiaría los procedimientos utilizados en la expresión, independientemente del carácter psicológico de lo expresado[330].

Por tanto, parece claro que cuando Lamíquiz habla de valores o usos estilísticos está pensando en realidad en valores o usos expresivos, afectivos, enfáticos o subjetivos, como queramos decir, en referencia, eso sí, a toda interferencia de la subjetividad del hablante, de su intencionalidad, en la producción de los enunciados lingüísticos[331]. Por esta razón, a partir de ahora al hablar del demostrativo emplearemos como sinónimas expresiones tales como «uso estilístico», «uso subjetivo» o «uso enfático», cuando tengamos la certeza de que se está empleando este tipo de unidades lingüísticas para algo más que un simple señalamiento espacial, temporal, anafórico o catafórico.

Volviendo a Lamíquiz, él distingue varios valores «estilísticos» dentro del demostrativo[332]:

a) *La expresión de la afectividad*.

[329] J. M. Paz Gago, *op. cit.*, págs. 38-39.

[330] J. M. Paz Gago, *op. cit.*, págs. 39-40.

[331] Cf. al respecto, J. A. Pérez Rioja, *Gramática de la lengua española*, Tecnos, Madrid, 1987 (7ª reimpr. de la 6ª ed. de 1965), págs. 468-470, quien define la Estilística como «la ciencia, fronteriza entre la Literatura y la Gramática, que analiza los elementos expresivos del lenguaje, tanto del hablado como del literario».

[332] Cf. Vidal Lamíquiz, *loc. cit.*, págs. 198-201.

b) *La aproximación afectiva*.

c) *El alejamiento de desprecio.*

d) *El desprecio con forma neutra*.

e) *El demostrativo evocador*.

Desde nuestro punto de vista, los cinco valores de Lamíquiz se resumen fácilmente en dos: la expresión de la afectividad y el valor evocador.

Por el primero, uno de los principales impulsores de la «matización estilística», el hablante puede expresar el afecto o el desprecio que siente hacia alguien o algo.

La expresión de la afectividad tiene dos formas principales de manifestarse: la *aproximación afectiva* y el *alejamiento de desprecio*. Por la primera, haciendo abstracción del espacio y del tiempo reales, podemos acercar psicológicamente lo que subjetivamente se estima. Por la segunda, y en base a las mismas razones psicológicas, podemos alejar de nosotros aquello que más nos disgusta.

En la expresión de la afectividad el uso del demostrativo es muy frecuente. Para la aproximación afectiva, según Lamíquiz, el español utiliza sobre todo el demostrativo vinculado con la primera persona, *este*. En cambio, para el alejamiento de desprecio lo normal es el empleo del demostrativo de segunda persona, *ese*, en un uso que ha heredado el español de la lengua latina. Por último, para la expresión del desprecio se suelen usar a menudo las formas demostrativas neutras, dando como resultado un aumento del matiz despreciativo sobre todo si el demostrativo alude a personas.

Tradicionalmente se ha insistido mucho en que en la expresión de desprecio, sobre todo cuando el

demostrativo va referido a personas, éste suele ir pospuesto al nombre: *la mujer ésa; ¡mira el sabio ése!*[333].

El valor evocador tiene que ver con el especial énfasis o realce que a veces asignamos a determinados elementos de la frase, o también cuando se alude a objetos ausentes o inmateriales[334]. En este caso, en principio, podríamos usar cualquiera de las formas del demostrativo, aunque los ejemplos que da Lamíquiz sólo incluyen a los demostrativos *este* y *aquel*.

Por su parte, Fernández Ramírez amplía notablemente los datos hasta ahora ofrecidos acerca del uso expresivo del demostrativo[335]. En primer lugar, señala que cuando se refieren a objetos presentes a nuestros sentidos o en la deixis de la fantasía, los demostrativos pueden aparecer en dos clases de menciones, *discriminantes* (actos de opción y de identificación) y *expresivas* (actos estimativos). Con mención expresiva suelen usarse los demostrativos en función adjetiva.

La mención expresiva, más frecuente que la discriminante, provoca a veces cambios en la concordancia, pues a veces se está aludiendo a un objeto singular, pero el enunciado se formula en plural: «En *estas* ermitas entran más ganas de rezar» (S. J. A. Quintero, *Los ojos de luto*, 252). Según Fernández Ramírez, puede haber una doble intencionalidad en este tipo de frases, por un lado se puede estar aludiendo a un objeto concreto o a cualquiera de los objetos que constituyen la serie, o bien se puede intentar calificar o descalificar el objeto presente. Ambos constituyen lo que este autor llama *mención representativa*, pero en el segundo caso a la fórmula ya expresiva de por sí se le añaden nuevas intenciones afectivas.

Fernández Ramírez, hablando de los demostrativos neutros, también alude a las intenciones expresivas de éstos cuando aluden a personas: «¡Ay, Dios mío; pero si *eso* no es hija, si *eso* es un basilisco» (Arniches, *La condesa está triste*, I, 2).

---

[333] Manuel Criado de Val, *Gramática española y Comentario de textos*, SAETA, Madrid, 1958², pág. 96.

[334] M. Criado de Val, *op. cit.*, *ibid.*

[335] Cf. S. Fernández Ramírez, *op. cit.*, págs. 105-122.

Por otro lado, se produce evocación cuando se realiza el señalamiento a objetos ausentes. En estos casos, *aquel* sirve para la mención remota, es decir, se menciona un momento o una situación singular y concreta; también puede ser algo lejano en el espacio y en el tiempo: «Oh, *aquel* don Feliciano» (Galdós, *La de los tristes destinos*, XIV, 143).

Otro tipo de evocación se hace con *ese*, en concreto, a un objeto actual y no remoto, pero ausente. Y, muy importante, Fernández Ramírez reconoce que a veces la evocación y la mención pueden ser simultáneas, como sucede en el siguiente ejemplo que él cita: «Óyeme en calma, Danielita: ¿estás decidida a seguir en tus amores con *ese* mozo?» (S. J. A. Quintero, *La casa de García*, I, 181).

Asimismo, al hablar de un tipo particular de anáfora, la que él llama *anáfora difusa*, cuando el antecedente no alude a un objeto material, sino a una acción, una actitud, un pensamiento o un sentimiento que se revelan a través de las palabras del interlocutor, se introducen a menudo elementos afectivos: «—¿El objeto de su viaje, señor? —Pero, bueno, *este* interrogatorio...» (S. J. A. Quintero, *125 kilómetros*, II, 73). Este tipo de anáfora tiene puntos de coincidencia con algunas clases de deixis *ad oculos* con las cuales se confunde.

En el diálogo, los demostrativos neutros pueden tener también usos intencionales o expresivos. En concreto, Fernández Ramírez señala el carácter *polémico* de *eso*, usado a menudo para indicar aprobación y, sobre todo, disconformidad o reprobación hacia las afirmaciones, la conducta o las intenciones del interlocutor. Este carácter polémico de *eso* es lo que lleva a emplearlo en muchas fórmulas breves de carácter exclamativo: *eso sí, eso no, eso sí que no, no es eso,* etc. Por su parte, *esto* se emplea muy pocas veces con carácter polémico.

Dentro de lo que Fernández Ramírez llama la *mención evocativa*, es decir, cuando en la identificación del referente juega un papel primordial la imaginación o la memoria, o simplemente cuando esa identificación sólo es posible a través de un proceso conceptual complicado, encontramos una serie de giros o construcciones en que interviene el demostrativo y que tienen funciones diferentes. Así la fórmula *un* (*el*, *algún*, etc.)...*de esos* sirve para caracterizar a un individuo a través de la tipificación de la clase a la que

pertenece: «*una* calle *de esas* para un escritor no comprendido o para un sabio» (Baroja, *Los últimos románticos*, X, 124). Esta misma fórmula se puede encontrar con oración de relativo: *un* (*el, algún*, etc.)...*de esos que*.

Al mismo grupo de fórmulas evocativas pertenecen *eso que*, *eso de*, *eso de que*, que tienen en sí mismas valor anafórico: «yo me pregunto cómo llamaremos a ese mismo grupo de hombres mientras vivía en presente *eso que* visto desde hoy es un pasado» (Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, XIV, 8, 206).

De otro lado, Patrick Charaudeau[336], bajo el epígrafe de «Faits de discours», recoge algunos de los valores del demostrativo que nosotros catalogamos aquí como estilísticos o expresivos.

Comienza este autor advirtiendo que se abstendrá de atribuir al demostrativo significados que dependen fundamentalmente del contexto. Para él, valores como los de *asombro, indignación, desprecio, admiración* o *ironía*, que otras gramáticas asignan al demostrativo, son engendrados en realidad por el conjunto formado por el enunciado, junto con su contexto y su situación de enunciación, y no por una unidad lingüística determinada. Dentro del enunciado del que forma parte, el demostrativo, por su particular valor semántico, aporta determinados *efectos de sentido* que ayudan a producir diferentes significados contextuales.

Dos son los «efectos de sentido» de los que él habla: la *mise en presence* (algo así como la «presentación») y la *mise à distance* («el alejamiento» o «distanciamiento»).

El primero, que deriva del valor deíctico del demostrativo, consiste en designar mostrando lo que está físicamente presente en el marco espacio-temporal de los interlocutores. Si por casualidad lo designado no se encontrara en el ámbito físico en que se desarrolla la conversación, el demostrativo tendría por efecto el hacerlo «presente, concreto y visible».

[336] P. Charaudeau, *Grammaire du sens et de l'expression*, págs. 226-231.

El segundo consiste en designar mediante un demostrativo un ser que está vinculado con el sujeto hablante de un modo natural. De esta manera lo que se consigue es convertir a ese ser en algo exterior, y por lo tanto alejado, del hablante. Es como si se le situara «a distancia».

A través del primer efecto el demostrativo puede conseguir a su vez dos resultados: la *singularización* y la *tipificación*. La singularización consiste en considerar como presente y singular un ser designado mediante el demostrativo, a pesar de que este ser no era conocido previamente por el interlocutor y no le había sido presentado antes. Así, cuando refiriéndonos a alguien, un carnicero por ejemplo no presentado con anterioridad, decimos de él: *¡Hay que ver la costumbre que tiene este carnicero de trocearme el pollo sin que yo se lo diga!*.

Mediante la tipificación, el ser designado se considera conocido por todos y perteneciente a una determinada categoría o clase. En estos casos el demostrativo lo que hace es atribuir a ese ser alguna característica particular: *¡Ay esos hombres que se creen que lo saben todo!* A este tipo pertenecen también giros intensivos como *(Uno) de esos + sustantivo (+ que)...*

Por su parte, los casos de la *mise à distance* vienen acompañados de tres efectos: la *desolidaridad* o *desunión* (*désolidarisation*), la *idealización* y la *cortesía*. Con el primer efecto se adopta una actitud de «desvalorización» respecto al ser designado, que según los contextos podrá ser de desprecio, rechazo, exclusión, etc.: *Desconfiad de ésos que se dicen vuestros amigos casi antes de conoceros*.

En cambio, cuando la actitud adoptada por el hablante es de valorización del ser designado hablamos de un efecto de *idealización*, que según el contexto podrá ser de admiración, respeto, etc.: «*Este brazo* que ha salvado tantas veces a *este imperio*».(Corneille).

A veces, el distanciamiento se explica porque se trata de conseguir un efecto de cortesía, aunque a veces lo que se logra es un efecto negativo debido a la ironía: *¡Si estos niños quisieran callarse!*

Nosotros por nuestra parte, aun reconociendo y aceptando la mayor parte de lo dicho por Lamíquiz,

Fernández Ramírez y Charaudeau, queremos añadir algunas notas distintivas del uso expresivo o subjetivo del demostrativo que nos parecen de gran interés. Por lo pronto, en la detección de uno de estos valores juega un papel destacado la propia subjetividad del receptor, en este caso del lector que se pone a interpretar un texto, que puede querer ver uso expresivo, afectivo o estilístico, como se quiera decir, allí donde otro lector ve un uso más o menos neutro.

De otro lado, y como hemos ido viendo en los apartados anteriores, es muy difícil que el valor expresivo o subjetivo aparezca puro. Sabido es que en la lengua no siempre es posible separar la función representativa de la expresiva. Cuando el hablante produce un determinado enunciado, junto a la información precisa que nos quiere transmitir, muy a menudo hay también una parte de intencionalidad que toca al receptor interpretar. Nosotros, de hecho, a lo largo de nuestro estudio de los distintos valores del demostrativo en Delibes, hemos visto ya casos en los que junto a la mención deíctica, anafórica o catafórica se detectaba un cierto valor estilístico o expresivo. Incluso, bajo el epígrafe de *Casos ambiguos*, hemos puesto algunos ejemplos en los que creíamos que el uso predominante era estilístico, sin por ello dejar de tener otros usos (deíctico, anafórico) ya totalmente secundarios. Es decir, nos hemos arriesgado a establecer una cierta gradación que reconocemos que puede ser discutible. En las páginas que siguen volveremos a retomar muchos de esos ejemplos y añadir algo más acerca de sus usos y valores.

Por otra parte, en el uso expresivo del demostrativo observamos, como hace Charaudeau, la enorme importancia que adquiere el contexto, tanto el oracional como el extraoracional en que se inserta el enunciado en el que aparece el demostrativo. Bien es verdad que a veces un demostrativo solo, en función pronominal, sobre todo *ese*, puede tener ya por sí mismo valor expresivo. También es cierto que a veces la posposición del demostrativo aporta dicho valor, sin embargo hay que reconocer que en la atribución de uno de estos valores a un demostrativo influye mucho, por ejemplo, el adjetivo que acompaña al sustantivo, o el propio sustantivo, o el hecho de que el enunciado se inserte en una oración exclamativa, o la especial entonación con la que se supone que se emitirá la frase, o simplemente el contexto y la situación de enunciación.

Aunque, como ya se indicó más arriba al hablar de los valores estilísticos, éstos se pueden dar tanto

en los niveles de lengua hablada como en la lengua literaria, en nuestro caso vamos a comprobar que será en los textos que intentan reproducir más fielmente la lengua coloquial donde los usos expresivos del demostrativo tendrán mayor presencia y una mayor riqueza de matices. Esto no es extraño, pues es bien sabido que es en la lengua hablada donde más fácilmente aflora la expresividad del hablante, donde éste es más «espontáneo».

Por todo lo dicho se puede concluir que cualquier recuento que se haga de los usos expresivos, en línea con lo que hemos venido haciendo con los demás valores del demostrativo, sólo es meramente orientativo. Incluso nos atreveríamos a decir que en modo alguno es extrapolable el porcentaje de esos usos que aquí demos a otros contextos o autores de lengua española, entre otras cosas porque en la elección de las obras que conforman nuestro corpus hemos priorizado las que intentaban reflejar más fielmente los contextos de lengua hablada.

Por último, en la presentación de la tipología de los usos expresivos o estilísticos del demostrativo comenzaremos por las construcciones sintácticas y giros lexicalizados que tienen este valor, seguiremos luego con los casos de señalamiento espacial y temporal en los que puede verse además valor enfático, a continuación estudiaremos estos mismos usos en los casos de anáfora y catáfora. Dentro de la anáfora incluiremos la mención al uso cualitativo/cuantitativo, dentro del cual podemos encontrar algunos de los casos que más se acercan al valor estilístico puro. Terminaremos nuestro estudio de los valores estilísticos con las oportunas conclusiones que podemos extraer al respecto.

Teniendo en cuenta que la mayoría de los ejemplos que daremos en esta sección ya han sido vistos de una manera u otra en las secciones precedentes, y dado que de los valores estilísticos o expresivos ya hemos adelantado algo en esas mismas secciones, en la exposición que sigue, que tiene el carácter casi de una recapitulación, vamos a cambiar la presentación, de manera que no empezaremos con una lista de los ejemplos que ilustren los distintos usos expresivos para luego pasar a comentarlos, sino que directamente iremos repasando esos usos según el esquema que hemos dado en el epígrafe anterior.

En principio, el número total de formas del demostrativo con valor expresivo o estilístico es de 189,

de las que 28 corresponden a *Vivir al día* (el 14.81%), 68 a *Diario de un cazador* (el 35.97%), 28 a *Viejas historias de Castilla la Vieja* (el 14.28%) y 65 a *El príncipe destronado* (el 34.39%).

Una primera valoración de estas estadísticas nos confirma la importancia del uso expresivo del demostrativo en obras que tratan de recrear los niveles de lengua hablada o que más se acercan a ésta, sobre todo en *Diario de un cazador* con 68 ocurrencias y en *El príncipe destronado* con 65. La importancia de lo estilístico en la segunda sólo puede percibirse si tenemos en cuenta que en ella el uso estilístico supone nada menos que un 30.23% del total de las 215 ocurrencias de formas del demostrativo presentes en esta obra.

Siguiendo con las estadísticas, del total de 189 ocurrencias, 92 corresponden a formas adjetivas del demostrativo (el 48.67%) y 97 a formas pronominales (el 51.32%), es decir, hay una práctica equiparación. El elevado número de formas adjetivas viene a confirmar la gran importancia que el contexto lingüístico, los sustantivos y adjetivos que acompañan al demostrativo, tiene en la aparición del valor estilístico. De otro lado, en las formas pronominales hay que destacar el gran número de formas neutras atestiguadas.

Por último, de las tres formas del demostrativo, la más utilizada, y con mucho, con valor expresivo es *ese*, que suma 152 ocurrencias, un 80.42%, lo cual parece confirmar la especial predisposición de esta unidad lingüística para la expresión de lo estilístico[337]. A mayor distancia se sitúan *este* con 29 ocurrencias (el 15.34%) y *aquel* con sólo 8 (el 4.23%).

[337] Los 189 casos de uso estilístico del demostrativo suponen un 13.09% del total de 1443 formas del demostrativo de nuestro corpus, mientras en *El camino* eran 74 ocurrencias, es decir, un 16.40%, por tanto unos porcentajes bastante similares. En el reparto de formas del demostrativo con este valor sí notamos mayores diferencias, pues en *El camino* el demostrativo *aquel* era el más representativo en el valor estilístico, seguido de *ese*. En cambio, en nuestro corpus de cuatro obras de Delibes *ese* es el demostrativo más habitual. Esto viene a confirmar que, al menos en el uso expresivo, no se pueden extrapolar fácilmente los resultados de un corpus a otro, pues depende mucho del tipo de obras incluidas en los mismos.

A continuación vamos a ir viendo los distintos tipos de usos expresivos en que podemos encontrar al demostrativo[338].

Tradicionalmente se ha asignado valor enfático al demostrativo cuando éste tiene forma adjetiva y aparece pospuesto al sustantivo al que acompaña:

- ♦ No sé por qué me viene a la sesera cada vez que se abre la temporada la perdiz *aquella* de Villalba... (*Diario de un cazador*, pág. 13).
- ♦ ¡Qué se habrá creído la panoli *esa*! (*Diario de un cazador*, pág. 64).
- ♦ En cuanto al señor Ortega *ese*, si lo que le gusta es que haya poca caza que aguarde un poco. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 93).
- ♦ — ¿Tenía usted noticia, jefe, de que en Belver de los Montes agarraron quinientas parejas vivas para los americanos *esos*? (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 94).

Al valor enfático que expresa de por sí la posposición del demostrativo se añade el valor del demostrativo mismo, el sentido particular del sustantivo al que acompaña e incluso la propia entonación de la frase (sin olvidar, como ya se ha dicho varias veces, la importancia del contexto y la situación de enunciación). En el primer ejemplo, *aquella* añade un matiz evocador al aludir a un hecho remoto, la perdiz matada hace tiempo en Villalba. En el segundo ejemplo, al valor enfático del demostrativo pospuesto se añade el matiz despectivo del demostrativo *esa*, el sentido también despreciativo del sustantivo *panoli* y el carácter exclamativo de la frase.

[338] Uno de los cambios más importantes que hemos introducido en el estudio del demostrativo respecto a nuestro anterior trabajo sobre *El camino* de Delibes, es que ahora, en vez de analizar los usos estilísticos en general (empleo del demostrativo con valor despreciativo, uso del neutro con valor despectivo, uso del demostrativo con valor evocador o enfático), partimos del hecho de que el demostrativo no suele tener valor estilístico puro (es decir, único), sino que éste suele venir asociado en mayor o menor medida con los demás empleos propios del demostrativo (señalamiento espacio-temporal, uso anafórico y catafórico, valor cualitativo/cuantitativo). De esta manera, creemos que nos hacemos una idea más «cabal» de cómo funcionan auténticamente este tipo de unidades lingüísticas.

Otras veces la posposición parece aportar otros matices diferentes a los de la mera evocación o valor despectivo. Así, cuando el demostrativo pospuesto es *este*, puede servir para poner de relieve algo que se acaba de decir:

♦ Esto significa que el novelista nato, cuando rompe el fuego, considera demasiado romos a sus presuntos lectores, y, en consecuencia, se resiste a dejar nada entre los puntos de la pluma, circunstancia *ésta* que imprime generalmente a las novelas de iniciación una prolijidad ingenua,... (*Vivir al día*, pág. 30).

♦ Yo no sé qué piensa esta mujer; me giba ya tanto tira y afloja. La chavala *esta* no quiere comprometerse aunque Asterio diga misa. (*Diario de un cazador*, pág. 114).

Otras veces, sobre todo cuando el demostrativo pospuesto acompaña a un nombre propio o a un extranjerismo, sirve para recalcar el desconocimiento del hablante respecto a la persona nombrada:

♦ En cuanto al señor Ortega *ese*, si lo que le gusta es que haya poca caza que aguarde un poco. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 93).

♦ ...y que con los automóviles y las motos y los «jepes» *esos* no queda mato por registrar. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 94).

En ambos casos el empleo del demostrativo *ese* parece obedecer a lo que podríamos llamar el «alejamiento de desprecio»: apartamos psicológica y afectivamente de nosotros lo que no conocemos (o no nos interesa).

Valor también enfático presenta el demostrativo pronominal cuando, funcionando como sujeto y apareciendo en oraciones nominales puras o con el verbo *ser*, se pospone, situándose al final de la frase. Además, el valor enfático se refuerza porque en la mayoría de los casos la frase es exclamativa o el enunciado se supone pronunciado con una especial entonación:

♦ Luego dijo el cabo que según la Ley de Caza no puede cazarse donde haya frutos pendientes: «Son negrales *estos*...» (*Diario de un cazador*, pág. 17).

♦ Don Florián dijo: «¡Qué hermoso animal *aquel*!» (*Diario de un cazador*, pág. 43).

♦ —¡Huy, madre, qué chico *éste*! (*El príncipe destronado*, pág. 17).

Nuevamente observamos aquí que al valor enfático que añade la posposición del demostrativo, pronominal esta vez, hay que sumarle el que aporta la especial entonación de la frase o el propio demostrativo utilizado: el demostrativo de 1ª persona se emplea en casos de señalamiento directo al objeto, como en el primer ejemplo, o para casos de *aproximación afectiva* como en el tercero. Si el demostrativo escogido es *aquel* nuevamente se alude a algo alejado en el tiempo y en el espacio, es decir, tiene valor evocador.

Fuerza evocadora tiene también, según Fernández Ramírez (y Charaudeau, aunque él habla más bien de valor intensivo), el giro *uno/a + de + ese*, acompañado a veces del pronombre relativo:

♦ Se hace difícil pensar en *una de estas* localidades como objetivo de un viaje. (*Vivir al día*, pág. 20).

♦ ...como *uno de esos* aficionados modestos *que* superan el «hinchismo» desaforado... (*Vivir al día*, pág. 85).

♦ ...no son gentecilla de poco más o menos, *de esa de* leguis charolados... (*Diario de un cazador*, pág. 5).

♦ El de Francés que parece *de esos* tipos *que* miran a las mujeres de arriba abajo;... (*Diario de un cazador*, pág. 8).

♦ ...me leía don Ctesifonte, el maestro, una entrevista con *uno de esos* señorones de postín,... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 89).

En principio, el valor de partida que presenta esta construcción es el de caracterizar a un individuo por la clase a la que pertenece. Sin embargo, es fácil detectar otros valores, entre ellos el de desprecio, como puede comprobarse por el tercer ejemplo e incluso por el último que damos. De otro lado, la presencia de variantes de este giro, como cuando se omite el indefinido, parece reforzar el valor enfático[339], algo que puede verse por el cuarto ejemplo.

[339] Sobre este tipo de construcciones ya hablamos ampliamente en la sección *3.3.5.* por lo que remitimos a la misma para más detalles sobre la misma.

Entre las fórmulas gramaticalizadas es fácil encontrar el uso sobre todo del demostrativo *eso* con el valor «polémico» que le asignaba Fernández Ramírez. Veamos una pequeña muestra.

Así sirven para indicar *aprobación* el neutro *eso* usado con valor de adverbio de afirmación y en los giros *eso sí* y *eso es*:

♦ —¿Pintas un tren?
—*Eso* —dijo él—, un tren. (*El príncipe destronado*, pág. 134).

♦ De madrugada se largó con viento fresco. *Eso sí*; me recomendó mucho que cuide a la vieja. (*Diario de un cazador*, pág. 159).

♦ Yo pienso que el día que me ocurra lo que a él, que el reúma o el asma o la historia no me dejen salir al campo, me moriré de asco. Como el padre. *Eso es*, igual que el padre. (*Diario de un cazador*, pág. 14).

En todos los ejemplos se confirma la existencia de un valor de aprobación o de refuerzo de una afirmación anterior, aunque en el segundo caso lo que parece predominar es la expresión de insistencia: es eso que se dice lo que hay que hacer y no otra cosa.

Expresan desaprobación giros como *eso no, no es eso*:

♦ —Lo nuestro hace años que ha terminado —señaló a Quico con la barbilla—. Pero están éstos y hay que fingir...
La tía Cuqui se encampanó:
—*Eso no* —dijo—. El matrimonio se hace y se deshace entre dos. (*El príncipe destronado*, pág. 147).

♦ Me preguntó si es que pensaba guardársela y le dije que *no era eso*,... (*Diario de un cazador*, pág. 36).

Al valor polémico de *eso* también pertenece el giro *cómo es eso* usado para pedir alguna aclaración a nuestro interlocutor:

...y él dijo entonces que se casa con la Paula para Navidad. Le pregunté *cómo era eso*... (*Diario de un cazador*, pág. 53).

Giros como *para tanto como eso* y su variante *tanto como eso* también apuntan a veces al valor polémico del demostrativo neutro:

♦ Tochano dijo que *para tanto como eso* es mejor que no se abra la veda mientras no se pueda tirar a todo. (*Diario de un cazador*, pág. 19).

♦ Me gibó que tirase por puro placer a una picaza, que *para tanto como eso* no le dejé yo la munición. (*Diario de un cazador*, pág. 22).

♦ —Se queda. Pero ya se las canté; tenía ganas de cantárselas.

—¿No la habréis liado?

—*Tanto como eso*, pero vamos. (*El príncipe destronado*, pág. 105).

El primer giro se emplea para indicar una cierta decepción o contrariedad del hablante; con el segundo parece querer limitarse el alcance de una determinada acción.

En nuestro corpus, frente al variado uso polémico de *eso*, *esto* apenas si se encuentra en una ocasión en un contexto en que se emplea como un adverbio de afirmación para confirmar algo ya dicho:

El bicho este no vale un real. Sobre los cinco barbos, *esto*. (*Diario de un cazador*, pág. 51).

Valor enfático tiene el demostrativo en muchas frases hechas utilizadas habitualmente en el habla cotidiana y cuyo valor es muy diverso:

♦ —¿*Cómo va eso*, Juan? (*Vivir al día*, pág. 163 (2 vv.))

♦ «¿Y el Seguro no paga?», dije yo. «*Ese es otro cantar*», respondió ella suspirando. (*Diario de un cazador*, pág. 11).

♦ El hombre se subió a la parra y voceó que los sobase bien y luego dijera que estaban fríos. Yo le dije que *no se trataba de eso*. (*Diario de un cazador*, pág. 37).

♦ Hay que empezar por buscarle fuera y *eso es un renglón*. (*Diario de un cazador*, pág. 58).

♦ Hoy dice el periódico que la veda no se alza mañana, sino el 2. ¡*Está bueno eso*! (*Diario de un cazador*, pág. 139).

♦ —Mujer —dijo Mamá—. Alguno había de ir.

—¡Concho!, *eso digo yo*,... (*El príncipe destronado*, pág. 25).

En los ejemplos que acabamos de citar encontramos desde giros que sirven para preguntar por la salud, como el primero, hasta otros que sirven para enfatizar, confirmándola o reforzándola, una opinión antes emitida, como el último. En otros, como en el tercer ejemplo, con el giro *no se trataba de eso*, el hablante trata de rebajar el enfado del churrero por el descarado manoseo de los churros, desmintiendo las sospechas de éste. El giro *eso es un renglón* indica de un modo muy expresivo el elevado coste que supone traer a un músico de fuera para la recién constituida orquesta de la ciudad. En fin, *¡Está bueno eso!* tiene un marcado carácter polémico, pues indica el disgusto del hablante por el hecho de que la veda no se levante cuando él esperaba.

En todos estos giros observamos que aunque se usan también las formas concordantes del demostrativo, sin embargo predominan las formas neutras, en concreto las del pronombre *eso*, que en ocasiones aparece pospuesto y en oración exclamativa o que se supone que se pronunciará con una especial entonación.

Siguiendo nuestro recorrido por la tipología de los usos estilísticos, tras ver este valor en construcciones sintácticas y fórmulas lexicalizadas, vamos a repasar a continuación algunos ejemplos de usos expresivos o enfáticos que tienen algún grado de vinculación con la deixis espacial.

En primer lugar, la mención directa a un objeto o ser puede aparecer teñida de matiz despectivo:

♦ «Habrá sido *ese* cochino perro, que como vuelva a echarle el ojo le parto los hocicos de un escobazo», dijo ella. (*Diario de un cazador*, pág. 20).

♦ «Vamos, ¿es que ahora va a resultar que me he pringado en *ese* pellejo apestoso?», dijo la tía a voces. (*Diario de un cazador*, pág. 20).

♦ ...o, simplemente, que prescindieran de mí cuando echaban a pies para disputar una partida de zancos o de pelota china y dijeran despectivamente: «*Ese* no; *ése* es de pueblo». (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 9).

♦ —¿Qué tienes ahí? ¿Qué porquería es *ésa*?...
—No es porquería —dijo—. Es un camión. (*El príncipe destronado*, pág. 12).

En todos estos casos, según comentábamos en el apartado 4.1., aunque hay mención deíctica y valor expresivo, el que predomina es este último. Como se puede ver por los ejemplos que preceden, en todos ellos el demostrativo utilizado es *ese*, en dos casos con valor de determinante y en tres con valor de pronombre. Cuando *ese* se emplea como determinante va acompañando a adjetivos que también tienen un claro valor despreciativo: *cochino* y *apestoso*. En el último ejemplo, «¿Qué porquería es esa?», a su indudable valor expresivo contribuye sin duda el empleo del demostrativo pospuesto. Finalmente, todos los ejemplos se inscriben en enunciados que van en estilo directo y que por tanto intentan reproducir las situaciones de lengua hablada.

Como ya se indicó anteriormente, el uso de un demostrativo neutro para aludir a personas aumenta notablemente el matiz despectivo que el neutro pueda expresar por sí mismo:

La Domi dio un brinco, agarró a Quico de un brazo y le zarandeó:
—*Esto* es más malo que un dolor. (*El príncipe destronado*, pág. 127).

Aquí, aunque hay señalamiento, lo fundamental es el sentido expresivo: el enfado de Domi por las travesuras de Quico.

Otra fuente frecuente de sentidos expresivos es todo lo relacionado con lo sexual o escatológico. A veces, en contextos de este tipo aparece con matiz despectivo un demostrativo que acompaña a un sustantivo que representa a la persona protagonista de algún episodio escatológico que despierta rechazo:

—El pito santo —añadió el niño sin soltar el tubo del dentífrico de la mano izquierda.
—¿Qué tonterías dice *ese* niño? —dijo Mamá. (*El príncipe destronado*, pág. 13).

En estos mismos contextos se encuentra a menudo usado el neutro *eso* para indicar el *alejamiento*

afectivo, reacción habitual que experimentamos ante algo considerado tabú:

♦ Finalmente pudo abotonarse y se volvió y le dijo a Quico:

—*Eso* no se mira, ¿sabes? (*El príncipe destronado*, pág. 61).

♦ Y la Domi, por no agacharse, corroboraba: «Caca, caca. *Eso* no se toca, ¿verdad, hija?» (*El príncipe destronado*, pág. 115).

Inserto en un contexto de caricias y juego sexual tenemos este otro ejemplo:

—¡Quita *esa* mano, vamos! (*El príncipe destronado*, pág. 107).

En todos los casos citados hay un claro propósito enfático o expresivo, junto a una elemental función señaladora, con predominio, una vez más, de la primera. Y en todos los casos también el demostrativo usado es *ese* o su forma neutra *eso*. Por lo cual, casi podemos concluir diciendo a este respecto que para la expresión de lo escatológico y lo tabú empleamos el demostrativo de 2ª persona, en un uso que es una variante del alejamiento afectivo o de la expresión de desprecio de la que hablaba Lamíquiz (la «desolidaridad» de Charaudeau).

Por otro lado, como una manifestación más de la extraordinaria riqueza que lo enfático tiene en el corpus, una obra como *El príncipe destronado* abunda en expresiones del tipo de «¡Qué chico éste!», «¡Qué crío éste!» y variantes, las cuales sirven para indicar la aproximación afectiva, en concreto, la admiración o compasión que a veces despierta el espíritu inquieto de Quico entre los adultos:

♦ La Vítora, acuclillada junto a la caldera, le miró entre compasiva y socarrona. Dijo:

—¡*Qué chico éste*! (*El príncipe destronado*, pág. 39).

♦ La Vito rio limpiamente. Dijo a media voz:

—¡*Qué crío éste*, con todo da! (*El príncipe destronado*, pág. 67).

♦ La Vítora estaba todavía trastornada. Dijo:

—*El crío éste* tiene cada cacho salida. (*El príncipe destronado*, pág. 109).

Hasta ahora en los ejemplos vistos el valor predominante es el estilístico, junto a una intencionalidad

señalativa básica. Pero hay otros casos en los que el valor predominante es el deíctico, siendo secundario el valor enfático. En este apartado entraría el uso por parte de Delibes de ciertos clichés, sobre todo, el empleo de expresiones como *este niño, esta criatura, este chico, este mico, este pobre*, que generalmente aluden a Quico y que tienen algo que ver con la aproximación afectiva, uno de los valores estilísticos señalados por Lamíquiz. A ello se une el que estos clichés suelen ir insertos en enunciados con una especial entonación:

- —¡Jesús, qué cosas se le ocurren a *esta criatura*! (*El príncipe destronado*, pág. 77).
- Hay que ir con mucho tiento. Mira *este pobre*. (*El príncipe destronado*, pág. 87).

Otro cliché de este tipo, aunque con menor presencia numérica, es el empleo de las expresiones *este país*, *esta vieja Celtiberia* y *este rincón del mundo* para aludir a España:

- ...y luchamos juntos contra todo esto, *este país* no va a ser siempre la Cenicienta de Europa. (*Vivir al día*, págs. 109-110).
- Y ya es sabido que en *esta vieja Celtiberia* la traición se paga con la vida o con un cerco de desdenes e incomprensiones... (*Vivir al día*, pág. 165).

Valor deíctico y un cierto valor enfático tienen varios casos en que aparece empleado el demostrativo neutro y se justifica su uso por el desconocimiento que tiene el hablante respecto al objeto que tiene delante:

- ...y Merche le dijo abriendo un libro:

—Pablo, por favor, puedes explicarme *esto*... (*El príncipe destronado*, pág. 56).

- Se recostaba en el fogón de sintasol rojo y apuntó con el cigarrillo para el termo:

—¿Y *esto*? (*El príncipe destronado*, pág. 106).

En otros casos podemos detectar valores expresivos diversos, aunque el señalamiento sigue siendo lo primordial:

♦ Miró el jeroglífico, frunciendo el ceño y dijo despectivamente:
—¿Es la playa *eso*? (*El príncipe destronado*, pág. 25).

♦ —No, Cris —le reprendió—. *Eso* es para hacer caca. (*El príncipe destronado*, pág. 119).

♦ —¿No estarán los demonios detrás de *eso*? —apuntó al extraño artefacto de hierro y cristal. (*El príncipe destronado*, pág. 131).

En el primer caso, el hablante, Juan, el hermano de Quico, mira con cierto desdén el dibujo que éste acaba de hacer con gotas de leche sobre el sintasol del fogón. En el segundo, *eso* alude al retrete, por lo tanto relación del neutro de segunda persona con la expresión de lo escatológico. En el tercero, Quico apunta a un extraño artefacto, una lámpara, que le inspira miedo. En todos los ejemplos el valor expresivo está relacionado con los distintos estados de ánimo que adopta el hablante, niños en todos los casos, aunque creemos que la función primera sigue siendo la deíctica.

En este repaso por los usos deícticos que tienen algo de expresivos o enfáticos hay que dedicar una cierta atención a los ejemplos en que aparece el demostrativo de 3ª persona. En estos casos es habitual el valor evocador, relacionado con ejemplos de lo que Bühler llamaba *deixis am phantasma*:

♦ ...Antonio Merino, puntilloso tirador, Vicente Presa, a quien le gané la última comida en su feudo de Villamarciel —*aquel* parro le bajé yo, Vicente—,... (*Diario de un cazador*, pág. 5).

♦ Ahora, cada vez que me encuentro a don Florián, inflo el pecho. Va y me dice: «¡Quién me iba a decir a mí que *aquel* rapaz sería con el tiempo la mejor escopeta de la provincia!». (*Diario de un cazador*, pág. 14).

♦ Voy a intentar dormir, aunque de seguro volverá la perdiz *aquella* de Villalba. (*Diario de un cazador*, pág. 14).

En todos ellos hay referencia a hechos acaecidos en un pasado lejano, por lo que el hablante hace actual algo que radica en el mundo de la memoria. Asimismo se está intentando reproducir el nivel de lengua hablada (lo cual no quiere decir que este uso no se pueda dar en la lengua literaria). En el segundo ejemplo el enunciado se inscribe en una frase exclamativa y en el tercero, ya comentado más arriba, el demostrativo aparece pospuesto. Las circunstancias descritas en estos dos últimos casos contribuyen a incrementar el valor expresivo. En estos ejemplos nos atreveríamos a poner el valor evocador por delante

de la finalidad señalativa, pero esto se justifica por tratarse de ejemplos de la deixis de la fantasía.

Si como hemos podido comprobar por la exposición que precede, son numerosos los casos en que el simple señalamiento espacial coincide con los valores enfáticos o estilísticos, no sucede lo mismo con el señalamiento temporal, donde apenas hay ejemplos en que se pueda ver, aunque sea como valor secundario, un uso expresivo.

Por lo pronto, en 4.2. sólo señalábamos dos casos en que habiendo un señalamiento temporal lo prioritario era el valor estilístico:

♦ Los domingos, a *esa* hora absurda de las siete y media de la mañana,...yo...y mi cuadrilla, llegamos pin pianito a nuestra misa de cazadores,... (*Vivir al día*, pág. 73).

♦ —¿No es ésta, por casualidad, la nena del señor Infante, el de Tapiosa?
—Sí, señorita, pero es nene...
—Claro —dijo—, a *esta* edad. Le ve una tan rubio y con esos ojos. (*El príncipe destronado*, pág. 20).

En el primer caso, al valor identificador que aporta *esa* se añade un cierto valor despectivo. En el segundo, la expresión *a esta edad* es claro que tiene un valor enfático muy destacado pues equivale a «siendo tan pequeño». El valor de señalamiento temporal en cambio es absolutamente secundario. Esta expresión entraría de lleno dentro de lo que en el apartado 4.3. hemos llamado uso *cualitativo* del demostrativo.

También hay, aunque pocos, ejemplos de señalamiento temporal en los que, secundariamente, se detecta un claro uso estilístico:

♦ La verdad es que tres pelas en *estos* tiempos no son dinero. (*Diario de un cazador*, pág. 54).

♦ Él trató de animarse y me preguntó cómo nos las arreglamos los pobres en *estos* tiempos. (*Diario de un cazador*, pág. 82).

♦ La pregunté que qué pintaba aquí a *estas* horas... (*Diario de un cazador*, pág. 161).

La expresión *en estos tiempos* equivale a «estos tiempos tan difíciles» y *a estas horas* significa en concreto «a estas horas de la noche», «tan tarde». Ambas tienen valor cualitativo pues sirven para ponderar una situación o hecho. Su valor primario es el del señalamiento temporal, aunque con un valor expresivo muy fuerte.

Si pasamos a los empleos anafóricos observamos que, como ya sucedía en la deixis espacial, hay un cierto número de ejemplos en los que el valor enfático o estilístico también está presente en mayor o menor medida.

En el apartado 4.3. ya veíamos algunos ejemplos en los que predominaba un valor estilístico y secundariamente uno anafórico. Aquí, aunque había algún ejemplo de uso evocativo, con el empleo, nuevamente, del demostrativo *aquel*:

> Y no hablo ahora de las visitas de cumplido, *aquellas* inefables visitas de nuestros abuelos,... (*Vivir al día*, pág. 142).

sin embargo lo más frecuente era la expresión de desprecio con el demostrativo de 2ª persona, habitualmente pospuesto y en función adnominal, acompañando a menudo a sustantivos (y adjetivos) que también tenían connotación despectiva:

- A tres crías por término medio, resulta que los daños causados por *esta* bazofia...Hay que terminar con *esa* canalla. (*Diario de un cazador*, pág. 19).
- Y luego se fijará en tu escopeta y te dirá: «¿Cómo puedes tirar con *ese* viejo trasto lleno de herrumbre?». (*Diario de un cazador*, pág. 91).
- ¿Sabía usted, jefe, que ahora a los extranjeros les da por venir a divertirse a España matando nuestras perdices?...¿No es hora de que la pongamos también cara para los extranjeros *esos*...?...Los extranjeros *esos* se metieron en las plazas de toros... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, págs. 89-90).

A la vista de ejemplos de esta índole, viene a reforzarse la idea, ya expresada en varias ocasiones,

de que el uso del demostrativo de 2ª persona, antepuesto o pospuesto, en función adnominal acompañando a sustantivos (y adjetivos) con claro valor despreciativo (*bazofia, canalla, trasto, viejo, lleno de herrumbre*), es habitual en contextos estilísticos que indican la idea de desprecio. A ello se une, nuevamente, el hecho de que estos enunciados aparecen en frases en estilo directo que intentan reproducir los contextos de lengua hablada.

También en enunciados en los que hay un cierto uso anafórico podemos encontrar empleos expresivos relacionados con la mención directa a lo sexual, lo escatológico o lo que se considera tabú:

♦ —¡Mierda, cagao, culo...!
La sonrisa de la Señora se cerró instantaneamente...Le regañó:
—*Eso* está muy feo. Los niños buenos no dicen *esas cosas*. (*El príncipe destronado*, pág. 21).

♦ —¿Y tú? ¿Tienes tú pito, mamá?
—Tampoco; *eso* sólo lo tienen los niños. (*El príncipe destronado*, pág. 22).

♦ ...«Mamá, ¿vas a freír puñetas?»...
—No digas *eso*, hijo. Es un pecado. (*El príncipe destronado*, págs. 76-77).

Entre los aspectos más destacados de estos ejemplos está el empleo, en el primero de ellos, de la expresión *esas cosas* como sinónima de *eso*, y con el mismo valor expresivo que éste.

Otras veces se indica el disgusto del hablante respecto a alguien, por lo que el demostrativo con valor despreciativo acompaña a un nombre propio (previamente mencionado)[340]:

...¿quién te cuenta esas historias, Quico?...

[340] Este mismo uso se puede dar cuando el nombre propio no se ha mencionado en el segmento de texto anterior, es decir, cuando se está remitiendo a un referente extratextual:

—Está bien, hija. Mejor que suba, ¿no? Andamos tan agobiados. Esa Seve yo no sé qué estará pensando. (*El príncipe destronado*, pág. 77).

En este caso creemos que el valor prioritario es también despreciativo.

—La Domi.

—*Esa* Domi... (*El príncipe destronado*, pág. 166).

Otras veces la mención a aquello que se desprecia adopta la forma de una atenuación, de un quitarle importancia a algo que se considera ridículo:

...De forma que durante dos años y medio éste ha sido el benjamín de la casa, ¿no es cierto?...

—¿No irás tú también a sermonearme sobre *esas* tonterías de los complejos? (*El príncipe destronado*, pág. 134).

En todos los casos el valor primario es estilístico y sólo muy secundariamente anafórico.

Hay otros en los que la situación se invierte: lo primario es el valor anafórico y sólo secundariamente se detecta un cierto valor enfático. Uno de ellos es cuando se emplea el demostrativo *ese* con valor identificador:

Si hay un final previsible de la vida sobre la Tierra, *ese* final se producirá el día que las fuerzas desatadas por el hombre... (*Vivir al día*, pág. 80).

Aquí el valor enfático no sólo deriva del empleo del demostrativo *ese*, sino también de la repetición del antecedente, *final*, por parte de la expresión anafórica en una porción de texto relativamente pequeña. Esto quizás es mucho más perceptible cuando la expresión anafórica aparece casi a continuación de su antecedente:

Su sentido del humor, *ese* humor sutilmente irónico, tímidamente escéptico de los Cossío,... (*Vivir al día*, pág. 104).

También adquiere valor enfático el demostrativo cuando se usa en un texto, dentro de varias expresiones anafóricas concatenadas que aluden al mismo antecedente:

♦ En las primeras horas de la mañana se organizó el desfile del prisionero hasta la Plaza Mayor, recorriendo

las calles de Francos, Esgueva, Plazuela Vieja...Algunas de *estas* calles pertenecen al Valladolid del conde Ansúrez...En la actualidad es en *estas* calle sombrías, de poco tráfico, donde tienen su sede artesanos... (*Vivir al día*, pág. 14).

♦ Los domingos, a *esa* hora absurda de las siete y media de la mañana, *esa* hora absurda, que bien mirado no es carne ni pescado,...a *esa* hora absurda en que el Pisuerga se desviste de nieblas y humedades,... (*Vivir al día*, pág. 73).

En el primer ejemplo, la repetición de las expresiones anafóricas y el hecho de añadir una serie de adjetivos en la segunda ocasión contribuyen a crear un cierto aire evocador: se nos sugiere, sobre todo en el segundo caso, cómo aquellas calles siguen conservando parte del encanto, de la tranquilidad y del recogimiento que debieron tener antaño. En el segundo ejemplo, la repetición de la misma expresión, *a esa hora absurda*, hasta tres veces, nos lleva a pensar que en este caso estamos más ante un ejemplo con valor estilístico que anafórico, con claros matices de enojo y disgusto, incrementado también por el uso del demostrativo *esa*.

Entre los usos anafóricos del demostrativo neutro hay que citar algunos ejemplos en los que el demostrativo de 1ª persona *esto* parece utilizarse con la intención de poner de relieve a su antecedente:

♦ Durante cuatro días, sesenta escritores hemos vivido en La Mancha y convivido con los manchegos. *Esto* quiere decir que desde hace apenas una semana setenta escritores españoles sabemos algo concreto sobre La Mancha,... (*Vivir al día*, pág. 20).

♦ Uno de los deportes a los que el no iniciado arriba indefectiblemente en momento inoportuno es la pesca de la trucha con cucharilla. Puestos a ver, *esto* de la pesca requiere más esperanza que fe,... (*Vivir al día*, pág. 88).

En ambos casos nos encontramos ante fórmulas propias de la lengua escrita, y en ellos también el demostrativo lo que hace es retomar su antecedente para introducirlo con más fuerza en la nueva afirmación que se hace.

Pero si con *esto* se consigue poner de relieve al antecedente, indicando una idea de insistencia, este valor es más claro si cabe cuando lo que se emplea es el neutro *eso*:

♦ Bueno, me estoy poniendo de mal humor y *eso* no es recomendable, ni correcto. (*Vivir al día*, pág. 204).

♦ ...Por ahí terminaremos. Por matar gallinas y patos de corral, eso. ¡*Eso* es lo que nos aguarda si Dios no pone remedio! (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 100).

El valor de insistencia es en estos ejemplos más acusado por el valor identificador de *eso*, y en el segundo se incrementa si cabe al aparecer antes del anafórico un *eso* lexicalizado equivalente a un adverbio de afirmación.

Entre los demostrativos neutros con valor anafórico también *aquello* presenta algunos casos en los que junto al valor anafórico parece haber un cierto uso estilístico:

...él se aproximó aún más, la enlazó por el talle y la besó en la boca...Quico les miraba, los ojos atónitos, y, como *aquello* se prolongara,... (*El príncipe destronado*, pág. 109).

La escena describe la reacción de extrañeza del niño ante una acción completamente desconocida e inexplicable para él. El demostrativo *aquello* trata de expresar precisamente esa extrañeza.

Relacionado también con el uso del demostrativo neutro con valor anafórico tenemos una serie de ejemplos en los que se rompe la concordancia, al aparecer como sujeto un demostrativo neutro en oraciones con el verbo *ser* y un sustantivo en plural que desempeña la función de atributo:

♦ Malas pulgas sí gastaba la condenada, pero conocía el oficio como nadie. Todavía recuerdo la perdiz alicorta que me cobró en lo de la Diputación. ¡*Aquello* eran vientos! (*Diario de un cazador*, pág. 11).

♦ No sería porque Tochano no le advirtiese que corríamos el riesgo de que se durmieran dentro de la boca. Pero nada. El Tomillo dijo que *eso* serían otras,... (*Diario de un cazador*, pág. 82).

♦ Se lo propuse a Melecio en cuanto llegó y el torda dijo que *eso* son chiquilladas. (*Diario de un cazador*, pág. 154).

De estos casos ya hablamos en 2.2. (pág. 185), al tratar de algunas construcciones sintácticas pecu-

liares en que interviene el demostrativo, y la explicación que entonces dimos es que en oraciones de carácter atributivo se podía usar como sujeto un colectivo, aquí un neutro, indiferente al número. Pues bien, este tipo de construcción, de naturaleza anafórica, a veces presenta también un notable valor enfático, sobre todo en el primer ejemplo: el neutro *aquello* está aludiendo al buen hacer de una perra de caza que tuvo Lorenzo tiempo ha, es decir, estamos ante un valor evocador. En el segundo y tercer caso, *eso* parece adscribirse al ya comentado valor polémico del neutro de 2ª persona, pues en ambos se emplea para indicar la censura o contrariedad ante la opinión o lo dicho por el interlocutor: en el primer caso, el Tomillo niega que a su hurón, su bicha en el argot de los cazadores, le pase lo que a otros, que se duerma en la boca de las madrigueras de conejos; en el segundo, Melecio censura una idea peregrina que tiene Lorenzo, invertir lo que ganen en la lotería de Navidad en una fábrica de conservas de carne de liebre para la exportación en Argentina.

Por otro lado, también las expresiones *estas/esas cosas* (no tenemos ejemplos de *aquellas cosas* en el corpus), equivalentes al demostrativo neutro, presentan junto al valor anafórico ciertos empleos estilísticos:

♦ ...un deportista caracterizado ha sido borrado de la agrupación del viejo club a que perteneció...al ofrecer sus servicios a otro equipo, rival de aquel en que de entrada militó. De aquí se deduce que *estas cosas* de la «eterna rivalidad»,...no constituyen una mera fraseología deportiva,... (*Vivir al día*, pág. 165).

♦ Cuando vino al caso, me arrimé a ella y le dije que valía cincuenta veces lo que la Pier Angeli. Ella me salió con que cómo decía *esas cosas*,... (*Diario de un cazador*, pág. 87).

♦ —Papá quiere que Mamá fría puñetas.

—¡Qué disparate!...

—Papá no dice *esas cosas*;... (*El príncipe destronado*, pág. 88).

El valor enfático, como se ve por estos ejemplos, da lugar a interpretaciones muy diversas, desde la de destacar o enfatizar el antecedente, como en el primero, donde *estas cosas de la «eterna rivalidad»* equivale a *esto de la «eterna rivalidad»,* giro ya visto, hasta la de servir para aludir a algo que se considera malsonante, como en el último, donde *esas cosas* es un modo de eludir la expresión *freír puñetas* que el niño acaba de decir. En el segundo ejemplo, por último, *esas cosas* alude a algo que Anita, la novia de

Lorenzo, considera increíble y fuera de lugar, el que ella pueda siquiera compararse con su admirada Pier Angeli.

Como se ha podido observar por los ejemplos que preceden, en nuestro corpus falta la expresión *aquellas cosas* y es sobre todo *esas cosas* la que, además del valor anafórico, conlleva un uso estilístico bastante marcado.

Y si, como hemos dicho, *esas cosas* es corriente que conlleve este uso expresivo, más reforzado aún lo tiene si este giro aparece pospuesto:

> —Los complejos y eso, Todo eso viene de cuando niños, ya ves...Son *cosas* muy enrevesadas *ésas*,... (*El príncipe destronado*, pág. 86).

Valores estilísticos también se pueden observar en los casos de *anáfora infiel*, donde la expresión anafórica viene constituida por un sustantivo sinónimo o hiperónimo de su antecedente, y donde aquella no se limita a reproducir a éste, sino que se produce una especie de reelaboración conceptual, de modo que la expresión anafórica se utiliza para añadir una nueva caracterización de su antecedente:

> ♦ Le quise explicar a Esteban el asunto de la horquilla y me dijo que conocía todas *esas* triquiñuelas... (*Diario de un cazador*, pág. 29).
> ♦ Juan se había sentado junto a los bajos de la librería, impulsó la corredera y sus ojos profundos se abismaron en *aquella* barahúnda polícroma... (*El príncipe destronado*, pág. 50).

En la reelaboración conceptual que el hablante hace en la expresión anafórica, con *todas esas triquiñuelas*, aludiendo a lo de la horquilla en el contador de la luz, no sólo se clasifica al antecedente dentro del grupo al que pertenece —lo de la horquilla es una de tantas triquiñuelas—, sino que además hay una clara intencionalidad, irónica en este caso, por parte del hablante, al calificar de fraude esta práctica. En el segundo ejemplo, *aquella barahúnda polícroma* es un modo de aludir a los libros colocados de un modo quizás poco ordenado en los bajos de la librería, y trata de traducir la impresión de Quico ante algo

cuya utilidad, por otro lado, desconoce. En ambos ejemplos creemos que la intencionalidad expresiva va casi pareja con la mera mención anafórica.

De otro lado, al hablar de los usos anafóricos nos fijábamos en una serie de ejemplos en los que el demostrativo tenía valor *cualitativo* o *cuantitativo*. En ellos, el demostrativo debía equivaler a *tal/tanto*, debía acompañar como determinante a un sustantivo que a su vez debía tener un antecedente en el segmento de texto inmediato anterior y debía servir para expresar una cierta ponderación o cantidad respecto al sustantivo al que acompañaba:

♦ Él dijo que asunto liquidado y fui yo entonces y le tiré las codornices muertas en medio de los trigos...Dice Melecio que conociendo a Zacarías nunca debí llegar a *esos* extremos. (*Diario de un cazador*, pág. 126).

♦ Si quieren ir a América agarran el avión y se plantan en América en menos tiempo del que yo tardo en aparejar el macho para ir a Villagina. Y yo digo, si van con *estas* prisas... (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pág. 88).

En estos usos, que para nosotros son una variante del anafórico, creemos que es legítimo ver un importante valor enfático, por la misma ponderación que el demostrativo como determinante expresa respecto al sustantivo núcleo del sintagma nominal.

Sin embargo, donde el uso estilístico es prioritario es cuando el demostrativo, con valor cualitativo/cuantitativo[341], acompaña a un sustantivo que carece de un antecedente textual y que remite más bien

[341] El que nosotros llamamos aquí uso «cualitativo/cuantitativo» del demostrativo se corresponde con lo que Fernández Ramírez denomina «mención expresiva» del demostrativo (cf. *op. cit.*, págs. 105-106), en la que lo habitual es encontrar al demostrativo funcionando como término secundario: 'Aquí no hay más grasia que la de *esa* cara que no tiene fin de bonita' (S. J. A. Quintero, *La buena sombra*, I, 30); '¿A ver *esas* manos?' (E. Pardo Bazán, *Un viaje de novios*, IV, 138). Para Fernández Ramírez, las menciones *expresivas*, que se oponen a las *discriminantes*, corresponden a actos estimativos. Pueden tener lugar, como las discriminantes, tanto en casos de deixis sensible, cuando tenemos los objetos referidos delante de los ojos, o con la deixis de la fantasía, y son casi privativas de los demostrativos.

a un referente extralingüístico:

♦ Con *estos* fríos mi bigote anda flojo. (*Diario de un cazador*, pág. 39).

♦ Con *estas* heladas no hay bigote que aguante. (*Diario de un cazador*, pág. 50).

♦ —¿No es ésta, por casualidad, la nena del señor Infante, el de Tapiosa?
—Sí, señorita, pero es nene...
—Claro —dijo—, a esta edad. Le ve uno tan rubio y con *esos* ojos. (*El príncipe destronado*, pág. 20).

En todos estos casos el demostrativo presenta un valor enfático muy marcado de resultas del valor ponderativo que el demostrativo aporta: son *fríos* y *heladas* muy intensas, tanto que apenas permiten que el bigote de Lorenzo crezca con una mínima fuerza; los *ojos* de Quico son tan hermosos que se le llega a confundir con una niña. En estos ejemplos, aunque es cierto que la intención del hablante es fundamentalmente expresiva, hay sin embargo una mención directa a un referente extralingüístico. Es decir, estos ejemplos de uso cualitativo/cuantitativo, que ya son fundamentalmente expresivos, no se vinculan con la mención anafórica, como los vistos algo más arriba, sino con la deixis propiamente dicha, en concreto con lo que a veces se ha llamado *exófora*, es decir, señalamiento a un referente extralingüístico.

En la catáfora también encontramos algunos ejemplos en los que es posible detectar también ciertos usos estilísticos. Por una parte nos parecen primordialmente estilísticos casos como los siguientes:

♦ ...«si todos aquellos que creemos en *estas* raras cosas llamadas libertad y dignidad humanas...» (*Vivir al día*, pág. 109).

♦ Y si el Cazador le dice que nada para Castilla como un perdiguero de Burgos, dirá que los perros de raza son como *esos* señoritos de escopeta repetidora y botas de media caña que luego no pegan a un cura en un montón de nieve. (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, págs. 78-79).

En el primer caso, aunque la construcción es catafórica, pues *estas raras cosas* son precisamente la *libertad* y la *dignidad humanas*, referentes textuales que aparecen después de la expresión que lleva el valor fórico, sin embargo creemos que el valor prioritario es el estilístico: se emplea, de un lado, la expre-

sión *estas cosas*, equivalente al pronombre neutro *esto*; el propio uso del adjetivo *raras* aporta una cierta idea enfática; y la propia manera de construir la frase, que contribuye a poner de relieve el referente. Su intencionalidad es meramente enfática: sirve para poner de relieve una idea o un hecho, la rareza, en los tiempos que corren, de la libertad y la dignidad humanas.

En cambio, en el segundo ejemplo, ya comentado en el apartado 4.4., en la comparación entre los perros de raza con un cierto tipo de personas, en donde el valor catafórico está precisamente en la serie de adyacentes formados por sintagmas preposicionales y una oración de relativo que explican de qué tipo de señoritos se trata, el sentido predominante es claramente despectivo. De nuevo el demostrativo utilizado es el de 2ª persona.

Pasando a los casos en los que la catáfora es lo primario y lo estilístico o expresivo lo secundario, hemos de decir que la propia construcción catafórica, el hecho de usar un demostrativo que anuncia lo que viene, es en el fondo un modo particularmente eficaz de poner de relieve una parte del enunciado, el que actúa de referente del demostrativo, por lo que serviría para expresar insistencia[342]:

♦ En tiempos de nuestras abuelas era frecuente escuchar consejos como *éste*...
—Trabaja, hija; afina tus modales, esmérate,... (*Vivir al día*, pág. 125).

♦ ...parece llegada la hora de que los españoles reflexionemos sobre *este* punto, a saber: que si la sangre caliente nos valió para no pocos éxitos... (*Vivir al día*, pág. 166).

Es evidente que lo que el hablante logra con la catáfora es poner de relieve, en el primer caso los consejos de nuestras abuelas, y en el segundo aquello sobre lo que hay que reflexionar. Pues de no querer destacar esa idea sería fácil cambiar la organización del enunciado. Así, en el segundo ejemplo se podría haber dicho simplemente: ...«parece llegada la hora de que los españoles reflexionemos sobre el hecho de que si la sangre caliente nos valió para no pocos éxitos...». Es decir, bastaría con eliminar el sintagma en el que aparece el demostrativo y la partícula introductora *a saber*.

[342] A pesar de reconocer que la catáfora pura puede tener en el fondo una cierta intencionalidad expresiva, nos ha parecido oportuno no contabilizar dentro de los usos estilísticos estos casos concretos.

De otro lado, cierto valor enfático, al menos el hecho de servir para indicar insistencia, tienen los casos de doble referencia, anafórica y catafórica que encontramos en nuestro corpus:

♦ Esta afirmación tiene muy pocas excepciones y aun diría que *esas excepciones*, es decir, los que aciertan en la diana al primer intento, quedan automáticamente incapacitados para superarse en lo sucesivo. (*Vivir al día*, pág. 31).

♦ ...a cien metros de la vivienda se levanta un hospital adventista,...y *esta seguridad* —la conciencia del médico próximo— fue, como se sabe, una exigencia en la vida de Juan Ramón. (*Vivir al día*, pág. 218).

Como se puede ver por estos dos ejemplos, la doble referencia se lleva a cabo mediante una expresión —*esas excepciones* y *esta seguridad*— que tiene un antecedente en el segmento de texto que la precede y que, al mismo tiempo, sirve para introducir un nuevo referente textual en la parte del texto que viene a continuación. Normalmente este nuevo referente viene a coincidir con el antecedente, al que casi siempre sirve de aclaración (y amplificación) —los que aciertan en la diana al primer intento son precisamente esas pocas excepciones de las que se está hablando—. Es decir, utilizando como medio la expresión que lleva a cabo la doble referencia, el hablante, quizás por razones de claridad expositiva, está entrando en el terreno de los usos estilísticos o expresivos al poner de relieve, mediante el mecanismo de la repetición, un determinado segmento de la frase. Por supuesto, estos procedimientos expresivos son tan complejos y requieren tal grado de elaboración y reflexión, que están casi ausentes de los niveles de lengua hablada. En ellos el valor prioritario es el anafórico-catafórico, mientras que el estilístico es secundario, aunque de importancia variable dependiendo del enunciado y del contexto en que se produzca.

Asimismo, en el primero de los dos ejemplos que acabamos de ver, hay un caso de *correferencia*: ...«...tiene *muy pocas excepciones* y aún diría que *esas excepciones*...», tipo de construcción anafórica que sirve para poner de relieve al antecedente, es decir, aporta también un cierto valor enfático.

Lindando también con los usos expresivos tenemos el empleo del demostrativo neutro, sobre todo *eso* y *aquello*, utilizado como regente de sintagmas preposicionales encabezados por la preposición *de*:

♦ No creo que *aquello* de renovarse o morir deba ser tomado al pie de la letra,... (*Vivir al día*, pág. 24).

♦ Yo tenía mis recelos por *aquello* de que Lozano, las cosas de Lozano, llegan antes a los jóvenes que a los viejos. (*Vivir al día*, pág. 120).

♦ Hoy enterramos al chavea de mi hermana. Parecía una coña *eso* de enterrar una cosa que ha muerto sin nacer. (*Diario de un cazador*, pág. 48).

En estos ejemplos, cuando el demostrativo no tiene un referente textual anterior al que remitir, es precisamente el sintagma preposicional que introduce el que actúa como tal referente, por lo que hablamos, en estos casos, de uso catafórico. Otras veces, como ocurre en el tercer ejemplo, el demostrativo neutro sí tiene un antecedente, además del referente que supone el sintagma preposicional, por lo que estaríamos ante un caso de doble referencia.

Como ya comentamos en 4.4., este tipo de construcción suele utilizarse para indicar algo que se considera conocido o sabido por el lector, como dichos o proverbios, nombres de organismos e instituciones públicas, juegos muy populares, costumbres y aficiones habituales en España, etc., por lo que se entiende que no necesite en muchas ocasiones llevar antecedente.

En estas expresiones los demostrativos neutros *eso* y *aquello* sirven para poner de relieve al referente al que remiten, es decir, llevan a cabo un proceso de individualización o singularización del referente, en el cual se fija la atención del oyente o lector. Es precisamente este proceso de singularización el que explica su posible valor enfático.

Esta misma explicación nos sirve cuando el demostrativo introduce no un sintagma preposicional sino una oración de relativo:

♦ ...y que los huecos que dejan *aquellos* con los que a diario convivimos son los más difíciles de llenar. (*Vivir al día*, pág. 106).

♦ Juan Arias se iba en el umbral,...sin recoger sobre sus frágiles hombros *esa carga* tan ardua, tan enojosa...que es la responsabilidad. (*Vivir al día*, pág. 164).

♦ ...contrae la obligación de situar a sus miembros en *aquellos puestos* para los que se muestren capacitados. (*Vivir al día*, pág. 182).

En todos los casos, el demostrativo necesita, para completarse, de la oración de relativo que viene a continuación, cosa que le proporciona su valor catafórico, al carecer de antecedente en la parte de texto que le precede. Los demostrativos utilizados suelen ser los de 2ª y 3ª persona. Cuando se emplea el demostrativo *aquel* como introductor de la oración de relativo, éste sirve para definir no una persona o cosa concreta, sino más bien toda una clase o tipo, lo cual puede conllevar cierto sentido expresivo o enfático. Otras veces, como en el segundo ejemplo, la expresión de un valor estilístico depende claramente del contexto lingüístico que rodea al demostrativo: los adjetivos *ardua* y *enojosa* y el sustantivo *carga*, además de lo que por sí mismo indica el demostrativo *esa*.

De todo lo dicho podemos extraer las siguientes conclusiones respecto al uso estilístico o expresivo en nuestro corpus:

1. En primer lugar, el uso estilístico del demostrativo se configura como el más importante por el número de ocurrencias, sólo detrás del uso anafórico, y a gran distancia del señalamiento espacial, temporal y la catáfora.

2. Como hemos podido comprobar, los usos estilísticos se presentan combinados en distinto grado con los demás valores del demostrativo, siendo prácticamente inexistentes los usos estilísticos puros.

3. Por su número de ocurrencias, las obras en las que lo expresivo es más importante son aquellas que mejor reproducen la lengua hablada, a saber, *Diario de un cazador* y *El príncipe destronado*, sobre todo esta última, donde lo estilístico supone nada menos que el 30.23% del total de formas del demostrativo presentes en ella.

4. En cuanto al modo de presentarse el demostrativo en esta función, hay una práctica equiparación entre formas adjetivas y sustantivas, 92 ocurrencias (48.67%) y 97 (51.32%) respectivamente. El elevado

número de formas con valor adjetivo parece confirmar la importancia que el sustantivo y/o adjetivo que acompañan al demostrativo tiene en la delimitación de lo expresivo; mientras, en el caso del pronombre la mayoría de las ocurrencias corresponden a formas neutras.

5. La forma del demostrativo que presenta este uso en un mayor porcentaje es *ese* con 152 ocurrencias (el 80.42%), seguido a gran distancia de *este* con 29 (el 15.34%) y *aquel* con 8 (el 4.23%). Esto, aunque confirma la especial «predisposición» de *ese* para expresar estos valores, debe considerarse como una circunstancia particular de nuestro corpus, que en modo alguno se puede extrapolar de una manera absoluta a otras obras o autores.

6. Pasando a los valores estilísticos particulares, hemos demostrado que son circunstancias especialmente favorables para la aparición de esos usos la posposición del demostrativo, el hecho de que la forma utilizada sea *ese* o *aquel*, la naturaleza semántica del sustantivo del que el demostrativo es determinante y la propia entonación de la frase. Los valores que predominan en estos casos son el despectivo y el evocador.

7. Valor también evocador tiene el giro *uno/a* + *de* + *ese* + sustantivo, acompañado a veces de pronombre relativo. El valor primero de esta construcción es el de caracterizar a un individuo por la clase a la que pertenece, aunque es fácil detectar otros valores como el de desprecio.

8. Uso expresivo también tienen las fórmulas y giros lexicalizados, entre ellos los giros construidos a partir de *eso* con valor «polémico» (*eso, eso sí, eso es, eso no*, etc.) y gran número de frases hechas como *¿cómo va eso?*, *ése es otro cantar*, *¡está bueno eso!* y *eso digo yo*, utilizadas sobre todo en contextos de lengua hablada.

9. Son numerosos los casos en que el señalamiento espacial está también teñido de expresividad en mayor o menor grado. Así podemos encontrar la mención directa a un objeto con matiz despectivo, donde es prioritario el uso de *ese*; la referencia a personas con el neutro *esto* (también con fuerte matiz despreciativo); el uso del neutro *eso* en alusión a lo sexual, escatológico o lo considerado tabú; el empleo de

este pospuesto y en oraciones exclamativas para expresar la aproximación afectiva. También podemos encontrar en este apartado el empleo del demostrativo neutro (*esto* y *eso* sobre todo) para la mención directa a algo que se tiene delante pero de lo que se desconoce algún aspecto. En los casos de deixis de la fantasía, es normal el empleo del demostrativo *aquel* con valor evocador para aludir a algo lejano en el tiempo, que pertenece al ámbito de la memoria.

10. Son pocos los casos de señalamiento temporal y valor estilístico. Lo más relevante es el empleo del demostrativo *este* en función de determinante en expresiones tales como *en estos tiempos*, *a estas horas*, ambas con valor cualitativo y equivaliendo respectivamente a «estos tiempos tan difíciles» y «a estas horas de la noche, tan tarde».

11. En cambio, es muy rica la expresión de lo estilístico en contextos de anáfora. Así tenemos el empleo de *aquel* para expresar evocación, el valor despectivo con el demostrativo de 2ª persona, el empleo de *eso* y *esas cosas* en contextos que tienen que ver con lo sexual, lo escatológico o lo considerado tabú. Otras veces vemos al demostrativo, *ese*, acompañar al nombre propio para indicar disgusto. Valor enfático también tenemos cuando se emplea el demostrativo *ese* con valor identificador, así como cuando la expresión anafórica repite a un antecedente situado a corta distancia en el texto, o cuando éste se repite varias veces. También se pueden emplear los demostrativos neutros, sobre todo *esto* y *eso*, para poner de relieve a su antecedente. Se expresa por tanto un valor de insistencia. También presentan valores estilísticos diversos las expresiones *estas/esas cosas* (no tenemos ejemplos de *aquellas cosas* en nuestro corpus): poner de relieve al antecedente o aludir a algo que resulta malsonante. Valor enfático también poseen algunos casos de *anáfora infiel*, donde la expresión anafórica añade una cierta caracterización de su antecedente.

12. Dentro de los usos anafóricos citábamos también los casos en que el demostrativo tenía valor cualitativo o cuantitativo, es decir, cuando el demostrativo, sobre todo *este* y *ese*, equivale a *tal* o *tanto*, y funciona como determinante de un sustantivo respecto al cual indica una cierta ponderación. Dentro de estos usos, el valor estilístico es muy fuerte, sobre todo, cuando el sustantivo al que acompaña el demostrativo no tiene un antecedente textual, sino extralingüístico.

13. Por último, en los casos de catáfora no son muchos los ejemplos en que pueda detectarse al mismo tiempo un uso estilístico. Hemos señalado que la propia catáfora o los casos de doble referencia anafórica y catafórica, en la medida en que ponen de relieve a un determinado segmento de texto que actúa como referente, tendrían un cierto valor enfático. Asimismo, cuando se emplean los demostrativos neutros *eso* y *aquello* como regentes de sintagmas preposicionales encabezados por la preposición *de*, o como introductores de oraciones de relativo, podemos estar ante usos claramente expresivos. Estas construcciones pueden usarse para indicar algo que es suficientemente conocido por el oyente o lector, o simplemente para singularizar al referente textual al que remiten.

3.5. CONCLUSIONES GENERALES SOBRE EL USO DEL DEMOSTRATIVO EN NUESTRO CORPUS

De todo lo dicho hasta ahora vamos a intentar extraer una serie de conclusiones acerca del uso del demostrativo, algunas de las cuales se pueden extrapolar a su funcionamiento en la lengua española:

1. El elevado número de ocurrencias de este tipo de unidades lingüísticas en nuestro corpus, 1443 exactamente, nos da una buena idea de lo productivas que resultan. Su presencia es mayor en la obra que se supone que reproduce mejor el estándar de lengua escrita, la colección de artículos titulada *Vivir al día*, con 634 ocurrencias (el 43.93%), y menor, comparativamente, en la que da más cabida a la lengua hablada, *El príncipe destronado*, con 215 (el 14.89%). Esto está relacionado con el hecho de que muchos de los usos en los que es más habitual encontrar al demostrativo, como los anafóricos y ciertos giros lexicalizados (ambos muy numerosos), están casi ausentes de la lengua hablada.

2. También aquí es mayor la presencia de formas adjetivas que pronominales, 804 (el 55.71%) frente a 639 (el 44.28%) respectivamente. Esta situación se repite casi en todas las obras, salvo en *El príncipe destronado*, donde ocupan el primer lugar las formas pronominales (131) frente a las adjetivas (84). Respecto a los pronombres demostrativos, hay que señalar que la mayoría de sus 639 ocurrencias, en concreto 461, corresponden a formas neutras —también en *El príncipe destronado* son neutras nada menos que 90 del total de 131 formas pronominales, el 68.7%—. Esto nos lleva a concluir que lo habitual en

español es que el demostrativo aparezca como adjetivo, y que en los casos de uso pronominal la mayoría de las formas pertenezcan al género neutro.

3. De todas las formas del demostrativo, la más empleada es *este* (849 ocurrencias), seguida de *ese* (455) y *aquel* (139). Este mismo orden se mantiene si contabilizáramos por separado las formas adjetivas y las pronominales. *Eso*, por su parte, se convierte en la forma más representativa entre las de género neutro (con 213 de las 461 ocurrencias de formas neutras), seguida a muy corta distancia por *esto* (con 206) y ya en último lugar *aquello* (con 42). Si el análisis lo extendemos a las obras concretas, *este* es la forma predominante en *Vivir al día* y en *Diario de un cazador*; *ese* lo es en *Viejas historias de Castilla la Vieja* y en *El príncipe destronado*; mientras tanto, *aquel* no sólo es la última forma en todas las obras, sino que en dos de ellas, *Diario de un cazador* y *El príncipe destronado*, su presencia es casi insignificante, y sólo en *Viejas historias de Castilla la Vieja* y en *Vivir al día* es capaz de superar por poco un casi testimonial 5% de presencia (7.31% y 5.2% respectivamente). Todos estos datos parecen confirmar que, al menos en nuestro corpus, el demostrativo no se organiza a partir de las tres unidades que la lengua pone a disposición del hablante, sino que hace pivotar este subsistema lingüístico sólo sobre dos unidades, *este*, el demostrativo que expresa la cercanía al yo hablante, y *ese*, el que se emplea para indicar todo aquello que está fuera del área del *yo*. *Aquel*, una unidad casi reducida a los ámbitos de la lengua literaria, actuaría como variante funcional de *ese*, especializada en la expresión del máximo alejamiento. En nuestra opinión, esto no quiere decir que el sistema deíctico español se haya vuelto binario, como se sostiene a veces, sino que se trata de una más de las posibilidades que la lengua pone a disposición del hablante para organizar el espacio referencial, y que por lo tanto es susceptible de variación según el autor, la obra, la época, etc.

4. Si contabilizamos los distintos valores del demostrativo, resulta que en español el empleo mayoritario, y con mucho, corresponde a la anáfora, con más de la mitad de las ocurrencias (un 53.70%), y ello sin incluir otros casos en los que el valor anafórico no se presenta «puro», como en los de anadeixis, en los de valor anafórico con fuerte carga expresiva o estilística o en los de doble referencia anafórica y catafórica. A larga distancia le siguen los usos que llamamos estilísticos (con un 13.09%), cuya importante presencia se explica porque generalmente lo expresivo suele aparecer «teñido», en mayor o menor

proporción, de otros valores como el señalamiento espacial o la anáfora. Por último vienen los casos de deixis temporal (9.70%), espacial (8.10%) y la catáfora (5.40%). Este reparto parece apoyar la opinión de aquellos que consideran erróneo presentar al demostrativo como el deíctico por excelencia, o considerar a éste como su valor primordial, cuando las estadísticas demuestran claramente que su valor principal es el anafórico. Para nosotros, tal opinión parte de un error de base, considerar la deixis y la anáfora como dos fenómenos distintos, y no como dos formas distintas y concretas de manifestarse un mismo fenómeno general, el del señalamiento en la lengua, que es la idea que nosotros defendemos.

Las conclusiones hasta ahora extraídas se refieren al funcionamiento general que el demostrativo tiene en nuestro corpus. En las líneas que siguen vamos a analizar la participación de cada una de estas unidades lingüísticas dentro de los distintos usos. El panorama que a este respecto nos encontramos es el siguiente:

3.5.1. Deixis espacial

1. En la deixis espacial, *este* está especializado en el señalamiento hacia la zona del yo, es decir, el ámbito que define todo aquello que interesa o concierne al hablante, *ese* designa la zona del *tú*, la del interlocutor, y *aquel* la zona del objeto. Porcentualmente, la presencia de *este* es muy superior a la de los otros dos miembros (69.23% frente al 30.76% que suman *ese* y *aquel*). Este reparto tan «canónico» del demostrativo se produce sobre todo en los casos de estilo directo, es decir, cuando mejor se refleja la lengua hablada, cuando el autor deja a los personajes expresarse con más espontaneidad —no es casualidad que la obra con más formas demostrativas con valor espacial sea precisamente *El príncipe destronado*, donde predomina la construcción de estilo directo—. Asimismo, esto parece sugerir que dentro de los demostrativos el que presenta más capacidad para el señalamiento espacial es *este*, aunque eso no significa que los otros dos miembros lo hayan perdido, sólo que cuando se sitúa algo en el espacio lo normal es hacerlo en función del *yo*: a la hora de la localización espacio-temporal la lengua es fundamentalmente egocéntrica.

2. En cambio, en esta misma deixis el uso del demostrativo *aquel*, siempre en pocos casos, puede

estar influido por tratarse de enunciados en estilo indirecto, los cuales suponen una forma de evocación de algo dicho o pensado, por lo que es de rigor el uso del demostrativo de 3ª persona.

3. Es frecuente también el empleo del demostrativo *este* en función de determinante dentro de «clichés» con valor señalativo espacial (*este país, esta vieja Celtiberia* para aludir a España) y en otros que también tiene valor afectivo (*este chico, esta criatura, este niño* para aludir a Quico).

4. Son también numerosos los casos en que el señalamiento espacial se realiza mediante las formas neutras, sobre todo *eso* y *esto*. Sus valores son diversos: pueden expresar el desconocimiento del hablante respecto al objeto; otras veces se explica por razones de comodidad, que lleva al hablante a ser menos explícito; por último, algunos de estos neutros entran ya de lleno dentro del terreno de lo expresivo (valor despectivo, alusión a lo escatológico, etc.).

5. En los casos de *deixis am phantasma* es de rigor el uso de *aquel*, pues en esta modalidad de señalamiento se alude a algo alejado en el tiempo y en el espacio, cuyo ámbito de existencia suele ser la memoria. En este contexto el mero señalamiento viene acompañado a menudo de cierta evocación.

6. Los pocos casos de deixis textual encontrados en el corpus, limitados la mayoría a *Vivir al día*, emplean el demostrativo *este* en función de determinante acompañando a sustantivos que denotan el concepto de 'obra, escrito' (ya en su conjunto, ya en sus partes). Esto se explica porque este tipo de deixis, una variante de la deixis espacial, alude a un objeto cercano al *yo* del autor como es la propia obra que escribe.

7. En los casos de anadeixis encontrados, cinco en total, las formas del demostrativo utilizadas son *este* y *ese*, con predominio de la primera, y siempre en función de adjetivo.

3.5.2. Deixis temporal

1. En la deixis temporal, el demostrativo más utilizado es *este* (con algo más del 98.58% de presen-

cia), seguido de *aquel* y *ese*. Este predominio se explica porque en la mayoría de las obras del corpus domina la alusión al presente, que en español se lleva a cabo mediante *este*. Además, casi siempre el demostrativo funciona como determinante de sustantivos que ya indican la idea de tiempo como *día, mañana, tarde, fechas,* etc. Además, en la inmensa mayoría de los casos (136, el 96.45%), el demostrativo temporal funciona como determinante de sustantivos de significado temporal.

2. Respecto al modo de organizar el tiempo, aunque *este* suele aludir al presente, hay dos modos de estructurar ese presente: o bien mediante expresiones como *en estos días, en esta época, esta temporada, estos últimos meses*, que delimitan un presente amplio (propio de *Vivir al día*), o bien con expresiones como *esta mañana, este mediodía, esta tarde, esta noche*, donde el contexto temporal es mucho más concreto y limitado (como sucede en *Diario de un cazador*).

3. Aunque por norma *este* alude al presente, tenemos algunos casos en que parece aludir al pasado e incluso al futuro. En realidad lo que ocurre es que se toma como referente el momento actual y se proyecta un determinado acontecimiento hacia esos otros momentos temporales para comparar lo que ocurría entonces con lo que ocurre ahora. Todos éstos son casos de *deixis am phantasma*.

4. Hay una total ausencia de señalamiento hacia el futuro, por las características propias de nuestro corpus, y en los pocos casos de señalamiento hacia el pasado, el demostrativo empleado es siempre *aquel* que interviene en expresiones que aluden a un pasado lejano (*aquel día, por aquel tiempo*).

5. Son muchos los casos de anadeixis, confusión entre señalamiento temporal y anáfora, localizados prácticamente todos en *Diario de un cazador*, donde la mayoría de las expresiones con valor temporal entran dentro de esta categoría. El problema radica en que en esta obra una de estas expresiones es temporal desde el punto de vista del autor, pues remite a un momento concreto del día en que escribe, pero es anafórica para el lector, para el que su referente no es extralingüístico, sino textual, en concreto, la fecha que en cada caso figura en el diario. Asimismo, en la mayoría de los ejemplos de anadeixis el demostrativo empleado es *este*.

3.5.3. Anáfora

1. Con valor anafórico el demostrativo más empleado es *este* (62.96%), seguido de *ese* (27.09%) y *aquel* (9.93%). En este uso la proporción de formas adjetivas (413) es algo superior al de formas pronominales (362). El alto número de formas adjetivas se explica por la importancia que en la anáfora tiene el sustantivo que constituye el núcleo de la expresión anafórica, por lo que será habitual ver al demostrativo en función de determinante de ese núcleo nominal; el número relativamente alto de formas pronominales es debido al gran número de ocurrencias neutras.

2. En los escasos ejemplos encontrados de anáfora dual, *este* alude siempre a lo último mencionado y *aquel* a lo nombrado en primer lugar. Cuando se dan casos de doble plano y una sola referencia, *aquel* se emplea para aludir al más alejado y *este* al más cercano al hablante.

3. La forma más simple de anáfora es la *anáfora fiel*, es decir, cuando el núcleo nominal de la expresión anafórica repite tal cual a su antecedente. El efecto de tal tipo de construcción es la identificación precisa de su antecedente. Esto explica la frecuencia con que aquí aparece el demostrativo *ese* en función de determinante. También, cuando en esta clase de anáfora, la expresión anafórica aparece muy cerca de su antecedente el efecto que se consigue es incluso estilístico, en concreto, un valor evocador, lo que explica la presencia de los demostrativos *ese* y *aquel* en estos usos.

4. Entre los distintos tipos de anáfora, son especialmente relevantes los numerosos casos de pronominalización, es decir, cuando utilizamos un pronombre demostrativo para referirnos a un antecedente textual. Del total de 376 formas pronominales, 98 son formas masculinas y femeninas y 278 formas neutras.

5. Entre las formas concordantes, la más frecuente es *este*, seguida de *aquel* y por último *ese*. Habitualmente *este* remite a un sustantivo antecedente que aparece muy cerca del demostrativo. Su función es la de establecer alguna precisión más o menos redundante, o por puro hábito morfológico, como sustituto funcional del pronombre personal en función de sujeto. *Ese* apenas tiene presencia como forma pro-

nominal concordante y su valor principal es el de identificación. Por último, *aquel* en función pronominal suele funcionar como antecedente del pronombre relativo, desde donde lleva a cabo un proceso de individualización muy marcado. En estos casos, *aquel* debe tener algún antecedente en el segmento de texto anterior, pues de lo contrario estaríamos ante un uso catafórico. Entre las formas pronominales concordantes *este* y *ese* suelen tener un claro valor presentativo cuando funcionan como sujeto del verbo *ser* y figura en el predicado lo que aparenta ser el referente del demostrativo.

6. En cuanto al uso pronominal neutro, el demostrativo más utilizado sigue siendo *esto*, seguido ahora de *eso* y por último *aquello*. Frente al caso anterior, *eso* tiene una importantísima presencia (99 ocurrencias frente a sólo 8 de *ese* como forma pronominal concordante). Frente al pronombre demostrativo concordante, que solía tener como antecedente un solo sustantivo, las formas pronominales neutras suelen referirse a un segmento de texto anterior relativamente amplio y a veces difícil de delimitar. A este uso pertenece por ejemplo la aparición de *esto* en fórmulas casi lexicalizadas como *esto quiere decir, esto equivale a afirmar, esto significa*, en las que el demostrativo sirve para resumir algo ya indicado o para introducir la opinión del autor al respecto o una aclaración o explicación de lo ya dicho. En otras ocasiones *esto* sirve para poner de relieve al antecedente, señalándolo con insistencia, en un uso rayano con lo estilístico. Este valor se ve especialmente cuando *esto* rige un sintagma formado por *de* + SN, donde el SN es un sustantivo ya mencionado. Respecto a *eso*, su valor es doble: el de identificación y, derivado de la especial insistencia que aporta, el estilístico. Otras veces *eso* no es más que una mera variante funcional de *esto*. Por último, respecto a *aquello*, sigue apareciendo como antecedente del relativo y se utiliza también para individualizar a su referente textual. En este uso a veces se pueden ver ciertos empleos cercanos a lo estilístico.

7. Las formas *estas/esas cosas* (no aparece *aquellas cosas*) son casi equivalentes al neutro *esto/eso*, y como éste expresan valor generalizador, remitiendo a un antecedente que suele ser una porción de texto amplia. Sin embargo, hay una pequeña diferencia con el neutro: a veces sirven para tipificar al antecedente indicando la clase a la que pertenece.

8. Especialmente interesante es el empleo de los demostrativos *este/ese* en función de determinante

nominal y expresando un cierto grado o cantidad, una cierta ponderación respecto al sustantivo al que acompañan, equivaliendo por tanto a los indefinidos *tal/tanto*. Estos usos cualitativos/cuantitativos a veces presentan un importante valor enfático o expresivo, sobre todo cuando no tienen un antecedente claro en el contexto anterior.

9. Por último, hay ciertos casos de doble referencia, anafórica y catafórica, en que intervienen *este/ese* en función de determinante.

3.5.4. Catáfora

1. Respecto al uso catafórico, nos llevamos la sorpresa de que *aquel* es la forma más representativa dentro de los casos de catáfora pura, seguido de *ese* y *este* (estos dos a muy corta distancia el uno del otro). La inesperada presencia del demostrativo de 3ª se explica por la abundancia de ejemplos en los que *aquello* rige un sintagma preposicional formado por *de* + SN, que viene a ser el referente al cual remite el demostrativo. Como éste carece de referente textual anterior este tipo de empleos es para nosotros catafórico.

2. Respecto a los usos concretos dentro de la catáfora, *este* suele ser la forma predominante en la catáfora directa, cuando se introduce mediante el demostrativo en función pronominal o adjetiva y dos puntos una porción de texto que actúa como referente y que aparece en estilo directo o mediante una oración completiva encabezada por *que*.

3. Los casos de doble referencia anafórica y catafórica, como ya se indicó más arriba, suelen estar protagonizados por los demostrativos *este* y *ese*, en función pronominal y adjetiva, y adoptando diversas formas de aparición.

4. *Ese* suele aparecer en la catáfora con su valor habitual de referencia singular con identificación, por lo que a veces puede tener también un uso rayano con lo enfático.

5. Los casos de catáfora más frecuentes en nuestro corpus vienen representados por los demostrativos neutros *aquello* y *eso* que van rigiendo un sintagma preposicional encabezado por *de*, y cuyo valor primordial es la referencia a lo que se supone conocido por el hablante.

6. Un último caso de catáfora está representado por el uso de los demostrativos de 2ª y 3ª persona que actúan de antecedentes de oraciones de relativo, las cuales constituyen la única referencia textual a la que pueden remitir los demostrativos. Casi todos los ejemplos de este tipo sirven para definir una determinada clase o tipo de individuos, que son los que cumplen las condiciones expresadas por esa misma oración de relativo.

3.5.5. Uso estilístico o expresivo

1. Respecto al uso estilístico, que como hemos advertido no suele presentarse puro, hay que destacar la práctica equiparación entre las formas adjetivas y sustantivas del demostrativo. En las primeras, es de enorme importancia para la expresión de lo expresivo las connotaciones particulares del sustantivo o adjetivo a los que acompaña el demostrativo. En las segundas, tiene una destacada participación las formas neutras. Asimismo, el demostrativo más representativo con este valor es *ese* (con casi un 80.42% de las ocurrencias), lo cual parece conceder al demostrativo de 2ª persona una especial predisposición para la expresión de lo estilístico.

2. Los aspectos que más parecen favorecer la aparición de este valor son la posposición del demostrativo, el que la forma utilizada sea *ese* o *aquel*, la naturaleza semántica del sustantivo (y a veces también del adjetivo) que acompaña al demostrativo determinante y la propia entonación de la frase. Por supuesto, son también fundamentales el propio contexto y la situación en que se produce el enunciado.

3. Respecto a los valores concretos, *ese* tiene de partida valor evocador en el giro *uno/a + de + ese* + sustantivo (acompañado a veces de pronombre relativo). Uso expresivo tiene también el neutro *eso* en gran número de fórmulas y giros lexicalizados con valor «polémico», y en cierto número de frases hechas como *¿cómo va eso?, ése es otro cantar*, etc. En los casos de señalamiento espacial y valor expresivo,

ese se emplea a menudo con valor despectivo. En estos mismos contextos *eso* se emplea para aludir a lo sexual, lo escatológico y lo considerado tabú. También se emplea *eso* (y *esto*) para la mención directa a algo que se tiene delante pero de lo que se desconoce algún aspecto. En contextos de anáfora y valor expresivo, el demostrativo de 2ª persona vuelve a aparecer con valor despectivo y las formas *eso* y *esas cosas* se ven en contextos que aluden a lo sexual, lo escatológico o lo considerado tabú. Otras veces *ese* acompaña al nombre propio para indicar disgusto. Del valor identificador de *ese* deriva también su empleo con valor estilístico en contextos anafóricos. Indica también insistencia, al igual que *este*, cuando se emplea para poner de relieve al antecedente. *Ese* también está presente en los casos de uso cualitativo/cuantitativo, cuya vertiente expresiva ya hemos señalado más arriba. Por último, también lo encontramos en contextos de catáfora y valor estilístico, en concreto, en casos de doble referencia, o cuando con valor neutro actúa como regente de sintagmas preposicionales encabezados por *de* o como antecedente de oraciones de relativo. En estos últimos contextos hay a veces cierto valor expresivo al designar lo que ya es de sobras conocido por el oyente o cuando se trata de singularizar al referente textual al que remite.

4. Respecto a *este*, apenas tiene presencia en los giros lexicalizados con valor polémico. Se le emplea, en cambio, en los casos de deixis espacial y valor estilístico, en su forma neutra, para aludir a personas con fuerte matiz despreciativo. Es también frecuente el empleo de *este* pospuesto y en oraciones exclamativas para expresar la aproximación afectiva. Como ya también se ha dicho, *esto*, junto con *eso*, también se emplea para el señalamiento directo a algo que se tiene delante pero que se desconoce. *Este* aparece también usado en los casos de señalamiento temporal y valor anafórico, en concreto valor cualitativo, en expresiones como *en estos tiempos* y *a estas horas*, equivaliendo a «estos tiempos tan difíciles», «tan tarde», respectivamente. En los casos de anáfora y valor enfático, *esto* expresa insistencia al poner de relieve a su antecedente. Valores estilísticos diversos tiene el giro *estas cosas*, al igual que *esas cosas*, como destacar a su antecedente o aludir a algo malsonante. *Este* se emplea también con valor cualitativo/cuantitativo, como *ese*, y en los casos de catáfora también lo encontramos en los casos de doble referencia.

5. Por último, respecto a *aquel*, su empleo, como sucede con *ese*, suele favorecer los usos expresivos, sobre todo los relacionados con la evocación. En contextos de señalamiento espacial, *aquel* se em-

plea casi en exclusiva en los casos de deixis de la fantasía, para aludir a algo lejano en el tiempo y que pertenece al ámbito de la memoria. En contextos de anáfora *aquel* se emplea también con valor evocador. Por último, en contextos catafóricos es muy frecuente el uso de *aquello* como elemento introductor de sintagmas preposicionales encabezados por *de* y oraciones de relativo, cuyo valor fundamental es el de introducir algo consabido por el lector u oyente, o para individualizar o singularizar al referente textual al que remite.

4. BIBLIOGRAFÍA

ABEL, F., *L'adjectif démonstratif dans la langue de la Bible latine. Étude sur la formation des systèmes déictiques et de l'article défini des langues romanes*, Tesis Universidad de Tübingen, Niemeyer, 1971.

AEBISCHER, P., «Contribution à la protohistoire des articles "ille" et "ipse" dans les langues romanes», *Cultura neolatina* VIII (1948), 181-203.

ALARCOS LLORACH, E., «El artículo es español», *Estudios de gramática funcional del español*, Gredos, Madrid, 1970, págs. 166-175.

_____, «Los demostrativos en español», *Verba* 3 (1976), 53-63.

_____, *Gramática de la lengua española*, Espasa-Calpe, Madrid, 1994.

ALCINA FRANCH, J. y BLECUA, J. M., *Gramática española*, Ariel, Barcelona, 1975.

ALONSO, A., «Estilística y gramática del artículo en español», *Estudios lingüísticos. Temas españoles*, Gredos, Madrid, 1974, págs. 125-161.

ALONSO, A. y HENRÍQUEZ UREÑA, P., *Gramática castellana, 1º y 2º cursos*, Losada, Buenos Aires, 1959.

ALVAR, M. y POTTIER, B., *Morfología histórica del español*, Gredos, Madrid, 1987[1].

ÁLVAREZ MARTÍNEZ, Mª. A., *El artículo como entidad funcional en el español de hoy*, Gredos, Madrid, 1986.

_____, *El pronombre I. Personales, artículo, demostrativos, posesivos*, Arco/Libros, Madrid, 1989.

ANDERSON, S. R. y KEENAN, E. L., , «Deixis», en T. Shopen (ed.), *Language Typology and Syntactic Description*, vol. 3, Cambridge, Cambridge University Press, págs. 259-308.

ANTINUCCI, F., «Sulla deissi», *Lingua e Stile* IX, 2 (1974), págs. 223-247.

_____, «Ancora sulla deissi», *Lingua e Stile* XI, 1 (1976), 127-131.

APOTHÉLOZ, D., *Rôle et fonctionnement de l'anaphore dans la dynamique textuelle*, Librarie Droz, Ginebra, 1995.

ARNOLD, H. H., «Notes on the accentuation of *aquel que*», *Hispania* 14 (1931), 449-456.

BADÍA MARGARIT, A. M., *Gramática catalana*, 2 vols., Gredos, Madrid, 1975 (reimpr.).

BEINHAUER, W., *El español coloquial*, vers. esp. F. Huarte Morón, Gredos, Madrid, 1968.

BELLO, A., *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* (ed. crítica de R. Trujillo), Instituto Universitario de Lingüística Andrés Bello, act. Aula de Cultura de Tenerife, 1981.

BENVENISTE, E., «Estructura de las relaciones de persona en el verbo», en *Problemas de lingüística general*, 2 vols., s. XXI, México, 1991[16], en vol. I, págs. 161-171.

BOBES NAVES, Mª. C., *Las personas gramaticales*, Universidad de Santiago, 1971.

BOSCH, P., *Agreement and anaphora. A study of the role of pronouns in syntax and discourse*, Academic Press, Londres, 1983.

BOSQUE, I. y DEMONTE, V. (eds.) *Gramática descriptiva de la lengua española*, 3 tomos, Espasa-Calpe, Madrid, 1999.

BOURQUIN, G., «Ambiguités de la deixis», en M.-A. Morel y L. Danon-Boileau (eds.), págs. 387-399.

BOUVIER, E., «Le démonstratif latin *ille* et la formation de l'article défini des langues romanes», *CdL* 21, II (1972), 75-86.

BRIGHT, W. (ed.), *International Encyclopedia of Linguistics*, 4 vols., Oxford University Press, 1992.

BÜHLER, K., *Teoría del lenguaje*, trad. Julián Marías, Alianza Editorial, 1985².

BURDACH, A. Mª. *ET AL.*, «Los adjetivos deícticos temporales y su incidencia en la enseñanza de una segunda lengua», *RLTA* 22 (1984), 7-15.

BURSTON, J. L. y MONVILLE-BURSTON, M., «The use of demonstratives and personal pronouns as anaphoric subjects of the verb *être*», *Linguisticae Investigationes* V, 2 (1981), págs. 231-257.

CABREJO-PARRA, E., «Deixis et opérations symboliques», en M.-A. Morel y L. Danon-Boileau (eds.), págs. 409-414.

CANO AGUILAR, R., *El español a través de los tiempos*, Arco/Libros, Madrid, 1988.

CARBONERO CANO, P., *Deixis espacial y temporal en el sistema lingüístico*, Universidad de Sevilla, 1979.

CARNOY, J., *Le latin d'Espagne d'après les inscriptions*, George Olms, Hildesheim, 1983.

CHARAUDEAU, P., «Les démonstratifs», *Cours de linguistique. Description sémantique de quelques systèmes grammaticaux de l'espagnol actual*, Centre de Documentation Universitaire (CDU), París, 1970, págs. 47-55.

_____, «Le système des démonstratifs en espagnol», *LangM*, 65 (1971), 95-102.

_____, *Grammaire du sens et de l'expression*, Hachette Éducation, París, 1992.

CHAROLLES, M., «L'anaphore associative. Problèmes de délimitation», *Verbum* 13, 3 (1990), 119-148.

CHAROLLES, M. y SCHNEDECKER, C., «Coréférence et identité. Le problème des référents évolutifs», *Langages* 112 (1993), 106-126.

CIFUENTES HONRUBIA, J. L., *Lengua y espacio. Introducción al problema de la deíxis en español*, Universidad de Alicante, 1988-1989.

CINQUE, G., «Sulla deissi "lingüística"», *Lingua e Stile* XI, 1 (1976), 101-126.

CODOÑER, C., «Estudio de los demostrativos latinos», *RSEL* 3 (1973), 81-93.

CONTE, M.-E., «Deissi testuale e anafora», en *Sull'anafora. Atti del Seminario. Accademia della Crusca 14-16 dicembre 1978*, Florencia, Accademia della Crusca, 1981, págs. 37-54.

_____, «Deixis *am phantasma*. Una forma di riferimento nei testi», *en Cong. Genova-Santa Margherita Ligure 1981*, *Lingüística testuale*, 1984, págs. 187-205.

CORBLIN, F., «Démonstratif et nomination», en M.-A. Morel y L. Danon-Boileau (eds.), págs. 439-448.

_____, «Défini et démonstratif dans la reprise inmédiate», *Le français Moderne* 2 (1983), 118-134.

_____, «Remarques sur la notion d'anaphore», *Revue québécoise de linguistique* 15, 1 (1985), 173-193.

_____, *Indéfini, défini et démonstratif. Constructions linguistiques de la référence*, Librairie Droz, Ginebra, 1987.

_____, *Les formes de reprise dans le discours, Anaphores et chaînes de référence*, Presses Universitaires de Rennes, 1995.

CORNISH, F., «Anaphoric pronouns: under linguistic control or signaling particular discourse representations», en *Journal of Semantics* 5 (1988), 233-260.

COROMINAS, J., *Diccionario crítico-etimológico*, 4 vols., Gredos, Madrid, 1974 (reimpr.).

COSERIU, E., «Determinación y entorno (dos problemas de una lingüística del habla)», en *Teoría del lenguaje y lingüística general*, Gredos, Madrid, 1969^2.

CRIADO DE VAL, M., *Gramática española y comentario de textos*, SAETA, Madrid, 1958^2.

DAMOURETTE, J. y PICHON, E., *Des mots à la pensée. Essai de grammaire de la langue française*, D'Artrey, París, 1911-1950.

DÍAZ TEJERA, A., «El campo mostrativo ante las diversas funciones del lenguaje», *Habis* 3 (1972), 11-28.

DÍSCOLO, APOLONIO, *Sintaxis*, trad. V. Becarés Botas, Gredos, Madrid, 1987.

DUCROT, O. y TODOROV, T., *Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage*, Seuil, París, 1972.

EGUREN, L. J., «Pronombres y adverbios demostrativos. Las relaciones deícticas», en I. Bosque y V. Demonte (eds.), *Gramática descriptiva de la lengua española*, vol. I, págs. 929-972.

EHLICH, K., «Anaphora and deixis: same, similar, or different», en R. J. Jarvella y W. Klein, págs. 315-338.

EHRICH, V., «*Da* and the system of spatial deixis in German», en J. Weissenborn y W. Klein (eds.), págs. 42-63.

ENRÍQUEZ, E. V., «Nuevos datos en torno al tercer elemento del campo deíctico de la persona», *Arch. Filol. Aragon* 36-37 (1985), 149-171.

ERNOUT, A. y THOMAS, F., *Syntaxe Latine*, Klincksieck, París, 1989^2.

ESCAVY ZAMORA, R., *El pronombre. Categorías y funciones pronominales en la teoría gramatical*, Universidad de Murcia, 1987.

FAUCONNIER, G., *La coréférence: syntaxe ou sémantique*, Seuil, París, 1974.

FERNÁNDEZ RAMÍREZ, S., *Gramática española. Los sonidos. El nombre y el pronombre*, Revista de Occidente, Madrid, 1951.

_____, *Gramática española. 3.2. El pronombre*, vol. preparado por J. Polo, Arco/Libros, Madrid, 1987^2.

FEUILLET, J., «La structuration de la deixis spatiale», en M.-A. Morel y L. Danon-Boileau (eds.), págs. 233-243.

FILLMORE, CH. J., «Towards a descriptive framework for spatial deixis», en R. J. Jarvella y W. Klein (eds.), págs. 31-59.

_____, *Santa Cruz lectures on deixis*, Indiana University Linguistics Club, Bloomington, 1975.

_____, *Lectures on Deixis*, CSLI Publications, Standford, 1997.

FLAMENCO GARCÍA, L., «Las construcciones concesivas y adversativas», en I. Bosque y V. Demonte (eds.), vol. III, págs. 3805-3878.

FLÓREZ, O., *La anáfora: Una aproximación pragmática*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1990.

FONTÁN, A., «Historia y sistema de los demostrativos latinos», *Emérita* 33 (1965), 71-107.

FOX, B., *Discourse structure and anaphora*, Cambridge University Press, 1993.

_____ (ed.), *Studies in anaphora*, John Benjamins, Amsterdam, 1996.

FRASER, TH. y JOLY, A., «Le système de la deixis. Esquisse d'une théorie d'expression en anglais», en *Modèles linguistiques*, Universidad de Lille, 1979, págs. 97-151.

_____, «Le système de la deixis 2. Endophore et cohésion discursive en anglais», en *Modèles linguistiques*, Universidad de Lille, 1980, págs. 22-51.

FREI, H., «Systèmes de déictiques», *Acta Lingüística* IV (1944), 111-129.

GARNHAM, A. y OAKHILL, J., «"Anaphoric island" revisited», *The Quarterly Journal of Experimental Psychology* 40A, 4 (1988), 719-735.

GARZA CUARÓN, B., «La referencialidad como concepto lingüístico», *Nueva Revista de Filología Hispánica,* 1985-1986, 1-22.

GIORGI, A., «Towards a Theory of Long Distance Anaphors: a GB approach», *The Linguistic Review* 3 (1984), 307-359.

GONZÁLEZ, W. J., *La teoría de la referencia*, Universidad de Salamanca-Universidad de Murcia, 1986.

GREIMAS, A. J. y COURTÉS, J., *Semiótica: Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*, vers. esp. E. Ballón Aguirre y H. Campodónico Carrión, Gredos, Madrid, 1990 (reimpr. de la 1ª ed. 1982).

GUÉRON, J., «Relations de coréférence dans la phrase et dans le discours», *Langue française* 44 (1979), 42-79.

GUTIÉRREZ ARAUS, Mª L., *Formas temporales del pasado en indicativo*, Arco/Libros, Madrid, 1995.

_____, «Sistema y discurso en las formas verbales de pasado», *RSEL*, 28, 2 (1998), 275-306.

HANKAMER, J. y SAG. I., «Deep and surface anaphora», *Linguistic Inquiry* 7 (1976), 391-426.

HAWKINS, J., «The pragmatics of definiteness. Part I», *Linguistische Berichte* 47 (1977), 1-27.

_____, *Definiteness and indefiniteness. A study in reference and grammaticality prediction*, Croom Helm, Londres, 1978.

HEGER, K., «Deixis personal y persona gramatical», en *Teoría semántica*, Ediciones Alcalá, Madrid, 1974, págs. 33-51.

HERNÁNDEZ ALONSO, C., *Sintaxis española*, Universidad de Valladolid, 1971².

_____, *Gramática funcional del español*, Gredos, Madrid, 1986.

HERNÁNDEZ TERRÉS, J. M., *La elipsis en la teoría gramatical*, Universidad de Murcia, 1984.

HOTTENROTH, P.-M., «The system of local deixis in Spanish», en J. Weissenborn y W. Klein (eds.), págs. 133-153.

ILIESCU, M., «Considérations sur le système des démonstratifs déictiques dans les langues romanes», *BSRLR* 11 (1975-1976), 33-45.

INGRAM, D., «Toward a theory of person deixis», *Papers in Linguistics* 4, 1 (1971), Standford University, 37-53.

IORDAN, I. y MANOLIU, M., *Manual de lingüística románica* (revisión, reelaboración parcial y notas por M. Alvar), 2 vols., Gredos, Madrid, 1980 (1ª reimpr.).

ISO ECHEGOYEN, J. J., «En torno al sistema deíctico pronominal en latín y su paso a las lenguas románicas», *RSEL* 4 (1974), 459-471.

JARVELLA, R. J. y KLEIN, W. (eds.), *Speech, place and action*, John Wiley and Sons, Nueva York, 1982.

JUILLANDS, A. y CHANG-RODRÍGUEZ, E., *Frequency dictionary of Spanish word*, Mouton, The Hague, 1964.

KANNY, CH. E., *Sintaxis hispanoamericana,* vers. esp. M. Blanco Álvarez, Gredos, Madrid, 1969.

KAPLAN, D., «Demonstratives», en J. Almog, J. Perry y H. Wettstein (eds.), *Themes from Kaplan*, Oxford University Press, 1989, págs. 481-563.

KENNISTON, H., *Spanish syntax list: a statistical study of grammatical usage in contemporary Spanish prose on the basis of range and frequency*, H. Holt and Company, Nueva York, 1937.

KERBRAT-ORECCHIONI, C., *L'énonciation de la subjectivité dans le langage*, Armand Colin, París, 1980.

KESIK, M., «La distinction exophore/endophore et le fonctionnement de l'adjectif *suivant*», en *Information Grammaticale* 35 (1987), 3-9.

_____, *La cataphore*, Presses Universitaires de France (PUF), París, 1989.

KLEIBER, G., «Les démonstratifs (dé)montrent-ils? Sur le sens référentiel des adjectifs et pronoms démonstratifs», *Le Français Moderne* LI, 2 (1983), 99-117.

_____, «Sur la sémantique des descriptions démonstratives», *Linguisticae Investigationes* VIII, 1 (1984), 63-85.

_____, «Anaphore-deixis: Deux approches concurrentes», en M.-A. Morel y L. Danon-Boileau (eds.), págs. 613-623.

_____, «Pour une explication du paradoxe de la reprise inmédiate», *Langue Française* 72 (1986), 54-79.

_____, «Déictiques, embrayeurs, "token-reflexives", "symboles indexicaux", etc.: comment les définir?», *Inform. Gramm.* 30 (1986), 3-22.

_____, «Reprise inmédiate et théorie des contrastes», *Stud. Rom. Posn.* 13 (1988), 67-84.

_____, «Sur l'anaphore associative: article défini et adjectif démonstratif», *Rivista di Lingüística* 2, 1 (1990), 155-175.

_____, «L'anaphore: d'un problème à l'autre», *Le Français Moderne* LX, 1 (1992), 1-22.

KLEIN, W., «Local deixis in route directions», en R. J. Jarvella y W. Klein (eds.), págs. 161-182.

_____, «Deixis and spacial orientation in route directions», en P. Herbert Jr. y L. Acredolo (eds.), *Spatial orientation*, Plenum Press, Nueva York/Londres, 1983, págs. 283-320.

KLEIN-ANDREU, F., «Anaphora, Deixis, and the evolution of Latin *ille*», en B. Fox (ed.), *Studies in Anphora*, págs. 305-331.

KOCK, J. DE, GÓMEZ MOLINA, C. y VERDONK, R., *Gramática española. Enseñanza e investigación. II. Gramática. 5. Los pronombres demostrativos y relativos*, Universidad de Salamanca, 1992.

KOCK, J. DE, DELBECQUE, N. *ET AL.*, *Gramática española. Enseñanza e investigación. I. Apuntes metodológicos*. *4. Lingüística contrastiva*, Universidad de Salamanca, 1996.

KOCK, J. DE, *Gramática española. Enseñanza e investigación. Norma, libertad y probabilidad: ocho soluciones del español*, Universidad de Salamanca, 1998.

KOSTER, J. y REULAND, E. (eds.), *Long-distance anaphora*, Cambridge University Press, 1991.

KRYK, B., «On reference and deixis», en J. Verscheren (ed.), *Levels of linguistic adaptation*, Amsterdam, John Benjamins, 1991, págs. 185-193.

LAKOFF, G., *Linguistique et logique naturelle*, Klincksieck, París, 1976.

LAMÍQUIZ IBÁÑEZ, V., «Estructuración del demostrativo español», *LNL* 177 (1966), 66-85.

_____, «Valores estilísicos del demostrativo español», *LNL* 180 (1967), 103-110.

_____, «El demostrativo en español y en francés. Estudio comparativo y estructuración», *RFE* L (1967), págs. 163-202.

LAPESA MELGAR, R., «Del demostrativo al artículo», *NRFH* XV (1961), 23-44.

_____, «*Un, una* como artículo indefinido en español», *Dos estudios sobre la actualización del sustantivo en español*, BCPRAE, Madrid, 1976.

_____, «Nominativo o caso oblicuo latinos como origen de demostrativos y artículo castellanos», Hom. Baldinger, 1, 1979, págs. 196-207.

LÁZARO CARRETER, F., «El problema del artículo en español», *Estudios de lingüística*, Crítica, Barcelona, 1980, págs. 27-61.

LEONETTI JUNGL, M., «El artículo y la referencia», Taurus, Madrid, 1990.

_____, «El artículo», en I. Bosque y V. Demonte (eds), vol. I, págs. 787-890.

LEVINSON, S. C., *Pragmatics*, Cambridge University Press, 1983. Trad. esp. *Pragmática*, Teide, Barcelona, 1989.

LÓPEZ GARCÍA, A., «El artículo español y su hermenéutica», en *Nuevos estudios de lingüística española*, Universidad de Murcia, 1990, págs. 35-58.

LYONS, J., «Deixis as the source of reference», en E. L. Keenan (ed.), *Formal semantics of natural language*, CUP, Cambridge, págs. 61-83.

_____, «Deixis and anaphora», en T. Myers (ed.), *The development of conversation and discourse*, Edinburg University Press, 1977, págs. 88-103.

_____, *Introduction to theoretical linguistics*, Cambridge University Press, 1979.

_____, *Lenguaje, significado y contexto*, Paidós Comunicación, Barcelona, 1983.

_____, *Semántica*, vers. esp. Ramón Cerdá, Teide, Barcelona, 1989².

MACÍAS VILLALOBOS, C., *Estructura y funciones del demostrativo en el español moderno: El demostrativo en* El camino *de Miguel Delibes*, Tesina (directora: Mª. Luz Gutiérrez Araus), UNED, Madrid, 1996; publicada con el título *Estructura y funciones del demostrativo en el español moderno*, en *Analecta Malacitana*, Anejo X, Universidad de Málaga, 1997.

MARCOS MARÍN, F., *Aproximación a la gramática española*, Cincel, Madrid, 1974².

MARSÁ, F., «Determinación, pronominalidad, anáfora y deíxis», en *Cuestiones de sintaxis española*, Barcelona, Ariel, 1984, págs. 92-106.

MARTÍN MEDEROS, H. , *Procedimientos de cohesión en el español actual*, Publicaciones del Excmo. Cabildo Insular de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife, 1988.

MARTÍN ZORRAQUINO, Mª. A. y PORTOLÉS LÁZARO, J., «Los marcadores del discurso», en I. Bosque y V. Demonte (eds.), vol. III, págs. 4051-4213.

MARTÍNEZ, J. A., *El pronombre II. Numerales, indefinidos y relativos*, Arco/Libros, Madrid, 1989.

MARTÍNEZ MARÍN, J., «*Esta agua* y construcciones afines en español actual», *LEA* IV (1982), 39-46.

MAZZOLENI, M., «Locativi deittici, *deixis am phantasma*, sistemi di orientamento», *Lingua e Stile* XX, 2 (1985), 217-246.

MENDOZA, J., «La organización de la deixis en los pronombres demostrativos del indo-europeo», *REL* VI, 1 (1976), 89-111.

MIYOSHI, J., «*Este/ese* en una deíxis especial», *LH* 2 (1979), 107-122.

MOLHO, M., «Remarques sur le système des mots démonstratifs en espagnol et en français», *Les Langues Modernes*, LXI (1967), 335-350.

_____, «La deixis española. Lectura del significante», en E. Luna Traill (ed.), *Scripta philologica in honorem Juan M. Lope Blanch*, págs. 203-217, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 1992.

MOREL, M.-A. Y DANON-BOILEAU, L. (eds.), *La deixis: colloque en Sorbonne: (8-9 juin 1990)*, Presses Universitaires de France (PUF), París, 1992.

MORENO, P., «Deixis espacial en francés y español», *RLTA* 23 (1985), 157-162.

NEBRIJA, E. A. DE, *Gramática de la lengua castellana*, ed. crítica por A. Quilis, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1992.

OLZA ZUBIRI, J., *El pronombre: Naturaleza, historia y ámbito de una categoría gramatical*, Universidad Católica "Andrés Bello", Institutos Humanísticos de Investigación, Caracas, 1973.

OTAOLA OLANO, C., «Consideraciones sobre algunos elementos enunciativos en la lengua española», *Epos* 2 (1986), 215-229.

PAZ GAGO, J. M., *La estilística*, Síntesis, Madrid, 1993.

PEIRCE, CH. S., *The philosophy of Peirce: Selected writings*, ed. J. Buchler, Londres, 1940.

_____, *Obra lógico-semiótica*, Taurus Comunicación, Madrid, 1987.

_____, *Un hombre, un signo (el pragmatismo de Peirce*), Barcelona, Crítica, 1988.

PENNY, R., *Gramática histórica del español*, ed. J. I. Pérez Pascual, Ariel, Barcelona, 1993.

POSTAL, P. M., «Anaphoric islands», en R. I. Binnick, A. Davison, G. M. Green y J. L. Morgan (eds.), *Papers from the Fifth Regional Meeting of the Chicago Linguistic Society*, Universidad de Chicago, 1969, págs. 205-239.

POTTIER, B., *Gramática del español*, vers. esp. A. Quilis, Alcalá, Madrid, 1971[2].

_____, *Introduction à l'étude linguistique de l'espagnol*, Ediciones Hispanoamericanas, París, 1972.

PRISCIANO, «Institutionum Grammaticarum. Libri XVIII», en *Grammatici Latini*, vols. II-III, ed. H. Keil, Hildesheim, 1981.

QUILIS, A., *La concordancia gramatical en la lengua española hablada en Madrid*, CSIC, Madrid, 1983.

RAUH, G., «Aspects of deixis», en G. Rauh (ed.), *Essays on deixis*, Gunter Narr, Tübingen, págs. 9-60.

REICHLER-BÉGUELIN, M.-J., «Anaphore, cataphore et mémoire discursive», *Pratiques* 57 (1988), 15-43.

REINHART, T., *Anaphora and semantic interpretation*, Croom Helm, Londres, 1984 (reimpr.).

ROCA PONS, J., *Introducción a la gramática*, 2 vols., Vergara, Barcelona, 1967 (reimpr. 1ª ed. 1960).

RODRÍGUEZ ADRADOS, F., *Lingüística indoeuropea*, 2 vols., Gredos, Madrid, 1975.

RODRÍGUEZ-IZQUIERDO Y GAVALA, F., «La deixis anafórica en el artículo español. Comparación de textos de poesía y conversación», *RSEL*, 6.1 (1976), 113-131.

RODRÍGUEZ RAMALLE, T. Mª, «Sobre los adverbios demostrativos en español», *Cuadernos de Lingüística del IUOG* III, págs. 57-78.

ROMEO PALLÁS, J. M., «El uso de los demostrativos en los tratados *De Lapsis* y *De Catholicae Ecclesiae Unitate* de San Cipriano», *Anuario de Filología de Barcelona* 3 (1977), 123-141.

ROTHENBERG, M., «Le pronom démonstratif et ses déterminants en français», *Bull. Soc. Ling. Paris* 80, 1 (1985), 165-200.

ROUSSEAU, A., «La deixis: un problème de logique et de philosophie du langage», en M.-A. Morel y L. Danon-Boileau (eds.), págs. 365-374.

RUIZ TINOCO, A., «Notas sobre la anáfora asociativa en español», en <http://ecosel.dhs.org/~a-ruiz/ecosel/archivos/anaf-97w6.doc>, págs. 1-5.

SAGÜÉS SUBIJANA, M., *Manual de gramática española*, Txertoa, San Sebastián, 1983.

SCHMIDELY, J., «Les démonstratifs variables de l'espagnol», *HAJR*, págs. 1099-1107.

_____, «Déictiques spatiaux de l'espagnol», *Mélanges offerts à Charles Vincent Aubrun*, Eds. Hispaniques, París, 1975, págs. 239-251.

SCHNEDECKER, C., CHAROLLES, M., KLEIBER, G. y DAVID, J. (eds.), *L'anaphore associative. Aspects linguistiques, psycholinguistiques et automatiques*, Centre d'Analyse Syntaxique, Universidad de Metz; Klincksieck, París, 1994.

SECO, R., *Manual de gramática española*, revisado y ampliado por M. Seco, Aguilar, Madrid, 1978.

SEDANO GUTIÉRREZ, M., *Los adverbios demostrativos en el español de Caracas y de otras ciudades hispanohablantes*, Tesis (directora: Mª Luz Gutiérrez Araus), UNED, 1996.

SENNHOLZ, K., *Grundzüge der Deixis*, Brockmeyer, Bochum, 1985.

STRAWSON, P. F., *Individuals*, Methuen, Londres, 1959.

TASMOWSKI-DE RYCK, L., «Les démonstratifs français et roumains dans la phrase et dans le texte», *Langages* 97, 1990, págs. 82-99.

TESNIÈRE, L., *Eléments de syntaxe structurale*, Klincksieck, París, 1965^{2}.

VÄÄNÄNEN, V., *Introducción al latín vulgar*, vers. esp. M. Carrión, Gredos, Madrid, 1982^{4}.

VANELLI, L., *La deissi in italiano*, Universidad de Padua, 1992.

VANELLI, L. y RENZI, L., «La deissi», en L. Renzi *et al.* (eds.), *Grande grammatica italiana di consultazione*, vol. III, Il Mulino, Milán, págs. 261-376.

VECIANA, R., «Esto, eso, aquello, usos coloquiales», *Yelmo* 58-59 (1983-1984), 5-7.

VERA LUJÁN, A., «Los adjetivos deícticos en español», *AUMur* (*Anuario de la Universidad de Murcia*) 1 (1979-1980), 159-176.

_____, «La estructura del campo deíctico-personal en español: el pronombre», *AnMal* 2, 1 (1979), 3-25.

VICENTE MATÉU, J. A., *La deixis. Egocentrismo y subjetividad en el lenguaje*, Universidad de Murcia, 1994.

VIGARA TAUSTE, A. Mª., *Morfosintaxis del español coloquial*, Gredos, Madrid, 1992.

_____, «Sobre deíxis coloquial», en Antonio Briz *et al.* (eds.), *Pragmática y gramática del español hablado*, Universidad de Valencia, 1996, págs. 257-267.

VILA, M. R., «La segunda persona gramatical en función no deíctica», *REL* 17, 1 (1987), 57-68.

VILLEGAS, A., «Vers un élargissement du système de la localisation dans l'espagnol du Venezuela», en M.-A. Morel y L. Danon-Boileau (eds.), págs. 89-93.

WEISSENBORN, J. y KLEIN, W. (eds.), *Here and There, Cross-linguistic studies on deixis and demonstration*, John Benjamins B. V., Amsterdam/Philadelphia, 1982.

WIESE, B., «Anaphora by pronouns», en *Linguistics* 21 (1983), 373-417.

ZRIBI-HERTZ, A., «De la deixis à l'anaphore: quelques jalons», en M.-A. Morel y L. Danon-Boileau (eds.), págs. 603-612.

OBRAS LITERARIAS QUE COMPONEN NUESTRO CORPUS

DELIBES, M., *Vivir al día*, colección «Destinolibro» vol. 330,Destino, Barcelona, 1993[2].

_____, *Diario de un cazador*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1979.

_____, *Viejas historias de Castilla la Vieja*, colección «Áncora y Delfín» vol. 557, Destino, Barcelona, 1981.

_____, *El príncipe destronado*, colección «Destinolibro» vol. 203, Destino, Barcelona, 1995[19].

5. APÉNDICE

En las páginas que siguen damos la relación completa de todas las ocurrencias de formas del demostrativo en nuestro corpus de Delibes. Para que esta relación sea útil, daremos todos los ejemplos, incluidos aquellos en los que aparecen giros lexicalizados, convenientemente organizados según sus valores semánticos.

5.1. DEIXIS ESPACIAL

5.1.1. Señalamiento hacia el yo o su zona de influencia

1. ...y ya es sabido que la breve y efímera literatura de prensa es seguramente la más rentable dentro de lo poco rentable que en todo caso resulta la literatura en *este* país. (*Vivir*, 8).

2. ..., entre ellos un tal Fernando...quien dio el pregón inicial:
—«*Esta* es la justicia que manda hacer el Rey nuestro señor a *este* cruel tirano usurpador de la corona real;...» (*Vivir*, 14).

3. —Al terminar una novela me pregunto: «*Esto*, ¿para qué me sirve?». (*Vivir*, 69).

4. —Sí, pero es difícil. El cura dice: «Pon *esta* frase». El novelista dice: «Pon *esta* otra». (*Vivir*, 71).

5. —¿Cómo ves la novela, el teatro y el cine, como conjunto, en relación con Dios?

6. —A mis alumnos les señalo *esta* curva. (*Vivir*, 72).

7. —Hijo, oyéndote parece que Fulano no sea nadie. *Este* señor...pinta muy bien y ha expuesto en la Sala Sur de Santander por dos veces... (*Vivir*, 98).

8. —No es oro todo lo que reluce. Mira *estas* piernas; bueno, ahí donde las ves apenas pueden sostenerme.

(*Vivir*, 104).

9. ...y luchamos juntos contra todo esto, *este* país no va a ser siempre la Cenicienta de Europa. (*Vivir*, 110).

10. —*Este* río no es fácil para cucharilla. (*Vivir*, 122).

11. ...«Un balcón sobre el infierno», «Juegos de asesinos», «Hasta el último aliento» y «La ley de la horca» son los cuatro títulos que, a elegir, brindan las cuatro salas de proyección de *esta* pequeña capital. (*Vivir*, 139).

12. Hace ya muchos años se desató en *este* país una campaña muy movida contra las recomendaciones. (*Vivir*, 141).

13. Y ya es sabido que en *esta* vieja Celtiberia la traición se paga con la vida o con un cerco de desdenes e incomprensiones... (*Vivir*, 165).

14. ...ya es sabido que las fobias alimentadas en equipo, las fobias, digamos, institucionales, al menos en *este* país, suelen tener un final cruento. (*Vivir*, 167).

15. Extraño, sinuoso curso el de este proceso de un hombre que, benefactor o no, a los cazadores de *este* rincón del mundo nos ha hecho la pascua. (*Vivir*, 170).

16. ...digamos, para mejor entendernos, que la ilustración en *este* país era un artículo de lujo,... (*Vivir*, 181).

17. En *este* caserón contrajeron matrimonio Isabel y Fernando, base de la unidad de España (ahí tienen la placa)... (*Vivir*, 198).

18. Por cierto, por *esta* ventana, cuyos barrotes separados han sido protegidos con una gruesa cadena, dice la tradición que sacaron a bautizar al príncipe,... (*Vivir*, 198).

19. Observen: *Esta* es la villa de Tordesillas, en cuyo convento de las Claras pasó parte de su vida, doña Juana, La Loca. (*Vivir*, 198).

20. Mucha gente de la Universidad les añora y cualquier detalle facilita la evocación:...«Bajo *estos* árboles, J. R. charlaba con las muchachas cuando estaba de buen humor.» (*Vivir*, 214).

21. «Son negrales *estos*; no dan más que resina», dije. (*Diario*, 17).

22. «*Este* pellejo tiene dueño», dije tranquilamente, quitándoselo al *Sol* de la boca. (*Diario*, 20).

23. ... y Zacarías contó que en Extremadura hizo una vez una carambola de zorros y que eran mayores que *éste*. (*Diario*, 31).

24. ...recordando la mañana que el padre marró una liebre, tiró la escopeta y me dijo llorando: «*Esto* no debes hacerlo nunca, hijo». (*Diario*, 43).

25. El monte de Villalba no tiene más inconveniente que el de ser del común, y ya se sabe lo que ocurre en *este* país con las cosas que son del común. (*Diario*, 66).

26. En *esta* vida lo que hay que hacer es apartar el grano de la paja. (*Diario*, 94).

27. En *este* país la gente se los pisa, vamos. (*Diario*, 139).

28. ...y siempre que recogíamos los frutos tempranos hacía un apartadijo y me decía: «*Esto* se lo llevas a tu tía». (*Viejas*, 30).

29. Y de que llegó mayo subimos en un periquete, sobre *estas* mismas piedras, hizo él un tollo con cuatro jaras y nos encerramos los dos en él,... (*Viejas*, 66).

30. —¿Qué tiene usted que decir de *este* perro? (*Viejas*, 78).

31. —¿Quiere usted saber las perdices que se apiolan en *este* término con el reclamo de marzo a junio? (*Viejas*, 93).

32. Tosió, al concluir, y la bata de flores rojas y verdes dijo:

—*Este* niño se ha constipado (*Príncipe*, 15).

33. La Vítora le consideró con una suerte de lejana compasión. Dijo como para sí: «Qué cosas tiene *esta* criatura.» (*Príncipe*, 17).

34. —Tengo mucha tela que cortar; deme la leche y luego el Santines que me suba *esto*. —Le tendió un papel al señor Avelino. (*Príncipe*, 19).

35. —¿No es *ésta*, por casualidad, la nena del señor Infante, el de Tapiosa? (*Príncipe*, 20).

36. —¿Qué número hace?
—¿*Éste*? El quinto. (*Príncipe*, 21).

37. La Vítora examinó un momento a Juan, levemente descolorido,...:
—Ha adelgazado *este* chico... (*Príncipe*, 23).

38. ...y la niña se recostó en su pecho y cerró los ojos. Dijo:
—*Esta* criatura está muerto de sueño. (*Príncipe*, 45).

39. Intervino la Domi:
—Si le das palique a *éste* ya vas arreglada. (*Príncipe*, 46).

40. La Vítora tomó el receptor y amplió el volumen.
—Me pirro por *esta* copla... (*Príncipe*, 46).

41. ...le revolvió el pelo y le dijo:
—¿Qué dice *este* mico? (*Príncipe*, 54).

42. ...y Merche le dijo abriendo un libro:
—Pablo, por favor, puedes explicarme *esto*... (*Príncipe*, 56).

43. —¿Tienes más cromos? —¡Tres! —dijo Juan—. Mira, *éstos*. (*Príncipe*, 56).

44. Dijo Mamá:
—*Este* chico me tiene aburrida. (*Príncipe*, 63).

45. —Anda, échalo, ya se le hizo la bola; las tragaderas de *este* niño son una calamidad. (*Príncipe*, 65).

46. Mamá tenía los ojos brillantes, como si fuera a llorar. Musitó: «Yo no sé qué va a ser de *esta* criatura» (*Príncipe*, 66).

47. —¿Ves? —dijo Papá—, *éstos* son otra cosa. (*Príncipe*, 68).

48. —La guerra —dijo Quico, y destapó el tubo de dentífrico—: *Éste* era un cañón. ¡Boooom! (*Príncipe*, 68).

49. —En *esta* casa —respondió Mamá— son muchos los que dicen cosas inconvenientes. (*Príncipe*, 72).

50. Mira, Quico, en *este* mundo cada cual tiene su disco... (*Príncipe*, 72).

51. —Quico, hijo mío, si en *esta* vida ves antes la paja en el ojo ajeno que la viga en el propio... (*Príncipe*, 73).

52. Lo primero que has de aprender en *este* mundo es a ser imparcial. (*Príncipe*, 73).

53. *Este* niño necesita un cariño especial, Merche. (*Príncipe*, 86).

54. Hay que ir con mucho tiento. Mira *este* pobre. (*Príncipe*, 87).

55. ...Quisiera saber dónde aprende *este* chico esas palabrotas. (*Príncipe*, 88).

56. ...Juan dejó de leer y le dijo confidencialmente:
—Me voy a escapar de *esta* casa. (*Príncipe*, 90).

57. —Mira que es rebelde *este* niño. (*Príncipe*, 98).

58. —*Estos* chavales de casa fina, ya se sabe; ni carne ni pescado. (*Príncipe*, 102).

59. —¿Y es el más chico *éste*?
—El quinto es —dijo la Vítora. (*Príncipe*, 104).

60. Dijo, tras una fumada profunda:
—Ya está curioso *esto*, ya. (*Príncipe*, 106).

61. Se recostaba en el fogón de sintasol rojo y apuntó con el cigarrillo para el termo:
—¿y *esto*? (*Príncipe*, 106).

62. La Domi, con la niña en brazos, le guiñó un ojo y reforzó:
—*Este* chico lo que no ve, lo inventa. (*Príncipe*, 110).

63. —No, ¿qué es *esto*?
—Un señor del tren.
—¿Y *esto*?
—El sol, y eso, otro señor del coche. (*Príncipe*, 114).

64. —*Este* niño es imaginativo, ¿verdad? (*Príncipe*, 131).

65. ...Bueno...aquí tampoco...nada...no se ve nada...¿te hago daño?...tampoco...sí que es raro *esto*;... (*Príncipe*, 133).

66. ...las tragaderas de *este* niño son una calamidad. (*Príncipe*, 133).

67. *Este* chico es el anteúltimo, ¿no es cierto? (*Príncipe*, 134).

68. ...De forma que durante dos años y medio *éste* ha sido el benjamín de la casa, ¿no es cierto? (*Príncipe*, 134).

69. «...yo no sé si *esta* casa acabará siendo el palacio real o un manicomio». (*Príncipe*, 141).

70. Dibujaba con pulso inseguro, sonriente palitos y aros...

—*Ésta* es la O —dijo. (*Príncipe*, 141).

71. Trazó torpemente un palo vertical y le coronó con un punto: —*Ésta* es la I —añadió. (*Príncipe*, 142).

72. —Señora —dijo—, yo no sé qué hacer con *esta* cría; me se duerme toda,... (*Príncipe*, 143).

73. La Domi señaló para el Quico con encono:
—*Éstos* la despertaron, como siempre. (*Príncipe*, 143).

74. También la Vítora rio nerviosamente:
—Para todo encuentra salida *este* crío... (*Príncipe*, 146).

75. Pero están *éstos* y hay que fingir. (*Príncipe*, 147).

76. Y el Conejo le dijo a Porky:
—*Estos* gandules siempre se nos adelantan. (*Príncipe*, 151).

77. Quico engullía la tortilla con relativa rapidez.
—*Esto* te gusta, ¿eh, granuja?... (*Príncipe*, 156).

78. La voz de Mamá era tonante...
—¿Cómo está *este* niño levantado?... (*Príncipe*, 160).

79. Fue Domi la que entró:
—¿A santo de qué armas *este* escándalo? (*Príncipe*, 163).

5.1.2. Señalamiento hacia el tú o su zona de influencia

1. ...y la Modes se colgó de él como si hiciera un año que no le veía. «*Eso* es por lo que te quiero, gandul, ¿me oyes? Nada más que por lo que te quiero», decía a voces. (*Diario*, 38).

2. Le di las buenas tardes y él dijo «si no sabíamos que *eso* estaba penado». (*Diario*, 51).

3. A poco dijo que sí que recordaba que cada vez que veían una película de la Joan Bennet le decía: «Vales tú cincuenta veces lo que *esa* mujer»,... (*Diario*, 85).

4. Él ansioso voceó otra vez «¡mía!», pero me planté y le dije de malos modos que *esa* liebre la había quedado yo como me llamo Lorenzo. (*Diario*, 134).

5. Al salir del tollo me dijo Patrocinio de mal humor: «*Esa* pierna adelantarías más cortándola.» (*Viejas*, 66).

6. —Espera, Vito —dijo el niño—. Déjame coger *eso*.
—¿Cuál?
—*Eso*.
Alargó la pequeña mano hasta la estantería de los libros y cogió un tubo estrujado de pasta dentrífica... (*Príncipe*, 11).

7. Quico estiró un dedo y lo fue arrimando poco a poco hasta tocar el papel:
—¿Quién es *ése*? —preguntó.
—El Cosaco Verde —respondió Juan. (*Príncipe*, 24).

8. —¿Y *ése*?
—*Ése* es Tang;... (*Príncipe*, 24).

9. Miró el jeroglífico, frunciendo el ceño y dijo despectivamente:
—¿Es la playa *eso*? (*Príncipe*, 25).

10. Quico le miró, escéptico. —¿Es *eso* el infierno? —preguntó. (*Príncipe*, 39).

11. ...*ese* beso que tú me pides ahora y siempre te lo he de dar yo. (*Príncipe*, 95).

12. Quico dio otro par de saltitos. Juan le miró y dijo:
—*Eso* es que se ha repasado, seguro. (*Príncipe*, 98).

13. La niña enredaba con un pájaro de baquelita que había entrado en su prisión. Dijo Quico: —*Ese* pájaro es mío. (*Príncipe*, 116).

14. —No, Cris —le reprendió—. *Eso* es para hacer caca. (*Príncipe*, 119).

15. Se sentó en el sillón frente a la tía Cuqui y añadió: Vítora, llévese *esos* espárragos. (*Príncipe*, 146).

16. ...*eso* no es una escopeta, ¿sabes?, es la trompa de un gramófono del tiempo de Maricastaña. (*Príncipe*, 148).

5.1.3. Señalamiento hacia el objeto, algo que está alejado del *yo* y del *tú*

1. ...quien adquirió «todas *aquellas* casas que tienen la faz contra el mercado de la calle que llaman de Ollero...». (*Vivir*, 16).

2. Después entregó a Juan González, el verdugo, un cordón de seda para que le atara los pulgares. Seguidamente preguntó: «¿Para qué es el garabato que está en *ese* madero?» (*Vivir*, 16).

3. Pues bien, la muchacha tardó cinco días en asomarse a la playa y, cuando lo hizo, casi a la fuerza, todo lo que se la ocurrió preguntar... es si *aquella* agua no se salía nunca. (*Vivir*, 126).

4. ...Antonio Merino, puntilloso tirador, Vicente Presa, a quien le gané la última comida en su feudo de Villamarciel —*aquel* parro le bajé yo, Vicente—,... (*Diario*, 5).

5. No sé por qué me viene a la sesera cada vez que se abre la temporada la perdiz *aquella* de Villalba; la que me hizo la torre. (*Diario*, 13).

6. Ahora, cada vez que me encuentro a don Florián, inflo el pecho. Va y me dice: «¡Quién me iba a decir a mí que *aquel* rapaz sería con el tiempo la mejor escopeta de la provincia!» (*Diario*, 14).

7. Voy a intentar dormir, aunque de seguro volverá la perdiz *aquella* de Villalba. (*Diario*, 14).

8. Ciertamente daba rilis *aquel* cielo negro y el brillo de los relámpagos y el ruido de los truenos. (*Diario*, 27).

9. Sobre la una, cuando llevábamos delante más de un ciento de ellas, apareció un jurado y nos dijo que *aquello* era vedado. (*Diario*, 41).

10. Le pregunté si es que me iba a denunciar y si por casualidad era *aquello* terreno de Muro. (*Diario*, 51).

11. No charlaba de caza con él desde la perdiz *aquella*, en la Mudarra. (*Diario*, 64).

12. Mañana subiremos con Tochano y los suyos a lo de Villalba, donde la perdiz *aquella*. (*Diario*, 65).

13. A la noche pasó la mujer de Crescencio con una camisa mía y preguntó a la madre si era *esa* la prenda que faltaba. (*Diario*, 131).

14. ...y a la segunda le tiramos al tiempo, como la perdiz *aquella* de Villalba,... (*Diario*, 133).

15. ...y fui y le dije: «¿No será *aquel* que sube Hernando Hernando, el de la cantina?» (*Viejas*, 73).

16. —¿Y esto?
—El sol, y *eso*, otro señor del coche. (*Príncipe*, 114).

17. —¿No estarán los demonios detrás de *eso*? —apuntó al extraño artefacto de hierro y cristal. (*Príncipe*, 131).

18. —Vamos a ver —dijo—, quítate la ropita. *Eso* no hace falta;... (*Príncipe*, 132).

5.1.4. Casos de anadeixis

1. ¿Por qué se llamó así esa Casa? ¿No viviría en ella el almirante? He aquí la razón que inspiró la iniciativa de don Jaime Alba, embajador en Brasil, de levantar *esta* Casa-Museo,... (*Vivir*, 199).

2. En España, país muy poco leído, no se rechazan las ideas —que se desconocen— sino las personas;... En

este difícil país nuestro, aunque otra cosa se predique, no hay contraposición de ideas. (*Vivir*, 220).

3. Luego me preguntó si era Sisinio quien tiene *esa* vereda. (*Diario*, 29).

4. «Proeza de un joven cazador. El joven de la localidad, Vicente Ansoátegui, tuvo la fortuna de matar ayer una hermosa liebre en *este* término municipal...» (*Diario*, 36).

5. Tochano, al verle así, se puso a jurar y a decir que uno tira a una perdiz a *esa* distancia y ni le toca... (*Diario*, 141).

6. Decididamente, si cae, mañana a estas horas soy socio de un monte. Cada día es menos rentable *esto* de cazar a rabo en campo abierto. (*Diario*, 153).

5.1.5. Casos de deixis textual

1. Reúno en *estas* cortas páginas una serie de artículos publicados en diversos diarios españoles... (*Vivir*, 7).

2. En principio, pensé sistematizar *este* pequeño volumen agrupando los trabajos por materias,... (*Vivir*, 7).

3. De ahí que en *este* repertorio se acojan intentos humorísticos y preocupaciones trascendentes,... (*Vivir*, 7).

4. Quiero decir que la única nota común de *estos* trabajos es la de haber sido publicados en periódicos diarios... (*Vivir*, 7).

5. Y si no es caso de extender más *este* artículo, tampoco lo es de omitir un recuerdo a los molinos de viento. (*Vivir*, 23).

6. ...porque entiendo que «Jorobita» —ese animal tan disparatadamente humano que surge ya impaciente tras *esta* página— es un joven torito que se presenta solo. (*Vivir*, 102).

7. ...cristianamente ha descansado en su rincón catalán José Vidal y yo, con el pulso aún inseguro, quiero rendirle desde mi rincón castellano, el homenaje de *estos* renglones. (*Vivir*, 110).

8. Sería malevolencia tratar de buscar en *estas* líneas deslices demagógicos cuando sólo están dictadas por un estricto espíritu de justicia. (*Vivir*, 192).

9. ...a esos cazadores —digo— que todavía van a la pieza noblemente,...va dedicado *este* libro. (*Diario*, 5).

5.1.6. Giros lexicalizados con valor predominantemente local

1. Las victorias del equipo madrileño han reverdecido los laureles del fútbol español tan a punto de agostarse después de las torpes exhibiciones del conjunto nacional por *esos* campos de Dios. (*Vivir*, 85).

2. Cuando dentro de un cuadro de lógica elemental deberíamos decir: si *esto* está mal o *aquello* marcha inadecuadamente, evitémoslo... (*Vivir*, 111).

3. Antes que afirmar, niega; antes que *esto*, es *antiaquello*. (*Vivir*, 219).

4. ...cualquier tipo de la calle no es más que un mandado en la Tierra y que no basta tener en la cartera un buen fajo para determinar *esto* hago y *esto* no hago. (*Diario*, 128).

5. ...¿cómo coños van a tener paciencia para buscar la perdiz, levantarla, cansarla y matarla luego, después de comerse un taco tranquilamente a la abrigada charlando de *esto* y de lo *otro*? (*Viejas*, 88).

6. —¿Es que no tienes lengua? ¿Es que no sabes decir sí o no, *esto* me gusta o *esto* no me gusta? (*Príncipe*, 69).

5.2. DEIXIS TEMPORAL

5.2.1. Casos de señalamiento hacia el pasado

1. «El Gobierno hizo nevar *aquel* día y Paulina cogió un resfriado», escribirán. (*Vivir*, 80).

2. Y toda mi ilusión, por *aquel* tiempo, estribaba en confundirme con los muchachos de ciudad... (*Viejas*, 10).

5.2.2. Casos de señalamiento hacia el presente

1. En *estos* primeros días de junio, esta zona se anima con el canto de los grillos... (*Vivir*, 12).

2. Si uno se acerca a un vecino y le pregunta por la casa donde don Álvaro de Luna confesó antes de su muerte, le dirá: «Soy nuevo aquí; no sé de ningún vecino que haya muerto en *estos* días». (*Vivir*, 13).

3. ...proyecta en *estos* días, con acogida clamorosa, la película de Lucien Emmer «Tres enamoradas». (*Vivir*, 16).

4. A González Ruano, que posiblemente sea uno de los escritores de *esta* hora con más artículos periodísticos sobre los huesos,... (*Vivir*, 27).

5. ...deberían constituir lectura obligatoria en las escuelas del mundo, particularmente en *esta* hora en que todos nos esforzamos por ser más ricos,... (*Vivir*, 36).

6. En *esta* época en que el cine y la literatura propenden a la exaltación del héroe brutal,... (*Vivir*, 37).

7. En *esta* época tan dada al endiosamiento,..., alcanza un relieve insólito la sencilla humanidad de Albert Schweitzer,... (*Vivir*, 38).

8. —Saluda a Cossío; es uno de los pintores españoles de *este* siglo con verdadero talento. (*Vivir*, 103).

9. —La furgoneta del Emiliano. ¿Dónde irá el Emiliano a *estas* horas? (*Vivir*, 123).

10. ...parece probado que en un solo pueblo de la provincia aludida han sido destruidos *esta* temporada alrededor de cien nidos... (*Vivir*, 132).

11. ...y despertar la economía nacional, que, aunque no sea *este* el momento más oportuno de decirlo,... (*Vivir*, 147).

12. ...el «Prix des Editeurs» ha recaído *este* año en una novela del alemán Uwe Jhonson,... (*Vivir*, 159).

13. En *estos* días navideños, tan despojados, en esencia, de carácter fúnebre, ha muerto un adolescente,... (*Vivir*, 162).

14. Quién sabe lo que Juan Arias, el muchacho, pensaba durante *estos* últimos meses? (*Vivir*, 164).

15. No es *éste* el momento oportuno para discurrir sobre el realce que una medalla pueda atribuir a la persona portadora... (*Vivir*, 169).

16. ...donde ha surgido en *estos* últimos años una nueva riqueza campesina: la avicultura. (*Vivir*, 204).

17. Dice que, en cambio, la perdiz crio bien *este* año... (*Diario*, 8).

18. A las siete me dijo: «¿Y qué hago yo a *estas* horas si no puedo sacar una silla a la puerta?» (*Diario*, 9).

19. Me supuse que sería otra vez el vino, pero ella dijo que no, que *esta* vez tiene calentura. (*Diario*, 11).

20. Decididamente no hay codorniz *este* año. (*Diario*, 14).

21. La madre me dice que en casa del señor Moro tuvieron barullo *esta* tarde... (*Diario*, 16).

22. Don Basilio, el director, echó *esta* mañana un buen rapapolvo a José el de Secretaría. (*Diario*, 18).

23. La Sociedad de Cazadores era *esta* tarde una olla de grillos. (*Diario*, 18).

24. Me dijo que las parejas andan muy movidas *este* año. (*Diario*, 20).

25. Entré en el estanco *esta* mañana por unas pólizas... (*Diario*, 23).

26. Don Basilio me dijo *esta* mañana que me quitara el blusón... (*Diario*, 25).

27. *Esta* mañana empezó la de Alemán... (*Diario*, 25).

28. *Esta* mañana me dijo José, el de Secretaría,... (*Diario*, 27).

29. La Modes pasó por casa *esta* tarde. (*Diario*, 27).

30. El señor Moro ha hecho *estos* días varias matrículas de los de fuera... (*Diario*, 33).

31. Uno se me cuadró *esta* mañana... (*Diario*, 35).

32. ¡*Esta* mañana bajé por unos churros para celebrar la fiesta. (*Diario*, 37).

33. A Melecio le confesé *este* mediodía que hay una chavea que me tiene gilí. (*Diario*, 39).

34. Le dije también que me había citado para *esta* tarde... (*Diario*, 41).

35. *Esta* mañana me topé con la de Alemán,... (*Diario*, 44).

36. Terminó por decir que esperaba que fuese *ésta* la primera y la última vez. (*Diario*, 44).

37. Le pregunté *esta* mañana al señor Moro si no nos renovarán el abrigo *este* invierno,... (*Diario*, 45).

38. A Melecio le conté *esta* tarde lo del Pavo. (*Diario*, 45).

39. ...y que *esta* mañana la vi salir de la churrería... (*Diario*, 45).

40. *Esta* mañana bajé por una pela de churros. (*Diario*, 47).

41. Hubo Claustro *esta* tarde. (*Diario*, 49).

42. Como me prometió el Pavo, la Tuna estuvo *esta* noche donde Anita. (*Diario*, 53).

43. La verdad es que tres pelas en *estos* tiempos no son dinero. (*Diario*, 54).

44. Estuve *esta* tarde a ver a la perra. (*Diario*, 54).

45. En cuanto oteé al Mele *esta* tarde trasteando en la calle,... (*Diario*, 55).

46. *Esta* tarde me llegué a su casa a llevarle su parte... (*Diario*, 55).

47. Cuando subí a comer *este* mediodía no se podía parar. (*Diario*, 56).

48. *Esta* noche tuvo un percance el correo de Irún. (*Diario*, 61).

49. Don Basilio me llamó *esta* mañana a su despacho... (*Diario*, 61).

50. Melecio me dijo *esta* tarde que ha habido otra reunión... (*Diario*, 62).

51. Don Basilio me dio *esta* mañana una participación de cinco duros para el sorteo de Navidad. (*Diario*, 63).

52. Al volver del estanco me tropecé *este* mediodía con el de Francés... (*Diario*, 63).

53. Pero *esta* tarde ya le había pasado. (*Diario*, 65).

54. No sé por qué *este* año me daba a mí el pálpito... (*Diario*, 65).

55. Vino Melecio *este* mediodía. (*Diario*, 68).

56. *Esta* tarde me soltaron la grati... (*Diario*, 68).

57. La madre me dijo *esta* noche que le pida a don Basilio un anticipo... (*Diario*, 70).

58. Me llegué *esta* mañana al cuartelillo,... (*Diario*, 70).

59. ...y que su padre no fue a comer las uvas porque *ésta* es una buena noche para el negocio. (*Diario*, 73).

60. *Estas* noches tardo en agarrar el sueño más de la cuenta. (*Diario*, 74).

61. Anita me dijo *esta* tarde que le gusta que vaya bien arreglado... (*Diario*, 75).

62. De casualidad oí decir *esta* mañana al de Historia Natural... (*Diario*, 76).

63. La plaza de San Roque estaba atestada *esta* mañana. (*Diario*, 77).

64. *Esta* tarde llegó Crescencio de Santander. (*Diario*, 78).

65. Cuando me llamó don Basilio *esta* mañana... (*Diario*, 79).

66. De entrada, *esta* mañana, se puso a zamarrearme. (*Diario*, 80).

67. *Esta* mañana le hablé al Pavo del asunto... (*Diario*, 82).

68. Me preguntó *este* mediodía por la venta de los apuntes... (*Diario*, 82).

69. El trató de animarse y me preguntó cómo nos las arreglamos los pobres en *estos* tiempos. (*Diario*, 82).

70. Tocó *esta* tarde, por primera vez, la Orquesta Municipal. (*Diario*, 82).

71. Anita vino *esta* noche con las chorradas de siempre. (*Diario*, 84).

72. *Este* mediodía me disculpé con el Pavo por no haberle subido a comer la liebre. (*Diario*, 85).

73. Don Basilio me preguntó *esta* mañana por la calefacción. (*Diario*, 86).

74. La peña parecía *esta* tarde un funeral. (*Diario*, 86).

75. O mejor todavía, tú le dirás al Señor: «Señor, si no os enoja, yo quisiera que me ojearan *esta* mañana unas perdices.» (*Diario*, 91).

76. El cura le dijo que él no le engañaría en *este* trance,... (*Diario*, 92).

77. Bien pensado, es una bobería, ya que el Pepe puede andar a *estas* horas tirando faisanes a mansalva. (*Diario*, 93).

78. Así y todo me encuentro como aliquebrado *esta* noche. (*Diario*, 93).

79. Le pregunté *esta* mañana a José y nada. (*Diario*, 94).

80. Al regresar *esta* mañana de la tienda de don Rafael me encontré a Melecio... (*Diario*, 96).

81. *Esta* mañana encontré a la de Alemán y al de Francés... (*Diario*, 98).

82. *Esta* tarde encontré a la Modes... (*Diario*, 98).

83. El vaina de Crescencio me pidió *esta* mañana que le dé la hora en Dibujo. (*Diario*, 100).

84. ...*esta* noche al afeitarme me dejé el bigote. (*Diario*, 100).

85. Estuve con ella *esta* tarde en la «Cerve»... (*Diario*, 100).

86. De regreso dijo Zacarías que *este* año nos quedábamos sin la copa de anís... (*Diario*, 101).

87. El de Francés me sonrió *esta* mañana al darle la hora. (*Diario*, 103).

88. Al final me dijo una verdad como un templo: que en *estos* tiempos uno va a comprar y le piden la luna,... (*Diario*, 105).

89. Juan andaba muy murrio *esta* tarde. (*Diario*, 105).

90. *Esta* tarde llamé la atención a una pareja. (*Diario*, 110).

91. El vaina de Crescencio me confesó *esta* mañana... (*Diario*, 112).

92. *Esta* tarde vi que se colaba el hermano de Fermín. (*Diario*, 112).

93. *Este* mediodía le conté al Pavo lo de la mixomatosis... (*Diario*, 115).

94. La Modes vino un rato *esta* tarde. (*Diario*, 116).

95. Algunos profesores dieron las notas *esta* mañana. (*Diario*, 116).

96. Colé *esta* tarde a la Amparo y Melecio de guagua. (*Diario*, 117).

97. *Esta* tarde estuve a verla y ya corre como un conejo. (*Diario*, 117).

98. Me queman las piernas del sol de *esta* mañana. (*Diario*, 118).

99. Colé *esta* tarde a la madre,... (*Diario*, 118).

100. *Esta* tarde me tropecé a Cosme. (*Diario*, 119).

101. Vi a Melecio *este* mediodía. (*Diario*, 120).

102. Me dijo que ha oído decir que entró poca codorniz *este* año... (*Diario*, 120).

103. Don Basilio subió *esta* mañana a felicitar a la madre. (*Diario*, 123).

104. En cuanto llegué *esta* tarde me dio un repaso. (*Diario*, 123).

105. Le pregunté en qué se basaba y dijo que en los ingresos de otros años por *estas* fechas... (*Diario*, 124).

106. A la madre le dio otra vez el telele *esta* noche. (*Diario*, 124).

107. Le propuse a Melecio ir al cine *esta* tarde y aceptó. (*Diario*, 124).

108. *Esta* mañana visité a Aquilino... (*Diario*, 125).

109. Tropecé *esta* mañana en la calle con don Adolfo,... (*Diario*, 126).

110. ...dijo que tenía entendido que entró poca codorniz *este* año. (*Diario*, 126).

111. Manolo estuvo rondándome *esta* tarde... (*Diario*, 130).

112. La madre volvió a enzarzarse *esta* tarde con la Carmina. (*Diario*, 131).

113. ...pero que contó diecinueve al tenderlas *esta* mañana... (*Diario*, 131).

114. ...y resulta que su chica la cogió por equivocación *esta* mañana. (*Diario*, 131).

115. *Esta* tarde rompió aguas la Modes. (*Diario*, 132).

116. *Esta* tarde me decidí. (*Diario*, 135).

117. Subimos *esta* mañana a los meandros de Villavieja,... (*Diario*, 138).

118. Tropecé *esta* mañana con don Rodrigo en la Sala de Profesores. (*Diario*, 139).

119. *Esta* noche cerré balance:... (*Diario*, 139).

120. Vi a Tomasito *esta* noche en la Plaza,... (*Diario*, 142).

121. *Esta* mañana me recordó el de Francés que le dé la hora... (*Diario*, 142).

122. Por si faltase algo, a la madre le volvió el telele *esta* noche. (*Diario*, 145).

123. Ya le dije que ella siempre daba a luz bien y que *esta* vez además estaba poco abultada. (*Diario*, 145).

124. ...y que ahora dice que el Mele se ha vuelto a meter en el vientre de su madre y que *esta* vez no le hará tan faldero como la primera. (*Diario*, 146).

125. Crescencio me comunicó *esta* mañana que han retirado los obvencionales... (*Diario*, 148).

126. *Esta* mañana me salió con que la churrera está majilla,... (*Diario*, 149).

127. Llevaba unos días murria desde que Tino avisó que tampoco vendrían *este* año. (*Diario*, 153).

128. Si no toca *este* año, no toca nunca. (*Diario*, 153).

129. Decididamente, si cae, mañana a *estas* horas soy socio de un monte. (*Diario*, 153).

130. El año pasado por *estas* fechas también Anita y yo estábamos de monos. (*Diario*, 155).

131. La madre se puso *esta* tarde a la muerte. (*Diario*, 157).

132. Los de la Universidad se presentaron *esta* mañana a sacar a los chicos... (*Diario*, 158).

133. La pregunté que qué pintaba aquí a *estas* horas... (*Diario*, 161).

134. «*Este* año no cosechamos ni el 50 por 100 que el noventa y ocho». (*Viejas*, 58).

135. O bien: «*Este* año la cosecha viene bien,...» (*Viejas*, 58).

136. Ya ve usted, sin ir más lejos, *este* año en Villagina,... (*Viejas*, 99).

137. —¿Cuándo, Juan?

—*Esta* noche.

—¿Te vas a escapar *esta* noche de casa, Juan? ((*Principe*, 90).

138. ...y *ésta* es la primera vez que uno se traga un clavo en represalia. (*Príncipe*, 136).

5.2.3. Giros lexicalizados con valor predominantemente temporal

1. …y ella colocó, sobre el hornillo grande, otra cazuela, y *en éstas* llamaron a la puerta. (*Príncipe*, 41).

2. …Y Papá dijo que tenía entendido que más bien como de piedra pómez y, *en éstas*, Mamá…les dijo muy seriamente si no podían cambiar de conversación… (*Príncipe*, 62).

3. …y la Domi respondió que "¡qué iba a hacerle ella, que como no le pusiera una pinza de la ropa" y, *en éstas*, Mamá se enfureció… (*Príncipe*, 99).

4. Uno se pregunta si el cine, sin la palabra, el color y el relieve…no estaría *a estas alturas* a un nivel artístico más estimable de lo que está. (*Vivir*, 19).

5. Afirmar *a estas alturas* que los españoles somos un pueblo apasionado no es descubrir ningún Mediterráneo. (*Vivir*, 33).

6. …porque *a estas alturas* ya no podría ganarme la vida de otra manera. (*Vivir*, 104).

7. *A estas alturas* iba resultando risible aquella arcaica expresión de descabezar una siesta. (*Vivir*, 136).

8. Habremos alcanzado entonces una automación perfecta, la cumbre del progreso y *a esas alturas* de civilización el hombre de nuestro tiempo ya no experimentará angustia… (*Vivir*, 137).

9. Por de pronto, *a estas alturas*, juzgo inservibles los elementales criterios estimativos de nuestras abuelas… (*Vivir*, 154).

10. …Los premios han proliferado tanto en poco tiempo, que *a estas alturas* es materialmente imposible destacar, cada año y cada premio, una obra meritoria. (*Vivir*, 155).

11. *A estas alturas* es un elemental principio de justicia el que cada hombre parta de cero… (*Vivir*, 182).

12. *A estas alturas*, resulta obvio que si aspiramos a un buen pasar en el orden administrativo,… (*Vivir*, 188).

13. Hacer nueve perdices entre dos escopetas *a estas alturas* es una hazaña. (*Diario*, 76).

14. Respondió que no esperaba otra cosa *a estas alturas*,… (*Diario*, 104).

15. Uno piensa, *en esos casos*, que jamás volverá a escribir, porque ello significa un esfuerzo desproporcionado. (*Vivir*, 28).

16. Esta cosa del Nadal —por encima, *en este caso*, de una amistad entrañable— crea indudablemente un vínculo. (*Vivir*, 67).

17. …(Justa es una palabra incómoda pero insustituible, *en este caso*, para delimitar el concepto caridad, tan maltratado el pobre.) (*Vivir*, 120).

18. Con la aparición del cazador de huevos viene a invertirse el orden de los factores, que *en este caso* sí alteran el producto:… (*Vivir*, 133).

19. Le dije si había algo que mereciera la pena y respondió que sí, pero que sólo en 12 y 20. *En ese caso* no interesa. (*Diario*, 24).

20. La madre y yo nos acostamos a las mil, determinando lo que haremos si nos cae el gordo. Ya le advertí que, *en ese caso,* retiraré mil duros para hacerme ropa. (*Diario*, 65).

21. Él dijo entonces que sólo por el gusto de atraparlas y luego las soltaría. Le dije que *en ese caso*, bien. (*Diario*, 124).

22. De chico, si los cables traían mucha carga, zumbaban como abejorros y, *en estos casos*, la tía Marcelina afirmaba que la descarga podía matar a un hombre… (*Viejas*, 17).

23. Muchas veces yo me extasiaba ante el abejaruco disecado…*En esos casos* la tía Marcelina me miraba complacida… (*Viejas*, 30).

24. El año de la Gran Guerra, cuando yo partí, se contaron en mi pueblo, de Virgen a Virgen, hasta veintiséis tormentas. *En esos casos* el alto cielo se poblaba de nubes cárdenas. (*Viejas*, 45).

25. El Isidoro era mi padre, y Madre se puso loca, y como *en esos casos*, según es sabido, lo mejor son los golpes,… (*Viejas*, 46).

26. A veces la prende con un chisquero de mecha, de fuego sin llama y, *en esos casos*, en torno al Barbas se forma una atmósfera irrespirable,… (*Viejas*, 78).

27. No te diré que sea una enfermedad psíquica, pero se le parece. *En estos casos* hay que actuar con sumo tacto,… (*Príncipe*, 135).

28. En resumen, los «divos», los fijos, las marcas, etc., vienen *de un tiempo a esta parte* ablandando el bravo deporte de la bicicleta… (*Vivir*, 46).

5.3. VALOR ANAFÓRICO

5.3.1. Casos de anáfora dual

1. Que ningún padre de familia numerosa sea sancionado por el hecho de retrasar la renovación de sus papeles, la renovación de sus hijos, tomar un papel por otro, un hijo por otro o extraviar bien sea uno de *éstos* o uno de *aquéllos*,... (*Vivir*, 84).

2. Y esto que decimos del Estado puede ser aplicado a los municipios. Y, por supuesto, *aquél* debe exigir a *éstos*...la colaboración que se nieguen a prestar voluntariamente. (*Vivir*, 209).

3. No obstante, el español es hombre de tertulia, de grupo, de capillita, y una vez inserto en *aquéllos* o enrolado en *ésta*,... (*Vivir*, 166).

5.3.2. Casos de anáfora plural

1. Esto quiere decir que cada cual habla de la Historia conforme le fue en ella y que no es infrecuente que el héroe de unos sea un pirata para otros o el genio conquistador de *éstos* sea un déspota para *aquéllos*, y un cobarde para *los de más allá*. (*Vivir*, 96).

5.3.3. Casos de anáfora fiel

1. Y el «*Epítome del párvulo*» aclaraba, más o menos, que Juan II era un rey artista y don Álvaro de Luna, su privado, mas uno, que entonces era un párvulo...sin otra cultura que *aquel epítome*,... (*Vivir*, 9).

2. ...lo que aconsejó a las autoridades trasladar al cautivo a la *casa de don Alonso Estúñiga*, en la *calle Francos*,...Ello no obsta para que el Condestable sufriera en *esta calle* y en *esa casa* la prolongada agonía de su última noche en el mundo. (*Vivir*, 13).

3. En las primeras horas de la mañana se organizó el desfile del prisionero hasta la Plaza Mayor, recorriendo las *calles* de Francos, Esgueva, Plazuela Vieja... Algunas de *estas calles* pertenecen al Valladolid del conde Ansúrez...En la actualidad es en *estas calles* sombrías, de poco tráfico, donde tienen su sede artesanos... (*Vivir*, 14).

4. Ello indujo a algunos a divulgar la leyenda de que en una *argolla de hierro* adherida a uno de los edificios...fue atado don Álvaro para ser ejecutado. Tal informe es incierto, supuesto que *esta argolla* es una de las muchas que existían... (*Vivir*, 15).

5. No obstante, la Castilla austera e implacable, la Castilla árida y hosca,...se conserva en toda su pureza en extensas zonas de Palencia y Valladolid. A *esta Castilla* es a la que me refiero. (*Vivir*, 21).

6. Una extraña fluidez anima la pluma. Es el *momento propicio* para abordar la trilogía...Lo peliagudo en *ese*

momento psicológico,... (*Vivir*, 29).

7. Allá donde el ingeniero se limite a explotar una *riqueza* existente se me antoja razonable que sea *esta riqueza* la que determine su número. (*Vivir*, 35).

8. ...alcanza un relieve insólito la sencilla humanidad de Albert Schweitzer, un *hombre* desentendido de toda vanidad...Todo esto me hace pensar en la conveniencia de divulgar las vidas de *estos hombres* verdaderamente grandes... (*Vivir*, 38).

9. ...el secreto de la didáctica reside en tender un *puente* asequible entre el maestro y los discípulos, y que *ese puente* no puede ser otro que un libro afortunado,... (*Vivir*, 40).

10. ...para evidenciar que los malos son capaces de dar la *vuelta a Francia* en bicicleta en menos tiempo que los buenos...Es de esperar que *esta desconcertante, anárquica...Vuelta a Francia 1956*,... (*Vivir*, 43).

11. En los *desfiles procesionales* de la Semana Santa, la masa requiere un desahogo emocional,...El conflicto entre la bondad intachable de Jesús y la refinada perversidad de los sayones, alcanza en *estos desfiles* un patetismo dramático. (*Vivir*, 50).

12. En las *ciudades citadas*, la particularidad de Río dimana de su luz y de su fronda; la de Buenos Aires, de su enorme densidad demográfica,...*estas ciudades* carecen de notas sustanciales, definidoras. (*Vivir*, 55).

13. En Europa, cada ciudad tiene su *sello*, siquiera *este sello* no se haga ostensible en sus barrios céntricos,... (*Vivir*, 55).

14. Si hay un *final* previsible de la vida sobre la Tierra, *ese final* se producirá el día que las fuerzas desatadas por el hombre... (*Vivir*, 80).

15. Muy *satisfecho* —con *esa satisfacción pueril* que nos desborda a los españoles cuando en lugar de cobrarnos 1.000 por un artículo nos lo ceden en 999—... (*Vivir*, 81).

16. ...tomé posiciones en el tren después de cerciorarme de que el carnet de identidad, el *carnet de familia*

numerosa, la tarjeta sin la cual *este último carnet* es papel mojado,... (*Vivir*, 81).

17. ...no se apresta a reforzar su cuadro con savia nueva sacada de sus propios viveros, sino que pretende incorporar al club dos figuras de relieve mundial a costa de un *buen puñado de millones de pesetas*...*Estos millones* podrían ser muy útiles...para formar a las nuevas promociones,... (*Vivir*, 87).

18. Mucho me temo que con *estos movimientos de caridad colectiva organizada* estemos dando al traste con el verdadero sentido de la caridad...me pregunto si con *estos movimientos* no tratamos de disfrazar de caridad la falta de justicia. (*Vivir*, 93).

19. Es posible que estas medidas sirvan para juntar un *dinero* que sin ellas nunca se podría juntar. Es posible que *esos dineros* vengan luego a remediar necesidades urgentes... (*Vivir*, 94).

20. ...y enseñarles a odiar o despreciar a determinados *pueblos* desde que nacen. A mi entender, ningún país del globo está libre de pecado, a excepción, tal vez, de *esos pueblos inteligentes*,... (*Vivir*, 96).

21. Conozco a una *señora* que goza poniéndose frente a frente a dos desconocidos...*Esta señora* puntualiza sabiamente... (*Vivir*, 98).

22. Los resultados, pues, hubieran podido mejorarse si el joven autor poseyera el *don de la medida*...Pues bien, Santiago Rodríguez Santerbás poseía *este don de la mesura*,... (*Vivir*, 101).

23. Bueno, Santiago Rodríguez Santerbás se presentó al *Premio Gerper-Ateneo* con esta novela y el Jurado de *este premio* reparó en seguida en sus valores... (*Vivir*, 101).

24. ...sí le conocía a través de sus libros, de sus escritos en los periódicos y, sobre todo, de las *extensas cartas* que me dirigió... A través de *estas cartas*, Vidal Cadellans me evidenció su necesidad de comunicación,... (*Vivir*, 107).

25. Ello no significa, antes al contrario, que censuremos el *respeto* al prójimo pero, con frecuencia, nuestro espíritu de superación no proviene de *ese respeto* sino del bochorno... (*Vivir*, 111).

26. ...la sección llevaba el espíritu de *Pepe Lozano* que es, para entendernos, un espíritu de caridad justa... —Oiga usted, pero *este Lozano* es un progresista, ¿no? (*Vivir*, 120).

27. Nuestro país adolece de una pereza mental exacerbada por una notable *falta de curiosidad*...Es muy posible que *esta absoluta falta de curiosidad* por las cosas venga dictada por el escepticismo... (*Vivir*, 125).

28. Se ha dicho que nuestra época se distingue por la *crisis del diálogo*...Mas *esta crisis del diálogo* es una consecuencia más de nuestra notoria falta de curiosidad por los problemas ajenos. (*Vivir*, 127).

29. ...apenas se han logrado por el sistema de incubación un diez por ciento de *pollos vivos* y es bien probable que este débil porcentaje se esfume del todo cuando se trate de adaptar *estos pollitos*...a la vida salvaje. (*Vivir*, 133).

30. Es decir, que la sañuda persecución declarada contra la perdiz en España durante los últimos años se acentúa hoy con la aparición de una *nueva actividad imprevisible*: la del cazador de huevos...En sustancia, *esta nueva actividad* viene a coronar un largo proceso de incivilidad... (*Vivir*, 133).

31. En la caza también existía la «*furia española*» y también *esta «furia» cinegética* ha entrado en barrena. (*Vivir*, 133).

32. ...ya que mientras los dirigentes tratan de convencerse mutuamente de la necesidad de destruir los peligrosos *juguetes* creados, invitamos a los dirigidos...a construir *estos juguetes* de nuevo. (*Vivir*, 139).

33. ...de ordinario *nuestros amigos* más trascendentes, *esos amigos* que nos dicen: «No somos nadie»,... (*Vivir*, 146).

34. ...entre otras razones porque media hora apenas da para cruzar cuatro palabras con nuestros *amigos de «entierro»*,...Uno no sabe cuántos entierros serán precisos para volver a encontrar a *ese amigo*... (*Vivir*, 146).

35. ...la complicación del ceremonial en la parroquia del difunto y la inevitable aparición del espontáneo en pésames, han dado al traste con *esas bonitas treinta mil horas mensuales*...Y tal vez así, también, lograríamos

ahorrar *estas treinta mil horas*... (*Vivir*, 147).

36. ...los escritores inteligentes...se identificaron con el viejo *aforismo*: lo bueno, si breve, dos veces bueno. (*Este aforismo* era, sin embargo, muy repetido, en aquel tiempo, por periodistas cuyos artículos llenaban siete columnas...De ordinario, los escritores como Camba...no apelaban a *ese aforismo*;...) (*Vivir*, 148).

37. Quiero decir que en los *tiempos* en que Julio Camba nació a la literatura, la literatura era todavía el ropaje verbal, la grandilocuencia...(Este aforismo era, sin embargo, muy repetido, en *aquel tiempo*...) (*Vivir*, 148).

38. ...para publicar todo aquello que reciben de los *jóvenes* y los menos jóvenes aspirantes a escritores,...Es curioso que *estos jóvenes impacientes* se lamenten de que nadie les tienda una mano... (*Vivir*, 151).

39. ...leo dos artículos de sendos *jóvenes* lamentando la escasez de oportunidades...deben llevarnos a pensar que las perspectivas del artista no son, ni mucho menos, tan sombrías como pretenden *estos jóvenes*. (*Vivir*, 151).

40. Nos cabe, sin embargo, la satisfacción de que la delegación española de Seix y Barral, junto a otra delegación,...La actitud de *estas delegaciones* es confortadora,... (*Vivir*, 159).

41. Otra cosa sería aceptar que el artista nace condicionado por el *medio ambiente* en lugar de ser él quien condiciona, quien debe esforzarse, al menos, por dignificar *ese medio*. (*Vivir*, 161).

42. Porque la historia del país...es un repertorio abrumador de pasiones incontenidas, un *enfrentamiento* constante entre tirios y troyanos, con la particularidad de que *estos enfrentamientos* muy rara vez se mantuvieron en la esfera dialéctica,... (*Vivir*, 165).

43. ...nuestra convivencia únicamente tendrá una base estable el día que nuestro esquema de ideas pueda ser *confrontado* pacíficamente con otro esquema de ideas para extraer de *esta confrontación* conclusiones provechosas... (*Vivir*, 167).

44. No ignoro que mi *lectura* ha sido un poco tardía,...lo que más me ha sorprendido de *esta lectura* es la ponderada serenidad que se desprende de estos renglones,... (*Vivir*, 171).

45. ...la Segunda Guerra Mundial...la desató el miedo, la desconfianza que en unos y otros exacerbó la cadena de *pactos* y *contrapactos*...Con la particularidad...de que *estos pactos* se los llevó el viento,... (*Vivir*, 172).

46. A propósito de mi libro «*Viejas historias* de Castilla la Vieja»,...Sea como quiera, mi objetor sostiene que *esas viejas historias*...no son verdaderas. (*Vivir*, 177).

47. Y si es notorio que para levantar o resucitar una leyenda negra hace falta una *previa disposición* de ánimo, es obvio que sin *esta deliberada predisposición* no podrá hablarse hoy de una Castilla blanca. (*Vivir*, 178).

48. ...verá negra a Castilla —hablo de sus *pueblos* y de su economía agraria—...*Estos poblachos de barro* son cada día más míseros. (*Vivir*, 178).

49. *Pueblos* que las trepadoras, los helechos, la zarzamora...van demoliendo poco a poco. De aquí a unos años, *esos pueblos*...podrán mostrarse al visitante fríos y en escombros,... (*Vivir*, 179).

50. Esto, naturalmente, no quiere decir que «su tiempo» no dé otro *tipo de hombres*, poco dinámicos y eficaces, ni, por supuesto, que *este otro tipo de hombres*, poco dinámicos y eficaces, no se encaramen más arriba que el alcalde de mi ciudad. (*Vivir*, 188).

51. ...si aspiramos a un buen pasar en el orden administrativo, habrá que ir pensando en la conveniencia de elegir para cada puesto al hombre más adecuado,...*Este es un asunto*, creo yo, que no tiene vuelta de hoja...Pues bien, en *este asunto de los cargos*... (*Vivir*, 189).

52. El ministro de Información y Turismo...anuncia la *mejora* de retribuciones de las fuerzas militares, mientras condiciona *esta mejora* a los funcionarios públicos... (*Vivir*, 190).

53. ...se apoya en un murete de una vieja posada que desde tiempo atrás se llamó *Casa de Colón*. ¿Por qué se llamó así *esa Casa*?... (*Vivir*, 199).

54. ...con lo que era preciso esperar la llegada de los *galeones* cargados de oro y plata de América para cerrarlas. El retraso de *estos galeones* era proverbial,... (*Vivir*, 200).

55. ¿Cómo conseguir de estos elementos un *orden racional*? Y si *este ordenamiento* falla cuatro años de cada cinco,... (*Vivir*, 203).

56. En verdad, *ocho años* son muchos años...la reconstrucción de la vida de nuestro Premio Nobel durante *esos ocho años* no resulta difícil. (*Vivir*, 214).

57. ...pero el poeta, que por *aquellos días* andaba eufórico, aceptó sin vacilar...Desde *ese día*, Juan Ramón quedó vinculado a Maryland. (*Vivir*, 215).

58. Se trata de una casa de tablas rodeada de césped en el que se levantan una docena de *olmos* (a *estos olmos* de su jardín los cantó J. R. en unos de sus últimos poemas),... (*Vivir*, 217).

59. El niño que crece ya no pregunta por qué *aquel señor* es «*malo*»;...No hay por qué escuchar las razones de *ese hombre malo*. (*Vivir*, 220).

60. A mis *amigos cazadores* que, por descontado, no son gentecilla de poco más o menos,...a *esos amigos cazadores*...de buen corazón y mala lengua,...a *esos cazadores*...que todavía van a la pieza noblemente,... (*Diario*, 5).

61. Me pasé el día yendo y viniendo a la tienda de *don Rafael* para que firme unos traslados...*Este don Rafael* me va a hacer la tana. (*Diario*, 16).

62. Después *Melecio* quedó como achucharrado y apenas hablaba...*Este Melecio* tiene un temperamento del diablo. (*Diario*, 35).

63. ...y él dijo que la *ley* llama a los días de nieve días de fortuna y está prohibido cazar. El que hizo *esa ley* no vio volar las perdices en lo de Miranda con la cellisca. (*Diario*, 61).

64. Allí estaba la de Alemán, que había descubierto el *dibujo* y andaba como histérica...El de Francés metió el cuezo y voceó que el *dibujo ese* con sombreados y difumino no se hacía en un momento. (*Diario*, 81).

65. Yo creí que era broma eso de que las *liebres* comen carroña, pero maneamos el jaral y en diez minutos de

reloj quedamos dos hermosas. Ya en el tren le pregunté a Melecio si comería él la *liebre esa*. (*Diario*, 88).

66. En el «Novelty» andaban alborotados con la tirada de *pichón* de pasado mañana. Tochano voceaba que *esos pichones* los mata un niño. (*Diario*, 120).

67. Uno piensa, luego que la desgracia sucede, que una *palabra* hubiera bastado para cambiar el destino, pero *esa palabra*, a cosa pasada, no es más que un nuevo dolor. (*Diario*, 128).

68. Le recordé su *promesa* cuando lo de la Titina, pero él guiñó un ojo y dijo que *esas promesas* las hace uno cuando está agobiado… (*Diario*, 132).

69. A las seis de la mañana ya *olía* la resina en la carretera…*Estos olores* tienen que ser saludables,… (*Diario*, 133).

70. ...cuando era niño y Madre vivía, *merendábamos* los cangrejos que Padre sacaba del arroyo ya una tortilla de escabeche. Recuerdo que padre en *aquellas meriendas* empinaba la bota más de la cuenta... (*Viejas*, 14).

71. Padre siempre se enfadaba con Madre, menos el *día* que murió y la vio tendida en el suelo entre cuatro hachones. *Aquel día* se arrancó a llorar… (*Viejas*, 14).

72. …la *ladera* del cerro es desnuda e inhóspita…Por la *ladera aquella*…se veían descender en el mes de agosto las polladas de perdiz a los rastrojos. (*Viejas*, 26).

73. …sobre el pueblo hay un *teso* que no es redondo,…A *este teso*,…le dicen allí la Toba. (*Viejas*, 29).

74. ...fue apuñalada la joven Sisinia, de veintidós años, hija del Telesforo y la Herculana, una noche de julio allá por el *año nueve*...*Aquel mismo año*, aprovechando las solemnidades de la Cuaresma,... (*Viejas*, 38).

75. Al pie del cerro que decimos el Pintao…se alzan los *chopos* que desde remotos tiempos se conocen con el nombre de los Enamorados…Allí, al pie de *esos chopos*, fue donde la exhalación fulminó a la mula ciega de Padre el año de los nublados. Y allí, al pie de *esos chopos*, es donde se han forjado las bodas de mi pue-

blo… (*Viejas*, 49).

76. …el primer *día* que salimos la llevé a los Enamorados. Para mi fortuna la sombra de los chopos estaba *aquel día* ocupada por el Corpus y la Lucía,… (*Viejas*, 50).

77. El matacán, como es sabido, es una *liebre* que se resabia y a fuerza de carreras y de años enmagrece,…La *liebre aquella* se diría que tenía inteligencia,… (*Viejas*, 53).

78. Bien mirado, la vista desde allí es como el *mar*, un *mar* gris y violáceo en invierno, un *mar* verde en primavera,…Y de *ese mar*, mal que bien, comíamos todos en mi pueblo. (*Viejas*, 57).

79. …e incluso Padre…cobró una vez un *pollo* de seis kilos que estaba cebado y tierno como una pava. Pero el *pollo ese* no fue nada al lado del macho que bajó el Valentín,… (*Viejas*, 62).

80. …«Tío, ¿qué es la vocación?». Y él me respondió: «Una *llamada*». Y yo le dije: «¿Cómo siente uno *esa llamada*?». (*Viejas*, 65).

81. Arriba, la *tierra*, fuerte y arcillosa, era lisa como la palma de la mano…En mi pueblo existía una tradición supersticiosa según la cual el que arara *aquella tierra* cogería cantos en lugar de mies… (*Viejas*, 69).

82. …y no podía dormir ni con la *tila* de Fuentetoba que, al decir de la tía Marcelina, era tan eficaz contra el insomnio que al Gasparín…le tuvieron una semana en el calabozo porque tomó media taza de *aquella tila*… (*Viejas*, 70).

83. —¿Sabe usted, Barbas, lo que decía *don José Ortega* sobre lo que el cazador siente en el momento de disparar?... —*Ese don José* —dice— ¿era una buena escopeta? (*Viejas*, 82).

84. —¿Sabe usted, Barbas, lo que decía *don José Ortega*…? —Déjese de monsergas. Se ve que *ese don José* no sudó nunca una perdiz por una ladera. (*Viejas*, 82).

85. …no basta que la presa sea apetitosa para despertar la satisfacción cinegética; es preciso, además, que el animal sepa *defenderse* y no debilitemos *esas posibilidades defensivas*… (*Viejas*, 85).

86. Pero yo digo, jefe, cuando el hombre tiene que esconderse para hacer *una cosa*, es que *esa cosa* que hace no está bien hecha. (*Viejas*, 88).

87. ...me leía don Ctesifonte, el maestro, una entrevista con uno de esos *señorones* de postín,...¿Cree usted que *ese señor* moviendo las pantorrillas y con el perro al lado...? (*Viejas*, 89).

88. ...me leía don Ctesifonte, el maestro, una entrevista con uno de esos *señorones* de postín,...—Bueno, pues don Ctesifonte dale con que a *esos señores* que nos visitan,...hay que entretenerlos de alguna manera. Pero lo que yo me digo, si lo que *esos señores* quieren es matar el rato, que les suelten cuatro pichones... (*Viejas*, 89).

89. —Barbas, *don José Ortega* quería decir que si las perdices se nos metieran en casa por la ventana, no nos molestaríamos en cazarlas. Los pardos ojos del Juan Gualberto se han vuelto escépticos: —*Ese don José* —dice— ¿era por un casual una buena escopeta? (*Viejas*, 91).

90. De aquí que para el Cazador, el *momento* más feliz de toda cacería esté fuera de la cacería, es decir en *ese momento* en que concluidos todos los preparativos se dispone a partir... (*Viejas*, 92).

91. De que se abre la veda, se planta allí un *autobús* con treinta escopetas;...A ver, ellos se recordaban de lo del *autobús ese* y se comprende. (*Viejas*, 99). El antecedente se encuentra en la página 89).

92. Entonces tú estás en la verdad, pero llega un *pazguato* o una *pazguata*...a *ese pazguato* o a *esa pazguata* difícilmente podrás convencerles de que no tienen ideas,... (*Príncipe*, 75).

93. ...de un padre ingrato, degenerado, *hombre* sin corazón, sin ninguna piedad...*este hombre* infame en un establo y sin comer,... (*Príncipe*, 93).

94. El *padre* que cuenta se da y la madrastra por igual, palos le daban al inocente, su cuerpo es pura llaga por *este padre* tan cruel... (*Príncipe*, 93).

95. —¿Y se traga una *punta* para eso?...No quiero afirmar que éste sea el caso, pero es muy raro que *esa punta* no se acuse a rayos, la verdad. (*Príncipe*, 135).

5.3.4. Casos de anáfora infiel

1. ...los citados trabajos abarcan una etapa de casi quince años, exactamente desde *1953 a 1967*. No están aquí todos los artículos y reportajes publicados en *esta época*. (*Vivir*, 7).

2. Don Álvaro de Luna llegó a Valladolid el 1 de junio de 1453, procedente de la fortaleza de *Portillo*. Este pueblo ofrece en nuestros días la particularidad de ser dos. (*Vivir*, 11).

3. Algunas de estas calles pertenecen al Valladolid *del conde Ansúrez*...aunque pocos edificios se conservan de *aquel tiempo*. (*Vivir*, 14).

4. ...la esencia del cine es la imagen y que ninguno de los elementos añadidos posteriormente —*sonido, color y relieve*— rebasan la condición de meros accidentes. El cine es un arte joven, y *todos estos afeites* y *postizos* no logran otra cosa... (*Vivir*, 18).

5. *Ciudad Real, Almagro, Alcázar de San Juan* fueron siempre para mí estaciones de tránsito. Se hace difícil pensar en una de *estas localidades* como objetivo de un viaje. (*Vivir*, 20).

6. Confieso que mi conocimiento de La Mancha nunca rebasó el elemental que se adquiere *desde la ventanilla de un ferrocarril...* De otra parte, el paisaje manchego, contemplado en *estas condiciones*,... (*Vivir*, 20).

7. Tal impresión despierta a la luz del mediodía en *Puerto Lápice*, se afianza en *Campo de Criptana* durante la transición crepuscular. Y *esa tierra* fuerte...contrasta vivamente con los pueblos y caseríos diseminados en la distancia,... (*Vivir*, 21).

8. El turista llega a La Mancha con tres ideas someras: la calidad del queso manchego y del vino de Valdepeñas y la *indolencia de sus habitantes*...*Aquella afirmación* es gratuita,... (*Vivir*, 22).

9. Las *comedias de dos personajes* y *las de uno* son frutos normales de la época. En su mayor parte, *estas posturas* serán pasajeras,... (*Vivir*, 25).

10. ...que el protagonista recuerde a la protagonista un *hecho* que normalmente ninguno de los dos debe de haber olvidado para poner al público en situación, sino que veremos con nuestros propios ojos *ese acontecimiento*... (*Vivir*, 26).

11. ...uno de los escritores de esta hora con más *artículos periodísticos* sobre los huesos, se le hacía enojoso volver a *este ejercicio* después de dedicar al teatro su actividad... (*Vivir*, 27).

12. Hace pocos días me decía Ángel Oliver...que su segunda novela representaba con respecto a la primera un *paso considerable*. Oliver daba a *este progreso* un carácter general. (*Vivir*, 30).

13. El novelista, dueño de un *argumento* y unas *palabras*, ha de disponer *estos elementos* de tal modo que el artificio trascienda lo menos posible,... (*Vivir*, 31).

14. ...la trayectoria de *Albert Schweitzer* representa un ejemplo hermoso e inusitado. La singularidad de *este ser* reside precisamente...Mas la suprema lección que nos brinda *este ser* extraordinario es una lección de modestia. (*Vivir*, 37-38).

15. Esto equivale a decir que no debiera haber asignatura sin un *texto básico*, y conveniente sería exigir que *este libro* se ajustase a una elemental línea didáctica. (*Vivir*, 39).

16. Los autores de *libros* destinados a la formación intelectual de la juventud, olvidan con frecuencia su elevada misión. No es difícil observar en *estos textos* antes una finalidad de lucimiento personal que una eficiencia docente. (*Vivir*, 39).

17. Se aducirá que la *Vuelta a Francia* 1956 ha sido un modelo de desorganización y de insolidaridad,...*Esta clase de pruebas* deben servir para sacar a flote a la figura... (*Vivir*, 44).

18. El funcionalismo ha saltado fronteras, ha vadeado mares y hoy el *nuevo mundo*, salvo en *aquellos sectores* con una huella palpable del pasado, ofrece una perspectiva decepcionante en fuerza de regularidad... (*Vivir*, 55).

19. El *Atlético de Bilbao* es sin ninguna duda el único equipo español de Primera División que nutre sus filas de

su propia cantera;...una de las que más han influido en ampliar las simpatías de *este equipo* fuera del área del país vasco. (*Vivir*, 57).

20. Después de seguir una a una *las votaciones del Nadal* 1956 me he reafirmado en el convencimiento de que también la maltratada literatura puede dar sus cardíacos. Este es el lado malo de *estas eliminatorias cuantitativas*,... (*Vivir*, 60).

21. Tamaña sorpresa ya empezó a roerme allá por el año 48, cuando uno no era sino aspirante al *Premio Nadal*,...—y me refiero a Valladolid, tan afortunado en *este gordo de las letras españolas*—... (*Vivir*, 60).

22. —¿Salió *Martín Descalzo*, al fin? —Sí, acabamos de votarle. ¿Dónde puedo localizar a *este hombre*? (*Vivir*, 65).

23. Sobre esto, una extensa relación de folletos de Propaganda Popular Católica: *"Yo he llegado a cura", "Fray Juan de la Mano Seca", "Cortesía con Dios"...*Para dar una idea de la popularidad y difusión de *estos títulos*... (*Vivir*, 71).

24. *Edad Media*: máximo teocentrismo. Todo en *esta Era*, se concentra en Dios,... (*Vivir*, 73).

25. El Humanismo podía haber logrado la *síntesis* de los valores humanos y la religión, pero por una serie de factores *esta unión* no se logra y nace el antropocentrismo. (*Vivir*, 73).

26. ...y Dios va siendo desplazado gradualmente hasta llegar al máximo del desplazamiento en los *finales del siglo XIX*. Precisamente en *este momento* hace el retorno con Dostoiewski. (*Vivir*, 73).

27. Leo en una *revista* de cierta solvencia que el hombre no tardará en controlar el clima. Según el autor de *este artículo*... (*Vivir*, 78).

28. Poco a poco la *dominación de la Naturaleza* va transformándose en un hecho consumado. Mas cuando *este proceso* concluya,... (*Vivir*, 78).

29. El *Estado* fijará el tempero, los días de siembra y de recolección. Ante todo, el cazador, el pescador...se

rebelarán: «No me gusta nada *este Gobierno*...» (*Vivir*, 79).

30. ...en lugar de pagar 200 pesetas por el billete a San Sebastián...la Renfe me castigaba y tenía que pagar *500*...Indagué el por qué de *esa cantidad*... (*Vivir*, 82).

31. Esto no es obstáculo para que la *pesca de trucha con cucharilla* constituya una hermosa y sugestiva teoría...que *este tipo de deporte* es el más económico,... (*Vivir*, 88).

32. Uno de los deportes a los que el no iniciado arriba indefectiblemente en momento inoportuno es la *pesca de la trucha con cucharilla*...Que la práctica choca con la teoría en lo referente a la economía de *este deporte*. (*Vivir*, 90).

33. Mucho me temo que con *estos movimientos de caridad colectiva organizada*...Lo cierto es que *este fenómeno de la caridad organizada*...va tomando carta de naturaleza en el país... (*Vivir*, 93).

34. De este modo, antes que a la lotería, el español juega hoy al *concurso X* o al *carrusel Z*,...Todo esto está muy bien y es muy plausible dentro del ámbito mercantil para el que *estos programas* fueran creados. (*Vivir*, 93).

35. Es posible que *esos dineros* vengan luego a remediar necesidades urgentes...pero es evidente que existe un desajuste entre el fin y los *medios*; una incongruencia entre la manera de allegar *esos fondos* y su destino. (*Vivir*, 94).

36. Esta señora puntualiza sabiamente y puede asegurarse que ha nacido par *presentadora*, ocupación que a mí me va muy mal, razón por la que hasta el momento me las arreglé para declinar *este cargo*. (*Vivir*, 98).

37. ...o si se prefiere, de la ponderación, desde su obra inicial. «*El camino de las sirenas*» era una pieza sobria,...Bueno, Santiago Rodríguez Santerbás se presentó al Premio Gerper-Ateneo con *esta novela*... (*Vivir*, 101).

38. ...me voy a limitar a abrirles a ustedes la puerta del toril, porque entiendo que «*Jorobita*» —*ese animal* tan disparatadamente humano... (*Vivir*, 102).

39. ...Vidal Cadellans me evidenció su *necesidad de comunicación*, su *nobleza de alma*, su *efusividad* y, antes que nada, su *sinceridad*. Todas *estas cualidades* ya las barruntaba yo,... (*Vivir*, 107).

40. «...ya que los *largos años de enfermedad* me obligaron a abandonar mi recién empezado oficio de encuadernador,...y he pasado ocho años sobre *estos dieciséis* o *diecisiete de enfermedad*...» (*Vivir*, 109).

41. ...encubre un sentimiento de incomodidad por el hecho de que la *miseria* pueda trascender...antes que adecentar los exteriores de los pueblos procedería estudiar los interiores y ver de descubrir *aquellas lacras* cuyas manifestaciones nos resultan vergonzantes. (*Vivir*, 112).

42. Desde hace unos lustros se observa en Castilla...una tendencia progresiva a la *emigración*...Pero al propio tiempo no sería justo desconocer que *este movimiento* general hacia la periferia... (*Vivir*, 114).

43. ...de los pueblos iberos, fenicios, cartagineses, romanos, bárbaros, tan sólo asientan en Castilla las *tribus más sobrias y sufridas*, o sea *aquellos hombres* para quienes la lucha contra la adversidad... (*Vivir*, 115).

44. Isaac Peña fue el padre de los Peña —*Juan José, Juan María, José Luis*... —, *esos periodistas* que día a día nos brindan en los diarios del país pruebas de sus saberes... (*Vivir*, 121).

45. En realidad, Glanville se refiere a *Inglaterra* y los *países del norte de Europa*, pero no entiendo que no hay razones para limitar la observación a *esa zona*. (*Vivir*, 129).

46. Hoy, la *Copa de Europa*, la *Copa del Mundo*, la *Copa de Ferias*, los *encuentros amistosos internacionales* están a la orden del día,...*Estos encuentros*...cuando se desenvuelven entre equipos de club... (*Vivir*, 130).

47. Es decir, que la sañuda persecución declarada contra la perdiz en España...se acentúa hoy con la aparición de una nueva actividad imprevisible: la del *cazador de huevos*...para prever el volumen que alcanzará *este ejercicio* si no se adoptan unas draconianas medidas para atajarlo,... (*Vivir*, 132).

48. ...lo es mucho más si tenemos en cuenta que, según nuestros informes, apenas se han logrado por el sistema de incubación un *diez por ciento* de pollos vivos y es bien probable que *este débil porcentaje* se esfume del todo... (*Vivir*, 132).

49. ...se acentúa hoy con la aparición de una actividad imprevisible: la del *cazador de huevos*...nuestra progresiva molicie han hecho posible la aparición —como nuevo Tartarín redivivo— de *esta triste figura* del cazador de huevos. (*Vivir*, 134).

50. ...nuestra progresiva molicie ha hecho posible la aparición —como nuevo Tartarín redivivo— de *esta triste figura del cazador de huevos*...Creo interpretar los sentimientos de los numerosos cazadores honrados del país, al pedir un escarmiento ejemplar para *esta fauna antisocial*. (*Vivir*, 134).

51. Mano dura para el autor material de la *destrucción de nidos*, sí, pero durísima para los inductores que se amparan en la sombra. El hecho de que en la provincia de Valladolid se hayan descubierto *estas infracciones* no quiere decir que en otros lugares no existan. (*Vivir*, 134).

52. En la *era supersónica*, en *esta era sideral* en que vivimos, no es congruente que el hombre descabece siestas sino calambres. (*Vivir*, 137).

53. Vea el lector si cabe mayor furor pirotécnico en menos espacio: «*Un balcón sobre el infierno*», «*Juegos de asesinos*»...Y si compara *esta escalofriante cartelera* con la noticia de la primera plana... (*Vivir*, 139).

54. ...leo dos artículos de *sendos jóvenes* lamentando la escasez de oportunidades...Pero la cosa es que, en el caso presente, entiendo que *estos dos muchachos* no tienen razón,... (*Vivir*, 150).

55. Conocí a Michel Butor...en el *Coloquio Internacional de Novela de Formentor*,...Butor, además de novelista es profesor, y hay que convenir en que en *aquellas conversaciones de Mallorca* puso con frecuencia los puntos sobre las íes... (*Vivir*, 156).

56. Conocí a Michel Butor...en el *Coloquio Internacional de Novela de Formentor*,...aportó en tal ocasión observaciones valiosas para conciliar posiciones antagónicas y poner un poco de orden en *aquella Babel literaria*,... (*Vivir*, 156).

57. Iniciamos, pues, la era de la *novela abstracta* o de la novela «no figurativa», que es como decir la escisión entre novela y pueblo, pese a ser el pueblo...el pretendido destinatario de *este tipo de literatura*. (*Vivir*, 158).

58. Aludía en mi anterior artículo, «La *novela* abstracta», a las nuevas corrientes adoptadas por *este género literario*... (*Vivir*, 159).

59. Se argumentará que no pocos *hombres* que son verdaderos genios usan y abusan de la pirueta...Esto es muy cierto, mas hasta el momento se les exigió previamente a *estos señores* que demostrasen su talento... (*Vivir*, 160).

60. Se diría que Juan Arias...se negaba a abandonar la infancia...y echar sobre sus débiles hombros esto tan pesado...como es la *responsabilidad*...El corazón, en su tic-tac implacable, se obstinaba en introducirle en *ese turbio mundo de los adultos*,... (*Vivir*, 163).

61. Y el día que un tirio sea capaz de erigir una *estatua* a un troyano, y tirios y troyanos respeten *este monumento*,... (*Vivir*, 167).

62. ...en lugar de con una condena salió del *expediente* con una medalla. Extraño, sinuoso curso el de *este proceso* de un hombre que, benefactor o no, a los cazadores de este rincón del mundo nos ha hecho la pascua. (*Vivir*, 170).

63. Termino de leer las *Memorias* de Von Ribbentrop,...lo que más me ha sorprendido de esta lectura es la ponderada serenidad que se desprende de *estos renglones*,... (*Vivir*, 171).

64. Termino de leer las *Memorias de Von Ribbentrop*,...Pero aún hay otra cosa que se desprende de *este libro*... (*Vivir*, 172).

65. ...aunque bajo las cubiertas de las *Memorias de todos* se esconda una parte de ella. Alcanzar ésta queda al margen de la facultad humana y de ahí la profunda enseñanza que se encierra en *estos volúmenes*. (*Vivir*, 172).

66. A propósito de mi libro «Viejas historias *de Castilla la Vieja*»,...antes de lanzar su acusación no se haya tomado la molestia de darse una vuelta por *estas tierras* de pan llevar. (*Vivir*, 177).

67. ¿Hasta qué punto un entrenador puede comunicar a sus muchachos sus *conocimientos*, su *concepción de la*

jugada, su *sentido de la táctica* y de la *estrategia futbolísticas*?...Uno, la verdad, no cree que *estos dones* sean comunicables,... (*Vivir*, 185).

68. Y si existen *hombres* municipalmente incompetentes, provincialmente incompetentes,...sustitúyanse por *otros* cuyos rendimiento y eficacia se presuman. Uno no cree demasiado difícil el acertar con *este tipo de hombres*, la verdad. (*Vivir*, 189).

69. —Así que, ¿contento con su *alcalde*? —Mire, para mí *este señor* sólo tiene una pega;... (*Vivir*, 189).

70. Uno de ellos es el de los *catedráticos de Escuelas de Comercio*, cargo que se alcanza,...tras de licenciarse en alguna Facultad...Pues bien, *estos funcionarios*, de capacidad manifiesta,... (*Vivir*, 191).

71. Y hablo de catedráticos de *Escuelas de Comercio*, unos privilegiados si comparamos su situación con la de los catedráticos de las *Escuelas de Maestría Industrial*. Total, que si hace diez o doce años los ingresos de un catedrático de *estas especialidades*... (*Vivir*, 191).

72. ...si, a la vez, se anunciasen los de la *guardería forestal y fluvial*, incrementos que no se acuerdan, según parece, porque también éstos...disponen de tasas y otras gabelas además del sueldo. Veamos los ingresos de *estos funcionarios*,... (*Vivir*, 191).

73. Se aducirá que los civiles...pueden echar mano del *pluriempleo*, pero sería engañarnos si admitiésemos que la milicia está libre de *esta lamentable exigencia*. (*Vivir*, 192).

74. En suma, las *tasas* encubren con frecuencia...sobresueldos de seis cifras y esto es irritante; pero tratar de amparar bajo *esa tapadera* sueldos de hambre resulta evidentemente injusto. (*Vivir*, 192).

75. Pero estábamos con los *imagineros*, *aquellos hombres* que sacaron arte de nuestros pinos:... (*Vivir*, 201).

76. En fin, *lluvia, sol, piedra, escarcha, nieve, viento*...siempre la misma canción. ¿Cómo conseguir de *estos elementos* un orden racional? (*Vivir*, 203).

77. ...«El *treinta y tantos por ciento* es todavía una población rural excesiva»...¿Creen ustedes que *aquel por-*

centaje se mantendrá mucho tiempo? (*Vivir*, 204).

78. El mismo señor Tena Artigas admite que el plan cuadrienal según el cual se proyectaba la construcción de *catorce mil escuelas* se ha quedado corto y, en el mejor de los casos, *estos centros* alcanzarán la cifra de nueve mil,... (*Vivir*, 207).

79. Hace pocas semanas la agencia Cifra rectificó el presupuesto del *programa espacial español*...Pero aparte de que en la Luna nada se nos ha perdido, *estos alardes pirotécnicos* de Arenosillo tan pueriles y desfasados... (*Vivir*, 209).

80. Y esto que decimos del Estado puede ser aplicado a los *municipios*. Y, por supuesto, aquél debe exigir a éstos, en *aquellas localidades* donde exista problema escolar... (*Vivir*, 209).

81. Creo que puede decirse...que el *norteamericano* actual, si no es un especialista, no es; no es nada, quiero decir. En *aquel país*, la especialización significa,... (*Vivir*, 211).

82. El *pobre americano* es aquel que se ofrece para trabajar en «cualquier cosa»; pero, *este hombre*, así tenga muy buena voluntad...quedará inevitablemente desplazado. (*Vivir*, 211).

83. Es innegable que la vecindad de los países hispánicos empuja con frecuencia al *yanqui* al estudio del castellano,...y digo esto después de haber recorrido y visitado más de veinte universidades de *aquel país*,... (*Vivir*, 212).

84. La invitada en *1943* era Zenobia. Venia a pronunciar unas conferencias en el Programa de Instrucción del Ejército, pues, por *aquel entonces*, Norteamérica ya había entrado en la guerra... (*Vivir*, 214).

85. La invitada en *1943* era Zenobia...La petición, conociendo a J. R., era muy delicada, pero el poeta, que por *aquellos días* andaba eufórico,... (*Vivir*, 214).

86. ...me acuerdo *de la primera vez* que salí al campo con el padre, después que la guillotina de la imprenta le segó la mano...A partir de *aquel día* empezó a consumirse... (*Diario*, 10).

87. Le quise explicar a Esteban el asunto de la *horquilla* y me dijo que conocía todas *esas triquiñuelas*... (*Diario*, 29).

88. Dice José que, como mínimo, entre los repartos de octubre, febrero y mayo hemos de hacer las *dos mil* pelas. Si no, nos completan hasta *esa cifra* por Navidad. (*Diario*, 33).

89. Dice José que, como mínimo, entre los *repartos* de octubre, febrero y mayo hemos da hacer las dos mil pelas...Le pregunté si en *ese suplemento* va incluida la extra,... (*Diario*, 33).

90. Le pregunté a qué hora cerraban y ella me dijo que a las *ocho*. Entonces le dije que si tenía algo que hacer a *esa hora*. (*Diario*, 39).

91. Luego le recordé la *tarde del entierro* y le dije lealmente que su presencia me dio valor. *Aquel día*, quince años antes, don Florián me cogió de los brazos... (*Diario*, 43).

92. El vivales miró de reojo la mano y respondió que como alargar puede que los *dos kilómetros*, pero que a *esa distancia* no se hace puntería. (*Diario*, 51).

93. Llamé a la *Doly*, pero no sé qué coños la pasa a *esta perra*... (*Diario*, 51).

94. Le dije entonces que si tenía a mano las fotografías de la *artista esa* que se le parece,... (*Diario*, 54). El antecedente es la Pier Angeli.

95. *Anita* es más golosa que un gato...No sé qué me da *esta mujer* que me tiene como tolondro. (*Diario*, 55).

96. En la azotea había una *docena de cajones* de envasar pescado que tiraban para atrás. Llamé en casa del señor Moro y le pregunté qué pintaba allí *aquella basura*. (*Diario*, 56).

97. El Mele quiere conservar viva la *chocha-perdiz*. La ha puesto en un cajón con tierra hasta la mitad...Le advertí a Melecio que *estos animales* no admiten el cautiverio,... (*Diario*, 61).

98. Me aclaró que al señor Moro le restan *dos años y unos meses* de vida activa, y que al cabo de ello volvería-

mos a hablar...Pero, anda, que vaya él a decirle a la madre que aguarde todo *ese tiempo*. (*Diario*, 62).

99. Hace de esto *dos temporadas*. En todo *este tiempo* no me saludó. (*Diario*, 65).

100. ...en primer lugar para desearme *felices Pascuas*,...Estuve donde Melecio a llevar a la *Doly* las sobras de *esta fiestas*. (*Diario*, 68). El antecedente es realmente la indicación de la fecha, *25 diciembre, jueves*, que precede al enunciado que citamos.

101. Di un garbeo con *Anita*. Ni en el monte estoy tan a gusto como al lado de *esta chavala*. (*Diario*, 74).

102. *El de Francés* es un pulguillas...A *este tipo* le tengo aquí. (*Diario*, 80).

103. Dice que las *Mimis* dicen que la mujer al casarse debe tener anchas las caderas...*Las tipas estas* me comen vivo. (*Diario*, 84).

104. ..."Di al número cinco, entonces, que ojeen unas perdices al *Pepe*...Tengo interés en que *este muchacho* se divierta." (*Diario*, 91).

105. En la estación echamos a dedos y me cayó el lote de la *gallineta*. Lo siento porque *estos bichos* son tan duros como burros. (*Diario*, 97).

106. La *chavala* empezó con unos pocos de humos,...La verdad es que la *cría esta* tiene una boca que es una nidada de besos. (*Diario*, 98).

107. ...*Anita* se plantó y dijo que ni hablar del peluquín...Ella debió notar que no iba de coña porque salió como un cordero...*Esta mujer* me pone negro. (*Diario*, 111).

108. Con estas coplas se me hicieron las tantas y llegué al *cine* a las menos veinte. El cabo me dio un repaso. Dijo no sé qué gaitas de que la *profesión esta* exige vocación... (*Diario*, 114).

109. Estuve donde *Anita*...Yo no sé qué piensa *esta mujer*; me giba ya tanto tira y afloja. (*Diario*, 114).

110. ¡Gibar con las *Mimis*! En mi pueblo a las *tipas de esta escuela* las llaman pendones. (*Diario*, 117).

111. Asomó un momento la bestia de la *Carmina*...Me hice el loco. Me giban los pleitos con *esta tía*. (*Diario*, 118).

112. Le respondí que era la *cuarta vez* que lo hacía y que en *ese tiempo* había visto allí a su hermano una docena de veces. (*Diario*, 119).

113. En el «Novelty» andaban alborotados con la *tirada de pichón* de pasado mañana...Tochano me prometió la cazadora, pues a *estos sitios* no puede uno presentarse de cualquier manera. (*Diario*, 121).

114. El *periódico* trae mi fotografía y una reseña de la tirada...¡No te giba! *Estos periodistas* son la oca. (*Diario*, 123).

115. Entonces Melecio se levantó y le dijo a Tochano entre dientes *algo del chaval*. A Tochano se le hinchó una vena negra en la frente y dijo que de *ese asunto* ni una palabra. (*Diario*, 127).

116. *Melecio* dice que sí, pero sigue lo mismo. Me da miedo el temperamento de *este hombre*, la verdad. (*Diario*, 130).

117. A la hora de comer le dije a la madre que *lo del cine* no me peta; que es justamente un oficio de perros. Ella dijo que lo comprendía, pero que no puede vivir sin *esos ingresos*. Yo le dije que sería más feliz comiendo pan a secas que con pichones a diario y en *esta esclavitud* de ahora. (*Diario*, 135).

118. ...cuando un hombre honrado se enamora de una mujer honrada y no hay obstáculos por medio, la inmediata es *casarse*. Le faltó tiempo para decirme que de *ese asunto* ni hablar por ahora. (*Diario*, 137).

119. Toda la razón que me dio es que tiene *diecinueve años* y a *esa edad* ninguna mujer piensa en sacrificarse. (*Diario*, 137).

120. Agarré una perrilla moteada...La llamaré «*Zeta*». Hace años que tengo capricho por una perra con *este nombre*. (*Diario*, 137).

121. Le llevé a *don Florián* la «Zeta»,…Hay que ver, con lo que ha sido *este hombre*. (*Diario*, 141).

122. Hoy hemos andado en *lo de Miranda*…De todos modos se me da mal *este monte*. (*Diario*, 146).

123. Se quedó tan terne y me respondió que aguardaría hasta las *siete*, y que a *esa hora* se largaría conmigo o sin mí. (*Diario*, 151).

124. De la parte del naciente, una vez que se sube por las trochas al Cerro Fortuna, se encuentra uno en el páramo. El *páramo* es una inmensidad desolada,...Padre solía subir a *aquel desierto* siempre que se veía forzado a adoptar alguna resolución importante. (*Viejas*, 21).

125. …y despachaba un *clarete* casi incoloro que engañaba la vista porque bastaban tres vasos para apañar una borrachera. El *vino ése* le pisaban en los lagares de Marchamalo,… (*Viejas*, 25).

126. *Una vez* descubrió en la cárcava un nido con doce huevos y *ese día* bajó al pueblo más locuaz que de costumbre. (*Viejas*, 26).

127. ...me entregaba la azuela y me hacía cavar en la tierra húmeda para buscar *lombrices*. Los cangrejos rara vez desdeñan *este cebo*. (*Viejas*, 34).

128. …«Más importante que las murallas de *Ávila*», aunque por supuesto ninguno, fuera del párroco y del gañán que asesinara a la Sisinia, estuvimos nunca en *aquella capital*. (*Viejas*, 42).

129. …y de nada vale trancar los palomares durante la sementera una vez que los *grajos* andan sueltos, porque ya es sabido que allá donde caen *estos pajarracos* remueven los sembrados… (*Viejas*, 62).

130. El caso es que, al comenzar la *granazón*, todos en el pueblo…se pasaban por la casa del tío Tadeo y le preguntaban a la Esperanza: «¿Cómo anda el Tadeo?». Y ella respondía de malos modos, porque por *aquellas fechas* estaba ya fuera de sí. (*Viejas*, 70).

131. La *caza* tira de uno porque sí, porque se nace con *este sino*,… (*Viejas*, 79).

132. Al Barbas, es punto menos que inútil mentarle a don *José Ortega y Gasset*. —¿Era *ese señor* una buena escopeta?... (*Viejas*, 79).

133. ...cuando tras horas y horas de patear el *monte* no salta pieza, ni se observa rastro de ellas, como si *ese trozo de mundo* hubiese sido previamente arrasado... (*Viejas*, 81).

134. ...al cazador, en el momento de disparar, le invade una suerte de *vacilación compasiva*,...Empero, el Cazador vacila ante *este noble gesto de vacilación*... (*Viejas*, 82).

135. Primero hacía «psssss» y *cuatro o cinco segundos después* retumbaba el disparo. El Juan Gualberto, el Barbas, había de seguir todo *ese tiempo* la pieza por los puntos de la escopeta... (*Viejas*, 83).

136. Allá por el *año veinte*, el Juan Gualberto era un hombre libre...Pero *aquellos tiempos* quedan muy lejos. (*Viejas*, 86).

137. El caso es que la *perdiz roja* se ha puesto de moda en el mundo. El hecho tendría una importancia relativa si *esta especie* se diera en todas partes. (*Viejas*, 91).

138. Y así fue como la caza se ejercitó en los *primeros tiempos de la Historia*. Pero *aquella época* era otra época. (*Viejas*, 96).

139. La *caza* empezó a dejar de ser un hecho natural y pasó a ser un hecho reglamentado...En una palabra, surgió la Ley con sus papeles para evitar que en *este duelo* hombre-animal, tan viejo como el mundo,... (*Viejas*, 96).

140. El proceso de la *caza* ha culminado en nuestro tiempo con la democratización de *este deporte*. (*Viejas*, 97).

141. El goce más completo para el cazador estriba en derribar una *perdiz* en terreno de nadie. Los *cotos*, dígase lo que se quiera, dejan siempre un poso de amargura. *Aquellas piezas*, tal vez cobradas en abundancia, «son de alguien»,... (*Viejas*, 98).

142. —Pues el *niño* no está, ¿quién lo habrá robado? Y él aguardó a que diera varias vueltas por la habitación y a

que dijera varias veces: “Dios, Dios, ¿dónde andará *ese crío*?”,... (*Príncipe*, 11).

143. —¿Y el de la *Paqui*?...Yo no sé cómo se las arregla *esa chica* que todo le sale a derechas. (*Príncipe*, 25).

144. Juan se había sentado junto a los bajos de la *librería*, impulsó la corredera y sus ojos profundos se abismaron en *aquella barahúnda polícroma* y desconcertante. (*Príncipe*, 50).

145. Quico le miraba el *hueco negro* en la fila de dientes de abajo, *aquel vano oscuro* que acentuaba la gustosa sensación de terror... (*Príncipe*, 93).

146. ...y cada vez que la Domi le miraba cruzaba una pierna con la otra para ocultar la *huella delatora*...Permaneció en un rincón abanicándose con un libro y luego quieto, un rato, en la mesa-camilla, pero nada era suficiente para borrar *aquella mancha de humedad*,... (*Príncipe*, 97).

147. Quico dio la luz del cuarto de baño rosa y abrió las puertas del *armarito barnizado*...Quico se sentía feliz en *aquel paraíso*. (*Príncipe*, 119).

148. —¿El *príncipe destronado*? —Exactamente —dijo el Fantasma—, tú lo has dicho. Eso no es una invención. *Esa teoría* no es una formulación caprichosa. (*Príncipe*, 135).

149. Mamá animaba incansablemente a Quico, pero Quico cambiaba las *hebras estoposas* de un lado a otro de la boca y cada vez que intentaba tragar *aquella bola áspera*, se le amorataba el bigote,... (*Príncipe*, 143).

5.3.5. Casos de pronominalización

A) Con demostrativo masculino y femenino:

1. No obstante, su condición de prisionero, los servidores de Alonso Pérez de Vivero, a quien se había dado muerte en Burgos por orden de don Álvaro, acogieron a *éste* con gritos y destemplanzas,... (*Vivir*, 13).

2. El cadalso, según todas las opiniones, se levantó en el centro de la plaza para que el público tuviese facili-

dades para presenciar el espectáculo. Era *aquél*, un público que denostaba al reo... (*Vivir*, 15).

3. ...un director que acertara a insinuar el paso del tiempo sin recurrir al manoseado símbolo de la caída de las hojas del calendario...sería para nosotros un director más meritorio que *aquel* que, valiéndose del truco del relieve, sobrecoge a los espectadores... (*Vivir*, 19).

4. ...¿No le es más sencillo al cine americano, abrumado de recursos técnicos, inventar el relieve que inventar un argumento original resuelto de manera original? Uno, en suma, se pregunta: ¿No será *ésta* la madre del cordero? (*Vivir*, 19).

5. ...y, en consecuencia, se resiste a dejar nada entre los puntos de la pluma, circunstancia *ésta* que imprime generalmente a las novelas de iniciación una prolijidad ingenua,... (*Vivir*, 30).

6. El novelista joven, como el perro de caza que se inicia, es trotón y por muy fino y sensitivo que sea su olfato, prevalecerá, a la postre, su juventud. Tal vez sea *esta* la razón que justifique el aserto de Duhamel,... (*Vivir*, 31).

7. Desacreditado, aunque no en desuso, está el sistema de los apuntes, ya que todo libro, aun el menos sistematizado, aventajará en algo a *aquéllos*. (*Vivir*, 39).

8. No es difícil observar en estos textos antes una finalidad de lucimiento personal que una eficiencia docente. *Este* es un grave mal. (*Vivir*, 39).

9. ...de entre todas las objeciones recibidas con motivo de mi artículo «Sobre los divos» entiendo que no merece la pena de considerarse sino *aquella* que alude a la belleza del «mínimo esfuerzo» en el deporte,... (*Vivir*, 45).

10. ...y los «divos» han de convertirse en «destajistas» si no quieren verse desbordados por *éstos*. (*Vivir*, 46).

11. Entre Poblet, único «divo» teórico del equipo nacional...y Bahamontes, un auténtico «destajista», yo, como español y como aficionado al deporte de la bicicleta, me quedo con *este* último. (*Vivir*, 46).

12. ...yo no desdeño el ritmo, la euritmia y la armonía pero bien creo que *éstos* deben ocupar un segundo plano en una competencia deportiva. (*Vivir*, 46).

13. ...junto a la belleza del esfuerzo estéticamente encubierto operan otros factores que como el entusiasmo, el amor propio y el tesón influyen más directamente que *aquél* en mantener la grada tensa y expectante,... (*Vivir*, 47).

14. El pueblo no comprende el Arte si *éste* no promueve en él una remoción de sentimientos. (*Vivir*, 49).

15. ...si ha de llegar el día que entre el mundo de las letras y el de los números se haga la paz y brille la concordia, *éstas* no se lograrán a través del número E,... (*Vivir*, 53).

16. En las ciudades americanas y europeas que he visitado últimamente he observado una tendencia gregaria hacia la uniformidad. Es *éste* un fenómeno universal,... (*Vivir*, 54).

17. Nápoles y Cádiz no han renunciado al progreso, pero tampoco en aras de *éste* han sacrificado su personalidad. (*Vivir*, 56).

18. Cuando hablamos de solera nos referimos aquí, antes que a la antigüedad, a un respeto por las normas tradicionales,...Entre otras razones, es *ésta*, sin duda, una de las que más han influido en ampliar las simpatías de este equipo...(*Vivir*, 57).

19. En España...se guarda, no obstante, una admiración, muchas veces inconfesada, hacia todo aquel que se abre camino por sus propios medios. *Este* es el caso del gran club norteño... (*Vivir*, 58).

20. Entre quien debe su fortuna al azar o a la herencia y el que la forja a fuerza de ingenio y trabajo, las simpatías, en nuestro país al menos, se quedan con *éste*. (*Vivir*, 58).

21. Después de seguir una a una las votaciones del Nadal 1956 me he reafirmado en el convencimiento de que también la maltratada literatura puede dar sus cardíacos. *Este* es el lado malo de estas eliminatorias cuantitativas,... (*Vivir*, 60).

22. ...y el Premio Nadal, a su vez, otro aspirante al Premio Nadal, con mayúsculas, que ha llegado a ser hoy, después de su XIII edición. Por lo que atañe a *éste*, las cosas empezaron a enredarse sobre las doce de la noche...(*Vivir*, 60).

23. Antes de salir de casa yo traté de confirmar al fotógrafo la necesidad de sus servicios. *Éste*, con fino olfato, ya estaba en la casa del premiado cuando llegué. (*Vivir*, 67).

24. —¿Crees —le digo de pronto— que el sacerdote-escritor responde a la misma exigencia social que el sacerdote-obrero?
—En el fondo vibra la misma preocupación y acechan los mismos peligros. Yo sentiría equivocarme como alguno de *aquellos* se equivocó,... (*Vivir*, 71).

25. ...Si la novela tiene suficiente pasión humana, equilibra lo que el sermón pueda tener de declamatorio...
—Es lamentable que muchos no comprendan que *ésta* puede ser una actividad sacerdotal. (*Vivir*, 72).

26. Hace cincuenta años las mesas de redacción estaban encargadas de llenar las planas de un periódico con docena y media de escuetos telegramas,...Era *aquel* un arte que ha pasado a la historia... (*Vivir*, 76).

27. De este modo el Real Madrid asegurará su posición no sólo fortaleciendo su cuadro, sino debilitando los ajenos, *aquellos* a quienes va a privar de sus «kas» y sus «uves dobles»... (*Vivir*, 86).

28. Si el lector platica con un experto, *éste* le dirá que nuestros ríos del norte representan en este aspecto un paraíso;... (*Vivir*, 88).

29. En este menester, como en todos *aquellos* en que la competencia anda por medio,... (*Vivir*, 90).

30. ...aquella máxima que, aludiendo a la caridad cristiana, afirma que *ésta* debe ser tan discreta que la mano izquierda no se entere de lo que hace la derecha. (*Vivir*, 92).

31. Peca de ingenuo todo procedimiento que pretenda estrechar los lazos entre los hombres sin más que modificar las cosas en torno y la organización de las cosas en torno. Sin duda, *este* puede ser un camino,... (*Vivir*, 95).

32. ...es decir, transformar al hombre para que, a su tiempo, pueda *éste* corregir serenamente los errores a que están sujetas las cosas que de él dependen. (*Vivir*, 95).

33. Antes que un Mercado Común —o además, puesto que *éste* tampoco estorba—... (*Vivir*, 97).

34. ...como el de Mariano de Cossío,, cuya prematura e inesperada marcha dejará en todos sus amigos —incluso en *aquellos* que, como yo, apenas le tratamos una horas— un recuerdo imborrable. (*Vivir*, 106).

35. Yo entiendo que enseñar a leer al que no sabe representa un esfuerzo estéril si *aquél* no lo hace conscientemente,... (*Vivir*, 128).

36. ...es decir, por satisfacer su propia curiosidad. Hay que provocar *ésta*, no tratando de desengañar —tarea inútil— a la oronda señora... (*Vivir*, 128).

37. Mas ahora resulta que la lucha por no ser el último, apenas si emociona ya a los espectadores y si *éstos* todavía llenan los estadios... (*Vivir*, 129).

38. Otra razón que justifica, creo yo, el progresivo debilitamiento de los campeonatos de Liga es la rapidez de las comunicaciones, la facilidad de los contactos entre naciones. En un ayer próximo, *éstos* se daban con cuentagotas. (*Vivir*, 130).

39. Se trata de la venta de huevos...a un incubador quien, a su vez, los revende, ya pollos, al propietario de un coto cuando no es *éste* el propio incubador. (*Vivir*, 132).

40. Por otra parte, con la captura de huevos en terrenos libres para abastecer a los cotos, se desvirtúa la esencia de *éstos*,... (*Vivir*, 133).

41. Busca una fórmula para no tener que ir él a la caza, sino que sea la caza la que venga a él. Persigue a las especias antes de que *éstas* acaben de desarrollarse. (*Vivir*, 134).

42. ...si el catedrático se interesaba por un alumno, era por *aquel* que, excepcionalmente, se presentaba a cuerpo limpio,... (*Vivir*, 141).

43. Ahora bien, lo verdaderamente inadmisible en nuestro tiempo es la frivolidad con que el desocupado interrumpe la ocupación de los demás...*Este* es un hecho que se repite, a diario, en todas partes,... (*Vivir*, 142).

44. Es decir, en una época en que el periodismo, la literatura y la dialéctica venían crecidos, abombados de retórica, Julio Camba fue un escritor en estiaje; poca agua pero transparente. *Este* ha sido, a buen seguro, su legado. (*Vivir*, 149).

45. Al artista, al escritor, no se le exigen títulos ni edad para acudir a los concursos, o si se prefiere, a la oposición. Por otra parte, *éstas* —o los premios— se convocan sin pausa,... (*Vivir*, 152).

46. ...y la tinta consumida «sobre» los premios, por los críticos y comentaristas. *Éstos*, de ordinario, se han polarizado en posiciones antagónicas:... (*Vivir*, 153).

47. Aludía en mi anterior artículo, «La novela abstracta», a las nuevas corrientes adoptadas por este género literario...Mas después de escrito *aquél* me llega la noticia de que el «Prix des Éditeurs» ha recaído este año en una novela del alemán Uwe Jhonson,... (*Vivir*, 159).

48. El corazón, en su tic-tac implacable, se obstinaba en introducirle en ese turbio mundo de los adultos, y él se resistía a entrar en él. (*Esta* era...la discrepancia...) (*Vivir*, 163).

49. ...un deportista caracterizado ha sido borrado de la agrupación del viejo club a que perteneció y disuelta la peña que patroneaba al ofrecer sus servicios a otro equipo, rival de *aquel* en que de entrada militó. (*Vivir*, 165).

50. ...que si la sangre caliente nos valió no pocos éxitos en una etapa histórica en la que prevalecía el corazón, ahora que el cerebro se impone, *aquélla* no nos servirá para gran cosa;... (*Vivir*, 166).

51. Y si hoy día, para tomar la temperatura del pueblo español, no podemos guiarnos sino de indicios, *este* que comento no puede ser más decepcionante. (*Vivir*, 167).

52. ...la última de las medallas que le colgaron del pecho al doctor Delille fue precisamente por los beneficios que su acto —la inmolación de los conejos europeos— reportó a la agricultura gala. Fue *este* un hecho

anómalo e increíble,... (*Vivir*, 170).

53. ...mas la verdad-verdad radica fuera de unos y otros, aunque bajo las cubiertas de las Memorias de todos se esconda una parte de ella. Alcanzar *ésta* queda al margen de la facultad humana... (*Vivir*, 172).

54. ...se repara antes que en el hombre inquieto, agudo y emprendedor, en *aquel* otro, con facetas más o menos meritorias y dolientes,... (*Vivir*, 188).

55. ...habrá que ir pensando en la conveniencia de elegir para cada puesto al hombre más adecuado, sin reparar en sus avatares ni en sus cicatrices. *Este* es un asunto, creo yo, que no tiene vuelta de hoja. (*Vivir*, 188).

56. El ministro de Información y Turismo...anuncia la mejora de retribuciones de las fuerzas militares, mientras condiciona esta mejora a los funcionarios públicos en razón de que *éstos* perciben, además del sueldo, tasas y otros emolumentos. (*Vivir*, 190).

57. Total, que si hace diez o doce años los ingresos de un catedrático de estas especialidades corrían parejos con los de un teniente, hoy no alcanzan los de un sargento y para acercarse a *aquéllos* —los de un teniente—...(*Vivir*, 191).

58. Otros aumentos que razona el señor ministro de Información son los de la Guardia Civil y Policía Armada, aumentos perfectamente justificados y contra los que nada tendríamos que objetar si, a la vez, se anunciasen los de la guardería forestal y fluvial,...porque también *éstos*...disponen de tasas y otras gabelas... (*Vivir*, 191).

59. ...y fijar unas retribuciones únicas, conocidas y decorosas para todos los funcionarios del país, sean *éstos* militares o paisanos. (*Vivir*, 192).

60. Me explicaré. Colón murió aquí, en Valladolid, posiblemente en el convento de San Francisco. Bueno, *esta* es una opinión más. (*Vivir*, 199).

61. ...el Monasterio de Retuerta, la torre romántica de Nuestra Señora de la Antigua, ya en la capital, y sin salirnos de *ésta*, la puerta morisca del Monasterio de las Huelgas,... (*Vivir*, 200).

62. Ahí la tienen ustedes. *Esta* es Valladolid, mi ciudad,... (*Vivir*, 205).

63. A los ojos de todo español...existen muchas partidas del presupuesto que van a atender necesidades menos perentorias que *esta* de las escuelas que denunciamos. (*Vivir*, 209).

64. En cualquier parte encontrará una señora Rand que sepa mucho más que él sobre Azorín; una señora Nemes que domine a Juan Ramón; un señor Shoemaker, especializado en Galdós,... *Esta* es una realidad evidente... (*Vivir*, 213).

65. Es claro que ahora empezamos a recoger una cosecha que ayudaron a sembrar hace veinticinco o treinta años, codo a codo con los hispanistas norteamericanos, un excelente plantel de escritores y profesores españoles...Es, *éste*, un servicio que nuestro país nunca les agradecerá bastante. (*Vivir*, 213).

66. ...y cuando la memoria se conserva fresca como les ocurre a las doctoras Rand y Nemes —*ésta*, alumna, cuando Juan Ramón pasó por allí—,... (*Vivir*, 214).

67. Y tanto fue así, que la última vez que Marguerite Rand vio a Juan Ramón, *éste* la recibió, desplomado en un sillón de la sala,... (*Vivir*, 216).

68. ...su aula en la Universidad, la silla en que se sentaba, su casa...Y no deja de ser curioso observar cómo *ésta* —la casa que habitó— aún conserva unas indefinibles reminiscencias juanramonianas. (*Vivir*, 217). (Ver si se trata de un posible caso de doble referencia).

69. Uno de los dos ha de perder la verticalidad;... ¿Y no será *éste,* a fin de cuentas, el símbolo de nuestro radicalismo tradicional? (*Vivir*, 219).

70. En su posición dialéctica no cabe la posibilidad de comprender al adversario, cuando menos la de que *éste* le convenza. Y si frente a *aquél* nada pueden sus razones, apela a las voces;... (*Vivir*, 219).

71. La madre estaba hecha a la cocina de la otra casa y *ésta* le extraña. (*Diario*, 9).

72. De casualidad oí decir esta mañana al de Historia Natural que le han nombrado jurado para los premios de

San Antón. Cuando se largó don Basilio le pregunté a don Angel qué premios eran *ésos*... (*Diario*, 76).

73. ...«Y tú te ocultas tras una jara. La jara no impedirá que tú vea a las perdices, pero sí que las perdices te vean a ti. ¡*Esa* es otra ventaja!...» (*Diario*, 92).

74. Aproveché para decirles a la madre y a ella que qué cara pondrían si me casase. La madre dijo que *ése* era un asunto muy personal,... (*Diario*, 116).

75. Estuve donde mi hermana, que tiene a la Titina con pulmonía. La cría parecía contenta, pero el mandria de Serafín anda aliquebrado. Me vino con que si la chavea sale de *ésta* no vuelve a probar un vaso. (*Diario*, 117).

76. Un día con otro los exámenes me dejan cinco barbos líquidos. De fijo el que aprueba el Francés o el Alemán no me deja con las manos vacías. A cada aprobado de *estos* que canto suena una ovación. (*Diario*, 124).

77. Hay que ver, con lo que ha sido este hombre. Mentira parece. Dice que *ésa* es la vida... (*Diario*, 141).

78. Esta mañana me salió con que la churrera está majilla, pero le falta delantera...Después de todo, Anita no es una tabla y si tiene mucho o poco *ésa* es cuestión mía. (*Diario*, 149).

79. Dice Tochano que en la Argentina hay una liebre en cada yerbajo...El cuñado de Zacarías dice que *aquél* es el país de las oportunidades para el que quiere trabajar. (*Diario*, 153).

80. Lo malo es que, tiro aquí tiro allá, pronto acabo con las liebres de la Argentina, y entonces...Sí, es una pega *esa*. (*Diario*, 154).

81. ...y sentó cátedra sobre lo justo y lo injusto y decía: «Si él mata una hembra de perdiz, yo no puede protestar aunque me deja sin huevos, pero si yo me como los huevos, él protesta porque le dejo sin perdices. ¿Qué clase de justicia es *ésta*?». (*Viejas*, 27).

82. Poco más allá tengo entendido que vierte en el arroyo Aceitero; las aguas de *éste* van a desembocar en las del Sequillo,... (*Viejas*, 33).

83. Y de eso —de tesos— no andamos mal en mi pueblo, pues aparte el páramo de Lahoces, tenemos el Cerro Fortuna, el Otero del Cristo...y la Mesa de los Muertos. *Este* de la Mesa de los Muertos también tiene sus particularidades y su leyenda. (*Viejas*, 57).

84. En suma, en mi pueblo los hombres miran al cielo más que a la tierra, porque aunque a *ésta* la mimen, la surquen, la levanten,... (*Viejas*, 58).

85. En toda cacería hay un momento propicio, a veces unos minutos, que hay que aprovechar para poblar la percha y llenar el zurrón. *Éste* es un fenómeno no sometido a una causalidad definida... (*Viejas*, 92).

86. ...surgió la Ley con sus papeles para evitar que en este duelo hombre-animal, tan viejo como el mundo, *este* último terminara por extinguirse... (*Viejas*, 96).

87. En las edades pasadas se reservaba la caza para el señor. El señor…dedicaba sus ocios a la caza para conservarse en forma para la guerra...pero el derecho de cazar debe ser defendido y protegido no sólo pensando en *aquéllos* sino en el último peón de la jerarquía social. (*Viejas*, 97).

88. El Cazador debe anticipar que al hablar de abolir privilegios no aboga por una proscripción sistemática de cotos y vedados, sino porque la extensión de *éstos* sea suficiente para facilitar la procreación de las especies,... (*Viejas*, 97).

89. No le digo nada del turón, la urraca o el raposo. *Ésos* no se sacian nunca de comer. (*Viejas*, 99).

90. ...y arrastró un trecho el tubo de dentífrico haciendo “buuuuuuuum”...hasta que el tubo tropezó con un botón negro y, entonces, el niño abandonó *aquél* en el suelo,... (*Príncipe*, 17).

91. La Vítora le pasó dos veces el babero por los labios, cogió el plato con los restos de la papilla, arrojó *éstos* al cubo de la basura... (*Príncipe*, 28).

92. Quico se desplazaba de uno a otro y cuando creyó encontrar un eco en Marcos, *éste* cogió el álbum de *La Conquista del Oeste*... (*Príncipe*, 56).

93. ...introdujo la mano en el bolsillo y desparramó por el suelo las chapas de Coca-Cola y Kas y el botón negro. Recogió *éste* con dos dedos... (*Príncipe*, 78).

94. ...sacó del bolsillo la punta y el tubo de dentífrico. Tomó *aquélla* entre dos dedos,... (*Príncipe*, 125).

95. No te diré que sea una enfermedad psíquica, pero se le parece. En estos casos hay que actuar con sumo tacto,...No quiero afirmar que *éste* sea el caso,... (*Príncipe*, 135). El antecedente del demostrativo es el hecho de que Quico, el «príncipe destronado» de la casa, al parecer, se había tragado una puntilla para llamar la atención.

96. — ¿Y la A? —inquirió Juan.
—*Ésa* no sé. (*Príncipe*, 141).

97. La Vítora pasó la tortilla de la sartén al plato y colocó *éste* sobre el mármol blanco. (*Príncipe*, 156).

B) Con demostrativo neutro:

1. Pero *eso* ocurrió antes, casi cinco siglos atrás, muchas generaciones atrás. (*Vivir*, 10). El antecedente es todo el relato de la ejecución de don Álvaro de Luna.

2. ...es curioso observar que si don Álvaro hubiese efectuado su triste gira cinco siglos más tarde, hubiera encontrado un oblato del Corazón de María motorizado y un seminarista escocés...una dominica francesa, un redentorista,...*Esto* quiere decir que, tradicionalmente, el clero regular vallisoletano buscó en la salida sur de la ciudad lugar para su asentamiento. (*Vivir*, 12).

3. ...el prisionero y sus guardianes se apearon en el palacio de Vivero, donde años más tarde se casarían los Reyes Católicos y donde en la actualidad tienen su sede los Tribunales de Justicia de la ciudad. (Es posible que con *esto* se quiera borrar la gran injusticia cometida con el Condestable). (*Vivir*, 13).

4. El temor a desaparecer constituye, evidentemente, un agudo estímulo de la inteligencia. Suprimida la competencia, sobreviene la rutina y, con la rutina, la mediocridad. *Esto* demuestra hasta qué punto es un hecho

cierto el concepto de que la necesidad aguza el ingenio. (*Vivir*, 17).

5. Si repasamos la breve historia del cinematógrafo, observaremos que todos sus avances (?) vienen determinados, antes que por un noble anhelo de superación, por la necesidad de conservar el favor del público. *Esto* quiere decir que el séptimo arte no avanza... (*Vivir*, 17).

6. Uno se pregunta si el cine, sin la palabra, el color y el relieve...no estaría a estas alturas a un nivel artístico más estimable de lo que está. Uno se pregunta: ¿Es *esto* progreso? (*Vivir*, 19).

7. Durante cuatro días, sesenta escritores hemos vivido en La Mancha y convivido con los manchegos. *Esto* quiere decir que desde hace apenas una semana sesenta escritores españoles sabemos algo concreto sobre La Mancha,... (*Vivir*, 20).

8. «La muerte de un viajante» ha sido muy discutida en España y he advertido que, en general, rechazan sus licencias los viejos, mientras los jóvenes, por el contrario, elogian sin reservas su audacia. *Esto* quiere decir que la nueva orientación teatral satisface los gustos de la época,... (*Vivir*, 25).

9. A González Ruano...se le hacía enojoso volver a este ejercicio después de dedicar al teatro su actividad de una semana. *Esto* indica hasta qué punto el cerebro del escritor es una cosa poco dúctil,... (*Vivir*, 27).

10. Sea como quiera, el salto de la novela al artículo, del artículo al cuento, del cuento a la pieza de teatro, implica para el escritor en general un esfuerzo superior al que la gente cree. Y *esto* que acontece dentro del limitado mundo de la literatura,... (*Vivir*, 27).

11. Una extraña fluidez anima la pluma. Es el momento propicio para abordar la trilogía. Quiero decir con *esto* que una vez cogido el tono, es más meritorio economizar elementos que dar rienda suelta al caudaloso torrente que nos desborda;... (*Vivir*, 29).

12. *Esto* nos lleva a la conclusión de que los escritores, como los médicos, deberían adoptar una especialización y no salirse de ella. (*Vivir*, 29). El antecedente es la dificultad del escritor para coger el tono.

13. Sea como quiera, en España seguirá el escritor escribiendo un artículo por la mañana y un capítulo de nove-

la por la tarde. *Eso* en el mejor de los casos. (*Vivir*, 29).

14. *Esto* significa que el novelista nato, cuando rompe el fuego, considera demasiado romos a sus presuntos lectores,... (*Vivir*, 30). El antecedente es el exceso verbal que caracteriza a las primeras novelas.

15. Todo *esto* me lleva a pensar que la mayor parte de las primeras novelas tienen todo lo que necesitan para ser discretas;... (*Vivir*, 32). El antecedente es todo lo dicho sobre el joven novelista.

16. De aquí que una supervisión crítica reflexiva podría equilibrar obras que el inexperto autor, al efectuar sus primeras armas, ha alumbrado desequilibradas. *Esto* equivale a decir que la madurez del novelista no viene impuesta por lo que los años dan de experiencia o de imaginación,... (*Vivir*, 32).

17. «Con más ingenieros, nuestra producción se incrementará», afirman los partidarios de la reforma y para justificar *esto* dicen que España apenas da 300 ingenieros por cada millón de habitantes,... (*Vivir*, 34).

18. Si la tinta, el tiempo y la cabeza que se han gastado en el debate se hubieran aplicado a elaborar un concienzudo proyecto sobre una red de carreteras, *eso*, pienso yo, iríamos ganando los españoles. (*Vivir*, 35).

19. ...Schweitzer es el prototipo de hombre que, pese a su valía, solicita siempre el puesto más incómodo y de mayor responsabilidad...él es la acción. Quiero decir con *esto* que Albert Schweitzer no pronuncia una lección dogmática;... (*Vivir*, 36).

20. Todo *esto* me hace pensar en la conveniencia de divulgar las vidas de estos hombres verdaderamente grandes... (*Vivir*, 38). El antecedente es todo lo que acaba de decir sobre Schweitzer.

21. Desacreditado, aunque no en desuso, está el sistema de los apuntes, ya que todo libro, aun el menos sistematizado, aventajará en algo a aquellos. *Esto* equivale a decir que no debiera haber asignatura sin un texto básico,... (*Vivir*, 39).

22. Ha sido suficiente que por fas o por nefas dejasen de abortarse iniciativas, de estrangularse esfuerzos individuales para evidenciar que los malos son capaces de dar la vuelta a Francia en bicicleta en menos tiempo que los buenos. *Esto*, cuando éramos niños,...bastaría para coronar a quien fuese con los laureles de cam-

peón. (*Vivir*, 43).

23. *Esto* equivale a decir que el exhibicionismo apenas si tiene sitio en las competiciones deportivas tal como hoy se desarrollan en el mundo. (*Vivir*, 47). El antecedente son los factores que influyen en apasionar a la multitud.

24. En los desfiles procesionales de la Semana Santa, la masa requiere un desahogo emocional, y *esto* se consigue humanizando lo que, por principio, es divino. (*Vivir*, 48).

25. El secreto de la pervivencia del «western» y de su continuado éxito entre los públicos elementales del mundo, radica en la tajante separación de buenos y malos...*Esto* significa que el «western», si aspira a pervivir, debe abandonar todo prurito de perfeccionamiento... (*Vivir*, 49).

26. En Andalucía no es posible acallar del todo la vitalidad popular, que precisa explayarse siquiera por la válvula de la «saeta». *Esto* quiere decir que en el sur la procesión es un acto externo,... (*Vivir*, 49).

27. La belleza y personalidad de su Semana Santa habrá de buscarse, pues, en su sobriedad y su laconismo. *Esto* no quiere decir que el espectador sea insensible al Drama que se desarrolla ante sus ojos,... (*Vivir*, 50).

28. ...el equipo vasco responde mejor que ninguno...a unos cánones temperamentales conocidos en el mundo con el nombre de «furia española»...*Esto* equivale a decir que los futbolistas bilbaínos, son poco amigos de tácticas previas... (*Vivir*, 58).

29. (En puridad, conocía la novela del padre Martín Descalzo desde cuatro años atrás, los mismos años que hace que le conozco a él. *Esto* equivale a decir que mi amistad con el padre Martín Descalzo es ya casi una vieja amistad,... (*Vivir*, 61).

30. Los padres proceden de La Parrilla y Nava del Rey —buena tierra de vino—, provectas villas pincianas. *Esto* no quita para que, hilando más delgado, hagamos un expreso reconocimiento de la patria chica del galardonado: Madridejos,... (*Vivir*, 62).

31. Al cabo, sobre la voz un poco fatigada del locutor, vibró el timbre del teléfono. Sentí una sacudida. Se puso

mi mujer: —Conferencia de Barcelona —dijo—. ¡*Esto* es que se lo han dado! (*Vivir*, 64).

32. ..."¿Qué pintas tú aquí arriba?" "Soy de primero", respondió José Luis Martín Descalzo. "*Eso* es abajo", le dijo el otro. (*Vivir*, 66).

33. En Roma, por aquello de que el padre Martín caminó siempre un poco adelantado, tuvo que aguardar un año para ordenarse, y *eso* después de obtener dispensa para hacerlo... (*Vivir*, 66).

34. —Hay muchas técnicas para novela católica. Primera: con Dios como paisaje. Segunda: con Dios como personaje, y tercera, con Dios como protagonista.
—Aclara *esto*. (*Vivir*, 70).

35. Sus libros, además de los citados más arriba, son: "Fábulas con Dios al fondo"...y "Un cura se confiesa", obra confidencial, apresurada, con páginas verdaderamente impresionantes. Sobre *esto*, una extensa relación de folletos de Propaganda Popular Católica:... (*Vivir*, 71).

36. —¿Cómo ven tus compañeros *esto*? (*Vivir*, 72). El antecedente es la actividad novelística del padre Martín Descalzo.

37. No hace falta llegar a ser...una persona provecta para observar...la rapidez vertiginosa con que se suceden las modas y las costumbres. *Esto*...no deja de causar en el ánimo de las personas sensibles una suerte de desencanto,... (*Vivir*, 75).

38. El redactor de sucesos de hace medio siglo no se sentiría hoy tan desplazado en ninguna parte como en la mesa de redacción de un periódico...*Esto* presupone que nada hay tan diferente del periodismo de ayer como el periodismo de hoy... (*Vivir*, 75).

39. ...tomar una tarjeta de familia numerosa por otra tarjeta de familia numerosa obedecía precisamente a la familia numerosa que le atosiga a uno antes de partir y le pone nervioso y que de *esto*, entendía yo, es de lo que debía protegerme el Estado. (*Vivir*, 82).

40. ...y que todo *esto* no era más que un atropello. (*Vivir*, 83). El antecedente es la sanción que el revisor quería

imponer al autor por no llevar el carnet de familia numerosa.

41. Llegados a este punto, el hombre,...me hizo el peregrino descubrimiento de que en la taquilla no tienen por qué mirar la tarjeta al despachar el billete y para reforzar su afirmación me pasó por las narices una circular que,...se legitimaba su bonita operación. Ofuscado le dije que *aquello* era una perfecta ratonera... (*Vivir*, 83).

42. Ofuscado le dije que aquello era una perfecta ratonera, y ante *esto* el hombre me hizo una expresiva seña... (*Vivir*, 83).

43. *Esto* es muy triste... (*Vivir*, 84). El antecedente es la reflexión sobre los problemas que acarrea al padre de familia numerosa tantos papeles.

44. ...al escuchar por la radio, cómo por dos veces el Real Madrid remontaba un tanteo adverso para acabar derrotando a un conjunto de méritos parejos. *Esto* quiere decir que el Real Madrid ha logrado conjugar un grupo muy diestro... (*Vivir*, 85).

45. Esta actitud no supone desprendimiento, ni espíritu deportivo, sino tan solo potencialidad económica. Y *esto* en el deporte...no debe contar o debe contar muy poco. (*Vivir*, 86).

46. ...es decir, que los verdaderos campeones son los espectadores españoles...que se rascan el bolso con mayor facilidad que los espectadores del resto de Europa. *Esto* es muy triste... (*Vivir*, 87).

47. Uno de los deportes a los que el no iniciado arriba indefectiblemente en momento inoportuno es la pesca de la trucha con cucharilla. Puestos a ver, *esto* de la pesca requiere más esperanza que fe,... (*Vivir*, 88).

48. ...el oficio de pescador de trucha con cebo artificial exige tal dosis de paciencia y humildad que desconfío que las generaciones venideras lleguen a ejercitarlo. *Esto* no es obstáculo para que la pesca de trucha con cucharilla constituya una hermosa y sugestiva teoría. (*Vivir*, 88).

49. De este modo, antes que a la lotería, el español juega hoy al concurso X o al carrusel Z, ya que sin ningún desembolso se le ofrece la oportunidad de hacerse rico...Todo *esto* está muy bien... (*Vivir*, 93).

50. *Esto* equivale a afirmar que la caridad como tal está en nuestro país en franco declive... (*Vivir*, 94). El antecedente es todo lo dicho sobre el modo de organizar la caridad.

51. A mi entender, lo sustancial es, pues, enmendar al hombre en la convicción de que lo demás se nos dará por añadidura. Viene *esto* a cuento de la particular y apasionada manera que hay de enseñar la historia en todos los pueblos del mundo. (*Vivir*, 95).

52. A este respecto puedo asegurar que los párvulos de Chile y la Argentina tienen una idea de la dominación española radicalmente diferente a la que tienen nuestros párvulos. Otro tanto acontece con los párvulos italianos...*Esto* quiere decir que cada cual habla de la Historia conforme le fue en ella... (*Vivir*, 96).

53. De este modo y abarrotando las jugueterías de soldados de plástico, ingenios atómicos y aviones de bombardeo, ya tenemos a nuestros niños dispuestos, desde su más tierna infancia, a ceñirse las cartucheras y a agarrar el fusil. *Esto* ocurre, antes que nada, porque los hombres hemos dado en llamar Historia...al repertorio de violencias... (*Vivir*, 96).

54. ...Sedano es mi pueblo...donde la gente llega a vieja comiendo manzanas y miel, los cangrejos y las truchas se multiplican confiadamente en los regatos y los conejos corren libres por el monte...Quiero anticipar con *esto* que Sedano es un pueblo muy sano... (*Vivir*, 99).

55. En efecto, uno nació...en Valladolid, ciudad de la que se siente orgulloso, pero *eso* no obsta para que a uno, desde pequeñito, le gustase tener su pueblo,... (*Vivir*, 99).

56. —Yo estoy aquí porque perdimos Cuba y Filipinas. A los isleños les desagrada que les diga *esto*, pero es la pura verdad. (*Vivir*, 104).

57. Pero cuando hablaba de sus piernas medio inútiles se reía alborozado como si *aquello* no tuviera importancia:... (*Vivir*, 104).

58. ...la costumbre engendra afecto y que los huecos que dejan aquellos con los que a diario convivimos son los más difíciles de llenar. Mas *esto* no rige con los temperamentos abiertos,... (*Vivir*, 106).

59. «...nos ponemos de acuerdo y nos animamos mutuamente y nos decimos mutuamente que no todo es estupidez y tontería y pelotillerismo y luchamos juntos contra todo *esto*,...» (*Vivir*, 109).

60. Es decir, si observamos la falta o la deficiencia, corrijámoslas antes que por lo que diga el turista por lo que *aquello* encierra de incongruente o perjudicial. (*Vivir*, 111).

61. Ello no significa...que censuremos el respeto al prójimo pero, con frecuencia, nuestro espíritu de superación no proviene de ese respeto sino del bochorno que nos produce que el forastero nos contemple, sin ambages, en nuestra propia salsa. Lo peor de todo *esto* es, sin embargo, que a nuestro condescendiente: «¿Qué dirá el turista que nos visita?»,... (*Vivir*, 111).

62. Hablaba del adecentamiento de los pueblos «por real decreto»,...*Esto*...encubre un sentimiento de incomodidad por el hecho de que la miseria pueda trascender. (*Vivir*, 112).

63. ...o sea aquellos hombres para quienes la lucha contra la adversidad...supone un estímulo antes que una causa de desaliento. *Esto* explica tal vez que en Castilla se haya fraguado el país... (*Vivir*, 115).

64. Los jóvenes se fueron a Bilbao; los hijos de los jóvenes ya no conocen el lugar de sus mayores; ni unos ni otros quieren volver a oír hablar de él. ¿Para qué? *Eso* quedó atrás y se acabó. (*Vivir*, 116).

65. —Pero bueno, ese Jiménez Lozano de su periódico, ¿qué es?
—Cristiano.
—*Eso* ya lo sabemos; aquí todos somos cristianos. (*Vivir*, 118).

66. —Pero, Pepe, ¿no tienes tú la Licenciatura de Letras, el título de periodista, el...?
—¿Y *eso* qué importa? (*Vivir*, 119).

67. Con Pepe Lozano, Carlos Campoy, Martín Descalzo,...fundé un día una sección de «El Norte» titulada «El Caballo de Troya». *Esto* de «El Caballo de Troya» era una cabeza de puente en el mundo de la frivolidad,... (*Vivir*, 119).

68. —Es un cristiano; un cristiano consecuente, para que me entienda.

—Bueno, *eso* lo somos todos. (*Vivir*, 120).

69. A lo mejor todo *eso* del progreso y la cultura no es más que un espejismo. (*Vivir*, 127). El antecedente es todo lo que acaba de decirse sobre dar un empuje a España para que salga de su secular retraso.

70. ...y si éstos todavía llenan los estadios en algunas partes lo hacen estimulados por la idea de que su grupo favorito sea campeón. En mi ciudad, Valladolid, he constatado *esto* de modo palmario en la presente temporada. (*Vivir*, 129).

71. El profesor Engherard, tras prolongadas vigilias, ha descubierto un sistema de sueño eléctrico que permite eliminar en tan sólo dos horas toda fatiga muscular o nerviosa. *Esto*, a primera vista, representa un progreso,... (*Vivir*, 136).

72. Es decir, hoy que media humanidad lleva en el bolsillo del chaleco unas píldoras para dormir, el verdadero progreso sería reinventar el sueño natural,...Pero no. *Eso* sería un invento anticientífico,... (*Vivir*, 136).

73. Viene *esto* a cuento de que en el mismo periódico provinciano en que leo que los Estados Unidos y Rusia estudian la destrucción de los bombarderos atómicos,... (*Vivir*, 139). El antecedente es todo lo dicho sobre el desarme.

74. ...un normal espectador observará que un cincuenta por ciento de las películas que hoy se proyectan son violentas; un veinticuatro por ciento, eróticas; otro veinticuatro, estúpidas...¿Qué quiere decir *esto*? (*Vivir*, 140).

75. *Esto* me lleva a pensar en la conveniencia de organizar ahora una campaña contra las visitas inoportunas. (*Vivir*, 141). El antecedente es la campaña llevada a cabo contra las recomendaciones.

76. Uno, que no cree que todo lo de hoy sea peor que lo de ayer, piensa, por ejemplo, que en *esto* de la amistad sin artificios ni hipocresía hemos ganado muchos puntos,... (*Vivir*, 142). El antecedente es todo lo dicho sobre las relaciones sociales tradicionales, la costumbre de las visitas de cumplido, sobre todo.

77. ...leo dos artículos de sendos jóvenes lamentado la escasez de oportunidades que hoy ofrece el país al

escritor novel,...Pero la cosa es que, en el caso presente, entiendo que estos dos muchachos no tienen razón, ya que, aparte de que los directores de periódicos tendrían que doblar el número de las páginas para publicar todo *aquello* que reciben de los jóvenes... (*Vivir*, 150).

78. Quiero dar a entender con *esto* que el hecho de querer ser escritor, con ser importante, no lo es todo;... (*Vivir*, 150). El antecedente es todo lo dicho sobre las oportunidades que existen en nuestro país para que publiquen los autores noveles.

79. Es curioso que estos jóvenes impacientes se lamenten de que nadie les tienda una mano y citen un repertorio de nombres de escritores más o menos asentados en la literatura del país de los que, por supuesto ignoran ...las tribulaciones y sinsabores que hubieron de sufrir en sus comienzos. *Esto* de querer sentar cátedra a los veinte años no creo que sea un mal de la época,... (*Vivir*, 151).

80. Es obvio que los puestos de trabajo no son muchos en el país ni tampoco fácilmente asequibles. Pero *esto* es así no sólo en literatura, sino en todo tipo de actividad. (*Vivir*, 151).

81. Al artista, al escritor, no se le exigen títulos ni edad para acudir a los concursos, o si se prefiere, a la oposición...Yo creo que *esto* de someterse al veredicto de un jurado...debe ser un acto de humildad... (*Vivir*, 152).

82. Los premios, en virtud de la frecuencia con que han servido gato por liebre, se han desprestigiado. Quiere *esto* decir que la recuperación del propio mercado...está a punto de perderse por la proliferación excesiva de los premios literarios. (*Vivir*, 155).

83. Michel Butor se ha limitado en «Mobile» a colocar por orden alfabético...nombres de Estados, de ciudades, de personas y de neveras, intercalando entre ellos, de cuando en cuando, frases tomadas de periódicos y revistas que aluden a los negros, al mar,...*Esto* es «Mobile»,... (*Vivir*, 157).

84. ...quien ha declarado: «Desde el siglo XIX todos los grandes libros han sido recibidos de la peor manera..."Mobile" está aún en las tinieblas, pero *esto* no me importa: ya llegará su día». (*Vivir*, 157).

85. Se argumentará que no pocos hombres que son verdaderos genios usan y abusan de la pirueta y aun que sus piruetas les dan de comer y de beber. *Esto* es muy cierto,... (*Vivir*, 160).

86. ...mas hasta el momento se les exigió previamente a estos señores que demostrasen su talento y una vez hecho *esto* se les permitió la extravagancia... (*Vivir*, 160).

87. No obstante, para Juan Arias la Navidad de 1963 ha sido su última Navidad y quizás haya en todo *esto*, en la oportunidad del tránsito, una de esas misteriosas decisiones con que el Señor distingue a sus elegidos. (*Vivir*, 162).

88. Y ya es sabido que en esta vieja Celtiberia la traición se paga con la vida o con un cerco de desdenes e incompresiones a menudo más desconsolador y doloroso que la propia muerte. Y si *esto* acontece en el terreno deportivo...sobran razones para echarse a temblar. (*Vivir*, 165).

89. Y el día que un tirio sea capaz de erigir una estatua a un troyano, y tirios y troyanos respeten este monumento, podrá decirse que el país en que *esto* suceda ha alcanzado la madurez... (*Vivir*, 167).

90. *Esto*, repito, que constituye el abecé de la democracia verdad y que es admitido por el 80 por 100 de los españoles aisladamente,... (*Vivir*, 167). El antecedente es todo lo que acaba de decirse sobre el respeto entre rivales.

91. Las madrigueras de los conejos ahondan en el subsuelo, se prolongan metros y metros y nada más sencillo para ellos que abrir la boca de la hura a un lado de la tapia y buscar la salida por la otra...¿cómo iba a ignorar *esto*, que lo saben hasta los chicos? (*Vivir*, 169).

92. Y, de entrada, lo que más me ha sorprendido de esta lectura es la ponderada serenidad que se desprende de estos renglones, unos renglones escritos por un hombre en capilla y sobre una de las etapas más enrevesadas de la Historia de todos los tiempos. Pero dejemos *esto* aparte. (*Vivir*, 171).

93. El campesino castellano está hoy,...desorientado. La mecanización, la concentración parcelaria, la selección de semillas, el abonado concienzudo y periódico; es decir, todo *aquello* que pudiéramos estimar como buenos consejos,... (*Vivir*, 174).

94. Y si es notorio que para levantar o resucitar una leyenda negra hace falta una previa disposición de ánimo, es obvio que sin esa deliberada disposición de ánimo no podrá hablarse hoy de una Castilla blanca. *Esto*

quiere decir que el viajero de buena fe y sin prejuicios verá negra a Castilla... (*Vivir*, 178).

95. ...hace muy pocos lustros bastaba en el país disponer de cuatro perras gordas para alcanzar un título facultativo y hasta tal punto *esto* era cierto, que entre las clases privilegiadas circulaba como «slogan» fidedigno, aquello de que en España todo el mundo era abogado... (*Vivir*, 181).

96. Quiero decir que si hoy el dinero, el simple hecho de ser uno un señorito, no da derecho a un título universitario —y *eso* está bien —... (*Vivir*, 182).

97. —Mire usted, siempre hubo ricos y pobres. *Eso* no es descubrir el Mediterráneo. (*Vivir*, 182).

98. *Esto* es bien cierto y, posiblemente, irremediable,... (*Vivir*, 182). El antecedente es el hecho de que siempre hubo ricos y pobres.

99. A estas alturas es un elemental principio de justicia el que cada hombre parta de cero y se realice conforme a sus posibilidades intelectuales sin trabas ni cortapisas. Mas, aparte de ser *esto* justo,... (*Vivir*, 182).

100. Afortunadamente, *esto* va pasando, como todos los sarampiones,... (*Vivir*, 185). El antecedente es la idea de hacer del fútbol algo matemático.

101. ...la tenacidad de un equipo es la tenacidad de su entrenador, de donde deducimos que el alma de un equipo es el alma de su entrenador. *Esto* quizás explique mejor que nada el fracaso de geniales jugadores... (*Vivir*, 186).

102. ...ni, por supuesto, que este otro tipo de hombres, poco dinámicos y eficaces, no se encaremen más arriba que el alcalde de mi ciudad.
—Bueno, *eso* es cosa sabida. Lo da la tierra. (*Vivir*, 188).

103. Pero, bien mirado, el alcalde de mi ciudad es ...para ser más exacto, un hombre de su tiempo, dinámico y eficaz. *Esto*, naturalmente, no quiere decir que «su tiempo» no dé otro tipo de hombres,... (*Vivir*, 188).

104. ...que su sueño dorado sea hacernos una urbe de medio millón de habitantes.

—¿Y *eso* es malo? (*Vivir*, 189).

105. He aquí un concepto, el de las tasas, excesivamente vago y desigual que si a veces supone, en efecto, un sensible aumento de los haberes mensuales, en otros no va más allá de una partida simbólica. Quiero decir con *esto* que las tasas no son sino una tapadera... (*Vivir*, 190).

106. ...estos funcionarios, de capacidad manifiesta, tienen, de entrada, una retribución que no alcanza ni con mucho el salario mínimo vital: para concretar: 1.450 pesetas. «Sí, verdaderamente *esto* es poco...» (*Vivir*, 191).

107. ...900 pesetas de gratificación complementaria y, un año con otro, 1.250 pesetas mensuales de derechos obvencionales. Peseta más, peseta menos, *esto* hace un total de 3.600. (*Vivir*, 191).

108. Todo *esto*, por supuesto, antes de las mejoras que ahora se anuncian. (*Vivir*, 191). El antecedente es todo lo dicho sobre las diferencias de retribución entre los funcionarios civiles, un catedrático en concreto, y los militares, aumentadas tras las mejoras que tendrán estos últimos.

109. En suma, las tasas encubren con frecuencia, es cierto, sobresueldos de seis cifras y *esto* es irritante;... (*Vivir*, 192).

110. *Esto* nos lleva a pensar si la relativamente vieja competencia «palabra-imagen» no se habrá resuelto partiendo la diferencia. (*Vivir*, 193). El antecedente es la competencia entre imágenes y texto que parece desarrollarse tanto en la literatura como el cine.

111. ...la literatura va derivando hacia un género híbrido o, para decirlo con palabras más simples, la literatura requiere hoy un soporte plástico para llegar a las multitudes. *Esto* equivale a reconocer que, intelectualmente, el mundo retorna a la infancia. (*Vivir*, 193).

112. La gente nueva precisa informaciones que le entren por los ojos, tal vez porque la pugna verbal Este-Oeste ha desprestigiado la palabra llevando el mundo al escepticismo. *Esto*, sin olvidar la baza importante que en esta disposición del hombre nuevo hayan jugado los modernos medios de difusión:... (*Vivir*, 194).

113. Y no deja de ser peregrino el hecho de que el libro ilustrado...sea, de momento, su última manifestación. *Esto* nos lleva a pensar que la necesidad de la imagen —como base de cualquier lucubración intelectual — ... (*Vivir*, 194).

114. Bardem dijo hace tiempo que la Humanidad está abocada a una nueva forma de cultura: la cultura visual. Y ante *esto*, hay quien se permite vaticinar que la televisión terminará con los diarios y el cine con la novela. (*Vivir*, 194).

115. Pero...pasemos a las ilustres necrológicas. Observen: Esta es la villa de Tordesillas, en cuyo convento de las Claras pasó parte de su vida, doña Juana, La Loca. Dirán ustedes que *esto* no es propiamente una necrológica... (*Vivir*, 198).

116. Con ella, diríamos, se cierra la etapa de los castillos que dan nombre a Castilla e imprimen una especial fisonomía a mi tierra;... *Esto* no quita para que Valladolid tenga otras cosas que mostrar,... (*Vivir*, 200).

117. ...porque mis paisanos a duras penas pronuncian la «LL»; son «yeístas», ya ven qué curioso,...Claro que *esto* nada tiene que ver con la sintaxis. (*Vivir*, 201).

118. El caso es que en invierno y en verano en mi pueblo se alojan grupos enteros de extranjeros...que vienen, sencillamente, a aprender a hablar. Pero sobre *esto* del Valladolid académico nadie mejor para informarnos que nuestro académico don Narciso Alonso Cortés,... (*Vivir*, 201).

119. Simplemente busco una raíz a la tradición viejísima que imprime a Valladolid una categoría dentro del arte «jondo». En mi pueblo se entiende de *esto*,... (*Vivir*, 202).

120. Sea o no sea así, mi pueblo tiene una profunda raíz flamenca, *eso* no hay quien lo discuta. (*Vivir*, 202).

121. El refrán dice que Castilla es ancha y los extranjeros aseguran que su cielo es alto, pero si *esto* es así,... (*Vivir*, 203).

122. Bueno, me estoy poniendo de mal humor y *eso* no es recomendable, ni correcto.. (*Vivir*, 204).

123. Pero *esto* no es sino un botón de muestra. (*Vivir*, 209). El antecedente es la alusión al presupuesto del programa espacial español, tema éste en que es preferible preguntar a americanos o rusos.

124. La gradación de las necesidades nacionales debe hacerse con un claro sentido práctico, dejando de lado las muy humanas, y por tanto comprensibles, debilidades departamentales. Y *esto* que decimos del Estado puede ser aplicado a los municipios. (*Vivir*, 209).

125. Es innegable que la vecindad de los países hispánicos empuja con frecuencia al yanqui al estudio del castellano, pero lo normal —y digo *esto* después de haber recorrido y visitado más de veinte universidades de aquel país —... (*Vivir*, 212).

126. ...el estudioso de nuestro idioma ponga a España como última meta, atraído...por la riqueza de nuestra lengua y por nuestra tradición histórica y cultural. *Esto* no es un tópico. (*Vivir*, 212).

127. ...en cien millas a la redonda, los hispanistas se movilizan...cuando de escuchar a un orador español se trata. Sabido *esto*, no tiene nada de particular que un escritor español pueda hoy acudir a América a enriquecer sus conocimientos sobre literatura patria. (*Vivir*, 213).

128. Contemporizar, dialogar, transigir, han sido en nuestro país palabras sin sentido. Mas todo *esto*, entiendo yo, deriva, antes que del cotejo de ideas,... (*Vivir*, 219).

129. Una tendencia borreguil nos empuja a excomulgar sin más, a aquel a quien nuestro grupo señala como peligroso. Basta con *esto*. (*Vivir*, 220).

130. ...Anduvimos recargando...Melecio se da buena maña para calcular la pólvora. Yo me limito a numerar las tapas y a rebordear los cartuchos cargados. Siempre que hago *esto*...me acuerdo de la primera vez que salí al campo con el padre. (*Diario*, 10).

131. ...y me salió con que si yo había caído aquí al olor de la conserjería...El me dijo entonces que tenía muchos años y sabe que nadie dejaría el Instituto por *esto*... (*Diario*, 12).

132. «Yo no vine aquí a hocicar —dije lealmente—. *Eso* no quita para que si don Basilio me ofrece la conserjería

le vaya a arrugar el morro.» (*Diario*, 12).

133. No tiene razón de ser, pero sale más recio del lado izquierdo...Es natural siendo zurdo, pero no parece claro que lo del bigote tenga nada que ver con *esto*. (*Diario*, 18).

134. Uno de estos birlochos llevaba seis pollos de perdiz del tamaño de gorriones. Como el presidente dice, *esto* no se explica si no es por el placer de hacer daño. (*Diario*, 19).

135. «¿Y quién ha metido esa basura en casa, si puede saberse?», dijo ella con el mayor cinismo. «*Eso* me pregunto yo», dije. (*Diario*, 20).

136. Me acerqué de mal café porque creí que iba a pedirme más cartuchos, pero no era para *eso* sino para enseñarme el nido de una liebre. (*Diario*, 22).

137. Cuando el Pepe cerró la escopeta y se la quiso echar a la cara, la muy zorra estaba en París. Pero *eso* no es ley para el Pepe. (*Diario*, 23).

138. La madre me ha dicho al llegar a casa que anda alcanzada. Si no se resuelve pronto lo de la conserjería tendré que agenciarme un complemento. Prefiero no pensar en *eso* ahora. (*Diario*, 23).

139. «Los tubos están criando moho», me dijo él con guasa. Yo me eché a reír; «Como dejes que *eso* ocurra hemos terminado», dije. (*Diario*, 24).

140. El día, con los exámenes, ha sido de aúpa...*Esto* de los exámenes es una lavativa. (*Diario*, 25).

141. No veo el momento de que *esto* termine para dar gusto al dedo. (*Diario*, 26). El antecedente es todo lo relativo a los exámenes.

142. Yo le tenía mucho hablado a Melecio de lo de Aniago...Pero lo que son las cosas, el domingo no vimos nada...*Esto* de la caza es como el huevo de Juanelo. (*Diario*, 26).

143. Por la tarde hice balance: 380 pelas con 65 céntimos me dejaron los exámenes. Está visto que *esto* del

dinero es cuestión de ordeñar a lo que salte. (*Diario*, 28).

144. Casi a la hora de marchar me preguntó si me conformaría yo con otros treinta. Le dije que de cuál y respondió que de años. «¡Hombre! —dije—. *Eso*, Dios dirá.» (*Diario*, 34).

145. Hoy se presentó Serafín con un chirlo en la cabeza...Explicó que los embarazos irritan a mi hermana y que en la fábrica le habían dicho que diese parte,...y *eso* era una vergüenza,... (*Diario*, 38).

146. Yo le dije que era cazador y que los domingos salgo al campo y a ella *esto* la gibó... (*Diario*, 40).

147. Hoy, a cada vuelta que daba el corredor, yo le decía: «Pavo, majo.»El miraba y me hacía una seña con la mano...Dijo él: «Joroba ya *eso* de Pavo, Pavo, a lo bobo, ¿no comprendes?» (*Diario*, 42).

148. ...uno había dicho que el crío empezaba a oler...y ella insistió que *eso* decía uno. (*Diario*, 48).

149. Me eché a reír en sus barbas, más tranquilo que el Bomba, y *esto* al tío marrajo le desconcertó. (*Diario*, 50).

150. En toda la mañana no vi más que una liebre rabiosa que se me arrancó a dos kilómetros. Está visto que en *esto* de la caza lo que no se haga en septiembre y octubre no se hace luego. (*Diario*, 50).

151. Me preguntó si es que nacían corriendo y le respondí que algo parecido a *eso*. (*Diario*, 51).

152. Y encima, la madre me puso jeta porque vengo de vacío. Las mujeres son así. Creen que *esto* de la caza es *aquello* de llegar y besar el santo. (*Diario*, 51).

153. ...don Rodrigo, el de Matemáticas, me llamó y me dijo que si quiero encargarme de la venta de unos apuntes de su asignatura...él se puso a darme explicaciones y me dijo que ya sabía que *esto* no debería hacerlo,... (*Diario*, 52).

154. Anita sacó las fotografías. Sí, pero no. Es Anita, pero no es Anita. Ella tiene un qué que le falta a la otra. Se lo planté así y ella dijo que *eso* quisiera. (*Diario*, 55).

155. El quiere que una sociedad con elementos fijos la sostenga. Dice Melecio que *eso* es difícil... (*Diario*, 58).

156. Le pregunté cómo se llamaría la cosa y él dijo que *eso* depende. (*Diario*, 58).

157. Lo del Pavo es un monte de encina apañadito y abierto. Se tira superior de la parte de la corta. *Eso* no quita para que yo hiciera poca carne. (*Diario*, 59).

158. Llevaba la escopeta armada y tiré apuntando con cuidado. Quedé dos y *esto* me quitó el mal humor. (*Diario*, 60).

159. Compramos una panera que dice la Amparo es de mucho gusto. Fundimos ciento setenta del ala. *Esto* de los regalos de boda es un atraso. (*Diario*, 64).

160. Eché un parchís con Zacarías, Tochano y el Pepe. Tochano dice que *esto* del parchís está bien para los chicos. (*Diario*, 64).

161. Le dije que le habíamos pegado los dos, pero él se puso burro y voceó que sus cartuchos llevaban mezcla y que yo quería enredarle. Hace de *esto* dos temporadas. (*Diario*, 64).

162. Melecio y yo teníamos planeado dar unas manos a la linde de lo de Muro, pero *esto* puede aguardar. (*Diario*, 69).

163. A las dos me llamó don Basilio a la Dirección y le dije lealmente que había cinco matrículas, quince sobresalientes y cincuenta notables. Se cabreó y dijo que *eso* era lo mismo que no saber nada. (*Diario*, 80).

164. Le pregunté si sabía quién la pintó y él puso cara de panoli y encogió los hombros...A don Rodrigo todo *esto* le parece una tempestad en un vaso de agua. (*Diario*, 82).

165. Mañana saldremos con los bichos...*Esto* de cazar a toro suelto me giba, la verdad. Prefiero ganarme la caza pateando el campo. Por pitos o por flautas con *esto* de los bichos siempre ocurre algo. (*Diario*, 82).

166. ...«Vales tú cincuenta veces lo que esa mujer», y que, naturalmente, era un decir, pero que a la Amparo le

gustaba *eso* más que el comer con los dedos. (*Diario*, 85).

167. Junto al río había una mula con las tripas fuera, Melecio dijo que aguantara, que a la vera de la carroña habíamos de levantar la rabona. Yo creí que era broma *eso* de que las liebres comen carroña,... (*Diario*, 88).

168. El se echó a reír y dijo que puestos a hilar delgado es el hombre el único animal que se alimenta de cadáveres. También *eso* es cierto. (*Diario*, 88).

169. No me había metido en la cama cuando sentí el timbre de la puerta. «Algo pasa, Lorenzo. ¡Asómate!», me voceó la madre desde la alcoba. *Esto* era anteanoche. (*Diario*, 89).

170. Le pregunté si en lo de Muro y dijo que sí. Pasamos a la alcoba y allí estaba la Patro dándole al Pape buches de agua. Es divertido *esto* del Pepe. (*Diario*, 89).

171. ...«No podemos dejarle morir como un perro. No podemos hacer *eso*.» (*Diario*, 89).

172. El Pepe preguntó al verle si venía como cura o como cazador y don Florián le contestó que dejara *eso*,... (*Diario*, 90).

173. «...Y, por descontado, allí nadie te va a ir con monsergas de que si la licencia, el permiso de armas, la guía o la historia. ¿Comprendes lo que es *eso*, hijo?» (*Diario*, 92).

174. El Pepe empalidecía por momentos. Dijo, de pronto, sin dejar de sonreír, que nada de todo *eso* era posible porque resultaba demasiado hermoso. (*Diario*, 92).

175. La fetén es que llevo el ansia dentro y *eso* no se arregla con un plato de alubias. (*Diario*, 93).

176. Anita sigue sin avisar. Le pregunté esta mañana a José y nada. A Anita le sale todo por una friolera. *Eso* pasa. (*Diario*, 94).

177. Compré un kilo de perdigón de cuarta. *Esto* del perdigón es una broma. (*Diario*, 96).

178. Decididamente *esto* de la espera no me va. (*Diario*, 97). El antecedente es lo dicho sobre la jornada de caza que pasaron en San Miguel, en el río, donde había que esperar a los patos en puestos fijos predeterminados.

179. Le pregunté el porqué y todo lo que se le ocurrió decir es que tiene un chico en la clase. Le dije que qué tenía *eso* que ver... (*Diario*, 100).

180. Cuando calló la boca, le expliqué lo mío y él me ofreció ponerme de acomodador en un cine...*Eso*, por lo visto, le es posible,... (*Diario*, 105).

181. La lluvia no para. ¡*Esto* es el diluvio! (*Diario*, 105).

182. Melecio avisó a mediodía que dejábamos el bureo. *Esto* quiere decir que puedo colgar la escopeta hasta agosto. (*Diario*, 105).

183. Con unas cosas y otras me acosté a las dos. Ni tiempo he tenido para engrasar la escopeta. *Esto* no es vida. (*Diario*, 109).

184. Le pedí a Anita que no saliera y me dijo con muchos humos que con qué derecho le exigía *eso*. (*Diario*, 109).

185. Le hice ver que el ponerme de acomodador no es capricho sino necesidad. Ella dice que no le va ni le viene *eso*, ni nada mío. (*Diario*, 110).

186. Dice que una vez, cuando chico, se metió en un tollo a las seis y a las siete había hecho ocho machos, uno detrás de otro... *Eso* es mentir por la mitad de la barba. (*Diario*, 111).

187. Asterio me preguntó si era cierto que hablaba con la Anita, la del churrero. Le respondí lealmente que *eso* de hablar era muy relativo. (*Diario*, 112).

188. ...para el contagio es necesario que un conejo sano coma yerba que ha orinado otro enfermo. El de al lado reconoció que todo *eso* era cierto... (*Diario*, 114).

189. Le he plantado un beso muy rico, pero *eso* no fue más que una chamba. (*Diario*, 115).

190. Este mediodía le conté al Pavo lo de la mixomatosis y él me preguntó si no había remedio contra *eso*. (*Diario*, 115). El antecedente de un pronombre neutro es un sustantivo solo.

191. Querían armar una comisión para ver a don Basilio, pero al fin desistieron porque uno dijo que *esto* era una manera como otra de dar aprobado general. (*Diario*, 116).

192. Salí del tollo y me fui donde Gabriel. Se echó a reír al ver las perdices y dijo que *eso* ya lo sabía él. (*Diario*, 120).

193. Melecio dice que lo principal es sujetar los nervios. Ya le dije yo que todo *eso* es muy bonito,... (*Diario*, 121).

194. El dijo que ni el gordo de Navidad le privaría a él de acudir puntual al trabajo. Me atociné y le planté que *eso* va en temperamentos. (*Diario*, 123).

195. ...sospecha que Manolo no entrega todo lo que saca a la comandita...Le dije que lo dejara de mi cuenta. Si *eso* es cierto lo voy a saber a escape. (*Diario*, 124).

196. Le pregunté a Fermín si no podía cambiarla por la segunda, pensando en la codorniz, pero me dijo que nones. ¡*Esto* no es vida! (*Diario*, 125).

197. Cuando a uno se le va una perdiz a postura de perro, se dice que hubiese sido suficiente con reportarse para bajarla, pero *eso* se piensa después de que no se ha bajado... (*Diario*, 128).

198. El sol es fuego y la casa está imposible. La madre y yo dormimos con las ventanas abiertas y comunicadas, pero ni aun así...Pero menos malo es *esto* que ahogarse. (*Diario*, 131).

199. Por lo visto había desaparecido una prenda del tendedero. Pregunté a la madre que qué prenda y me dijo que no sabía...Le dije a la Carmina con toda mi santa paciencia que hasta cuándo iba a durar *esto*,... (*Diario*, 131).

200. Me preguntó si tenía compromiso para el día de la Virgen y le dije que estaba ocupado...Dice que para él el domingo es sagrado, y que no aguantaría *eso* aunque le pagasen en oro. (*Diario*, 132).

201. A las seis de la mañana ya olía la resina en la carretera. *Eso* quiere decir calor. (*Diario*, 133).

202. No podemos ponernos de acuerdo. El día que él descansa, trabajo yo. Verdaderamente *esto* no es vida. (*Diario*, 134).

203. Fermín me dijo a la salida con recochineo que otro día avise para no abrir la Taquilla. Le di una mala contestación. Cada día estoy más decidido a dejar *esto*. (*Diario*, 135).

204. De regreso hice un tiro larguísimo a una torcaz. Cayó sobre una zarzamora y sudé tinta para encontrarla. Ya en casita me tumbé una siesta hasta las ocho. *Esto* es vivir. (*Diario*, 136).

205. Le pregunté por el pregón y él dijo que algo decían de *eso*, (*Diario*, 144). El antecedente era un pregón que prometía una recompensa económica a quien abatiera a un perro rabioso.

206. Ya de mala uva la pregunté si es que no habían dado un pregón sobre un perro rabioso, prometiendo una recompensa a quien lo despachase. La gorda parecía tolondra y me salió con que *eso* decían. (*Diario*, 144).

207. Crescencio me comunicó esta mañana que han retirado los obvencionales al personal subalterno...Nos han hecho la santísima. Ahora que empezábamos a arreglarnos con lo de los recibos, *esto*. (*Diario*, 148).

208. A fin de cuentas tampoco sería perder el tiempo fabricar conservas de liebre para la exportación. Claro que para *eso* hace falta un capital,... (*Diario*, 154).

209. Dispondré de un equipo señor, una «Jabalí» repetidora, una jauría de sétter y todas las comodidades que se quiera. *Eso* está muy bien,... (*Diario*, 154).

210. La tía candaja todavía voceaba como si llevara razón. Terció Crescencio y nos separó. *Esto* le pasa a uno por tratar con gitanos. (*Diario*, 157).

211. La madre se puso esta tarde a la muerte...Digo yo si *esto* de la madre no será de los nervios. (*Diario*, 158).

212. La madre no marcha para atrás ni para delante...Dice el doctor que igual puede tirar dos meses que dos años, pero que *esto* es el fin. (*Diario*, 159).

213. Le pregunté a mi hermano por el chaval y me dijo que tanto *eso* como lo de la Veva tiene mal arreglo. (*Diario*, 159).

214. Una madre, como la salud, no se sabe lo que vale hasta que se pierde. Uno se mete en la rutina de cada día y no ve más allá de sus narices. *Eso* pasa. (*Diario*, 160).

215. Si Anita viniera sería otra cosa, pero Anita no vendrá, porque los pingos de las Mimis ya se encargarán de advertirla que *esto* es una encerrona... (*Diario*, 160).

216. Así, en cuanto pude, me largué de allí, a Bilbao, donde decían que embarcaban mozos gratis para el Canal de Panamá y que luego le descontaban a uno el pasaje de la soldada. Pero *aquello* no me gustó,... (*Viejas*, 10).

217. Todo *eso* es de la parte de poniente, camino de Pozal de la Culebra. (*Viejas*, 21). El antecedente es todo lo que se ha descrito hasta el momento.

218. ...cuando la guerra, los hombres de la ciudad dijeron que había que repoblar...y todos, chicos y grandes, se pusieron a la tarea...apenas arraigaron allí media docena de pinabetes y tres cipreses raquíticos. Mas en mi pueblo están tan hechos a la escasez que ahora llaman a *aquello*...la Pimpollada. (*Viejas*, 21).

219. Mas, antes de ser *aquello* la Pimpollada y antes de traer la luz de Navalejos, Padre solía subir a aquel desierto... (*Viejas*, 21).

220. ...«¿Qué?». Y el maestro respondió: «Malo. De ahí no sacaremos nada; lleva el pueblo escrito en la cara». Para Padre *aquello* fue un mazazo... (*Viejas*, 22).

221. Muchas veces yo me extasiaba ante el abejaruco disecado o prendía a la culebra tras la cabeza para hacer-la colear...Y esta condición me ponía triste y como pesaroso de desear *aquello* con toda el alma. (*Viejas*,

30).

222. ...el lugar empezó a atraer a las gentes y todo el que necesitaba algo se llegaba a la cruz de palo y se lo pedía a la Sisinia...En el pueblo se consideraba un don especial *esto* de contar en lo alto con una intercesora natural de Rolliza del Arroyo,... (*Viejas*, 38).

223. ...y en vista de ello seguimos hasta el majuelo del tío Saturio, donde al decir del Antonio solía encamar el matacán. *Esto* del matacán tiene también su importancia,... (*Viejas*, 50).

224. ...siquiera pienso algunas veces que si yo no me casé allá, cuando amasé una punta de pesos, se debiera antes que nada al recuerdo de la Rosa Mari. Por más que tampoco *esto* sea cierto,... (*Viejas*, 51).

225. ...la carne del matacán no es codiciada, ya que el ejercicio la endurece, el sabor a bravío se acentúa y por lo común no hay olla que pueda con ella. *Esto* quiere decir que el afán por cazar al matacán no lo inspiraba la apetencia de la presa... (*Viejas*, 53).

226. ...debo aclarar que las argayas de los trigos de mi pueblo son tan fuertes y aguzadas que a partir de mayo se prohíbe a las criaturas salir al campo por temor a que se cieguen. Y *esto* no es un capricho,... (*Viejas*, 58).

227. ...supuesto que el Felisín, el chico del Domiciano, perdió un ojo por esta causa y otro tanto le sucedió a la cabra del tío Bolívar. Fuera de *esto*, mi pueblo no encerraba más peligros que los comunes,... (*Viejas*, 58).

228. Y yo le dije: «¿Cómo siente uno esa llamada?». Y él me dijo: «*Eso* depende». (*Viejas*, 65).

229. Y yo le dije: «Tengo dieciséis años y nada. ¿Es cosa de desesperar, tío?». Y él me dijo: «Nada de *eso*; confía en la misericordia de Dios». (*Viejas*, 65).

230. Y resultó que las espigas del tío Tadeo eran dobles que las de las tierras bajas, y al año siguiente volvió a sembrar y volvió a recoger espigas como puños...y *esto*, que puede ser normal en otro país,... (*Viejas*, 71).

231. —Digo yo que qué tendrá *esto* de la caza... (*Viejas*, 79). El antecedente es lo dicho en la conversación entre

el autor y el Juan Gualberto sobre la caza.

232. —Digo yo que qué tendrá esto de la caza que cuando le agarra a uno, uno acaba siendo esclavo de ella... —Digo yo, jefe, que *esto* de la caza tira de uno más fuerte que las mujeres. (*Viejas*, 79).

233. —Desengáñese, jefe, el torero torea porque tiene sangre torera y el cazador, caza porque tiene sangre cazadora. *Esto* de la caza nace con uno; se mama. (*Viejas*, 80).

234. —Madrugar...Para el cazador no es sacrificio madrugar. El sacrificio es acostarse la noche del sábado. ¿Es cierto *esto*, jefe, o no es cierto? (*Viejas*, 80).

235. Es él...quien a las seis y media de la mañana...despierta al despertador oprimiéndole el ombligo para que no alborote. Antes, de doce a seis, el Cazador se ha despertado media docena de veces. Contra *esto* no hay quien luche. (*Viejas*, 81).

236. ..el Cazador escucha frases como ésta: «A mí tanto me da una perdiz como una urraca; el caso es tirar tiros». *Esto* es posible,...(*Viejas*, 85).

237. ...«A mí tanto me da una perdiz como una urraca; el caso es tirar tiros». Esto es posible, mas también es indudable que el que *esto* afirme no tiene nada de cazador;... (*Viejas*, 85).

238. ...será, a lo sumo, un consumado pirotécnico. El Cazador se goza en perseguir a un animal que, sobre saber defenderse, encierra un valor en sí. *Esto* quiere decir que abatir una perdiz no es lo mismo que abatir un alcaraván;... (*Viejas*, 85).

239. —Antaño las perdices se cazaban con las piernas, ¿es cierto *esto*, jefe, o no es cierto? (*Viejas*, 86).

240. En mi pueblo, desde chico oí decir que valen más las vísperas que las fiestas. ¿No es *eso* lo que usted quiere decir? (*Viejas*, 93).

241. En mi pueblo, desde chico oí decir que valen más las vísperas que las fiestas. ¿No es eso lo que usted quiere decir? —Algo parecido a *eso*, Barbas. (*Viejas*, 93).

242. —¿Quiere usted saber las perdices que se apiolan en este término con el reclamo de marzo a junio?... Y lo que yo me digo, *eso* del reclamo es como si a usted el día de la boda... (*Viejas*, 93).

243. Y al paso que vamos el Juan Gualberto tendrá que cazar en el tejado de su casa. ¿Es cierto *esto* o no es cierto? (*Viejas*, 97).

244. Hoy, la caza se ha popularizado. *Esto* no quita para que continúe habiendo cacerías más o menos aristocráticas,... (*Viejas*, 97).

245. Quiérase o no, el coto emana un tufo de privilegio y lo que uno haga dentro de él, es fruto de una concesión. Por otra parte, y como consecuencia de *esto*, la pieza de coto trasciende domesticidad,... (*Viejas*, 98).

246. —Se aclimatan, se aclimatan...Por ahí terminaremos. Por matar gallinas y patos de corral, eso. ¡*Eso* es lo que nos aguarda si Dios no pone remedio! (*Viejas*, 100).

247. —Señora —dijo—, el Quico ya es un mozo; no se ha meado la cama.
—¿Es verdad *eso*? —dijo Mamá. (*Príncipe*, 12).

248. —...y, después de todo, *eso* no es ninguna desgracia. (*Príncipe*, 26). El antecedente es el hecho de que el novio de la Vítora ha sido destinado a África para hacer el servicio militar.

249. Y el grifo frío de la pila siempre goteaba y hacía “tip” y, al cabo de diez segundos, volvía a hacer “tip”, pero *eso* era cuando todos, niños y grandes callaban,... (*Príncipe*, 29).

250. El otro se encogió de hombros: —Eres gafa; sólo *eso*. (*Príncipe*, 37).

251. —¿Y el demonio tiene cuernos?
—Sí.
—¿Y mocha?...
—*Eso* no sé —confesó. (*Príncipe*, 41).

252. —¿Le han recluido?

—*Eso* quisieran, pero ya ve, ni sitio. (*Príncipe*, 42).

253. —Déjale, qué manía de forzarle, cuando sienta hambre ya pedirá...
—Y si no la siente, que se muera, ¿verdad? Es muy cómodo *eso*. (*Príncipe*, 63).

254. —El domingo te imponen las insignias —dijo—...Va a ser un acto magnífico... Además, *esto* no es tanto cuestión de ideas como de intereses. (*Príncipe*, 68).

255. —Yo quiero ir a la guerra.
—Tú no sabes —dijo Quico...
—*Eso* es bien fácil —añadió—. (*Príncipe*, 69).

256. —Lo malo es la paz: el teléfono, la Bolsa, los líos laborales, las visitas, la responsabilidad del mando...¿Tú qué piensas de todo *esto*? (*Príncipe*, 69).

257. —Ya le has malmetido tú, ¿verdad?...
—De sobra sabes que yo no intervengo en *esto*. (*Príncipe*, 70).

258. *Esto* no ocurriría si a tu padre le hubiéramos cerrado la boca a tiempo,... (*Príncipe*, 70). El antecedente es el rechazo de la madre de Quico a la guerra.

259. Mira, Quico, en este mundo cada cual tiene su disco y si no lo toca revienta, ¿comprendes? Pero *eso* no es lo malo, hijo. (*Príncipe*, 72).

260. Lo malo es cuando uno no tiene disco que tocar y se conforma con repetir como un papagayo el disco que estuvo oyendo toda su vida. *Eso* es lo malo, ¿comprendes? (*Príncipe*, 73).

261. Por el contrario, si yo soy un tipo torcido, mis ideas serán torcidas, ¿de acuerdo?...Bueno, *esto* es así y no hay quien lo mueva,... (*Príncipe*, 74).

262. —¿Y si te escuece? A mí me escuece si me repaso.
—*Eso* no sé —dijo Juan. (*Príncipe*, 79).

263. *Esto* del servicio se pone cada día más difícil. (*Príncipe*, 85). El antecedente es una alusión a la Paulina, la asistenta, que llevaba varios días sin venir a la casa. Hacer notar que es un buen ejemplo de antecedente poco claro.

264. ...¿Se ha muerto tu amiguito? ¡Pobre tesoro! ¡Pobre corazón tierno!...
—Le contemplas demasiado.
—¡Oh, no, no digas *eso*!... (*Príncipe*, 86).

265. —Has tenido suerte, *eso* es todo. (*Príncipe*, 86).

266. —Los complejos y eso. Todo *eso* viene de cuando niños, ya ves. (*Príncipe*, 86).

267. Una cosa a la que no le das importancia y, a lo mejor, de mayor, un complejo...Es muy serio, hija, *eso* de los complejos. (*Príncipe*, 87).

268. Han pedido la anulación a Roma... —¿Es cierto *eso*? (*Príncipe*, 87).

269. ...porque estaba aburrida de niños y de seguir así terminaría en el manicomio. Y al decir *esto*, empujaba a Juan y a Quico,... (*Príncipe*, 89).

270. ...que es una pena ver la criatura sin pan, agua, ni luz cargar con esta cruz medio enterrado entre la basura...y todo *esto* lo trae la pasión. (*Príncipe*, 95).

271. —Me voy a cortar el pito...
—Mira —respondió la Vítora—, si haces *eso*, te mueres,... (*Príncipe*, 101).

272. —¡Se ha ido el muy sinvergüenza sin decirme una palabra! *Eso* no se lo perdono. (*Príncipe*, 115).

273. —Por aquí entran otros malos, Juan. —No —dijo Juan—. No le enseñes *eso* que se va a escapar. (*Príncipe*, 116).

274. —Bueno —dijo la vieja—. No contestes encima... —Domi —dijo—, *eso* no es contestar, *eso* es hablar.

(*Príncipe*, 124).

275. —¡Me he tragado una punta!...¿Es cierto *eso*, señora? (*Príncipe*, 127).

276. —¿Las hebras también? —preguntó Mamá.
—*Eso* es precisamente lo que quiero decir. (*Príncipe*, 133).

277. —¿El príncipe destronado?
—Exactamente —dijo el Fantasma—, tú lo has dicho. *Eso* no es una invención. (*Príncipe*, 135).

278. El niño que durante años ha sido eje, al dejar de serlo se defiende; no se resigna; trata de llamar la atención sobre sí... —¿Y se traga una punta para *eso*? (*Príncipe*, 135).

279. —¡Pues que venga la Vito! —añadió el niño.
—Y dile a la Vito que venga...
Dijo entonces Mamá suavemente: —*Eso* son mañas de niño chico, Quico. (*Príncipe*, 143).

280. El padre Llanes dice que asociaciones de veteranos hay en todas partes...Juntos, ¿comprendes? Es la única manera de olvidar viejos rencores... —¿*Eso* dice un cura? —inquirió. (*Príncipe*, 154).

281. ...el día que falta Mamá o se dan cuenta de que Mamá siente los mismos temores que sienten ellos. Y lo peor es que *eso* ya no tiene remedio. (*Príncipe*, 167).

5.3.6. Casos de anáfora singular con las formas *estas/ esas/ aquellas cosas*:

1. El padre Martín Descalzo venía dando semanalmente un artículo apasionante y apasionado...En fin, *estas cosas* consolidaron nuestra amistad. (*Vivir*, 64).

2. *Esta cosa* del Nadal...crea indudablemente un vínculo. (*Vivir*, 67). El antecedente es el conjunto de circunstancias que rodearon la concesión del Nadal a Martín Descalzo.

3. Se argüirá que si el cine sirve películas donde se exalta la violencia es porque el mercado las pide. Por estos derroteros iríamos a parar muy lejos...*Estas cosas* tan delicadas hay que abordarlas con perspectivas de futuro,... (*Vivir*, 140).

4. ...un deportista caracterizado ha sido borrado de la agrupación del viejo club a que perteneció...al ofrecer sus servicios a otro equipo, rival de aquel en que de entrada militó. De aquí se deduce que *estas cosas* de la «eterna rivalidad»,...no constituyen una mera fraseología deportiva,... (*Vivir*, 165).

5. ...como si el Estado se dedicara ahora a subvencionar a un laboratorio para que tratase de descubrir una vacuna contra la viruela o de aislar el bacilo de Koch. *Estas cosas* ya están hechas... (*Vivir*, 209).

6. En España, las guerras civiles se han mamado. El niño que crece ya no pregunta por qué aquel señor es «malo»;...Por eso yo sugeriría, si las famosas Tres Marías tienen necesariamente que subsistir en nuestros planes de enseñanza, que sean cuatro,...Se me ocurren *estas cosas* al filo de la lectura de un admirable y emocionante reportaje de Ana María Badell de Fisac... (*Vivir*, 220).

7. ...el 24 se levanta la veda de la codorniz. Al parecer no hay mucha, aunque de la parte del páramo se las oye cantar. Dice que, en cambio, la perdiz crió bien este año y que se ven polladas de igualones por todas partes. Cuando oigo decir *estas cosas* me entra frío por la espalda. (*Diario*, 8-9).

8. La madre llevaba un rato levantada, rutando porque no le tira la cocina. Debe de ser por el tiempo quedo, sin una brizna de viento. De todas formas a *estas cosas* hay que cogerles el punto flaco. (*Diario*, 9).

9. Casi a la hora de marchar me preguntó si me conformaría yo con otros treinta. Le dije que de cuál y respondió que de años...Él dijo que los firmaba. «¿Es que te sientes mal? —le dije intranquilo—. ¿Por qué piensas hoy *esas cosas*?» (*Diario*, 35).

10. La madre ha vuelto a decirme que anda alcanzada. *Estas cosas* me ponen de mal café. (*Diario*, 50).

11. Yo le dije que sí y él se animó y dijo que no fuera a creer por *estas cosas* que me decía que el negocio fuese una cosa inmoral,... (*Diario*, 52). El antecedente es lo que dice Don Rodrigo acerca de vender los apuntes de matemáticas a través del conserje.

12. La verdad es que a mí siempre me dio por la ropa...La madre dice que ya de chico, al regresar de la escuela, lo primero de todo era colocarme el blusón y las alpargatas. *Estas cosas*, no es porque yo lo diga,... (*Diario*, 75).

13. El cura de Religión le decía a don Basilio que *estas cosas* hay que cortarlas de raíz,... (*Diario*, 80). El antecedente es todo el asunto del dibujo de la mujer en cueros.

14. Cuando vino al caso, me arrimé a ella y le dije que valía cincuenta veces lo que la Pier Angeli. Ella me salió con que cómo decía *esas cosas*,... (*Diario*, 87).

15. Y con *estas cosas*, el lugar empezó a atraer a las gentes... (*Viejas*, 38). El antecedente es el conjunto de circunstancias que llevaron a considerar santa a la Sisinia.

16. Luego diría, los furtivos a la cárcel; el que mate una perdiz en veda, fuera la escopeta y fuera la licencia. Y si quiere seguir cazando que las corra a pie. ¿Cree que usted que si la guardería empezase a retirar licencias *estas cosas* se iban a repetir? (*Viejas*, 99).

17. —¿Por qué se ha muerto, Loren?... —¿Sabes tú por qué pasan *esas* cosas?... (*Príncipe*, 14).

18. —¿Qué tonterías le dices al niño de si yo tengo pito o no tengo pito?... —Si cerraras la puerta del baño no te ocurrirían *estas cosas*. (*Príncipe*, 61).

19. ¿Y qué quieres que te diga de la guerra? Fue una causa santa. —Miró profunda, inquisitivamente a Mamá y agregó—: ¿O no? —Tú sabrás...*Esas cosas* suelen ser lo que nosotros queramos que sean. (*Príncipe*, 68).

20. ...sí que es raro esto; un cuerpo extraño se acusa en seguida...Salvo que el clavo haya quedado horizontal, la punta hacia mí, no hay explicación posible... —No, bobita, no te preocupes. *Estas cosas* suelen resolverse solas. (*Príncipe*, 133).

5.3.7. Casos de anáfora por nominalización

1. Frente al Abrojo existe hoy una casilla derruida de peones camineros y un pinar que se extiende varios kilómetros flanqueando la ribera norte del Duero. En estos primeros días de junio, *esta zona* se anima con el canto de los grillos... (*Vivir*, 12).

2. El nacimiento de la radio decidió la aparición del cine hablado, y a los programas musicales respondió el cine con melifluas películas musicales. La cuestión radica en no quedarse atrás,...Los impulsores de *este movimiento* de renovación no parecen darse cuenta... (*Vivir*, 18).

3. En tanto el cine no recurra a la coherencia y combinación de las imágenes en un noble anhelo de renovación artística, será un arte estancado o, si se prefiere, un arte que se mueve, pero a la deriva. Conforme con *esta consideración*,... (*Vivir*, 19).

4. ...sería para nosotros un director más meritorio que aquel que, valiéndose del truco del relieve, sobrecoge a los espectadores con un león domesticado que amenaza arrojarse sobre la sala. El volumen constituye un truco efectista...Uno se pregunta, a la vista de *estas aberraciones*,... (*Vivir*, 19).

5. En La Mancha, aparte de los olivos, es tan difícil encontrar un árbol como en las zonas más adustas de Castilla. *Esta circunstancia*,...resulta particularmente dolorosa en las lagunas de Ruidera. (*Vivir*, 22).

6. La limitación del espacio...ha sido desbordada también por la nueva técnica norteamericana, no ya prescindiendo del decorado o reduciéndolo a una estructura esquemática...sino empleando una decoración reversible con la ayuda de la imaginación y la luminotecnia. *Estos hechos* demuestran... (*Vivir*, 24).

7. ...lo que nos lleva a pensar que no tardando puede sobrevenirle un colapso al viejo teatro de las rígidas normas y las clásicas limitaciones. Y no deja de ser significativo que *este esquinazo* propinado al teatro de nuestros mayores... (*Vivir*, 25).

8. ...el primer libro se le va de las manos al autor, le desborda, para concluir caminando fuera del cauce previsto por él. *Esta afirmación* tiene muy pocas excepciones... (*Vivir*, 31).

9. Sin embargo, cuando uno de los protagonistas de una discusión dice en nuestro país «vamos a darnos a razones», hay que echarse a temblar; las bofetadas no tardarán en producirse. Nada digamos si la cuestión es de índole multitudinaria; la cosa entonces es más grave y cae dentro de la normalidad el que la dirimamos a tiros. La Historia del siglo XIX y buena parte de la del XX abonan *esta tesis*. (*Vivir*, 33).

10. Los detractores del proyecto, por contra, afirman que si calculamos por unidad de producción, que es, según ellos, como se debe hacer, viene a resultar que España tiene 15.000 ingenieros por cada 100 unidades, mientras que Estados Unidos e Inglaterra no disponen más que de 14.000 y 7.500, respectivamente...Uno, al enfrentarse con *este problema*,... (*Vivir*, 34).

11. Efectivamente, el hombre se siente seducido desde su origen por la eterna pugna entre el Bien y el Mal, por la oposición inconciliable entre lo bueno y lo malo. En puridad, todo en la vida obedece a *este enfoque maniqueo*. (*Vivir*, 48).

12. En el alma del pueblo borbotea un sentimiento de revancha porque sabe que, a la postre, Cristo resucitará y los sayones, sus verdugos, caerán de espaldas. El presentimiento de *esa hora*, de *ese final feliz*,... (*Vivir*, 50).

13. ...puesto que la primera preocupación de los ediles del mundo entero, empezando por los de casa, parece ser el desarrollo de las grandes vías y del ornato vegetal excesivamente relamido;...*Esta tendencia* motiva que las ciudades que carecen de historia,... (*Vivir*, 54).

14. ...es decir, que los barrios modernos de las ciudades no tienen por qué propender a rimar con los de la capital vecina más importante, sino con los barrios periféricos y con las características de la región y sus habitantes. Si urbanísticamente trascendieron antaño *esas diferencias*,... (*Vivir*, 55).

15. Yo entiendo que el fenómeno obedece al anhelo, siempre vivo, pero acentuado en nuestros días, de aparentar más de lo que se es. *Esta actitud* despierta una afán imitativo... (*Vivir*, 56).

16. Del Atlético de Bilbao se ha dicho siempre que es muy capaz de cambiar el signo adverso de un partido en cinco minutos. El hecho de que *este principio* siga vivo... (*Vivir*, 58).

17. Su eliminación en la Copa de Europa me ha entristecido y no he podido por menos de relacionarla con *esas preocupaciones* y *esas reservas* a que aludía más arriba,... (*Vivir*, 59). El antecedente es básicamente todo lo dicho sobre el hecho de haber alineado un equipo de suplentes.

18. Y, entonces, empezarán a conspirar para derrocarle e implantar la dictadura del sol. Pero, llegado *este momento*, serán los campesinos quienes inicien un movimiento de recuperación del poder... (*Vivir*, 79).

19. Entiendo que *estos progresos* no van encaminados ciertamente a encontrar la fórmula de la paz universal. (*Vivir*, 80). El antecedente son todos los supuestos progresos que se derivarían del control del clima.

20. Naturalmente su recomendación fue un nuevo espolazo y entonces voceé que en la taquilla me habían despachado el billete con la tarjeta caducada y que él tenía que aceptarla así le gustara o no. Llegados a *este punto*,... (*Vivir*, 83).

21. Las victorias del equipo madrileño han reverdecido los laureles del fútbol español tan a punto de agostarse después de las torpes exhibiciones del conjunto nacional...*Este hecho* me ha llevado a pensar... (*Vivir*, 85).

22. Este hecho me ha llevado a pensar si no sería más eficaz para el deporte balompédico español echar mano a cada momento del equipo de club más en forma, con un par de interpolaciones a lo sumo,...*Esta decisión*...nos colocaría a cubierto de todo ensañamiento... (*Vivir*, 85).

23. ...cómo por dos veces el Real Madrid remontaba un tanteo adverso para acabar derrotando a un conjunto de méritos parejos...el grupo más diestro y eficaz de Europa si juzgamos, como debe hacerse, por los tanteos parciales y por *ese tres a dos definitivo*. (*Vivir*, 86).

24. De este modo el Real Madrid asegurará su posición no sólo fortaleciendo su cuadro, sino debilitando los ajenos, aquellos a quienes va a privar de sus «kas» y sus «uves dobles» a partir de la próxima temporada...A mi entender *esta actitud* ha venido a empequeñecer la brava proeza del once madrileño. *Esta actitud* no supone desprendimiento, ni espíritu deportivo, sino tan sólo potencialidad económica. (*Vivir*, 86).

25. ...y quienes creemos aún que el profesionalismo no destruyó totalmente el deporte, no podemos por menos de clamar contra *esta lamentable orientación* de nuestro fútbol. (*Vivir*, 87). El antecedente es el hecho de

que nuestros equipos de fútbol quieran destacar más por su poder económico que deportivo.

26. ...dudo mucho que exista un momento oportuno para que el aprendiz urbano pueda lograr su primera trucha valiéndose de una cucharilla. En *este menester*, como en todos aquellos en que la competencia anda por medio,... (*Vivir*, 90).

27. Y, si a pesar de *estos consejos*, el lector persiste en su decisión de pescar truchas con cucharilla, allá él se las componga. (*Vivir*, 91). El antecedente son todas las advertencias que se acaban de dar al aficionado a la pesca de la trucha con cucharilla.

28. ...aquella máxima que, aludiendo a la caridad cristiana, afirma que ésta debe ser tan discreta que la mano izquierda no se entere de lo que hace la derecha. *Esta forma de caridad*...ha caído en nuestro tiempo en desuso. (*Vivir*, 92).

29. Mucho me temo que con *estos movimientos de caridad colectiva* organizada estemos dando al traste con el verdadero sentido de la caridad... (*Vivir*, 92). El antecedente es todo lo dicho sobre la caridad espectáculo.

30. No obstante, y aunque tal vez todos estamos persuadidos de ello, cada vez pisamos menos firme en *este terreno*. (*Vivir*, 93). El antecedente es todo lo dicho sobre los juegos de azar montados para satisfacer la caridad.

31. Hoy son muchos los pasodobles que se marcan en España a costa de los habitantes de las chabolas y demasiadas las verbenas montadas, como un frívolo funeral, por los supervivientes de una catástrofe. Es posible que *estas medidas* sirvan para juntar un dinero... (*Vivir*, 94).

32. Los resultados, pues, hubieran podido mejorarse si el joven autor poseyera el don de la medida. No obstante, es en *esta carencia*, precisamente, donde se delatan los pocos años. (*Vivir*, 101). El antecedente es todo lo dicho sobre las deficiencias de los primeros libros de los autores jóvenes.

33. ...y piensa cuánta culpa nos cabe a los hombres de las ciudades de *estos éxodos* repetidos. (*Vivir*, 116). El antecedente es todo lo dicho sobre la emigración en Castilla a partir del ejemplo de un pueblo, Cortiguera.

34. Nada importa nada sino mostrarse consecuente con las ideas que uno predica. Pepe Lozano lleva *esta consecuencia* a extremos inconcebibles. (*Vivir*, 119).

35. — Trabaja, hija; afina tus modales, esmérate, y, a la vuelta de diez años, podrás llegar a ser una buena doncella. Ante *estas perspectivas* no es fácil que nadie se encandile. (*Vivir*, 125).

36. 1962 nos brinda el contrasentido de pretender compaginar unas manos vacías con un corazón restallante; unos dedos sin pistola con unos corazones deseosos de dispararla. En *estas circunstancias*, es obvio que podría llegar a producirse en el mundo un desarme material,... (*Vivir*, 138).

37. En una palabra, es preferible desarmar mentalidades que manos, mas como *esta meta* no parece de momento asequible tal vez represente algo positivo... (*Vivir*, 138).

38. Sobre *este asunto* ya se ha hablado bastante... (*Vivir*, 139). El antecedente es todo lo dicho sobre el desarme.

39. Los franceses...han resuelto *este problema* determinando días y horas para las visitas;... (*Vivir*, 143). El antecedente es todos lo que se dice sobre los problemas ocasionados por las visitas intempestivas.

40. Si nuestra estructura social es deficiente, ella debe ser el objeto de nuestra crítica. Pero, en cualquier caso, *esos mismos defectos*...deben llevarnos a pensar... (*Vivir*, 151).

41. ...Los premios de instituciones no mercantiles son beneficiosos porque son desinteresados y los premios de entidades mercantiles...son nocivos porque son interesados...*Este criterio diferenciador* se asemeja bastante al utilizado por los autores de «westerns»,... (*Vivir*, 153).

42. Yo pienso que son muy pocos los que al hablar de los premios literarios aciertan a desentenderse de su circunstancia personal...Mas uno no considera difícil ser objetivo al abordar *esta cuestión*. (*Vivir*, 154).

43. ...el «Prix des Éditeurs» ha recaído este año en una novela del alemán Uwe Jhonson, novela...de una novela que no llegó a escribirse...donde sobran los signos de puntuación y deliberadamente se vulneran los preceptos gramaticales...la mayor parte de los editores del mundo, están dispuestos a amplificar y difundir...*estas nuevas tendencias*... (*Vivir*, 160).

44. Juan Arias vivía en mi casa, como quien dice pared por medio, y era amigo de mis hijos. Y ya es sabido que los amigos de nuestros hijos son un poco hijos nuestros. De ahí *este dolor* vivo y lacerante que la noticia me ha producido. (*Vivir*, 162).

45. Yo ignoro si algún día los hombres de nuestra época habremos de rendir cuentas por haber creado un mundo excesivamente tenso y trepidante,...En *este punto*, Juan Arias es un ejemplo. (*Vivir*, 163).

46. Pero al día siguiente de Navidad Juan Arias amaneció muerto; dulcemente muerto, como mueren los muchachos; como sueñan los niños: sonriendo. Tal vez Juan Arias en *esos instantes*, acababa de recuperar su libertad,... (*Vivir*, 164).

47. ...nada más sencillo para ellos que abrir la boca de la hura a un lado de la tapia y buscar la salida por la otra. Media hora le es suficiente a un conejo para realizar *esta operación*. (*Vivir*, 169).

48. ...resulta obvio que el hombre de hoy debe afanarse por buscar la verdad-verdad a toda costa, y para ello debe comenzar por intentar comprender las razones *del otro*, aun reconociendo que *esta disposición* no es cómoda... (*Vivir*, 173).

49. Se trata...de una calamidad paulatina pero implacable, que ha terminado por derrumbar la ya de por sí inestable economía agraria castellana. Ante *esta situación* el labrador castellano ha pasado a depender de los acreedores. (*Vivir*, 175).

50. Mira su tierra y su cielo con absoluta desconfianza. «Si no me la juegan hoy me la jugarán mañana», piensa. Y ante *esta amenaza*, los desheredados han iniciado ya el éxodo hacia las grandes ciudades. (*Vivir*, 175).

51. La higiene, la urbanización, la menor confortabilidad, el salón recreativo, el deporte, la cultura, constituyen para el labriego castellano una quimera. En *esta situación*, nada puede extrañarnos que la juventud...escape del campo... (*Vivir*, 176).

52. ...el viajero de buena fe y sin prejuicios verá negra a Castilla...y si en lugar de viajero es un observador indígena, comprobará que año tras año la postración rural de Castilla no sólo no se ataja ni se contiene, sino que va en aumento. Y por si fuera insuficiente *esta progresiva decadencia*,... (*Vivir*, 178).

53. ...hace muy pocos lustros bastaba en el país disponer de cuatro perras gordas para alcanzar un título facultativo...*Esta realidad* ofrecía una amarga contrapartida,... (*Vivir*, 181).

54. ...si hoy el dinero...no da derecho a un título universitario...todavía el talentudo económicamente débil ha de mendigar aquí y allá...para tener acceso a la ilustración. En una palabra, en *este aspecto* de la enseñanza algo se ha conseguido,... (*Vivir*, 182).

55. A estas alturas es un elemental principio de justicia el que cada hombre parta de cero y se realice conforme a sus posibilidades intelectuales sin trabas ni cortapisas...Sería de desear que en *este camino* emprendido por el principio de igualdad de oportunidades... (*Vivir*, 183).

56. ...se llegase a prescindir de trámites burocráticos...y se llegara a un automatismo fluido entre los diversos grados de la enseñanza de forma que cada cual se detuviera allí donde se demuestre que no puede pasar. Es evidente que de conseguirse *esta meta*,... (*Vivir*, 183).

57. De esto a pretender que un defensa...enseñe a tirar a puerta a un delantero o un delantero a sujetar la pelota a un guardameta media un abismo...Hubo un hombre, enviado de Francia...que revolucionó todo *este asunto* del fútbol teórico. (*Vivir*, 185).

58. La gente nueva precisa informaciones que le entren por los ojos,...Esto, sin olvidar la baza importante que en *esta disposición* del hombre nuevo hayan jugado los modernos medios de difusión:... (*Vivir*, 194).

59. Lo cierto es que el hombre de hoy nace con una curiosidad visual inagotable. Y no deja de ser peregrino el hecho de que el libro ilustrado, que debió de ser lógicamente el origen de *este proceso*... (*Vivir*, 194).

60. ...al salir de su pueblo su profesor de español le dijo: «Si quieres oír un buen castellano, vete a Valladolid; allí es donde mejor se habla». Y *esta fama* no deja de tener su gracia... (*Vivir*, 201).

61. Dejando de lado la sillería de San Benito, de Diego Siloé, los mejores exponentes de la imaginería castellana y de la sugestiva técnica del estofado están ahí. Y los que no están ahí, están en las iglesias. Todo *este tinglado* de imágenes se ordena... (*Vivir*, 201).

62. ...y falla un ordenamiento eficaz de la política agraria, y la cosecha de mi tierra es de año y vez, y el trigo tiene un precio político mientras lo necesario para producirlo encarece cada año... ¿cómo salir de *este atolladero*? (*Vivir*, 203).

63. Y para ponerse a tono, la ciudad se desempolva: nuevas avenidas, nuevos accesos, parques infantiles, un comercio remozado, *Night Clubs*, y hasta su modesto rascacielos...Dos hombres...han sabido acoplarse al ritmo de las circunstancias, controlando y dirigiendo *este crecimiento* vertiginoso. (*Vivir*, 205).

64. ...sino dentro de la modestísima pretensión de que cada muchacho en edad de educación disponga de un modesto pupitre dentro de una modesta escuela. La demora es grave y más grave aún, y sintomático, el que *esta insuficiencia* puede atribuirse a falta de medios. (*Vivir*, 208).

65. Pero lo curioso es que *esta situación*,...encuentra también una aplicación rigurosa en las Humanidades. (*Vivir*, 211). El antecedente es la importancia que en USA tiene la especialización y el distinto destino que espera al no especialista y al que sí lo es.

66. El estudiante americano de Humanidades...debe apresurarse a acotar su parcela; y, una vez acotada, afanarse en ahondar en ella, en desentrañarla,...*Esta disposición* de entrega abnegada a una tarea,... (*Vivir*, 211).

67. Es España es frecuente escuchar que si el norteamericano se dedica al castellano es con vistas a la América Hispana y, preferentemente, impulsado por móviles económicos. Hora es ya, me parece, de hacerle justicia en *este punto*. (*Vivir*, 212).

68. De modo que Norteamérica no sólo se interesa por lo español, sino que está inmejorablemente orientada en *este empeño* (*Vivir*, 213).

69. ...en cierta ocasión, Juan Ramón, que había sido invitado a comer con ella, al concluir la comida se obstinó en recoger la mesa y llevar los platos a la cocina. En *este detalle* puede observarse el empeño de nuestro Premio Nobel por adaptarse a las circunstancias. (*Vivir*, 216).

70. Odia cordialmente, insulta cordialmente, mata cordialmente; jamás se preguntará el porqué de todas *esas*

actitudes. (*Vivir*, 220).

71. El niño que crece ya no pregunta por qué aquel señor es malo; nació bajo *esta idea* y la acepta como un hecho natural,... (*Vivir*, 220).

72. Don Basilio, el director, echó esta mañana un buen rapapolvo a José el de Secretaría. Don Basilio si se atocina saca una voz chillona de pendoncete. José me dijo luego que él conoce a don Basilio y *estas peteras* no se las toma en cuenta. (*Diario*, 18).

73. ...ayer estuvieron hablando don Basilio y don Rafael durante una hora sobre la conserjería. Parece que no hay acuerdo. Por lo visto el vaina de don Rafael me pone la proa. José me suplicó que no haga uso de *esta información*. (*Diario*, 27).

74. El tal Esteban no hacía el favor de grado y me pareció que si daba *este paso* era en atención a su primo. (*Diario*, 29).

75. Al despedirnos, me advirtió que anduviera con ojo porque todas *esas gaitas* están muy castigadas. (*Diario*, 30). El antecedente es todo lo dicho sobre el asunto de la horquilla en el contador de la luz.

76. El Señor Moro ha hecho estos días varias matrículas de los de fuera y supongo que le rentarán lo suyo...Al curso que viene veré de explotar *este momio*. (*Diario*, 33).

77. Le pregunté esta mañana al señor Moro si no nos renovarán el abrigo este invierno, porque el que tengo está para dárselo con cinco céntimos a un pobre. Me contestó que se lo diga yo a don Basilio, porque a él le duelen ya las narices de ir con *esa embajada*. (*Diario*, 45).

78. Como me olía que tratarían de la grati de Navidad, anduve al quite. En las citaciones se hablaba primero de los Ayudantes interinos y luego de la Biblioteca...Don Basilio hace el canelo sometiendo *estas boberías* al Claustro. (*Diario*, 49).

79. El Mele quiere conservar viva la chocha-perdiz...Le advertí a Melecio que estos animales no admiten el cautiverio, pero él respondió que no quiere quitarle *ese gusto* al chico. (*Diario*, 61).

80. Al marchar, Tochano me llamó aparte y me dijo que si no me ha mandado invitación es porque entre nosotros sobra la etiqueta,...Decididamente yo no voy a la boda en *estas condiciones*,... (*Diario*, 63).

81. ...lo primero que haría de caerme el gordo sería agarrarme la burra, llegarme a lo de Muro, liarme a matar liebres, y cuando saliera el jurado darle mi nombre y mis apellidos para que cumpliera con su deber. Le anuncié a Melecio que *ese gustazo* me lo daba,... (*Diario*, 65).

82. Por de pronto iremos en taxi. Llevando bichos se puede uno permitir *este lujo*. (*Diario*, 69).

83. Él se atocinó y se puso a voces, que lo que no podía hacer era colocar un guardia a la puerta, y que si yo había visto lo mismo que él, que el individuo ese vino por ella por las derechas. Le dije lealmente que en *ese plan* no podíamos entendernos. (*Diario*, 71).

84. De repente vi a la Anita bailando con un lechuguino, y la sangre se me subió a la cabeza. La pingo de ella llevaba un gorrete de colorines. En cuanto acabó la pieza me fui donde ella, la agarré del brazo y le planté que se iba a acabar *este juego*. (*Diario*, 73).

85. Allí estaba la Mimi con Faustino, y Anita se emperró en hacer cuarteto...En la pista le dije lealmente a Anita que me giban las Mimis porque le doblan los años y nada bueno puede sacar de *esta amistad*. (*Diario*, 76).

86. Decía mi padre...que para cazar perdices en Castilla no hacen falta más que piernas y que el conejo...no es caza ni tiro, sino tenazón...*Estas enseñanzas* me han sido muy prácticas en la vida... (*Diario*, 84).

87. "...¿Te gusta tirar los faisanes, hijo?" Y tú, Pepe, vas y le dices: "¿Faisanes? Nunca tuve *esa oportunidad*, Señor." (*Diario*, 91).

88. ...y acabó confesando que no tenía un real. Le dije que cómo si aún andamos a 20 y ella dijo que sí, que es cierto, pero que no sabe hacer milagros. Me giba lo que nadie sabe *este mirar* la peseta... (*Diario*, 102).

89. Dijo luego que todos los males nos vienen de Francia y no sé qué tecla le tocó a Melecio que se atocinó y dijo que en Francia había cosas buenas y malas como en todas partes...Con *estas coplas* se me hicieron las tantas... (*Diario*, 114).

90. El maula voceó que no era cierto y que aunque lo fuese es diferente colar una misma persona que gente distinta cada día. Luego dijo que llevadas las cosas a *este terreno*... (*Diario*, 119).

91. A mediodía la Paula dio a luz un chaval muerto. Fui para allá, pero en la papeleta decía que no reciben. A Melecio le ocurrió lo propio…Me giban *esos prontos* de Tochano, la verdad. (*Diario*, 126). Es decir, *esos prontos* alude a la actitud de Tochano, que se niega a recibir a nadie tras nacerle el hijo muerto.

92. Anduvimos corriendo calles hasta las cinco y luego bajamos hasta el río por los merenderos. Uno estaba diciendo *en ese momento* que se veía algo como un ahogado. (*Diario*, 128).

93. …todas se arrimaban a la cama a besar al chiquillo. Hemos pasado la noche con Melecio. De madrugada le hicieron la autopsia al crío…Melecio sigue como en la higuera. Con ese temperamento que tiene, *esta desgracia* ha de afectarle. (*Diario*, 129).

94. Cada día estoy más decidido a dejar esto. No va con mi temperamento. Lo malo del caso es la madre. ¿Cómo le doy yo ahora *este disgusto*? (*Diario*, 135).

95. La dejé plantada con la palabra en la boca. No es más que una criatura consentida que va siempre con el «yo» por delante…No me conviene. Así…Tonto soy de tomarme *este sofoco*. (*Diario*, 151).

96. A mediodía recibí un paquete a mi nombre…lo abrí y me encontré con un ataúd del tamaño de una caja de zapatos. Le quité el broche y la tapa me pegó en los morros. Dentro estaba mi retrato junto al de Anita. No sé quién será el cipote que gasta *esta clase de inocentadas*. (*Diario*, 155).

97. La noche pasada me limpiaron el sillín de la burra…Lo grande del caso es que sólo Crescencio y el señor Moro tienen la llave de la carbonera. Me fui donde la Carmina, que es la fija, y me salió con que qué pito tocaba ella en *ese pleito*. (*Diario*, 157).

98. …los hermanos Hernando limpiaron el páramo de cascajo y luego sembraron el trigo en cerros, como es de ley, pero a los pocos años lo sembraron a manta y recogieron una cosecha soberana… nadie podía imaginar cómo con una huebra y un arado romano…se consiguiera *aquel prodigio*. (*Viejas*, 25).

99. Padre me advertía: «Antes tendrá que morir ella». Y *esta condición* me ponía triste… (*Viejas*, 30).

100. …las aguas de la Fuente de la Salud que, según dicen, tienen excelentes propiedades contra los eczemas, los forúnculos, el psoriasis y otras afecciones de la piel,…mi pueblo es un foco de peregrinaje por *este motivo*,… (*Viejas*, 33).

101. En otra ocasión, fue la tía Marcelina, quien, después de pasar una noche con molestias gástricas, imploró de la mártir Sisinia su restablecimiento y me madrugada vomitó verde y con el vómito desapareció el mal…Todas *estas gracias* significaban que la joven Sisinia… (*Viejas*, 41).

102. En mi pueblo, cuando un mozo se dirige a una moza con intención de matrimonio, basta con que la siente a la sombra de los chopos para que ella diga «sí» o «no». *Esta tradición* ha terminado con las declaraciones amorosas… (*Viejas*, 49).

103. Según decía mi tía Marcelina, en sus noventa y dos años de vida no conoció un mozo que, a sabiendas, dejara en mi pueblo colgada una barriga. Pocos pueblos, creo yo, podrían competir con *esta estadística*. (*Viejas*, 50).

104. …debo aclarar que las argayas de los trigos de mi pueblo son tan fuertes y aguzadas…Y esto no es un capricho, supuesto que el Felisín, el chico del Domiciano, perdió un ojo por *esta causa*… (*Viejas*, 58).

105. ...donde al decir del Olimpio celebraban sus juicios los grajos en invierno. El Olimpio aseguraba haberlos visto por dos veces... Al decir del Olimpio, los jueces se asentaban sobre las crestas desnudas de los chopos, mientras el reo, rodeado por una nube de grajos, lo hacía sobre las ramas del olmo...Cuando el Olimpio contó *esta historia*,... (*Viejas*, 61).

106. —¿Roja, jefe? ¿A qué ton le dice usted roja a la perdiz?…
—La perdiz tiene el pico rojo, ¿no?
—A ver.
—Y las patas rojas, ¿no?
—A ver…
—Por *esa regla de tres* lo mismo podría decirle usted roja a la chova de campanario. (*Viejas*, 77).

107. …cuando tras horas y horas de patear el monte no salta pieza, ni se observa rastro de ellas…Basta, sin embargo, que una perdiz se arranque *en ese instante* para que toda molestia se disipe;… (*Viejas*, 81).

108. A este respecto convendrá advertir que no es mejor cazador quien más afina la puntería; la caza es un proceso muy complejo…De otro modo el tiro al blanco llenaría más cómodamente nuestras exigencias de *este orden*. (*Viejas*, 86).

109. Su vocecita se trascoló por los resquicios de la puerta, recorrió el largo pasillo, dobló a la izquierda, se adentró por la puerta entreabierta de la cocina y Mamá, que enchufaba la lavadora en *ese instante*, enderezó la cabeza... (*Príncipe*, 10).

110. Quico abrió las piernas y se miró los bajos de los pantalones y, como si *aquel examen* no le convenciera,... (*Príncipe*, 48).

111. Merche salió al pasillo y se topó con Pablo que regresaba del colegio en *ese instante*... (*Príncipe*, 56).

112. —Oye, Quico —dijo—, ve y di a tu madre que se vaya a freír puñetas. Hazme *este favor*, hijito. (*Príncipe*, 76).

113. Quico la miraba con sus atónitos ojos azules, el rubio flequillo hasta las cejas, anonadado. En *ese instante* se oyó ruido de cristales... (*Príncipe*, 89).

114. …después, tomó su mano regordeta que tenía hoyos, donde los adultos tienen huesos, y la golpeó simbólicamente con ella la cabeza mientras decía: “Date-en-la-mochita date-date-date”. Quico la observaba, mas, de inmediato, se cansó de *aquel juego*... (*Príncipe*, 90).

115. ...porque hijos tienes tú, que es una pena ver la criatura sin pan, agua, ni luz cargar con *esta cruz* medio enterrado entre la basura. (*Príncipe*, 94).

116. Condujo al niño hasta el automóvil. Mamá llegaba en *ese momento*. (*Príncipe*, 129).

117. —Venía el Demonio cuando tú no estabas y me llevaba de los pelos al infierno, con el Moro, y luego Longi-

nos me pinchaba y el Soldado iba con el puñal de dos filos, y el Fantasma...¿quién te cuenta *esas historias*, Quico? (*Príncipe*, 166).

5.3.8. Giros lexicalizados con valor predominantemente anafórico

1. ...Juan Arias no tuvo una infancia como los demás niños; el corazón le fallaba...*Por eso* Juan Arias no podía correr, ni hacer ejercicio... (*Vivir*, 163).

2. *Por eso* yo sugeriría, si las famosas Tres Marías tienen necesariamente que subsistir en nuestros planes de enseñanza,... (*Vivir*, 220).

3. Ella me contó que la buñolería es de su padre, y que acaba de tener un hermanito y *por eso* venía ella a ayudar a su padre... (*Diario*, 40).

4. Le pregunté que si por lo de los tiznones, y ella dijo que no *por eso*,... (*Diario*, 57).

5. Estas enseñanzas me han sido muy prácticas en la vida...Me gibó *por eso* hoy Tochano en el café. (*Diario*, 84).

6. ...y le dije lealmente si merecía tanto castigo un hombre por querer casarse con ella...Dijo que de sobra sabía que no era *por eso*,... (*Diario*, 143).

7. ...y que si la *Doly* estuvo mucho tiempo sobre ella es fijo que se volvió blanca *por eso*. (*Diario*, 148).

8. Y él me dijo: «Si es *por eso* no te preocupes. Orestes sabe que voy y el coche no arranca sin el Aniano». (*Viejas*, 13).

9. *Por eso* cuando decidí marchar del pueblo, el recuerdo de la Rosa Mari no me frenó,... (*Viejas*, 50).

10. *Por eso* me libré muy mucho de consultar a nadie por el fenómeno de la Mesa de los Muertos,... (*Viejas*, 69).

11. —¿Qué tiene usted que decir de este perro? —Nada. —*Por eso*... (*Viejas*, 78).

12. —¿Y siente hambre?
—Tampoco...
—*Por eso* —dice. (*Viejas*, 81).

13. —No es eso, Barbas. No hablo de lo que es sino de lo que debería ser. —*Por eso*. (*Viejas*, 86).

14. —Los hombres de hoy ni saben aguardar ni saben sudar, se lo digo yo. *Por eso* se inventaron el ojeo. (*Viejas*, 87).

15. Los extranjeros esos se metieron en las plazas de toros por ver cómo nos divertíamos los españoles. Sólo *por eso*. (*Viejas*, 90).

16. —Bueno, y a ti, ¿qué? —Nada. —*Por eso*. (*Príncipe*, 37).

17. ...—De mi vida, eres niño como yo, *por eso* te quiero tanto y te doy mi corazón. (*Príncipe*, 162).

18. —...de mi vida, eres niño como yo, *por eso* te quiero tanto y te doy mi corazón. (*Príncipe*, 162).

19. La Modes no quiso venir a echar una mano, *eso que* la avisé ayer. (*Diario*, 8).

20. Dice la Modes que más ganaríamos si el Señor se la llevase. ¡No te giba! *Eso que* sólo viene por las mañanas a hacerme la merienda. (*Diario*, 158).

21. El rostro del padre Martín Descalzo...trasciende lealtad, sinceridad y simpatía. *Entre eso y que* siempre navegó adelantado,... (*Vivir*, 66).

22. ...porque aunque la Rosa Mari era una buena chica...apenas sabía despegar los labios, y *entre eso y que* yo no soy hablador nos pasábamos la tarde dándonos palmetazos... (*Viejas*, 50).

23. No se trata de compensar a nadie de las amarguras sufridas —*para eso* están las medallas—,... (*Vivir*, 188).

24. Yo no tengo más que categoría y un uniforme. Y *para eso* también Tochano tiene uniforme,... (*Diario*, 58).

25. En la sesión de la noche se ocuparon veintidós butacas contadas. ¡Y *para eso* cuatro acomodadores! (*Diario*, 108).

26. —Peor estoy yo, mira. El mío ya no vuelve...
—Ande, señora Domi, *para eso* es usted vieja. (*Príncipe*, 44).

27. Convengamos en que así, la cifra es más modesta, pero *con eso y con todo*, ¿hemos pensado que 600 millones equivalen a 1.200 escuelas...? (*Vivir*, 208).

28. Pero los españoles no podíamos subir a los precios. Y las plazas, *pues eso*, se quedan, desde entonces, medio vacías. (*Viejas*, 90).

29. Era, aquél, un público que denostaba al reo con el mismo frenesí que le hubiese aclamado unos meses antes, *esto es*, un público muy semejante al de nuestros días. (*Vivir*, 15).

30. ...el nuevo teatro no hace sino desplazar el convencionalismo de la palabra sobre la escenografía, *esto es*, propende a hacer el artificio menos ostensible,... (*Vivir*, 26).

31. ...o sea aquellos hombres para quienes la lucha contra la adversidad —*esto es*, contra una tierra ingrata y una climatología veleidosa— supone un estímulo... (*Vivir*, 115).

32. ...es decir, predicando con el ejemplo, ha llegado a la definitiva conclusión de que dormir es perder vida. *Esto es*, el sistema de los tres ochos representa un anacronismo... (*Vivir*, 135).

33. ...siendo así que la mera pirueta queda por completo al margen de la estética. *Esto es*, yo no encuentro...que el prescindir de la puntuación y de las normas gramaticales entrañe un anhelo renovador de la técnica novelística,... (*Vivir*, 160).

34. No deja de ser curioso que J. R. llegase a Maryland de suplente, *esto es*, de profesor consorte. (*Vivir*, 214).

35. Por eso yo sugeriría, si las famosas Tres Marías tienen necesariamente que subsistir en nuestros planes de enseñanza, que sean cuatro, *esto es*, que se añada a las existentes la Educación Cívica,... (*Vivir*, 220).

36. Cosa diferente es que, una vez en sazón, el entrenador se las ingenie mejor o peor para conservarle en forma;...*De esto a* pretender que un defensa —bueno o malo— enseñe a tirar a puerta a un delantero... (*Vivir*, 185).

37. Don Justo del Espíritu Santo, el cura párroco, se obstinó en canonizarla y elevarla a los altares, y *en ésas* andan metidos en el pueblo todavía. (*Viejas*, 33).

38. El cine es un arte joven, y todos estos afeites y postizos no logran otra cosa que darle una grotesca apariencia…*De este modo*, el séptimo arte es hoy tan estrafalario como una niña disfrazada de mujer… (*Vivir*, 18).

39. …los escritores como los médicos, deberían adoptar una especialización y no salirse de ella. Aunque tal vez *de ese modo* el escritor se esterilizase… (*Vivir*, 29).

40. …el flamante campeón de Europa pretende eliminar de sus filas los Pérez y los Rodríguez…*De este modo* el Real Madrid asegurará su posición no sólo fortaleciendo su cuadro, sino debilitando los ajenos,… (*Vivir*, 86).

41. El juego de azar ha adoptado en nuestra época una modalidad publicitaria muy bien orientada…*De este modo*, antes que a la lotería, el español juega hoy al concurso X o al carrusel Z,… (*Vivir*, 93).

42. A mi entender, ningún país del globo está libre de pecado,…*De este modo* y abarrotando las jugueterías de soldados de plástico, ingenios atómicos y aviones de bombardeo,… (*Vivir*, 96).

43. Primero que todo estaba su vida, la propia tranquilidad. *De este modo*, Cossío pudo hacer su obra,… (*Vivir*, 104).

44. …por los escasos alicientes que la vida rural, y muy especialmente la de los burgos castellanos, brinda a sus habitantes. *De este modo* se está produciendo en Castilla…el abandono de pueblecitos enteros,… (*Vivir*, 114).

45. …apenas resta otra posibilidad de concentración multitudinaria que el fútbol y los entierros. *De este modo* hay amistades de fútbol y amistades de entierro;… (*Vivir*, 145).

46. «*De este modo* —se decía— si el acompañamiento, pongamos por caso, es de trescientas personas y se reduce en media hora la duración del ceremonial…» (*Vivir*, 145).

47. …cuando regresa a su país, hace partícipes a sus estudiantes de su nueva experiencia. *De este modo*, el amor por España y lo español se extiende día a día en los Estados Unidos… (*Vivir*, 212).

48. «Con ésos, mejor no hablar; son unos fanáticos», decimos fanáticamente.Y *de este modo* todos nos fanatizamos. (*Vivir*, 220).

49. Me gibó porque ya había hecho alguna amistad y *de este modo* parecía que en la vida había visto doce billetes juntos. (*Diario*, 122).

50. ...«Ve, ahí tienes a la Rosa Mari. El día que seas mozo debes casarte con ella». *De este modo*, desde chico me sentí comprometido... (*Viejas*, 50).

51. ...y, por lo tanto, no tenía necesidad de llegarme, como antaño, a Pozal de la Culebra. Y parece que no, pero *de este modo* se ahorra uno dos kilómetros... (*Viejas*, 73).

52. ...o sea en la revalorización de las pequeñas cosas...*De este modo*, la caza se convierte en un doble placer,... (*Viejas*, 80).

53. ...sea la pieza la que se desgaste buscándonos a nosotros, sus matadores. *De este modo* la caza se convierte en un deporte pasivo;... (*Viejas*, 89).

54. ...y sabedora que en el pueblo había buenos galgos, encamaba siempre en el majuelo del tío Saturio. *De esta forma*, cuando el galguero la arrancaba,... (*Viejas*, 53).

55. ...pero finalmente opté por darle una ordenación cronológica ya *de esta manera*, al tiempo que evito la monotonía,... (*Vivir*, 7).

56. El cine no se desarrolla mediante un proceso natural, sino bajo el imperio de la coacción, dando paso *de esta manera* a un arte sofisticado. (*Vivir*, 17).

57. El divo ha venido a destruir la posibilidad de la sorpresa...El deporte se convierte *de esta manera* en una cosa demasiado aséptica y previsible. (*Vivir*, 42).

58. En buena parte, los destinatarios de los periódicos son gentes apresuradas, que gustan de los titulares gruesos...*De esta manera*, los escritores inteligentes...se identificaron con el viejo aforismo:... (*Vivir*, 148).

59. ...contrae la obligación de situar a sus miembros en aquellos puestos para los que se muestren capacitados. *De esta manera* el funcionamiento del cuerpo social será perfecto... (*Vivir*, 182).

60. (...Al que tiene alas le dejan volar su vuelo,...) Las enseñanzas de J. R. resultaban mucho más provechosas *de esta manera*. (*Vivir*, 215).

61. Le dije entonces que si no le daba vergüenza emborracharse *de esa manera* con su hijo de cuerpo presente... (*Diario*, 49).

62. A cambio, don Basilio nos largó hoy las dos mil a tocateja. Aún el señor Moro le hizo ver que *de esta manera* perdemos la grati de Navidad,... (*Diario*, 153).

63. —A ver quién es —dijo— ese niño que chilla *de esa manera*. (*Príncipe*, 10).

64. Yo me temo que, *por este camino*, el Real Madrid acabará demostrando solamente que su club es el campeón europeo de taquillas,... (*Vivir*, 87).

65. ...trata de sustituir el esfuerzo por la astucia, o por la alevosía. *Por este camino* se ha llegado a la lamentable actividad que hoy denunciamos:... (*Vivir*, 134).

66. ...también resulta evidente que de seguir *por este camino* no serán piedras sino bombas lo que arrojen sobre él. (*Vivir*, 140).

67. En definitiva, uno llega *por este camino* a conclusiones muy turbadoras. (*Vivir*, 161).

68. Uno se pregunta, a la vista de estas aberraciones, si el cine caminaría *por estos derroteros* si no lo empujaran. (*Vivir*, 19).

69. Se argüirá que si el cine sirve películas donde se exalta la violencia es porque el mercado las pide. *Por estos derroteros* iríamos a parar muy lejos... (*Vivir*, 140).

70. ...contrasta vivamente con los pueblos y caseríos diseminados en la distancia, de una cegadora blancura. *En este orden de cosas*, La Mancha está más cerca de Andalucía que de Castilla. (*Vivir*, 21).

71. ...donde años después descansara don Juan de Austria, y que hoy es una finca particular. *A este respecto*, es curioso observar que si don Álvaro hubiese efectuado su gira cinco siglos más tarde,... (*Vivir*, 12).

72. A mí no me es difícil imaginar los titulares de los periódicos del futuro *a este respecto*:... (*Vivir*, 80).

73. *A este respecto* puedo asegurar que los párvulos de Chile y la Argentina tienen una idea de la dominación española radicalmente diferente... (*Vivir*, 96).

74. ...Los premios han servido para encauzar el relativo interés de los lectores españoles hacia los autores nacionales. (Recuérdese *a este respecto* que las librerías españolas en 1944 estaban en manos de los Lajos Zilahy,...) (*Vivir*, 155).

75. ...el influjo del entrenador en la moral de sus muchachos es evidentemente decisivo. *A este respecto* bien podemos decir que la «furia» de un equipo es la «furia» de su entrenador,... (*Vivir*, 186).

76. ...y no por cierto la más importante, es el disparo. *A este respecto* convendrá advertir que no es mejor cazador quien más afina la puntería;... (*Viejas*, 86).

77. Cada día es mayor el número de libros antididácticos que circulan por nuestros centros docentes. Y no sólo no cunde *en este aspecto* el ejemplo de Ortega,... (*Vivir*, 40).

78. Si el lector platica con un experto, éste le dirá que nuestros ríos del norte representan *en este aspecto* un paraíso;... (*Vivir*, 88).

79. —¡Mierda, cagao, culo! —voceó... —Vamos, a la Vito le sales ahora *con ésas*. (*Príncipe*, 99).

80. Yo recuerdo *a estos efectos* la lucha atroz que en mis tiempos suponía enfrentarse con la lista de los reyes godos o con la Edad Media de la Historia de España. (*Vivir*, 41).

81. *En este sentido* la suavidad de la palabra mantisa viene a subrayar la rigidez mineral de las palabras binomio y polinomio,... (*Vivir*, 52).

82. Hablaba del adecentamiento de los pueblos «por real decreto», fenómeno no nuevo, puesto que ya Carlos III realizó esfuerzos *en este sentido*... (*Vivir*, 112).

83. *En este sentido* antes que adecentar los exteriores de los pueblos procedería estudiar los interiores... (*Vivir*, 112).

84. Julio Camba fue un periodista parco en palabras o, dicho de otra manera, un maestro de periodistas...*En este sentido*, Camba fue un precursor. (*Vivir*, 148).

5.4. VALOR CATAFÓRICO

5.4.1. Casos de catáfora propiamente dicha

1. Fue fray Alonso quien informó al Condestable de la sentencia, confortándole con *estas* palabras: «Todos, mientras vivimos, caminamos hacia la muerte». (*Vivir*, 12).

2. No creo que *aquello* de renovarse o morir deba ser tomado al pie de la letra,... (*Vivir*, 24).

3. Uno,...ha de pensar necesariamente en *aquello* de qué fue antes, el huevo o la gallina,... (*Vivir*, 34).

4. Los «destajistas», he aquí ya una expresión singular para definir *aquellos* que se lanzan al deporte apoyándose en el amor propio y el pundonor antes que en las facultades físicas. (*Vivir*, 45).

5. ...se guarda, no obstante, una admiración, muchas veces inconfesada, hacia todo *aquel* que se abre camino por sus propios medios. (*Vivir*, 57).

6. En Roma, por *aquello* de que el padre Martín caminó siempre un poco adelantado,... (*Vivir*, 66).

7. En cuanto a *ese* fácil recurso de los escritores para animar sus partos desencadenando sobre sus páginas los elementos naturales también tendrá que desaparecer... (*Vivir* 79).

8. Es deprimente observar cómo va perdiendo actualidad *aquella* máxima que, aludiendo a la caridad cristiana, afirma que ésta debe ser tan discreta que la mano izquierda no se entere de lo que hace la derecha. (*Vivir*, 92).

9. ...y todo *aquello* de la «solidaridad» y el «desprendimiento de los españoles» no son sino frases acuñadas por nuestra pobre vanidad... (*Vivir*, 94).

10. ...charlábamos de *esos* temas extraños que inspiran los libros y quienes los escriben. (*Vivir*, 100).

11. ...y el Jurado de este premio reparó en seguida en sus valores y la llevó pareja con «La muerte supitaña», de Fernando Gutiérrez, hasta la final,...como *esos* equipos que no se entregan sin lucha,... (*Vivir*, 101).

12. ...y que los huecos que dejan *aquellos* con los que a diario convivimos son los más difíciles de llenar. (*Vivir*, 106).

13. «He conocido de cerca *eso* tan desagradable que llamamos pobreza...» (*Vivir*, 108).

14. ...en que «si todos *aquellos* que creemos en estas raras cosas llamadas libertad y dignidad humanas...» (*Vivir*, 109).

15. ...mejoraríamos su presencia, si no por otra cosa, sí por *aquello* de que la cara es el espejo del alma. (*Vivir*,

112).

16. ...han sido enjalbegados hasta las tejas por *aquello* de cumplimentar debidamente la disposición de adecentamiento. (*Vivir*, 113).

17. Yo tenía mis recelos por *aquello* de que Lozano, las cosas de Lozano, llegan antes a los jóvenes que a los viejos. (*Vivir*, 120).

18. En tiempos de nuestras abuelas era frecuente escuchar consejos como *éste*...
—Trabaja, hija; afina tus modales, esmérate, y, a la vuelta de diez años, podrás llegar a ser una buena doncella. (*Vivir*, 125).

19. De donde se deduce que todo *aquello* de la exquisitez del juego, la calidad, etc., no son más que zarandajas. (*Vivir*, 130).

20. A estas alturas iba resultando risible *aquella* arcaica expresión de descabezar una siesta. (*Vivir*, 136).

21. ...mas como esta meta no parece de momento asequible tal vez represente algo positivo —por *aquello* de que a falta de pan buenas son tortas—... (*Vivir*, 138).

22. Mas, con *esa* candorosa puerilidad que nos distingue a los españoles,... (*Vivir*, 143).

23. El espontáneo en pésames es *ese* señor que siente más que nadie, más efusivo que nadie,... (*Vivir*, 146).

24. ...el difunto se encontrara solo por *aquello* de que los muertos son los únicos hombres puntuales del país. (*Vivir*, 147).

25. ...resulta que de momento no hay otro, y todo *aquel* que en España aspire a una plaza de lo que sea debe avenirse a pasar por el aro. (*Vivir*, 151).

26. Tal disposición, cuando la adopta un galardonado por entidades no mercantiles es pareja a la de *aquel* padre de cinco criaturas cetrinas, para quien los niños morenos eran indefectiblemente más fuertes y despa-

bilados que los niños rubios. (*Vivir*, 153).

27. ...estas nuevas tendencias que vienen a representar a la novela lo que a la Química *esos* estudiantes que mezclan caprichosamente sales y ácidos en un tubo de ensayo... (*Vivir*, 160).

28. ...se negaba a abandonar la infancia, a romper con ella y echar sobre sus débiles hombros *eso* tan pesado, y tan arduo, y tan inconsistente como es la responsabilidad. (*Vivir*, 163).

29. Juan Arias se iba en el umbral,...sin recoger sobre sus frágiles hombros *esa* carga tan ardua, tan enojosa...que es la responsabilidad. (*Vivir*, 164).

30. ...parece llegada la hora de que los españoles reflexionemos sobre *este* punto, a saber: que si la sangre caliente nos valió para no pocos éxitos... (*Vivir*, 166).

31. ...hecho que demuestra una vez más *aquello* del cristal de Campoamor. (*Vivir*, 172).

32. ...aun reconociendo que esta disposición no es cómoda por *aquello* de que siempre es más sencillo subirse a un carro en marcha... (*Vivir*, 173).

33. Esta realidad ofrecía una amarga contrapartida, a saber, que para *aquel* que no dispusiese de cuatro perras gordas,... (*Vivir*, 181).

34. ...entre las clases privilegiadas circulaba como «slogan» fidedigno, *aquello* de que en España todo el mundo era abogado... (*Vivir*, 181).

35. ...contrae la obligación de situar a sus miembros en *aquellos* puestos para los que se muestren capacitados. (*Vivir*, 182).

36. ...dadas la abnegación y el espíritu de renuncia y el sentimiento de equidad ahincados en nuestro pueblo, todo *aquello* de la cuestión social y la lucha de clases, pasaría...a ser un recuerdo histórico. (*Vivir*, 183).

37. Mas el tema es sugerente si los planteamos en *estos* términos: ¿Hasta qué punto un entrenador puede

comunicar a sus muchachos sus conocimientos,...? (*Vivir*, 184).

38. A partir de entonces el deporte del fútbol empezó a convertirse en una ciencia...y *aquello* del 2-3-5 se convirtió en un 3-2-5 cuando no en un 4-4-2. (*Vivir*, 185).

39. ...un corto viaje por diversas ciudades españolas, desazonadas con *todo* eso de los polos y del desarrollo,... (*Vivir*, 187).

40. ...y campesinos que se arrimaron al asfalto por *aquello* del Servicio Nacional del Trigo y la Concentración Parcelaria. (*Vivir*, 197).

41. ...del cual son *estas* dos patéticas tallas: «El sacrificio de Isaac» y «San Sebastián»... (*Vivir*, 202).

42. Es muy posible que el español haya elevado el espectáculo de los toros a categoría de fiesta nacional por *aquello* de que el torero en la arena no le resta otra opción que la de matar o ser matado. (*Vivir*, 219).

43. Una tendencia borreguil nos empuja a excomulgar sin más, a *aquel* a quien nuestro grupo señala como peligroso. (*Vivir*, 220).

44. El señor Moro me había dicho que *eso* de las propinas se acabó con la guerra,... (*Diario*, 24).

45. Y no creo que Tochano le eche al asunto más de tres o cuatro horas. Claro que uno tiene *aquello* de la categoría. (*Diario*, 57).

46. Ella dijo adiós, pero él lo mismo que si pasase un perro. Y no es *aquello* de que no me haya visto, puesto que yo iba de uniforme. (*Diario*, 63).

47. Uno pone mucha atención en el juego y todo *eso* de las barreras y las comidas y los seguros está pero que muy bien traído. (*Diario*, 64).

48. Les casó don Florián y les echó un discurso. El hombre tiró un puntazo al Pepe con *eso* de las ovejas descarriadas,... (*Diario*, 71).

49. ...le dije que por qué íbamos a regañar el primer día del año siendo tan bonito *eso* de sentirse hermana y hermano. (*Diario*, 73).

50. El Pepe le advirtió que de *eso* que se pensaba, ni hablar,... (*Diario*, 90).

51. Ciertamente no es mal sistema *ese* de Tochano de no mirar atrás. (*Diario*, 113).

52. Hoy bajé al río a darme un chapuzón. Están poniéndolo bien con *eso* de la playa artificial. (*Diario*, 131).

53. *Esto* ya lo sabía yo. Cuando le comuniqué a la chavala que mañana no podríamos salir porque regresaré tarde del campo, me salió con que estaba harta, y que escogiera entre ella o la escopeta. (*Diario*, 150).

54. Cada día que pasa me doy cuenta de que un hombre necesita una mujer. Y no es *aquello* de que ellas lo quitan y ellas lo ponen;... (*Diario*, 159).

55. ...porque mientras el pueblo permanecía, la ciudad se desintegraba por *aquello* del progreso y las perspectivas de futuro. (*Viejas*, 11).

56. ...y Padre tenía voto de compromisario por *aquello* de la contribución. (*Viejas*, 57).

57. ...y al sembrado, como ya es sabido, sucede el barbecho por *aquello* de que la tierra tiene también sus exigencias... (*Viejas*, 71).

58. A menudo, en circunstanciales reuniones de cazadores, el Cazador escucha frases como *ésta*: «A mí tanto me da una perdiz como una urraca; el caso es tirar tiros». (*Viejas*, 85).

59. ¿...después de comerse un taco tranquilamente a la abrigada charlando de esto y de lo otro? Y no es *aquello* de que lo hagan los señoritos. (*Viejas*, 88).

60. El Cazador no llega a *aquello* de decir que lo que haya en España deba ser para los españoles... (*Viejas*, 91).

61. ...pero ahora escucha, Quico, *esto* es importante, aunque a tu edad no acabes de entenderlo. Lo que a mí me molesta es que siendo uno un hombre positivamente honrado, alguien venga a poner en duda la honradez de sus ideas. (*Príncipe*, 74).

5.4.2. Casos de doble referencia anafórica y catafórica

1. Esta afirmación tiene muy pocas excepciones y aun diría que *esas* excepciones, es decir, los que aciertan en la diana al primer intento, quedan automáticamente incapacitados para superarse en lo sucesivo. (*Vivir*, 31).

2. El que unos digan que tenemos menos ingenieros que nadie y otros arguyan que proporcionalmente el número de ingenieros es superior en España al de cualquier otro país,...es llevar la discusión a *ese* terreno de extremismos radicales que tan escasos frutos nos han rendido hasta el presente. (*Vivir*, 35).

3. ...el Real Madrid ha logrado conjugar un grupo muy diestro y eficaz en *eso* de propinar patadas a una pelota;... (*Vivir*, 86).

4. José Jiménez Lozano se asoma cada viernes a la última página de «El Norte de Castilla» en una sección titulada «Ciudad de Dios». Ya lleva años en *este* empeño de redescubrirnos algo tan viejo como el cristianismo. (*Vivir*, 117).

5. *Esto* es precisamente —nuestra pretendida seguridad de cristianos— lo que Pepe Lozano viene cada viernes a hacer tambalear. (*Vivir*, 118).

6. Sea como quiera, mi objetor sostiene que esas viejas historias —que no son tan viejas, puesto que la tesis del libro es precisamente *esa*: que nada fundamental ha cambiado en la desolada Castilla durante el último siglo—... (*Vivir*, 177).

7. El pobre americano es *aquel* que se ofrece para trabajar en «cualquier cosa»;... (*Vivir*, 211).

8. En clase divagaba, no profesaba un tema concreto. (*Esta* es otra ventaja de América. Al que tiene alas le

dejan volar su vuelo, sin ceñirle un collar ni amarrarle a una cadena.) (*Vivir*, 215).

9. ...a cien metros de la vivienda se levanta un hospital adventista,... y *esta* seguridad —la conciencia del médico próximo—, fue, como se sabe, una exigencia en la vida de Juan Ramón. (*Vivir*, 218).

10. ...después que la guillotina de la imprenta le segó la mano. Marró una liebre que le arrancó de los mismos pies en unas pajas y tiró la escopeta. Luego se puso a llorar, se sentó en un mojón y me dijo: «*Esto* no debes hacerlo nunca, hijo.» Yo le pregunté: «¿Se puede cazar con una sola mano, padre?» Él dijo: «Por lo visto, no.» (*Diario*, 10).

11. Entonces dijo la Carmina que es muy bonito *eso* de echar golfos al mundo... (*Diario*, 28).

12. Hoy enterramos al chavea de mi hermana. Parecía una coña *eso* de enterrar una cosa que ha muerto sin nacer. (*Diario*, 48).

13. Dijo que aborrecía todo *eso* de andar con tapujos y no obrar a las claras,... (*Diario*, 55).

14. Como es sabido, las aguas del Duero vierten en el Atlántico,...lo que quiere decir que en mi pueblo, de natural sedentario, hay alguien que viaja y *éstas* son las aguas de la Fuente de la Salud... (*Viejas*, 33).

15. Los tesos, sin embargo, nada tienen que ver con la división administrativa,...Y de *eso* —de tesos— no andamos mal en mi pueblo,... (*Viejas*, 57).

16. La caza origina en el Cazador una segunda naturaleza. *Esa* hipersensibilidad que muchos seres sentimos ante la agonía de una bestia,... (*Viejas*, 83).

5.5. VALOR ESTILÍSTICO O EXPRESIVO[343]

5.5.1. Construcciones sintácticas y giros lexicalizados con valor expresivo

1. ...como uno de *esos* aficionados modestos que superan el «hinchismo» desaforado una vez alcanzada la adolescencia,... (*Vivir*, 85).

2. —Este río no es fácil para cucharilla.
—No, no es fácil.
—Hacen falta pulso y precisión.
—*Eso*. (*Vivir*, 122).

3. ...quizás haya en todo esto...una de *esas* misteriosas decisiones con que el Señor distingue a sus elegidos. (*Vivir*, 162).

4. —¿Cómo va *eso*, Juan?
—Mejor...
—¿Cómo va *eso*, Juan?
—Mucho mejor. (*Vivir*, 163).

[343] Como dijimos en su momento, sostenemos que el valor propiamente estilístico o expresivo suele venir casi siempre asociado a otros valores como el espacial, temporal, anafórico o catafórico. Por eso en la tipología que ofrecemos, los ejemplos aparecen englobados según los valores que creemos que en ellos concurren, aun cuando en todos ellos lo expresivo es predominante. Por eso mismo, y teniendo en cuenta lo subjetivo que resulta este uso, no descartamos que en las ocurrencias del demostrativo incluidas en el resto de categorías pueda verse alguna cuya interpretación expresiva sea importante. Por último, en el apartado primero de esta tipología, la que denominamos «construcciones sintácticas y giros lexicalizados», se incluyen todos aquellos casos en los que aparece el demostrativo pospuesto (con un marcado valor expresivo), el giro *uno de esos* + sust. (y variantes) y giros lexicalizados y en los que se detecta predominantemente un valor estilístico. Por supuesto, en todas estas construcciones, junto al valor estilístico o expresivo, puede verse también cierto valor espacial y, sobre todo, anafórico.

5. ...es decir, que, por una de *esas* caprichosas fintas en que también es pródiga nuestra época,... (*Vivir*, 170).

6. Pero, bien mirado, el alcalde de mi ciudad es uno de *esos* «aborrecibles hombres de las nueve» que tanto precisa el país;... (*Vivir*, 188).

7. ...no son gentecilla de poco más o menos, de *esa* de leguis charolados y «Sarasqueta» repetidora,... (*Diario*, 5).

8. Melecio es uno de *esos* tipos que no hace un solo movimiento de más. (*Diario*, 8).

9. «¿Y el Seguro no paga?», dije yo. «*Ese* es otro cantar», respondió ella suspirando. (*Diario*, 11).

10. ...y me salió con que si yo había caído aquí al olor de la conserjería. «Vamos, vamos, ¿es *eso*?», le dije. (*Diario*, 12).

11. Don Florián, el cura párroco del Carmen, se hartaba de decirme: «No es *eso*, mozo. No pares la escopeta cuando oprimes el gatillo...» (*Diario*, 13).

12. Yo pienso que el día que me ocurra lo que a él, que el reúma o el asma o la historia no me dejen salir al campo, me moriré de asco. Como el padre. *Eso* es, igual que el padre. (*Diario*, 14).

13. Yo me cabreé y le contesté que el que no sepa reportarse que se quede en casa. Tochano dijo que para tanto como *eso* es mejor que no se abra la veda... (*Diario*, 19).

14. El de Francés que parece de *esos* tipos que miran a las mujeres de arriba abajo; de *esos* que se paran al ver una buena mujer,... (*Diario*, 21).

15. Me gibó que tirase por puro placer a una picaza, que para tanto como *eso* no le dejé yo la munición. (*Diario*, 22).

16. Me preguntó si es que pensaba guardársela y le dije que no era *eso*. (*Diario*, 36).

17. Le dije al tipo *aquel* que me diera dos pesetas. (*Diario*, 37).

18. También gibaría que la chavea *esa* me hiciera perder la cabeza. (*Diario*, 38).

19. Le pregunté quién era *ésa*... (*Diario*, 40).

20. A la chavala *esa* voy a darle otra oportunidad. (*Diario*, 40).

21. Don Florián dijo: «¡Qué hermoso animal *aquel*!» (*Diario*, 43).

22. Le recordé yo que doña Flora, de regreso, le sacudió dos guantadas y dijo que para tanto como *eso* no había dado ella permiso para orinar antes de la procesión,... (*Diario*, 46).

23. El bicho *este* no vale un real. (*Diario*, 51).

24. El bicho este no vale un real. Sobre los cinco barcos, *esto*. (*Diario*, 51).

25. ...él vendería sus apuntes en la librería, pero que si conocía yo la comisión del librero, que para tanto como *eso* él se hubiera metido a librero... (*Diario*, 52).

26. Dije que no, y él dijo entonces que se casa con la Paula para Navidad. Le pregunté cómo era *eso*... (*Diario*, 53).

27. Ni por Anita ni por Santa Anita me tiro yo por el suelo. ¡Qué se habrá creído la panoli *esa*! (*Diario*, 64).

28. ...y que en cuanto a lo de la calefacción *eso* es otro cantar. (*Diario*, 75).

29. ...y me dijo que la Mimi podía haber elegido a dedo porque es una de *esas* mujeres que trastornan a los hombres. (*Diario*, 76).

30. Le confesé lealmente que la chavalina *esa* me tiene tonto. (*Diario*, 85).

31. Contestó que no recordaba a ciencia cierta, pero que hizo muchas pendejadas de *esas* que luego se avergüenza uno. (*Diario*, 85).

32. La *chavala esta*...me está calentando la sangre... (*Diario*, 88).

33. El Pepe dijo que a ver, que en las pantorrillas, pero don Florián le dijo que no era *eso*, sino la proximidad de Dios,... (*Diario*, 90).

34. Él de seguro se echará a reír y te entregará entonces una "Sarasqueta" último modelo, de *esas* que pueden hacer ocho disparos... (*Diario*, 91).

35. Esta tarde encontré a la Modes que se llevaba una botella de aceite. Tuve bronca con la madre. Para tanto como *eso* no me estoy yo reventando. (*Diario*, 98).

36. Ya me olía yo que la pingo *esa* andaría por medio. (*Diario*, 110).

37. Entonces me confesó que sabe de buena tinta que la chavala *esa* anda colada por mí hasta los tuétanos. (*Diario*, 112).

38. La chavala *esta* no quiere comprometerse aunque Asterio diga misa. (*Diario*, 114).

39. A la vuelta de cinco años el chavea *este* ni conocerá a su padre. (*Diario*, 118).

40. Cada día me pone más negro la chavalina *esta*. (*Diario*, 134.).

41. ¡No te giba, el panoli *este*! (*Diario*, 136).

42. Hoy dice el periódico que la veda no se alza mañana, sino el 2. ¡Está bueno *eso*! (*Diario*, 139).

43. La mujer *esta* a lo mejor se incomoda. (*Diario*, 145).

44. Tampoco don Rodrigo le iba a hacer ascos, creo yo. Ahora, *eso* sí, por mucho personal que llegue a tener, el encargado de matar las liebres seré siempre yo. (*Diario*, 154).

45. A la tipa *esa* le voy a dar un día un soplamocos bien dado para que aprenda a respetar. (*Diario*, 157).

46. De madrugada se largó con viento fresco. *Eso* sí; me recomendó mucho que cuide a la vieja. (*Diario*, 159).

47. Y yo echaba, por obediencia, una mano torpe e ineficaz. Y él me decía: «No es *eso*, memo...» (*Viejas*, 22).

48. Don Justo del Espíritu Santo, el cura párroco, se obstinó en canonizarla y elevarla a los altares, y en ésas andan metidos en el pueblo todavía. Pero *ése* es otro cantar. (*Viejas*, 33).

49. —Parece como que hablara usted del año veinte, coño.
—No es *eso*, Barbas. No hablo de lo que es sino de lo que debería ser. (*Viejas*, 86).

50. ¿Por qué cree usted que va hoy tanta gente al fútbol *ese*? (*Viejas*, 87).

51. ...me leía don Ctesifonte, el maestro, una entrevista con uno de *esos* señorones de postín, que se ufanaba de haber cobrado quinientas perdices en una sola cacería. (*Viejas*, 89).

52. ¿No es hora de que la pongamos también cara para los extranjeros *esos* que vienen por nuestras perdices? (*Viejas*, 90).

53. Los extranjeros *esos* se metieron en las plazas de toros por ver cómo nos divertíamos los españoles. (*Viejas*, 90).

54. ...les divertía más que la fiesta ver las caras que ponían los turistas *esos*. (*Viejas*, 90).

55. Y un día los extranjeros *esos* dijeron... (*Viejas*, 90).

56. El Juan Gualberto mira al Cazador esquinadamente, casi torvamente:
—A saber con qué se come *eso*. (*Viejas*, 91).

57. En cuanto al señor Ortega *ese*, si lo que le gusta es que haya poca caza que aguarde un poco. (*Viejas*, 93).

58. —Si le digo que un ciento de parejas seguramente me quede corto. —¡Qué barbaridad! —¡Qué barbaridad, *eso* digo yo,... (*Viejas*, 93).

59. ...y que con los automóviles y las motos y los «jepes» *esos* no queda mato por registrar. (*Viejas*, 94).

60. —¿Tenía usted noticia, jefe, de que en Belver de los Montes agarraron quinientas parejas vivas para los americanos *esos*? (*Viejas*, 94).

61. —Si lo que quiere su amigo, el señor Ortega *ese*, es que haya poca caza, que aguarde de aquí a diez años. (*Viejas*, 95).

62. ¿Puede decirme qué saca en limpio, con los cotos *esos*, el Juan Gualberto? (*Viejas*, 96).

63. —Pues yo digo, Barbas, que de no ser por los cotos, a la perdiz ya podíamos cantarla un réquiem...
—*Ése* es otro cantar, jefe. (*Viejas*, 97).

64. Luego traería a los extranjeros *esos* para exterminar las alimañas. (*Viejas*, 98).

65. Por ahí terminaremos. Por matar gallinas y patos de corral, *eso*. (*Viejas*, 100).

66. —¿Culo es pecado?
—*Eso*; y si lo dices te llevan los demonios al infierno. (*Príncipe*, 16).

67. —¡Huy, madre, qué chico *éste*! (*Príncipe*, 17).

68. —Mujer —dijo Mamá—. Alguno había de ir.
—¡Concho!, *eso* digo yo,... (*Príncipe*, 25).

69. —¡Qué chico *éste*! ¿Dónde aprenderá esas perrerías? (*Príncipe*, 39).

70. —*Eso* digo yo. ¿Quién le enseñará esas cosas? (*Príncipe*, 39).

71. —¿Voy al infierno —preguntó— si digo leche?
—*Eso*. (*Príncipe*, 40).

72. ¡Qué chico *éste*! No la deja a una ni a sol ni a sombra. (*Príncipe*, 42).

73. La Vito rió limpiamente. Dijo a media voz: —¡Qué crío *éste*, con todo da! (*Príncipe*, 67).

74. —¡Coño, con la pava *ésta*! (*Príncipe*, 70).

75. —¿Qué? —Los complejos y *eso*. (*Príncipe*, 86).

76. —A ver —dijo—. Ahora, que tú estés aquí a gusto por siete reales, *ése* es otro cantar. (*Príncipe*, 105).

77. —Se queda. Pero ya se las canté; tenía ganas de cantárselas.
—¿No la habréis liado?
—Tanto como *eso*, pero vamos. (*Príncipe*, 105).

78. —El crío *este* tiene cada cacho salida, (*Príncipe*, 109).

79. Cuando le miré estaba congestionado, pero de arcadas y *eso,* nada. (*Príncipe*, 134).

80. —¿Pintas un tren? —*Eso*, dijo él— un tren. (*Príncipe*, 134).

81. —¿No irás tú también a sermonearme sobre esas tonterías de los complejos?
—No es *eso*,... (*Príncipe*, 134).

82. ...¡madre, qué crío *éste*! (*Príncipe*, 138).

83. —Los hilos, ¿son para atar el clavo?
—*Eso* —dijo Mamá—. ¡Vamos, traga! (*Príncipe*, 143).

84. —Lo nuestro hace años que ha terminado...Pero están éstos y hay que fingir. Mi vida es una comedia. La tía Cuqui se encampanó:
—*Eso* no —dijo—. (*Príncipe*, 147).

85. —¿Vas a ir a la guerra de Papá? —inquirió con entusiasmo...
—*Eso* —dijo con aplomada gravedad—, a la guerra de Papá;... (*Príncipe*, 154).

86. —¿Eso dice un cura? —inquirió.
—*Eso*, pero Llanes es de los jóvenes. (*Príncipe*, 154).

5.5.2. Casos de señalamiento espacial y valor expresivo

1. Seguramente nuestro objetor preferiría ver un amplio cruce de autopistas que *esa* encrucijada dramática de cuatro caminos polvorientos. (*Vivir*, 179).

2. Posiblemente nuestro objetor preferiría ver un muelle salón de cine que *ese* salón de baile desportillado y con el suelo de chinarros. (*Vivir*, 179).

3. ...jamás se preguntará el porqué de todas esas actitudes. «Con *ésos*, mejor no hablar; son unos fanáticos»,... (*Vivir*, 220).

4. En España, las guerras civiles se han mamado. El niño que crece ya no pregunta por qué *aquel* señor es «malo»;... (*Vivir*, 220).

5. «¿Y quién ha metido *esa* basura en casa, si puede saberse?», dijo ella con el mayor cinismo. (*Diario*, 20).

6. «Habrá sido *ese* cochino perro, que como vuelva a echarle el ojo le parto los hocicos de un escobazo», dijo ella. (*Diario*, 20).

7. «Vamos, ¿es que ahora va a resultar que me he pringado en *ese* pellejo apestoso?», dijo la tía a voces. (*Diario*, 20).

8. El Pepe sabía que yo quería llevarme el zorro. Pregunté que qué clase de reparto era *ése*,... (*Diario*, 32).

9. Y luego se fijará en su escopeta y te dirá: «¿Cómo puedes tirar con *ese* viejo trasto lleno de herrumbre?»

(*Diario*, 91).

10. ...o, simplemente, que prescindieran de mí cuando echaban a pies para disputar una partida de zancos o de pelota china y dijeran despectivamente: «*Ese* no; *ése* es de pueblo». (*Viejas*, 9).
11. Entre cazadores se emplea despectivamente la frase de «*ése* va por carne»... (*Viejas*, 85).

12. —¿Qué tienes ahí? ¿Qué porquería es *esa*? (*Príncipe*, 12).

13. —El pito santo —añadió el niño sin soltar el tubo del dentífrico de la mano izquierda.
—¿Qué tonterías dice *ese* niño? —dijo Mamá. (*Príncipe*, 13).

14. La Loren arrojó el cadáver del gato al cubo de desperdicios. —¿No le entierras, Loren? —chilló Quico. —¿También quieres que enterremos *esa* basura? (*Príncipe*, 15).

15. —Ése es Tang; *ése* sí que es malo. (*Príncipe*, 24).

16. —¿Quién, el Abelardo? ¡Huy, madre! *Ése* ha nacido de pie, como yo digo. (*Príncipe*, 25).

17. La niña berreaba también, junto a él, levantando sus rollizos bracitos hacia el caramelo y, súbitamente, la puerta se abrió y penetró como un huracán la bata de flores rojas... —¿Qué escándalo es *éste*?... (*Príncipe*, 33).

18. —un día le voy a romper los morros a *ése*... (*Príncipe*, 38).

19. Finalmente pudo abotonarse y se volvió y le dijo a Quico: —*Eso* no se mira, ¿sabes? (*Príncipe*, 61).

20. ...le comunicó a Papá que Dora Diosdado se casaba y Papá dijo: «¿Con *ese* pelagatos?»... (*Príncipe*, 62).

21. —¿Más de ciento? —inquirió Juan.
—Más —dijo Papá, pero miraba a Mamá y agregó—: ¿No será *eso* lo que tú piensas? (*Príncipe*, 70).

22. —Está bien, hija. Mejor que suba, ¿no? Andamos tan agobiados. *Esa* Seve yo no sé qué estará pensando.

(*Príncipe*, 77).

23. ¡Jesús, qué cosas se le ocurren a *esta* criatura! (*Príncipe*, 77).

24. —¡Quita *esa* mano, vamos! (*Príncipe*, 107).

25. Y la Domi, por no agacharse, corroboraba: «Caca, caca. *Eso* no se toca, ¿verdad, hija?» (*Príncipe*, 115).

26. La niña observaba seriamente cada uno de sus movimientos. Quico tomó los lápices de los ojos y dijo: —¿Te pinto como a mamá? La niña no decía ni sí ni no...Quico tomó de la mano a Cristina y dijo en voz alta: —*Eso* no se hace, Cris; mamá da azotes a la nena. (*Príncipe*, 121).

27. La Domi dio un brinco, agarró a Quico de un brazo y le zarandeó: —*Esto* es más malo que un dolor. (*Príncipe*, 127).

5.5.3. Casos de señalamiento temporal y valor expresivo

1. Los domingos, a *esa* hora absurda de las siete y media de la mañana,... (*Vivir*, 73).

2. —¿No es ésta, por casualidad, la nena del señor Infante, el de Tapiosa?
—Sí, señorita, pero es nene...
—Claro —dijo—, a *esta* edad. Le ve una tan rubio y con esos ojos. (*Príncipe*, 20).

5.5.4. Casos de anáfora y valor expresivo

1. ...sino a través de la candorosa, espontánea y sufrida mantisa, *esa* humilde palabra, exilada y perdida,... (*Vivir*, 53).

2. Los domingos, a esa hora absurda de las siete y media de la mañana, *esa* hora absurda, que bien mirado no es carne ni pescado,...a *esa* hora absurda en que el Pisuerga se desviste de nieblas y humedades,... (*Vivir*, 73).

3. Esto presupone que nada hay tan diferente del periodismo de ayer como el periodismo de hoy y que los progresos en los medios informativos han dado al traste con *aquel* bello oficio...de los hinchadores de telegramas. (*Vivir*, 75).

4. Habrá que inventar entonces un calendario pluviométrico para dar satisfacción a todo el mundo y en lugar de *esos* inefables «Día del Padre», «Día de la Madre», «Día de la Canción» que nos hemos inventado, se instaurarán los Días «del esquiador», «del cazador»,... (*Vivir*, 79).

5. ¿Y qué decir de la Gramática y de la Literatura? Adiós toda *esa* bella teoría de los verbos impersonales:... (*Vivir*, 79).

6. ...no son sino frases acuñadas por nuestra pobre vanidad con la intención de ocultar pudorosamente una frívola ligereza y *ese* exacerbado anhelo de divertirnos,... (*Vivir*, 94).

7. Su sentido del humor, *ese* humor sutilmente irónico, tímidamente escéptico de los Cossío, se manifestaba en Mariano de una manera explosiva:... (*Vivir*, 104).

8. ...«Quizá vale la pena que los hombres de buena voluntad se den la mano y se conozcan y reafirmen su fe en ellos mismos, *esas* llamas vacilantes en medio de la tempestad...» (*Vivir*, 108).

9. —Pero bueno, *ese* Jiménez Lozano de su periódico, ¿Qué es? —Cristiano. (*Vivir*, 118).

10. Durante el otoño subía al monte; en la primavera bajaba al río, y entre estaciones, en *esos* breves ocios del cazador-pescador,... (*Vivir*, 122).

11. Y no hablo ahora de las visitas de cumplido, *aquellas* inefables visitas de nuestros abuelos,... (*Vivir*, 142).

12. «...un ahorro de treinta mil mensuales que van a revertir en beneficio de la economía nacional.»...De otro lado, la complicación del ceremonial en la parroquia del difunto y la inevitable aparición del espontáneo en pésames, han dado al traste con *esas* bonitas treinta mil horas mensuales que iban a redimir nuestra economía. (*Vivir*, 146).

13. ...novela...de una novela que no llegó a escribirse...donde sobran los signos de puntuación y deliberadamente se vulneran los preceptos gramaticales. En una palabra, una nueva acrobacia en *este* resbaladizo terreno de la extravagancia. (*Vivir*, 159).

14. —¡*Eso* es un alcalde y lo demás son cuentos! (*Vivir*, 187).

15. Malas pulgas sí gastaba la condenada, pero conocía el oficio como nadie. Todavía recuerda la perdiz alicorta que me cobró en lo de la Diputación. ¡*Aquello* eran vientos! (*Diario*, 11).

16. El presidente leyó un escrito para la prensa contra los cazadores desaprensivos... Uno de *estos* birlochos llevaba seis pollos de perdiz del tamaño de gorriones...A tres crías por término medio, resulta que los daños causados por *esta* bazofia...Hay que terminar con *esa* canalla. (*Diario*, 19).

17. Ya le dije que por mi parte haré todos los posibles para no pasar a la Universidad. El vaina me preguntó que por qué y le contesté lealmente que hay demasiados actos,...¡Si *aquello* no es vivir! (*Diario*, 34).

18. De repente levantó los ojos y dijo: «Vengan los seis. Con un duro me limpio yo el ojete.» Le dije que no se trataba de *eso*... (*Diario*, 37).

19. El hombre se subió a la parra y voceó que los sobase bien y luego dijera que estaban fríos. Yo le dije que no se trataba de *eso*. (*Diario*, 37).

20. Hay que empezar por buscarle fuera y *eso* es un renglón. (*Diario*, 58).

21. Él me preguntó por el dinero que llevaba y le dije lealmente que quinientas. El cipote se echó a reír y me salió con que qué quería hacer con *esa* miseria. (*Diario*, 70).

22. ...y entonces el *señorito* dijo: «mil quinientas» y se la quedó...se puso a voces, que lo que no podía hacer era colocar un guardia a la puerta...que el *individuo ese* vino por ella por las derechas. (*Diario*, 71).

23. No sería porque Tochano no le advirtiese que corríamos el riesgo de que se durmieran dentro de la boca. Pero nada. El tomillo dijo que *eso* serían otras,... (*Diario*, 82).

24. Él se subió a la parra y dijo que pusiera en Aniago a un tragaleguas, que no hubiera agarrado una arma en su vida, a ver. Le dije que no se trataba de *eso*... (*Diario*, 84).

25. Se ha disuelto la Orquesta Municipal. Según Melecio había algunos con más pretensiones que Iturbi. Le pregunté que si el chelo, y me dijo que *ése* era uno. (*Diario*, 98).

26. ...y a uno, aunque presuma de estar de vuelta, le gusta que le enjabonen. *Esta* es la fetén. (*Diario*, 104).

27. Agarré la burra y me largué sin esperarle. Dice Melecio que conociendo a Zacarías nunca debí llegar a *esos* extremos. (*Diario*, 126).

28. Dijo él entonces que otros la llevan matando al margen de la ley. Le pregunté si no era posible terminar de una vez con *esa* canalla. (*Diario*, 126).

29. Se lo propuse a Melecio en cuanto llegó y el torda dijo que *eso* son chiquilladas. (*Diario*, 154).

30. Es lo mismo que cuando yo le pregunté al Topo, el profesor de Matemáticas, qué era pi y él me contestó que «tres, catorce, dieciséis», como si *eso* fuera una respuesta. (*Viejas*, 69).

31. Él me miró con desconfianza y me dijo: «¿Qué máquinas?». Yo me ofusqué un tanto y le dije: «¡Qué sé yo! La cosechadora, el tractor, el arado de discos...». El mozo rió secamente y me dijo: «Para mercarse un trasto de *ésos* habría que vender todo el término». (*Viejas*, 73).

32. Si quieren ir a América agarran el avión y se plantan en América en menos tiempo del que yo tardo en aparejar el macho para ir a Villagina. Y yo digo, si van con *estas* prisas... (*Viejas*, 88).

33. ...eso del reclamo es como si a usted el día de la boda le aguarda el antiguo novio de su mujer con un trabuco detrás de la cortina. ¿Es *eso* caza, jefe? (*Viejas*, 94).

34. —El pito santo... —¿Qué tonterías dice ese niño? —dijo Mamá...
—¡Qué sé yo! Ahora le ha dado por *eso*, ya ve. (*Príncipe*, 13).

35. —¿Y dónde te pincha, Vito? —dijo—. ¿En el culo? —Anda, a ver. Pero no digas *eso*; es pecado. (*Príncipe*,

16).

36. —¡Mierda, cagao, culo...! La sonrisa de la Señora se cerró instantáneamente...Le regañó: —*Eso* está muy feo. Los niños buenos no dicen *esas* cosas. (*Príncipe*, 21).

37. —Se lo voy a decir a tu mamá, para que lo sepas. ¿Tú crees que son *esas* maneras de contestar a una señora? (*Príncipe*, 21).

38. —¿y tú? ¿Tienes tú pito, mamá?
—Tampoco; *eso* sólo lo tienen los niños. (*Príncipe*, 22).

39. —Sí, un pequeñajo; *eso* eres tú. (*Príncipe*, 28).

40. —Vaya manos —murmuró—. ¿Dónde vas con *esas* manos? (*Príncipe*, 36).

41. —¡Leche, me pillé!... —¿Qué has dicho? —dijo—; ¿no sabes que *eso* no se dice,...?...¿Dónde aprenderá *esas* perrerías?...
—Eso digo yo. ¿Quién le enseñará *esas* cosas? (*Príncipe*, 39).

42. —¿Es eso el infierno? —preguntó.
—...Ahí vas a ir tú si te repasas o dices *esas* cosas. (*Príncipe*, 39).

43. —¿No tienes pito? —inquirió.
—*Eso* no les importa a los niños —dijo Papá. (*Príncipe*, 61).

44. —¡Mierda! Mamá cortó las risas de sus hermanos.
—*Eso* no se dice, ¿oyes? —dijo enfadada. (*Príncipe*, 64).

45. ...«Mamá, ¿vas a freír puñetas?...» —No digas *eso*, hijo. Es un pecado. (*Príncipe*, 76-77)

46. Una cosa a la que no le das importancia y, a lo mejor, de mayor, un complejo. Son cosas muy enrevesadas *ésas*,... (*Príncipe*, 86).

47. —Papá quiere que Mamá fría puñetas... —Papá no dice *esas* cosas;... (*Príncipe*, 88).

48. ...Quisiera saber dónde aprende este chico *esas* palabrotas. (*Príncipe*, 88).

49. —Me voy a cortar el pito...si haces *eso*, te mueres, de modo que ya lo sabes. (*Príncipe*, 101).

50. ...que si tú tienes hoy mala leche, yo la tengo peor... —No enseñes *esas* cosas a la criatura, ¿oyes?... (*Príncipe*, 103).

51. No se ahorca por cien millones, ya ves tú. —Muchos millones son *ésos*. (*Príncipe*, 105).

52. ...va y me dice: «Tú eres un desgraciado» Y lo que yo le dije: «Oye, oye, padre y madre tengo, cinco dedos en cada mano y lo otro, así que de *eso* nada.» (*Príncipe*, 105).

53. ...y él se aproximó aún más, la enlazó por el talle y la besó en la boca. La mano de la Vítora se engarabita sobre la espalda del muchacho,...el Femio la volvió a besar ahincadamente, con los labios entreabiertos, ocultando los de la muchacha entre los suyos, un poco atornillados. Quico les miraba, los ojos atónitos, y, como *aquello* se prolongara,... (*Príncipe*, 109).

54. Pero no tengo ninguna fe; las tragaderas de este niño son una calamidad...
—Y con *esas* malas tragaderas que dices que tiene,... (*Príncipe*, 133).

55. ...De forma que durante dos años y medio éste ha sido el benjamín de la casa, ¿no es cierto?... —¿No irás tú también a sermonearme sobre *esas* tonterías de los complejos? (*Príncipe*, 134).

56. ...¿quién te cuenta esas historias, Quico?... —La Domi. —*Esa* Domi... (*Príncipe*, 166).

5.5.5. Casos de uso estilístico con valor cualitativo/cuantitativo[344]

1. Yo le dije que si a oler con *este* frío,... (*Diario*, 48).

[344] Recogemos aquí aquellos ejemplos de uso cualitativo/cuantitativo que carecen de antecedente textual y que remite más bien a una realidad extralingüística.

2. Con *estos* fríos mi bigote anda flojo. (*Diario*, 39).

3. Con *estas* heladas no hay bigote que aguante. (*Diario*, 50).

4. La madre no hace más que decir que si estamos locos, salir al campo con *este* tiempo. (*Diario*, 61).

5. La Amparo se puso loca. Melecio sigue como en la higuera. Con *ese* temperamento que tiene, esta desgracia ha de afectarle. (*Diario*, 129).

6. —Sí, señorita, pero es nene... —Claro —dijo—, a esta edad. Le ve uno tan rubio y con *esos* ojos. (*Príncipe*, 20).

5.5.6. Casos de catáfora y usos expresivos

1. ...«si todos aquellos que creemos en *estas* raras cosas llamadas libertad y dignidad humanas...» (*Vivir*, 109).

2. Y si el Cazador le dice que nada para Castilla como un perdiguero de Burgos, dirá que los perros de raza son como *esos* señoritos de escopeta repetidora y botas de media caña que luego no pegan a un cura en un montón de nieve. (*Viejas*, 78-79).

3. —A ver quién es —dijo— *ese* niño que chilla de esa manera. (*Príncipe*, 10).